Mike Tyson

TODA LA VERDAD

«Tras *Open* de Agassi,
otras memorias inolvidables.»
The New York Times

«A veces me odio.
Detesto mi vida y siento que no merezco nada.
Nunca quise ser Iron Mike. Odiaba a ese hombre.
Pero es el hombre en el que tuve que
convertirme para sobrevivir».

El boxeo, para Tyson, fue siempre una cuestión de vida o muerte. Creció sin un padre, rodeado por personas que le expresaban su amor con golpes y en un entorno callejero en el que era blanco de las burlas de los chicos mayores. Pero pudo encontrar, gracias al boxeo, la vía de escape que le permitió ser, con sólo veinte años, campeón mundial de peso pesado y no, en cambio, un delincuente juvenil. Pero el éxito le trajo, con el tiempo, problemas. Tantos, que Tyson terminó yendo a la cárcel, de donde salió con un único deseo: el de escribir sus memorias y dar forma a una biografía marcada no sólo por la miseria y el boxeo, sino también por la fama, por el dinero, por las drogas y las mujeres, todo eso que constituye la trayectoria de Tyson, la biografía de un hombre, de una leyenda dentro y fuera del ring.

«Tras *Open* de Agassi, otras memorias inolvidables». —*The New York Times*

«El relato épico de un hombre que lucha contra sus miedos». —Spike Lee

«Un libro alucinante». —*TVE, Página 2*

«Adictivo». —*The Observer*

Mike Tyson

con Larry Sloman

Toda la verdad

ePub r1.0

GONZALEZ 27.05.16

Título original: *Undisputed Truth*
Mike Tyson, 2013
Traducción: Antonio Lozano

Editor digital: GONZALEZ
ePub base r1.2

Este libro está dedicado a todos los marginados.
A los que han sido manipulados, apartados,
sedados, perseguidos e injustamente acusados.
Y a los que no son capaces de recibir amor.

Prólogo

La mayor parte de las seis semanas que transcurrieron entre mi condena por violación y la ejecución de la sentencia las dediqué a viajar por el país cortejando a mis numerosas amigas. Fue mi manera de despedirme. Si no estaba con ellas, me encontraba rechazando todos los ofrecimientos que me hacían otras mujeres. Allá donde estuviera, siempre se me acercaba alguna mujer para decirme: «Vamos, yo no voy a decir que me violaste. Puedes venir conmigo. Dejaré que lo grabes». Más adelante me di cuenta de que era su forma de decirme: «Sabemos que no lo hiciste». Pero yo no me lo tomaba así. Contraatacaba indignado con una respuesta brusca. Aunque a sus palabras las movían las ganas de apoyarme, yo estaba sufriendo demasiado para advertirlo. Era un tipo ignorante, furioso y amargado que debía madurar mucho.

Sin embargo, parte de esa rabia era comprensible. No era más que un crío de veinticinco años que se enfrentaba a sesenta años de cárcel por un crimen que no había cometido. Dejadme repetir aquí lo que ya dije delante del tribunal, en el momento de la sentencia, durante la vista por mi liberación anticipada, después de salir de prisión y lo que seguiré diciendo hasta que me metan bajo tierra: No violé a Desiree Washington. Ella lo sabe, Dios lo sabe y las consecuencias de sus actos es algo con lo que tendrá que vivir el resto de sus días.

Mi promotor, Don King, no dejaba de repetirme que saldría libre de cargos. Me dijo que estaba trabajando entre bambalinas para conseguir que el caso se volatilizara. Además había contratado a Vince Fuller, el mejor abogado que uno podía comprarse por un millón de dólares. Vince era su asesor legal en materia de impuestos. Don, probablemente, seguía

debiéndole dinero. Pero yo supe desde el principio que no iba a obtener justicia. No estaba siendo juzgado en Nueva York o Los Ángeles; nos encontrábamos en Indianápolis, Indiana, uno de los bastiones históricos del Ku Kux Klan. Mi juez, Patricia Gifford, había sido una fiscal especializada en delitos sexuales y se la conocía como «la Juez de la Soga». Yo había sido encontrado culpable por un jurado formado por mis «semejantes», de los cuales sólo dos eran de raza negra. Otro miembro de color había sido excluido por la juez tras producirse un incendio en el hotel en el que se alojaba el jurado. Lo había inhabilitado por culpa de su «estado anímico». Sí, su estado anímico consistía en que no le gustaba la comida que le estaban sirviendo.

Desde mi punto de vista, yo no tenía semejantes. Era el campeón de los pesos pesados más joven de la historia. Era un titán, la reencarnación de Alejandro Magno. Mi estilo era impetuoso; mi defensa, inexpugnable; rebosaba ferocidad. Resulta increíble cómo la mezcla de una baja autoestima y un ego gigantesco pueden provocarte delirios de grandeza. Después del juicio, no obstante, este dios entre los hombres tuvo que arrastrar su negro culo hasta el tribunal para escuchar su sentencia.

Antes de eso probé con algunas intervenciones divinas. Calvin, un amigo de Chicago, me habló de una mujer que practicaba magia negra y que era capaz de lanzar un conjuro para mantenerme lejos de la cárcel.

—Meas en una jarra, la llenas con billetes de quinientos dólares, la dejas bajo la cama tres días y se la llevas para que rece por ti —me dijo Calvin.

—De modo que esta tía clarividente va a sacar la pila de billetes meados de la jarra, la aclarará y se irá de compras. Si alguien te diera a ti un billete de cien dólares sobre el que se hubiera hecho pis, ¿te importaría? —le pregunté a Calvin.

Tenía reputación de tirar el dinero, pero aquello era demasiado, incluso para mí.

A continuación unos amigos intentaron que me reuniera con un sacerdote que hacía vudú. Y mira tú que se presenta un tipo trajeado. Ni siquiera parecía auténtico. Lo que necesitaba ese capullo era vivir en una ciénaga y llevar encima un dashiki. Sabía que no tenía nada para mí. Ni

siquiera se había preparado una ceremonia. Se limitó a escribir algo en un trozo de papel e intentar colarme que hiciera una gilipollez a la que me negué. Pretendía que me lavara en un aceite extraño mientras rezaba y que me bebiera un agua especial. Pero lo que yo bebía era coñac Hennessy, maldita sea. Ni hablar de echarle agua a mi Hennessy.

De forma que acabé aceptando que un sacerdote de santería practicara alguna gilipollez de brujería. Una noche acudimos al juzgado con una paloma y un huevo. Lancé el huevo al suelo en el mismo instante en que el pájaro era liberado y grité: «¡Somos libres!». Pocos días después, me puse un traje gris de raya diplomática y me presenté frente al tribunal.

Una vez se hubo emitido el veredicto, el equipo de mi defensa reunió un memorando presentencia a mi favor. Era un documento impresionante. El doctor Jerome Miller, director clínico del Augustus Institute de Virginia, uno de los mayores expertos del país en agresores sexuales adultos, me había examinado y concluido que yo era «un joven sensible y considerado con problemas que se deben antes a déficits de desarrollo que a una patología». Estaba convencido de que, si recibía psicoterapia de forma regular, mi diagnóstico a largo plazo sería bastante positivo. Concluía afirmando que «una condena en prisión retrasará el proceso y, lo que es más probable, agravará la situación». Asimismo, recomendaba encarecidamente que se consideraran «otras opciones con potencial tanto para disuadir como para tratar». Por supuesto que los agentes de la libertad condicional que elaboraron el documento de la sentencia omitieron el último párrafo en su sumario. Sí que estuvieron, en cambio, muy a favor de incluir la opinión del fiscal: «Una evaluación de esta ofensa y de este ofensor han conducido al investigador jefe de este caso, un detective con experiencia en agresiones sexuales, a concluir que el acusado muestra inclinación a cometer ofensas similares en el futuro».

Mis abogados prepararon un apéndice que contenía cuarenta y ocho testimonios sobre mi carácter de gente tan diversa como el director de mi instituto, mi asistente social del norte de Nueva York, la viuda de Sugar Ray Robinson, mi madre adoptiva, Camille, mi hipnoterapeuta pugilístico y seis de mis novias (y sus respectivas madres), quienes escribieron conmovedores informes sobre lo caballeroso que me había mostrado con

ellas. Una de mis primeras novias de Catskill llegó a escribirle a la juez: «Esperé tres años para mantener relaciones sexuales con el señor Tyson y ni una sola vez me forzó a hacer nada. He aquí la razón de que lo ame, porqué él ama y respeta a las mujeres».

Naturalmente, siendo como es Don, tuvo que pasarse de la raya. King hizo que el Reverendo William F. Crockett, el Ceremonioso Primer Maestro Imperial de la Orden del Antiguo Egipto Arábigo y Noble del Altar Místico de América del Norte y del Sur, me firmara una carta de apoyo. El Reverendo escribió: «Les ruego que le ahorren el encarcelamiento. Aunque no he vuelto a hablar con Mike desde el día del juicio, me consta que ya no recurre al empleo de términos profanos y vulgares, que lee la Biblia a diario, reza y entrena». Por supuesto, todo esto eran memeces. Ni siquiera me conocía.

Luego estuvo la desgarradora carta personal de Don al juez. De sus palabras uno pensaría que yo había encontrado una cura para el cáncer y un plan de paz para Oriente Próximo, además de cuidar a seis gatitos hasta restituirles la salud. Hablaba de mi trabajo para la Fundación Pide un Deseo, visitando a niños enfermos. Ponía en conocimiento de la juez Griffin que cada Acción de Gracias nos dedicábamos a repartir cuarenta mil pavos entre los hambrientos y necesitados. Recordaba la ocasión en que habíamos conocido a Simon Wiesenthal y yo había quedado tan conmovido que había donado una gran cantidad de dinero para ayudarle a perseguir criminales de guerra nazis. Supongo que Don había olvidado que el Klan odiaba a los judíos tanto como a los negros.

La carta continuaba de esta guisa a lo largo de ocho páginas, con Don hablando elocuentemente sobre mí: «Es muy inusual que alguien de su edad muestre tanta consideración por los otros, ya no digamos el profundo nivel de compromiso y dedicación que posee. Éstas son cualidades divinas, cualidades nobles de amor, entrega y falta de egoísmo. Es un hijo de Dios: una de las personas más amables, sensibles, entregadas, amorosas y comprensivas con las que me he cruzado en mis veinte años de experiencia con boxeadores». Mierda, Don debería haberse encargado de ofrecer los argumentos concluyentes durante el juicio en vez de mi abogado. Pero fue

John Solberg, el relaciones públicas de Don, quien fue directamente al grano en su carta a la juez Gifford: «Mike Tyson no es escoria», escribió.

Quizá no era escoria, pero sí que era un capullo arrogante. Me mostré tan arrogante en la sala del tribunal que me cerré a que todas las puertas me dieran un respiro. Incluso en el momento de mi caída, no fui una persona humilde. Todas esas cosas que escribieron en el informe —repartir dinero y pavos entre la gente, cuidar de las personas, proteger a los débiles y a los enfermos— las hice porque *quería ser* esa persona humilde, no porque lo *fuera*. Deseaba ser humilde de forma desesperada, pero no tenía una pizca de humildad en los huesos.

De modo que, armados con todos los testimonios sobre mi carácter, el 26 de marzo de 1992 nos presentamos frente a la juez Patricia Gifford para escuchar la sentencia. Estábamos autorizados a presentar testigos y Vince Fuller arrancó la sesión llamando al estrado a Lloyd Bridges, director ejecutivo del Centro Residencial Riverside de Indianápolis. El equipo de mi defensa argumentaba que, en vez de pasar tiempo en prisión, mi sentencia debía suspenderse y yo cumplir un periodo de libertad condicional en un centro de rehabilitación, donde pudiera combinar terapia personalizada con servicios a la comunidad. El pastor Bridges dirigía un programa de este tipo y testificó que yo era sin duda un candidato idóneo para su centro.

Sin embargo, el ayudante del fiscal consiguió que Bridges revelara que el centro había sufrido hasta cuatro fugas recientemente. Y, una vez obtuvo del pastor la admisión de que me había entrevistado en mi mansión de Ohio y que le habíamos pagado el billete de avión, la idea ya se había ido a pique. En consecuencia, sólo cabía esperar a cuánto tiempo pensaba condenarme «la Juez de la Soga».

Fuller se acercó al estrado. Había llegado el momento de que desplegara esa magia por la que había desembolsado un millón de dólares. En vez de eso, obtuve su habitual actuación de tres al cuarto.

—Tyson acudió aquí con mucho exceso de equipaje. La prensa lo ha vilipendiado. No hay un sólo día en que no aireen sus errores. Ése no es el Tyson que yo conozco. El Tyson que yo conozco es un hombre sensible, considerado y afable. Puede que resulte terrorífico sobre un ring, pero todo termina cuando lo abandona.

Bien, esto no se acercaba ni remotamente a las hipérboles de Don King, pero no estaba mal. Excepto que Fuller había dedicado todo el juicio a presentarme como un animal salvaje, un peñazo grosero, interesado exclusivamente en mi satisfacción sexual.

Luego Fuller viró el tema hacia mi infancia paupérrima y mi adopción por parte del legendario entrenador de boxeadores Cus D'Amato.

—Pero esto lleva incorporada su ración de tragedia —declaró—. D'Amato sólo se centraba en el boxeo. Tyson, el hombre, era secundario en su búsqueda de la grandeza pugilística.

Camille, que había sido la compañera de Cus durante muchos años, se indignó ante esta declaración. Era como si Fuller estuviera meándose sobre la tumba de Cus, mi mentor. Fuller habló y habló, pero se mostró tan deslavazado como en el resto del juicio.

Llegó el momento de que me dirigiera a la sala. Me levanté y me coloqué detrás del estrado. No me había preparado bien, ni siquiera tenía unas notas conmigo. Sin embargo, llevaba en la mano ese estúpido trozo de papel del vudú. Y sabía una cosa: no iba a pedir perdón por lo que había ocurrido aquella noche en la habitación de mi hotel. Pedí disculpas a la prensa, al tribunal y al resto de concursantes de Miss Black America, donde conocí a Desiree, pero no por mis actos en la habitación.

—Mi conducta fue un poco grosera. Estoy de acuerdo con esto. No violé a nadie. No intenté violar a nadie. Lo siento.

Acto seguido me giré para mirar a Greg Garrison, el fiscal del caso o, desde mi punto de vista, el que buscaba mi final.

—Mi vida personal se ha visto encarcelada. Me han hecho daño. Esto ha sido como un enorme sueño. No he venido aquí a solicitar su clemencia, señoría. Me espero lo peor. Me han crucificado. Me he visto humillado en el mundo entero. Me han humillado socialmente. Sólo estoy feliz por las muestras de apoyo. Estoy listo para soportar lo que decida imponerme.

Me senté de vuelta en la silla de la defensa y la juez me formuló una serie de preguntas sobe mi rol como modelo para los niños.

—Jamás me enseñaron cómo llevar mi celebridad. No les digo a los niños que está bien ser Mike Tyson. Los padres son mejores modelos de conducta que yo.

Luego llegó el turno de la fiscalía. En vez del paleto de Garrison, que se había pasado el juicio argumentando en mi contra, fue su jefe, Jeffrey Modisett, fiscal del condado de Marion, quien subió al estrado. Dedicó diez minutos a decir que los hombres con dinero y fama no debían ser objeto de privilegios especiales. A continuación leyó una carta de Desiree Washington: «En las primeras horas de la mañana del 19 de julio de 1991, tuvo lugar un ataque sobre mi cuerpo y mi mente. Fui físicamente vencida hasta el extremo de que se me quitó lo más íntimo de mi ser. El lugar en el que estuvo mi yo durante dieciocho años lo ocupa hoy una sensación de frío y vacío. No soy capaz de hablar de lo que me deparará el futuro. Sólo puedo decir que cada día después de haber sido violada ha supuesto una lucha para aprender a recobrar la confianza, a sonreír como solía hacerlo y a encontrar a la Desiree Lynn Washington que me fue robada, y que también les fue robada a aquellos que me quieren, el 19 de julio de 1991. En aquellas ocasiones en que me sentí enfurecida por el dolor que me había causado mi atacante, Dios me concedió la sabiduría de ver que él estaba psicológicamente enfermo. Aunque algunos días lloro al reconocer el dolor en mis propios ojos, también soy capaz de sentir lástima por mi atacante. Ha sido mi deseo, y sigue siéndolo, que pueda rehabilitarse».

Modisett dejó a un lado la carta.

—Desde el día de su condena, Tyson sigue sin entenderlo. El mundo está pendiente de comprobar si tenemos o no un sistema de justicia. Es responsabilidad suya admitir su problema. Curemos a este hombre enfermo. Mike Tyson, el violador, necesita estar alejado de las calles.

Acto seguido, recomendó que pasara entre ocho y diez años curándome entre barrotes.

Llegó el turno de que Jim Voyles hablara en mi favor. Voyles era un abogado local al que Fuller había contratado para ejercer de asesor. Era un tipo estupendo, compasivo, inteligente y divertido. Era el único abogado de mi equipo que sentía que me comprendía. Además, era amigo de la juez Gifford y un individuo cercano con el que un jurado de Indianápolis podía conectar.

—Quedémonos con este tipo —le dije a Don al arrancar el juicio.

Voyles podría haberme allanado las cosas, pero Don y Fuller lo trataron como a un idiota. No dejaron que hiciera nada. Lo arrinconaron. Jim también se sentía frustrado. A un amigo le definió su papel como el de «uno de los portadores de lápices mejor pagados del mundo». Ahora tenía al fin la oportunidad de argumentar delante de la sala. Defendió con mucha pasión primar la rehabilitación sobre el encarcelamiento, pero sus palabras cayeron en saco roto. La juez Gifford estaba preparada para tomar su decisión.

Empezó alabando mi trabajo comunitario y el modo en que trataba a los niños, así como el hecho de «compartir» mis «recursos». Enseguida, no obstante, comenzó a hablar enérgicamente sobre «cita con violación», asegurando que era un término que detestaba.

—Hemos conseguido que quedara implícito que resulte correcto que uno proceda a hacer con una mujer lo que desee si la conoce o está saliendo con ella. La ley es muy clara cuando define violación. Jamás menciona nada al respecto de si un acusado y su víctima tienen o no algún tipo de relación. La palabra «cita» en la expresión «cita con violación» no rebaja el hecho de que sigue siendo una violación.

Mientras se producía este sermón, mi mente divagaba. La verdad es que aquello no tenía nada que ver conmigo. No había habido una cita si no, como habría dicho el gran comediante Bill Bellamy, un «polvo de mutuo acuerdo». No diré más. Entonces volví a prestar atención.

—Vista su actitud, siento que corre el riesgo de reincidir —dijo la juez y me miró a los ojos—. No contaba con antecedentes. Se le han concedido muchos dones. Pero ha cometido un traspié.

Hizo una pausa.

—En primera instancia, lo condeno a diez años —dijo.

«Jodida cabrona», murmuré para mis adentros. Empecé a no sentir nada. Ésos eran los años por violación. «Joder, quizá debería haberme bebido esa agua especial del vudú», pensé.

—En segunda instancia, lo condeno a diez años.

Don King y mis amigos en la sala exhalaron un suspiro bien audible. Esos años eran por haber usado los dedos.

—En tercera instancia, lo sentencio a diez años.

Éstos fueron por utilizar mi lengua. Durante veinte minutos. Probablemente se trataba de un récord mundial, el *cunnilingus* más largo jamás practicado durante una violación.

—Las sentencias procederán de forma simultánea —prosiguió—. Le impongo la fianza máxima de treinta mil dólares. Dejo en suspenso cuatro de estos años y lo pongo en libertad provisional durante cuatro años. A lo largo de este período, ingresará en un programa psicoanalítico con el doctor Jerome Miller y cumplirá cien horas de trabajo comunitario con jóvenes delincuentes.

En ese momento, Fuller pegó un salto y arguyó que se me debería otorgar la libertad bajo fianza mientras Alan Dershowitz, el célebre abogado defensor, preparaba mi apelación. Dershowitz se hallaba presente en la sala, siguiendo la sentencia. Una vez Fuller terminó con su petición, Garrison, el vaquero paleto, se dirigió al auditorio. Mucha gente sostendría más adelante que fui víctima de racismo. Sin embargo, pienso que a individuos como Modisett y Garrison lo que más les importaba eran los focos. En realidad les era indiferente cómo se resolvía legalmente el caso; sólo estaban poseídos por el deseo de que sus nombres salieran en los periódicos y de aparentar importancia.

De manera que Garrison se incorporó y sostuvo que yo era un «violador culpable y violento que puede reincidir». Dijo: «Si no encierran al acusado, estarán despreciando la seriedad del delito, rebajando la aplicación de la ley, poniendo en peligro a otras personas y permitiendo a un hombre culpable que continúe con su estilo de vida».

La juez Gifford estuvo de acuerdo. Sin fianza. Esto significaba que me dirigía directamente a prisión. Gifford estaba a punto de dar por concluido el proceso cuando una conmoción sacudió la sala. Un Dershowitz encabritado había agarrado su maletín y abandonado ruidosamente la sala al grito de: «Me marcho para conseguir que se haga justicia». Se produjo una cierta confusión, pero la juez golpeó su mesa con el mazo. Se había acabado. La policía del condado se me acercó para ponerme bajo custodia. Me levanté, me saqué el reloj, el cinturón y la cartera para entregárselos a Fuller. Dos amigas que estaban en la primera fila lloraban desconsoladamente. «Te queremos, Mike», me dijeron entre sollozos.

Camille se incorporó y se acercó a la mesa de la defensa. Nos dimos un abrazo de despedida. A continuación, Jim Voyles y yo fuimos conducidos fuera de la sala por la policía, utilizando la puerta trasera.

Me llevaron a la zona de registros que había en el piso de abajo. Me cachearon, me tomaron las huellas dactilares y completaron el proceso de costumbre. Una nube de periodistas me esperaba a la salida, rodeando el vehículo que me conduciría a la cárcel.

—Cuando salgamos no olvides colocarte el abrigo por encima de las esposas —me avisó Voyles.

¿Lo decía en serio? Poco a poco la insensibilidad me abandonaba y su lugar lo ocupaba la furia. ¿Debería avergonzarme que me vieran esposado? Ésa era mi medalla al honor. Si ocultaba las esposas, era un capullo. Jim pensó que esconderlas me evitaría sentir vergüenza, pero *eso* habría sido lo vergonzoso. Tenían que verme llevando esos trozos de acero. La gente que entendía debía verme con esos trozos de acero. El resto podía irse a tomar por culo. Me dirigía a una escuela de guerreros.

Abandonamos el juzgado camino del coche y levanté orgulloso mis esposas. Sonreí con suficiencia, como diciendo: «¿Podéis creeros esta mierda?». Mi foto acabó en las portadas de diarios de todo el mundo. Me metí en el coche policial y Jim se escurrió junto a mí en el asiento trasero.

—Bueno, granjero, sólo quedamos tú y yo —bromeé.

Nos llevaron a un centro de diagnóstico para determinar el nivel de la prisión a la que me enviarían. Me desnudaron, hicieron que me inclinara y me realizaron una exploración rectal. Me dieron algo parecido a un pijama y unas pantuflas. Acto seguido, fui enviado al Centro para Jóvenes Indiana en Plainfield, unas instalaciones para delincuentes de nivel dos y tres. Una vez llegamos a destino, la rabia me consumía. Iba a enseñarle a esos cabrones cómo se cumplía una condena. A mi manera. Resulta extraño, pero necesité mucho tiempo para darme cuenta de que aquella mujer blanca tan menuda metida a juez, la que me había enviado a prisión, probablemente me había salvado la vida.

1

Estábamos a la greña con unos tipos llamados The Puma Boys. Era 1976 y yo vivía en Brownsville, Brooklyn, y estos tipos eran de mi barrio. Por aquel entonces andaba con una pandilla de Rutland Road llamada The Cats, un grupito de caribeños del barrio vecino de Crown Heights. Formábamos un grupo dedicado a robar y algunos de nuestros amigos pandilleros tuvo un altercado con los Puma Boys, de modo que nos dirigíamos al parque a servirles de refuerzo. Normalmente no llevábamos armas, pero esta vez debíamos ayudar a unos amigos, por lo que robamos un lote: algunas pistolas, una .357 Magnum, un rifle de largo alcance M1 con una bayoneta de la Primera Guerra Mundial acoplada. Uno nunca sabía lo que se iba a encontrar al colarse en las casas ajenas.

Andábamos por la calle blandiendo nuestras armas sin que nadie nos detuviera, ni un poli a la vista que nos parara los pies. Ni siquiera disponíamos de una bolsa en la que meter el rifle, así que nos lo íbamos turnando cada pocas manzanas.

—¡Eh, por ahí va! —dijo Ron, mi amigo haitiano—. El tipo con los Pumas rojos y el jersey rojo de cuello alto.

Ron había detectado al individuo que buscábamos. Cuando empezamos a correr, la multitud que había en el parque se dispersó como el Mar Rojo cuando Moisés dividió las aguas. Hicieron bien porque, bum, uno de mis amigos abrió fuego. Al oír el disparo todo el mundo salió en estampida.

Seguimos caminando y advertí que algunos de los Puma Boys se habían puesto a resguardo entre los coches aparcados en la calle. Tenía el rifle M1 conmigo y, al girarme bruscamente, descubrí a un tiarrón apuntándome con una pistola.

—¿Qué cojones estás haciendo aquí? —me dijo. Era mi hermano mayor, Rodney.

—Lárgate cagando leches.

Proseguí mi camino, dejé el parque atrás y regresé a casa. Tenía diez años.

Con frecuencia digo que yo era la oveja negra de la familia pero, pensándolo bien, en realidad fui un niño dócil durante la mayor parte de mi infancia. Nací en el Cumberland Hospital, en el área de Fort Greene de Brooklyn, Nueva York, el 30 de junio de 1966. Mis primeras recuerdos son de encontrarme en el hospital, pues siempre estaba enfermo con complicaciones pulmonares. Para llamar la atención una vez metí el pulgar en un recipiente de lejía y me lo llevé a la boca. Salimos pitando hacia el hospital. Recuerdo que mi madrina me regaló un arma de juguete mientras permanecí ingresado, pero creo que la rompí a las primeras de cambio.

No sé mucho acerca de mis orígenes familiares. Mi madre, Lorna Mae, era neoyorquina, si bien nació en el sur, en Virginia. Mi hermano visitó en una ocasión la zona en la que ella creció y dijo que ahí no había otra cosa que cámpings de autocaravanas. De modo que en verdad soy un negro originario de un cámping de autocaravana. En los años treinta mi abuela Bertha y mi tía abuela solían trabajar para una señora blanca. Por entonces era muy infrecuente que los blancos emplearan a gente de raza negra. En señal de agradecimiento, Bertha y su hermana le pusieron a sus hijas el nombre de la señora: Lorna. Más adelante Bertha destinó el dinero que había ganado con su trabajo enviando a sus hijos a la universidad.

Puede que el gen familiar para noquear lo heredara de mi abuela. La madre de mi prima Lorna me contó que el marido de la familia para la que trabajaba Bertha no dejaba de pegar a su mujer, algo que Bertha no aprobaba. Hablamos de una mujer imponente.

—No le ponga las manos encima —le dijo al marido.

Él se lo tomó a broma y ella le soltó un puñetazo que le hizo caer de culo. Cuando al día siguiente volvió a ver a Bertha, le dijo:

—¿Cómo se encuentra, señora Price?

Dejó de pegar a su mujer y se convirtió en otro hombre.

A todo el mundo le gustaba mi madre. Cuando yo nací, trabajaba como celadora de prisiones en el Centro de Detención para Mujeres de Manhattan, pero estaba estudiando de cara a ser maestra. En el momento en que conoció a mi padre, había completado tres años universitarios. Él cayó enfermo, por lo que tuvo que abandonar los estudios con el fin de cuidarlo. Para una persona con semejante formación, no tenía mucho gusto en materia masculina.

Casi no sé nada acerca de mi familia paterna. De hecho, apenas llegué a conocer a mi padre. O al hombre que me dijeron que era mi padre. En mi partida de nacimiento ponía que mi progenitor era Percel Tyson. El problema era que ni mi hermano ni mi hermana ni yo jamás vimos a este individuo.

A los tres se nos dijo que nuestro padre biológico era Jimmy «Curlee» Kirkpatrick Jr. Sin embargo, raramente aparecía. Con el transcurso del tiempo escuché rumores de que Curlee era un chulo que solía extorsionar a las mujeres. De la noche a la mañana comenzó a presentarse como diácono de la iglesia. Por eso, cada vez que oigo que alguien se hace llamar reverendo, coloco una barra tras el cargo. Me digo «Reverendo/Chulo», «Reverendo Ike/Chulo». Si meditas en profundidad sobre el asunto, descubres que estos tipos religiosos realmente tienen el carisma de un chulo. Pueden conseguir que cualquiera acuda a misa a hacer lo que ellos le pidan. Por esta razón yo siempre pienso en términos de «Sí, Reverendo/Chulo», «Reverendo Ike/Chulo».

De vez en cuando Curlee venía en coche allá donde estuviéramos. Mi madre y él jamás se cruzaban una palabra. Él se limitaba a hacer sonar el claxon y nosotros salíamos a su encuentro. Los niños nos acomodábamos en su Cadillac pensando que nos llevaría de excursión a Coney Island o Brighton Beach, pero lo que hacía era darnos una vuelta corta, devolvernos a nuestro bloque de apartamentos, ofrecernos algo de dinero, darle un beso a mi hermana, estrecharnos la mano a mi hermano y a mí, y sanseacabó. Quizá volviera a verlo al cabo de un año.

Mi primer vecindario fue Bed-Study en Brooklyn. Entonces era decente y de clase trabajadora. Todo el mundo se conocía. Las cosas eran tirando a

normal, pero en absoluto tranquilas. Cada viernes y sábado mi casa se transformaba en Las Vegas. Mi madre organizaba una timba de cartas a la que invitaba a todas sus amigas, muchas de las cuales pertenecían al sector del vicio. Enviaba a su novio Freddie a comprar una caja de botellas de licor que luego aguaban y lo vendían a chupitos. Cada cuatro partidas, el ganador debía meter dinero en el bote común para que la casa dispusiera de efectivo. Mi madre cocinaba alitas de pollo. Mi hermano recuerda que, además de prostitutas, había gánsters y detectives. Gente de todos los colores.

Cuando mi madre reunía algo de dinero, lo derrochaba. Era una gran anfitriona que siempre invitaba a amigas a casa y también a grupitos de hombres. Todos se dedicaban a beber, beber y beber. Ella no fumaba marihuana, pero el resto sí, de modo que se la conseguía. Lo suyo eran los cigarrillos Kool 100, nada más. Las amigas de mi madre eran prostitutas o, por lo menos, mujeres que se acostaban con hombres a cambio de dinero. Nada de alto nivel ni de baja estofa. Acostumbraban a dejar a sus hijos en nuestra casa antes de ir a reunirse con los clientes. Cuando regresaban a recogerlos, podía ser que tuvieran sangre en la ropa, de modo que mamá las ayudaba a limpiársela. Un día volví a casa y me encontré con un bebé blanco. ¿Qué demonios es esto?, pensé. Pero así era mi vida.

Mi hermano Rodney era cinco años mayor que yo, con lo cual no teníamos mucho en común. Era un tipo peculiar. Nosotros éramos negros del gueto y él iba de científico: tenía un montón de tubos de ensayo con los que no dejaba de hacer experimentos. Incluso coleccionaba monedas. Yo le decía: «Eso es cosa de blancos».

En una ocasión acudió al laboratorio de química del Pratt Institute, una universidad cercana, y se hizo con unos productos químicos con el fin de realizar un experimento. Al cabo de pocos días, aprovechando que había salido de casa, me colé en su habitación y empecé a añadir agua a sus tubos de ensayo hasta que se produjo un incendio y la ventana trasera voló por los aires. Tras el incidente, le colocó un pestillo a la puerta.

Solíamos pelearnos mucho, pero dentro de lo que es habitual entre hermanos. Excepto un día en que le corté con una maquinilla de afeitar. Me había estado pegando por algún motivo y se había ido a dormir. Mi hermana

Denise y yo estábamos mirando una serie de televisión en la que practicaban una operación.

—Podríamos hacer lo mismo y Rodney podría ser nuestro paciente. Yo seré el doctor y tú la enfermera —le dije a mi hermana.

De modo que le arremangamos la camisa y nos pusimos a intervenirle el brazo izquierdo. Dije: «Escalpelo». Mi hermana me acercó la maquinilla. Le hice un pequeño corte y empezó a sangrar. «Necesitamos alcohol, enfermera». Ella me lo entregó y se lo apliqué sobre la herida. Se despertó gritando y comenzó a perseguirnos por la casa. Me escondí detrás de mi madre. Aún son visibles las marcas que le dejé.

También pasamos nuestros buenos ratos. Una vez mi hermano y yo caminábamos por Atlantic Avenue cuando me dijo: «Vayamos a la fábrica de donuts». Con anterioridad él había robado algunos donuts ahí y supuse que quería demostrarme que era capaz de volverlo a hacer. Nos plantamos delante y la verja estaba abierta. Él se metió y agarró una caja de donuts, pero algo ocurrió y la verja se cerró, dejándolo atrapado dentro y con los guardias de seguridad saliendo a su encuentro. De modo que me entregó los donuts y salí corriendo hacia casa.

Mi hermana y yo estábamos en las escaleras de la entrada zampándonos los donuts, con las caras espolvoreadas de azúcar, mientras a nuestro lado mamá hablaba con una vecina.

—Mi hijo ha bordado el examen de acceso a Brooklyn Tech —alardeaba delante de su amiga—. Es un estudiante excelente, el mejor alumno de su clase.

Justo en ese instante apareció por la calle el coche policial en el que iba Rodney. Tenían la intención de dejarlo en casa pero, cuando mi hermano oyó a mi madre presumir de lo buen hijo que era, pidió a los polis que continuaran adelante. Lo condujeron directamente a Spofford, un centro de detención de menores. Felices como perdices, mi hermana y yo nos acabamos los donuts.

Yo pasaba la mayor parte del tiempo con mi hermana Denise. Tenía dos años más que yo y todo el barrio la adoraba. En el caso de ser tu amiga, era tu mejor amiga. Pero si era tu enemiga, más te valía apartarte de su camino. Hacíamos pasteles de barro, veíamos combates de lucha libre y películas de

kárate, y acompañábamos a mi madre a la tienda. Era una existencia plácida, pero cuando acababa de cumplir siete años, nuestro mundo se puso patas arriba.

Se produjo una recesión que dejó a mi madre sin trabajo y nos acabaron deshauciando de nuestro bonito apartamento de Bed-Study. Sacaron todos nuestros muebles a la calle. Los tres hermanos tuvimos que quedarnos sentados encima de ellos vigilando que nadie nos robaba nada, mientras mamá salía en busca de un sitio en el que quedarnos. Aguardando ahí en la acera, unos chicos del barrio se acercaron y me dijeron: «Mike, ¿qué hacen tus muebles aquí fuera?». Les dijimos que nos mudábamos. Unos vecinos nos vieron y nos trajeron algo de comer.

Acabamos marchándonos a Brownsville. La diferencia era notable. La gente era más gritona, más agresiva. Era un lugar espantoso, duro y terrible. Mi madre no estaba acostumbrada a tratar con personas de color de un perfil tan agresivo y daba muestras de sentirse intimidada; lo mismo nos ocurría a mis hermanos y a mí. Todo transmitía hostilidad, no había un solo momento de paz. Los policías no paraban de cruzar con las sirenas sonando; las ambulancias, de venir a recoger a alguien; las armas, de dispararse; las personas, de ser apuñaladas y las ventanas, de ser destrozadas. Un día nos robaron a mi hermano y a mí frente a nuestro bloque de apartamentos. Solíamos presenciar tiroteos. Era como encontrarse dentro de una película de Edward G. Robinson. Cuando veíamos un tiroteo, nos decíamos: *Guau, esto está ocurriendo de verdad*.

Todo el vecindario era asimismo un hervidero de lujuria. Muchos de sus habitantes no mostraban inhibición alguna. Por la calle no era infrecuente oír intercambios del tipo «Chúpame la polla», «Cómeme el coño». Era un ambiente muy distinto al de mi antiguo barrio. Un día un individuo me agarró por la calle y me llevó a un edificio abandonado en el que intentó abusar de mí. Jamás me sentí a salvo en aquellas calles. Al cabo de un tiempo, ni siquiera estuvimos a salvo dentro de casa. Las fiestas de mamá cesaron tan pronto nos instalamos en Brownsville. Mi madre hizo algunos amigos, pero ya no formaba parte del cotarro como en Bed-Study. De modo que empezó a beber en abundancia. No volvió a conseguir un trabajo y recuerdo sufrir a su lado las interminables colas del centro de beneficencia.

Esperábamos durante horas y horas y, una vez ya estábamos llegando a la cabeza, daban las cinco de la tarde y te bajaban la persiana en las narices, igual que ocurre en las películas.

En Brownsville también nos deshauciaban. Ocurrió unas cuantas veces. De tanto en tanto conseguíamos un lugar decente en el que quedarnos una temporada, gracias a unos amigos o a un novio de mamá. La mayoría de las veces, sin embargo, las condiciones iban a peor con cada cambio: de ser pobres a ser seriamente pobres, de ser seriamente pobres a ser jodidamente pobres. A la postre acabamos viviendo en edificios ruinosos, sin calefacción, sin agua, quizá con un poco de electricidad. Llegado el invierno, los cuatro compartíamos cama para darnos calor. Ahí nos quedábamos hasta que aparecía alguien que nos daba una patada. Mi madre hacía todo cuanto estaba en su mano por conseguir un techo bajo el que refugiarnos. Esto significaba con frecuencia tener que acostarse con alguien que no le importaba. Así eran las cosas.

Jamás nos llevó a un refugio para los sin techo; nos limitábamos a movernos de un edificio abandonado a otro. Era muy traumático, pero ¿qué se podía hacer? Esto es algo que odio de mí mismo, algo que aprendí de mi madre: que uno haría cualquier cosa con tal de sobrevivir.

Uno de mis recuerdos más tempranos es el de las visitas de asistentes sociales a nuestra casa buscando a hombres debajo de la cama. En verano acudíamos a centros sociales a recibir almuerzos y desayunos gratis. Yo les decía: «Tengo nueve hermanos y hermanas», con lo que me daban raciones extra. Me sentía como si regresara de la guerra con un botín. Estaba la mar de orgulloso de poder traer alimentos a casa. ¿Os podéis imaginar semejante estupidez? Abría la nevera y me encontraba con bocadillos de mortadela, naranjas y cartones pequeños de leche. Veinte unidades de cada. Invitaba a la gente a casa. Les decía: «¿Necesitas comer algo, hermano? ¿Estás hambriento? Tenemos comida». Actuábamos como si hubiéramos pagado por ello con el sudor de nuestra frente, cuando en realidad los alimentos provenían de la beneficencia.

De pequeño fui el ojito derecho de mamá. Siempre dormía con ella. Mi hermana y mi hermano tenían sus propias habitaciones, pero yo dormí con mi madre hasta cumplir los quince. Una vez mi madre se acostó con un

hombre estando yo en su cama. Probablemente creyó que dormía. Estoy seguro de que me impactó, pero así eran las cosas. Cuando apareció su novio Eddie Gillison, me dieron la patada al sofá. Mantenían una relación amorosa verdaderamente disfuncional. Supongo que por este motivo las mías también han sido tan extrañas. Bebían, peleaban, follaban, rompían y volvían a beber, pelear y follar un poco más. Por enfermizo que resultara, se trataba de amor verdadero.

Eddie era un tipo bajito y compacto de Carolina del Sur que trabajaba en una fábrica de lavadoras. No llegó muy lejos en la escuela y, en cuanto mi hermano y mi hermana alcanzaron el cuarto curso, le resultó imposible ayudarlos con los deberes. Eddie era un hombre controlador, pero mi madre era una mujer muy controladora, de manera que estallaban tormentas día sí, día también. Siempre estaban pelando por algo. La policía iba y venía. «Oye, amiguito, date una vuelta a la manzana». En ocasiones todos nos metíamos en la pelea. Un día mi madre y Eddie estaban enfrascados en una refriega seria que acabó a las manos. Yo me interpuse entre ellos en un intento por proteger a mi madre. Procuraba detenerlo cuando, bam, me dio un puñetazo en el estómago que me tiró al suelo. «Oh, tío, no me puedo creer lo que acaba de ocurrir», pensé. ¡Yo era un niño! Por este motivo jamás le he levantado la mano a ninguno de mis hijos. No quiero que al crecer piensen que soy un monstruo. Por aquel entonces, sin embargo, pegar a un niño no tenía nada de raro. Nadie le daba importancia. Ahora es un delito, vas a la cárcel.

Eddie y mi madre discutían por todo: por otros hombres o mujeres, dinero, control. Eddie no era un angelito. Cuando mi madre invitaba a amigas a casa y todos acababan borrachos, él se las follaba aprovechando que ella había perdido el conocimiento. Luego discutían. Se comportaban como verdaderos salvajes, encarándose con el otro con armas en la mano y maldiciones en la boca del tipo: «Que te jodan, cabrón» y «Negra, chúpame la…». Nosotros gritábamos: «¡Mamá, para!, ¡no!». En el transcurso de una pelea, teniendo yo siete años, Eddie le pegó un puñetazo a mi madre que le arrancó su diente de oro. Mi madre se puso a hervir un gran cazo con agua. Le dijo a mis hermanos que se metieran bajo el edredón, pero yo estaba tan absorto mirando un programa de lucha libre en la televisión que no la oí. Mi

madre era tan sibilina que pasó por delante sin hacer nada, para despistar. Luego, cuando mis hermanos ya estaban preparados y a cubierto, regresó. Eddie se sentaba a mi lado y lo siguiente que escuché fue el pam del cazo con el agua hirviendo golpeándole en la cabeza. Me salpicó un poco. Daba la sensación de pesar una tonelada.

«Ahhhhhh». Eddie salió disparado por la puerta hacia el pasillo. Yo corrí tras él. Se dio la vuelta y me agarró.

—Oh, cariño, cariño, ¿esa zorra también te ha dado? —me dijo.

—¡Sí, la zorra me ha dado, ay, ay, ay!

Lo llevamos de vuelta a la habitación y le sacamos la camisa. Tenía el cuello, la espalda y un lado de la cara cubiertos de ampollas. Parecía un reptil. Lo estiramos en el suelo frente a una pequeña ventana por la que corría el aire y mi hermana se sentó junto a él. Cogió un encendedor y esterilizó la punta de una aguja con la que le explotó las ampollas una a una. Mi hermana y yo llorábamos. Le di una moneda de veinticinco centavos para animarlo.

Cuando pienso en ello, veo que yo creía por defecto que mi madre era la víctima en la mayoría de ocasiones. Y no cabe duda de que Eddie le pegaba. Estoy seguro de que una mujer liberada considerará que su reacción era fantástica, pero yo pensaba: «¿Cómo le puedes hacer esto a alguien que se supone que es tu novio?». Me daba cuenta que mi madre no era la Madre Teresa. Las hacía de muy gordas, pese a lo cual él seguía con ella. De hecho, después de que lo quemara, se marchó a la tienda a comprarle licor. Por tanto, la recompensaba por hacerle aquello. Esto explica que yo sea sexualmente tan disfuncional.

He aquí el tipo de ambiente en el que crecí. Gente enamorada abriéndose la cabeza mutuamente y sangrando como perros. Se quieren y, aún así, se apuñalan. Por Dios bendito, estaba aterrorizado de la familia con la que compartía techo. Crecí rodeado de mujeres duras, de mujeres que se peleaban con los hombres. De modo que no pensaba que pelear con las mujeres fuera tabú, porque las mujeres que conocía eran capaces de matarte. Debías plantarles cara porque si no te rajaban o te disparaban. O hacían que unos hombres te dieran una lección y te golpearan, convenciéndoles de que eras un vándalo.

Si temía estar en casa, también temía salir de ella. Por entonces acudía a una escuela pública y era una pesadilla. Era un niño regordete, muy tímido, tanto que parecía afeminado, y ceceaba al hablar. Los niños acostumbraban a llamarme «Pequeño Mariquita» porque siempre andaba con mi hermana, pero mi madre me había dicho que debía quedarme junto a Denise porque ella era mayor que yo y se encargaba de vigilarme. También me llamaban «Apestoso» o «Cabrón apestoso» porque en aquellos tiempos no sabía nada sobre higiene. No disponíamos de agua caliente con la que ducharnos y, si no funcionaba el gas, tampoco podríamos hervir agua. Mi madre intentó enseñarme, pero yo no me las apañaba. Ella solía llenar un cubo con agua caliente y coger una pastilla de jabón con la que me lavaba. Pero cuando eres pequeño, no le das importancia a la higiene. Con el tiempo aprendería sobre el tema en las calles, de la mano de los chicos mayores. Ellos me hablaron de Brut, de Paco Rabanne y Pierre Cardin.

Mi colegio quedaba a la vuelta de la esquina de nuestra casa, pero a veces mi madre estaba inconsciente, después de haber bebido mucho la noche anterior, y no me acompañaba. En esas ocasiones los otros niños me pegaban y me daban patadas. Se ponían en plan «Lárgate de aquí, negro, cabrón asqueroso». No dejaban de acosarme. Me daban puñetazos en la cara y yo salía corriendo. En la escuela se metían con nosotros y en el camino de regreso a casa nos sacaban pistolas y nos robaban la poca chatarra que llevábamos encima. Hablo de chavales durísimos robándonos en la puerta de nuestro edificio.

Tener que llevar gafas el primer año de colegio supuso un punto de inflexión en mi vida. Mi madre me llevó a hacer pruebas y resultó que era corto de vista, por lo que me pusieron gafas. Eran horribles. Un día salía del colegio para ir a casa a comer y llevaba unas albóndigas del comedor envueltas en papel de aluminio para mantenerlas calientes. Un tipo se me acercó y me dijo: «Ei, ¿llevas dinero?». Le respondí que no. Empezó a registrarme los bolsillos e intentó cogerme las albóndigas. Yo me resistía y le decía: «¡No!, ¡no!, ¡no!». A los abusones les permitía quitarme el dinero, pero jamás la comida. Me quedé hecho un ovillo, formando una especie de escudo humano con la idea de proteger mis albóndigas. Así que empezó a golpearme en la cabeza y me sacó las gafas y las metió dentro del depósito

de gasolina de una camioneta. Corrí hacia mi casa y no consiguió llevarse mis albóndigas. A esos tipos debería haberles pegado, pero les tenía tanto miedo, al parecerme tan descarados y valientes, que simplemente imaginaba que debían saber algo que se me escapaba. Les decía: «No me pegues, déjame en paz, ¡para!». A día de hoy, sigo sintiéndome un cobarde por culpa de aquellos abusos. Sentirse así de indefenso es devastador. Nunca olvidas esa sensación. El día en que aquel tipo me arrancó las gafas y las arrojó a un depósito de gasolina fue el último en que fui al colegio. Supuso el fin de mi educación formal. Tenía siete años y jamás regresé a las clases.

Después de aquel incidente, iba al colegio a desayunar y luego me marchaba. Me pasaba un par de horas dando vueltas a la manzana. A continuación, regresaba para el almuerzo y volvía a marcharme. Al acabar las clases, volvía a casa. Un día de primavera de 1974 se me acercaron tres tipos por la calle y empezaron a patearme los bolsillos. Me preguntaron: «¿Llevas dinero?». Les respondí que no. Me dijeron: «Nos quedaremos todo el dinero que te encontremos». De manera que empezaron a darle la vuelta a mis bolsillos, pero no tenía nada. Luego me dijeron: «¿Adónde vas? ¿Quieres volar con nosotros?».

—¿Y eso qué es? —les pregunté.

De modo que nos dirigimos hacia el colegio e hicieron que saltara una verja y que les lanzara cartones de leche. Caminamos unas pocas manzanas y me dijeron que entrara en un edificio abandonado.

Guau, no sé, dudé. Era un niño esmirriado y flojucho contra tres. Acabamos entrando todos y me dijeron: «Sube al terrado, enano». No sabía si iban a matarme. Subimos al terrado y vi una caja pequeña en la que había unas palomas. Estos tipos estaban construyendo un corral para palomas. Así que me convertí en su pequeño chico de los recados, en su esclavo tonto. No tardé en descubrir que, cuando las palomas alzaban el vuelo, solían aterrizar sobre otro terrado porque eran perezosas y estaban enfermas. Yo debía bajar las escaleras, fijarme en qué terrado se habían posado, encontrar la manera de colarme en el edificio y subir hasta él para asustarlas. Me pasaba el día persiguiendo a las palomas, si bien me parecía bastante divertido. Me gustaba la compañía de los pájaros. Incluso disfrutaba acudiendo a la tienda a comprarles pienso. Estos tipos eran duros y yo, de

algún modo, les caía bien por ser su recadero. Toda la vida me había sentido desplazado, pero sobre ese tejado me sentía en casa. Aquello era lo que estaba destinado a hacer.

A la mañana siguiente regresé al edificio. Estaban en el terrado y, al verme acercarme, empezaron a arrojarme ladrillos.

—¿Qué estás haciendo aquí, cabrón? ¿Pretendes robarnos nuestros pájaros? —me dijo uno de ellos.

Guau, me había creído que aquel era mi nuevo hogar.

—No, no, no —dije—. Sólo quería saber si necesitáis que vaya a la tienda o que salga en busca de vuestros pájaros.

—¿Hablas en serio? —me dijo—. Sube aquí, enano.

Me enviaron a la tienda a por cigarrillos. Eran un puñado de chicos de la calle, sin escrúpulos, pero a mí no me importaba ayudarlos ya que los pájaros me entusiasmaban. Era de lo más guay contemplar a varios centenares de palomas volando en círculos en el cielo para luego posarse sobre un terrado.

Las palomas voladoras suponían toda una afición en Brooklyn. La practicaban desde capos de la mafia a chavales del gueto. Es difícil de explicar; simplemente se te mete dentro. Aprendí a tratarlas, aprendí sus características. Luego me convertí en una especie de experto en el tema y me sentía muy orgulloso de ello. Todo el mundo soltaba sus palomas al mismo tiempo para que volaran y el juego consistía en tratar de cazar a las de los otros. Era como montar a caballo. Una vez lo llevas en la sangre, jamás lo dejas. Desde aquel día, allá donde haya vivido siempre me he hecho construir un corral y cuidado de las palomas.

Un día estábamos en el terrado con las palomas y vino un tipo más mayor. Su nombre era Barkim y era amigo del hermano de uno de ellos. Al darse cuenta de que su amigo no se encontraba ahí, nos pidió que le dijéramos que se encontrarían en la *jam* que tendría lugar esa noche en el centro recreativo de nuestro barrio. Las *jams* eran sesiones de baile para adolescentes, aunque ésa no tenía nada que ver con un rollo a lo Archie y Veronica. De noche incluso cambiaban el nombre del local, que de centro recreativo pasaba a llamarse The Saggitarius. A él acudían todos los jugadores y los estafadores, los tipos del barrio que se dedicaban a robar

casas, carteras y bolsos por el método del tirón, y que cometían fraudes con tarjetas de crédito. Era un antro de perdición.

De modo que aquella noche fui al centro. Tenía siete años y no conocía el concepto de vestirse para la ocasión. No sabía que supuestamente uno debía ir a casa, pegarse una ducha, cambiarse de ropa, ponerse algo que luciera y finalmente acudir al club. Eso es lo que hacían los otros tipos que cuidaban de las palomas. Pero lo que yo hice fue ir directamente del corral al club, llevando la misma ropa apestosa y llena de cagadas de paloma. Pensé que los chicos estarían ahí y que me aceptarían como a uno más dado que me pasaba el día detrás de sus palomas. Pero lo que ocurrió fue que, apenas puse un pie dentro, empezaron: «¿Qué es ese olor? Mirad a este sucio y apestoso cabrón». Todo el local empezó a reírse de mí y a provocarme. No sabía qué hacer; fue una experiencia muy traumática tener a todo el mundo metiéndose conmigo. Lloraba y, al mismo tiempo, reía porque quería ser aceptado. Me imagino que Barkim vio el modo en que iba vestido y se apiadó de mí. Se me acercó y me dijo: «Eh, enano. Lárgate de aquí. Mañana ven a verme a las ocho al terrado».

A la mañana siguiente estaba ahí puntual. Barkim llegó y empezó a aleccionarme.

—No puedes ir por ahí con pinta de vagabundo. ¿Qué cojones estás haciendo, tío? Nosotros nos dedicamos a hacer dinero.

Hablaba rápido y yo me esforzaba por entender cada palabra.

—Vamos a conseguir algo de dinero por aquí, enano. ¿Estás listo?

Nos marchamos juntos y entramos en las casas de la gente. Yo me colé, como me dijo, por las ventanas, pues eran demasiado pequeñas para él. Una vez dentro, iba a abrirle la puerta; luego revolvía los cajones, abría las cajas fuertes, los desplumaba del todo. Nos agenciábamos cadenas de música, cartuchos de ocho pistas, joyas, pistolas, dinero en efectivo.

Después de cometer los robos, me llevó a Delancey Street, en el centro de la ciudad, a comprarme ropa bonita, zapatillas deportivas y un abrigo de piel de cordero. Esa misma noche fuimos a una *jam* en la que estaba mucha de la gente que se había reído de mí. Yo llevaba puesto mi nuevo abrigo y unos pantalones de cuero. Nadie me reconoció siquiera, como si fuera una persona diferente. Resultó increíble.

Barkim fue quien me introdujo en la vida criminal. Antes de eso, jamás había robado. Ni una rebanada de pan, ni un caramelo, nada. No tenía tendencias asociales. No tenía el valor. Barkim me explicó que, si uno tenía buena presencia, la gente lo trataba con respeto. Si ibas a la última moda, si llevabas prendas de categoría, eras un tío enrollado. Conseguías estatus.

Barkim comenzó a presentarme como su «hijo» a la gente con la que nos cruzábamos por la calle. Era apenas unos años mayor que yo, pero en la terminología de las calles suponía una advertencia para que no me faltaran al respeto. Significaba: «Éste es mi hijo en las calles, somos familia, atracamos y robamos. Ésta es mi pequeña máquina de hacer dinero. No te metas con este negro». Los que lo respetaban a él, ahora también debían respetarme a mí. Me enseñó con quién tenía que andarme con cuidado, aquellos de los que no podía fiarme, pues me dejarían sin nada a las primeras de cambio. Mi vida me recordaba a la de Oliver Twist con el hombre mayor, Fagin, enseñándole este tipo de cosas. Me compró un montón de ropa, pero nunca me daba mucho dinero. Si conseguía varios miles de dólares con un robo, me pasaba unos doscientos. A los ocho años, sin embargo, doscientos dólares era mucho dinero. En ocasiones sacaba alguna joya que hubiéramos robado y me la prestaba durante unos días.

Mi perfil criminal subió varios enteros con la Banda de Rutland Road. En su mayoría estaba formada por chicos caribeños de Crown Heights. Barkim conocía a los de su sección adulta, The Cats. Empecé a ir con los RRC, su división juvenil, participando en pequeños robos en casas. Acudíamos a la escuela, desayunábamos y luego nos subíamos en un autobús o en un tren y comenzábamos a robar durante las horas lectivas. Ahí fue donde empecé a sentir que pertenecía a algo. Siempre que entregáramos nuestra parte de las ganancias, todos éramos iguales.

Algunos de los que estén leyéndome me juzgarán como un adulto, llamándome criminal, pero todo esto lo llevé a cabo hace treinta y cinco años. Era un crío en busca de cariño y aceptación y en las calles fue donde encontré lo que buscaba. Aquella fue mi única educación y aquellos tipos, mis únicos maestros. Hasta los delincuentes más mayores me decían: «No deberías hacerlo; ve al colegio», pero yo no quería escucharlos, por mucho que se hicieran respetar en las calles. Nos decían que fuéramos a la escuela

mientras ellos se dedicaban a robar. Todos me respetaban porque era una pequeña máquina de hacer dinero. Les entregaba una parte a aquellos amigos necesitados de algo de efectivo. Compraba licor y comida para todo el mundo. Un día empecé a comprar palomas. Si disponías de buenas aves, la gente te respetaba. Además, era un subidón robar cosas y luego salir a comprar ropa. Podía ver cómo me trataban cuando me veían aparecer hecho un pincel con mi abrigo de pieles y mis Pumas. Tenía un traje de esquí, gafas amarillas incluidas, aunque jamás había pisado una pista. Ni siquiera era capaz de deletrear la palabra Adidas, pero bien que sabía cómo me hacían sentir.

Uno de los chicos de la Rutland me enseñó a abrir cerraduras. Si consigues una llave que encaje en el agujero, sólo debes limitarte a ir dándole vueltas hasta que desgastas el cilindro y abres la puerta. Yo estaba en plan «¡Joder!». Tras algunas de las puertas que conseguíamos abrir, encontrábamos cuberterías de plata, joyas, pistolas y montoncitos de dinero. Estábamos tan felices que llorábamos y reíamos al mismo tiempo. No podíamos llevárnoslo todo. No podías andar por la calle acarreando todo aquello, de modo que llenábamos nuestras mochilas del colegio con tantos productos robados como podíamos embutir en ellas.

Un día mi amigo Curtis y yo estábamos robando una casa. Los dueños eran caribeños, como Curtis. Me movía en medio de una oscuridad absoluta cuando oí: «¿Quién anda ahí?, ¿eres tú, cariño?». Pensé que se trataba de Curtis, jugando a asustarme. Así que dije: «Intento encontrar una pistola y el dinero. Tú busca la caja fuerte, ¿de acuerdo?». Respondió: «¿Qué, cariño?». Me di cuenta de que el que hablaba no era Curtis. Era el tipo que vivía ahí y que estaba estirado en el sofá. Corrí hacia la puerta.

—Curtis, esto no va bien. Larguémonos de aquí, hay alguien.

Curtis, sin embargo, era un perfeccionista. Curtis quería cerrar la puerta en vez de salir pitando. Yo me lancé a correr. El tipo abrió la puerta y golpeó a Curtis en la cabeza hasta dejarlo noqueado. Pensé que estaba muerto. No volví a verlo hasta un año después. Estaba vivo, pero tenía la cara destrozada; le había dado con saña. Sí, aquello supuso un duro golpe en nuestras vidas.

Cuando robábamos cubertería o joyas, acudíamos a Sal’s, una tienda en Utica con Sterling.

Yo era un crío, pero me conocían por haber acompañado a los chicos mayores. Los tipos de la tienda eran conscientes de que traía mercancía robada, pero yo sabía que no podían zurrarme porque conocía el valor de lo que traía. Sabía lo que quería.

A veces andábamos por las calles y, si era mediodía y cruzábamos por delante de un colegio, nos metíamos dentro, íbamos al comedor, agarrábamos una bandeja, nos poníamos en la cola y empezábamos a comer. Así podíamos descubrir a alguien a quien quisiéramos robar, alguien que llevara su anillo escolar colgado del cuello. De modo que nos acabábamos la comida, devolvíamos la bandeja, nos apostábamos en la puerta, agarrábamos el anillo y salíamos corriendo.

Siempre queríamos tener buen aspecto en las calles porque, si eres un crío negro que va por la ciudad sucio y harapiento, la gente normalmente se mete contigo. Así que nuestras pintas eran agradables y nada intimidadoras. Llevábamos nuestras mochilas escolares, gafitas y el *look* de colegio católico con sus pantalones bonitos y camisas blancas, el uniforme al completo.

Al cabo de un año, más o menos, empecé a robar casas por mi cuenta. Resultaba bastante lucrativo, pero andar robando por las calles era más excitante. Le arrancabas una joya a una señora y la policía se ponía a perseguirte o bien aquellos a los que llamábamos héroes intentaban pararte los pies y hacer la buena acción del día. Suponía tomar más riesgos por menos dinero, pero adorábamos la emoción que conllevaba. Por lo general, para robar con éxito necesitabas a un ayudante. En ocasiones ni siquiera lo planeabas, te encontrabas con un conocido y montabais un equipo.

A veces descubrías que tenías competencia. Te subías a un autobús y te encontrabas con que ya había otro a la espera de robarle las carteras al personal. Aunque tú quizás llamabas más la atención. A esto se le llamaba «despertar al autobús». El autobús estaba tranquilo antes de que te subieras pero, justo ahora que te has montado, el conductor dice en voz alta: «Señoras y señores, se acaban de subir unos jóvenes. Vigilen sus bolsillos.

Van a intentar robarles». De manera que te bajabas en la próxima parada, pero el ladrón sigiloso hacía lo propio e iba tras de ti.

—¡Cabrón, has despertado al autobús! —te gritaba.

Y, en el caso de que fuera mayor que tú, podía empezar a zurrarte y a sacarte el dinero y las joyas que hubieras robado.

A la gente no le gustaba salir conmigo a robar carteras porque me faltaba su paciencia y habilidad. Jamás mantenía la cabeza fría, en plan «Se la voy a jugar a este negro, voy a hacerlo, ahora mismo me acerco con cuidado y lo hago». Yo era mucho mejor atacando por sorpresa a las personas.

La acción más primitiva consistía en arrancarle a alguien la cadena de oro del cuello. Solía hacerlo en el metro. Me sentaba junto a la ventana. Por aquel entonces podías abrir las ventanas del vagón. Bajaba unas cuantas, luego el metro se detenía y entraba gente nueva que se sentaba junto a las ventanas. Me apeaba y, tan pronto el metro volvía a arrancar, alargaba la mano y le arrancaba la cadena a uno. Gritaban y me miraban a la cara, pero no podían bajarse. Arreglaba el cierre, presumía de cadena unos pocos días delante de la gente y acababa vendiéndola antes de que los mayores me la quitaran.

Aunque comenzaba a tener mi atractivo, por entonces era incapaz de tratar a las chicas. Me interesaban, pero a esa edad no sabía cómo hacérselo saber. Une vez me encontraba mirando a un grupito de ellas saltar a la comba. Me gustaban y quise apuntarme. Así que empecé a provocarlas y, de la nada, estas colegialas de quinto curso empezaron a pegarme. Yo creía que estábamos jugando, pero ellas no se lo tomaron a broma y me cogieron por sorpresa. Cuando empecé a considerar seriamente plantarles cara, ya era demasiado tarde. Apareció alguien que nos separó. Yo había sabido controlarme. No había querido pelearme con ellas.

Ni a mi madre ni a mi hermana les sorprendió que estuviera robando e incurriendo en un comportamiento antisocial con la idea de traer dinero a casa. Veían mi ropa bonita y que les traía comida: pizza y productos del Burger King y del McDonald’s. Mi madre era consciente de que andaba por el mal camino, pero ya era un caso perdido. Las calles me habían poseído. Ella pensaba que yo era un criminal y que acabaría muerto o que jamás

llegaría a nada. Probablemente no fuera la primera vez que veía algo así, a chavales como yo comportándose de esa manera. Yo robaba de todo a todo el mundo. No conocía límites.

Mi madre prefería pedir. Me avergonzaba un poco porque era demasiado honesta. Siempre estaba pidiendo dinero; era su forma de ser. Yo le daba a mi hermana un montón de dinero para ayudar a mi madre con la casa. A veces le daba a mi madre cien dólares y no me los devolvía. Aquello no era algo que respetara. Yo le decía: «Me debes dinero, mamá». Y ella me respondía: «Tú me debes la vida, chico. No voy a devolverte nada».

Los chicos mayores del barrio sabían que robaba, por lo que se quedaban con mi dinero, mis joyas y mis zapatos, y yo tenía miedo de contárselo a mi madre. No sabía qué hacer. Me apalizaban y me robaban las palomas. Eran conscientes de que no iba a pasarles nada por acosarme. Barkim no me enseñó a pelear. Sólo me enseñó a lucir ropa bonita y a lavarme el culo. Normalmente cuando alguien me perseguía o me gritaba por la calle, yo me limitaba a soltar lo que llevara y echarme a correr. De modo que ahora volvían a acosarme y podían obtener de mí mucho más.

Mientras crecí siempre quise ser el centro de atención. Deseaba ser un bocazas que fuera soltando: «Soy el peor hijo de puta del lugar», «Mis pájaros son los mejores». Quería ser ese tío guay de la calle que las encandila con su labia, pero era demasiado tímido y torpe. Cuando intentaba hablar así, alguien me daba una colleja y me decía: «Cierra la puta boca, negro». Pero la primera vez que me vi envuelto en una pelea callejera sí que tuve ocasión de disfrutar de la admiración del público.

Cierto día me acerqué a un barrio de Crown Heights en el que robé una casa junto a un chico mayor. Encontramos 2200 dólares en efectivo, de los que yo me llevé 600. Así que me fui a una tienda de animales y me compré pájaros por valor de cien dólares. Me los colocaron en una jaula que el dueño me ayudó a llevar hasta el metro. Cuando me bajé, conseguí que un vecino de mi barrio me ayudara a transportar la jaula al edificio en ruinas donde escondía a mis palomas. Resulta que este vecino le dijo a unos chicos del barrio que yo tenía todos esos pájaros. De modo que un tipo llamado Guy Flowers y algunos de sus colegas vinieron a robarme. Mi madre los vio

trastear con mis palomas y vino a contármelo. Yo salí corriendo a plantarles cara. Al verme aparecer, dejaron de agarrar a los pájaros, pero este tal Guy seguía con uno debajo de su abrigo. A esas alturas, ya nos rodeaba un buen número de personas.

—Devuélveme el pájaro —protesté.

Gary se lo sacó de debajo del abrigo.

—¿Quieres el pájaro? ¿Quieres el jodido pájaro? —me dijo. A continuación le arrancó la cabeza y me la arrojó, manchándome la cara y la camisa de sangre.

Uno de mis amigos me espoleó: «Pégale, Mike. No tengas miedo, pégale».

Hasta entonces siempre había tenido miedo de pelearme con alguien. Pero había un tipo mayor en el barrio que se llamaba Wise; había sido boxeador en una liga deportiva para policías. Solía fumar marihuana con nosotros y, cuando pillaba un colocón, empezaba a hacer boxeo de sombra. Yo me quedaba mirándolo y él me decía: «Venga, anímate». Nunca llegué siquiera a boxear de broma. De todos modos, me acordaba de su estilo.

Así que pensé: *a la mierda*. Mis amigos estaban en shock. No sé qué estaba haciendo, pero solté algunos puñetazos a lo loco y uno de ellos impactó contra Gary, tumbándolo. Wise acostumbraba a dar saltitos mientras boxeaba contra las sombras, de manera que, tras lanzar al suelo a Gary, yo y mi estúpido culo hicimos lo propio. Parecía que el momento demandaba ponerse a revolotear como una mosca. Tenía prácticamente a toda la manzana siendo testigo de mi momento de gloria. Todos empezaron a aullar y a aplaudirme. Me recorrió una sensación increíble, aunque el corazón se me salía del pecho.

«Este negro está pegando saltitos, tío», se rio un tipo. Intentaba imitar la manera de arrastrar de pies de Ali sin ningún éxito. De todos modos, me sentía bien por haber sabido defenderme y por la energía de los aplausos y del chocar de manos. Me imagino que, bajo toda esa timidez, siempre fui alguien explosivo y con sentido del espectáculo.

Alcancé nuevos niveles de respeto en la calle. En vez de: «¿Puede venir Mike a jugar con nosotros?», la gente le preguntaba a mi madre: «¿Puede venir Mike Tyson a jugar con nosotros?». Algunos traían a sus amigos para

que pelearan conmigo y apostaban dinero sobre el desenlace. Ahora tenía otra fuente de financiación. También acudían de otros vecindarios. Ganaba con frecuencia. Aunque perdiera, los tipos que me ganaban decían: «¡Joder! ¡Si sólo tienes once años!». Fue de este modo que todo Brooklyn empezó a conocerme. Tenía reputación de luchar contra quien fuese: adultos, sin distinciones. En la calle no seguíamos las normas del Marqués de Queensberry. Si a uno le pateabas el culo, no significaba forzosamente el fin del combate. Si no era capaz de tumbarte, tomaba otro camino y, en ocasiones, regresaba con unos amigos a molerte a palos con unos bates.

Comencé a tomar cumplida venganza de algunas de las palizas que había recibido de mis acosadores. A veces andaba por la calle con colegas y veía a uno que años antes me había pegado o se había metido conmigo. Puede que entrara una tienda y yo lo sacaba a rastras para aporrearlo. No me tomaba la molestia de explicarle a mis amigos el motivo, sólo les decía: «Odio a este cabrón», y ellos se sumaban, arrancándole la ropa y golpeándole a gusto. ¿Os acordáis de aquel tipo que me sacó las gafas y me las tiró? Le di una somanta de palos en la calle, como si fuera un perro, por haberme humillado. Posiblemente él se hubiera olvidado de aquello, pero yo no. Esta confianza renovada en mi habilidad para defenderme hizo que escalara mi actividad delictiva. Me hice más y más descarado. Llegué a robar incluso en mi barrio. Creí que eso era lo que hacía la gente. No entendía las leyes de la calle. Pensaba que todo el mundo era un objetivo para mí, porque yo parecía un objetivo para todo el mundo. No sabía que había determinadas personas a las que no debías joder.

Vivía en un bloque de pisos a cuyos vecinos robaba sin distinción. No se imaginaban que yo pudiera ser el ladrón. Algunos de ellos eran amigas de mi madre. Cobraban sus cheques de la beneficencia y quizá compraban algo de licor, visitaban a mi madre, bebían juntas y pasaban un buen rato. Yo me retiraba a mi cuarto, salía por la escalera anti incendios, entraba en sus pisos y les saqueaba todo. Cuando luego la mujer subía las escaleras de regreso a casa, se encontraba el panorama y volvía a bajar pegando gritos: «Lorna, Lorna, se lo han llevado todo. ¡Se han llevado la comida del bebé, se lo han llevado todo!».

Cuando volvían a marcharse, mi madre entraba en mi habitación.

—Sé que has hecho algo, ¿no es así, niño? ¿Qué has hecho?

Yo le hubiese dicho: «Mamá, no he sido yo. Echa un vistazo».

Me había llevado la comida y el resto de cosas al terrado, donde iría a buscarlo más tarde con los amigos.

—¿Cómo podría haber hecho nada? Me he pasado todo el rato en mi habitación, no me he ido a ningún lado.

—Bueno, si tú no lo has hecho, me apuesto algo a que sabes quién sí, ladrón —me empezaba a gritar—. No eres más que un ladrón. Yo jamás he robado nada en mi vida. No sé de dónde has salido, ladrón.

Dios mío. ¿Os podéis imaginar tener que oír esto de tu propia madre? Mi familia no tenía depositada ninguna esperanza en mí, ninguna. Creían que dedicaría mi vida al crimen. No había ningún precedente en la familia. Mi hermana no paraba de decirme: «¿Cuál es el pájaro que no vuela? ¡El enjaulado! ¡El enjaulado!».

No creía que fuera a cumplir los dieciséis, de modo que ¿por qué razón no ir a tope? Recientemente mi hermano Rodney le dijo a alguien que pensaba que yo era el tipo más valiente que había conocido. Yo, sin embargo, no me consideraba valiente. Tenía amigos que sí eran valientes, a los que disparaban por sus joyas, relojes o motocicletas. Se resistían a entregarlas. Estos tipos contaban con el máximo respeto en el vecindario. Yo no sé si tenía coraje, pero sí sé que lo había visto. Siempre pensé que yo era mucho más loco que valiente. Disparaba contra tipos a plena luz del día mientras mi madre estaba asomada a la ventana. Me faltaba cerebro. Rodney interpretaba como coraje lo que en verdad era falta de luces. Yo era un extremista.

Todos mis conocidos estaban metidos en el ajo. Incluso los que tenían un trabajo, se dedicaban a trapichear en su tiempo libre. Vendían drogas o robaban. Aquello era como un mundo de cyborgs en el que los policías eran los malos, mientras que los ladrones y los chanchulleros eran los buenos. Si no hacías daño a nadie, nadie te dirigía la palabra. Te habrían tachado de muermo. Si eras malo, merecías la pena. Si alguien te molestaba, acudían a pelear por ti. Sabían que eras uno de ellos. Yo era tan cojonudo que toda esa chusma de lo más sórdida conocía mi nombre.

Entonces las cosas empezaron a ponerse cuesta arriba. Comencé a tener relaciones estrechas con la policía. Que te dispararan en Brownsville no era nada del otro jueves. Uno podía estar en un callejón apostando y, de golpe, ver cómo entraban unos tíos corriendo y disparándoles a otros. Nunca sabías cuándo iba a ocurrir. Otras bandas pasaban por delante tuyo con sus motocicletas y bam, bam, te largaban unos tiros. Sabíamos por dónde andaba cada una y, por tanto, qué lugares debíamos evitar.

Sin embargo, es algo muy diferente cuando son los polis los que te disparan. Un día un grupito de nosotros pasábamos por delante de la joyería de Amboy Street cuando vimos al joyero acarreando una caja. Se la agarré y salimos corriendo. Al acercarnos a nuestra manzana, oímos el chirrido de unos neumáticos en el asfalto. Unos policías de incógnito bajaron del coche y bam, bam, empezaron a dispararnos. Corrí hacia un edificio abandonado que solíamos frecuentar y supe que estaba a salvo. Me lo conocía como la palma de mi mano. Sabía por qué muros colarme, cómo llegar al terrado, qué agujero atravesar para encontrarme sobre las vigas del techo. Y eso es lo que hice. Me dirigí a la parte que quedaba por encima del tejado y miré por un agujero desde el que podía controlar a todo aquel que cruzara por el piso inferior.

Vi a los policías entrar en el edificio. Comenzaron a avanzar empuñando sus armas y uno de ellos se cayó por un agujero abierto en el suelo.

—Hostia puta, estos cabrones de críos me están tocando las pelotas haciéndome entrar en este edificio. Voy a matar a estos jodidos bastardos —dijo.

Yo oía hablar a estos polis blancos y me reía para mis adentros. El edificio estaba demasiado ruinoso para que se atrevieran a subir un piso, los peldaños se caían a trozos. Pero sí que cabía la posibilidad de que levantaran la vista, me encontraran escondido entre las vigas y me dispararan. Pensé en saltar al siguiente terrado, porque era el de mi bloque de pisos, pero suponía un salto de más de tres metros.

Así que avancé por el terrado y vi que un amigo que vivía en mi bloque estaba allí de pie en el terrado. Yo iba a cuatro patas porque temía que, si me incorporaba, los polis pudieran verme. Mi amigo me explicó cómo estaba la situación.

—Relájate, Mike. Ya han salido del edificio, pero siguen buscándote. Allá abajo hay un buen puñado de coches de policía —me informó.

Estuve esperando sobre aquel terrado lo que me pareció una eternidad.

—Se han ido, Mike. Se han ido —me dijo finalmente mi amigo.

Bajé, aunque esperé un rato más para salir. Mis amigos daban vueltas a la manzana; querían asegurarse de que los polis no me aguardaban escondidos.

—Espera un poco más, Mike —me dijo mi amigo.

Al fin me indicó que estaba despejado. Supuso una bendición salir indemne de aquella situación. La caja que habíamos robado contenía valiosos relojes, medallones, brazaletes, diamantes y rubíes. Necesitamos dos semanas para deshacernos de toda esa mierda. Una parte tuvimos que venderla en un sitio y luego acudir a una zona diferente de la ciudad a colocar otras piezas.

Con la cantidad de actos violentos que perpetraba no deja de ser un poco irónico que mi primer arresto fuera a resultas de una tarjeta de crédito robada. Tenía diez años. Obviamente era demasiado pequeño para ir con una tarjeta, de modo que convencía a alguien mayor de que entrara en una tienda y me comprara esto y lo otro, además de algo para él. Luego le vendíamos la tarjeta a un tercero.

En cierta ocasión intentamos utilizar una tarjeta en una tienda del barrio ubicada en Belmont Avenue. Íbamos bien vestidos, pero no aparentábamos edad suficiente para poseer una tarjeta. Cogimos un montón de ropa y de zapatillas deportivas y nos acercamos al mostrador, donde le entregamos la tarjeta a la dependienta. Se excusó y se retiró unos instantes a hacer una llamada. Lo siguiente que supimos es que había cortado la tarjeta en dos y que nos rodeaban unos policías que habían acudido a arrestarnos.

Me llevaron a la comisaría del barrio. Mi madre no tenía teléfono, por lo que tuvieron que ir a buscarla y traerla a las dependencias. Entró gritando a pleno pulmón y, de inmediato, se puso a pegarme delante de todo el mundo.

Al cumplir los doce años, aquello se había convertido en una rutina. Los arrestos me conducían delante del juez, pero ser un menor me evitaba ir a la cárcel.

Odiaba cuando mi madre venía a la comisaría y me zurraba de lo lindo. Después se juntaba con las amigas para emborracharme y les contaba la tunda que me había metido. Hecho un ovillo en una esquina, intentaba protegerme de sus ataques. Aquello era jodidamente traumático. A día de hoy continúo fijándome en las esquinas de cada habitación en la que entro y debo apartar la vista porque me traen a la memoria las palizas que me daba mi madre. Hecho un ovillo en una esquina, intentaba protegerme de sus ataques. A ella le era indiferente pegarme en las tiendas, en la calle, delante de mis compañeros de colegio o en la sala del tribunal. A los policías sin duda que se la traía al fresco. Una vez se disponían a escribir un informe sobre mí cuando mi madre entró hecha una fiera y me molió a golpes, de manera que lo dejaron correr.

Me merecía cada tunda que recibía. Yo sólo quería ser uno de los chicos guays, uno de esos que lucían joyas y tenía dinero en los bolsillos, un chico mayor, como los de quince años que se echaban novias. No es que por aquel entonces me interesaran mucho las chicas, pero sí que me pirraba la ropa y llamar la atención.

Mi madre ya estaba dándome por perdido. Ella era muy popular en el barrio y sabía expresarse con elocuencia cuando resultaba necesario. Sus otros hijos habían mostrado capacidad para aprender y llevarse bien con los otros, pero yo era un caso aparte. Era el único que no sabía leer ni escribir. Era incapaz de que me entrara.

—¿Por qué no puedes hacerlo? —me preguntaba—. ¿Qué pasa contigo?

Debía pensar que era retrasado. Siendo un bebé me había llevado a un montón de sitios en Lee Avenue para que me hicieran pruebas psicológicas. De pequeño hablaba en voz alta conmigo mismo. Me imagino que en los años setenta aquello no era normal.

Una vez que estuve dentro del sistema judicial, debí acudir por imperativo legal a escuelas especiales que eran una locura. Estas escuelas especiales recordaban a prisiones. Te mantenían encerrado hasta que llegaba la hora de que regresaras a casa. Ahí agrupaban a todos los chicos asociales

y chalados. Se suponía que debías hacer lo que te pidieran, pero yo me levantaba y me peleaba, escupiéndole a la gente a la cara. Nos entregaban unas fichas para ir y volver de la escuela, y yo se las robaba a los otros para jugar con ellas. Les robaba incluso a los profesores y, al día siguiente, volvía al colegio luciendo la ropa que me había comprado con su dinero. Hice un montón de barbaridades.

Dijeron que era hiperactivo, de modo que empezaron a darme Thorazine. Se saltaron el Ritalin y fueron directamente a la gran T; eso es lo que les daban a los jodidos negros malos en los setenta. El Thorazine suponía todo un viaje. Me quedaba sentado con la vista clavada en algo, no podía moverme, no podía hacer nada. Todo me parecía guay; podía oírlo todo, pero simplemente estaba catatónico, era un zombi. No pedía comida, se limitaban a traérmela cuando llegaba el momento. Me preguntaban: «¿Necesitas ir al baño?». Y yo les respondía: «Oh, sí». Ni siquiera era capaz de notar cuándo tenía que ir a baño.

Tras tomarme esa porquería, me enviaban a casa. Allí me quedaba temblando, mirando *Rocky and His Friends*. Mi madre pensaba que algo andaba mal con su niño, pero lo único que ocurría es que yo era un maldito demonio. Se equivocaron con mi diagnóstico, probablemente me causaron algún daño, pero nunca me lo tomé como algo personal. Siempre creí que, si me ocurrían cosas malas, era debido a que tenía algún tipo de problema.

Además de a los zombis y a los chalados, también enviaban a los delincuentes a la escuela de educación especial. De esta forma los delincuentes de diferentes vecindarios acababan conociéndose. Íbamos a Times Square a robar y nos encontrábamos con chicos de la escuela, vestidos con pieles de cabra y ropas bonitas, los bolsillos llenos, haciendo lo mismo. En 1977 estaba dando una vuelta por Times Square cuando vi a unos chicos de mi antiguo barrio de Bed-Study. Nos pusimos a hablar y de repente uno de ellos robó de un tirón el bolso de una prostituta. Ella se enfureció y me tiró un café caliente a la cara. La policía empezó a acercársenos y mi amigo Bub y yo nos largamos. Nos metimos en un cine porno para escondernos, pero la prostituta no tardó en entrar acompañada por los polis.

—Son esos —dijo señalándonos.

—¿Yo? No he hecho un carajo —protesté, pero los policías nos condujeron afuera y nos metieron en el asiento trasero de su coche.

La loca esa, sin embargo, no había tenido suficiente. Metió la mano por la ventanilla trasera y me arañó la cara con sus largas uñas de puta.

Nos llevaron a una comisaría del centro de la ciudad. Al alejarnos de Times Square, pude ver a mis amigos de Bed-Stuy, los causantes de todo ese jaleo, mirándonos desde la calle. Ya me habían arrestado en varias ocasiones, por lo que estaba acostumbrado al procedimiento. Pero al mirar mi hoja de antecedentes, se encontraron con tantos que fui enviado directamente a Spofford.

Spofford era un centro de detención juvenil situado en la zona de Hunts Point del Bronx. Había oído historias terroríficas sobre este sitio —personas que habían golpeadas por otros internos o por los empleados— de manera que no me entusiasmaba tener que ir ahí. Me entregaron algo de ropa, me dieron una celda para mí solo y me fui a dormir. Por la mañana estaba muerto de miedo. No tenía la menor idea de lo que iba a encontrarme en aquel lugar. Pero al acudir a la cafetería a desayunar, fue como si me encontrara en un aula del colegio. Enseguida vi a mi amigo Curtis, aquel con el que había robado una casa cuyo dueño lo había machacado. Acto seguido empecé a saludar a todos mis viejos colegas.

Tranqui, me dije para mis adentros. *Aquí están todos tus chicos*. Después de aquella primera vez, estuve entrando y saliendo de Spofford como si fuera de lo más normal. Spofford se convirtió en mi segunda residencia. Durante una de mis vistas, nos llevaron a la sala de reuniones, donde nos proyectaron la película *The Greatest*, sobre Muhamamd Ali. Al acabar nos pusimos todos a aplaudir y nos quedamos de piedra cuando Ali en persona subió al escenario. No parecía de este planeta. No hubiese necesitado ni abrir la boca; desde el instante en que se marchó, pensé: *yo quiero ser ese tipo*. Nos dedicó una charla muy inspiradora. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo con mi vida, pero lo que sí sabía es que quería ser como él. Resulta raro porque hoy ya no se oye esta expresión. Si alguien ve un gran combate, quizá diga: «Quiero ser boxeador». En cambio, nadie dice: «Quiero ser como él». No existen muchos Alis. En ese preciso momento, decidí que quería ser uno de los grandes. No sabía qué era lo que

iba a hacer, pero decidí que quería que la gente me viese ofreciendo espectáculo, igual que hacía Ali.

No me malinterpretéis. No salí de Spofford y di un giro de ciento ochenta grados. Seguía siendo una rata de alcantarilla. Mi situación en mi casa se estaba deteriorando. Tras ese cúmulo de detenciones, escuelas especiales y medicamentos, mi madre ya había abandonado toda esperanza sobre mí. Pero nunca la había tenido, ni desde mi más tierna infancia. Sé que uno de esos médicos, un racista cabrón, un tipo que dijo que yo estaba jodido y que era retrasado, le robó cualquier esperanza de cuajo. Y a mí me robaron cualquier posibilidad de sentirme amado o seguro.

Jamás vi a mi madre feliz u orgullosa por algo que yo hubiera hecho. Jamás tuve ocasión de conversar con ella o de conocerla. Profesionalmente esto no iba a tener ninguna consecuencia pero, desde el punto de vista emocional y psicológico, resultó devastador. Estando con mis amigos, veía cómo sus madres los besaban. Yo nunca tuve eso. Pensaréis que, si me dejó dormir en su cama hasta que tuve quince años, es porque me quería, pero se pasaba todo el día borracha.

Puesto que ahora formaba parte del sistema penitenciario, las autoridades decidieron enviarme a hogares de acogida para que me enderezaran. Cogían a un grupo de chicos en apuros, víctimas de abusos, conflictivos y psicópatas y los metían a todos juntos en una casa, cuyos dueños recibían dinero del gobierno por acogernos. Todo el tinglado era chanchullo. Nunca duraba más de dos días. Simplemente me las piraba. Una vez fui enviado a un hogar de acogida en Brentwood, Long Island. Llamé a casa para quejarme y darle la murga a mi madre porque ahí no tenía hierba, de manera que hizo que Rodney me comprara y me la entregara. Siempre fue buena consiguiendo cosas.

Con el tiempo me enviaron a Mount Loretto, un centro en Staten Island, pero no había nada capaz de cambiarme. Ahora me dedicaba a robarles las carteras a los pasajeros del ferry de Staten Island. Uno nunca sabe a quién le está robando. A veces le robas al tipo equivocado, a un cabrón peligroso que quiere su dinero de vuelta. De modo que empieza a atosigar a todo el mundo.

—¿Quién me ha cogido el jodido dinero? —gritó una vez uno.

Empezó a encararse con cuantos lo rodeaban, provocando que todos los pasajeros del ferry tuvieran que dar un paso atrás. Mi amigo había sido quien le había sisado y recibió una patada en el culo, aunque no descubrió que era el culpable. Bajamos del barco y no paramos de reír porque habíamos conseguido el dinero. A mi amigo se le confundían las lágrimas de dolor por la patada con las de risa. De haber sabido que teníamos su dinero, aquel tipo nos habría lanzado por la borda. Ahora me asusto sólo de pensar en el tipo de vida que llevaba por aquel entonces. Oh Dios, aquel tipo nos habría matado, era jodidamente fiero.

Fui liberado del centro juvenil de Staten Island a principios de 1878 y regresé a Brownsville. No dejaba de llegar a mis oídos que muchos de mis amigos acababan muertos por ridiculeces tales como unas joyas o unos cientos de dólares. Empecé a preocuparme un poco, pero jamás dejé de robar y atracar. Me fijaba en los chicos que admiraba, los mayores, los vi subir pero también fui testigo de sus reveses. Vi cómo los apalizaban sin compasión porque siempre iban detrás del dinero de la gente. Sin embargo, nunca paraban, lo llevaban en la sangre.

El barrio era cada vez más ominoso y yo más odiado. Sólo tenía once años pero, en ocasiones, me encontraba paseando tranquilamente por él, perdido en mis pensamientos, y, nada más verme, el propietario de un edificio o el dueño de un negocio me lanzaba una roca o algo.

Me gritaban: «Pequeño bastardo ladrón».

Me veían lucir mis ropas bonitas y sabían a ciencia cierta que yo era el negrata que les había estado robando. Una vez cruzaba por delante de un edificio y me detuve a hablar con un amigo. Un tipo llamado Nicky salió del interior con una escopeta, mientras que su amigo llevaba una pistola. Nicky colocó la escopeta en mi pene y su amigo me apuntó con la pistola.

—Escucha, pequeño negrata, si vuelvo a oír que te has subido a ese terrado, te voy a joder. Si vuelvo a verte por este barrio, voy a volarte las pelotas —me dijo.

Ni siquiera sabía quién coño era este tío, pero estaba claro que él sí me conocía. ¿Os podéis imaginar lo acostumbrado que estaba a que la gente se me acercara para plantarme cara de ese modo?

Escasos meses antes de cumplir los trece, me arrestaron una vez más por estar en posesión de bienes robados. Ya no les quedaban lugares en la ciudad de Nueva York en los que meterme. No sé qué tipo de pruebas científicas llevaban a cabo, pero decidieron enviarme a la Tyron School for Boys, un centro para delincuentes juveniles en el norte de Nueva York, que quedaba más o menos a una hora del noroeste de Albany.

Mi madre estaba feliz de que me enviaran al norte. Para entonces muchos hombres se habían presentado en la puerta de casa buscándome.

—Tu hermano es un jodido cabronazo. Voy a cargarme a tu hermano —le decían a mi hermana.

—Sólo es un niño —les respondía ella—. No es como si se hubiera escapado con tu mujer o algo así.

Imaginaos a adultos acudiendo a vuestra casa a buscaros cuando sólo tenéis doce años. ¿No es una verdadera locura? ¿Se puede culpar a mi madre por haber perdido toda esperanza conmigo?

2

No me molaba nada que me enviaran a un reformatorio estatal. Ahora me las tenía que ver con los chicos grandes. Eran más duros que los de Spofford. Pero el Tyron no era un mal sitio. Lo rodeaban muchas casas de campo y podías salir fuera, jugar al baloncesto, ir al gimnasio. Sin embargo, me metí en problemas a la primera ocasión. Estaba todo el día furioso. Tenía muy mala actitud. Era beligerante y hacía saber a todos que procedía de Brooklyn y que no iba a tolerar ninguna estupidez.

Un día me dirigía a una clase cuando se me cruzó un chico en el pasillo. Iba de tipo duro, como si fuera un asesino y, cuando llegó a mi altura, vio que yo llevaba mi sombrero en una mano. Así que empezó a tirar de él y luego siguió caminando. No lo conocía, pero me había faltado el respeto. Me pasé los cuarenta y cinco minutos siguientes de clase pensando en cómo iba a matarlo por haberme estirado el sombrero. Cuando acabó la clase, salí y lo vi en la puerta acompañado de unos amigos.

De este te encargas tú, Mike, pensé. Me acerqué hasta él. Tenía las manos en los bolsillos y me miraba como si no tuviera la menor preocupación en este mundo, como si yo hubiera podido olvidarme de que, cuarenta y cinco minutos antes, me había estirado el sombrero. Así que lo ataqué salvajemente.

Me esposaron y me enviaron a Elmwood, un centro penitenciario en medio del campo para chavales incorregibles. Elmwood era siniestro. Tenían empleados a unos paletos grandullones y fortísimos. Cada vez que te cruzabas con alguien de ahí, iba esposado y con dos personas escoltándolo.

Los fines de semana los chicos de Elmwood que habían hecho méritos podían salir unas horas para luego regresar con narices rotas, dientes

resquebrajados, labios partidos y costillas magulladas; todos estaban machacados. Yo creía que era el personal del centro quien les pegaba, porque por entonces nadie llamaba al Departamento de Sanidad o a los Servicios Sociales si se producían este tipo de abusos. Sin embargo, cuanto más hablaba con estos chicos malheridos, más me daba cuenta de lo felices que eran.

—Sí, tío, casi lo tumbamos, casi lo tumbamos —se reían.

Yo no tenía ni idea de a qué se referían hasta que me lo contaron. Estaban boxeando contra el señor Stewart, uno de los terapeutas. Bobby Stewart era un irlandés duro de pelar, de unos 77 kilos de peso, que había sido boxeador profesional, alcanzando el título de campeón nacional en categoría amateur. Cuando estaba en el trullo, algunos miembros del personal me explicaron que había un ex campeón enseñando a los chavales a boxear. Quienes me lo contaron habían sido muy amables conmigo, por lo que les pedí que me lo presentaran, dando por sentado que él también lo sería.

Una noche me hallaba en mi habitación cuando alguien llamó a la puerta de forma vigorosa e intimidadora. Fui a abrir y ahí estaba el señor Stewart.

—Hola, capullo. He oído que querías verme —gruñó.

—Quiero ser boxeador —le dije.

—También el resto de los chavales, pero no tienen huevos suficientes para currárselo —me dijo—. Quizás si te comportas un poco y dejas de ser tan capullo y muestras algo de respeto por aquí, acabe trabajando contigo.

De manera que empecé a mostrarme aplicado. Creo que, en cuestión de buenos modales, soy el tipo más inútil sobre la faz de la tierra, pero conseguí ser un ejemplo de educación. A todo el mundo les respondía: «Sí, señor» y «No, señora». Me convertí en un ciudadano modelo para poder ir a pelear con Stewart. Necesité un mes pero finalmente hice méritos para conseguir el permiso. El resto de chicos vinieron a ver si era capaz de patearle el culo. Confiaba ciegamente en poder machacarlo y que a todo el mundo se le cayera la baba conmigo.

De inmediato empecé a revolotear y soltar algunos golpes, mientras él se cubría. Le estoy dando puñetazos cuando, de repente, se me escurre a un

lado y, bam, me golpea en todo el estómago.

«Boosh. Uggghhh, uggghhh». Vomité todo lo que había comido en los últimos dos años. *¿Qué coño ha sido eso?*, pensé. En aquella época no sabía nada sobre boxeo. Ahora sé que, si te golpean en el estómago, vas a quedarte sin respiración durante unos segundos, pero regresará. Pero entonces no era consciente. De verdad pensé que jamás iba a volver a respirar y que me iba a morir. Procuraba respirar desesperadamente, pero no podía hacer otra cosa que vomitar. Fue jodidamente asqueroso.

—Levántate y lárgate —bramó Stewart.

Después de que todos se hubieran marchado, me acerqué a él.

—Perdone, Señor, ¿podría enseñarme a hacer eso? —le pregunté.

En mi cabeza rumiaba que, al regresar a Brownsville, podría golpear a algún capullo en el estómago de la misma manera y, tras tumbarlo, vaciarle los bolsillos. Así funcionaba mi mente por entonces. Debió ver algo en mí que le gustó porque, después de nuestra segunda sesión, me dijo: «¿De verdad te gustaría dedicarte a esto?». Así que comenzamos a entrenar con regularidad. Tras los entrenamientos volvía a mi habitación y me pasaba la noche entera practicando boxeo de sombra. Progresé mucho con rapidez. En su momento no me enteré pero, durante una de nuestras sesiones con sparring, golpeé a Bobby con un *jab* que le rompió la nariz y casi lo tumba. La semana siguiente la tenía libre, de modo que se quedó en casa para que se le curara.

Tras unos pocos meses de entrenamientos, llamé a mi madre e hice que Bobby se pusiera al teléfono.

—Díselo, díselo —le pedí.

Quería que le contara lo bien que lo estaba haciendo, sólo quería que supiese que yo servía para algo. Me imaginé que me creería si era un hombre blanco quien se lo decía. Pero ella se limitó a decirle que le costaba mucho creer que hubiera cambiado. Me tenía por incorregible.

Al cabo de poco tiempo, Bobby se me acercó con una idea.

—Me gustaría llevarte a conocer a un legendario entrenador de boxeadores llamado Cus D’Amato. Él puede ayudarte a mejorar.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —le pregunté.

Por entonces la única persona en quien confiaba era Bobby Stewart. ¿Y resultaba que ahora me iba a dejar en manos de otro?

—Confía en este hombre —me dijo.

Un fin de semana de marzo de 1980 Bobby y yo condujimos hasta Catskill, Nueva York. El gimnasio de Cus era una antigua sala de reuniones municipal situada sobre la comisaría de policía local. No disponía de ventanas, por lo que habían colocado viejas lámparas para suministrar luz. Me fijé que de las paredes colgaban pósters y recortes dedicados a algunos de los chavales locales que estaban teniendo éxito.

Cus tenía el aspecto exacto que uno le imaginaría a un entrenador de boxeadores curtido. Era bajo, fornido, calvo y transmitía fuerza. También hablaba como un tipo duro y siempre con la máxima seriedad; en aquella cara no había un solo músculo feliz.

—¿Cómo te va? Soy Cus —se presentó.

Tenía un acento cerrado del Bronx. Estaba acompañado de un entrenador más joven llamado Teddy Atlas.

Bobby y yo subimos al cuadrilátero y empezamos a hacer *sparring*. Arranqué con fuerza, golpeando a Bobby por todo el ring. Solíamos completar tres asaltos pero, a mitad del segundo, Bobby me golpeó en la nariz con unos cuantos derechazos y me puse a sangrar. No es que me doliera, pero tenía la cara cubierta de sangre.

—Ya es suficiente —dijo Atlas.

—Pero, señor, por favor déjeme acabar este asalto y hacer uno más. Es lo que hacemos normalmente —le rogué.

Deseaba impresionar a Cus. Supongo que ya lo había logrado. Al abandonar el cuadrilátero, las primeras palabras que Cus le dirigió a Bobby fueron: «Aquí tenemos al campeón mundial de los pesos pesados».

Justo después de esa sesión de *sparring*, fuimos a almorzar a casa de Cus. Vivía en una enorme casa de estilo victoriano con diez acres de terreno. Desde el porche se podía ver el río Hudson. A un lado de la casa se levantaban arces altísimos y grandes rosales. Era la primera vez en mi vida que veía una casa así.

Al sentarnos a la mesa, Cus me dijo que no podía creerse que sólo tuviera trece años. A continuación me explicó qué futuro me aguardaba.

Apenas me había visto en un *sparring* de menos de seis minutos, pero sus palabras sonaron como una ley sagrada.

—Me has parecido espléndido —me dijo—. Eres un gran luchador.

Se deshizo en elogios.

—Si me haces caso, puedo convertirte en el campeón de los pesos pesados más joven de la historia.

Joder, ¿cómo podía saber todo eso? Pensé que estaba delante de un pervertido. En el mundo del que yo procedía, la gente hacía cosas así cuando buscaba pervertirte. No sabía qué decir. Jamás le había oído a nadie decir cosas bonitas acerca de mí. Deseaba estar junto a este tío mayor porque me gustaba el modo en que me hacía sentir. Más adelante descubriría que así funcionaba la psicología de Cus. Dale a un hombre débil algo de fuerza y se convertirá en un adicto a ella.

En el camino de regreso a Tyron, estaba emocionadísimo. En la falda llevaba un puñado de rosas de Cus. Hasta ese momento sólo había visto rosas en la televisión, pero quería unas cuantas porque me habían parecido bellísimas. Deseaba regresar con algo bonito, así que le pregunté si podía llevarme algunas. Entre el olor de las rosas y los elogios de Cus resonando en mis oídos, me sentía bien, como si todo mi mundo hubiera cambiado. En ese preciso instante supe que iba a ser alguien.

—Creo que le gustas —dijo Bobby—. Si no te comportas como un gilipollas y un capullo, esto puede ir bien.

Era evidente que Bobby estaba contento por mí.

Regresé al centro y puse las rosas en agua. Cus me había dado una gigantesca enciclopedia de boxeo y me pasé la noche en blanco leyéndola de cabo a rabo. Leí acerca de Benny Leonard, Harry Greb y Jack Johnson. Quedé muy impresionado. Yo quería ser como esos tipos; daba la impresión de que para ellos no había reglas. Trabajaban duro pero en sus ratos libros se limitaban a holgazanear y la gente se les acercaba como si fueran dioses.

Empecé a ir a entrenar a casa de Cus cada fin de semana. Me preparaba con Teddy en el gimnasio y luego me alojaba en casa de Cus. Había unos pocos boxeadores conviviendo con Cus y su pareja, una señora de Ucrania muy dulce llamada Camille Ewald. La primera vez que me quedé ahí, robé dinero de la cartera de Teddy. Esa mierda no desaparece por el simple hecho

de que la suerte te sonría. Necesitaba dinero para comprar hierba. Pude oír que Teddy le decía a Cus: «Tiene que ser él».

—No es él —dijo Cus.

Estaba muy ilusionado con el boxeo, pero tuve la certeza de que quería dedicar mi vida a ello después de ver el primer combate Leonard-Duran por televisión durante un fin de semana en casa de Cus. Guau, aquello me conmocionó, era de lo más excitante. Ambos se mostraron elegantes y letales, soltando golpes a gran velocidad. Parecía que representaban una coreografía, que los dos estuvieran actuando. Yo estaba alucinado. Jamás he vuelto a sentirme igual.

Cuando empecé a ir a ver Cus, él no me dejaba boxear. Una vez acababa de entrenar con Teddy, Cus venía a sentarse conmigo y charlábamos. Me hablaba de sentimientos, de emociones y de la psicología del boxeo. Quería que le entendiera desde la raíz. Un tema frecuente eran los aspectos espirituales del deporte.

—Si no llevas dentro a un guerrero espiritual, nunca serás un luchador. No me importa lo grande o fuerte que seas —me dijo.

Hablábamos sobre conceptos bastante abstractos pero conseguía llegar a mí. Cus sabía hablar el mismo idioma que yo. También había crecido en barrios duros y había sido un niño de la calle.

De lo primero que me habló fue del miedo y de cómo superarlo.

—El miedo es el principal obstáculo al aprendizaje. Pero el miedo es tu mejor amigo. El miedo es como el fuego. Si aprendes a controlarlo, consigues que trabaje para ti. Si no aprendes a controlarlo, te destruirá a ti y a cuanto te rodea. Igual que con una bola de nieve encima de una montaña, puedes cogerlo y lanzarlo o hacer lo que desees con él antes de que empiece a rodar hacia abajo. Ahora bien, una vez esté rodando y creciendo, acabará por matarte. De modo que uno jamás ha de permitir que el miedo se desarrolle y tome cuerpo sin tener primero control sobre él, porque si no será incapaz de alcanzar su objetivo o salvar la vida.

»Piensa en un ciervo en campo abierto. Al acercarse al bosque, su instinto de repente le dicta que ahí puede haber peligro; quizá haya un león acechando. Una vez ocurre esto, la naturaleza activa su mecanismo de supervivencia por el cual las glándulas suprarrenales se inyectan en la

corriente sanguínea, provocando que el corazón lata con mayor rapidez, lo que a su vez permite al cuerpo realizar actos de una agilidad y una fortaleza extraordinarias. Cuando normalmente el ciervo es capaz de saltar cinco metros, ahora la adrenalina le permite un primer salto de doce o quince metros, lo suficiente para que pueda zafarse del peligro inminente. El ser humano no es diferente. Al enfrentarse con una situación que le provoca miedo de ser herido o lo intimida, la adrenalina acelera el corazón. Bajo la influencia de las glándulas suprarrenales, la gente puede llevar a cabo extraordinarias demostraciones de fuerza.

»¿Crees conocer la diferencia entre un héroe y un cobarde, Mike? Bueno, un héroe y un cobarde no se diferencian por lo que sienten. Es lo que *hacen* lo que los diferencia. El héroe y el cobarde sienten exactamente lo mismo, pero uno debe poseer la disciplina suficiente para hacer lo que hace el héroe y evitar hacer lo que hace el cobarde.

»Tu mente no es tu amiga, Mike. Espero que lo sepas. Tienes que luchar contra ella, controlarla, colocarla en su lugar. Debes dominar tus emociones. La fatiga encima de un cuadrilátero es psicológica en un noventa por ciento. Sólo es la excusa del que quiere abandonar. La noche antes de un combate no vas a poder dormir. No te preocupes, el otro tampoco va a poder hacerlo. Iréis a que os pesen y él parecerá más alto y tranquilo como el hielo, aunque por dentro el miedo lo quemará. Tu imaginación le otorgará habilidades de las que carece. Recuerda que el movimiento alivia la tensión. Desde el instante en que suene la campana y entréis en contacto el uno con el otro, de golpe tu rival te parecerá corriente, porque tu imaginación se habrá disipado. La lucha en sí es lo único que importa de verdad. Debes aprender a imponer tu voluntad y ejercer el control sobre la realidad.

Podía pasarme horas escuchando a Cus. Y así lo hacía. Cus me habló de la importancia de actuar de forma intuitiva, impersonal y calmada, de modo que pudiera impedir que las emociones y los sentimientos bloquearan lo que mi intuición sabía. Me comentó que una vez había estado hablando de ello con el gran escritor Norman Mailer.

—Tú no lo sabes, Cus, pero practicas el zen —le dijo Mailer antes de darle un libro titulado *El zen en el arte del tiro al arco*.

Cus solía leerme fragmentos del libro. De hecho, me dijo que en su primer combate había alcanzado el grado máximo de desconexión emocional. Había estado entrenándose en un gimnasio de la ciudad porque quería convertirse en un boxeador profesional. Había estado zurrándole al saco durante una o dos semanas cuando el encargado le preguntó si quería boxear con alguien. Se subió al cuadrilátero con el corazón saliéndosele del pecho, sonó la campana, el otro tipo cargó contra él y recibió una lluvia de golpes. Tenía la nariz hinchada, un ojo cerrado y sangraba. El tipo le preguntó si quería hacer un segundo asalto y Cus le respondió que lo intentaría. Salió al ring y, de repente, su mente se separó de su cuerpo. Podía verse a sí mismo desde fuera. Los golpes que le impactaban parecían llegarle desde muy lejos. Más que sentirlos, era consciente de ellos.

Cus me contó que para ser un gran boxeador tenías que salir de tu cabeza. Hacía que me sentara y me decía: «Trasciende. Céntrate. Relájate hasta verte mirándote a ti mismo. Avísame cuando estés ahí». Aquello era muy importante para mí. Por lo general soy demasiado emocional. Más adelante me di cuenta de que, si no era capaz de distanciarme de mis sentimientos sobre el ring, me hundiría. Podría golpear con fuerza a un tipo y luego amedrentarme si no iba al suelo.

Cus llevó esta experiencia extracorporal un paso más allá. Separaba la mente del cuerpo y luego visualizaba el futuro.

—Todo entra en calma y yo me encuentro mirándome desde fuera —me contó—. Soy yo y no soy yo, como si mi mente y mi cuerpo no estuvieran conectados sin dejar de estar conectados. A la mente me llega una imagen de lo que ocurrirá. De hecho puedo ver esa imagen como si se proyectara sobre una pantalla. Puedo coger a un boxeador que sólo está empezando y ver exactamente cómo me responderá. Cuando esto ocurre puedo ver pelear a un tipo y saber todo acerca de él, de hecho accedo a los engranajes dentro de su cabeza. Es como si yo fuera él, estoy dentro suyo.

Llegó a decirme que era capaz de controlar los acontecimientos a través de la mente. Cus entrenó a Rocky Graziano cuando era amateur. En una ocasión Cus estaba en el rincón de Rocky mientras recibía una paliza. Tras ir a la lona dos veces, Rocky se acercó al rincón con la intención de abandonar. Cus lo empujó para que afrontara el segundo asalto y, antes de

que pudiera abandonar, utilizó su mente para conseguir que el brazo de Rocky lanzara un puñetazo que noqueó al rival y llevando al árbitro a detener el combate. Así era el tío duro encargado de entrenarme.

Cus era un firme creyente en la idea de que dentro de tu mente debías ser aquel que querías ser. Si lo que deseabas ser era campeón del mundo de los pesos pesados, debías empezar por vivir como un campeón de los pesos pesados. Yo sólo tenía catorce años, pero creía firmemente en la filosofía de Cus. No parar de entrenar, pensar como un gladiador romano, mantener la mente en estado de guerra, al tiempo que transmitir exteriormente una sensación de calma y relajación. Sin saberlo estaba enseñándome, y practicando conmigo, la ley de la atracción.

A Cus también le gustaban mucho las aserciones. Tenía un libro titulado *Sé tu propio maestro a través de la autosugestión consciente* del farmacéutico y psicólogo francés Emile Coué. Coué le decía a sus pacientes que no dejaran de repetir para sí las palabras: «Cada día y de todas las maneras, no hago sino mejorar y mejorar». Cus tenía una catarata aguda en un ojo y, a base de repetirse la frase, aseguraba que le había ido a menos.

Cus hizo que transformáramos la aserción adaptándola a nuestro caso. Así que me hacía decir: «El mejor boxeador del mundo. Nadie puede vencerme. El mejor boxeador del mundo. Nadie puede vencerme». Una y otra vez durante todo el día. Me encantaba hacerlo, me encantaba oírme hablar así sobre mí.

El objetivo de estas técnicas era aumentar la confianza del boxeador. La confianza lo era todo. Pero de cara a adquirir esa confianza, debías ponerte a prueba y tomar riesgos. No se consigue por ósmosis, no te cae del cielo. Se consigue insistiendo de forma consistente en la visualización mental que te ayudará a desarrollar la confianza que deseas alcanzar.

Cus me lo explicó a lo largo de las primeras semanas que pasamos juntos. Me enseñó el plan completo. Me dio una misión. Yo iba a ser el campeón de los pesos pesados más joven de la historia. Entonces no lo supe pero, después de una de las primeras charlas largas que mantuvimos, le hizo una confidencia a Camille: «Éste es al que llevo esperando toda mi vida».

Se acercaba la fecha en que iba a recibir la libertad condicional que me conduciría de vuelta a Brooklyn cuando Bobby vino un día a verme.

—No quiero que vuelvas a Brooklyn. Temo que cometas una estupidez y hagas que te maten o que te vuelvan a meter en el trullo. ¿Quieres instalarte con Cus?

Yo tampoco quería volver. Buscaba un cambio en mi vida. Además me gustaba la forma de hablar de esa gente y el modo en que me hacían sentir, como si formara parte de la sociedad. Así que hablé con mi madre de cara a quedarme con Cus.

—Mamá, quiero ir ahí a entrenar. Quiero ser un boxeador. Puedo llegar a ser el mejor boxeador del mundo.

Cus me había lavado el cerebro. Aquello era lo que no paraba de repetirme, lo grande que podía llegar a ser, cómo podía mejorar día a día y de todas las maneras posibles. Todo ese rollo de autoayuda.

A mi madre le supo mal que me marchara, pero firmó la autorización. Quizá pensó que había fallado como madre.

Me instalé con Cus y Camille y los otros luchadores en la casa. Fui conociendo en profundidad a Cus gracias a las largas conversaciones que manteníamos tras los entrenamientos. Él se alegraba mucho cuando le contaba las historias más difíciles de mi vida. Se encendía como un árbol de Navidad. Me decía: «Cuéntame más». Yo era el chaval perfecto para su misión —un hogar roto, falta de amor, desamparo—. Yo era duro, fuerte y taimado, pero aún era un libro en blanco en el que escribir. Cus quería que aceptara mis defectos. No hizo que me sintiera avergonzado o inferior por mis orígenes. Le encantaba que mostrara semejante entusiasmo. «Entusiasmo», ésa fue una palabra que Cus me enseñó.

Cus podía verse reflejado en mí porque también había tenido una vida bien dura. Su madre murió muy joven. Siendo todavía un niño, había perdido la visión de un ojo en una pelea callejera. De joven había visto morir a su padre en sus brazos. Un policía había matado a su hermano favorito.

Cus sólo aguantó un año en un trabajo de nueve a cinco. Lo dejó porque se enzarzaba en peleas con sus compañeros. Sin embargo, dedicaba muchas horas a ayudar a la gente de su barrio, solucionando sus problemas como si fuera un asistente social no homologado. Ayudar a los otros le procuraba un gran placer. Cus contribuyó a eliminar la corrupción política en su

vecindario cuando La Guardia se postuló como alcalde reformista de Nueva York. Lo consiguió enfrentándose a uno de los corruptos que le había sacado un arma. No temía a nada.

También se sentía amargado.

—Toda mi vida he defendido al hombre corriente —decía—. Muchos de los problemas que he sufrido han sido a resultas de defender a los perdedores. Algunos a los que les tendí la mano no se lo merecían. Son pocos los que merecen ser salvados.

Cus no sabía de colores de piel. El mejor amigo de su padre era negro. Durante su etapa en el ejército, estando destinado al sur del país, entrenaba a un equipo de boxeadores. Cuando viajaban ningún hotel quería aceptar a sus luchadores negros y él dormía con ellos en los parques.

También era un socialista convencido. Adoraba al Che y a Fidel Castro y al matrimonio Rosenberg. Él me hablaba del caso Rosenberg y yo me dedicaba a provocarlo.

—Venga, Cus. No llevas razón. Eran culpables —le decía.

—Ah, sí —rugía—. Ahora puedes hablar, pero cuando restituyan la esclavitud no vas a poder decir quién era culpable y quién no. También planean traerla de vuelta, ¿de acuerdo?

Su mayor enemigo era Ronald Reagan. Cuando aparecía por televisión se ponía a gritar a voz en cuello: «¡MENTIROSO! ¡MENTIROSO! ¡MENTIROSO!». Cus era un exaltado. Siempre estaba hablando sobre quién merecía morir. Me decía: «Un hombre muere de acuerdo al modo en que ha vivido».

Un día Cus me comentó: «Cuando ganes un montón de dinero, podrías ayudar de verdad a todos aquellos que se preocuparon por ti. Podrías ayudar a las iglesias negras». Pensaba que las iglesias negras eran la mejor red social de base para la gente de color. Adoraba al Reverendo Martin Luther King. Cus no dejaba de ayudar al prójimo; dedicaba a ello todo su dinero.

—El dinero es algo que arrojar desde los trenes —me decía—. El dinero significa seguridad y, para mí, la seguridad significa la muerte, de modo que jamás me he preocupado por él. Todo aquello que aprecio no podría comprarlo con dinero. El dinero nunca me ha impresionado. Hay mucho dinero en las manos equivocadas, por lo que tenerlo no significa nada. Lo

cierto es que yo no era irresponsable con el dinero. Se lo daba a la gente en apuros. No consideraba que eso significara malgastarlo.

Tampoco creía en pagar impuestos a un gobierno de derechas. Se declaró en bancarrota tras deberle 200 mil dólares a Hacienda.

Cómo se introdujo Cus en el mundo del boxeo era todo un misterio. Salió de la nada para proclamar: «Soy entrenador de boxeo». Nadie había oído hablar de él. No tenía la menor idea sobre contratos o luchadores, pero aseguraba ser representante. Acabó haciendo de representante y entrenador de un peso pesado prometedor llamado Floyd Patterson, el cual también era un pobre chaval crecido en Brooklyn. Por aquel entonces el boxeo estaba bajo las órdenes de un grupo llamado el IBC, el International Boxing Club, propiedad de unos empresarios ricos que ejercían un control absoluto sobre la organización de los combates de boxeo. Pero Cus encontró la forma de guiar a Floyd hacia el campeonato y, a continuación, fue detrás del IBC. Esto implicaba plantarle cara a la mafia porque Frankie Carbo, un soldado de la familia Lucchese, estaba compinchado con el IBC. Cus ayudó a destronar al IBC y Carbo acabó en prisión acusado de conspiración y extorsión y por ejercer de representante sin licencia.

Cus, sin embargo, acabó con el corazón roto cuando Roy Cohn, un abogado de derechas, le robó a Patterson. Atrajo al boxeador, recientemente convertido al catolicismo, organizándole un encuentro con el Cardenal de Nueva York, Spellman. Cus jamás volvió a pisar una iglesia católica. Después de esto, sus niveles de paranoia aumentaron. Aseguró que un individuo había intentado empujarlo a las vías del metro. Dejó de ir a bares por temor a que le echaran alcohol en la bebida. Llegó a coser los bolsillos interiores de sus abrigos para que nadie metiera drogas en ellos con el fin de incriminarlo. Acabó por instalarse en Catskill.

Hasta dentro de casa se mostraba paranoico. Nadie tenía permiso para entrar en su habitación y colocaba cerillas en la puerta para comprobar si alguien lo había hecho en su ausencia. Si me veía cerca de su habitación, me decía: «¿Qué haces aquí arriba?».

—Vivo aquí arriba, Cus —le respondía.

Una vez salí junto a Tom Patti y Frankie, otros boxeadores que se alojaban también en la casa. Cus no le daba llaves a nadie porque no se

fiaba de que no acabáramos perdiéndolas y no quería que un desconocido tuviera acceso a ellas. Al regresar a casa y llamar a la puerta, no hubo respuesta. Miré por la ventana y Cus se había quedado dormido en su sillón de felpa con la televisión a todo trapo, ya que estaba medio sordo. Tom pensó que el momento de volver a llamar sería cuando el programa diera paso a los anuncios, en esa ventana de escasos segundos de silencio. Así que, en ese preciso instante, todos golpeamos y gritamos a la vez: «¡¡Cus!! ¡¡Cus!!». En una milésima de segundo hizo un giro de ciento ochenta grados, se tiró al suelo, doblándose por la cintura, se agarró al sillón con la mano izquierda y se preparó para dar un salto y golpear al intruso con la derecha. Nosotros nos retorcíamos de la risa en el suelo.

En otra ocasión, uno de los *sparrings* que se había quedado a dormir se escabulló por la noche para ir a la ciudad. Tom y yo nos levantamos temprano y bajamos a la cocina a desayunar. Nos encontramos a Cus reptando como un soldado por la sala de estar con su rifle en la mano. El chico había regresado a casa y llamado a la ventana y Cus probablemente se imaginó que era un tipo del IBC que venía a por él. Tom y yo pasamos por encima suyo en dirección a la cocina para prepararnos unos cereales.

Podría no parar de contar historias sobre Cus. Era uno entre un millón. Pero la mejor descripción que jamás me he encontrado sobre él apareció en una entrevista que el gran escritor Gay Talese le concedió a Paul Zuckerman, un joven que estaba documentándose porque iba a escribir un libro sobre Cus:

«Fue un soldado romano con dos mil años de retraso. A los soldados les gusta la guerra, la necesitan, ésa es la atmósfera en la que se sienten más a gusto. En tiempos de paz se muestran inquietos y creen que no sirven para nada. Le entusiasma armar follón. Cus, al igual que Patton, se sentía vivo en medio del desconcierto, de las intrigas, cuando se respiraba un aire de batalla inminente. Entonces era cuando se sentía más conectado consigo mismo, cuando sus terminaciones nerviosas y su energía cerebral estaban más despiertas, cuando un estado de agitación lo acercaba a la plenitud. Y, en el caso de no encontrase en esa situación, debía provocarla o acentuarla. Si aquello hervía a fuego lento, debía subir el fuego a plena potencia. Le daba un subidón. Era un activista, necesitaba la acción».

Cus era un general y yo era su soldado. Y estábamos listos para la guerra.

Yo era un negro inútil colgado del Thorazine al que habían diagnosticado como retrasado y entonces aparece este hombre blanco mayor para acogerlo y concederle un ego. Cus me dijo en una ocasión: «Mike, si un psiquiatra te pregunta si oyes voces en tu cabeza tú le dices que no, pero son las voces las que te hacen decirlo, ¿no es así?». Cus era un tipo muy profundo. Nadie me hizo ser más consciente de que era un hombre negro. Era implacable, arrojándomelo a la cara como habría hecho un negro resentido. Me decía: «Se creen mejores que tú, Mike». Si veía a alguien conduciendo un Fiat o un Rolls Royce, me miraba y me decía: «Tú también podrías conseguir uno. Enriquecerse no es lo más difícil de conseguir en esta vida. Eres muy superior a esa gente. Ellos jamás serían capaces de hacer lo que tú. Tú lo llevas dentro. ¿Acaso crees que te lo diría si no lo creyese? Probablemente podría convertirte en un luchador mejor, pero no en un campeón».

Guau. Siempre me había creído una mierda. Mi madre me había dicho que no valía para nada. Nadie me había dedicado palabras elogiosas. Y aquí está este tipo diciéndome: «Me apuesto a que, si te lo propusieras, podrías ganar un Oscar. Podrías ser tan buen actor como boxeador. ¿Quieres ser corredor de coches? Me apuesto a que serías el mejor corredor de coches del planeta; eres más duro y más listo que los otros. Serías capaz de conquistar cuanto desearas. No uses las palabras “no podría”. No puedes usar las palabras “no podría”».

Cus quería al boxeador más malvado jamás creado por Dios, alguien que aterrorizara a sus contrincantes antes de subir siquiera al cuadrilátero. Me entrenó para ser absolutamente feroz, tanto dentro como fuera del cuadrilátero. Por entonces esto es lo que necesitaba. Era muy inseguro y temeroso. Estaba traumatizado por lo mucho que se habían metido conmigo de más pequeño. Odiaba la humillación que comportaba que abusaran de uno. Esa sensación se te queda pegada durante el resto de tu vida. Es una sensación terrible, desesperada. Por este motivo siempre proyectaba la imagen de un cabrón malvado y feroz. Pero Cus me dio la confianza

necesaria para no tener que preocuparme nunca más por sufrir abusos. Nadie iba a volver a maltratarme físicamente.

Era mucho más que un entrenador de boxeo. Me inculcó un montón de valores. Era una especie de gurú, soltándome en todo momento cosas que me hicieran pensar: «No importa lo que uno diga, no importan las excusas ni las explicaciones que uno dé, lo que al final haya llevado a cabo una persona es lo que siempre pretendió hacer». O también: «Yo no soy un creador. Yo me dedico a descubrir y revelar. Mi trabajo es avivar las chispas. Alimentar el fuego hasta que se convierte en una hoguera poderosa».

Era capaz de impartir sabidurías en las situaciones más mundanas. Camille estaba muy encima de los chicos para que hiciéramos las tareas del hogar. Yo las odiaba; estaba volcado en el boxeo. Un día Cus se me acercó.

—Ya sabes que Camille insiste en que hagas las tareas, a mí no podría importarme menos pero debes cumplir con ellas porque harán que mejores como boxeador.

—¿Cómo va a convertirme en un boxeador mejor sacar la basura? —le preguntaba burlonamente.

—Porque hacer algo que odias como si lo adoraras es una actividad óptima para alguien que aspira a la grandeza.

Después de eso Camille nunca tuvo que recordarme que debía hacer mis tareas.

Un día Cus me llamó a la habitación en la que se encontraba.

—¿Te dan miedo los hombres blancos? —me preguntó de la nada—. ¿Eres uno de ésos? ¿Te dan miedo los bigotes y las barbas? Me he encontrado con luchadores negros temerosos de golpear a blancos. Será mejor que no seas uno de ellos.

Qué raro. Tenía a Cus lanzándome a la cara que no me sintiera intimidado, pero me sentía intimidado por la forma en que me decía que no debía sentirme intimidado.

Cus siempre hablaba en serio, nada de sonrisas. No me trataba como a un adolescente. Siempre me hizo sentir que teníamos entre manos una misión que cumplir. Entrenar día sí, día también, con la mente puesta en

una sola cosa. Me marcó un objetivo. Excepto cuando pensaba en robar, jamás en mi vida había albergado una sensación igual.

De tanto en cuanto ocurrían cosas que hacían que nuestro objetivo pareciera más tangible. Una vez Wilfred Benítez vino a entrenar a Catskill. Yo me sentía abrumado. Era un fan. Lo había visto combatir por televisión y se te saltaban los ojos. Se diría que poseía un radar, golpeaba con los ojos cerrados. Un verdadero maestro. Se trajo con él su cinturón de campeón. Tom Patti, otro de los boxeadores de Cus, estaba a mi lado. Benitez sacó una pequeña maleta y en su interior apareció el cinturón. Me dejó tocarlo. Aquello fue como contemplar el Santo Grial.

—Ostras, Tommy, mira esto, es el cinturón, tío —dije—. Tengo que conseguir uno de estos. Voy a entrenarme a tope. Si un día lo gano, no me lo voy a sacar jamás de la cintura.

Era muy feliz de estar en presencia de Benítez. Resultó inspirador, hizo que quisiera aumentar mi compromiso y dedicación.

Gracias a Cus también tuve la oportunidad de hablar con Ali. En octubre de 1980 nos llevaron a todos a Albany para ver la retransmisión del combate con el que Ali buscaba recuperar el título en manos de Larry Holmes. Ali recibió una tunda. Cus estaba cabreado como una mona, nunca lo había visto tan enfadado. Después del combate tuvo que poner cara de póker para conceder entrevistas y estrechar algunas manos pero, una vez de regreso en el coche, podíamos sentir la energía negativa que irradiaba. Nadie abrió la boca durante el trayecto de cuarenta y cinco minutos que nos devolvió a casa.

A la mañana siguiente, el asistente de Ali, Gene Kilroy, lo puso al teléfono con Cus.

—¿Cómo dejaste que ese holgazán te ganara? Es un holgazán, Muhammad, es un holgazán. No, es un holgazán. No me digas eso, es un holgazán. ¿Cómo dejaste que ese holgazán te golpeara así?

Yo estaba escuchando y, cada vez que Cus soltaba la palabra «holgazán», me dolía en el alma. Me puse a llorar. Aquel fue un día triste en mi vida.

Entonces Cus giró la cabeza hacia mí.

—Tengo aquí a un chaval negro. Sólo es un crío, pero algún día llegará a ser campeón del mundo de los pesos pesados. Su nombre es Mike Tyson. Hazme el favor de hablar con él, Muhammad. Quiero que le digas que me escuche.

Cus me alargó el teléfono.

—Siento lo que le ocurrió —le dije. Yo era un renacuajo estúpido.

—Estaba enfermo —me dijo Ali—. Me tomé una medicina que me debilitó y por eso me ganó Holmes. Voy a recuperarme y entonces regresaré y venceré a Holmes.

—No se preocupe, campeón, le dije. Cuando sea mayor, me encargaré de él por usted.

Mucha gente da por hecho que Ali era mi boxeador favorito. Pero debo decir que era Roberto Duran. Ali siempre me pareció atractivo y elocuente. Yo era bajo y feo y tenía un problema de dicción. Cuando vi combatir a Duran, me encontré con un tipo de la calle. A los rivales les soltaba cosas como: «Chúpame la jodida polla, cabronazo. La próxima vez vas a ir a la jodida morgue». Tras vencer a Sugar Ray Leonard en el primer combate, se acercó hasta el lugar donde estaba sentado Wilfred Benítez para decirle: «Que te jodan. Te faltan compasión y pelotas para combatir contra mí».

Tío, este tipo es como yo, pensé. Eso es lo que yo quería hacer. No se avergonzaba de ser como era. Me sentía identificado como ser humano. A medida que mi carrera fue progresando y la gente fue elogiándome por ser un salvaje, supe que el hecho de que me llamaran un animal era el mayor cumplido que podía recibir. Cuando regresaba a la ciudad, me dejaba caer por el Victor’s Café porque había oído decir que Duran lo frecuentaba. Me sentaba solo a una mesa y me dedicaba a mirar las fotografías de Duran que colgaban de las paredes. Ahí colgaban mis propios sueños.

Me entristeció verlo abandonar el combate de revancha No Más contra Leonard. Lo vi junto a Cus en Albany y me enfadé tanto que acabé llorando. Pero Cus ya lo había visto venir: «No va a poder hacerlo una segunda vez».

Cuando me instalé en casa de Cus, ya llevaba tiempo metido en sus rutinas. Empezó a entrenarme duramente cada día. Jamás tuve el privilegio de disfrutar del boxeo como si fuera un deporte o algo que practicar por diversión. Cus era un extremista pero yo no le iba a la zaga. Por entonces quería ser Aquiles. Soy de ese tipo de personas sobre la que hacen bromas. «No le des una cuerda a un negro o querrá ser un vaquero». Yo era un chaval sin esperanzas. Pero dame una pizca de esperanza y ponte a cubierto. La propulsaré hasta la luna.

Por lo general Cus tenía que despertar a los luchadores por la mañana pero, cuando se levantaba para hacerlo, yo ya había regresado de correr. Cus solía poner la mesa para el desayuno, pero yo empecé a hacerlo tras volver de hacer ejercicio. Rugía: «¿Quién ha puesto la mesa?». Le molestaba que yo mostrara más dedicación que él. Luego Cus me preparaba el desayuno. Lanzaba a la sartén todo un bloque de beicon, unas veinte tiras, y freía los huevos en ese mismo aceite. Yo no era de café, así que bebía té. Aunque estuviera enfadado conmigo, no había mañana que no me preparara el desayuno.

Pienso que ambos éramos conscientes que nos encontrábamos en una carrera contrarreloj. Cus ya tenía más de setenta años, no era pues ningún jovenzuelo, de manera que no paraba de meterme cucharadas de sabiduría. Cucharada, cucharada, cucharada, todo para adentro. Si no dejas de tragártelo, aprenderás, a menos que seas un idiota. Mis aptitudes como boxeador crecieron, pero mi madurez y capacidad para razonar no estaban a la par. No es como si estuviera acudiendo a una escuela para que me formaran el carácter con la idea de que me convirtiera en un miembro productivo y bondadoso de la comunidad. No, cuanto hacía estaba encaminado a que fuera el campeón del mundo de los pesos pesados. A Cus no le pasaba desapercibido. Me decía: «Dios, ojalá pudiera dedicarte más tiempo». Sin embargo, proseguía señalando: «Llevo sesenta años en esto de los combates y jamás he visto a nadie tan interesado como tú. No haces otra cosa que hablar de combatir».

Yo era un extremista. Si se ponía a nevar, Cus me entrenaba dentro de casa. Por la noche me quedaba despierto durante horas practicando boxeo de sombra en mi habitación. Mi vida dependía de que tuviera éxito. Si no lo conseguía, sería un mierda que no serviría para nada. También lo hacía por Cus. Había tenido una vida difícil y llena de desengaños. De manera que yo estaba ahí para defender el ego y el orgullo de ese viejo italiano. ¿Quién coño me creía que era?

Cuando no estaba entrenando, dedicaba al menos diez horas diarias a mirar grabaciones de antiguos combates. Ése era el regalo que me hacía los fines de semana. Me pasaba toda la noche mirándolos solo en el cuarto de arriba. Subía el volumen y el ruido se escampaba por la vieja casa. Entonces Cus subía a mi encuentro.

—¿Qué demonios estás haciendo?

—Sólo estoy mirando las grabaciones —le decía.

—Ey, ya te estás yendo a la cama. La gente quiere dormir —me decía.

A continuación volvía a bajar las escaleras y yo le oía murmurar: «Jamás he conocido a un chaval así. Mirando las grabaciones por la noche y despertando a toda la jodida casa».

En ocasiones las veíamos juntos y Cus me daba consejos sobre cómo podría vencer a Dempsey, Jeffries y Louis.

A veces estaba tan concentrado que me metía en la cama con los guantes puestos. Era un animal que soñaba con un Mike Tyson que se convertía en un gran luchador. Sacrifiqué todo por ese objetivo. Nada de mujeres, nada de comida. Padecía un desorden alimenticio; por entonces era adicto a la comida. Y estaba atravesando la pubertad. Me estaba saliendo acné, tenía las hormonas revolucionadas y hubiese querido pasarme el día comiendo helado, pero no podía perder de vista mi objetivo. Yo le hablaba a Cus de chicas y él desdeñaba el asunto, diciéndome que iba a tener todas las mujeres que quisiera. Una vez me puse en plan lúgubre.

—Cus, jamás voy a estar con una chica, ¿verdad?

Cus envió a alguien a buscar un bate de béisbol en miniatura. Mostrándomelo, me dijo: «Vas a tener tantas chicas que necesitarás uno de éstos para sacártelas de encima».

De manera que cuanto hacía era pajearme y entrenar, pajearme y entrenar. Pensé que, después de proclamarme campeón, ya conseguiría el dinero y las mujeres que necesitara.

En el gimnasio Cus empleaba técnicas inusuales y nada ortodoxas. Algunas personas se reían de su estilo, pero eso era porque eran incapaces de entenderlo. Lo llamaban el estilo cu-cú. Estaba muy orientado a defenderse. Uno mantenía las manos delante de la cara como si se escondiera dentro de un caparazón. Tus manos y codos se mueven contigo de tal forma que, cuando el rival suelta un puñetazo, tú lo bloqueas al tiempo que te echas hacia delante, y seguidamente contraatacas.

Los ataques de Cus empezaban por una buena defensa. Creía en la importancia suprema de que a uno no le golpearan. Para que aprendiéramos a esquivar los golpes utilizaba un saco específico de tela relleno de arena y atado a una cuerda. Debías ir moviendo la cabeza para sortearlo a medida que dabas vueltas a su alrededor. Acabé siendo todo un experto.

También utilizaba una cosa llamada Willie en honor al boxeador Willie Pastrano. Era un colchón cubierto de tela y envuelto alrededor de un marco. En su exterior había el esbozo de un torso. El cuerpo se dividía en diferentes zonas, cada una de las cuales llevaba un número asociado. Los impares representaban golpes de izquierda y los pares, de derecha. Cus ponía una cinta de cassette en la que iba cantando varias secuencias de números. Oías «cinco, cuatro» e inmediatamente soltabas un gancho de izquierda al cuerpo y un *uppercut* de derechas a la barbilla. La idea era que, cuanto más repitieras estas acciones en respuesta a los números, más instintivas y robóticas se volverían, por lo que no necesitarías pensar de forma consciente en ellas. Al cabo de un tiempo podrías soltar puñetazos con los ojos cerrados.

Cus creía que los luchadores recibían golpes de derecha porque eran muy hieráticos y mantenían los guantes muy abajo. Así que me enseñó a desplazarme dibujando una «u», no únicamente de arriba a abajo. Me tenía en constante movimiento, hacia los lados y luego hacia delante, hacia los lados y luego hacia delante. Cuando golpeabas, Cus pensaba que conseguías el máximo efecto si conseguías que dos golpes sonaran como

uno solo. Cuanto más te acercaras a ese sonido, más crecían las probabilidades de que la descarga acabara en KO.

Aunque enfatizara los aspectos defensivos, Cus sabía que un boxeador defensivo podía resultar aburrido.

«El boxeo es un espectáculo de manera que, para tener éxito, un luchador no sólo debe vencer, sino hacerlo de un modo excitante. Debe soltar puñetazos que lleven malas intenciones», nos decía siempre. Quería que realizara contragolpes agresivos, obligando a mis rivales a golpear o a correr. Cus intentaba en todo momento manipular al oponente sobre el cuadrilátero. Si no cesabas de eludir sus golpes, acababan frustrados y perdían confianza. Entonces estaban hundidos. Esquiva el golpe y contraataca. Muévete y atiza al mismo tiempo. Fuerza la situación. Era de la opinión de que los golpes cortos podían ser más duros que los largos. Era de la opinión de que golpear fuerte no tenía nada de físico, sino que era completamente emocional. Emociones controladas.

Cus reclutaba a los mejores *sparrings* para enseñarme. Mi favorito era Marvin Stinson. Creo que había participado en unas Olimpiadas. Había sido el *sparring* número uno de Holmes y luego Cus se lo trajo para que trabajara conmigo. Fue un maestro fantástico a la hora de enseñarme a moverme y a golpear. La primera vez que vino a hacerme de *sparring*, me llevó a un rincón ante de marcharse y me entregó sus guantes para correr. Cuando salía a correr por las mañanas hacía un frío del demonio. Se había percatado de que no tenía unos.

Mis sesiones de *sparring* eran una guerra sin cuartel. Antes de ponernos a combatir, Cus me apartaba y me decía: «Nada de tomárselo con calma, sal ahí a dar lo mejor que tienes. Haz todo lo que has aprendido y a toda velocidad. Quiero que le rompas las costillas a ese tipo».

¿Romperle las costillas? ¿En un *sparring*? Quería que estuviera preparado para los combates en los que combatiría más adelante y no cabe duda de que quería que me dedicara a romper costillas en los combates de verdad. Cuando Cus me encontraba un buen *sparring*, lo trataba de forma especial porque me garantizaban un óptimo entrenamiento. Siempre les pagaba bien. Pero esto no aseguraba que fueran a quedarse. Con frecuencia acudía uno con la intención de trabajar tres semanas y, tras la primera

sesión, volvíamos a la casa y se había marchado. Estaban tan afectados por haber recibido una tunda que ni siquiera se habían tomado la molestia de recoger sus cosas. Cuando esto ocurría, Tom y yo nos íbamos directo a su cuarto y revolvíamos entre su ropa, su calzado y sus joyas. Con algo de suerte encontrábamos una bolsita de hierba o, por lo menos, un par de zapatos que nos entraran.

A veces Cus traía a luchadores de renombre para que me hicieran de *sparring*. Cuando tenía dieciséis años, trajo a Frank Bruno a Catskill. Bruno tenía por entonces veintidós. Hicimos dos asaltos. Antes de que me subiera al cuadrilátero con un *sparring* de renombre, Cus se los llevaba a un rincón.

—Mira, sólo es un chaval pero no vayas con miramientos con él. Yo te aviso, hazlo lo mejor que puedas —les decía.

—De acuerdo, Cus —respondían—. Haremos trabajar al chaval.

—Ey, ¿es que no me escuchas? No lo hagas trabajar. Empléate a fondo.

Combatíamos con la idea de hacer daño. Esto es lo que Cus me inculcó.

—Así le estarás enviando un mensaje al campeón, Mike —solía decirme—. Estará mirándote.

Pero también estaríamos enviando un mensaje rotundo a los entrenadores, los representantes, los promotores y a todo el *establishment* del boxeo. Cus había vuelto.

Además de mirar grabaciones de viejos combates, devoraba cuanto pudiera leer sobre los grandes luchadores. Poco después de instalarme en casa de Cus, me encontraba leyendo una enciclopedia de boxeo y empecé a reírme con la historia de un campeón que sólo pudo retener el título un año. Cus me taladró con la mirada y me dijo: «Ser campeón durante un año vale más que toda una vida en las sombras».

Al empezar a estudiar la vida de los grandes boxeadores de antaño, vi que compartían muchas de las cosas sobre las que Cus me había estado sermoneando. Todos eran unos cabronazos de cuidado. Dempsey, Mickey Walker, incluso Joe Louis era malvado si bien era también introvertido. Me entrené para ser malo como la tiña. De camino al colegio solía meterme con todo el mundo. En el fondo sabía que debía comportarme así porque, en el caso de fracasar, Cus se desharía de mí y acabaría siendo un muerto de hambre.

Volvía loco a Cus acribillándolo a todas horas con preguntas acerca de ellos. Me consta que le gustaba hablar de boxeo, pero sospecho que a veces yo me pasaba de la raya. Me leí todos sus libros sobre boxeo de modo que, cuando estábamos sentados a la mesa cenando y Cus les contaba a los otros chicos historias de boxeo, yo acababa sus frases cuando tenía un lapsus con un nombre o una fecha.

Decía: «Este chaval lo sabe todo. Da la impresión de que estuvo ahí».

Me tomaba en serio la historia del boxeo porque aprendí mucho de los viejos boxeadores. ¿Qué debía hacer para ser como ese tipo? ¿Qué disciplina seguía aquel otro? Cus me contaba lo despiadados y malvados que eran fuera del cuadrilátero pero, una vez en él, estaban calmados y relajados. Me emocionaba escucharlo hablar de ellos, ver el aprecio que les profesaba. Deseaba con intensidad que alguien hablara así de mí. Quería formar parte de ese mundo. Veía los combates por televisión, a los boxeadores golpeando con una sonrisa en la cara y unos cuerpos castigados y yo quería tener esas caras y esos cuerpos.

Hablábamos de todos los grandes. Me enamoré de Jack Johnson. Menudo tipo tan valiente. En sentido estricto fue el primer representante del Orgullo Negro. Yo adoraba su arrogancia. En una ocasión, hacia el cambio de siglo, le pararon por exceso de velocidad. La multa era de unos diez dólares y al poli le entregó un billete de veinte diciéndole: «Mejor quédate uno de estos porque voy a regresar de la misma forma».

Era un maestro de la manipulación. Cuando entrenaba se envolvía el pene, antes de colocarse los leotardos, para que pareciera más grande e intimidar a sus rivales blancos. Durante los combates se dedicaba a humillar a sus oponentes. Era un provocador nato. Les decía: «Te doy diez mil dólares si eres capaz de partirme el labio». Durante los asaltos, se reía en la cara de sus rivales. Mientras les daba una paliza, se dedicaba a decirle a su mujer blanca cuánto la amaba. Me habría encantado pasar tiempo con él. Hablaba varios idiomas y socializaba con las familias reales de Rusia e Inglaterra. Dempsey fue el primer campeón en embolsarse un millón de dólares. Trajo espectáculo y glamur al boxeo. Era con quien más podía identificarme, ya que en realidad era una persona muy insegura, siempre

temerosa, aunque por sistema encontraba el modo de superar esos sentimientos y alcanzar sus objetivos.

A quien Cus adoraba más era a Henry Armstrong. Atacaba sin parar a sus oponentes hasta agotarlos.

—Ataque continuo, sin descansos —me contó Cus—. Defenderse bien a base de mover la cabeza, eso es lo que haría Armstrong. Hacer añicos la fuerza de voluntad del rival, destruirlo anímicamente; que descubra que las causas que le mueven son mentira.

Cus sabía hacerme sentir capaz de conquistar el mundo, pero también sabía hacerme sentir como la mierda. A veces me decía: «Permites que tu mente te domine». Ése era su código secreto y no escrito de decirme: «Eres un debilucho de mierda. Te falta disciplina para llegar a ser uno de los grandes». Los grandes podían realizar el mejor combate de sus vidas aunque acabaran de secuestrarles un hijo o de perder a su madre. Los grandes eran emocionalmente independientes. Los artistas también son así, no sólo los boxeadores. Algunos de los más legendarios sobre los que había leído podían ir colocados hasta las cejas y, pese a ello, llevar a cabo una actuación memorable. Ni siquiera podían caminar, pero rebosaban disciplina y determinación. A veces iban directos del escenario al hospital. Yo quería ser uno de esos luchadores y artistas.

Siempre estaba luchando con mi peso. En mi cabeza estaba como un cerdo aunque al verme nadie lo habría dicho. Al entrenar me untaba la piel con una crema para adelgazar y llevaba un recubrimiento de plástico durante una o dos semanas, el cual sólo me quitaba para darme un baño caliente por las noches, también encaminado a rebajar peso sudando la gota gorda. Luego me acostaba y, a la mañana siguiente, me lo volvía a poner, salía a correr con él y ya no me lo quitaba en todo el día.

Cus encontraba en mi peso otro motivo para meterse conmigo.

—Se te está poniendo el culo gordo —me decía—. Estás perdiendo el interés, ¿verdad? Ya no quieres seguir haciendo esto, ¿no es así, Mike? Es demasiado duro para ti, ¿me equivoco? Te pensabas que aquí venías para

pasarlo bien, ¿a que sí? Te creías de regreso en Brownsville correteando y divirtiéndote un poco. Dime.

Imaginaos oír esto. Justo cuando estaba a punto de disfrutar de un helado, un capricho que sólo me permitía los fines de semana, tenía que oír esto. «Sólo unos pocos serían capaces de conseguirlo, por eso es tan especial. Jesús. De verdad que te creía capaz».

A veces Cus me echaba una reprimenda sin venir a cuento. Me hacía trizas, echando pestes de mi forma de ser. «Con tu comportamiento y conducta infantiles jamás alcanzarás la cima que nos proponemos». Yo en ocasiones me ponía a gritar: «¡Odio a todos los que estáis aquí! ¡Agggggghhhhh!». Cus me estaba despedazando.

A veces le seguía el rollo a sus comentarios alentadores y le decía cosas como: «Voy a hacer todo lo posible por ganar. Daré mi vida por ser un campeón, Cus». Y él, en vez de contestarme: «Lo conseguirás, Mike», se colocaba a un palmo de mi cara y me decía: «Ten cuidado con lo que pides, podrías conseguirlo».

Incluso llegaba a criticar mi forma de vestir. Durante las vacaciones tenían invitados en casa, a la hermana de Camille o a algún otro. Yo me ponía una camisa y unos pantalones bonitos, un cinturón y una corbata que Camille me ayudaba a anudarme. Solía estar tranquilo sentado, recibiendo los cumplidos de todas las damas («Oh, qué guapo estás, Mike») cuando Cus irrumpía en la habitación.

—¿Por qué te has vestido así? Los pantalones te aprietan tanto que se te marcan las pelotas y el culo. ¿Qué coño te pasa?

Camille salía en mi defensa, pero Cus no quería saber nada.

—No me digas una palabra de lo que opinas de este asunto. *Camil-ee*, por favor. ¿De acuerdo? No hay nada bonito en esas ropas.

Cus jamas me lanzaba insultos del tipo «hijo de puta». Se limitaba a llamarme «pusilánime y holgazán». Esto era el equivalente pugilístico a llamarme sucio y asqueroso negrata que no sirve para nada. Conseguía hacerme llorar como un bebé. Él sabía que, diciéndome esas cosas, conseguiría dejarme el ánimo por los suelos.

Recibía tantos mensajes contradictorios que empezaba a sentirme inseguro acerca de lo que en realidad pensaba de mí como boxeador. En una

ocasión Tom Patti y yo salíamos del gimnasio y Cus se había demorado un segundo. Así que me metí en el asiento trasero y me agaché para esconderme.

—Dile a Cus que he regresado andando a casa. Cuando entre en el coche quiero que le preguntes lo que de verdad piensa de mí.

Tom estuvo de acuerdo. Cus entró en el coche.

—¿Dónde demonios está Mike? —preguntó.

—Creo que se queda en el pueblo —dijo Tom.

—Bueno, andando. Ya encontrará la manera de volver.

Empezó a conducir y yo iba susurrándole a Tom desde el asiento trasero, porque Cus estaba medio sordo y no oía nada.

—Ey, Tom. Pregúntale a Cus si piensa que golpeo duro —le dije.

—Ey, Cus, ¿dirías que Mike golpea duro? —preguntó Tom.

—¡Que si golpea duro! Escúchame, ese chaval golpea tan duro que podría atravesar una pared. No sólo golpea duro, golpea con eficacia. Puede noquear a un luchador con cualquiera de las dos manos —dijo Cus.

—Pregúntale a Cus si cree que de verdad podría llegar lejos en el futuro —murmuré.

Tom repitió la pregunta.

—Tommy, si Mike mantiene la cabeza clara y se concentra en su objetivo, se convertirá en uno de los mejores boxeadores, si no en *el* mejor boxeador de la historia.

Yo estaba entusiasmado de oír aquello. A estas alturas, ya habíamos llegado a casa. Al salir, Cus me pilló estirado en el asiento trasero.

—Sabías que estaba ahí, ¿no es verdad? —le preguntó a Tom.

Tom se hizo el inocente.

—No me vengas con chorradas. Sabías que estaba ahí. Dejadme que os diga que sois un par de listillos.

A Cus no le pareció gracioso, pero a nosotros sí.

Lo más divertido de todo es que no era capaz de controlar sus emociones. Cus era un tipo resentido, resentido y resentido que clamaba venganza. Roy Cohn, Cardinal Spellman, estos tipos lo atormentaban en sueños. ¿J. Edgar. Hoover?: «Agg, desearía meterle una bala en la cabeza, eso es lo que se merece». No paraba de hablar de matar a gente, ¡aunque

algunos de ellos ya estaban muertos! Pero los odiaba. Una vez le hice un cumplido a Larry Holmes que lo volvió majara.

—¿Qué quieres decir? No es nadie. Debes hundirlo. Nuestro objetivo es hundirlo y desposeerlo del campeonato. Para ti no es nadie.

A veces Cus gritaba como un poseso a gente que aparecía por televisión. Nunca hubieras dicho que se trataba de un viejo feroz, pero era así. Si no eras su esclavo, odiaba tu estampa. Siempre estaba en modo confrontación. Se pasaba el día farfullando: «Ah, este hijo de puta. Ah, no me puedo creer que este tío de, ya sabes su nombre, el de tal y cual. Menudo hijo de puta».

La pobre Camille le decía: «Cus, cálmate, cálmate, Cus. Si no te va a subir la presión sanguínea».

Cus dirigía aquella casa con mano de hierro, pero lo curioso del asunto es que era propiedad de Camille. Cus no tenía dinero. Nunca le preocupó y el que tuvo siempre lo repartió. Camille quería vender la casa porque resultaba muy cara de mantener, pero él la convenció de que no. Le dijo que conseguiría un número estable de luchadores y que las cosas mejorarían. Ya estaba perdiendo la esperanza cuando yo aparecí.

No creo que, por mucho que lo deseara, Cus imaginara que conseguiría un nuevo campeón ni en un millón de años. La mayoría de los hombres que llegaban ahí ya eran luchadores afianzados que sólo querían mantenerse lejos de las mujeres y de las tentaciones de la ciudad. Además el estilo de Cus no le gustaba a nadie en aquellos momentos. Creían que estaba pasado de moda. Entonces aparecí yo sin tener idea de nada, un lienzo en blanco. Cus era feliz. Yo no sabía por qué este blanco estaba tan feliz conmigo. Me miraba y le entraba la risa histérica. Por teléfono le decía a la gente: «Me ha vuelto a impactar un rayo. Tengo a otro campeón de los pesos pesados».

Ni siquiera había participado en un combate amateur. No sé cómo pero, de algún modo, vio algo en mí.

3

Jamás olvidaré mi primer combate amateur. Era un pequeño gimnasio en el Bronx, propiedad de un antiguo boxeador de Cus llamado Nelson Cuevas. El lugar era un agujero. Estaba en el segundo piso de un edificio situado a tocar de una línea elevada de metro. Las vías estaban tan cerca que prácticamente podías sacar la mano por la ventana y tocar el tren. A este tipo de combates se los llamaba «fumaderos» porque el aire estaba tan cargado con humo de cigarrillos que apenas podías ver al tipo que tenías al lado.

Los «fumaderos» eran peleas no autorizadas, lo que básicamente significa que estaban fuera de la ley. No había médicos ni ambulancia esperándote fuera. Si al público no le gustaba tu actuación, no te abucheaba, sino que empezaban a darse mamporrazos entre ellos para enseñarte cómo se hacía. Todos los asistentes vestían de punta en blanco, ya fueran gánsters o traficantes de droga. Y todos apostaban. Recuerdo que le pregunté a un tipo: «Si gano, ¿me comprarás una empanada de salchicha?». Los que apostaban por ti y ganaban solían comprarte algo de comer.

Justo antes de salir a pelear, estaba tan nervioso que casi me marcho. Le daba vueltas a toda la preparación que había llevado a cabo con Cus. Pese a las horas y más horas de *sparring*, la idea de subirme a un cuadrilátero a combatir me intimidaba completamente. ¿Y si fallaba y perdía? Me había visto envuelto en un millón de peleas en las calles de Brooklyn, pero esta sensación era del todo distinta. No conoces a tu contrincante; no tienes nada contra él. Me encontraba con mi entrenador, Teddy Atlas, y le dije que bajaba un momento a la tienda. Una vez fuera me senté en una esquina, junto a las escaleras que conducían al metro. Por un instante pensé que

debía subirme al maldito tren y regresar a Brownsville. Pero entonces todas las lecciones de Cus comenzaron a fluir hacia mi mente y empecé a relajarme, mi orgullo y mi ego asomaron la cabeza, de modo que me levanté y volví al gimnasio. Iba a haber combate.

Mi rival era un puertorriqueño de gran tamaño con un vertiginoso peinado afro. Tenía dieciocho años, cuatro más que yo. Peleamos duro durante dos asaltos, pero en el tercero lo arrojé contra las cuerdas inferiores y luego le di otro golpe que hizo volar su protector bucal hasta la sexta fila. Quedó frito.

Estaba en éxtasis. Fue amor a primera pelea. No sabía cómo celebrarlo. De manera que le puse un pie encima. Levanté los brazos y coloqué un pie sobre el jodido yaciente.

—¡Sal de ahí, coño! ¿Qué coño te crees que haces pisándole? —me dijo el árbitro.

Cus se encontraba en Catskill esperando noticias junto al teléfono. Teddy lo llamó para explicarle lo ocurrido. Cus estaba tan emocionado que le pidió a su amigo Don, que había venido con nosotros, que le hiciera otra crónica a la mañana siguiente.

Cada semana iba a los fumaderos. Entraba en los vestuarios y me encontraba a un grupito de chavales mirándose los unos a los otros. Les decía mi peso y en cuántas peleas había participado. Normalmente les decía que tenía más de catorce años. No había muchos chicos de catorce años que pesaran 91 kilos. Así que siempre estaba peleando contra chicos mayores.

Aquellos fumaderos significaban mucho para mí, mucho más que para el resto de chavales. Tal y como yo lo veía, había nacido en un infierno del que cada combate ganado suponía alejarse un paso más. El resto de luchadores no eran tan malvados como yo. De no contar con estos fumaderos, probablemente habría acabado muerto en una cuneta.

Durante algún combate Teddy llegó a pasar a la acción. Una noche estábamos en el gimnasio de Nelson y un tipo lo empujó y Teddy le dio un puñetazo en la cara. Nelson se sumó a la pelea agarrando uno de los trofeos que había por ahí, los cuales estaban fabricados de mármol con una figura de hojalata de un luchador sobre un pedestal, y empezó a golpearle la cabeza al tipo. Si hubiera acudido la policía, lo habrían acusado de intento

de asesinato. Teddy siempre andaba metido en peleas. No sé si salía en mi defensa o si los otros estaban celosos de que contara con el mejor boxeador, el caso es que siempre le faltó cabeza para no responder a las provocaciones. Fuimos a Ohio y Teddy acabó a hostias con otros entrenadores.

Comenzamos a ir fumaderos a lo largo de toda la costa noreste. Antes de subirnos al coche, Cus siempre se nos acercaba.

—Unos amigos míos van a estar viendo la pelea. Yo esperaré junto al teléfono. Espero que cuando me llamen los hayas dejado eufóricos y alucinando —me decía.

No se me iba de la cabeza. «Eufóricos y alucinando». Aquello me ponía a cien y entraba en ebullición durante las seis horas que duraba el viaje. No descansaba ni un minuto. No podía esperar a subirme al cuadrilátero para machacar a esos cabrones. Un tipo acudió a un combate con su mujer y su bebé y le hice papilla.

Cus vino a mi quinto combate, un fumadero en Scranton. Luchaba contra un tío llamado Billy O'Rourke en el Scranton Catholic Youth Center. Billy tenía diecisiete años y yo dije ser de la misma edad porque era un combate amateur. Antes de empezar, Cus se acercó a O'Rourke y le dijo: «Mi chico es un asesino. No querría que te hiciese daño».

Aquel fue mi rival más duro hasta el momento. En el primer asalto no dejé de tumbarlo, pero ese jodido blanquito psicópata siempre se levantaba. No sólo se levantaba, sino que lo hacía la mar de fresco. Cuanto más lo lanzaba a la lona, más se incorporaba hecho unas pascuas. En el primer asalto lo había machacado, pero el segundo había sido una guerra abierta. Combatíamos a tres asaltos y Teddy no quería arriesgarse a tomar la decisión equivocada.

«Escúchame, siempre estás hablando de ser grande y de estos boxeadores locos y de cómo quieres ser un campeón. Ahora es el momento. Métete ahí y no dejes de soltar puñetezos y de mover la cabeza».

Salté del taburete a por él y en ese tercer asalto lo envié a la lona dos veces. Sangraba por todos lados. Al final del combate, me arrinconó contra las cuerdas. Pero, bam, bam, bam, salí de ahí y lo tumbé. El público se volvió loco. Fue el mejor combate de aquella noche.

Cus estaba satisfecho con mi actuación, pero me dijo: «Un asalto más y te habría agotado».

En mayo y junio de 1981 fui tras mi primer campeonato: las Olimpiadas Juveniles. En aquel momento llevaría unos diez combates. Primero debías ganar un torneo local, luego uno regional y seguidamente competías en Colorado por el título nacional.

Gané todos los torneos regionales, con lo cual tuve que volar junto a Teddy a Colorado, mientras que el miedo a los aviones hizo que Cus optara por el tren. Cuando entraba en los vestuarios recordaba cómo se habían comportado mis héroes. Los otros chavales se me acercaban a estrecharme la mano y yo les hacía una mueca y les daba la espalda. Sólo estaba actuando. Si me hablaban, me limitaba a quedarme mirándolos. Cus insistía en manipular al oponente creando caos y confusión, al tiempo que por dentro se mantenía la calma. Yo creaba tal caos que a unos cuantos de los otros luchadores les bastaba echarme una mirada para dejarse ganar con tal de no tener que enfrentarse luego conmigo. Gané todos mis combates por KO en el primer asalto. Gané la medalla de oro tumbando a Joe Cortez en ocho segundos, un récord que creo que sigue vigente. Empezaba mi periplo.

Tras conseguir esa medalla de oro, me convertí en un héroe local. A Cus le encantaba la atención que estaba recibiendo. Adoraba los focos. Yo, sin embargo, no dejaba de pensar en la locura que suponía todo aquello. Apenas tenía quince años y la mitad de los amigos que había dejado en Brownsville estaban muertos, desaparecidos, borrados del mapa. No contaba con muchos amigos en Catskill. No me interesaba el colegio. Cus y yo ya teníamos claro dónde queríamos llegar, de modo que el colegio nos parecía una distracción de ese objetivo. No me importaba lo que me enseñaban, pero sí que estaba ansioso por aprender. Cus me animaba a hacerlo y así leí algunos de los libros de la biblioteca. Obras de Oscar Wilde, Charles Darwin, Maquiavelo, Tolstói, Dumas y Adam Smith. Leí un libro sobre Alejando Magno. Adoraba la historia. Al leer historia, aprendía sobre la naturaleza humana. Aprendía sobre el corazón humano.

No me metí en muchos líos en el colegio con la excepción de golpear a un puñado de estudiantes y que me expulsaran temporalmente. Ahí no me sentía cómodo. Algunos se reían de mí, pero ninguno me tocaba las narices.

Cus le había comentado al director de mi instituto, el señor Bordick, que yo era especial y que merecía «algunas concesiones». El señor Bordick era un buen hombre y, siempre que surgía un problema, Cus se acercaba a la escuela a desplegar su gesticulación italiana y conseguía que me readmitiera. Ya de vuelta en casa, me pasaba las tardes en el gimnasio, de cinco a siete. Luego leía libros de boxeo, veía películas o conversaba con Cus. Los fines de semana me levantaba a las cinco de la madrugada, corría unos cuantos kilómetros, comía, hacía una siesta y volvía al gimnasio al mediodía. Entre semana iba y venía del colegio a casa corriendo.

Una vez tuve que correr de más por culpa de la obsesión por el control que demostraba mi guardián. Me encontraba en un baile del colegio que debía acabar a las diez de la noche. Le había dicho a Cus que estaría de regreso en casa a las once. Tras el baile, todo el mundo estaba pasando un buen rato, así que llamé a Cus y le dije que probablemente me retrasaría un poco porque estaba a la espera de que llegara un taxi.

—No, ven corriendo a casa ahora. Corre. No voy a esperarte despierto —gruñó.

Cus no nos daba llaves por temor a que las perdiéramos. Llevaba puesto un traje de dos piezas y unos zapatos elegantes, pero Cus me quería en casa *ahora*.

—Tíos, debo irme —les dije a mis amigos.

Todo el mundo sabía la hora que era. Si Cus llamaba, yo debía marcharme. Así que me las piré.

Otro día había salido con unos amigos a beber y pasarlo bien y, cuando estaban a punto de dejarme en casa, vi a Cus por la ventana, esperándome dormido en su sillón.

—Dad la vuelta. Llevadme a vuestra casa. No quiero tener que vérmelas con Cus —les dije.

Cada vez que volvía tarde a casa me caía la de Cristo. Yo intentaba subir furtivamente a mi cuarto pero los escalones eran viejos y se tambaleaban. *Mierda, ya me ha pillado*, pensaba. Regresaba a casa tras recibir permiso para ir a ver una peli y me lo encontraba plantado a la espera de interrogarme.

—¿Qué has hecho? ¿Con quién has salido? ¿Quiénes son? ¿De dónde son sus familias? ¿Cómo se apellidan? Ya sabes que mañana tienes que boxear.

Cus llegó al extremo de intentar casarme cuando iba a noveno curso. Había empezado a salir con un chica de local llamada Angie. Cus la adoraba. Imaginaréis que estaría en contra de que tuviera una relación sentimental, que pensaría que me distraería a la hora de entrenar, cuando la verdad es que opinaba que me iría bien sentar la cabeza, calmándome y ayudándome a concentrarme. Yo no iba en serio con Angie; lo que deseaba era llevar el estilo de vida ostentoso de mis héroes, de boxeadores como Mickey Walker y Harry Greb. Bebían, tenían montones de mujeres y se pegaban la vida padre. Cus no comulgaba con Camille.

—Ni se te ocurra escucharla cuando te hable de matrimonio —me dijo —. Tú sal con cuantas chicas te apetezca y luego escoge a la mejor.

Un día me vi envuelto en una pelea en el colegio y Cus tuvo que ir a calmar los ánimos. Al regresar, me hizo sentarme.

—Si sigues actuando así vas a tener que marcharte de aquí.

Me derrumbé y empecé a llorar.

—Por favor no dejes que me vaya —sollocé—. Quiero quedarme.

Me entusiasmaba de veras el ambiente familiar que Cus me había dado. Y a él lo quería con locura. Era el primer blanco que no sólo no me juzgaba, sino que estaba dispuesto a partirle la crisma a todo aquel que me faltara al respeto. Nadie podía llegarme tan hondo como él. Hasta el mismísimo córtex. Siempre que acababa de hablar con el, tenía que salir a quemar energías, practicando boxeo de sombra o haciendo abdominales, así de vitalizado estaba. Empezaba a correr y se me caían las lágrimas porque quería hacerlo feliz y demostrarle que llevaba razón en todo lo bueno que decía de mí.

Supongo que a Cus le supo mal haberme amenazado con echarme y haberme hecho llorar, porque desde aquel día empezó a abrazarme. Fue la primera muestra de afecto que le vi. Nunca antes había presenciado una muestra semejante hacia nadie. Pero desde el momento en que me vio llorar, supo que me tenía en sus manos. A partir de entonces, me convertí en su esclavo. Si me hubiese pedido que matara a alguien, lo hubiera hecho.

Lo digo en serio. Todo el mundo pensaba que estaba con un viejo italiano de carácter dulce cuando lo cierto es que estaba con un guerrero. Y disfrutaba de cada minuto. Me sentía feliz de ser el soldado de Cus; le otorgaba un propósito a mi vida. Me gustaba ser el elegido para cumplir la misión.

Comencé a entrenar más duro, si es que era posible. Cuando regresaba a casa del gimnasio, subía literalmente a gatas las escaleras. Me las apañaba para llegar al baño situado en la tercera planta. Cus llenaba una pequeña bañera de porcelana con agua increíblemente caliente a la que le echaba unas sales Epsom.

—Quédate todo el tiempo que quieras —me decía.

De modo que me sentaba hasta escaldarme pero, a la mañana siguiente, mi cuerpo estaba mucho mejor, listo para volver a entrenar. Jamás me sentí tan en la gloria. Tenía una misión que anulaba el resto de cosas y de la que no me apartaba ni un ápice. Me resulta imposible describir aquella sensación.

Cuando el resto de boxeadores abandonaba el gimnasio para ir con sus novias y hacer su vida, Cus y yo regresábamos a la casa a maquinar nuestro plan. Hablábamos de tener casas en todos los rincones del planeta. Cus me decía: «No» será una palabra extranjera. No entenderás el concepto de «no».

Yo pensaba que para los otros luchadores que aspiraban al campeonato, aquellos deseosos de ganar dinero y garantizarle una buena vida a su familia, no era justo que a mí me entrenara un genio. Pero, gracias a Cus, quería la gloria y la quería a costa de su sangre. De todas formas, me sentía inseguro. Deseaba la gloria, deseaba la fama, deseaba tener los ojos del mundo puestos en mí y que me dijeran lo guapo que era. Era un jodido crío, gordo y apestoso.

Cus me hizo creer que merecía la pena morir por el cinturón verde y dorado de la WBC. Y no por una cuestión de dinero. Yo solía preguntarle a Cus: «¿Qué significa ser el mayor luchador de todos los tiempos? La mayoría de estos tipos están muertos». Me respondió: «Escúchame. Están muertos, pero tú y yo estamos hablando de ellos en estos momentos. Aquí

de lo que se trata es de la inmortalidad. Se trata de que tu nombre sea recordado hasta el fin de los tiempos».

Cus se ponía de lo más dramático. Era como un personaje sacado de *Los tres mosqueteros*.

—Debemos esperar a que llegue nuestro momento, como si fuéramos cocodrilos en el fango. No sabemos cuándo llegará la sequía que obligará a los animales a emigrar cruzando el Sáhara. Pero estaremos esperando. Meses, años. Acabará llegando. Entonces las gacelas y los ñus atravesarán el río. Cuando se acerquen, nos lanzaremos a morderlos. ¿Me oyes, hijo? Los morderemos tan fuerte que el mundo entero escuchará sus gritos.

Se lo tomaba completamente en serio y yo también. Cus me utilizaba para devolverle el golpe al *establishment* pugilístico. Yo ardía en deseos de formar parte de eso. Aquello era como *El Conde de Montecristo*. Nos movía la venganza.

Cus se sintió feliz cuando vio que realmente podía contar conmigo, aunque a veces, de repente, podía mostrarse paranoico. Yo tenía entre las manos un libro en la sala de estar y él se me acercaba en albornoz.

—Sí, tú también me vas a abandonar. Se te llevarán. Me dejarás, igual que hizo el resto —decía sin venir a cuento.

Yo no sabía si intentaba jugar psicológicamente conmigo o sólo sentía lástima de sí mismo.

—¿Estás loco, Cus? ¿De qué me estás hablando?

Yo jamás le hablaba así. Aquella fue la única ocasión en que lo llamé «loco».

—Ya sabes a lo que me refiero. Alguien vendrá ofreciéndote dinero y te largarás. Me ha estado ocurriendo toda la vida. Yo pongo las horas y me dedico a formar a los luchadores para que vengan otros a robármelos.

—¿Largarme? Mataría a cualquiera que quisiera mantenerme alejado de él. Floyd Patterson lo había abandonado, pero yo estaba hecho de otra pasta. Lo único que deseaba era estar con él y Camille, mi nueva familia. Se acabó la vida problemática.

—Estás loco, Cus —le dije y se marchó.

En noviembre de 1981, Teddy, yo y otros dos luchadores nos subimos a un coche en dirección a un fumadero de Rhode Island. Me pasé el trayecto dándole vueltas a lo que le iba a hacer a ese cabrón cuando llegáramos. Había estado leyendo a Nietzsche y me creía un superman. Apenas sabía deletrear mi nombre, pero era un superman. Así que visualizaba cómo iba a electrizar el lugar y a tener a la gente aplaudiéndome a rabiar mientras golpeaba al tipo. Los delirios me llevaban a pensar que la gente echaría flores a mis pies. Sólo tenía quince años, pero iba a combatir contra Ernie Bennett, el campeón local, de veintiuno. Aquél iba a ser su último combate antes de convertirse en profesional.

Entramos en el local y estaba a rebosar, con algunos individuos que tenían muy mala pinta. Era tal el gentío que me sentí de vuelta en los suburbios de Brownsville. Pero no me importaba una mierda. Aquella energía me vigorizaba. Teddy me dijo: «Súbete a la báscula». Me quité la camisa y los pantalones. Sólo llevaba puesta la ropa interior. Se me marcaban los músculos. Me subí a la báscula y todo el mundo se acercó corriendo y nos rodeó.

—Ése es Tyson. Es él —oí que decían algunos.

Sobre la báscula empecé a ponerme nervioso. Estos tipos eran gánsters, realmente duros, y yo no era de su barrio. En ese momento me acordé de todas aquellas grabaciones que había visto. Jack Johnson encima de una báscula rodeado de gente. Siempre me visualizaba en esa situación. Entonces oí los murmullos y los silbidos. Decían: «Ése es el que ha noqueado en sólo un asalto a todos los juveniles».

Los comentarios de Cus me invadieron. Yo formaba parte de la nobleza. Yo era un gladiador, a punto para entrar en combate.

«¡Ey, campeón!». Aquellos tipos me sonreían. Yo, sin embargo, me limitaba a observarlos con desprecio, como diciendo: «Que os jodan, ¿qué estáis mirando?».

Mi peso rondó los 86 kilos.

—Oh, pesas demasiado —dijo el entrenador de Bennett. Era sordomudo pero podías entender sus palabras.

—Pero igualmente lucharemos contra él. Lucharemos contra cualquiera —dijo el tipo.

—Yo no soy un cualquiera —dije desdeñosamente.

El lugar estaba hasta los topes. Ahí había por lo menos tres mil personas. Nos subimos al cuadrilátero y se sucedieron nueve minutos de destrucción. A día de hoy, la gente sigue hablando de aquella pelea. El público no dejó de vitorear. Incluso durante el minuto de descanso entre asaltos no pararon de aplaudir. Éramos como dos pitbull. Él era sibilino, escurridizo y experimentado pero entonces, bam, lo lancé contra las cuerdas. Peleé duro hasta el final. Fue la mejor actuación de mi vida.

Y le concedieron a él la victoria. Un robo a mano armada. Yo estaba consternado. Empecé a llorar. Nunca había perdido un combate. En los vestuarios se me acercó el entrenador sordomudo. Yo seguía llorando.

—Sólo eres un crío —me dijo—. Mi chico ha peleado en muchos, muchos combates. Hemos dado todo lo que teníamos. Tú eres mejor que mi boxeador. No te rindas. Algún día vas a ser un campeón.

Sus palabras no me hicieron sentir mejor. No dejé de llorar en todo el trayecto de regreso. Deseaba machacar a aquel tipo con todas mis fuerzas. Llegamos a casa, donde debía pegarme una ducha e ir al colegio. Teddy debía de haber llamado a Cus, ya que me estaba esperando. Pensaba que estaría enfadado conmigo por haberle defraudado, pero lucía una sonrisa de oreja a oreja.

—He oído que has estado muy bien. Teddy me ha dicho que el rival era musculoso y con experiencia —me dijo Cus—. Ey, tómate el día libre. No hace falta que vayas al colegio.

Ni hablar de no ir al colegio. Mi rival me había dejado un ojo morado y estaba ansioso por mostrar mi medalla al valor.

No permití que aquella derrota tan controvertida me afectara al ánimo. Continué luchando en fumaderos y noqueando a todos mis contrincantes. Cus empezó a acudir a más combates. Le encantaba cuando me comportaba de forma arrogante, dándome aires de importancia. Cus también era bastante arrogante. En una ocasión debía luchar contra un oponente de veinticuatro años que llevaba siendo campeón de su región desde que tenía dieciséis. Nadie le había vencido.

Antes del combate, se nos acercó uno de los supervisores de los torneos locales.

—Cus, el hombre al que os enfrentáis es grande, fuerte y da miedo —dijo.

Cus ni siquiera pestañeó.

—Mi chico se dedica a poner en su sitio a los hombres grandes, fuertes y que dan miedo.

Oí aquello y el corazón se me puso a cien. Arrrghhh. Me transformaba en lava ardiente. Me sentía tan motivado que quería pelear contra esos tíos antes incluso de subirnos al cuadrilátero.

Una vez estuve sin ducharme los tres días antes de participar en un combate. Sólo pensaba en hacer daño a mi rival. No sabía nada acerca de mis contrincantes en estos fumaderos, no había vídeos ni apariciones televisivas de ellos. De manera que siempre me imaginaba que me disponía a combatir contra todos aquellos que habían abusado de mí de más joven. Hora de ajustar cuentas. Nadie iba a volver a meterse nunca conmigo.

Siempre que mostraba la menor señal de humanidad en un combate, Cus me lo censuraba. Algún rival intentaba a veces estrecharme la mano en un gesto de deportividad. Si le correspondía, Cus perdía la cabeza.

Los únicos despliegues de compasión que no criticaba era cuando ayudaba a mis rivales a levantarse tras haberlos tumbado. Dempsey siempre lo hacía. Recogía del suelo a su rival derrotado, lo acompañaba de regreso a su rincón, lo sostenía y le estampaba un beso. Justo después de haber intentado destriparlo. Así que yo los levantaba y los besaba. «¿Estás bien? Te quiero, hermano». Les resultaba casi humillante.

A Cus no le gustaba que celebrara mis KO. Nada de chocar esos cinco, nada de bailecitos.

Me decía: «¿Llevas dos años entrenando para esto y ahora te comportas como si te cogiera por sorpresa?».

Para Cus mis rivales sólo eran comida. Carnaza. Algo con lo que debías alimentarte para poder vivir. Si hacía una buena pelea, Cus me recompensaba. Ropa bonita, zapatos. Cuando gané uno de los campeonatos juveniles, me compró dientes de oro. Cuando me los pusieron en los años ochenta, la mayoría de personas debía pensar: *Puaj, los dientes de oro son*

propios de criminales. Ándate con cuidado. Pero a Cus le encantaban porque todos los viejos luchadores se los habían hecho poner para celebrar sus éxitos.

Pensaréis que con todos esos KO y el campeonato juvenil Cus tenía pocos motivos para criticarme. Cus no era así. De cara al público siempre me trataba como a una *prima donna* pero, de puertas adentro, era otra historia. Nos sentábamos a solas en la casa y me daba una charla.

—Ya sabes que has mantenido la guardia baja. Con el debido respeto, si aquel caballero hubiera sido más profesional y mantenido la calma, te habría golpeado.

¡Me lo decía tras haber conseguido noquear al tipo! Todo el mundo me había estado felicitando por mi KO de derechas. Cus no me decía que me habría noqueado, ¡sólo que me habría golpeado! Conseguía que no me sacara en todo el día de la cabeza ese puñetazo. Al cabo de unos días volvía con la misma jodida canción: «Recuerdas que después de la pelea te dije que ese tipo te habría golpeado…».

AAAGGGHH.

A Cus le iba la manipulación, la guerra psicológica. Creía que en el boxeo la psicología, que no el físico, representaba el 90%. La voluntad, no la destreza. De modo que al cumplir quince años empezó a llevarme a un hipnoterapeuta llamado John Halpin. Tenía una consulta en la ciudad, en la zona de Central Park West. Yo me estiraba en el suelo y él avanzaba por las diferentes fases de la relajación: cabeza, pies, ojos, brazos, piernas, todo volviéndose más y más pesado. Una vez estaba bajo su influencia, me decía lo que Cus le dictara. Cus escribía los mensajes en una hoja de papel que luego John me iba leyendo en voz alta.

—Eres el mejor luchador del mundo. No te lo digo para convencerte de algo que no piense, te lo digo porque puedes conseguirlo; naciste para ello.

Halpin nos enseñó un método que nos permitiría sumergirnos en un estado hipnótico siempre que lo deseáramos. De regreso en Catskill, me estiraba en el suelo o en la cama y Cus se sentaba a mi lado. Yo empezaba a relajarme y a penetrar en mi estado hipnótico mientras Cus hablaba. A veces decía generalidades, como que era el mejor luchador que había, pero otras abordaba aspectos específicos.

—Tu *jab* es como un arma. Lanzas puñetazos feroces, cargados de mala intención. Tienes una maravillosa mano derecha. Hasta ahora no has acabado de creértelo pero eso va a cambiar. Eres un azote de Dios. El mundo conocerá tu nombre desde ahora y hasta el fin de la eternidad.

Era una mierda bien jodida. Y yo me la creía.

En ocasiones Cus me despertaba en mitad de la noche para recitarme sus mensajes. En otras no necesitaba abrir la boca, podía sentir sus palabras entrando telepáticamente en mi cabeza.

Me centré en la hipnosis. Lo consideraba un método secreto que me iba a resultar de ayuda. A algunos todo esto les parecerá una locura, pero yo me creía cuanto me contaba Cus. Lo abrazaba religiosamente. Cus era mi Dios. Y este viejo hombre blanco me decía que yo era la cima. ¿Por qué debía ser el mejor que jamás hubiera existido?

Ahora que resultaba que era un gladiador y un dios entre los hombres se antojaba un poco degradante que tuviera que ir al instituto. En el otoño de 1981 me metí en problemas en el Catskill High. Uno de mis profesores, un verdadero paleto ignorante, empezó a discutir conmigo y me arrojó un libro. Me levanté y le aticé una buena delante de los otros estudiantes. Me expulsaron temporalmente. De modo que Cus me cogió por banda y fuimos juntos al colegio a hablar con el director, el señor Stickler, y el profesor. Por el modo en que me defendía uno hubiera dicho que Cus era Clarence Darrow.

—Usted sostiene que se le cayó el libro de las manos y que accidentalmente impactó en Mike —interrogaba al profesor—. Pero si, de acuerdo a su versión, se le cayó el libro, ¿cómo pudo volar por los aires hasta impactar en el cuerpo de Mike? Lo único que habría hecho es caer al suelo sin dañar a nadie.

Cus andaba arriba y abajo por la habitación, deteniéndose de repente para señalar con el dedo a mi profesor con aire acusador.

Al final llegamos a un acuerdo por el cual me permitieron dejar de acudir al instituto siempre que consiguiera un tutor. Cus se sintió dolido por mi abandono. Tenía pensado organizarme una gran fiesta de graduación. De

regreso a casa tras la reunión en el instituto, lo miré y le dije: «Venga. Estoy listo para ir al gimnasio».

Se limitó a devolverme la mirada. Me dijo: «Vamos».

Llegó el mes de junio de 1982 y con él el momento de que defendiera mi título en las Olimpiadas juveniles. A estas alturas, mi reputación me precedía. Había padres que sacaban a sus hijos del torneo para evitar que se las vieran conmigo. John Condon, que era uno de los organizadores de los torneos Guantes Dorados, no me dejaba competir en ellos.

—Te he visto pelear. Eres demasiado cruel. No puedo permitir que luches contra estos chicos. Les harías pedazos.

Mis segundas Olimpiadas juveniles arrancaron bien. Nos encontrábamos de regreso en Colorado y en los combates preliminares gané por KO a todos mis rivales. A continuación llegaron las finales en las que debía defender el título. Entonces la presión se apoderó de mí. Vi un montón de cámaras y mis inseguridades empezaron a hacer acto de presencia. Muchos miembros respetables de la comunidad pugilística se deshacían en elogios hacia mí. Yo pensaba que era fantástico, pero que iba a acabarse porque yo era asqueroso, sucio. De todas formas, no quería decepcionar a Brownsville. Cus me había dicho muchas veces que, si le hacía caso, pasaría lo siguiente: «A tu madre le van a llevar las bolsas de la compra cuando la vean caminando por las calles de Brownsville».

No era capaz de soportar tanta presión. Antes de las finales, Cus me llevó a hablar a un rincón.

—Mike, éste es el mundo real. A estos tipos que ves —y me señaló al árbitro en el cuadrilátero, a los periodistas y a los directivos pugilísticos en sus localidades— vas a dejar de gustarles cuando pierdas. Si no lo haces soberbiamente, dejarás de gustarles. Yo solía gustarle a todo el mundo. Créeme, cuando estaba en la cincuentena, las mujeres guapas y jóvenes me perseguían allá donde fuera. Ahora que estoy hecho un viejo, ya nadie se me acerca.

Diez minutos antes de empezar el combate, tuve que salir a que me diera el aire. Teddy me acompañó.

—Sólo relájate, Mike, sólo relájate —me dijo.

Me derrumbé. Comencé a llorar desesperadamente. Teddy me rodeó con los brazos.

—Sólo es una pelea más. En los entrenamientos has peleado contra tipos mejores que éste —intentó consolarme.

—Soy Mike Tyson… —sollocé— todo el mundo me quiere.

Era incapaz de pronunciar una sola frase coherente. Intentaba decir que si perdía ya no iba a volver a gustarle a nadie. Teddy me consoló y me dijo que no permitiera que los sentimientos me dominaran.

Al entrar en el cuadrilátero, mi rival ya estaba esperándome. Era un blanco de dos metros de altura llamado Kelton Brown. Me tranquilicé, recuperé el coraje. Nos reunimos en el centro a recibir las instrucciones y yo me acerqué tanto a él, clavándole mi mirada malévola, que el árbitro me empujó hacia atrás y me dio un aviso aún antes de empezar el combate. Sonó la campana y cargué contra él. En cuestión de un minuto le estaba dando una paliza tan implacable que desde su rincón lanzaron la toalla. Me había convertido por segunda vez en el campeón olímpico en categoría juvenil.

Después de que me levantaran el brazo, el comentarista de televisión subió al ring a entrevistarme.

—Mike, debes de estar muy satisfecho de cuánto ha progresado tu carrera.

—Bueno, puedo decir: «Sí que lo estoy». Me encuentro rodeado de críos. Aunque tengo su misma edad, me concentro mejor. Tengo más disciplina. Primero aprendí a manejar mis problemas mentales y luego los físicos. Ésa es la ventaja que tengo sobre ellos, la capacidad mental.

—¿Cómo te sentiste al acabar el combate en el que derrotaste a Brown?

—Subí al cuadrilátero a hacer mi trabajo. No tengo nada malo que decir sobre mi oponente. Hizo un buen trabajo. La situación lo superaba. Quisiera elogiarle el esfuerzo —dije.

De regreso en la Costa Este, me acerqué a mi antiguo barrio en Brownsville. Todo el vecindario me había visto por la televisión noqueando a Kelton Brown. Muchos de los que antes se metían conmigo me paraban por la calle.

—Ey, Mike, ¿necesitas algo? Hazme saber si hay cualquier cosa que necesites —me decían.

Antes me pateaban el culo, ahora me lo besaban.

Pero el público que de verdad me interesaba era mi madre. Deseaba compartir mi entusiasmo con ella.

—Hola, mamá, soy el luchador más grande del mundo. No hay un solo hombre vivo capaz de vencerme —le dije.

Mi madre vivía en un bloque de pisos húmedos, decrépitos y torcidos. Mientras le hablaba de mí mismo como si fuera un dios, se limitaba a mirarme fijamente.

—¿Te acuerdas de Joe Louis? *Siempre* hay alguien mejor, hijo —dijo.

Le clavé la mirada.

—Eso a mí no me va a ocurrir jamás —le dije fríamente—. Yo soy aquel que es mejor que todo el resto. Ése soy yo.

Hablaba completamente en serio, porque Cus me había lavado el cerebro hasta hacérmelo creer. Mi madre jamás me había visto así. Yo siempre había dado miedo o estado tramando algo. Ahora poseía dignidad y orgullo. Antes olía a hierba o licor. Ahora lucía un cuerpo musculoso, estaba inmaculado. Estaba listo para comerme el mundo.

—No hay un solo hombre en el mundo capaz de vencerme, mamá. Tú estáte atenta, tu pequeño va a ser campeón del mundo —fanfarroneé.

—Debes ser más humilde, hijo. No eres humilde, no eres humilde… —sacudió la cabeza.

Llevaba una bolsa conmigo de la que saqué recortes de periódico en los que aparecía recogiendo mis medallas de oro. Se los entregué.

—Aquí tienes, mamá. Lee sobre mí.

—Luego lo haré —me dijo.

No me dirigió la palabra durante el resto de la noche. Se limitaba a hacer «um hmmm». Me miraba con aire de preocupación, como pensando: *¿Qué te están haciendo esos hombres blancos?*

De modo que regresé a Catskill sintiéndome el rey del mambo. Ahí era un chaval consentido de clase media-alta. Al cabo de escasos meses, Cus vino a decirme que mi madre estaba enferma. No me contó los detalles,

pero mi asistente social descubrió que le habían diagnosticado un cáncer terminal. El mismo día que Cus habló conmigo, me llamó mi hermana.

—Ve a visitar a mamá —dijo—. No se encuentra bien.

Unas semanas antes de la llamada de mi hermana, había visto a mi madre. Como resultado de una especie de derrame, tenía caído uno de los ojos, pero yo no sabía que se trataba de cáncer. El único cáncer que conocía era el de mi signo zodiacal. Sabía que algo no andaba bien, pero no era consciente de que estuviera relacionado con la muerte.

Cuando llegué al hospital, recibí un shock. Mi madre yacía en la cama, emitiendo gemidos, en un estado bastante catatónico. Sólo mirarla resultaba doloroso. Sus ojos estaban hundidos; la piel se le ceñía al cráneo; había perdido mucho peso. Se le había caído al suelo la sábana y había quedado expuesta parte de un pecho. Le di un beso y la tapé. No sabía qué hacer. Jamás había visto a nadie con cáncer. Sí que había visto películas, por lo que me imaginaba una escena del tipo, «Bueno, que sepas que te quiero pero me queda poco tiempo, Johnny». Creí que tendría la oportunidad de hablar con ella y de despedirme antes de que muriera, pero ni siquiera estaba consciente. De modo que abandoné la habitación del hospital para ya no regresar.

Cada noche volvía al piso y le decía a mi hermana que había visto a mamá y que tenía buen aspecto. No quería enfrentarme a lo ocurrido en el hospital, resultaba demasiado doloroso. Así que entré en una espiral de robos. Me encontré a Barkim y a otros delincuentes a los que conocía del barrio y robamos varias casas.

Una noche, antes de salir a robar, le enseñé a Barkim un álbum de fotos que me había traído de Catskill. En él había fotos mías con Cus y Camille y también con compañeros blancos del colegio.

A Barkim no le entraba en la cabeza.

—Ey, Mike, esto me está tocando las narices. ¿Te están poniendo a prueba ahí? ¿Te llaman «negrata»?

—No, es como mi familia. Cus te mataría si me llamaras eso —le dije.

Barkim sacudió la cabeza.

—¿Qué haces aquí, Mike? —me preguntó—. Vuelve con esos blancos. Joder, tío, esos blancos te quieren. ¿No lo ves, negro? Tío, ojalá me

quisieran a mí unos blancos. Vuelve, tío. Aquí no te espera una mierda.

Pensé en lo que me había dicho. Ahí estaba un doble campeón nacional volviendo a robar casas porque a uno simplemente le tiran las raíces. Cada noche me dedicaba a beber, fumar polvo de ángel, esnifar cocaína e ir de discotecas. Cualquier cosa con tal de olvidar lo de mi madre.

Mi hermana no paraba de repetirme: «Viniste para ver a mamá. No te dejes llevar, no estás aquí para pasarlo bien».

Una noche Barkim fue a buscar a su novia y los tres caminábamos por uno de los edificios de viviendas sociales de Brownsville cuando vimos a un puñado de mis antiguos amigos jugando a los dados. Barkim también era amigo suyo, pero no se detuvo a hablar con ellos; siguió caminando. Yo me acerqué a saludarlos y me dijeron: «¿Cómo te va, Mike?». Pero notaba que se comportaban con recelo. Añadieron: «Luego hablamos». Yo percibía una mala onda, como si alguien hubiera muerto o recibido un buen castigo.

Más tarde me enteré de que habían tenido lugar unas luchas de poder en el barrio y, cuando el humo se hubo disipado, Barkim se hallaba en la cima. Era el dueño de todos los coches, chicas, joyas y armas al haberse hecho con los mandos del tráfico de drogas en el vecindario. La situación en las calles había cambiado por completo desde que me había marchado. Las drogas habían hecho acto de presencia y estaba muriendo gente. Había chicos con los que acostumbrábamos a salir matándose los unos a los otros por conseguir territorio y dinero.

Entonces un día mi hermana llegó a casa. Yo estaba resacoso, pero oí el sonido de la llave en el paño. Me levanté y, tan pronto abrió la puerta, pam, me soltó un puñetazo en la cara.

—¿Qué haces? —dije.

—¿Por qué no me dijiste que mamá había muerto? —me gritó.

No quería decirle: «No he estado yendo al hospital. Me resultaba demasiado doloroso ver a mamá convertida en una sombra de lo que era», porque me habría matado. Así que le dije: «Bueno, es que no quería que sufrieras. No quería que lo supieras». Yo era demasiado débil para lidiar con esto. Mi hermana era la fuerte de la familia. Tenía mucha capacidad para manejar la tragedia. Yo no me vi ni siquiera con fuerzas de acompañarla a identificar el cuerpo. Tuvo que hacerlo mi primo Eric.

El funeral de mi madre resultó patético. Había ahorrado algo de dinero para ser enterrada en una parcela en Linden, New Jersey. Sólo acudimos ocho personas: yo, mi hermano y mi hermana, mi padre Jimmy, su novio Eddie y tres amigas. Yo llevaba puesto un traje que me había comprado con dinero robado. No contó más que con un ataúd delgado de cartón. No hubo dinero suficiente para una lápida. Antes de abandonar el lugar, le dije: «Mamá, te prometo que voy a ser un buen hombre. Voy a convertirme en el mejor luchador que haya existido y todo el mundo va a conocer mi nombre. Cuando piensen en Tyson, no van a pensar en Tyson Foods o Cicely Tyson, sino en Mike Tyson». Le reproduje lo que Cus había estado diciéndome acerca de mi nombre. Hasta ese momento nuestro único contacto con la fama había sido compartir apellido con Cicely. A mi madre le encantaba Cicely Tyson.

Tras el funeral, me quedé en Brownsville durante unas semanas, drogándome. Una noche me topé con aquellos amigos que habían estado jugando a los dados unas noches atrás. Me contaron que habían matado a Barkim.

—Sí, se han cargado a tu amigo —me dijo uno de ellos—. Pensé que a ti también porque, la última vez que nos vimos, andabais juntos y desde entonces no te había vuelto a ver.

La muerte de Barkim me impactó profundamente. Él había sido la persona que me había introducido en los robos, yo era una especie de hijo suyo en las calles. Me acababa de decir que me marchara de ahí y que regresara con mi familia de blancos. Y no sólo él. Todos mis amigos del barrio tenían depositadas muchas esperanzas en mí y en Cus. Cus me iba a conseguir grandes cosas.

—Quédate con ese hombre blanco, Mike. Nosotros no somos nada, Mike. No regreses aquí, Mike. No me vengas con estupideces, negro. Tú eres nuestra única esperanza. Nosotros jamás saldremos de aquí, Mike, moriremos en Brownsville. Antes de morir debemos poder contarle a la gente que hacíamos cosas juntos, que eras nuestro negro.

Allá donde fuera, escuchaba variaciones de este mensaje. Se lo tomaban en serio. Para mis amigos, Brownsville era un puro infierno. Todos deseaban contar con la posibilidad de marcharse que a mí se me brindaba.

No podían entender mis motivos para querer regresar, pero si yo lo hacía era porque intentaba descubrir quién era de verdad. Las dos vidas que llevaba eran muy diferentes pero, por diferentes motivos, me sentía en casa en ambos mundos.

Un día llamaron a mi puerta y ahí estaba la señora Coleman, mi asistenta social. Había venido a arrastrar mi negro culo de vuelta al norte porque me habían pillado robando y atracando. Debería haber estado de regreso en casa de Cus tres días después del funeral de mi madre. La señora Coleman era una mujer de lo más amable que había conducido durante dos horas desde Catskill para recogerme. Apoyaba mucho a Cus y pensaba que el boxeo me pondría en la dirección correcta. Yo no estaba por la labor, así que le dije que no quería volver a Catskill. Me informó de que, si quería quedarme en Brooklyn, debía rellenar unos formularios para destinarme a algún lugar de Nueva York al que me conduciría la policía. Yo ya contaba dieciséis años, por lo que sabía que aquello eran pamplinas. No tenía que responder legalmente frente a nadie. De todos modos, regresé al norte con ella. En el piso de mi madre fui consciente de la pobreza y el caos en el que había vivido y reflexioné sobre el modo en que había muerto. Aquello cambió radicalmente mi perspectiva acerca de cómo iba a vivir mi vida. Quizás fuera corta, pero iba a asegurarme de que resultara gloriosa.

De vuelta en Catskill, Cus me ayudó una barbaridad a superar la muerte de mi madre. Me habló del día en que falleció su padre. Cus se encontraba con él en casa y lo oía gritar. No podía ayudarlo porque no sabía qué hacer. Cus me ayudó a recuperar fuerzas. Durante esta época había un boxeador blanco de Sudáfrica llamado Charlie Weir que era un serio aspirante al título juvenil de los pesos medios. Él y su equipo vinieron a Catskill a entrenar. Esto ocurría en pleno apartheid y Cus les dijo: «Tenemos a un chico negro con nosotros. Debéis tratarlo con respeto. Igual que nos tratáis a Camille y a mí, lo vais a tratar a él».

Aquello era alucinante. Nadia había luchado por mí de esa forma. Charlie y su equipo pagaban por entrenar con Cus y lo normal en esos casos es que uno dirija el cotarro. Pero Cus los puso en cintura. En casa hablaba en los mismos términos.

—Escúchame, ahora somos tu familia, ¿de acuerdo? —me dijo—. Ahora eres nuestro chico. Vas a aportar mucho orgullo a esta familia. Orgullo y gloria.

Los tres estábamos sentados a la mesa del comedor y Cus decía: «Mira a tu hijo negro, Camille. ¿Qué te parece?».

Nuestra situación idílica, sin embargo, sufrió una sacudida un mes después. La jodí. Cus tenía problemas con mi entrenador, Teddy Atlas. Teddy acababa de casarse y había entrado a formar parte de una familia de la que Cus no acababa de fiarse. De aquí que, cuando Teddy necesitaba dinero, le pasaba lo justo. Teddy estaba en apuros, por lo que quería que yo me convirtiera en profesional y así obtener su parte de mis ganancias. Cus no estaba por la labor. Era cosa sabida, por tanto, que Teddy iba a dejar a Cus e intentar llevarme consigo. Yo no pensaba abandonar a Cus por nada del mundo.

Pero entonces hice algo que provocó que Cus se deshiciera de Teddy. Yo conocía a la cuñada de Teddy desde antes de que la conociera él. Habíamos ido juntos al colegio y éramos amigos. La chicas siempre estaban flirteando conmigo, pero esto no desembocaba nunca en algo sexual. Un día estaba paseando con su cuñada, que tenía doce años, y le toqué el culo. No pretendía hacer nada malo. Sólo estaba haciendo el tonto, le agarré el culo y no debería haberlo hecho. No fue más que una estupidez. Ni lo pensé. No sabía cómo tratar a las chicas, porque Cus me tenía encerrado en el gimnasio a todas horas. Me arrepentí de inmediato. No me dijo nada, pero fui consciente de que la había incomodado.

Esa misma tarde, mi compañero de *sparring* me llevó en coche al gimnasio para entrenar con Teddy. Al bajar del coche, vi que me estaba esperando fuera. Parecía enfadado.

—Mike, ven aquí. Quiero hablar contigo —me dijo.

Me acerqué y él sacó una pistola y me la puso en la cabeza.

—No se te ocurra volver a tocar a mi cuñada, cabrón…

Disparó el arma, justo al lado de uno de mis oídos. El ruido fue tan ensordecedor que pensé que quizá me había volado la oreja. Acto seguido, Teddy se puso a correr. Yo tuve que hacer lo mismo, pues el gimnasio se encontraba encima de una comisaría de policía.

Siempre que Teddy habla hoy de este incidente, hace que parezca que me pegó un susto de muerte. La verdad es que no fue la primera vez que alguien me ponía una pistola en la cabeza, pero tampoco respondí soltando frases en plan: «Venga, dispárame, cabrón». Estaba nervioso. Por cierto, tardé un tiempo en recuperar la audición. Me sentía mal por haber jodido las cosas. Teddy me importaba. Sin embargo, estaba enfadado y quizá les dije a algunos que iba a vengarme de él, cuando la verdad es que jamás le habría hecho daño. Me enseñó a pelar, estuvo conmigo desde el principio.

Camille estaba furiosa con Teddy. Quería que Cus presentara cargos contra él y que lo mandara arrestar, pero Cus no quería ni oír hablar del asunto. Era consciente de que Teddy se encontraba en libertad bajo fianza y de que habría ido directamente a prisión. Teddy y su familia acabaron por regresar a la ciudad.

Todo fue por mi culpa. Lamento lo que ocurrió. Después de la marcha de Teddy, empecé a trabajar con Kevin Rooney, otro boxeador al que Cus transformó en entrenador. Rooney y Teddy habían sido amigos desde el colegio y fue Teddy quien había presentado a Kevin a Cus. Es fácil imaginarse cuán a flor de piel estaban las emociones tras el curso que habían tomado los acontecimientos.

Cuando empecé con Rooney sentía que había avanzado mucho. Cuando uno empieza a ganar torneos, suele ponerse selectivo con los rivales. No era mi caso. Yo estaba dispuesto a combatir contra quien fuese y donde fuese: en su pueblo, en su jardín trasero. Cus me decía: «Si luchas contra ellos en sus salas de estar, sus familias pueden hacer de árbitros». Yo sólo quería pelea y nada me daba miedo. Pelearía en Chicago, Rhode Island, Boston, donde fuera. Y la gente diría: «Ahí va Tyson, el doble campeón olímpico juvenil».

En diciembre de 1982 sufrí mi primera derrota en un torneo. Combatía por el Campeonato Amateur Estadounidense en Indianápolis y mi rival era Al Evans. Yo tenía dieciséis años y él, un tipo que pegaba duro y con mucha experiencia, veintisiete.

Lo ataqué en el primer asalto, lanzándole una tonelada de golpes. Lo mismo hice en el segundo asalto. Lo atizaba a diestro y siniestro. En el

tercer asalto yo iba un poco alocado y me contraatacó con un gancho de izquierda que me mandó a la lona. Me levanté de inmediato y cargué contra él. Esta vez me tumbó de un derechazo. Me levanté, volví a arremeter y me resbalé. Ahí se acabó todo, el árbitro detuvo la pelea. No me había hecho daño de verdad. Podría haber continuado. Cus le gritaba al árbitro desde nuestro rincón.

Yo estaba hundido. Quería ganar todos los torneos. Me gustaba cómo trataban al campeón tras su victoria. Deseaba esa sensación. Era adicto a ella.

Cus quizás pensó que la derrota afectaría a mi confianza y a mis ganas porque, de regreso en Catskill, me dio una pequeña charla.

—Fíjate en los campeones sobre los que has estado leyendo en todos esos libros. En algún momento al principio de sus carreras, un buen número de ellos sufrió derrotas por KO. Pero no se rindieron. Resistieron. Por esto ahora lees sobre ellos. Los que perdieron y abandonaron… bueno, sus demonios los perseguirán hasta la tumba porque tuvieron la ocasión de enfrentarse a ellos y no lo hicieron. Debes plantarle cara a tus demonios, Mike, o te perseguirán durante toda la eternidad. Recuerda que siempre debes ser cuidadoso con el modo en que peleas tus peleas, porque el modo en que peleas tus peleas será el modo en que vivas tu vida.

Gané los siguientes seis combates y luego peleé por el campeonato National Golden Gloves contra un tipo llamado Craig Payne. Le estuve golpeando por todo el ring durante tres asaltos sin obtener apenas resistencia. De modo que rebosaba confianza cuando uno de los organizadores cruzó por delante de mí acarreando un gran trofeo. Craig y yo flanqueábamos al árbitro, que nos agarraba las manos, a la espera de que se anunciara el veredicto. Empecé a alzar la mano libre en señal de celebración cuando vi cómo el organizador que llevaba el trofeo le levantaba el dedo pulgar a Craig.

«Y el ganador en la categoría de Pesos Súper Pesados es… Craig Payne».

Estaba conmocionado. El público estalló en abucheos. Vayan a You Tube y miren el combate. Fue un atraco a mano armada. Después de aquel combate, Emmanuel Steward, el gran entrenador de Detroit que tenía a

Payne a su cargo, me dijo que no existía la menor duda de que yo había ganado. Cus rabiaba con la decisión, pero estaba contento de ver que era capaz de responder bien a competiciones de aquel calibre. Cus sabía que éramos los ganadores morales, pero eso no contribuyó un ápice a que me sintiera mejor. Tras la pelea estuve llorando como un bebé durante mucho tiempo.

No tuve tiempo de mantenerme enojado. Volví directo al gimnasio con el objetivo de prepararme para otros torneos. En agosto de 1983 gané la medalla de oro en el torneo CONCACAF para menores de diecinueve años. Lo volví a hacer en 1984. Este mismo año gané la medalla de oro en el torneo National Golden Gloves al noquear a Jonathan Littles en la primera ronda. Ya me había enfrentado a Littles en los clasificatorios para las Olimpiadas juveniles de 1982 y había sido el único de mis rivales en acompañarme a la segunda ronda. Había llegado el momento de empezar a prepararse para los clasificatorios de las Olimpiadas.

Mientras me entrenaba paras las Olimpiadas, un periodista especializado en boxeo, Alex Wallau, vino a Catskill a escribir un artículo sobre Cus y yo. Nos sentamos en el salón y nos pidieron que habláramos el uno del otro. Cus vestía un conservador traje gris y una camisa deportiva a cuadros. Yo llevaba pantalones, camisa y un gorro blanco de Kangol.

Alex le preguntó a Cus cómo era trabajar conmigo y Cus se sumergió en una interesante perorata, como si siguiera el flujo de su conciencia.

—Toda mi vida le he dado vueltas a la idea de formar a un luchador que fuese perfecto. Creo que está al alcance de las personas. En él reconocí las características de un campeón, porque fue capaz de alcanzar un nivel y superar a sus compañeros de *sparring*. Le enseñé movimientos de kárate para que su cuerpo fuera capaz de realizar ajustes durante un combate, incluso si el rival no lo hacía necesario. Puede soltar un puñetazo a la velocidad de la luz cogiendo completamente por sorpresa a sus rivales. Descubrí en él una velocidad tremenda, coordinación y un sentido intuitivo de los tempos, lo que suele adquirirse tras llevar diez años combatiendo, porque antaño se boxeaba todos los días.

No empiezo a entrenar a alguien hasta que no descubro si es receptivo. Hablo mucho con él de cara a descubrir qué tipo de persona encierra. Hoy,

por ejemplo, somos el resultado de todo aquello que hemos hecho y conseguido. En el caso de Mike, conversamos e intento descubrir cuántas capas de experiencias, nocivas y no, debo pelar hasta alcanzar al hombre que de verdad es y luego exponer eso para que tanto él como yo podamos verlo. A partir de ese punto, el progreso se acelera.

—Cuando peló las capas de Mike Tyson, ¿con qué se encontró? —preguntó Alex.

Cus titubeó.

—Encontré lo que me esperaba; una persona de un carácter esencialmente bueno, capaz de hacer aquello que es necesario de cara a ser un gran luchador o campeón del mundo. Cuando lo descubrí, mi siguiente tarea consistió en hacerlo consciente de estas cualidades porque, a menos que las conociera tan bien como yo, no le serían de mucha ayuda. La habilidad de aplicar la disciplina, la habilidad de hacer cuanto es necesario sin importar lo que uno sienta por dentro, esto es, en mi opinión, lo que define a un auténtico profesional. Creo que Mike se está acercando a ese estado a pasos agigantados, al punto crucial que considero necesario para convertirse en el mayor luchador del mundo. Y, hasta donde yo sé, dejando a un lado incidentes imprevistos, de continuar así sin interrupciones y consiguiendo buenos *sparrings* y cuanto ello comporta, puede pasar a la historia como uno de los más grandes, sino el más grande que jamás vivió.

Yo me sentía feliz de oír a Cus hablar de mí. Acto seguido, Alex le preguntó si a un hombre de su edad le resultaba difícil trabajar con un luchador tan joven.

—Con frecuencia le digo, y me consta que no sabe lo que quiero decir pero ahora mismo le voy a decir lo que significa porque, si él no estuviera aquí, yo probablemente no seguiría con vida. El hecho de que esté aquí, haciendo lo que está haciendo y haciéndolo tan bien y mejorando tanto, me brinda la motivación y el interés necesarios para seguir vivo porque creo que una persona muere al perder las ganas de vivir. La naturaleza es más sabia de lo que nos pensamos. Poco a poco perdemos a los amigos que nos importan y poco a poco perdemos interés en nosotros mismos, hasta que finalmente nos decimos: «¿Qué diablos hago aquí? No tengo ningún motivo para tirar adelante». Yo sí que lo tengo con Mike a mi lado. Él me motiva y

pienso continuar con vida y asistir a sus éxitos, porque no pienso largarme hasta que eso ocurra, porque, cuando me largue, no sólo sabrá pelear, no sólo entenderá un montón de cosas, sino que también sabrá cuidar de sí mismo.

Guau. Ahí estaba Cus metiéndome de nuevo toda esa jodida presión. Me consta que Cus pensaba que yo podría soportarlo, pero también pensaba que yo no me creía capaz.

Entonces me preguntaron sobre mi futuro y mis sueños.

—Los sueños sólo sirven cuando estás empezando. Tienes un sueño que pone en marcha la motivación. Sólo deseo seguir vivo de aquí a diez años. La gente dice que voy a ser un luchador entre un millón. Bien, yo sé lo que soy y eso es lo que más cuenta, porque la gente no sabe a lo que debo enfrentarme. Se piensan que nací así. No saben lo que supuso llegar hasta aquí.

—¿Qué es por lo que has tenido que pasar? —preguntó Alex.

—El entrenamiento. Boxear es la parte fácil. Cuando te subes al ring a pelear, empiezan las vacaciones. Pero cuando estás en el gimnasio, debes repetir algunas cosas una y otra vez hasta que te duele todo y en un rincón de tu mente te dices: «Ya no quieres seguir con esto». Yo aparto de mi mente ese pensamiento. En este punto soy un amateur y me lo paso bien, gano trofeos y medallas, pero, al igual que usted, quiero conseguir dinero cuando me convierta en un profesional. Me gustan los peinados sofisticados y me gusta llevar ropa bonita, el oro, las joyas y todo lo demás. Para continuar con este estilo de vida debes ganar dinero del modo correcto. No puedes coger una pistola y entrar en un banco. Más vale conseguirlo haciendo algo que te haga sentir bien, dedicarte a lo que te gusta.

Me sentía amargado por tener que trabajar tan duro. Nunca antes había sufrido tantas privaciones y cada mañana debía levantarme y repetirlo todo de arriba a abajo. Me preparé duramente para esas Olimpiadas.

Los responsables del equipo estadounidense no me dejaban competir en el peso que me correspondía, porque Cus se había peleado con los que llevaban la sección de boxeo olímpico. Todo empezó cuando quisieron que representara al equipo estadounidense en un combate en la República Dominicana y Cus no me dejó marchar, porque no se nos permitía que

Kevin fuera mi entrenador. Debíamos utilizar a los suyos. Otro motivo por el que Cus no quería que fuera era su temor a que unos revolucionarios intentaran secuestrarme.

Cus fue informado de que yo debería combatir en la categoría inferior a 91 kilos. Por entonces rondaba los 97 kilos, de modo que me puse rápidamente manos a la obra. Volví a envolverme el cuerpo en plásticos que no me quitaba en todo el día. Me encantaba; me sentía como un luchador auténtico, pierde peso para llegar al peso. Deliraba tanto que pensaba que estaba realizando un gran sacrificio.

Mi preparación para los clasificatorios olímpicos fue muy intensa. El 12 de agosto de 1983 debuté en el torneo Ohio Fair National. El primer día conseguí un KO en cuarenta y dos segundos. El segundo le arranqué dos dientes de un puñetazo a mi rival, que estuvo inconsciente durante diez minutos. En el tercero el campeón vigente del torneo se retiró de la pelea.

Al día siguiente fuimos a Colorado Springs para participar en los Campeonatos Nacionales. Cuando llegué, cuatro de los seis luchadores abandonaron la competición. Mis dos victorias fueron por KO en el primer asalto.

El 10 de junio de 1984 al fin pude ponerme a prueba para las Olimpiadas. Mi combate clasificatorio fue contra Henry Tillman, un boxeador más mayor y experimentado. En el primer asalto casi le hago atravesar las cuerdas tras noquearlo. Pero consiguió incorporarse y, durante los dos siguientes asaltos, no cejé en el acoso. En el boxeo amateur, sin embargo, la agresividad no es recompensada y mi noqueo puntuó igual que un ligero *jab*. Al anunciar el veredicto, no podía dar crédito de que fuera favorable a Tillman. El público volvió a estar de mi lado y empezó a abuchear.

Yo odiaba esos combates amateurs.

—Aquí somos boxeadores —me decían esos ignorantes y estirados.

—Bueno, yo soy un luchador, señor. Mi misión es pelear —les respondía.

Todo el *establishment* del boxeo amateur me odiaba. No les gustaba mi actitud arrogante de Brownsville. Yo me estaba comportando, pero aún se me podía notar el pavoneo neoyorquino. Y si no era a mí a quien

despreciaban, era a Cus. Podía llegar a ser tan exaltado que en ocasiones me avergonzaba. Nunca se lo hice saber; me quedaba a su lado escuchándolo arremeter contra esos tipos, pasando mucha vergüenza por el modo en que se dirigía a ellos. Era muy rencoroso y estaba siempre buscando venganza. No podía vivir sin enemigos, de manera que se los inventaba. En ocasiones pensaba: *Maldita sea, ¿por qué no podía tocarme un blanco menos beligerante?* Creía haberme alejado de esa vida escandalosa en la que la gente gritaba con todas sus fuerzas, pero Cus era un recordatorio constante de mi error.

Un mes después, tuve ocasión de conseguir la revancha contra Tillman en un torneo clasificatorio para las Olimpiadas. De nuevo lo acosé durante tres asaltos y esta vez opuso incluso menos resistencia que en el combate anterior. Hasta Howard Counsel, que retransmitía el combate para la ABC y que consideraba que Tillman me había ganado a los puntos en el enfrentamiento previo, tuvo que admitir que yo contaba con muchas más opciones de llevarme el gato al agua.

Estaba convencido de haber ganado, por lo que me quedé de piedra cuando el árbitro volvió a levantar el brazo de Tillman. No me podía creer que hubiesen fallado a su favor dos veces en un claro tongo. El público comenzó a abuchear a los jueces. Cus estaba furioso. Empezó a maldecir e intentó pegar a uno de los organizadores de los clasificatorios olímpicos. Kevin Rooney y otros organizadores tuvieron que sujetarlo. Por entonces yo estaba tan convencido de ser el centro del universo que pensaba que aquellas reacciones de Cus eran por mí. Al hacerme mayor comprendí que en verdad era una historia que se remontaba a treinta años atrás. Eran sus demonios y guardaban escasa relación conmigo.

El meollo consistía en cómo se habían aprovechado de Cus y en cómo le habían privado de su gloria. No fue hasta hace poco que descubrí que Cus envió a un amigo común, Mark, quien trabajaba para el FBI, a la oficina del fiscal del distrito de Albany a que investigara los veredictos a favor de Tillman.

Tras ser víctima de ambos cogí una rabieta. Agarré los trofeos de subcampeón que me habían dado y los rompí arrojándolos al suelo. De todos modos, Cus me envió a las Olimpiadas para que conviviera con el

equipo. Aquel año tuvieron lugar en Los Ángeles. Me dijo que intentara disfrutar de la experiencia. Me consiguió dos entradas para cada combate, pero ya contaba con un pase así que las revendí. Las Olimpiadas no supusieron una completa pérdida de tiempo. Había una monada trabajando como becaria para el comité olímpico de Estados Unidos. Todos los boxeadores y sus entrenadores intentaron ligársela, pero fui yo quien se la llevó. Le gustaba. Tras todos esos años de privaciones, fue agradable poder practicar finalmente el sexo.

Pero ni siquiera el sexo pudo evaporar la decepción y el daño causados por el hecho de que me arrebataran mi sueño olímpico. Al acabar los Juegos, volé de regreso a Nueva York, pero no fui directamente a Catskill. Me quedé visitando la ciudad. Estaba muy deprimido. Una tarde me acerqué a la calle 42 a ver una película de kárate. Justo antes de entrar, me fumé un porro.

Empezó a subírseme a la cabeza y recordé la vez en que Cus me había pillado con marihuana. Fue inmediatamente después de ganar mi segundo campeonato olímpico juvenil. Otro boxeador estaba celoso y me delató. Antes de que me diera tiempo de deshacerme de la prueba del delito, Cus envió a mi cuarto a Ruth, la alemana que se encargaba de la limpieza, quien encontró la hierba.

Cuando regresé a casa, Cus estaba furioso.

—Éste debe ser material del bueno, Mike. Sé que lo es porque al fumártelo acabas de decepcionar a cuatro siglos de esclavos y campesinos.

Aquel día me machacó anímicamente. Me hizo sentir como un negrata perezoso y holgazán. Él detestaba a la gente así. Sabía cómo hundirme hasta el fondo.

De manera que me encontraba en aquel cine recordando ese episodio y sumergiéndome cada vez más profundamente en la depresión. Me eché a llorar. Al acabar la película, me fui directo a la estación de tren y volví a Catskill. Me pasé el trayecto pensando que tenía que lanzarme a entrenar con todo, de cara a convertirme en un boxeador profesional. Cuando llegara ese momento, debía ser espectacular. A medida que nos acercábamos a Catskill, empecé a hablar conmigo mismo.

—Jamás van a ver a otro como Tyson. Va a trascender este deporte. Ocupará un lugar en el panteón de los mayores boxeadores junto a John L. Sullivan, Joe Louis, Benny Leonard, Joe Gans y el resto. Tyson es magnífico.

Hablaba de mí en tercera persona. Incluso a mí mismo.

Al bajar del tren estaba motivadísimo y cogí un taxi a casa de Cus. El mundo estaba a las puertas de descubrir a un boxeador sin parangón. Iba a trascender este deporte. Con el debido respeto y sin intención de sonar arrogante: yo entonces era consciente de mi futura importancia como boxeador. Sabía que nada podría detenerme y que iba a ser el campeón con la misma certeza que al jueves le sucederá el viernes. En los siguientes seis años no perdí un solo combate.

4

Tras las dos derrotas contra Tillman, no era precisamente el niño mimado del mundo pugilístico. El plan de Cus había consistido en que ganara la medalla de oro en las Olimpiadas como paso previo a comenzar mi carrera con un jugoso contrato televisivo bajo el brazo. No funcionó. Ningún promotor profesional tenía interés en mí. No había nadie en el mundillo que creyera en el estilo cu-cu de Cus. Muchos consideraban también que me faltaban centímetros para ser de verdad un campeón de los pesos pesados.

Me imagino que ese tipo de comentarios hicieron mella en Cus. Una noche se dirigió a mí mientras sacaba la basura y él limpiaba la cocina.

—Tío, ojalá tuvieras un cuerpo como el de Mike Weaver o Ken Norton —me dijo sin venir a cuento—. Entonces sí que intimidarías de verdad. Poseerías un aura ominosa. Carecen de temperamento, pero sí que tienen un físico que intimida. Sólo con tu apariencia serías capaz de paralizar de miedo al resto de boxeadores.

Me quedé sin palabras. Aún ahora, cuando vuelvo a contar esta historia, me faltan las palabras. Me sentí ofendido y dolido, pero no se lo dije a Cus porque me habría respondido: «¿Acaso estás llorando? ¿Eres un bebé o qué? ¿Cómo vas a soportar un combate importante si careces de fortaleza emocional?».

Siempre que mostraba mis emociones, me menospreciaba. Así que me aguantaba las lágrimas y me esforzaba por sonar arrogante.

—No te preocupes, Cus. Tú espera. Llegará el día en que todo el mundo me va a tener miedo. Sudarán sangre al pronunciar mi nombre, Cus.

Aquel fue el día en que me convertí en Iron Mike al 100%. Aunque había ganado la mayoría de mis combates brindando una exhibición, no me

había entregado emocionalmente a tope de cara a ser el salvaje que Cus quería que fuese. Tras esa conversación en la que me sentí rebajado, me transformé en ese salvaje. Llegué al extremo de fantasear con la idea de matar a alguien sobre el cuadrilátero con el objetivo de que no quedara ninguna duda de mi capacidad para intimidarlos a todos. Cus quería un campeón antisocial, de modo que me inspiré en los malos de película, en tipos como Jack Palance y Richard Widmark. Me metí en el papel del sociópata arrogante.

Primero, sin embargo, me compré un Cadillac. Cus no podía permitirse cubrir mis gastos mientras encarrilábamos mi carrera, por lo que hizo que su amigo Jimmy Jacobs y su socio Bill Cayton desembolsaran el dinero. Jimmy era un hombre fantástico. Era el Babe Ruth del *handball* y, mientras recorría el mundo siguiendo su circuito competitivo, empezó a coleccionar grabaciones de combates poco conocidos. Con el tiempo conoció a Bill Cayton, que también era coleccionista, y ambos lanzaron Big Fights, Inc. Monopolizaron el mercado de las cintas sobre combates y, más adelante, Cayton amasó una fortuna vendiéndolas a la ESPN. Cus había vivido diez años con Jimmy en Nueva York, así que eran amigos íntimos. De hecho, Cus había ideado un plan secreto que consistía en entrenar a Jimmy con vistas a que su primer combate, ya fuera como amateur o profesional, tuviese lugar contra Archie Moore con el título de los pesos ligeros en juego. Jacobs se preparó a fondo con Cus a lo largo de seis meses, pero el combate no se produjo porque Archie se retiró.

A Cus, no obstante, nunca le cayó bien el compañero de Jimmy, Cayton. Consideraba que amaba demasiado su dinero. A mí tampoco me gustaba. Mientras que Jimmy poseía una personalidad extrovertida, Cayton era un pomposo y un antipático. Jimmy y Cayton llevaban muchos años ejerciendo de representantes de boxeadores y contaban con Wilfred Benítez y Edwin Rosario entre sus clientes. Fue por esto que, pese a no ser Cayton una persona de su agrado, Cus les prometió que formaría parte de su cartera cuando me hiciera profesional.

Me imagino que Cus vio en ellos a unos inversores que no interferirían en mi desarrollo y que le otorgarían un control absoluto sobre mis pasos a tomar. Pero la cuestión es que llevaban invertidos 20 mil dólares en mí. Al

regresar de las Olimpiadas, Jimmy le dijo a Cus que quería comprarme un coche nuevo. Pienso que quizás estaban preocupados ante la posibilidad de que dejara a Cus por algún otro, borrándolos a ellos del mapa. Por descontado que yo jamás lo habría hecho.

Cus estaba rabioso porque no creía que yo me lo mereciera. No es como si hubiera regresado con una medalla de oro colgada del cuello. Fuimos a un concesionario de la zona. Cus intentó dirigir mi atención hacia un Oldsmobile Cutlass porque no era caro.

—No, quiero el Cadillac, Cus —le dije.

—Mike, déjame decirte que…

—Si no puede ser el Cadillac, no quiero ningún otro coche —dije con firmeza.

Me salí con la mía y lo condujimos de vuelta a casa. Lo aparcamos en el granero. Yo no tenía carnet ni sabía conducir, pero cuando Cus me incordiaba, agarraba las llaves, corría hacia el granero, me encerraba en el coche y escuchaba música.

En septiembre de 1984 firmé dos contratos, uno con Bill Cayton y otro con Jimmy Jacobs. Cayton era dueño de una agencia de publicidad y me ofreció un contrato de siete años por el que me representaba a la hora de realizar anuncios y promociones de artículos. En vez del 10 ó el 15% habituales, Cayton se llevaba el 33%. Yo no sabía las condiciones, me limité a firmar. Unas semanas después firmé otro contrato con Jimmy por el que se convirtió en mi representante. El modelo estándar: cuatro años, dos tercios para mí, un tercio para él. Luego acordaron dividir las ganancias de los contratos entre ellos. Cus también firmó el contrato de representación. Bajo su rúbrica, podía leerse: «Cus d'Amato, Asesor de Michael Tyson, que contará con la última palabra en todas las decisiones que competan a Michael Tyson». Ahora ya contaba con un equipo oficial de representación. Me constaba que Cayton y Jimmy eran muy hábiles con la prensa y que sabían organizar buenos tinglados. Y con Cus tomando todas las decisiones pugilísticas y seleccionando detenidamente a mis rivales, estaba listo para dar inicio a mi carrera profesional.

Cuando llevábamos alrededor de una semana entrenando, desaparecí durante cuatro días. Tom Patti dio finalmente conmigo. Estaba en el interior

de mi Cadillac.

—¿Dónde has estado, Mike? —me preguntó Tommy.

—No necesito toda esta mierda —resoplé—. El padre de mi novia Angie es uno de los gerentes del centro comercial de J. J. Newberry. Puede conseguirme un trabajo con el que ganaré cien mil dólares. Tengo este Cadillac. Me voy a largar.

La verdad era que la idea de combatir profesionalmente me ponía nervioso.

—Mike, no vas a conseguir cien de los grandes al año sólo porque salgas con su hija —me dijo.

—Puedo hacer un montón de cosas —respondí.

—Tío, no cuentas con muchas opciones. Vuelve al gimnasio, gana tus combates y tira hacia adelante.

Al día siguiente estaba de regreso en el gimnasio. Una vez superé mis nervios, me sentí orgulloso de estar a las puertas de convertirme en luchador profesional con apenas dieciocho años. Contaba con un gran equipo en mi rincón. Además de Kevin Rooney, estaba Matt Baranski. Matt era un tipo estupendo que elaboraba tácticas de forma metódica. Kevin era más de gritarte: «Aarrrgggghhh» a la cara.

Debatimos sobre el hecho de ponerme un apodo. Jimmy y Bill no lo creían necesario, pero Cus quería llamarme Tan Terror (Terror Moreno) en homenaje a Joe Louis, el Brown Bomber (Bombardero Marrón). A mí me sonaba guay pero lo acabamos descartando. Me encargué de rendir tributo a mis propios héroes. Hice que un tipo me colocara un cuenco encima de la cabeza y que me pasara una máquina de afeitar eléctrica por el pelo que quedaba al descubierto hasta conseguirme un peinado a lo Jack Dempsey. Aposté por el mismo look espartano de todos mis viejos héroes: ni calcetines ni albornoz. Quería traer esa imagen de vuelta al boxeo de masas.

Mi primer combate profesional tuvo lugar el 6 de marzo de 1985 en Albany. Mi rival era un tipo llamado Héctor Mercedes. No sabíamos nada sobre él por lo que, la mañana antes de la pelea, Cus se puso en contacto telefónico con algunos entrenadores y dueños de gimnasios de Puerto Rico para asegurarse de que Mercedes no nos sorprendería. La noche del combate estaba nervioso pero, en cuanto el tipo subió al cuadrilátero, supe

que podía vencerlo. Sabía que en mis primeros combates Cus me enfrentaría a contrincantes más débiles para que fuera ganando confianza.

No me equivoqué. Detuvieron el combate en el primer asalto cuando le di un puñetazo a Héctor que lo puso de rodillas en una esquina del ring. Me sentía por las nubes pero, de regreso en los vestuarios, Cus me señaló todos mis defectos. Me dijo: «Debes mantener las manos más en alto. Las tenías haciendo el tonto».

Mis dos siguientes combates también fueron en Albany, que era prácticamente mi casa. Un mes después de Mercedes, peleé contra Trent Singleton. Al entrar en el cuadrilátero hice una reverencia a las cuatro esquinas del recinto y luego saludé al público levantando los brazos como si fuera un gladiador. No necesité mucho tiempo para tumbarlo tres veces. El árbitro paró la pelea. Me acerqué tranquilamente a su rincón, le di un beso y le froté la cabeza.

Mi siguiente combate estaba previsto al cabo de un mes. Entre una cita y otra me dedicaba en exclusiva a correr, entrenar y boxear. Eso es cuanto Cus quería que hiciera. Boxear, boxear, boxear, pelear, pelear, pelear.

Empecé a arrastrar a un público fiel a los combates. Se presentaban con pequeños carteles, como es costumbre en los partidos de béisbol. En uno podía leerse: «GOODEN ES EL DOCTOR K, PERO MIKE TYSON ES EL DOCTOR KO». También comencé a atraer a *groupies*, pero no me aprovechaba de sus intentos por ligar conmigo. Estaba demasiado enamorado de mí mismo para poder pensar en otras personas. Cus era de la opinión de que estaba yendo demasiado lejos. Me insistió para que saliera más. Así que me iba a Albany a pasar el rato con algunos de los amigos que tenía ahí.

Estos primeros combates apenas me reportaron beneficios. El primero le causó pérdidas al promotor, pero Jimmy me dio 500 dólares. De estos, sacó 50 para Kevin y 350 los metió en el banco para mí, de manera que me quedé con 100. Con estos combates se trataba más de dar a conocer mi nombre que de hacer dinero. Jimmy y Cayton fueron los primeros representantes en editar cintas con los mejores momentos de mis victorias por KO y enviárselas en formato VHS a todos los escritores del país especializados en boxeo. En este sentido fueron muy innovadores.

Yo estaba boxeando de forma sensacional, pero Cus era cada vez más gruñón. A veces me daba la sensación de que pensaba que yo era un negro blandengue. Intentaba mostrarme educado con la gente y decirles: «Sí, señora» y «Sí, señor», lo que conseguía enfurecerlo.

—¿Por qué les hablas así? ¿Crees que son mejores que tú? Todos son unos falsos —me decía.

Cuando me comportaba como el dios que me había hecho creer que era, me miraba con desprecio.

—Te gusta que la gente te admire, ¿eh? Que tipos como Gayton te digan lo grande que eres.

Sospecho que sólo necesitaba a alguien con quien meterse. Mi jornada dependía del pie con el que se había levantado. Por entonces ya me había sacado el permiso de conducir y lo llevaba a diversas reuniones y conferencias.

El 20 de junio, a escasos días de cumplir diecinueve años, peleé contra Ricky Spain en Atlantic City. Fue mi primer combate profesional fuera de Albany, si bien Cus me había llevado a ver combates celebrados en ciudades a lo largo y ancho del país para que me fuera aclimatando al ambiente.

—«Haz de estos recintos tu hogar, conócelos como la palma de tu mano —me decía—. Vas a vivir en ellos durante mucho tiempo, por lo que mejor será que te sientas cómodo». También me hacía acompañarlo cuando quedaba con grandes boxeadores. Me sentaba con ellos a la mesa. Familiarizarme con los luchadores era una forma de evitar que me intimidaran.

Estaba realmente emocionado de luchar en Atlantic City y de que el combate fuera retransmitido por la cadena ESPN. Mi rival tampoco conocía la derrota: poseía un registro de 7-0 con cinco KO. Me presentaron como el «Niño Matón». No sé qué querían dar a entender con lo de Niño, pero sí sé que derribé a Spain dos veces en el primer asalto y que el árbitro detuvo la pelea.

Jimmy y Cayton se esforzaban por conseguir que la ESPN retransmitiera mis combates de forma regular, pero Bob Arum, el promotor, les dijo que el equipo encargado de realizar los aparejamientos no me veían

mucho talento. Esto cabreó a Cus, que odiaba al equipo de Arum, y, tras mi siguiente combate, no volvieron a trabajar con él.

Pero a mí no me interesaba todo este politiqueo. No podía esperar a mi siguiente combate. De nuevo tuvo lugar en Atlantic City, el 11 de julio. Mi contrincante era John Alderson, un tiarrón de campo que, procedente de Virginia Occidental, poseía un registro de 4-0. La pelea fue retransmitida por la ESPN y lo tiré a la lona varias veces en el segundo asalto hasta que el médico detuvo la pelea tras examinarlo en su rincón.

Tras mi siguiente combate, celebrado contra Larry Sims, amplié mi registro a un 6-0, aunque a costa de hacer enfadar mucho a Cus. Sims era escurridizo y delicado, uno de esos boxeadores remilgados. Así que en el tercer asalto decidí ir de zurdo y lo noqueé con un puñetazo explosivo. En los vestuarios Cus me abroncó.

—¿Quién te he enseñado esa mierda de golpeo con la izquierda? Ahora quizás nos cueste conseguirte más peleas —me dijo—. Nadie quiere luchar contra los zurdos. Vas a cargarte todo lo que he construido.

Cus detestaba a los zurdos.

—Lo siento, Cus.

Menuda jodienda tener que disculparme tras un noqueo espectacular.

Un mes después estaba de regreso en el cuadrilátero y despaché a Lorenzo Canady en un asalto. Al cabo de tres semanas, me enfrentaba a Mike Johnson en Atlantic City. Cuando nos acercamos a recibir las instrucciones, Johnson tenía pinta de arrogante y de odiar mi estampa. En pocos segundos lo envié a la lona con un gancho de izquierda al riñón y, una vez se hubo reincorporado, le solté un derechazo brutal que le impactó con tal fuerza que los dos dientes frontales se le incrustaron en el protector bucal. Supe que tardaría en recuperar el conocimiento. Kevin saltó al ring y empezamos a reír y a chocar las manos como dos niños arrogantes. Yo estaba en plan «Ja, ja. Mira a ese fiambre negro, Kevin».

A estas alturas ya tenía un 8-0 —todos por KO— y Jimmy y Cus se dispusieron a mover todos sus contactos de cara a darme a conocer. Bajaba a Nueva York para almorzar con Jimmy y sus amigos de la prensa. Cortejábamos a fondo a la prensa. Mi nombre también comenzó a aparecer en las páginas de cotilleos porque frecuentaba los sitios de moda de la

ciudad, como el restaurante Columbus en el Upper West Side. Trabé amistad con el gran fotógrafo Brian Hamill. Él y su hermano Pete, un escritor de fama mundial, empezaron a presentarme a un montón de celebridades. Pete me llevaba al bar y nos sentábamos con Paulie Herman, uno de los dueños. Paulie era entonces *el hombre* de Nueva York. Me daba la impresión de que era una celebridad mayor que las oficiales. Todo el mundo quería estar en su órbita, sentarse a su mesa, pedirle favores. Pensé que era un capo de la mafia o algo así.

Uno nunca sabía con quién se encontraría en el Columbus. A veces Pete me dejaba ahí con Paulie. De golpe y sin saber cómo, me encontraba compartiendo mesa con David Bowie, Mikhail Baryshnikov y una Drew Barrymore que era apenas una niña. Y pensaba para mis adentros: *Esto es muy gordo; mantén la compostura*. A continuación eran Robert de Niro y Joe Pesci los que entraban en el restaurante y se nos unían. Charlábamos un rato y, de la nada, Paulie decía: «Ey, Mike, nos vamos todos a otra parte». Boom, al cabo de cinco minutos me encontraba en la casa de Liza Minnelli, sentado a un sofá conversando tranquilamente con Raúl Juliá.

Con el tiempo conocí a toda esta farándula neoyorquina de la cultura y de la sociedad. Departiendo con ella, me di cuenta de que algo muy especial se había esfumado justo antes de que yo apareciera en escena. Había sido tan poderoso que todavía podías notarlo en la música de Elton John, Stevie Wonder y Freddie Mercury. Percibías que habían visitado un lugar muy especial que ya no existía.

Ni siquiera el conocer a todas estas súper estrellas me hizo sentir que había llegado lejos. Esto no ocurrió hasta que no conocí al luchador de *wrestling* Bruno Sammartino. De crío había sido un gran fan del *wrestling*. Adoraba a Sammartino, Gorilla Monsoon y Billy Graham. Una noche fui a una fiesta en la que me presentaron a un Tom Cruise que empezaba su carrera. Fue ahí mismo donde vi a Bruno Sammartino. Me quedé helado. Me limité a quedarme mirándolo. Al final alguien nos presentó. Él no tenía ni idea de quién era yo, pero empecé a pasar lista de todos los grandes combates en los que lo había visto participar contra gente como Killer Kowalski, Nikolai Volkoff y George «el Animal» Steele. Mi mente enferma y megalómana me llevaba a pensar: *Ésta es una señal de mi grandeza. Me*

encuentro aquí con mi héroe. Voy a ser tan grande como él y a ganar el campeonato.

A Cus no le hacía gracia que pasara cada vez más tiempo en Manhattan. Cuando visitaba la ciudad, dormía en el sofá de Steve Lott, que era la mano derecha de Jimmy Jacob. Steve era un modelo drogadicto y me llevaba a sitios como el Nautilus Club, donde abundaban las chicas guapas. En aquella época seguía centrado en ganar el cinturón, por lo que todavía no dedicaba tiempo a las mujeres. Intentaba ser gentil, evitando ir demasiado lejos. Mi debilidad era la comida. Steve era un gran cocinero y, al regresar de una noche de clubs, le pedía que me calentara unas sobras de comida china para hacer el resopón. Al cabo de pocos días, regresaba a Catskill y Cus ponía el grito en el cielo.

—Mírate el culo. Se te está poniendo gordo —me decía sacudiendo la cabeza.

Mi siguiente combate supuso mi primera prueba seria. El 9 de octubre me enfrenté a Donnie Long en Atlantic City. Long llegaba a la cita tras ganar a James Broad, un peso pesado muy duro, y John Tate, el ex campeón de los pesos pesados de la WBA. Yo sabía que una victoria rápida me dejaría en muy buen lugar a ojos del mundo pugilístico. Long rebosaba confianza antes del combate. Había declarado al reportero Al Bernstein de la ESPN que podía golpear mejor que yo. Le apodaban Long «el Maestro del Desastre», pero su noche se tornó desastrosa desde el momento en que sonó la campana de inicio.

Fui a por él con rapidez y fiereza y necesité pocos segundos para tumbarlo con un golpe de izquierda al pulmón. Al cabo de nada, un *uppercut* de derecha lo mandó a la lona y lo rematé con una combinación de *uppercut* de derecha y gancho de izquierda. Necesité menos de un minuto y medio para proclamarme vencedor.

Al Bernstein me entrevistó tras el combate.

—Esta mañana pensaba de veras que Donnie Long te iba a suponer un duro rival. ¡No ha sido así! —dijo Al.

—Bueno, como ya te dije antes, si lo tumbo en uno o dos asaltos, ¿seguirás pensando lo mismo?

—Pensaba que lo sería, pero supongo que me equivoqué —dijo Al.

—Ah, *ahora* resulta que no lo era… —me reí.

—No, era un tipo duro, sólo quiero decir que, según parece, no lo suficiente para ti porque lo has vencido.

—Yo lo supe desde el principio, pero el resto parecía no saber que no era rival, no era rival. Son muchos los que se han acercado a mirar, Jesse Ferguson lo ha hecho, los Frazier lo han hecho. Que vengan y tomen nota, porque Mike Tyson está aquí esperándolos, que vengan a recibir lo suyo.

Por aquel entonces vivía casi en un exceso de concentración. No tocaba con los pies en el suelo. En una entrevista que concedí a *Sports Illustrated* declaré: «Lo que más me molesta es verme rodeado de gente que se lo está pasando muy bien, yendo de fiesta y cosas así. Te reblandece. Los que sólo quieren divertirse no pueden llegar a nada». Me creía más fuerte que esos debiluchos que salían de parranda. Quería formar parte de ese círculo de celebridades del Columbus, pero luchaba contra la tentación de acudir a fiestas.

Seguía sin practicar sexo. La última vez que había mantenido relaciones había sido con la becaria durante las Olimpiadas. No es que no quisiera, pero me sentía raro en compañía de las mujeres. No sabía cómo llegar a ellas. «Ey, hola, ¿quieres rollo?». No sabía cómo decir aquello. Por esta época había cerrado mi participación en un combate en el Madison Square Garden que serviría de calentamiento para el principal de la velada. Mi reputación me precedía, por lo que mi rival no se presentó. Abandoné el Garden y puse rumbo hacia un prostíbulo de la calle cuarenta y dos. Lo conocía desde que, siendo un crío, daba vueltas por Times Square.

Entré y tomé asiento en una de las sillas de la salita exterior. Había una gran pantalla de televisión en la que pasaban películas pornográficas. Las chicas se acercaban y se sentaban a tu lado, preguntándote: «¿Quieres una cita?». Si descartabas a una, te venía otra. Yo era el más joven en aquella salita, así que les parecía mono. Me decanté por una chica cubana y nos dirigimos a una de las habitaciones del fondo.

Freud habría tenido mucho trabajo con aquella situación. Ahí estaba yo, preparado para volcar mi agresividad y machacar a mi oponente sobre el cuadrilátero cuando el combate se cancela y salgo en busca de sexo. Me sentía extremadamente excitado. Durante nuestra cita, la espalda empezó a

dolerle. Me dijo: «Ey, tenemos que parar. Me ha dado algo en al espalda». Yo aún no había acabado, con lo cual le pedí que me devolviera el dinero. Cambió de tema preguntándome por la camiseta de Edwin Rosario que llevaba puesta. Le dolía demasiado para continuar, así que me dijo: «Charlemos». Así lo hicimos durante un rato y luego me marché con mi camiseta.

Después de aquello, Cus empezó a acelerar mi ritmo. Dieciséis días después del combate contra Long, luché contra Robert Colay y le lancé dos ganchos de izquierda. El primero falló, pero el segundo lo noqueó. Se había acabado en treinta y siete segundos. Una semana más tarde, combatí contra Sterling Benjamin en Latham, al norte de Nueva York. Lo noqueé con un gancho corto de izquierda y, tras una cuenta de ochos segundos, lo arrollé lanzándole golpes devastadores al cuerpo y *uppercuts*. Se derrumbó sobre la lona. El árbitro detuvo la pelea. El público estaba como loco y me giré para encararlos, pasé los guantes por las cuerdas superiores y, con las palmas hacia arriba, los saludé a la manera de un gladiador.

Pero más allá de mi undécima victoria profesional, tenía otros asuntos en la cabeza. Cus estaba muy enfermo. Lo había estado desde que me mudara con él y Camille. Siempre estaba tosiendo, pero fui consciente de que la situación había empeorado cuando no nos acompañó a una serie de combates. Se quedó en casa en los de Long y Colay, pero sí que vino a Latham a verme luchar contra Benjamin. Había dentro de él un viejo italiano demasiado tozudo como para perderse un combate en su terruño. No confiaba en los médicos y fue uno de los primeros partidarios de las vitaminas, de lo que hoy llamamos «medicina alternativa» y de la terapia nutricional.

Conocía la enfermedad de Cus, pero en mi mente estaba claro que iba a sobrevivir hasta verme convertido en el campeón del que siempre hablábamos. Iba a quedarse el tiempo necesario para ver cómo me llegaba el éxito. Sin embargo, cuando charlábamos en privado, a veces me decía: «Quizás ya no esté por aquí, por lo que debes prestarme atención». Yo pensaba que sólo pretendía asustarme para asegurarse de que actuaba correctamente. Cus siempre estaba diciendo cosas para generarme ansiedad.

Lo ingresaron en un hospital de Albany, pero Jimmy Jacobs hizo que lo trasladaran al Mount Sinai, en la ciudad. Fui a visitarlo junto a Steve Lott. Cus estaba sentado en la cama comiéndose un helado. Charlamos durante unos minutos y luego Cus le pidió a Steve que abandonara la habitación para que pudiéramos hablar en privado.

Fue entonces cuando me contó que se estaba muriendo de una neumonía. Yo no podía creérmelo. No parecía seriamente enfermo. Estaba musculoso. Mostraba energía y ganas de divertirse. Él intentaba calmarme, pero yo estaba aterrorizado.

—No quiero hacer esta mierda sin ti —le dije, intentando tragarme las lágrimas—. No voy a hacerlo.

—Bueno, si no peleas vas a descubrir que las personas pueden volver de la tumba, porque te voy a estar rondando durante el resto de tus días.

—De acuerdo —le dije. Entonces me agarró de la mano.

—El mundo debe verte, Mike. Vas a ser el campeón del mundo ahí afuera, el más grande —me dijo.

Se echó a llorar. Fue la primera vez que lo vi hacerlo. Pensé que lloraba por no poderme ver convertido en campeón de los pesos pesados después de todo lo que habíamos pasado juntos. Pero no tardé en darme cuenta de que lo hacía por Camille. Me había olvidado completamente de que había otra persona que significaba más para él que yo. Me contó que se arrepentía de no haberse casado con Camille. Había tenido problemas con Hacienda que temía traspasárselos.

—Hazme un único favor, Mike —me dijo—. Asegúrate de cuidar de Camille.

Abandoné la habitación en estado de shock. Me alojaba en el apartamento de Steve y Jimmy vivía en el mismo edificio. Ese mismo día, más tarde, Jimmy vino a buscarme para que lo acompañara al banco a depositar un cheque de 120 mil dólares por mis últimos combates. A estas alturas, mi nombre salía en la prensa y había aparecido en la portada de *Sports Illustrated* con lo cual los desconocidos me paraban por la calle para desearme lo mejor. Me paseaba con aires de chulito, luciendo buen aspecto. Conocía a todas las empleadas del banco y normalmente flirteábamos.

Pero aquel día, justo antes de entrar en el banco, Jimmy me paró.

—Cus no va a pasar de esta noche, Mike. Dicen que le quedan pocas horas.

Empecé a llorar como si se acabara el mundo. Así era. Mi mundo desaparecía. Todas las chicas del banco no apartaban sus ojos de mí.

—¿Hay algún problema? —nos preguntó el encargado.

—Acabamos de saber que un amigo muy querido se está muriendo y para Mike ha supuesto un golpe durísimo —dijo Jimmy. Se mostró tranquilo y sereno. Lo soltó así, boom, sin emoción alguna, tal y como Cus le había enseñado a hacerlo. Mientras tanto, yo seguía llorando igual que un soldado que hubiera perdido a su general durante una misión. No creo que volviera nunca a aquel banco, me sentía muy avergonzado.

El funeral de Cus se celebró en el norte. Yo fui uno de los portadores de su féretro. Acudió todo el mundillo del boxeo. Fue muy triste. Mi cabeza enferma sólo podía pensar en alcanzar el éxito por él. Habría hecho cualquier cosa con tal de ganar el título y garantizar así el legado de Cus. Empecé a sentir pena por mí mismo, a pensar que sin Cus mi vida sería una mierda. Camille mantuvo la compostura pero, al regresar a la casa, ambos lloramos.

Poco después del funeral, Jim Jacobs organizó un acto en recuerdo de Cus en su viejo gimnasio, el Gramercy Gym, en la ciudad. Vinieron todos los grandes. Norman Mailer dijo que su influencia sobre el boxeo fue tan importante como la de Hemingway sobre los jóvenes escritores americanos. Gay Talese dijo que había sido un honor conocerlo.

—Me enseñó un montón de cosas, ya no sólo sobre boxeo, que era un arte que podía llegar a dominarse, sino sobre la vida y cómo vivirla, lo cual no resulta tan fácil de dominar —dijo Pete Hamill.

Jim Jacobs bordó el retrato de Cus en su discurso, «Cus d’Amato se oponía con violencia a la ignorancia y la corrupción en el boxeo. Se mostraba tan inflexible con sus enemigos como comprensivo, compasivo e increíblemente tolerante con sus amigos».

Yo me bloqueé emocionalmente tras la muerte de Cus. Me volví despiadado. Intentaba demostrarme a mí mismo que era un hombre, no un niño. Una semana después del funeral, volé a Texas para combatir contra

Eddie Richardson. Jimmy y Cayton ni siquiera me dejaron hacer el duelo, así que me llevé conmigo una foto de Cus. Cada noche seguía hablándole.

—Mañana pelearé contra este tipo llamado Richardson, Cus —le dije—. ¿Qué crees que debería hacer?

Aunque permanecía activo, había perdido el ánimo, ya no creía en mí. No me quedaban energías para practicar el bien. No creo que nunca me sobrepusiera a su muerte. Cuando falleció estaba rabioso con él. Lleno de amargura. Si se hubiese ido al médico con tiempo, seguiría vivo para poder protegerme. Pero era tozudo y no quiso tratarse y había muerto, dejándome solo y a la merced de esos animales del mundo del boxeo que estaban deseando aprovecharse de mí. Tras su muerte, ya nada me importaba. Básicamente peleaba por dinero. No tenía un sueño. Estaría bien ganar el título, pero sólo deseaba tomar algo de vino, divertirme, salir de fiesta y castigarme un poco.

Antes, sin embargo, castigué a Richardson. El primer puñetazo que le lancé, un derechazo, lo noqueó. Aguantó un minuto más hasta que le solté un zurdazo de un salto y, al ser tan alto, acabó cayendo al otro lado del cuadrilátero.

A continuación me esperaba Conroy Nelson, quien años atrás había perdido contra Trevor Berbick en la lucha por el título canadiense. Seguía en el número dos del ránking de los pesos pesados de Canadá y era un tipo duro, con experiencia y un cuerpo de Adonis. Todos los comentaristas estaban convencidos de que iba a ser el que finalmente me pusiera a prueba. El primer asalto me limité a golpearle en el cuerpo. Casi se va al suelo en dos o tres ocasiones. Al empezar el segundo, boom, boom, boom, le arreé el cuerpo y luego le lancé un derechazo elevado que le rompió la nariz y un gancho de izquierda a la barbilla que lo envió a la lona. Cuando el árbitro detuvo el combate, di vueltas por el cuadrilátero con los brazos bien estirados, impregnándome de la adulación de los fans con los que compartía raíces.

Mi siguiente combate fue el 16 de diciembre en el Felt Forum, en el Madison Square Garden. Vinieron a verme todos mis amigos de Brownsville. Yo estaba demasiado concentrado como para reparar que me encontraba en Nueva York y pensar en pasármelo bien. No podía esperar a

sacarme de encima esos combates y contar al fin con mi oportunidad de alcanzar el título para Cus. Mi rival aquella noche fue Sammy Scaff. La entrevista que concedí al acabar el combate duró más que éste. Scaff era un obrero de Kentucky, torpe y de 113 kilos de peso, y lo cacé con dos fantásticos ganchos de izquierda a la cabeza que convirtieron su cara en un amasijo de sangre y le buscaron un nuevo emplazamiento a su nariz. Tras el combate, John Condon, responsable de boxeo en la MSG que había ejercido de comentarista de apoyo, me preguntó cómo era un día cualquiera en la vida de Mike Tyson.

—Mike Tyson no es más que un luchador que trabaja duro y que lleva una vida aburrida. Cualquiera que diga: «Me gustaría estar en su piel», las cientos de personas que lo piensen no saben de la misa la mitad. Si estuvieran en mi sitio, llorarían como unos bebés. No podrían soportarlo.

Para mi próximo combate nos hallábamos de vuelta en Latham. Era el evento principal de la noche y mis fans abarrotaban el recinto. Mi contrincante era Mark Young, un tipo de aspecto duro. Cuando nos reunimos en el centro del cuadrilátero a recibir instrucciones, pude notar su energía. En ese momento los luchadores siempre nos miramos fijamente a los ojos, pero eso no significa nada, puede ser pura fachada. La energía la percibes o no emanando de su espíritu, de su alma y luego regresas a tu rincón y te dices: «Ah, mierda» o «Ese tío es una nenaza». Aquella noche fue: «Ah, mierda, éste ha venido a pelear». Kevin también pudo sentirlo.

—Golpéale con *jabs* fuertes y mueve la cabeza —me dijo Kevin—. No te olvides de mover la cabeza, ha venido a pelear.

Sonó la campana y se acercó con determinación. Era un salvaje y yo empecé a soltar *jabs* fuertes y a mover la cabeza. Llevábamos poco más de un minuto cuando lanzó un derechazo bestial, yo fui retorciendo el cuerpo alrededor del suyo y le lancé furtivamente un feroz *uppercut* de derecha y, boom, voló y luego cayó de morros en la lona. Ray Mancini, comentarista de televisión, elogió mucho mis habilidades, pero afirmó que ya iba siendo hora de que mis representantes me buscaran un rival digno.

Jimmy, sin embargo, no se apartó de su plan. Dos semanas después, me encontraba en Albany peleando contra Dave Jaco. Tenía un registro digno de 19-5 con 14 KO, incluyendo uno de técnico contra Razor Ruddock. Era

blanco, alto y delgado. No aparentaba gran cosa, pero era realmente duro de pelar. Yo no dejaba de tumbarlo y él de levantarse. A la tercera ocasión que se fue al suelo durante el primer asalto, pararon el combate.

Aquella noche celebré la victoria junto a unos amigos. Sobre las ocho de la mañana del día siguiente, llamé a la puerta de Camille. Me abrió, entré y me senté. No dije una palabra.

—¿Cómo te fue? —me preguntó.

—Bien, aunque no dejaba de buscar a alguien que no estaba ahí —le respondí, mientras las lágrimas comenzaron a inundarme el rostro—. Cus no estaba ahí. Todo el mundo me dice que lo hago bien, que lo hago bien, pero nadie me dice si lo hago mal. No importaba lo bien que hubiese combatido pues lo más probable es que Cus me hubiera encontrado algún defecto.

Cuando esa misma semana fui entrevistado por *Sports Illustrated*, describí más a fondo cómo me sentía.

—Echo terriblemente de menos a Cus. Era mi espina dorsal. Todo aquello en lo que trabajamos está empezando a dar buenos frutos. ¿Pero en el fondo a quién le importa? Me gusta lo que hago, pero las victorias no me hacen feliz. Peleo con todo mi corazón, lo hago lo mejor que puedo pero, una vez terminado el combate, no hay un Cus que me diga cómo he estado ni una madre a la que enseñarle los recortes de periódico.

Tras el combate con Ferguson, salimos de fiesta. Por aquella época yo bebía profusamente. Nunca durante los entrenamientos pero, una vez había terminado la pelea, empezaba la hora de la autodestrucción. Era un alcohólico de tomo y lomo. Siempre bebía lejos de los focos de la ciudad. Salíamos de juerga por Abany, a un bar llamado September’s que era de un amigo. Aquel era nuestro campamento base. Por motivos de trabajo a veces acudían a él gente de la ciudad de Nueva York o de Boston o Los Ángeles. Se hacían los importantes, como si pudieran pisotear a los pobrecitos del norte, y nosotros los zurrábamos de lo lindo. Yo no quería pelearme con nadie y ser llevado frente a los tribunales, pero contaba con gente que lo hacía por mí. Yo instigaba las peleas diciendo cosas como: «Pega a ese

cabrón. ¿Quién coño se cree que es?». Nos poníamos las botas con aquellos forasteros.

Mi siguiente combate tuvo lugar el 10 de marzo, contra Steve Zouski en el Nassau Coliseum. Zouski nunca había acabado en la lona en sus anteriores peleas, pero yo encadené diversos *uppercuts* en el tercer asalto y lo noqueé. Sin embargo, no estaba impresionado con mi actuación. Para empezar porque me había caído de una escalera en mi corral para palomas en casa de Camille y me había hecho un corte en la oreja. Zouski me golpeó en la oreja en repetidas ocasiones y el dolor me había acompañado toda la pelea, afectando a mi equilibrio. Durante la entrevista posterior al combate, aludí a mi otro problema.

—No me ha gustado mi actuación —le conté a Randy Gordon, que había estado retransmitiendo la pelea—. Tengo un montón de problemas que estoy intentando resolver.

Cayton le aclaró luego a la prensa que me había referido a problemas sentimentales, pero eso era absurdo. Por entonces no tenía novia. Me sentía deprimido porque muchos de mis amigos de Brownsville estaban siendo asesinados. Era una barbarie. Amigos matando a otros amigos por dinero.

Tras el combate, uno de los organizadores vio que tenía un bulto grande en la oreja. De modo que, al día siguiente, Tommy hizo que me lo viera un especialista, quien dictaminó que mi cartílago había sufrido una infección aguda y me ingresó de inmediato en el Mount Sinai del Upper East Side. Temía que pudiera perder la oreja si no recibía atención medica. Tuve que quedarme diez días en el hospital y seguir tratamiento dos veces al día en una cámara hiperbárica, donde se me suministraban antibióticos en el cartílago.

Los médicos del Mount Sinai me dijeron que sería aconsejable que saliera a tomar un poco de aire fresco. Así que cada día, tras mi segundo tratamiento, a las tres de la tarde concretamente, Tom Patti y mi amigo de la infancia Duran me recogían en una limusina o andábamos hasta Times Square, donde nos dábamos una vuelta y nos hacíamos fotos con todas las prostitutas y con los tipos que les vendían fotos a los turistas con serpientes de pitón rodeándoles el cuello. Nos lo pasábamos de miedo, salíamos toda la noche. Regresaba al hospital a las cuatro de la madrugada y volvía locas

a las enfermeras. «Esto no es un hotel, es un hospital». Cuando les enseñaba a los médicos las fotos con las prostitutas y las pitones también ponían el grito en el cielo: «No, no, no te dijimos que salieras toda la noche. Nos referíamos a que te acercaras a Central Park a mirar a los pájaros y las ardillas para que te diera un poco el aire».

Aquello ocurría casi dos meses antes de mi combate contra James Tillis al norte de Nueva York. Cuando llegó la hora de pelear, estaba en baja forma por culpa de la enfermedad y también porque había estado bebiendo y saliendo a saco. La pelea se prolongó durante diez duros asaltos y me sentí afortunado de vencer a los puntos. Lo tumbé una vez, lo que probablemente decantó la puntuación a mi favor, pero había sido el rival más complicado contra el que me había enfrentado hasta la fecha. Me había golpeado con tal saña el cuerpo que tras la pelea no podía caminar. Tuve que quedarme en el hotel. Ni siquiera pude conducir de vuelta. Aquella noche descubrí en qué consistía pelear. En diversas ocasiones a lo largo de la pelea, deseé ir al suelo para conseguir un respiro, pero no dejé de agarrarme y abrazarme a él en un intento por recuperar el resuello.

Al día siguiente Jimmy Jacobs le dio la vuelta a la tortilla.

—El combate sólo le ha supuesto un obstáculo. Ahora hemos podido comprobar que es capaz de llegar hasta el final de uno —le dijo a la prensa.

Era un maestro a la hora de manipular a la prensa, ya no hablemos del público. Clayton y él idearon una campaña publicitaria sin precedentes. Ningún actor del planeta había disfrutado de una cobertura igual en los medios. Ahora todos lo hacen, pero entonces se revelaron unos auténticos innovadores.

Menos de tres semanas después, combatí contra Mitch Green en el Garden. Fue un majara hijo de puta. Intentó desestabilizarme antes de la pelea declarando al *Daily News* que tenía diecinueve años, pero aparentaba cuarenta. Cuando Marv Albert me preguntó si Green había conseguido tocarme la moral, dije: «Mitch Green es un buen luchador, pero su nivel de elocuencia no le alcanza para molestarme. Así que en absoluto».

Éste iba a ser mi primer combate bajo el nuevo contrato que Jimmy y Cayton habían negociado con la HBO. Resultaba muy excitante pelear por primera vez en el recinto principal del Madison Square Garden. Pero no lo

dejé traslucir durante la entrevista previa a la pelea que me hizo la cadena. Cuando me preguntaron si estaba disfrutando de la atención y la riqueza conseguidas últimamente, me puse lúgubre.

—A la gente no le gustaría estar en mi lugar. «Guaú, ganaría mucha pasta», se dicen. La verdad es que si tuvieran que pasar por algunas de las cosas por las que tengo que pasar se echarían a llorar. Resulta muy deprimente. Todo el mundo quiere algo. Uno trabaja con la misma intensidad en el gimnasio con la que otros se dedican a intentar alejarte del dinero que te pertenece.

Aquel era yo hablando por boca de Cus. Uno se imaginaría que iba a estar más alegre tratándose de mi debut a lo grande en el Garden.

Green era por entonces un boxeador muy respetado. Había ganado en cuatro ocasiones el campeonato Golden Globes y se había mostrado invencible hasta que en 1985 perdió a los puntos el título de la USBA contra Trevor Berbick. Sin embargo, supe que iba a ganarle dese el instante mismo en que subimos al cuadrilátero. No capté ninguna vibración amenazadora por su parte. El combate consumió todos los asaltos pero ya me pareció bien. Tras la pelea contra Tullis, quería sentirme a gusto completando diez asaltos. En un momento dado le hice saltar el protector bucal y el puente de la boca con unos cuantos dientes. Recibió un duro castigo. Me sentía tan suelto que entre el octavo y el noveno asalto, cuando tenía a Kevin literalmente a un palmo de la cara farfullando que le golpeara más, le di un besito.

Tras la pelea volvió a hacer acto de presencia mi yo arrogante.

—No pretendo sonar vanidoso, pero ganar esta pelea ha estado chupado. Me niego a ser vencido sobre un cuadrilátero. Me niego a que nadie se interponga en mi camino —declaré a la prensa.

Reggie Gross era mi siguiente objetivo. Era un luchador peliagudo al que llamaban «el Aguafiestas» por ser capaz de tocarle las narices a algunos boxeadores de calidad como Bert Cooper y Jimmy Clark, el cual había hecho grandes Olimpiadas compitiendo para los Estados Unidos. El combate estuvo a punto de no celebrarse porque aquella semana padecía una bronquitis severa. Toda mi vida había sufrido de bronquitis, hasta el

punto de estar acostumbrado, pero aquella era de las gordas. El día del combate me llevaron al médico para que me examinara.

—Me temo que voy a tener que aplazar el combate. Está bastante enfermo —dijo el médico.

—¿Podría hablar con usted un momento, señor? —le preguntó Jimmy. La mirada de Jimmy lo decía todo y lo siguiente que supe es que me encontraba sobre el cuadrilátero. En el primer asalto lancé sobre Gross una ráfaga de puñetazos de la que se estuvo cubriendo. De repente optó por un intercambio de golpes, lo que me pareció bien. Soltó un puñado de muy bestias que conseguí esquivar y luego lo noqueé con un despiadado gancho de izquierda, tumbándolo una segunda vez con una sucesión de puñetazos. El árbitro detuvo la pelea porque Gross veía borroso, pero Reggie protestó.

—¿Ni siquiera puedes andar y quieres seguir peleando? —le preguntó el árbitro.

Mis siguientes dos contrincantes rebajaron el listón. Quizá Jimmy y Cayton querían que consiguiera más victorias por KO en el primer asalto tras conseguir dos a los puntos. Pude satisfacer sus deseos con William Hosea, pero necesité dos asaltos para noquear a Lorenzo Boyd. Sin embargo, mi derechazo a la caja torácica, rápido como un relámpago, seguido por un tremendo *uppercut* de derecha, dejaron al público boquiabierto. Dos semanas después todos los ojos estuvieron sobre mí al demoler a Marvis Frazier, el hijo de Joe, en treinta segundos. Lo arrinconé, lo anulé con un *jab* y lo rematé con mi golpe favorito, un *uppercut* de derecha. Parecía gravemente herido, por lo que me acerqué corriendo a ayudarlo. Adoro a Marvis; es una persona encantadora.

Escasas semanas antes había cumplido veinte años y mi plan consistía en convertirme en el campeón más joven de los pesos pesados a finales de 1986. Mientras Jimmy y Cayton llevaban las negociaciones para que así ocurriera, me organizaron un combate contra Jose Ribalta en Atlantic City el 17 de agosto.

Ribalta era un luchador que disfrutaba compitiendo. Al contrario que Green y Tillis, consiguió motivarme. Mostraba la voluntad de no acabar noqueado. Lo tumbé en el segundo asalto y de nuevo en el octavo, pero

volvió a levantarse. En el décimo cayó por tercera vez y, al incorporarse, lo acorralé contra las cuerdas y el árbitro detuvo la pelea.

Además de ganarse el respeto del público y de los comentaristas gracias a su determinación, Ribalta también consiguió arruinarme la noche. Tras la pelea tenía una cita con una bella alumna de la Penn State University a la que había conocido en el centenario de la Estatua de la Libertad. La joven me acompañó a mi habitación y empezó a tocarme, pero el dolor me hizo retroceder.

—¡Ey! No me toques, por favor. No es nada personal, pero ahora debes irte. Sólo necesito algo de tranquilidad —le dije.

Se mostró muy comprensiva y condujo de vuelta a la universidad. Lo compensamos en nuestro siguiente encuentro.

Ella había presenciado el combate y visto el castigo que había absorbido. Nunca había tenido que pasar por algo semejante. Horas después de la pelea, aún me sentía mareado por los golpes que mi cuerpo había recibido de Ribalta. Tillis y Ribalta fueron los únicos boxeadores que me hicieron sentir así. Nunca volví a sentir un dolor general tan fuerte. Recordaba todas las crónicas que había leído sobre cómo grandes boxeadores habían sentido que, tras algunos de sus combates, la cabeza se les iba, por lo que entendí que aquello formaba parte del trayecto que había emprendido.

Las negociaciones para organizar una pelea por el título comenzaron a funcionar bien y Jimmy pensó que era mejor que me acostumbrara a combatir en Las Vegas antes de que, a finales de año, tuviera lugar ahí la gran cita. Nos quedamos en casa del Doctor Bruce Handelman, un amigo de Jimmy. Comencé a entrenarme en el gimnasio de Johnny Tocco, un lugar fantástico, decrépito y de la vieja escuela, sin equipamientos; por no tener no tenía ni aire acondicionado. Tocco era un tipo estupendo que había sido amigo de Sonny Liston. En las paredes colgaban fotos de Liston y otras viejas glorias.

No tardó en hacerse oficial. El 22 de noviembre de 1986 iba a disputarle el título a Trevor Berbick. Contaba con más de dos meses entre uno y otro combate, de modo que Jimmy y Cayton decidieron que hiciera un tour por varios programas televisivos para promocionar mi carrera y la pelea.

Empecé acudiendo a *Nightlife* de David Brenner. David era un gran hombre y me trató con el mayor de los respetos. Predijo que yo sería el próximo campeón de los pesos pesados y, por agradable que resultara el comentario, significó mucho más para mí que hiciera lo propio su otro invitado, el gran ex campeón Jake LaMotta.

—Sin duda alguna, el siguiente campeón del mundo de los pesos pesados —dijo Jake al salir al escenario y abrazarme—. Y si no hace lo que debe, le daré una paliza. Sigue así, colega; vas a ser como Joe Louis, Marciano, quizás incluso mejor.

Mi corazón se disparó al oír esas palabras.

A continuación Brenner le formuló una pregunta a Jake, cuya respuesta se reveló muy profética.

—Pongamos que Mike se convierte en campeón. ¿Qué le aconsejarías?

—«El mejor consejo que puedo darle es que se mantenga ocupado y que durante unos años se convenza de que es como si estuviera en prisión», dijo Jake. Mantente alejado de toda la basura que ronda por ahí. Hay mucha basura ahí afuera.

—¿Por qué tiene que ser basura? —le pregunté.

—Por desgracia, tipos como tú y yo atraemos a la basura —dijo.

Acudí a *The Joan Rivers Show*. Yo la adoraba, igual que a su marido, Edgar. Ambos me hicieron sentir muy bien. Noté que su energía era auténtica. Aquél fue uno de los mejores momentos de mi vida. Durante la entrevista Joan me preguntó si existía una Adrian, en referencia a la película *Rocky*.

—No tengo novia —respondí.

—En época de entrenamiento, ¿renuncias al sexo? —me preguntó.

—No.

—Es que, verás, mi marido siempre me dice que está entrenándose —bromeó Joan.

También fui a *The Dick Cavett Show* y Dick me hizo una demostración de aikido. Me pidió que le sujetara las muñecas.

—El inventor del aikido, a sus ochenta y siete años, es capaz de liberarse cuando lo agarra el hombre más fuerte del planeta —dijo y con un movimiento se me escabulló.

—Ningún atracador te va a sujetar como yo —protesté.

En aquellos programas era un cielo, ofreciendo la imagen que Jim y Bill querían. Pero no la que yo deseaba. Yo quería ser un villano. Aspiraba a tomar como modelo a Jim Brown, el jugador de fútbol. Cuando empecé a ir de bares por la ciudad, me encontraba con veteranos futbolistas profesionales que habían jugado con Jim Brown. Hablaban de él como si fuera un mito.

—Ey, si él entrase aquí y hubiera algo que no le molara —el olor del local, la música que ponen, el volumen de las conversaciones de los clientes —, si en su cabeza algo no le molaba, empezaría a destrozar el lugar.

Mientras escuchaba esto pensaba: *Joder, ojalá fuera un cabronazo que tuviera a la gente hablando así de mí. Si Jim te destruirá si no le gusta cómo huele un local, yo tengo que entrar aquí y matar a alguien*.

Al acercarse el 22 de noviembre, me puse a entrenar en serio. Lo hice durante un mes en Catskill y luego nos trasladamos a Las Vegas. Al empezar Jimmy y Cayton me dieron una cinta de VHS con la pelea en la que Berbick se convirtió en campeón al vencer a Pinklon Thomas. Tras verla fui a intercambiar impresiones con Jimmy. Le dije: «¿La cinta se rodó a cámara lenta?».

Yo era un arrogante, pero creía de veras que había llegado mi momento. Dentro de mi cabeza enferma todas las viejas glorias del boxeo y los dioses de la guerra descenderían para ver cómo me unía a su círculo. Me darían su bendición y entraría en el club. Seguía escuchando la voz de Cus dentro de mí, pero no en plan mórbido, sino alentándome.

Éste es el momento para el que nos hemos estado preparando desde que tenías catorce años. Lo hemos estudiado una y otra vez. Puedes pelear contra este tío con los ojos cerrados.

Sabía que Berbick era incómodo, duro y difícil a la hora de pelear porque había sido el primer hombre en llegar hasta los quince asaltos con Larry Holmes en la defensa de un título. Yo quería hacerlo picadillo. De este modo todo el mundo me tomaría en serio porque, en aquellos momentos, la opinión general era que combatía contra piltrafas e inútiles: decían que no era un luchador de verdad, que sólo participaba en combates

fáciles, de aquí que mi objetivo prioritario fuera machacarlo. Deseaba acabar con él en un solo asalto; quería causarle auténtico daño.

Kevin y Matt Baranski albergaban la misma confianza que yo. Teníamos todos los cilindros a pleno rendimiento. Yo echaba fuego por uno más. Un día antes del combate me noté que había manchado la ropa interior con una secreción. Tenía la gonorrea. No sabía si la había contraído de una prostituta o de una joven dama de lo más sucia. Nos alojábamos de nuevo en casa del Doctor Handleman, así que me inyectó una dosis de antibióticos.

Ese mismo día, algo más tarde, Steve Lott y yo fuimos a alquilar unas cintas de VHS.

—Mike, ¿qué diría Cus acerca de este Berbick? —me preguntó.

Ésta era la manera que tenía Steve de ponerme en el lugar de Cus, de hacerme pensar como él. Lo que Steve no sabía era que no tenía que esforzarme por pensar como Cus; lo llevaba dentro de la cabeza.

—Diría que es un pusilánime —le respondí—. Un holgazán.

En el momento de pesarnos me comporté como un capullo. Siempre que tenía a Berbick en mi línea de visión, le lanzaba miradas furibundas. Se acercó a estrecharme la mano y le di la espalda. Cuando lo pillaba mirándome, le ladraba: «¿Qué cojones estás mirando?». Le dije que iba a noquearlo en dos asaltos. Mientras posaba con el cinturón, le grité: «Disfrútalo. No vas a conservarlo mucho tiempo. Va a acabar en la cintura de un campeón de verdad». Fui de lo más irrespetuoso y ofensivo. Por alguna razón, Berbick no me caía bien en aquella época. Además, ansiaba el cinturón. Ese monstruo de ojos verdes.

También estaba furioso porque el entrenador de Berbick, Angelo Dundee, iba alardeando de que Berbick me iba a ganar. Cus siempre se había mostrado celoso de Dundee, quien había sido entrenador de Ali, por acaparar la atención de los medios. Creía que no se lo merecía.

—A Berbick le sobra estilo para castigar a Tyson —declaró a la prensa —. Trevor se está relamiendo con la idea de que, por una vez, no tendrá que perseguir a su rival sino que tendrá a Tyson a un palmo de la cara. Trevor es bueno golpeando al cuerpo y acredita veintitrés victorias por KO. Rebosa confianza y yo también. Creo que podrá con Tyson en un asalto tardío.

La noche antes del combate no pude dormir. Estuve mucho rato al teléfono, hablando con chicas con las que nunca me había acostado pero que me gustaban mucho. Intentaba distraerme preguntándoles qué hacían, pero ellas sólo estaban interesadas en la pelea. Luego me levanté y me puse a hacer boxeo de sombra en mi habitación.

El día del combate comí un poco de pasta a la una. A las cuatro, un bistec. A las cinco, más pasta. En el vestuario me tomé una barrita de chocolate y zumo de naranja.

Acto seguido Kevin me vendó las manos y me colocó los guantes. Había llegado la hora de subir al cuadrilátero. Hacía frío en el recinto, por lo que Kevin cortó una toalla y me envolvió el cuello con ella. Llevaba los calzones negros que había empezado a ponerme algunos combates atrás. Tuve que pagar una multa de cinco mil dólares porque Berbick también iba de negro, pero no me importó. Quería ese aspecto ominoso.

Yo era el aspirante, de modo que me tocó salir antes. Durante mi entrada sonó una canción de Toto, pero cuanto podía oír dentro de mi cabeza era la canción «*In the Air Tonight*» de Phil Collins. *I can feel it coming in the air tonight/, oh Lord/ And I've been waiting for this momento for all my life, oh Lord*.[1]

Atravesé las cuerdas y me puse a dar vueltas por el ring. Miré al público y vi a Kirk Douglas, Eddie Murphy y Sly Stallone. Pocos minutos después, Berbick hizo su entrada llevando un albornoz negro con una capucha negra. Proyectaba chulería y seguridad, pero yo notaba que era todo fachada, una ilusión. Sabía que ese tipo no iba a ir a muerte por su cinturón.

Ali fue presentado al respetable y se acercó hasta mí.

—Patéale el culo por mí —me dijo.

Cinco años antes, Berbick había vencido a un Ali que se había retirado después del combate, por lo que yo estaba más que feliz de poder complacerle.

—No va a ser difícil —le aseguré a Muhammad.

Al fin había llegado el momento. Sonó la campana y el árbitro Mills Lane nos puso en marcha. Cargué contra Berbick, acribillándolo a golpes contundentes. No podía creerme que no se moviera ni soltara *jabs*; se mantenía incólume delante de mí. Al principio de la pelea le lancé un

derechazo a la oreja izquierda con la intención de romperle el tímpano. A mitad del asalto, le hice tambalear con un fuerte derechazo. Lo arrollé de tal modo que, al final del primer asalto, parecía aturdido. Había recibido una tunda de golpes excelentes.

Regresé a mi rincón y me senté. Debido a la inyección de antibióticos, supuraba más que una barrita de Good Humor en julio. Pero no me importaba, me encontraba ahí para acabar con Berbick. Además, uno de mis héroes, Kid Chocolate, siempre estuvo peleando con sífilis.

—Mueve la cabeza y no te olvides de soltar *jabs* —dijo Kevin—. Estás buscándole demasiado la cabeza. Primero encárgate del cuerpo.

A los diez segundos del segundo asalto le lancé un derechazo que lo tiró a la lona. Se levantó de inmediato y vino a por mí. Intentaba presentar batalla, pero sus golpes eran infructuosos. Cuando faltaba alrededor de medio minuto para finalizar el asalto, impacté contra su cuerpo con un derechazo, en vez de con un *uppercut* y, acto seguido, solté un *uppercut* que no lo alcanzó. Pero sí que lo hizo un golpe de izquierda en la sien. Fue una acción retardada pero cayó al suelo. Ni siquiera noté el impacto, aunque resultó muy efectivo. Intentó incorporarse pero volvió a caer y noté que tenía el tobillo completamente torcido.

Imposible que pueda levantarse antes del conteo, pensé.

Llevaba razón. Se esforzó por incorporarse una segunda vez, andó a trompicones y volvió a derrumbarse. Al final consiguió ponerse de pie, pero Mills Lane lo abrazó y se despidió de él con un ademán. Se había acabado. Era el campeón de los pesos pesados más joven de la historia.

—Fin, ya está, entramos en una nueva era del boxeo —dijo Barry Watkins, que retransmitía el combate para la HBO.

—Mike Tyson ha hecho lo que Mike Tyson suele hacer. Pelear —añadió Sugar Ray Leonard.

—Pelear con mayúsculas —dijo Watkins.

Yo estaba paralizado. No podía sentir nada. Era consciente de lo que ocurría a mi alrededor, pero era insensible a todo. Kevin me abrazó. José Torres se me acercó.

—No me lo puedo creer, tío. Soy el maldito campeón del mundo con veinte años —le dije—. Esto es jodidamente irreal. Campeón del mundo a

los veinte. Soy un crío, un jodido crío.

Jimmy entró en el cuadrilátero y me estampó un beso.

—¿Crees que a Cus le habría gustado? —le pregunté. Jimmy sonrió.

Don King, cuyo hijo era el representante de Berbick, vino a felicitarme. Luego miré en dirección al público y empecé a sentirme arrogante. *Sí, lo conseguimos,* pensé. *Yo y Cus lo conseguimos*. Entonces empecé a hablar con Cus.

—Lo conseguimos, les demostramos a todo esos tipos que andaban equivocados. Me apuesto algo a que Berbick no me considera demasiado bajo, ¿verdad?

En ese momento pensé que Cus habría echado pestes de la forma en que había boxeado.

—El resto de lo que has hecho sobre el ring ha sido una basura —le oí decir dentro de mi cabeza—. Pero el final ha sido tan arrollador que es cuanto la gente recordará.

Llegó el momento de las entrevistas tras el combate. Debía darle las gracias a Cus. Yo era el mejor luchador del mundo en esos momentos y era una creación suya. Cus debía estar ahí. Le habría encantado desacreditar a todos aquellos que lo habían considerado un chiflado. Habría declarado: «Nadie puede vencer a mi chaval. Sólo tiene veinte años pero nadie puede con él».

—Éste es el momento que llevo esperando desde que empecé a boxear —dije al arrancar la rueda de prensa—. Berbick ha estado muy fuerte. Nunca esperé que lo estuviera tanto como yo… cada golpe que he lanzado ha sido con malas intenciones. Mi récord durará toda la eternidad, jamás será roto. Deseo vivir para siempre… me negué a perder… para perder tendrían que haberme sacado sin vida. Vine aquí para destruir y ganar el Campeonato del Mundo de los Pesos Pesados, lo que he conseguido. Me gustaría dedicarle el combate a mi gran guardián, Cus D’Amato. Estoy seguro de que se encuentra allá arriba contándoles a todos los grandes boxeadores que su chico lo ha conseguido. Yo pensaba que era un tipo blanco al que le faltaba un tornillo… y era un genio. Ha ocurrido todo lo que me dijo que ocurriría.

Alguien me preguntó por mi siguiente rival.

—No me importa contra quién pelearé la próxima vez —dije—. Si aspiro a ser uno de los grandes, debo luchar contra todo el mundo. Quiero luchar contra todos.

Even Dundee me elogió tras el combate.

—Tyson realiza combinaciones que nunca había visto. Me ha impresionado. Trabajé con Ali y Sugar Ray Leonard, pero en él reconozco combinaciones de hasta tres golpes que no tienen parangón. ¿Cuándo ha visto alguien a un boxeador que suelta un derechazo al hígado, lo encadena con un *uppercut* y termina con un gancho de izquierda?

No me saqué el cinturón en toda la noche. Lo llevé por el hall del hotel. Lo llevé a la fiesta de celebración. Lo llevé cuando más tarde salí de copas con Jay Bright, mi compañero de habitación en casa de Cus, el hijo de Bobby Stewart y el luchador Matthew Hilton. Fuimos a un bar de mala muerte de Las Vegas llamado The Landmark que quedaba enfrente del Hilton. No había nadie y nos pasamos la noche bebiendo. Yo bebía vodka a palo seco y pillé una buena. Al final de la noche, Matthew perdió el conocimiento y yo recorrí las casas de varias chicas para enseñarles mi cinturón. No me acosté con ellas, sólo pasé el rato, encadenando una visita tras otra. Menuda locura. Debéis entender que sólo tenía veinte años. Y, pensándolo bien, muchos de mis amigos tenían quince y dieciséis. A aquellas edades no representaba una gran diferencia. Al convertirme en campeón del mundo, la gente empezó de golpe a esperar que fuera un dechado de sensatez en honor al título y lo que representaba. Pero yo no era más que un crío en búsqueda de diversión.

Y estaba perdido. Cuando me hice con el cinturón era una auténtica alma extraviada, porque no tenía quien me guiara. No tenía a Cus. Él fue el motivo de que alcanzara el cinturón. Era nuestro objetivo a vida o muerte. Bajo ninguna circunstancia iba a abandonar aquel cuadrilátero sin ceñírmelo a la cintura. Todo ese sufrimiento, sacrificio, dedicación, más sacrificio, más sufrimiento. Día tras día y de todas las formas posibles. Cuando finalmente regresé a mi habitación a la mañana siguiente, me miré en el espejo luciendo el cinturón y me di cuenta de que había cumplido con nuestra misión. Ahora era libre.

En ese momento, sin embargo, recordé una cita de Lenin que había leído en uno de los libros de Cus. «La libertad es algo muy peligroso. La racionamos con suma cautela». Aquella era una declaración a la que debería haber prestado atención durante los años que siguieron.

5

«Mi nombre es Mike Tyson. Soy un luchador profesional. El boxeo es un deporte solitario. El *sparring*, los entrenamientos y especialmente las salidas a correr de madrugada me dan mucho tiempo para pensar. Una de las cosas en las que más pienso es en lo malas que son las drogas y en el enorme daño que le causan a la gente. Bien, podemos deshacernos de ellas si cada uno de nosotros, uno a uno, decidimos decir "No". Es una palabra sencilla que encierra un significado gigantesco. Dilo, ¡DI NO A LAS DROGAS!».

Éste fue un anuncio de la administración pública que realicé para la Oficina Contra las Drogas, de cara a ser emitido justo antes de mi primera defensa del título en 1987. También participé en campañas para el estado de Nueva York. Salía golpeando un saco muy pesado y me giraba hacia la cámara para decir: «Eso es, para que puedas vencer, mantente lejos del crack».

La ironía del asunto es que, mientras rodaba estos anuncios, estaba financiando el negocio de crack que mi amigo Albert tenía montado en Brownsville. Por las fechas en que Cus murió, empecé a darle ahora cinco mil dólares, luego veinte mil, con la idea de que no tuviera que trabajar para otros. No era su socio y jamás quise obtener beneficios de mi inversión. Simplemente me preocupaba su seguridad. Albert y yo habíamos crecido, atracado y robado juntos. No quería que tuviera que preocuparse de que uno de los traficantes para los que trabajaba le viniera diciendo: «¿Dónde está mi pasta?». El negocio de las drogas en Brownsville en los años ochenta era como la esclavitud en la década de los veinte del siglo XIX. Tu vida no significaba nada al trabajar para esos tipos. Si movías su mercancía, no

podías irte cuando quisieras. Una vez les habías estrechado la mano y hecho un pacto, pasabas a pertenecerles.

Medité la posibilidad de reclutar a Albert para que trabajara para mí. Pero los tipos como él eran antisociales. No creían en andar por ahí, acarrear bultos, ir diciendo que sí y besar el culo de alguien por muy campeón que fuera. No iba a aceptar órdenes de nadie. El único idioma que conocíamos era el de la violencia en las calles de Brownsville, incluso contra aquellos a los que queríamos. Albert era demasiado implacable para formar parte de mi séquito. No iba a darle a Mike Tyson el tratamiento de: «Sí, señorita, ¿cómo se encuentra hoy? ¿Puedo ayudarla?». Tipos como él entraban en erupción y no ejercían control sobre sus emociones. Así que preferí decirle: «Aquí tienes. Coge este dinero».

Mi plan, sin embargo, no funcionó. Un joven turco ansioso por hacerse con su dosis disparó a Albert y a otros amigos míos en 1989. Sólo tenían veinte años y entre ellos había un chico de dieciséis que también había perseguido su ración del sueño. Los Mercedes Benz, las chicas y el estatus los mataron. Se produjeron muchas muertes por aquel entonces. Pagué de mi bolsillo un montón de funerales.

Tras obtener el título, hice dos cosas tan pronto regresé a Nueva York. Fui a Catskill y le enseñé mi cinturón a todo el mundo. Lo llevé puesto por la calle durante tres semanas, durmiendo en ocasiones con él. Un día entré en la cocina y le pedí a Joy Bright que me acompañara a dar una vuelta. Había otra persona a quien deseaba mostrarle el cinturón. Le dije que nos llevara en coche a una licorería y le di dinero para que me comprara una botella grande de champagne Dom Pérignon. Luego condujimos hasta la tumba de Cus. Cuando llegamos frente a su lápida, ambos llorábamos. Dijimos una pequeña oración y descorché la botella. Le dimos dos largos sorbos y vertí el resto sobre su tumba. Abandoné la botella sobre el césped y nos marchamos.

La segunda cosa que hice fue bajar a Nueva Jersey a ocuparme de la tumba de mi madre. Su novio Eddie había muerto atropellado por un coche justo antes del combate contra Berbick y estaba enterrado junto a ella. Así

que hice que los exhumaran y que colocaran sus restos en dos bonitos ataúdes de bronce. Luego compré una enorme lápida de más de dos metros para ella con la idea de que, cada vez que acudiera gente al cementerio, supiera que quien estaba ahí era *la* madre de Mike Tyson.

A esas alturas me había mudado a mi propio piso dentro del mismo bloque en el que vivían Jimmy y Steve Lott. Probablemente querían poder espiarme ya que era su gallina de los huevos de oro. Deseaba fervientemente disfrutar del hecho de ser campeón. Era la primera vez que nos habíamos marcado un objetivo y superado toda la sangre, el sudor y las lágrimas para conseguirlo. Ahora podían pronunciar mi nombre junto a los de Joe Louis y Ali. Sólo quería regodearme en ello, pero me sentía culpable y vacío. Cus no estaba a mi lado para disfrutarlo juntos ni ofrecerme orientación. Por primera vez en varios años, no tenía con un objetivo ni deseo de hacer nada. Seguramente habría sido diferente de contar con pareja o hijos. Todos mis amigos ya eran padres. Yo había estado demasiado ocupado peleando.

También me sentía un impostor. Jimmy y Bill estaban decididos a eliminar todos los rasgos de Brownsville que había en mí de cara a ofrecer una buena imagen. Pero Brownsville me definía, era mi personalidad y mi barómetro. Aquella había sido la importante esencia que Cus había querido que conservara. Me hicieron participar en todos esos anuncios contra las drogas y aparecer en pósters de la Policía de Nueva York cuando todo el mundo sabía que era un delincuente. Había sido carne de presidio. ¿Y ahora, de repente, era un buen tipo? No, era un jodido negro fraudulento y complaciente.

Me sentía como un mono de feria. Cuanto hacía ahora era analizado y estudiado. Acudía a un programa de televisión y no querían que luciera mis bonitas joyas. Steve llegó a pedirme que me sacara mis pulseras de oro a juego. Yo no quería vivir con ese tipo de limitaciones. No me había convertido en el campeón del mundo de los pesos pesados para verme reducido a un tipo sumiso y bonachón.

Jimmy y Cayton deseaban hacer de mí un nuevo Joe Louis, no un Ali o un Sonny Liston. Querían que fuera un héroe, pero yo quería ser un villano. Al villano siempre se le recuerda, incluso cuando no brilla tanto como el

héroe. Aunque acabe muerto a manos del héroe, es él quien convierte al héroe en un héroe. El villano es inmortal. Además, me constaba que la imagen heroica de Joe Louis había sido un montaje. En la vida real le encantaba esnifar cocaína y cepillarse a montones de mujeres.

Quería que la gente se arrodillara a mi paso; quería tener a la gente a mi servicio; quería sacudirme a las mujeres como moscas. Eso era lo que Cus me dijo que me ocurriría, pero no lo estaba haciendo. Se suponía que me había llegado la hora de asaltar el cuadrilátero. No obstante, seguía sentado en las gradas; no me dejaban subir a él.

Al mudarme al piso, Steve me dio un equipo de alta fidelidad que costaba unos doce mil dólares. Recibió una bronca de Jimmy por haber desembolsado tanto dinero. Más avanzado ese mismo año, paseábamos por las tiendas Forum del hotel Caesar's cuando vi un reloj.

—Consígueme ese reloj con tu tarjeta de crédito —dije.

—Ni hablar, joder —respondió Steve.

—¿Por qué no? Ya sabes que te devolveré el dinero —protesté.

—Ni hablar; Jim me mataría —dijo.

Era en momentos así que mis demonios me susurraban al oído: «Estos blancos no se preocupan por ti como lo hacía Cus».

Adoraba a Jimmy, pero siempre estaba manteniéndome a raya.

—Mike, debes hacerlo o esta compañía multimillonaria nos va a demandar.

Así que tocaba participar en un combate o rodar un anuncio. Aún era un chaval inmaduro. En mitad del rodaje de un anuncio decía: «No quiero hacer esta mierda. Quiero ir a Brownsville y salir con mis amigos».

Casi todas las noches que no tenía entrenamiento regresaba a Brownsville. Ahí me trataban a cuerpo de rey. Literalmente. Cuando mis amigos jamaicanos veían acercarse mi limusina, sacaban sus armas.

—Estos disparos son en tu honor, Mike, ¡veintiún armas, negro! —decía uno.

Y me brindaban una salva de veintiún disparos. Boom, boom, boom.

En ocasiones andaba por la calle con un grupo de amigos y veía a un tío que se había metido conmigo años atrás. Mis amigos no sabían que no

podía soportarlo, pero les bastaba percibir el modo en que me miraba para darse cuenta de que no nos profesábamos precisamente amor.

—¿Conoces a este tío que te está mirando? ¿Quién es este pájaro? —me preguntaba uno de ellos.

No era necesario que abriera la boca.

—¿A quién coño estás mirando, cabronazo? —decía mi amigo. Y la cosa se ponía en marcha. Conseguían que acabara confesando. Tenía que pedirles que lo dejaran en paz.

Cuando empecé a ganar mucho dinero boxeando, conseguí una reputación de ser el Robin Hood del barrio. Para los que no me conocían, el hecho de que volviera a Brownsville y repartiera dinero les parecía muy digno de elogio. Pero andaban equivocados. Las personas que procedían de mi ambiente tenían la responsabilidad de cuidar de sus amigos, aunque hubieran transcurrido veinte años. De modo que, si yo me había marchado para obtener todo aquel dinero, al regresar debía dar parte a aquellos a los que no les había ido tan bien. Recogía dinero en la oficina de Cayton y lo dividía en paquetes de mil dólares con billetes de cien. Por lo general llevaba conmigo unos veinticinco mil dólares en efectivo que iba repartiendo entre los amigos con los que me iba topando. Les decía que se fueran a hacerse un traje a medida y quedábamos para salir esa misma noche.

No era imprescindible que conociera a la gente a la que daba dinero. Simplemente detenía el coche y repartía billetes de cien dólares entre los vagabundos y los sin techo. Reunía a un grupo de niños pobres y me los llevaba a la tienda Sporting Goods a comprarles zapatillas deportivas. Más adelante descubrí que Harry Houdini hizo lo mismo cuando las cosas empezaron a irle bien. Supongo que es algo habitual entre los pobres que se enriquecen rápidamente. No creen merecérselo. A veces yo me sentía así, porque olvidaba cuánto esfuerzo había dedicado a mi carrera.

Aquel era un barrio jodidamente oprimido e infestado de drogas, gánsters, sexo y suciedad. Y uno pertenece a esta cloaca, ¿me entendéis? Dar dinero y ayudar a esta gente no solucionaba sus problemas, pero les traía felicidad.

Siempre que me dedicaba a repartir dinero, me aseguraba de visitar a las viejas señoras que habían sido amigas de mi madre. Iba en coche con un amigo hasta un bloque de viviendas sociales donde sabía que vivía esa señora en particular y, mientras mi acompañante esperaba en el coche, yo salía a llamar a su puerta y entregarle dinero. Repetía la jugada una y otra vez. No me sentía una persona noble por hacer esto. Era lo que se esperaba de ti. Quizá pensara que de este modo limpiaba mis pecados y compraba mi billete de vuelta al cielo. Supongo que andaba en busca de redención.

Me deprimía con frecuencia, pero en Brownsville siempre contaba con algún amigo que me paraba los pies. Si me quejaba de lo dura que era la vida había un tipo, cuyo nombre prefiero no revelar, que se me quedaba mirando.

—¿Dura, eh? ¿A quién has matado últimamente, Mike? ¿Qué vivienda has allanado y atado a todos sus ocupantes, eh, Mike?

Cada vez que me reprochaba algo, me decía: «No tienes nada malo, Mike. Eres un buen hombre. El hecho de ganar dinero no te ha llevado a huir de tus raíces. Si no fueras un buen hombre, te habríamos arrojado a un contenedor, Mike».

Muchos de mis amigos de Brownsville acabaron encarcelados en Coxsackie, que no se encontraba muy lejos de Catskill. Había ido al colegio con la mayoría de los que trabajaban ahí por lo que, siempre que acudía a visitar a mis amigos, los celadores y los guardias no me conducían a la sala de visitas sino que podía verlos en sus celdas. Les entregaba mis zapatos y mis joyas y los empleados miraban hacia otro lado. Una vez cruzaba la galería donde estaban las celdas cuando vi a Little Spike (El Pequeño Spike) del Bronx junto a quien había estado encerrado en Spofford. Ya no era tan pequeño; se había convertido en un monstruo.

—Ey, Mike. ¿Qué pasa, tío? ¿Qué haces aquí? —me gritó.

Creía que me habían vuelto a pillar y que me conducían a una celda.

Llevaba una doble vida de lo más demencial. Un día me encontraba visitando a amigos en la cárcel y al siguiente divirtiéndome con Rick James. Habíamos coincidido en diversas ocasiones, pero la primera vez que conversamos en serio fue en la fiesta que siguió a un estreno

cinematográfico. Estábamos en un club gigantesco, tomado por unas mil personas, pero Rick James es de los que se hacen notar.

—Ey, Mike. Vente a hacer una foto con nosotros.

Lo acompañaban Eddie Murphy y Sylvester Stallone. Por aquel entonces había hecho mucho dinero al venderle al rapero Hammer el derecho a samplear su tema «U Can't Touch This». Estaba de vuelta en el negocio.

La siguiente vez que lo vi me hallaba en el lobby de un hotel de Sunset Boulevard en compañía de Ricky Schroder y Alfonso Ribeiro de *El Príncipe de Bel Air*. Ricky tendría unos diecisiete años y Alfonso unos dieciséis. Tomábamos algo relajadamente al aire libre cuando, al levantar la vista, vi a Rick descender de un Rolls-Royce Corniche descapotable. Llevaba una camisa chillona con una corbata, pero ni la corbata estaba anudada ni la camisa abrochada. Se nos acercó, chocamos esos cinco y luego miró a Alfonso y, boom, le dio un fuerte golpe en el pecho.

—Dame esa jodida cerveza —dijo y agarró la bebida de Alfonso.

—Rick, que es un crío, no puedes pegarle así como así —protesté.

Se limitó a coger la botella y darle un sorbo.

—¿Cómo andas, negro? —me preguntó.

A Rick le importaba todo un pimiento. Eddie Murphy y su hermano Charles me contaron una gran historia sobre Rick James. Una vez se encontraba en casa de Eddie colaborando con él en un proyecto musical. Yo entré y Eddie se me acercó.

—Mike, ese negro está colocando sus pies encima de mis sillas —me dijo Eddie. Rick era el objeto de sus quejas. Eddie siempre tenía su casa inmaculada; no había nada fuera de sitio. Y ahora resultaba que Rick estaba colocando sus apestosos pies encima de las sillas. Le habían pedido que dejara de hacerlo, pero él como si hubiera oído llover.

—Que os jodan. Puedo hacer lo que me venga en gana —dijo.

De modo que Charlie, el hermano de Eddie, fue a poner orden.

—Cabrón, no te lo estamos diciendo en broma —le dijo y empezó a estrangularlo con la idea de que parara.

Aquello no resultó muy efectivo con Rick. Se levantó y se sacudió el polvo. En el momento en que Charlie giró la cabeza, lo llamó.

—Ey, Charlie.

Charlie se giró de nuevo y, POW, Rick le pegó con tal fuerza que las iniciales RJ de su anillo con diamantes se le quedaron grabadas en la cara.

Al día siguiente regresé a casa de Eddie, donde él y Charlie no daban crédito a que Prince y sus amigos les hubieran pegado una paliza jugando a baloncesto. Prince se había calzado sus zapatillas con alzas y seguía en la pista encestándolas todas. Zas. Zas.

En 1987 acudí en mi nueva adquisición a la fiesta de fin de año que Eddie Murphy organizó en su mansión de Nueva Jersey. Estaba a rebosar de estrellas como Al B. Sure!, Bobby Brown, Run-DCM y Heavy D. Yo era un chulito pero seguía siendo un poco tímido. No lo suficiente, sin embargo, como para no meter a tres chicas en el asiento de atrás de mi limusina y llevármelas a mi piso de Manhattan.

Mis días de abstinencia eran historia. Era un extremista en todo cuanto hacía. Una vez empecé a acostarme con mujeres, las compuertas se abrieron de par en par. Bajas, altas, sofisticadas, feas, de la alta sociedad, de la calle, mi criterio era flexible. Pero seguía sin tener una frase con la que romper el hielo y, por lo general, no sabía cómo entrarles.

Cuando regresaba a Brownsville, visitaba a un amigo de la infancia que se había hecho chulo. A veces estábamos charlando en su flamante limusina nueva y, de repente, paraba y salía del vehículo.

—Ve a buscar un jodido cliente —le gritaba a una de las chicas que andaba en un corrillo por la calle—. ¿Ves a aquel gilipollas en esa esquina? ¿Qué coño haces de palique con estas furcias?

Luego regresaba al coche.

—Estas furcias necesitan que les marques el rumbo, *Ike* —me decía—. Se distraen a la menor ocasión. Debo agenciarme un perro lazarillo para que guíe a estas furcias.

En una ocasión fui a verlo a las cuatro de la madrugada.

—¿Qué demonios haces aquí, Mike? —me dijo.

Nunca antes le había dicho que me quería follar a una de sus chicas, pero ni siquiera me dejó abrir la boca.

—Lárgate cagando leches, Mike, ¿vale? Eres Mike Tyson. No te vas a follar a estas furcias de baja estofa.

A veces me veía con amigos con los que en el pasado había cometido atracos. Por entonces todos tenían sus Mercedes y, al igual que yo, parecían presentables. Quedábamos para reírnos, ir a clubs y, si una mujer bonita pasaba por delante nuestro con su pareja, yo me ponía a hablar con ella, mientras mis amigos formaban un circulo a nuestro alrededor, barrándole el paso. Aggg, yo era despreciable y ellos unos gorilas estúpidos, ignorantes y distinguidos con armas. Se quedaban mirando al tipo con expresión de: «¿Qué coño te crees que estás haciendo, negrata?». Mientras tanto, uno de ellos le está diciendo a la chica: «Más te vale ser agradable con mi amigo o mataré a tu jodido marido». Aquello eran los ochenta. Así es como se comportaban entonces los de Brownsville.

En Brownsville nunca hablaba con las chicas. Me tenían miedo porque de joven había sido muy grosero y mostrado una actitud despreciable. Las chicas de mi barrio siempre me calaban. No sabía cómo camelármelas. Por eso mis amigos se ponían en plan: «Ven aquí, criatura, déjame que te diga un par de cosas». Me resultaba más sencillo conocer chicas en el mundo de los blancos. Las conocía en sesiones de fotos o entrevistas o porque eran las modelos que me acompañaban en la sesión. Ser campeón me había otorgado algo de confianza entre las mujeres, pero también provocaba que ellas se comportaran de forma más agresiva. Esto me hacía pensar que era correcto hacer ciertas cosas. Por ejemplo, si me abrazaban no me parecía mal tocarles el culo y besarlas. Sólo tenía veinte años y no sabía más. Me creía de verdad que todas las mujeres que se me acercaban querían acostarse conmigo. Antes de ser «Mike Tyson» nadie quería saber nada de mí. Dado que no era particularmente diestro con las mujeres, intentaba volver a quedar con cualquiera con la que hubiera tenido relaciones sexuales una sola vez.

Aún carecía de las herramientas necesarias para descifrar sus intenciones. Había mujeres guapas que intentaban ligar conmigo pero yo era un pringado. En vez de decir: «Venga, subamos a mi coche» o «Vayamos a follar a mi casa», la citaba para ir al cine al día siguiente. A continuación, volvía a mi piso y me masturbaba pensando en ella, cuando

podría haberla tenido a mi lado en ese preciso momento. Lo que debería haberle dicho es: «¿Por qué no te vienes conmigo ahora mismo?». Una vez estuve hablando durante horas con una chica y finalmente me dijo: «Oye, escúchame, me voy a subir a ese coche y voy a ir a tu piso». En mi cabeza escuchaba: *Gracias a Dios, oh, gracias a Dios*. Aunque mi casa estaba en perfecto estado de revista, la rocié con desodorante y saqué condones y películas porno. Todo estaba listo. Me sentía radiante.

Cuando estaba en el Columbus con viejas celebridades que veían cuánto les gustaba a las chicas, me decían: «¿Por qué no las traes a mi hotel y cenamos juntos?». Notaban que no me desenvolvía bien con las mujeres. Cuando comenzaron a entrarme en el Columbus, me las llevaba a los servicios de la planta inferior. El local estaba abarrotado y todo el mundo nos pillaba bajando. Cuando regresábamos, la chica estaba sucia por habernos estirado en el suelo del baño. Paulie me decía: «Ey, Mike. Las devuelves hechas un asco».

Una vez que me puse a ello, no pude parar. Me concedí todos los caprichos. En Las Vegas podía tener hasta diez mujeres en mi habitación de hotel. Cuando debía bajar a una rueda de prensa, llevaba conmigo a una, y dejaba al resto para cuando regresara. A veces me desnudaba y me colocaba el cinturón para mantener relaciones sexuales. Siempre que hubiera una compañera dispuesta, yo me apuntaba. La locura del asunto es que intentaba complacerlas a todas. Aquello era imposible: esas damas estaban locas. Transcurrido un tiempo, tuve reunidos mis harenes en diferentes ciudades. Tenía a mis chicas de Las Vegas, a mis chicas de Los Ángeles, a mis chicas de Florida, a mis chicas de Detroit. Oh, demonios, ¿por qué hice algo así?

Perdí por completo el rumbo. Quemaba la vela por ambos extremos, entrenando y yendo de fiesta con idéntica intensidad, bebiendo, follando y peleándome con esas mujeres durante toda la noche. Nada más que estupideces egoístas propias de un joven forrado.

Por esta época conocí a una chica con la que conecté de verdad. Me habían presentado a algunas personas que pertenecían a los círculos más selectos de la moda. Éste no era el ambiente del Columbus sino el de «la jet set internacional se encuentra con la realeza». Por entonces tenía una novia, pero mi amigo Q se enfadó con ella por un asunto de dinero.

—Olvídate de ella, Mike. Voy a ponerte en contacto con la que posiblemente sea la mujer más bella del mundo. Sólo una adolescente, pero no tardará en convertirse en la modelo más cotizada del planeta. Mejor será que salgas ahora con ella, porque en pocos años no va a dirigirle la palabra a nadie.

Q me invitó a una fiesta a la que también acudiría. Tuvo lugar en un apartamento exquisito de la Quinta Avenida. Yo estaba relajado divirtiéndome cuando Q se acercó con ella para presentarnos. Era todo cuanto Q había prometido, a lo que se sumaba un fantástico acento inglés. Saltaba a la vista que las cosas le iban de maravilla. Empezamos a hablar y ella sabía quién era yo y parecía que le despertaba curiosidad.

Nos intercambiamos los números de teléfono, así que al día siguiente fui en busca del papelito. En él había escrito «Naomi Campbell» junto a un número de teléfono.

Lo siguiente que supe es que estábamos saliendo juntos. No podíamos despegarnos el uno del otro. Era una persona muy pasional y física. De hecho, teníamos muchas cosas en común. Había sido criada por una madre soltera. Su madre se había deslomado para poder enviarla a colegios privados en Inglaterra. Naomi había sido una joven privilegiada toda su vida.

Nos peleábamos mucho. Yo siempre andaba con otras mujeres y eso no le gustaba. No creo que estuviéramos llamados a protagonizar una gran historia de amor, pero disfrutábamos mucho de la compañía mutua. Ella estaba muy centrada en su carrera. Era una persona con una fuerza de voluntad tremenda. Y daba la cara por ti. Si me metía en una pelea, siempre estaba a mi lado, no temía usar los puños. Tampoco permitía que nadie se mostrara impertinente conmigo. Por entonces no era más que una joven buscando su camino, en realidad ambos lo andábamos buscando, y el mundo nos devoraba. No sabíamos nada de la vida o, cuanto menos, yo no sabía nada. Al cabo de pocos años, ella alcanzó la cima y nadie se le resistía. Podía tener a cualquier hombre que se le antojara. Su presencia imponía demasiado. Sólo cabía rendirse.

Sin embargo, yo no estaba preparado para unirme a una sola mujer. De modo que, además de las chicas con las que me acostaba de tanto en tanto,

empecé a salir con Suzette Charles. Suzette había quedado en segundo lugar en una edición de Miss America, pero había heredado la corona una vez que Vanessa Williams se vio forzada a renunciar al título tras la publicación de unos desnudos suyos en la revista *Penthouse*. Suzette era una chica encantadora y madura, que me sacaba algunos años.

Pero ¿qué hacía yo practicando malabarismos entre tantas mujeres? No puedo imaginarme haciéndolo hoy. Ir a casa de alguien hasta que te empiezas a aburrir, momento en que te vas a ver a otra. Al final de la noche, después de haber visitado a dos o tres mujeres, regresar a casa y llamar a una última con la que pasar la noche. Un estilo de vida bien loco, si bien todos los que me rodeaban me insistían en que era normal, dado que frecuentaba a celebridades que hacían exactamente lo mismo.

En poco tiempo había ido de pasar hambre a darme un banquete femenino. Y añadí una más al buffet. Conocí a Robin Givens. Me encontraba en Inglaterra, compartiendo cama con una chica británica. Teníamos la televisión de fondo y emitían *Soul Train*. Me di la vuelta para mirar al aparato y ahí estaba una preciosa negra participando en el programa.

—¿Quién es esa chica? —le pregunté a la británica.

No tenía ni idea, de modo que empecé a prestar atención y dijeron que los invitados de la noche habían sido los miembros del reparto de *Head of the Class*. Llamé a mi amigo John Horne a Los Ángeles, quien a su vez llamó al agente de Robin y quedamos en organizar una cena en esa ciudad cuando regresara a Estados Unidos. Me acompañó Rory Holloway, un viejo amigo de Catskill. Nos citamos en Le Dome, un bonito restaurante en Sunset Boulevard. Por entonces yo llegaba tarde a todos lados, pues pensaba que todo el mundo debía esperarme, pero debería haberme escamado que en el restaurante me aguardaran Robin, su hermana, su madre y su publicista.

Desconocía que Robin y su madre, Ruth, habían estado a la caza y captura de una celebridad negra desde que la primera se graduara en la universidad. Noté fuertes vibraciones sexuales emanando de ella, una especie de química. Ella cuenta que, más avanzada la noche, acabamos

solos y que yo me dormí en su regazo, manchándolo de babas. Me imagino que ésa es la forma de conquistar a una mujer, babearle encima.

Tras ver a Robin y Ruth en acción, caí en la cuenta de que esta última era una de esas perseverantes madres de artistas que invierten en su niña para conseguir que sea alguien importante o, cuanto menos, que se case con alguien importante. De alguna forma trampearon para conseguir que participara en *El show de Bill Cosby* y meterse luego en su casa de Los Ángeles.

No hay duda de que no quería darle ni un céntimo, pero leer la versión de Robin sobre el tiempo que estuvimos juntos es como sumergirse en la peor novela romántica/de terror que uno pueda imaginarse. En su recuento de los primeros días que pasamos juntos en Los Ángeles habla de una ocasión en que su madre y su hermana tuvieron que volar a Japón, dejándonos solos.

—No sé lo que intentas hacer o de qué va lo de este chico, no sé a quién intentas hacer daño —le dijo su madre—. A veces creo que es a mí, porque piensas que te exijo demasiado; otras pienso que es a ti misma, porque no puedes ser fiel a la promesa que te hiciste de cumplir con mis exigencias. Lo que sí sé es que quien juega con fuego acaba quemándose. Grábate mis palabras: hay cosas demasiado peligrosas para ir jugando con ellas.

Esta gilipollez suena como una mala película de la cadena Lifetime. Lo que su madre probablemente dijo fue: «Pillemos a este tío. Esto es para lo que llevo años entrenándote. No funcionó con Eddie Murphy ni con Michael Jordan, así que vamos a intentarlo con este tiarrón negro con pasta».

—¿De qué me estás hablando, mamá?

—He trabajado demasiado para que tú lo desperdicies con un…

—Mamá, sólo nos estamos divirtiendo. ¿No crees que me lo he ganado?

Ruth la Implacable actuaba como si yo fuera un aprovechado intentando agenciarme parte del dinero que reportaba la serie *Head of the Class*, con el cual no me alcanzaría ni para pagar un mes de alquiler. Hasta que no aparecí en escena, no tenían nada. Eran dos charlatanas arruinadas. No tenían ninguna propiedad. Vivían en un mundo de ilusión.

En su libro Robin dejó implícito que no nos habíamos acostado, pero la verdad es que me la cepillé la primera o la segunda noche que vino a mi hotel. En vez de esto, ella cuenta que dedicábamos horas a pasear por galerías comerciales y a jugar con cachorritos. ¿Me imaginan en una jodida galería comercial? ¿Al campeón del mundo de los pesos pesados? ¿Qué coño hago yo en una galería comercial?

Lo cierto es que no dedicaba el rato que estábamos juntos a hacerle carantoñas a los cachorritos; lo dedicaba a presentarle traficantes de heroína. Una noche, algunos meses después, caminábamos por Manhattan y, a la altura de la Sexta Avenida con la calle 41, pasamos por delante de Bryant Park y vi a un traficante al que conocía de Brownsville. Me acerqué a él, chocamos esos cinco y Robin estaba alucinada de que conociera a ese tipo. Con lo falsa que era, estoy convencido de que se sintió avergonzada de verse en compañía de alguien así. Por aquella época no estaba cómoda mezclándose con gente normal. Para mí un traficante de heroína era un tipo corriente.

Yo era un inadaptado de Brownsville que de golpe recibía cientos de elogios. Una locura. Y estaba a punto de volverse más demencial. Me estaba enamorando de Robin. Recuerdo el momento exacto.

Caminábamos por Wilshire Boulevard, en Westwood. Robin me estaba haciendo una broma sobre algo y me dio un golpe antes de salir corriendo. Yo salí corriendo tras ella y, cuando estaba a punto de alcanzarla, hizo un quiebro muy rápido y yo seguí recto, me caí y me arrastré por el suelo como si fuera a hacer un *home plate* en béisbol. Venían coches de cara, pero yo iba tan rápido que parecía haber sido disparado desde un tirachinas. Cuando dejé de arrastrarme, me levanté de un vuelo y adopté la pose de un bailarín de *breakdance*. Vestía unas ropas bien caras que habían quedado hechas trizas. Me sentía avergonzado pero mantuve la compostura. Me quedé unos segundos hablando con ella, como si no hubiera pasado nada. Robin se echó a reír. Le pareció lo más divertido que había visto nunca. Fue entonces cuando me enamoré de ella. Más tarde descubrí que aquel pequeño incidente era una metáfora de toda nuestra relación. Me provocaba, realizaba un movimiento escurridizo y yo caía rendido en sus brazos. Una partida de ajedrez en la que yo era su peón.

Pero ¿cómo podía yo pensar que iba a ser sofisticado en los asuntos del corazón? Robin era mi primera relación seria exceptuando a Naomi Campbell, la que, por cierto, se enfadó mucho al enterarse de lo nuestro. Antes que ella, sólo estaba por hacer malabarismos entre las varias chicas que me follaba y mentir un montón. De aquí que ya no mienta; acabé siendo todo un experto en la materia. De aquí quizá también que me esforzara tanto por rebajarme a mí mismo. No podía soportar ser el pez gordo y tener a todo el mundo hablando bien de mí. Me hacía sentir incómodo debido a mi baja autoestima. Me resultaba insoportable y debía castigarme y echar el freno. Me trastornaba que hubiera tantas personas dedicándome elogios. Bueno, busquemos un equilibrio. Tampoco es que sea un puto santo. Había disparado contra personas. Mis habilidades sociales consistían en hacer que un tipo acabara en coma. Si lo conseguía, recibía un plato de pasta. Así es como Cus me había programado. Cada vez que pelees y ganes, obtendrás una recompensa.

En consecuencia, Robin probablemente fuera lo que el médico debía recetarme. Una arpía manipuladora que me pondría de rodillas. En su compañía actuaba como un cachorrito amaestrado que decía: «Está bien, está bien, puedes quedarte con mi dinero, pero no te lleves ese coño, por favor, por favor». No me malinterpreten, no se trataba sólo de sexo. Diría que de lo que más disfruté fue de los momentos de intimidad. Me imagino que, por entonces, ni siquiera era muy bueno en la cama. Una vez le oí decir que sí, pero no me lo creo. Sólo era un joven enamorado. Era la primera vez que me sentía así.

En mayo estaba de regreso al cuadrilátero. Mi siguiente rival era Pinklon Thomas, un gran luchador. Antes del combate, participamos en una rueda de prensa. Me encontraba en la tarima cuando vi entrar a Robin acompañada de algunos de los actores de la *sitcom*; y me sentí exultante. Comencé a alardear y a posar para las fotos la mar de feliz. Aquello supuso un verdadero cambio, ya que jamás estaba a gusto en ese tipo de ruedas de prensa, en las que por defecto ponía cara de pocos amigos. La prensa estaba intrigada.

—¿Qué te ha ocurrido, Tyson? —me preguntó uno de los periodistas. Entonces se dieron vuelta, vieron a Robin y ataron cabos.

—No me extraña que parezca tan feliz —comentó otro.

Una vez dijeron esto, pasé a la acción. Pinklon se me acercó a estrecharme la mano y me puse en modo Iron Mike.

—Chúpame la polla —le dije.

—Ah, ¿o sea que vas a ir de este palo? Vete al diablo —me dijo.

—Estúpido negrata ignorante. ¿No sabes que soy un dios? Deberías estar de rodillas chupándome la polla en señal de agradecimiento por darte la oportunidad de luchar contra mí, me reboté. Hoy me siento profundamente avergonzado de haberle hablado así a una persona mayor.

Esperaba que Robin no hubiera oído mis palabras. Joder, desde el instante en que había entrado en la sala, había conseguido que abandonara mis rutinas. Bajé de la tarima y me acerqué a ella y a sus compañeros de reparto luciendo mi cara más amable y menos amenazadora.

—Hola, chicos, ¿cómo andáis todos?

Éste era el tipo de jodida farsa de la que hablaba Cus. Debía pasar constantemente de mi actitud megalómana a la relajada, algo confuso incluso para mí. Resulta duro intentar ser dos gilipollas diferentes en un mismo sitio.

—Tú, cabronazo, voy a matarte, negrata. ¿Cómo te encuentras, cielo?

Esa noche defendía mis dos cinturones y andaba revolucionado, pero no iba sobrado de confianza. Pinklon era un antiguo campeón al que Trevor Berbick sólo había ganado una vez y además por accidente. Empecé muy bien aquella noche y casi lo noqueo en el primer asalto. En el segundo, tercero, cuarto y quinto, sin embargo, me plantó cara. Probablemente ganó algunos de ellos. Tenía un *jab* duro y magistral, pero se limitaba a acumular puntos a fuerza de golpecitos.

Entre el quinto y el sexto asalto Kevin se acercó al rincón.

—¿Vamos a pelear o a hacer el idiota, eh? Peleamos o hacemos el idiota.

Le dije a Kevin que Thomas había empezado a cansarse antes del sexto asalto.

En el sexto conseguí un devastador gancho de izquierda que explotó en su barbilla, pero era un luchador tan disciplinado y sereno que actuó como si no le hubiera afectado. Pero yo había visto a todos los grandes

boxeadores, Robinson, Marciano, y sabía que, si te golpeaba bien, quedabas herido. No importaba la cara de póquer que me pusieras. De manera que lo golpeé con todas mis fuerzas, una lluvia de unos quince golpes rematada con un noqueo estruendoso. Cayó fulminado y, una vez impactó contra la lona, tuvo las agallas suficientes para intentar levantarse. Pero vi el dolor que reflejaba su rostro y supe que no lo conseguiría. Aquel supuso quizás el noqueo más feroz de mi carrera. Fue como si le diera al saco. No temía nada de lo que pudiera ocurrir. Piensen en el carácter que demostró el tipo. Todo ese dolor en la cara y todavía pretendía incorporarse. Pensé: *demonios. ¿No has tenido suficiente?*

Aunque había ganado el combate con un noqueo genial, no estaba satisfecho con el conjunto de mi actuación y empecé a cuestionar las peleas que Jimmy y Cayton me estaban organizando. Antes de morir Cus, tenía planeado que trabajáramos ciertos aspectos, mientras que a estos tipos no les importaba nada que no fuera ponerme a luchar con cualquiera. Quizás Cus habría pensado que el combate contra Pinkoon había llegado demasiado pronto, que era mejor haberme buscado otro rival. No dejé una buena impresión en aquel combate, a pesar del noqueo devastador. Cus se habría enfadado conmigo. Pero aquello ya había desaparecido. No debía preocuparme por alguien echándome la bronca en los vestuarios en el caso de no estar satisfecho con mi actuación. No tenía que escuchar a nadie. ¿Sabéis lo fácil que resulta relajarse cuando no hay de qué preocuparse?

Después del combate contra Thomas, dispuse de más tiempo con Robin. Practicábamos el sexo, si bien nos faltaba pasión. Ella no era de las que te chupan los tobillos y cosas así. Era pragmática. De todos modos, a mí me parecía una chica adorable. Hasta que me pilló engañándola. No paraba de engañarla y de ser descubierto. No era muy considerado por mi parte. Descubría manchas de pintalabios en la entrepierna de mis pantalones de chándal.

Y ya nos la teníamos.

Me gritaba: «Que te jodan. ¿Cómo has podido hacerlo? Aggghh». Luego arremetía contra mí, soltándome puñetazos e intentando darme una patada en la entrepierna. Era incansable hasta que yo me hartaba y le plantaba una bofetada con el objetivo de que parara, cosa que no hacía.

Contraatacaba con más fuerza. No era una chica de Brownsville, sino de los suburbios, pero no la subestiméis. Se había visto involucrada en varias peleas. Aquellos momentos me recordaban a las relaciones disfuncionales de mi madre con los hombres.

La verdad es que estaba cansado de pelear. Sobre el cuadrilátero y con Robin. El estrés de ser el campeón del mundo y tener que estar constantemente demostrándomelo pudo conmigo. Llevaba haciendo esto desde los trece años. Y no me refiero únicamente al tiempo pasado sobre un cuadrilátero. Ya fuera en un combate o durante un *sparring*, siempre había luchado contra tipos con más experiencia. Cuando ves a un campeón en un *sparring* o en un combate, normalmente se enfrenta a alguien de nivel inferior que no le complica las cosas. Mis compañeros de *sparring*, por el contrario, siempre estaban intentando hacerme daño. Eran las instrucciones que habían recibido. Si no lo hacían, los largaban a casa. Cuando empiezas a entrenarte, tienes miedo. No vas a empezar a salir y a ir de fiesta, porque sabes que debes pelear contra ese tipo que la última vez te causó un quebradero de cabeza. No vas a acercarte al bar de la esquina ni vas a visitar a una chica. Lo que vas a hacer es irte a casa, meterte en la bañera e intentar concentrarte en cómo vas a boxear al día siguiente. Aquella había sido mi vida y ya estaba harto.

Siempre había sido una persona depresiva, pero ese nivel de estrés estaba empeorando la situación. Me pasaba el día malhumorado. El 1 de agosto tuve que volver a subirme al cuadrilátero, por lo que los entrenamientos se reanudaron sin que apenas pudiera tomarme un respiro. Me instalé en Las Vegas y sentí añoranza. Echaba de menos ver y salir a divertirme con Rory y mis otros amigos de Albany. La situación tocó techo un mes antes de mi combate contra Tony Tucker. Éste iba a ser el mayor combate de mi carrera, el llamado a unificar los tres títulos.

Un día me llevé a Steve Lott a un rincón del gimnasio.

—Voy a retirarme —le dije.

La presión se estaba apoderando de mí. Debido a un problema nervioso, perdía pelo a puñados. Ya ni siquiera me importaba conseguir un tercer cinturón. Robin no representaba precisamente una roca a la que agarrarme; siempre estábamos peleando y rompiendo por una temporada. El simple

hecho de caminar por la calle aumentaba mi angustia. Se me acercaban personas a decirme que lo habían apostado todo por mí, que debía ganar o perderían la casa y la mujer los abandonaría. No quería decepcionarles.

Supongo que nunca me creí lo suficientemente bueno. Siempre fui demasiado inseguro para representar una figura tan dominante. Entre combates acudía a peligrosos bares de mala muerte en mitad de Bumfuck, Florida, donde comenzaba a pavonearme en medio de unos cabrones que iban armados con pistolas. Soltaba gilipolleces y me metía en peleas. Llevaba puesto un montón de joyas, con lo cual deberían haberme apalizado y robado. Podrían haberme matado. Doy gracias a Alá de que no lo hicieran. Si me colocabas en cualquier ciudad de cualquier país gravitaba indefectiblemente hacia los lugares más inhóspitos. A veces iba solo, sin nadie que velara por mí. Pero nunca me dispararon ni me apuñalaron. En mi barrio es donde siempre me sentía más seguro. No dejaban de preguntarme: «Mike, ¿no tienes miedo de andar por ahí?». A lo que les respondía: «Joder, lo que de verdad me da miedo es el *strip* de Las Vegas». Ahí me sentía como en casa. Veía a una mujer y a sus hijos caminando de noche en medio de un frío del demonio y me recordaban a mi madre y a mí.

De aquí que, un mes antes del combate contra Tucker, abandonara el campamento de Las Vegas y me marchara a Albany a divertirme. Salí de fiesta dos semanas seguidas. A mis amigos de los clubs les conté que me iba a retirar. Sin embargo, Jimmy me hizo poner al teléfono y comenzó a amenazarme. Todo el mundo iba a demandarme si no me presentaba al combate. Entonces debería haberme retirado, pero carecía del control sobre mi propia vida. ¿Qué sabían aquellos tipos acerca de mi vida? Jimmy pensaba que Robin sería una buena influencia, que me haría sentar la cabeza. Me imagino que acabó siendo una impostora mayor que él.

Regresé a los entrenamientos dos semanas ante de la pelea. Había estado saliendo tanto por Albany que no acabé de ponerme en plena forma. En el primer asalto Tucker me golpeó con un *uppercut* que me tiró para atrás. A todos les pareció una gran cosa, pero yo ni siquiera lo noté. Fue un simple error por mi parte. En el cuarto asalto me hice con el control de la pelea y gané casi todos los asaltos que siguieron. Los consumimos todos.

Mientras esperábamos la decisión de los jueces, Tucker se nos acercó a Rooney y a mí.

—Eres un boxeador endemoniadamente bueno. No te preocupes, te daré una nueva oportunidad de pelear contra mí —dijo.

—¿Te crees que has ganado? —dijo Rooney—. Lárgate de aquí.

Tony empezó a rezarle a Jesús. No le resultó de ayuda. Gané por unanimidad pero no me hizo sentir bien. En aquel punto de mi vida nada me hacía sentir bien. Larry Merchant debió percibir algo mientras me entrevistaba para la HBO tras la pelea.

Después del combate, Don King organizó una coronación de mentirijilla para celebrar que había ganado el título unificado. Yo ni siquiera quería acudir, pero Jimmy me dijo que formaba parte del negocio, así que tuve que hacerlo. Me sentí formando parte de un circo de *freaks*. Chuck Hall, el *ring announcer*, se había disfrazado de caballero medieval inglés. Estaba rodeado de seis Beefeters con trompeta que vestían trajes de terciopelo azul de la época isabelina y gorros con plumas. Condujeron a mis dos «víctimas» por una alfombra roja, «el Señor Quebrantahuesos» y «el Señor Pinky». Hull tomó la palabra.

—¡Atención!, ¡atención! En nombre de las gentes que forman el mundo del boxeo, en el glorioso año de mil novecientos ochenta y siete, por la presente se hace saber que en tierras tanto próximas como lejanas, un hombre entre el resto se erige en triunfador en los cuatro rincones del cuadrilátero de batalla, y aquí es celebrado con trompetas como el definitivo campeón del mundo de los pesos pesados.

A continuación Don King dio uno de sus tradicionales discursos vehementes de mierda. Lo único que deseaba era ser más famoso que los boxeadores. Los ejecutivos de la HBO y los promotores de los combates desfilaron luego por la alfombra roja. Un coro de niños cantó. Habían invitado a celebridades como Dennis Hopper y Philip Michael Thomas para repartir trofeos que recibió hasta el más insignificante de los funcionarios. Cuando le llegó el turno a mi amigo Eddie Murphy, se puso a improvisar: «Este hombre le ha pateado el culo a todo el mundo y no le han dado ningún trofeo. Todos los blancos tienen uno. No lo comprendo».

Reservaron lo mejor para el final. Me pusieron por encima de los hombros un albornoz de chinchilla de la peletería Le Nobel, hicieron que Ali me colocara una corona enjoyada sobre la cabeza y tachonada de «baratijas, rubíes y chismes», según King. Me dieron un collar con joyas y un cetro con joyas comprado en la joyería Felix.

—¡Larga vida al rey de los pesos pesados! —gritó Don. Me sentía como un payaso. Actos seguido, me pidieron que hablara. ¿Qué demonios podía decir?

—¿Todo esto significa que me van a pagar mejores bolsas? —solté.

—«Es un placer estar aquí. Ha sido un camino muy largo. Espero poder defender el título el máximo tiempo posible». Me sentía como un imbécil.

Contaba con una motivación extra de cara a mi siguiente combate. El 16 de octubre me enfrentaría a Tyrell Biggs en Atlantic City. Seguía celoso de él por haber conseguido una medalla de oro olímpica cuando yo estaba apartado. Los especialistas en boxeo empezaron a meterse conmigo. Escribían gilipolleces sobre cómo Biggs era capaz de vencerme. Wally Matthews del *Newsday* de Long Island escribió: «Mike Tyson arroja dudas sobre lo bueno que realmente es». Pensaban que mis actuaciones fuera del cuadrilátero podían estar saboteando mi crecimiento.

Una semana antes del combate me entrevistaron al respecto.

—Creo que hasta ahora jamás había odiado a nadie. Creo que odio a Tyrell Biggs —dije—. Quiero darle una buena lección. Quiero hacerle mucho daño.

Lo que de verdad quería decir era que deseaba machacar al novio de América. Deseaba ser el villano, pero esto no significaba que no aspirara a la medalla de oro. Además Biggs me había faltado al respeto en una ocasión en un aeropuerto. Volábamos juntos a las Olimpiadas de Los Ángeles. Él iba a combatir y yo a limitarme a observar y a pasarlo bien. Se nos acercó una fan a decirnos: «Buena suerte en las Olimpiadas». A lo que Biggs replicó: «¿Qué? Querrás decir buena suerte con el vuelo, no con su pelea. Él no va a combatir en las Olimpiadas».

Por aquel entonces ese tipo de gilipolleces se me quedaban grabadas. Entrenaba muy duro. Estaba motivado para darle una paliza. Ni siquiera me gusta hablar de aquella pelea. Fueron siete asaltos de un castigo demoledor.

Le di codazos, golpes bajos, le pegué con el asalto finalizado. Salió a relucir mi lado oscuro, estúpido, ignorante, ese lado del que me avergüenzo. Prolongué el castigo durante siete asaltos. Yo era un crío inseguro que quería ser especial a costa de otro.

Simplemente me estaba comportando como un capullo. Sí que le oí emitir ruidos de dolor, pero no gritos.

La siguiente pelea también encerraba un componente personal. Desde los catorce años había estado hablando con Cus sobre cómo vencer a Larry Holmes. Me había diseñado un plan de acción: golpearle con la derecha, cubrirme con mi *jab*. Si ganaba a Holmes, me veía formando parte de la historia del boxeo al poder vengar a Ali de su derrota, igual que Sugar Ray Robinson había vengado a Henry Armstrong al vencer a Fritzie Zivic.

Tres semanas antes de la pelea, Kevin me lanzó una advertencia:

—Holmes es mejor boxeador que Biggs y te estás entrenando con menos intensidad que contra él —me dijo—. Será mejor que te pongas las pilas.

Así lo hice.

Fui a la rueda de prensa previa y me aburrí. Siempre las detesté. A veces llegaba a dormirme. No había nada que me interesara escuchar. Sólo deseaba combatir. No quería tener que pasar por todo eso. Don King soltaba sus galimatías y sus chorradas, inventándose todo tipo de palabras ridículas: «El matrimonio entre las peleastas a puñetazos y la desmunificencia de la iluminación, la critación y la emancipación». ¿Quién podría querer escuchar semejantes majaderías?

Pero en esta rueda de prensa en concreto, opté por despreciar a Holmes. Pasé a la ofensiva. Holmes respondió poniéndose arrogante.

—Soy yo el que va a hacer historia, no Mike Tyson, si él va a pasar a la historia por algo es por ser un hijo de puta. Si resulta que gana el combate, acabará autodestruyéndose.

Supongo que aquel día fue Nostradamus.

Batimos el récord de localidades vendidas. Acudió un montón de celebridades —Jack Nicholson, Barbra Streisand, Don Johnson, Kirk Douglas.

Conseguí enfurecerme tanto mientras calentaba en el vestuario que hice un agujero en la pared. A veces soy un animal. Paso de ser una persona racional a una irracional en una décima de segundo. Me vienen a la cabeza los abusos que sufrí de niño y en cómo me robaban el dinero. No pretendía golpear la pared, pero lo hice con mucha fuerza. Había estado calentando y sabía que la pared era bien sólida. Le daba golpecitos, pam, pam, pam y luego, ¡boom! La atravesé con la mano.

Vinieron a verme diversas novias. Ahí se encontraba Robin, también Suzette Charles. Pero fui lo suficientemente tramposo para colar a otras chicas sin que lo supieran mis representantes. Le conseguí dos entradas a un tipo con cuya hija tenía un rollo. Otra vino acompañada de su hermano. Fui la mar de retorcido.

Hice mi entrada sin música. Iba al grano. Hicieron que Ali subiera al cuadrilátero a saludar a la concurrencia. Se acercó a mi rincón. Me dijo: «A por él».

Sonó la campana y nos pusimos a ello. Le ganaba todos los asaltos. No se había entrenado lo suficiente y temía lanzar golpes. En el cuarto asalto, me encontraba contra las cuerdas cuando el árbitro gritó: «Descanso». Tan pronto lo dijo, lancé esa combinación de dos golpes de la que Cus solía hablar. Pam, pam y lo envié al suelo. Se levantó pero estaba grogui. Bastaba con que lo tocara, ni siquiera necesitaba golpearlo en la barbilla. Yo iba a toda pastilla y él conseguía evitar la mayoría de mis puñetazos. Resultaba difícil impactarle porque tenía los brazos muy largos y cazaba los golpes al vuelo. Sin embargo, llegó un momento en que cometió el error de soltar un *uppercut* y conseguí llevarlo contra las cuerdas y, pam, lo noqueé. Intenté ayudarlo a levantarse, pero su rincón no me permitió acercarme.

Así que me incliné para que pudiera oírme.

—Eres un gran luchador. Gracias.

—Tú también eres un gran luchador, pero que te jodan —me respondió.

—Que te jodan a ti también, capullo.

En la rueda de prensa posterior fui muy modesto.

—Si el rival hubiera estado en plena forma, no hubiera tenido la menor oportunidad —dije. No es que hubiera pasado página y me hubiera convertido en un ser humilde de la noche a la mañana. Estaba parafraseando

a Fritzie Zivic, el gran campeón, sus palabras tras vencer a Henry Armstrong. Ya os daréis cuenta de que me paso el rato citando a mis héroes, las frases nunca salen de mí.

Tras la pelea tuve el honor de que Barbra Streisand y Don Johnson vinieran a verme al vestuario. Adoraba a Barbra. Era de Brooklyn como yo.

—Tu nariz me parece muy sexy, Barbra —le dije.

—Gracias, Mike —me dijo.

¿Os podéis imaginar a un chaval de veintiún años viviendo un sueño como éste? ¿Que la maldita Barbra Streisand me viniera a saludar al vestuario? Cus siempre me decía que podría tener cualquier cosa de las que veía por televisión. Y eso incluía a las mujeres. Robin no fue la única chica a la que conocí de esta manera. Si me encaprichaba de un coche exótico, sólo tenía que llamar a cualquier rincón del mundo para que me lo customizaran y me lo enviaran por barco.

Tenía todo lo que quería, pero no era feliz conmigo mismo. El mundo exterior ya no me hacía feliz. No sabía cómo alcanzarla interiormente porque la felicidad, algo que sólo descubrí mas adelante, nace de un trabajo interior. De modo que, en semejante estado de desesperación, hice lo último que debería haber hecho. Me casé.

Me casé con Robin porque estaba embarazada y me emocionaba la idea de convertirme en padre. No hay más razón que ésa. El problema es que Robin no me contó que estaba embarazada. Lo hizo Jimmy Jacobs. Él lo averiguó cuando Ruth, la madre de Robin, lo llamó para decírselo. Obviamente yo en aquel momento no lo supe, pero era todo una patraña. Robin nunca estuvo embarazada. El hecho de que la mujer con la que me acostaba no me hubiera dicho nada, debería haber supuesto una pista. Todo lo que hacían esas dos mujeres era pura fachada. Robin le contó al mundo que había dejado la Facultad de Medicina de Harvard para intentar convertirse en actriz pero, cuando los periodistas fueron a indagar, no encontraron registro alguno que lo acreditara. No importa cuánto asegures amar a alguien; si le engañas, tarde o temprano esa mentira acabará por atraparte. Así eran Robin y su madre. Personas rebosantes de confianza,

artistas del timo que fregaban la prostitución. Ruth demandó públicamente al gran jugador de los Yankees Dave Winfield por causarle herpes. Y sabes que algo anda mal cuando durante tu graduación universitaria recibes los abucheos de tus 129 compañeros, algo que le ocurrió a Robin.

Yo no sabía que se podía mentir sobre un embarazo. No sabía que ocurrieran cosas así. Quise hacer lo que me pareció honorable, pero hice el pringado. Yo era El Pringado. Igual que el resto de negros, quizás debería haber sido un cretino. Pero ni hablar del peluquín. Yo era el que le colocaba diamantes debajo de la almohada, pero ni siquiera eso era capaz de complacerla. De aquí que, cuando acudimos a ver el partido del All-Star de la NBA celebrado en Chicago en febrero de 1988, la llevé a casa de un conocido mío que era cura y le pedí que nos casara al instante. Ni siquiera le pregunté si quería casarse conmigo, fue un acto impulsivo. Se hizo la tímida y yo tuve que intimidarla ligeramente, o al menos así me lo pareció, hasta que estuvo de acuerdo y el padre Clements nos casó en el vestíbulo de su casa y, a continuación, nos dirigimos al club de un amigo a celebrarlo.

Cuando regresamos a Nueva York, Ruth ya había llamado a Jimmy; lo había amenazado con llevarnos a Las Vegas a casarnos, a menos que accediéramos inmediatamente a contraer matrimonio legal en Nueva York. Jimmy quería que lo aplazáramos para que firmáramos un acuerdo prenupcial, pero yo estaba tan enamorado que no me importaba ningún acuerdo. De modo que nos dirigimos al ayuntamiento de Nueva York, conseguimos una licencia y nos casamos oficialmente. Sin más demora, Ruth empezó a hablar de comprar una mansión donde viviéramos los tres. Robin siempre me había dejado claro que ella y su madre formaban un pack, pero nunca dejó de haber algo muy extraño en su relación. Demasiado raro incluso para ser analizado por los freudianos. No disponían de una palabra para categorizarlo. Robin no era del sexo requerido para padecer el complejo de Edipo. Creo que padecía el complejo de Edipo.

6

Por esta época conocí al mundialmente famoso y legendario proxeneta/escritor Iceberg Slim. Ojalá lo hubiese conocido antes de casarme con Robin. Él me habría abierto los ojos. Una noche me encontraba en un club de Los Ángeles cuando me topé con Leon Isaac Kennedy. Nos pusimos a hablar y, como quien no quiere la cosa, me soltó que Iceberg le había hecho un comentario.

—Perdona, ¿te refieres a Iceberg, el escritor? —le pregunté.

Leon me contó que eran amigos; no me lo podía creer. Para mí Iceberg poseía una estatura mítica. Su apodo se lo ganó la noche en que, estando hasta las cejas de cocaína en su club favorito, un tipo disparó contra la persona que tenía a su lado. La bala pasó rozando a su amigo y le hizo un agujero en el sombrero. Él ni se inmutó; se limitó a sacarse el sombrero para inspeccionar la entrada y la salida de la bala. A sus amigos les pareció tan imperturbable que decidieron llamarlo Iceberg.

Le dije a Leon que quería conocerlo y, al día siguiente, pasó a recogerme para conducirme hasta su casa. Vivía en un apartamento cochambroso en la parte menos recomendable de Crenshaw. Estaba ya en la setentena y vivía solo. Estuvimos charlando sobre su vida y sus libros. Siete horas ininterrumpidas. Me lo había imaginado hablando en un tono ordinario, propio de un tipo de las calles, pero era muy erudito y de verbo elegante. Pronunciaba cada sílaba con precisión. En ese momento pensé que durante sus años en prisión se había convertido en un autodidacta, aprendiendo aquellas palabras del diccionario. Luego descubrí que, antes de optar por la mala vida, había acudido a la universidad. Me mostró fotografías de bebé y de niño y era un encanto de criatura. Berg era un

personaje extremadamente interesante. Uno nunca habría dicho que se encontraba frente a una persona tan arraigada en el mundo del vicio.

Berg no era un tipo feliz y sonriente y ni siquiera parecía contento de que lo hubiera ido a visitar. Daba la impresión de pensar que era algo que tenía que ocurrir. Era el Puto Amo. Cuando uno observa a esas prostitutas en sus tacones altos y sus vestidos de colores extravagantes, se imagina que son unas payasas, pero su confianza está por las nubes. No podemos entender cómo alguien puede conseguir que hagan lo que hacen, pero todo radica en la confianza. Nos reímos de esos tipos y a su vez los envidiamos. ¿Cómo alcanzan semejante grado de control para convencer a esas mujeres de hacer todo eso y luego recibir dinero por ello?

—Tendría que enfundarme mis pantalones de cuero y no me apetece. Con todos los respetos le dije que le compraría lo que necesitara, pero era un tipo con clase y rechazó mi oferta.

Una vez traje conmigo a Don King, Rory y John Horne. Slim yacía en la cama en pijama; nosotros nos sentamos en un andrajoso sofá al pie de la cama, como unos colegiales. Estábamos rindiéndole pleitesía a Berg por lo que, si queríamos hablar, teníamos que levantar la mano, decir: «Disculpe, Señor Berg» y formular la pregunta. Eso de tener que alzar la mano y esperar turno seguro que puso de los nervios al maldito arrogante de Don.

En uno de mis turnos le pregunté:

—Señor Berg, ¿cómo funciona ese rollo de ser el puto amo? ¿Significa poder controlar a una chica y conseguir que haga lo que desee?

—No, eso no es ser el puto amo —me respondió lentamente Berg—. Ser el puto amo es cuando controlas todos los elementos, como me ocurre a mí aquí. Sé todo lo que está pasando. Ser el puto amo no tiene que ver con las mujeres. Ser el puto amo las lleva hacia ti, las atrae y les hace saber lo que deben hacer. Para que el puto amo las atraiga, debe estar en el ajo. Se sienten magnetizadas; ser un puto amo es un imán. No tiene que ver con obligarlas a hacer lo que deseas, ellas ya saben lo que deben hacer. Están automáticamente en el ajo, se sienten atraídas por el imán que supone ser un puto amo y ya está, todo juega a tu favor. Te traen dinero, te ocurre cuanto deseas. Todo eso que habréis escuchado decir a los jóvenes sobre lo que

hacen y cómo les pegan, no está bien. Es la mujer la que elige; hablamos de una elección, no de un forzamiento.

Berg parecía satisfecho con su situación. No había nada en él que me hiciera pensar que se sintiera inseguro por algo. Vivía en un apartamento ruinoso que costaría unos cincuenta mil dólares, mientras que yo era millonario. Yo llevaba más dinero en mi cartera que el valor total de su casa. Pero era a él a quien estábamos homenajeando. Aquel día, antes de marcharnos, le dije a Don que le diera algo de dinero. Le soltó unos diez mil.

Otro día Iceberg empezó a largarme un discurso.

—Mike, tú eres un hombre muy peligroso. Te vas a marchar de aquí y no vas a dejar de tener problemas con las mujeres el resto de tu vida, porque eres capaz de follarte cualquier cosa. Y luego quieres entregarte a tope, darles todo lo que tienes. Chico, vas a tener problemas con ellas toda la vida. Puedo ver cómo quieres satisfacerlas a todas y ése es un juego en el que siempre vas a salir perdiendo. Dejas que invadan tu mente. No eres un tipo sentimental, debes pasar de una a otra porque, de lo contrario, te comportas de un modo demasiado emocional con las mujeres. Siempre vas a tener una especie de conexión con ellas o ellas contigo, porque tienes la necesidad de satisfacer esa sensación. Y esto es muy peligroso. Peligroso para ti. Te metes presión, no te sientes a gusto si no eres capaz de satisfacerlas. Este problema nació con tu madre. De algún tipo de conexión que tenías con ella.

Berg estaba enfermo y se disponía a morir. Me dijo que quería uno de esos ataúdes que se cuelgan de la pared, lejos del suelo, para evitar así que los insectos y las cucarachas pudieran llegar hasta él.

—Ahora escúchame, Mike, no quiero que me entierren. Quiero colgar de la pared. No quiero que los insectos y las cucarachas me coman. Soy guapo, Mike. No quiero que me coman los ojos. Yo le he prestado un gran servicio al mundo, Mike.

Así de arrogantes son los proxenetas. Un proxeneta desea asistir a su propio funeral para pasar lista. No le importa estar muerto, sólo que nadie haya faltado a la cita.

De manera que saqué veinticinco mil dólares en efectivo de mi cartera y le dije: «Bergie, amigo, no te preocupes por ello. Aquí va tu lugar en la pared». Iceberg cogió el dinero y dijo: «Gua, tío». Pero ni una sola vez dijo «Gracias». Por cosas así lo quería. Fue auténtico hasta el final. Creo que esperaba que fuera yo el que dijera «Gracias» por permitirle entregarle mi dinero. A la mayoría de proxenetas no les importa nadie, pero sabía que él era diferente. Si no hubiese creído que era una buena persona, jamás le habría entregado el dinero.

Alrededor de una semana después de que Robin y yo nos casáramos, pasé una noche en Catskill. Al despertarme, vi que había nevado, por lo que llamé a Bill Cayton para decirle que me sería imposible bajar a la ciudad. Me había pedido que firmara un nuevo contrato de representación en el que se habían introducido cambios para garantizar que, si Jim o Bill morían, sus viudas obtendrían su parte de los beneficios. Aquello parecía un asunto menor, pero se me deberían haber disparado las alarmas cuando Bill hizo que un inspector de policía viniera a recogerme en un coche oficial para conducirme a la ciudad. Deseaban desesperadamente que firmara aquellos papeles.

Jimmy y Bill se encontraban ahí, acompañados de José Torres. Torres iba a ser desposeído del cargo de comisario de boxeo de Nueva York, pero supongo que estaba ahí para echarles una mano a sus amigos Jimmy y Bill.

Mi siguiente combate era contra Tony Tubbs en Japón. Si me pensaba que en Estados Unidos me trataban como a una celebridad, lo de Japón pasaba de castaño oscuro. Cuando mi avión aterrizó, se desató la histeria con miles de fans agasajándome. Éramos la atracción principal del Tokio Dome, un nuevo recinto con capacidad para sesenta y cinco mil personas. Una hora después de ponerse las entradas a la venta, ya se había vendido el 80% del aforo. El promotor japonés, el señor Honda, había escogido personalmente a Tony Tubbs porque pensaba que era quien tenía más posibilidades de resistir hasta el final del combate y complacer así a la audiencia. Don King llegó a prometerle un plus de cincuenta mil dólares si

se presentaba con menos de 107 kilos. Pero Tony atravesaba problemas por entonces y no lo consiguió.

Robin se vino conmigo a Tokio y Larry Merchant la entrevistó antes de la pelea.

—Las mentes más curiosas quieren saber una cosa: ¿cómo pudo una mujer que estudió en la Universidad Sarah Lawrence y en la Facultad de Medicina de Harvard acabar enamorándose de un hombre que se graduó en la escuela de los mamporrazos? —le preguntó.

—Dios, a mí también me gustaría saberlo. Tenemos mucho en común. Familias tradicionales. Fue amor a primera vista. Al principio resultó complicado, pero lo superamos y acabamos casándonos.

¿Familias tradicionales? Sí, tradicionales para Iceberg Slim quizás. Pero es que a Robin le encantaba chupar cámara.

La pelea no se alargó mucho. Tanteé a Tubbs en el primer asalto y me alegró ver que no iba a intentar agarrárseme. Con semejante peso le habría resultado difícil correr. De hecho, en el segundo asalto intercambiamos algunos golpes y lo dejé aturdido con un golpe de izquierda a la sien. A continuación, descargué una batería de puñetazos despiadados al cuerpo y, cuando consiguió salirse de las cuerdas, lo noqueé con un gancho de izquierda.

Al ser entrevistado por Larry Merchant después del combate, adopté mi pose habitual de megalómano.

—Me niego a que me hagan daño, a ser noqueado. ¡Me niego a perder!

En el avión de regreso a Nueva York, Robin se puso toda mandona. Arrinconó a Bill Cayton y, según el testimonio de él, le dijo: «Soy la señora de Mike Tyson y a partir de ahora voy a tomar el control». Exigió ver todos los contratos que me ligaban a Bill y Jim. Si quería repasar los papeles, a mí ya me parecía bien. De haber estado Jimmy ahí, la situación se hubiese manejado con más mano izquierda. Tenía más habilidad que Bill en el trato con la gente. Jimmy, sin embargo, no había podido viajar ya que se encontraba hospitalizado en Nueva York. Me había mentido contándome que no podía asistir a la pelea, al encontrarse tras la pista de unas grabaciones de boxeadores negros del cambio de siglo que eran una rareza.

Nadie me había dicho que Jim estaba gravemente enfermo, por lo que, cuando a los pocos días de regresar a Nueva York recibí en mi limusina una llamada de Robin, me llevé un disgusto de lo más inesperado.

—Michael, Jimmy ha muerto —me dijo.

Me quedé hecho polvo. Conocía a Jimmy desde hacía mucho tiempo. Al estar muy unidos, sentía que Cus me había confiado a él. Si Cus era como un padre para mí, Jimmy era como un hermano. De manera que pueden imaginarse cuánto se agravó mi dolor al enterarme de que Jimmy llevaba nueve años padeciendo una leucemia linfática crónica de la que me había mantenido al margen. Peor aún, todos habían estado mintiéndome al decirme que no estaba tan enfermo. Quizás por eso Bill había insistido tanto en que un policía me escoltara a firmar el contrato antes de que volara hacia mi pelea contra Tubbs.

Al día siguiente volé a Los Ángeles para asistir al funeral. La marcha de Jim provocó que los buitres comenzaran a volar en círculos en busca de carne fresca: la mía. Don King se hallaba ahí y los dos hicimos de porteadores del ataúd de Jim. Me sorprendió que Bill hubiera escogido a Don cuando lo había intentado apartar de la promoción de mis combates. Me apuesto algo a que Don lo había engatusado diciéndole que lo ayudaría a manejarme. No es que yo me sintiera particularmente cercano a Cayton. Durante la ceremonia fúnebre, Don y José Torres se quedaron en la parte de atrás de la capilla, probablemente haciendo negocios. Estoy convencido de que José estaba maniobrando para conseguir representarme. Pronto iba a quedarse sin trabajo.

Mientras atendía el funeral, Robin y su madre montaban un numerito en las oficinas neoyorquinas de Merrill Lynch que gestionaban mis cuentas. Bert Sugar, el gran escritor de boxeo, se encontraba presente en ese momento y pudo ver cómo Robin y su madre les gritaban a los empleados de Lynch.

«Dadnos nuestro dinero», exigían. Cuando mi ejecutivo de cuentas se negó, Robin lo llamó «cabrón». Querían retirar cinco millones de dólares en efectivo para comprarnos una mansión en Nueva Jersey que la madre de Robin había escogido. Antes de que volara a Los Ángeles, Ruth me hizo firmar un papel por el que otorgaba poderes legales a Robin de cara a que

retirara el dinero. La mañana del funeral, Robin me llamó desde las oficinas de Lynch y me puso al teléfono con el ejecutivo. Me explicó que mi dinero estaba colocado en fondos de inversión a corto plazo, libres de impuestos, que vencían el 14 de abril. Aquellos intereses iban a poder cubrir la mayoría de mis cargas impositivas de 1988, por lo que era reticente a sacar el dinero. Lo escuché y le dije que les diera el dinero. Estaba enamorado. Era el Gran Pringado.

Ruth nos había encontrado una bonita casa en Bernardsville, Nueva Jersey, a cincuenta kilómetros al oeste de Nueva York pero, debido al tráfico, se diría que se hallaba a quinientos kilómetros de la ciudad. Era una enorme casa de piedra que en su día había pertenecido al subsecretario de Estado de Franklin Delano Roosevelt. La decoré con el asesoramiento de una mujer española y entre los dos escogimos un mobiliario de lo más opulento y lujoso. Cada habitación era temática: una de estilo mediterráneo, otra victoriano. No me enteré en su momento, pero resulta que Ruth iba diciéndoles a mis amigos que, si querían hacernos un regalo de bodas, andábamos necesitados de muebles. ¿Se dan cuenta del tipo de liantas con las que tenía que vérmelas?

No pasé mucho tiempo en aquella casa. Cuando Robin trabajaba, nos quedábamos en su domicilio de Los Ángeles. Sin embargo, de tanto en tanto organizábamos una fiesta. Ruth y Robin odiaban a mis amigos de Brownsville. Eran tan estiradas que no querían rebajarse a tratar con gente de barrio. Robin llegó una vez al extremo de alquilar lavabos desmontables para evitar que mis amigos entraran en la casa a mear.

El mismo día que desencadenaron un terremoto en las oficinas de Merrill Lynch, notificaron a la oficina de Cayton que exigían tener acceso a todos mis registros financieros. Después de casarnos fue como si se hubiera activado un interruptor. Robin se volvió más exigente. Nada podía contentarla. Ella y su madre deseaban ejercer un control creciente sobre mí. Yo me harté de aquello y me dediqué a follarme a más y más mujeres.

No sólo eran Robin y su madre. Ahora que Jimmy no estaba, todo el mundo rivalizaba para controlarme. Las mujeres tuvieron una reunión conmigo y su abogado, Michael Winston. Obtuvieron todos los registros financieros, pero no entendieron una sola palabra, por lo que se los

enseñamos a Don King. Aquello fue la palanca que necesitaba. Empezó a envenenar la mente de Robin y Ruth sobre Cayton, ya que éste maniobraba para apartarlo de mis futuras promociones.

La verdad es que yo vivía bastante ajeno a todas estas intrigas que me rodeaban. En junio iba a disputar uno de los combates más importantes de mi carrera, un enfrentamiento con Michael Spinks, considerado por algunos el campeón de los pesos pesados del pueblo llano. Había tenido que renunciar a su cinturón de la IBC al retirarse del torneo unificado. Yo me entrenaba para la cita. No me interesaba repasar línea por línea ningún jodido contrato. El Pringado.

Los tres acudimos a las oficinas de Merryl Lynch y transferimos diez millones de dólares a otro banco para que ellas pudieran tener derecho a extender cuantos cheques desearan de esa cuenta. Esto ocurría después de que me hubiera gastado mas de medio millón de dólares en joyas, ropa y pieles para ambas, a lo que hay que añadir otros ochenta y cinco mil dólares en un BMW para Robin.

Justo antes de disponerme a rodar un anuncio para Diet Pepsi, Ruth hizo parar máquinas y llevó a cabo una maniobra extorsionadora con Cayton. Aceptó rebajar su parte de los beneficios de un tercio a un 25%. Lo cual, todo sea dicho, estaba bien. La mayoría de representantes no obtenían más de un 10 o un 15%, mientras que él se estaba embolsando un tercio de mis ingresos publicitarios.

A finales de mayo, Ruth hizo que su perro de presa, Winston, presentara una demanda civil para deshacerse de Cayton como mi representante. Lo cierto es que yo no me oponía. A fin de cuentas, todos me habían estado mintiendo sobre la enfermedad de Jimmy. No podía fiarme de esos tipos. Sentía que debía empezar de cero. La idea de que fuera saltando de las manos de Jimmy a las de Bill como si fuera un bien de su propiedad me ponía enfermo. No sabía por dónde tirar. Los combates me seguían provocando sentimientos enfrentados. Cuando tenía una pelea programada, meditaba en la retirada. Cuando no la tenía, ansiaba combatir. Tenía la cabeza hecha un lío.

Robin aseguraba haber sufrido un aborto espontáneo. En teoría llevaba tres meses embarazada cuando nos casamos. Ahora estábamos en junio y no

había engordado ni un gramo. Lo siguiente que supe es que yacía en la cama asegurando que había perdido a nuestro bebé. Visto con perspectiva, me alegro de que no tuviéramos un hijo, aunque por entonces una parte de mí lo deseaba. De todas formas, ella no deseaba un hijo mío. Se habría muerto de haber salido un negrito con el pelo tan rizado como su papá.

Toda esta presión me estaba socavando. Participé en una rueda de prensa con periodistas especializados en boxeo en la que se me fue la pinza.

—Arruináis las vidas de la gente. Soy un gilipollas por el simple hecho de estar hablando con vosotros. Debería arrancaros la cabeza. Mi mujer y mi suegra están siendo despedazadas. Cuando estoy sobre el cuadrilátero, se me acaban los problemas. Es fácil olvidarte de ellos cuando alguien te está lanzando puñetazos a la cabeza. La gente metida en el negocio de las peleas es muy mala. Creía que las personas de donde yo venía eran criminales, pero estos tipos son peores de lo que jamás podría llegar a ser la gente de mi barrio. No velan por mis intereses, me aseguran que lo hacen, pero no es así. Me dicen: «He hecho esto por ti y lo otro también», pero mienten. Todo lo que hacen, lo hacen por ellos. De todo lo que consigo, ellos se llevan un porcentaje mayor.

Robin y su madre me la habían jugado desde el principio. Me tenían pillado, pero no pudieron aguantar lo suficiente y quedarse más tiempo casadas conmigo. Probablemente era demasiado intenso para ellas. Probablemente pensaban: «Si resistimos un poco más, conseguiremos el dinero pero, Dios mío, este tío está demasiado chalado».

De manera que empezaron a ejecutar su Plan B.

El 13 de junio, dos semanas antes de mi gran pelea contra Spinks, Wally Matthews del *Newsday* recibió una llamada de una tal Olga. Olga era la asistente de Ruth, su esclava, pero afirmaba ser vicepresidenta de la presunta empresa de Ruth. Bueno, dejémoslo en que tenía una oficina. Una oficina financiada por el principal inversor de su empresa; Dave Winfield. Ruth obtuvo ese dinero antes de demandarlo por un supuesto contagio de herpes. Olga le contó a Matthews que Ruth y Robin estaban siendo crucificadas en la prensa y que deseaban dejar las cosas claras. Yo abusaba físicamente de ambas, aseguró Olga. Pero no era mi culpa. Simplemente no sabía relacionarme.

Puesto que Wally era un periodista serio, le dijo que iba a necesitar que alguien realizara declaraciones, a lo que Olga le respondió que volvería a contactarlo. Al día siguiente, lo llamó para decirle que ni Robin ni Ruth iban a hablar, pero que estaban de acuerdo en que el tema saliera publicado. Wally le dijo que aquello no era suficiente; seguía necesitando declaraciones. Esa misma noche volvió a llamarlo con el número de teléfono de la hermana de Robin en Portugal, donde se encontraba asistiendo a un torneo de tenis. Stephanie lo confirmó todo. Declaró que me había presentado borracho en la *sitcom* que Robin rodaba en Los Ángeles, que me dedicaba a romper luces, que insultaba a Robin y le pegaba en la cabeza con el puño cerrado. «Sabe cómo y dónde pegarle sin causarle daños aparentes». Claro, como si yo fuera un puto maestro de kung fu. Pero Stephanie añadió que no era mi culpa porque NO SABÍA SOCIALIZAR.

En ese momento Wally sintió que lo estaban engatusando. Sonaba a que Olga y Stephanie estaban leyendo del mismo guión. De manera que Ruth la Implacable lo invitó a su «oficina». Wally acudió y se encontró con un lugar oscuro y pavoroso como la gruta de una bruja. Hasta las paredes eran de color negro. Winston, su abogado/perrito faldero, se encontraba ahí y le indicó a Wally que no podía utilizar su grabadora. Pero mi hombre era un tipo hábil y astuto. Metió una mano en el bolsillo y encendió la grabadora que llevaba escondida. Ruth dijo que quería hacer público el asunto por culpa de Cayton. Deseaba que yo entendiera que se trataba de negocios, por cuanto velaba porque a Robin y nuestros hijos no les faltara de nada.

—He llegado a querer de verdad a Mike —le dijo a Wally—. No hay duda de que él nos quiere a Robin y a mí.

Cayton, sin embargo, había envenenado a la prensa contra ella, lo que había degenerado en amenazas de muerte y llamadas obscenas. Estuvo una hora dale que te pego. Y, de repente, sorpresa, sorpresa, Robin apareció en la oficina/gruta.

—Oh, mamá. No sabía que tenías compañía —dijo con entusiasmo—. ¡No sabía que la prensa estaba aquí!

En pocos segundos le caían las lágrimas. Sí, sollozó, Mike le había pegado.

—¿De modo que es cierto? —preguntó Wally.

—No puedes citarme, esto debe ser *off the record* —dijo Robin.

Pero a continuación dijo: «Mike ha cambiado una barbaridad en el año y cinco meses que lo conozco. De verdad pienso que Michael NO SABE RELACIONARSE. Sólo tiene veintiún años y es muy joven para su edad».

Al día siguiente, Wally me llamó a Atlantic City, donde estaba entrenándome, para obtener mis reacciones a la historia de Robin y mi suegra. Me dejó un mensaje y le devolví la llamada.

—¿Cuál es el problema? ¿Qué es tan urgente? ¿Estoy en apuros?

Escuché cómo Wally me detallaba las acusaciones de maltratos físicos vertidas por Ruth y Robin. Por descontado, desmentí esa gilipollez. Acto seguido, me preguntó cómo me sentía frente a estas revelaciones de mi familia.

—Estupendamente. Me has abierto los ojos a un montón de cosas. No puedes soltar cosas feas de una persona, llamarlo cabrón, y luego decir que lo quieres. Lo que básicamente están diciendo es que soy un inútil. No lo entiendo. Quizás no soy su hombre. ¿Me entiendes? Quizás no soy lo suficientemente hombre para ellas. Ya me las apañaré. Siempre encuentro la manera de apañármelas.

Robin también acudió a una emisora local de Nueva York y, en las noticias de las cinco, declaró que había descubierto que me habían volado veinte millones de dólares de mis cuentas. También aseguró que unos detectives privados estaban siguiendo a su madre y que Cayton le había ofrecido al padre Clements cincuenta mil dólares para ayudarnos a obtener el divorcio. Y, a continuación, soltó algo increíble: «Michael lo ha orquestado todo».

¿Qué cojones había hecho yo? Esas dos eran unas sinvergüenzas de lo más repugnantes. Además de ir detrás de mi dinero, creo que estaban tan centradas en sí mismas que deseaban ser mucho más de lo que eran. Querían ser la cara del producto, mi cara.

El artículo de Wally iba a llegar a los quioscos el domingo, de modo que el sábado ambas mujeres vinieron a mi centro de entrenamiento. No querían que leyera la historia sin prepararme de antemano. Aseguraron que se las había malinterpretado. Y El Gran Pringado se las creyó.

—Bill estará muerto y enterrado de aquí a diez años, pero yo seguiré con mi mujer —declaré a la prensa—. Está intentando avergonzarme y que parezca que no puedo meter en cintura a mi mujer y que las dos son cazafortunas.

Robin se encontraba a mi lado y aportó su grano de arena.

—Están intentando destruirnos; quieren sacar a la luz con quién me acuesto en vez de preocuparse de los asuntos de Mike. Hoy hemos tomado una determinación con respecto a Cayton.

—Es una serpiente, un individuo despiadado —dije.

—Bill está acabado —juró Robin.

Mientras tanto, Ruth la Implacable era citada en otro artículo: «Soy su madre sustituta, no su representante. Soy el pegamento que mantiene unida a esta familia. Si yo caigo, lo hacemos todos».

Menudas putas delirantes. En paralelo, Don acechaba entre bastidores, esperando a que las mujeres le dieran el golpe de gracia a Cayton para lanzarse a ocupar su sitio. Llegó a decirme que esas dos se estaban pasando con el numerito. Mientras todo esto ocurría, José Torres seguía intentando colarse lentamente en la foto y representarme. No cabe duda de que yo era la gallina de los huevos de oro. Michael Fuchs de la HBO me describió como una «caja registradora en calzones». Deseché la idea de que José Torres me representara en un artículo del *New York Post*, de modo que se las arregló para conseguir de Time Warner un adelanto de 350 mil dólares, una cifra muy elevada por entonces, por los derechos de un libro. Cuatro años antes, José le había prometido a Cus que iba a escribir un libro sobre cómo me moldearon para que acabara siendo un campeón. Se suponía que José debía compartir los beneficios de la obra con Camille, pero ahora resultaba que había vendido por su cuenta a un editor los derechos por una biografía autorizada de mi persona.

Dios, me sentía perdido. Pero este cúmulo de distracciones hizo que me centrara más al subir al cuadrilátero, donde podía alejarme de tanta gilipollez. Durante los *sparrings* noqueaba a diestra y siniestra. Justo antes de la pelea, volvía a ser el mismo de siempre. Al periodista del *Boston Globe* le dije: «Voy a destrozar a Spinks. Los voy a destrozar a todos. Cuando combato contra alguien, deseo comerle la moral. Deseo arrebatarle

su hombría. Deseo arrancarle el corazón y mostrárselo. La gente dice que eso es primitivo, que soy un animal. Pero luego pagan quinientos dólares para verlo. Soy un guerrero. Si no fuera boxeador, andaría por ahí transgrediendo la ley. Está en mi naturaleza».

Me imagino que tanta bravuconería empezó a afectar a Spinks.

—Sentir un poco de pánico en la vida es positivo —le dijo a los medios en la rueda de prensa previa al combate.

Rebosaba de confianza antes de medirme a Spinks. Sin embargo, continuaba sin recibir el respeto que merecía por parte de la gente de la calle, la cual llevaba siguiendo los logros de Spinks más tiempo que los míos. Mientras paseaba por Nueva York o Los Ángeles los días antes de la pelea, se me acercaba gente a hablarme.

—Spinks te va a tumbar, negro. Te va a patear el culo.

—¿Acaso te drogas? —les decía—. Tienes que ser un extraterrestre para creerte algo así.

Sólo eran individuos llenos de odio.

Me dijeron que Robert Duran quería acudir a la pelea y me sentí muy emocionado. Le pedí a Don que le diera dos entradas si aceptaba visitarme en el vestuario para conocerlo. Hizo algo mejor. El día en cuestión se acercó a mi habitación de hotel. Estaba tan feliz de poder conocer a mi héroe que supe que iba a ganar. Vino acompañado de su amigo Luis de Cubas, quien empezó a darme consejos del tipo: «Ve por él tan pronto suene la campana». Duran intervenía: «Cierra la jodida boca. Tómate tu tiempo, chico. Usa tu *jab*. Resguárdate detrás de tu *jab*».

La noche del combate la corte de Spinks intentó desestabilizarme. Butch Lewis, su representante, vino a ver cómo vendaban mis guantes.

—No, no, tenéis que sacarle el guante y volver a vendarlo —dijo Lewis cuando Kevin ya había acabado—. Hay un bulto en la venda.

—No pienso hacer nada. Que te jodan —le dije.

—No te tengo miedo —me dijo Lewis. Vuelve a vendar ese guante.

—Soy Dios, no tengo por qué hacer nada —le dije con desdén.

—Bien, pues esto sí que lo vas a hacer, Dios —dijo Butch.

—Que te jodan —dijo Rooney.

Acabamos llamando a Larry Hazzard, el comisario de boxeo de Nueva Jersey, y a Eddie Futch, el entrenador de Spinks. Ambos dieron el visto bueno al vendaje.

Pero yo estaba cabreado.

Spinks fue el primero en subir al cuadrilátero. Decidí que quería desquiciarlo mentalmente un poco, así que entré en el recinto con música de funeral. Me dirigí lentamente hacia el cuadrilátero. Miraba al público como si quisiera matarlos a todos. Sólo quería generar un ominosa atmósfera de miedo. Mientras avanzaba era cien por cien consciente de la presencia del público. Mi concentración se dirigía por completo a proyectar mi imagen de asesino. Pero también quería fusionarme con el público. Empecé a realizar mis ejercicios extracorporales con la idea de fusionarnos y de cara a que, una vez en el cuadrilátero, me bastara levantar los brazos para que todos se quedaran extasiados. Acto seguido, sería testigo de cómo la energía de mi rival se evaporaba lentamente.

Robin hizo que Winston le entregara a Cayton, que se encontraba en uno de los laterales del cuadrilátero, una demanda judicial. Llevaba puesto un vestido corto de color rojo eléctrico y se sentó junto a Don. Por descontado que éste se mostró entusiasmado cuando le comentó lo de la demanda. Norman Mailer también había acudido. Luego escribió algo interesante: «Tyson tenía un aspecto ausente, no temeroso ni preocupado, sino encerrado en una pequeña parte de sí mismo, como si arrastrara un problema que no había sido capaz de solucionar». Norman llevaba razón, pero tenía más de un problema.

Tan pronto subí al cuadrilátero y posé los ojos en Spinks, supe que tenía que golpearlo. En el momento de recibir las instrucciones, ni me dirigió la mirada. Mientras aguardábamos a que sonara la campana, Kevin me comentó que se había apostado su porción de los beneficios a que lo noqueaba en el primer asalto. Apenas sonó la campana, me lancé hacia él. Lo acosé durante un rato, intercambiamos algunos golpes y supe que no iba a hacerme daño, ni siquiera notaba sus puñetazos. Cuando llevábamos un minuto, lo puse contra las cuerdas y le solté un *uppercut* con la izquierda y lo tumbé con un derechazo al cuerpo. Ésa era la primera vez en su carrera que Spinks iba a la lona. Tuve la certeza de que el combate se había

acabado ahí, porque llevaba toda la semana tumbando a mis *sparrings* con puñetazos al cuerpo. Y además Spinks había acabado en el suelo con un golpe que ni siquiera me había parecido tan contundente. Se incorporó de inmediato, recibió el conteo de ocho segundos y reemprendimos la pelea. Tres segundos después, lanzó un puñetazo salvaje, yo desenfundé un *uppercut* con la derecha y sanseacabó. Regresé a mi rincón con las manos extendias, palmas en alto. Esto era algo que hacían todos los grandes boxeadores, un gesto con el que se demostraba humildad, pero en mi cabeza seguía siendo el más grande.

En la rueda de prensa posterior al combate, declaré que era capaz de tumbar a cualquier hombre del planeta y que, hasta donde yo sabía, aquella bien podía haber sido mi última pelea. Creía ambas cosas. Ciertamente no quería volver a boxear hasta no tener resueltos todos los asuntos personales. A esas alturas ya era consciente que debía deshacerme de las mujeres y de mi equipo de representantes. Necesitaba volver a empezar, aire fresco.

Tras la pelea se organizó una fiesta a la que asistieron muchas celebridades: Stallone, Bruce Willis y Brigitte Nielsen. Al atravesar el salón, vi a mi hermana Denis siendo el centro de atención en una mesa. *Oh, oh, mejor me largo porque sé que va a avergonzarme*, pensé. Intenté escabullirme, pero me alcanzó su resonante voz: «¡Mike!». Seguí caminando como si no la hubiera oído. «¡Mike! Mike, cabronazo, será mejor que vengas aquí ahora mismo». Regresé a la mesa.

—Mike, consígueme una Diet Coke. ¡Y rapidito! —me dijo mi hermana.

—Sí, Niecey —le dije.

Hay cosas que nunca cambian.

Dediqué mi victoria a Jimmy Jacobs. Después tuve que hacer mi visita de rigor a la tumba de Cus. Cada vez que defendía mi título, acudía ahí con una enorme botella de champagne y lo celebraba con Cus. A Cus le pirraba el champagne. A Rooney le encantaba meterse conmigo por esa tradición.

—Deja de colocar la maldita botella junto a la tumba de Cus —me decía. Cada vez que veía una botella de Dom Pérignon junto a la tumba,

sabía que era mía.

Después de la pelea contra Spinks, la situación se volvió bastante loca. Cayton se sentía indignado con la demanda, pero a nadie de la prensa se le ocurrió que estaba mal que Jim y Bill me zarandearan como si fuera un objeto de su propiedad. Si alguien había sido de verdad traicionado, era yo. Tras la muerte de Jim, no iba a aceptar de ninguna manera que Cayton me representara. De haber seguido Cus con vida, habría desaparecido mucho tiempo atrás. A Cus no le gustaba Cayton porque había trabajado con la IBC, su enemigo mortal.

Las mujeres habían reclutado a Donald Trump para que las aconsejara, pero aquello se reveló una mala decisión. No era un entendido en boxeo. No sabía nada acerca de negociar bolsas, derechos auxiliares, derechos extranjeros, acuerdos televisivos. Ya había demasiada gente lucrándose a mi costa como para permitir que se alargaran estas disputas. En julio Bill renegoció su contrato a la baja, pasando a un 20% en sus comisiones de representación y a un 16% en cuestiones de promoción y publicidad. Uno de los motivos que llevó a todo el mundo a llegar a un acuerdo fue que mi bolsa del combate contra Spinks se había visto retenida para cubrir las demandas judiciales. Al fin cobré mi cheque de diez millones de dólares y Bill consiguió sus cinco.

Recibía presiones de todos lados para regresar al cuadrilátero, pero yo no tenía prisa alguna. Se suponía que debía combatir contra Frank Bruno en Londres, pero en la rueda de prensa organizada para anunciar el acuerdo con Clayton, los dejé a todos boquiabiertos.

—Creo que voy a pasar de la pelea contra Bruno y tomarme entre seis y ocho semanas de relax. Ahora simplemente no me apetece pelear —dije.

Por entonces pasaba cada vez más tiempo con Don King. Había visitado Cleveland en mayo y me había quedado en su casa unos días. Don había conseguido que firmara un acuerdo promocional con él, pero lo mantuvimos en secreto hasta después de la pelea contra Spinks. Nos la había jugado a todos a la perfección.

Ese año Don me llevó a ver un concierto de Michael Jackson. Don había organizado actos promocionales para él y su padre, de modo que me condujo al *backstage* al acabar el show. Ya había saludado a Joe Jackson en

algunas de mis peleas, puesto que era aficionado a las apuestas. De modo que nos encontrábamos en el *backstage* y Michael estaba solo, de pie en un rincón, a la espera de que lo recogiera su chófer. Nadie se le podía acercar. Sin embargo, vio cómo me rodeaban algunas personas a la caza de un autógrafo. Quería estrecharle la mano antes de que se subiera al vehículo, por lo que me acerqué hasta él.

—¿Cómo está, señor Jackson? Es un placer conocerlo —le dije.

Hizo una pausa de unos segundos y me inspeccionó con la mirada.

—Te conozco de algún sitio, ¿no es cierto?

Aquella noche se cagó en mí. Sabía quién era yo, pero fui incapaz de enfadarme, pensé que había sido bonito. No podía esperar a utilizar esa frase con alguien.

Cuando Don King vino a Nueva York el 16 de agosto, soltó la bomba de que había firmado conmigo un contrato exclusivo de promoción. Bill armó en cólera y amenazó con una demanda. A estas alturas, las mujeres ya no pintaban prácticamente nada. Habían perdido su batalla por hacerse con el control de mis negocios. De manera que seguían aferradas a su Plan B: pintarme como un monstruo y conseguir un suculento acuerdo de divorcio. Durante todo el verano, Robin no cesó de conceder entrevistas en las que declaraba que me comportaba de forma violenta con ella. Pero cuando los periodistas le solicitaban pruebas, no había forma de que pudiera respaldar su gilipollez de acusaciones. De verdad que no me gusta hablar mal de la gente y, hasta donde yo sé, quizás han cambiado, pero por entonces eran las víboras más rastreras de toda la galaxia.

El siguiente plan de las mujeres consistía en que me ingresaran en un pabellón psiquiátrico con el fin de apoderarse de mis finanzas. Ruth la Implacable no dejaba de insistir en que fuera a ver a un psiquiatra al que conocía, el doctor Henry McCurtis. Me negué. De modo que hablaron con él por teléfono y le hicieron extenderme unas recetas de litio y thorazine. Les contó que yo padecía una depresión maníaca. Ruth la Impacable reclutó a su hermano Michael para que me diera los medicamentos, pero él pensó que era una estupidez. Primero empezó diciéndome: «Mike, ¿tú quieres esta medicina?», y acabó pidiéndome: «Mike, no te tomes esta mierda. Yo que tú no lo haría». A continuación Ruth intentó que fuera mi amigo Rory quien

se asegurara de que me las tomaba. Ruth la Impacable llamaba cada día para cerciorarse de que lo había hecho. A Rory le importaba un pimiento, con lo cual se limitaba a decirle que se nos habían acabado, lo que, luego me contaba, la llevaba a asegurarle que al día siguiente recibiríamos más por FedEx.

Estaba bebido, que no drogado, cuando me vi inmerso en un altercado callejero con Mitch Green. Desde que lo había vencido sobre el cuadrilátero, todo le había ido cuesta abajo. Había sido pillado por drogas, arrestado por negarse a pagar peajes y por atracar una gasolinera. Supuestamente se había quedado con el contenido de la caja registradora, bajo la cual había atado al dependiente, y luego vaciado los bolsillos de los que paraban a repostar.

Una noche de finales de agosto había salido de clubs y decidí acercarme a la tienda Dapper Dan a recoger unas piezas de ropa que estaban confeccionándome. Se trataba de una cazadora blanca de cuero que llevaba escrito en la espalda DON'T BELIEVE THE HYPE, el nombre de la canción de Public Enemy, y unos *shorts* cortos de cuero banco de Daisy Duke a juego. Ey, que yo por aquel entonces estaba muy en forma, de ahí quequisiera lucir mis musculosos muslos. Todos los artistas de hip hop / traficantes de droga vestían de Dapper por entonces y la tienda abría hasta muy tarde. De modo que llegué sobre las cuatro de la madrugada. A mí no me va el hip hop ni las drogas, pero sí que me van las calles y Dapper Dan era nuestro punto de encuentro.

Comprarme esos trapos siempre me hacía feliz, por lo que estaba de buen humor. Pero esto cambió pronto radicalmente cuando el gilipollas chiflado de Mitch Green entró de forma arrolladora en la tienda con el pecho descubierto.

—¿Qué coño haces aquí, maricón? Tú y tu maldita novia Don King me jodisteis en aquella pelea. Sois todos una panda de maricones —empezó a despotricar—. ¡Mira cómo hablas! ¡Menudo maricón!

Entonces vivía en el mundo amable y educado propio de los blancos, con el que esperaba conseguir contratos promocionales, pero, agazapado en mi interior, habitaba un asesino sediento de sangre. Intenté canalizar la

situación apelando a mi elocuente lado judío, aprendido de hombres de negocios como Jimmy Jacobs.

—A ver Mitch, párate a pensar en lo que estás haciendo. No creo que el camino que buscas emprender resulte a largo plazo beneficioso para tu salud. Recuerda que ya te tumbé cuando nos citamos en el cuadrilátero —le dije—. Necesitas dirigirte con efecto inmediato a la salida más cercana.

—¡No me tumbaste! —gritó—. No comí. Ese cabrón de Don King no me dio comida.

De verdad que no quería seguir discutiendo porque no deseaba matar a ese tonto del culo. Así que recogí mi ropa y salí. Aquel negro tarado me siguió a la acera sin parar de vociferar y desvariar. Entonces tuve una epifanía. *Yo era Mike Tyson, el indiscutible campeón mundial de los pesos pesados. No tenía por qué aguantar esa mierda*.

Se me acercó a un palmo de la cara y empezó a arañarme. Al bajar la vista, vi que me había desgarrado el bolsillo de la camisa. Hasta aquí podíamos llegar. Le di un fuerte golpe en el ojo. Yo iba bebido y no advertí que él iba a tope de polvo de ángel, lo que significaba que no iba a ser capaz de devolverme el golpe. Era como pelear contra un crío de diez años. Lo arrastré calle arriba y no dejaba de chillar. Peleó mejor sobre el cuadrilátero de lo que lo hizo aquella noche.

Yo no paraba de lanzar puñetazos y de machacar a este tipo que zigzagueaba y se tambaleaba de un lado a otro, siempre a punto de caer sin acabar haciéndolo. Así que me marqué una patada a lo Bruce Lee en *Enter the Dragon* que le dio en el culo y lo tumbó. Mi amigo Tom, que solía hacerme de chófer cuando había bebido, intentó apartarme de su lado.

—Ey, Mike, creo que has matado a este negro —me dijo.

—Bueno, quizás no debería haberme tocado las pelotas —dije. Ya nos habíamos dado la vuelta para dirigirnos al coche cuando ese zombi salido de *La Noche de los Muertos Vivientes* se levanta igual que Jason en la jodida *Viernes 13* y me suelta una patada en la entrepierna.

—¡Que te jodan, maricón!

Aquello no había estado bien. Le salté al cuello y empecé a soltarle puñetazos hasta tirarlo al suelo, donde le agarré la cabeza y se la estampé contra el asfalto hasta que perdió el conocimiento. Cansado, me encaminé

hacia el coche. Conducía un Rolls Royce Corniche de color amarillo canario. En 1988 estaba valorado en 350 dólares. Entré y esperé a que Tom se colocara al volante. Tom subió.

—Conduce ya, larguémonos de aquí —le dije.

—Ni hablar. Tenemos a ese negro chiflado bajo las ruedas —dijo Tom.

Miré por la ventana y Mitch volvió a emerger a la superficie. Gritaba y chillaba y golpeaba la ventana. Arrancó de cuajo uno de los retrovisores. Cincuenta mil dólares al garete. Había conseguido enfurecerme a tope.

Abrí la puerta, le agarré la cabeza y le dediqué mi golpe maestro, un *uppercut* con la derecha. ¡Boom! Mitch salió volando por los aires y cayó de cabeza como un muñeco de trapo. Todo el mundo que se ha visto envuelto en una pelea callejera sabe que, cuando tu cabeza golpea dos veces contra el suelo, el primer rebote te deja inconsciente y el segundo te despierta. Bueno, Mitch sólo había rebotado una vez y comenzó a salirle una asquerosidad blancuzca de la boca. A estas alturas, estábamos rodeados de proxenetas, prostitutas y drogatas que no dejaban de emitir «Ooooooos». Me asusté. Pensé que estaba muerto. Le había hundido las cuencas oculares, roto la nariz, fracturado algunas costillas y tenía un ojo cerrado por vacaciones, pero yo no me sentía satisfecho. Gracias a Dios por el numeroso público porque, de no estar ahí, le habría torcido el cuello y matado al gilipollas. No soy nada dulce cuando bebo.

Ésta es la última vez que tendré que preocuparme por Mitch, pensé. Error. Unos días después, tenía una cita con una exótica y sexy chica de África central llamada Egipto, Somalia o uno de esos países. Ya saben, de las que lucen turbante y vestidos floreados. Comíamos en la terraza de una cafetería que te hacía sentir como en un París para negros cuando, al mirar en dirección a la calle, vi a un tipo voluminoso montado en una bicicleta de diez velocidades.

Ése no puede ser Mitch Green, porque sé que ese cabrón es un puto zombi que no puede salir a la calle de día, pensé para mis adentros. A punto de girar la esquina, se dio la vuelta y cruzamos la mirada. Oh, mierda. Dio marcha atrás y se acercó a la camarera, que se parecía a Queen Latifah en la película *Jungle Fever*.

—¿El de ahí es Mike Tyson? —preguntó.

—Sí, es Mike Tyson —le dijo a Mitch—. ¡Ey, campeón! —gritó en mi dirección señalando a Mitch. Me miró con expresión de «Tú te apañas con éste».

¿Por qué hizo eso aquella chica? ¿Por qué? Mitch arremetió contra nuestra mesa.

—Puto maricón. No me pateaste el culo. Sólo me alcanzaste con un puñetazo a traición —dijo.

—Ah, ¿así que te golpeé una vez y me bastó para fulminarte, hundiéndote un lado de la cara, rompiéndote dientes, costillas y lo demás?

Estábamos a punto de enzarzarnos de nuevo cuando la hermana Egipto/Somalia me colocó una mano en el brazo. Brazo al final del cual sostenía un cuchillo de carne. Aún no era vegetariano.

—No te alteres. No te precipites, hermano. Eres demasiado valioso para nosotros. Éste es el tipo de trampa que te tiende el hombre blanco. No quieres acabar en la jaula del hombre blanco.

Si ya me hubiese acostado con ella, habría saltado sobre ese negro para rajarlo con mi cuchillo. Pero aún no lo había hecho, por lo que lo dejé correr y me alejé de Mitch. Volvió a montarse en su bicicleta, pero ya había corrido la voz y algunos de mis amigos del barrio lo persiguieron y dispararon para asustarlo. Al final no me llevé el gato al agua con Egipto/Somalia.

Sí que atraje mucha atención con esa pelea. Al día siguiente tuve que presentarme en los juzgados al recibir una citación por un simple asalto, una falta. Además me había fracturado la mano con ese contundente *uppercut*, con lo cual mi siguiente pelea con Bruno tuvo que aplazarse.

Ahora tenía a los medios de comunicación en mi contra. Primero te elevan a los altares y luego te arrastran por el fango. Así son las cosas. No importaba que me hubiera visto desafiado y asaltado por un consumidor de polvo de ángel que estaba fuera de control. Todo el mundo quería saber qué hacía en Harlem a las cuatro de la madrugada. Empezaron a indagar en mi pasado para encontrar cualquier porquería en mis años en Catskill, inventándose historias delirantes sobre episodios violentos que habían sido silenciados. Incluso mi amigo Wally Matthews cargó contra mí en *Newsday*.

—En su calidad de indiscutible Campeón Mundial de los Pesos Pesados, millonario y atleta destacado, que lucha por ser un ejemplo para la juventud, especialmente para los jóvenes negros menos afortunados, Tyson debería ser más sensato. Supone una mancha más en su crecientemente mancillada imagen personal.

Violento. Monstruo. Antisocial. Qué iba a ser lo próximo, ¿paciente en un psiquiátrico? Esto es lo que tramaban las Dos Implacables. El 4 de septiembre me encontraba en Catskill con Camille. Últimamente no había visto mucho a Robin e Implacable, pero de tanto en tanto me había ido tomando esas malditas pastillas que me había recetado McCurtis. Camille era contraria a que me las tomara; consideraba que me dejaban atontado y ausente. A mí me gustaba un poco esa sensación de aturdimiento, pero ella me urgió a pedir una segunda opinión. Mientras estuve ahí, Robin no dejó de llamarme a todas horas para decirme: «¿Qué se te ha perdido allá arriba? ¿Por qué no estás con nosotras?» y ese tipo de gilipolleces.

—Que te jodan. No quiero volver a hablar contigo. Quiero el divorcio. Quiero suicidarme —le dije un día antes de colgarle. Estaba hecho una furia y me subí al coche para ir al pueblo a hacer unas compras. Había llovido y el camino de acceso a la casa estaba embarrado. Para alcanzar la carretera principal uno debía recorrer quince metros en un ángulo de diez grados. Encendí el motor del enorme BMW y pisé el acelerador, pero las ruedas se quedaron atascadas dando vueltas en el fango, de modo que pisé más a fondo el acelerador y salí derrapando en dirección a un árbol. Planeaba estamparme contra él para llamar la atención, jamás con la intención de matarme. Me golpeé la cabeza contra el volante y lo siguiente que supe fue que tenía a Camille abofeteándome la cara e intentando practicarme el boca a boca para reanimarme.

Genial, mi «intento de suicidio» simulado se volvió en mi contra. No quería morir, ni siquiera hacerme daño. Sólo buscaba atención. Seguía amando a Robin y deseaba que se sintiera mal por todo el daño que me había causado. Llegado a ese punto, aún seguía con una mentalidad adictiva. Me tomo el veneno y me quedo esperando a que se muera mi enemigo.

Puesto que perdí el conocimiento durante un rato, Camille llamó a una ambulancia que me llevó al hospital local de Catskill. Alguien debió avisar a Robin pues, mientras me acomodaba en la habitación y cenaba algo de comida china que le había pedido a Jay que me fuera a buscar, entró de una estampida en el hospital, seguida por cámaras de televisión y otra ambulancia. Llegaba dispuesta a solucionarlo todo, justo a tiempo para las noticias de las cinco.

—¿Has visto qué mierda me has obligado a hacer? —le gruñí.

Los doctores dictaminaron que sufría una contusión en el pecho y un severo trauma encefálico, por lo que decidí que me trasladaran al Hospital Presbiteriano de Nueva York. Por descontado, Robin se mantuvo pegada a mi camilla, apartando dramáticamente a los fotógrafos mientras procuraba quedar en el centro de sus objetivos. Al llegar a la ciudad, Robin y su madre entregaron al hospital una lista de visitantes autorizados. En ella estaban Donald e Ivana Trump, Howard Rubenstein, el relaciones públicas, y sus abogados. No eran mis amigos aunque, de todos modos, mis amigos nunca se acercaban cuando aquellas Dos Víboras andaban cerca.

Sin embargo, recibí una visita inesperada. Tenía la ventana abierta cuando oí que se producía algún jaleo en la acera. Me asomé y mis ojos no daban crédito a lo que veían. Era Mitch Green en medio de una nube de medios de comunicación. Iba descamisado, haciendo boxeo de sombra y gritando: «¡Nenaza Tyson es un mariquita! Voy a patearle el culo». No podía librarme de ese payaso. Si alguna vez ha existido un negro que se parezca al monstruo de Frankenstein, ése ha sido Mitch Green.

Cuando al día siguiente abrí el *Daily News*, entendí el motivo de que el relaciones públicas estuviera en la lista de invitados. Llevaba un largo artículo firmado por un tal McAlary, a quien no conocía y que no era un entendido en boxeo. En él aseguraba que mi accidente había sido un firme intento de suicidio.

Afirmaba que le había dicho a Robin: «Voy a salir a matarme. Voy a salir a estamparme con el coche». También se leía que, una semana antes, la había amenazado de muerte. «Amigos» anónimos declaraban que me había comprado dos escopetas en Catskill con la intención de suicidarme. Sentado junto a mi lecho, un afligido Givens me había oído decirle: «Te dije que lo

haría. Y, tan pronto como salga de aquí, volveré a hacerlo». McAlary escribía que las dos mujeres me suplicaban que fuera a ver al doctor McCurtis y que «algunas fuentes sostienen que McCurtis tenía intención de que Tyson fuera ingresado para realizarle una evaluación psiquiátrica».

BINGO. No era necesario ser un estudiante de Medicina de Harvard para ver que aquellas dos mujeres estaban confabulando para hacerme pasar por un psicópata fuera de control, que necesitaba ser ingresado y que mi fortuna pasara a estar bajo su control.

McAlary llegó a decir que llevaba enfermo muchos años y que había estado medicándome hasta que Cus me lo prohibió porque sólo le importaba tenerme peleando. Una patraña asquerosa. McAlary escribió que sólo Trump, Rubenstein y Parcher, su abogado, entendían de verdad mis necesidades y estaban más interesados en mi bienestar que en mi próximo combate. El campamento de Robin debía de haber filtrado esta memez a la prensa. Y la Implacable debía haber desenterrado esa mierda de que conocía el modo de golpear a Robin sin dejar señales, puesto que se incluía en el artículo. En efecto, soy un sofisticado Fu Manchú negro la mar de hijo puta. Así que se supone que yo, Iron Mike, sé cómo pegar a la gente sin dejar marcas. Claro, yo, que he cimentado toda mi carrera sobre el arte de romper huesos. Cuanto más profundizabas en ese artículo, más saltaba a la vista que las Dos Implacables habían dejado sus huellas de cabo a rabo. Supongo que estaban intentando conseguir una demanda de divorcio basada en mi crueldad mental antes de que yo presentara la mía.

McCurtis llamaba sin descanso a Camille para pedirle que se asegurara de que me tomaba mi medicación. Escasos días después, volé a Moscú con Robin, su madre y su publicista porque iban a rodar su *sitcom* ahí. Siempre me había fascinado la historia de Rusia, por lo que decidí apuntarme al viaje. Solía escuchar a Cus y Norman Mailer hablar sobre Tolstói, de modo que me convertí en un gran fan de la cultura rusa y de sus boxeadores.

Antes de partir, tuvimos que responder a las preguntas de los periodistas. Me mofé de la historia de mi intento de suicidio.

—Amo a mi mujer. No pego a mi mujer. No voy a dejar nunca a mi mujer y mi mujer nunca me va a dejar a mí.

Estaba en modo El Pringado.

—Nadie, repito, nadie va a cargarse nuestro matrimonio —dijo Robin —. Sigo en él, amo a Michael y voy a cuidarlo. Michael me ama demasiado como para matarse y dejarme sola.

Sí, seguiría en él hasta que consiguiera el dinero.

Cuando regresamos de Moscú, empezaron a filtrarse a la prensa un montón de cuentos sobre cómo había estado fuera de control. Supuestamente había corrido por los pasillos del hotel pegando alaridos, me había quedado colgando de una cornisa y amenazado con matarme. Imagino que olvidaron que nos encontrábamos en Rusia y que sus policías me habrían dado una buena tunda si hubiera hecho algo parecido. Las mujeres llegaron a intentar que me detuvieran en Rusia, pero no lo consiguieron. Nos hallábamos en la recepción de nuestro hotel cuando Robin y su madre comenzaron a gritarle a un guardia de seguridad que me arrestara. El tipo se me acercó y me dijo: «Venga, no pasa nada. Estas mujeres son unas liantas».

Sacó una botella de vodka y bebimos juntos.

Cuando los periodistas estadounidenses indagaron en busca de pruebas que corroboraran los cuentos demenciales de Robin, entrevistaron a uno de los productores de su serie, el cual dijo: «Mike se comportó como un perfecto caballero en Rusia».

Un miembro del equipo de maquillaje de la serie le dijo a una amiga que aquella historia de que yo le pegaba a Robin era una gran mentira.

—He leído en los diarios que han reproducido declaraciones de Robin asegurando lo mucho que le pega y apaliza. Yo la maquillo, la veo. Esa mujer no tenía morados. No comprendo cómo está saliéndose con la suya.

Pocos días después de volver de Rusia, Ruth y Robin consiguieron finalmente arrastrarme a visitar al doctor McCurtis. Tras llevar una hora explicándome cuán enfermo estaba, empecé a creerle. Tenía diplomas colgando de la pared. Si hubiese sido yo el que le hubiera dicho que era un boxeador pésimo, ¿acaso él me lo hubiera rebatido? De manera que ya habían conseguido convencerme de que era un maníaco-depresivo. El doctor no había dejado de taladrarme al respecto. Mirad, yo sabía que siempre había sido una persona tendente a la depresión y, en ocasiones, había sufrido ataques maníacos de energía que me habían tenido varios días

sin dormir. Toda mi vida había sido así. Por tanto, me convencieron de que me tomara los medicamentos y me hicieron desfilar delante de las cámaras.

—Nací con esta enfermedad. No puedo evitarlo. Quizás por esto tenga éxito en lo que hago. Es como atravesar una metamorfosis, pasando de sentirme muy muy deprimido a muy muy nervioso, siendo esta última frase abrumadora. Ya saben que estoy en contra de las drogas, pero es como ir colocado y ser incapaz de dormir durante tres o cuatro días y estar constantemente acelerado. Simplemente te vuelves paranoico, es anormal —dije.

—Lleva años sintiéndose así y todos han mirado hacia otro lado —dijo Robin metiendo baza—. Michael necesita que lo protejan mucho. Aquí no se trata de colocarle una tirita. A quién le importa si vuelve o no a combatir; este hombre tiene toda la vida por delante. Vamos a afrontar juntos su tratamiento.

Ahora que volvía a ser un zombie gracias a esas pastillas, las Dos Implacables decidieron que tenían que deshacerse de Camille. Tras la muerte de Jimmy, yo me había hecho cargo de sus gastos. Ambas le dijeron a Camille que, si yo iba a pagar todas las facturas de su casa, esta debía estar a su nombre. Cuando me lo dijeron, me puse como una moto. Le dije a Robin: «¿Has perdido la puta cabeza, zorra?». Al día siguiente, Robin llamó a Camille para ordenarle que se mantuviera lejos de mí. En aquel momento no me enteré.

Todo el mundo me pregunta sobre aquel programa infame llamado *20/20*. Recientemente Barbara Walters seguía mostrándose preocupada ante la posibilidad de haber roto nuestro matrimonio. Si esto hubiese sido cierto, habría deseado que nos entrevistara mucho antes. Lo más divertido del asunto es que no hace mucho averigüé que Robin ni siquiera debería haber acudido. Hubo un segmento con Cayton que se rodó en su oficina. A continuación, el equipo de filmación acudió a mi casa a grabarnos a la Implacable y a mí, por separado. Cuando el equipo se disponía a recoger sus bártulos, Robin se llevó a Barbara a un lado y le contó que continuaba sin tener toda la verdad.

Me imagino que a Robin le constaba que Barbara mordería el anzuelo.

Yo no tenía ni idea de lo que ella iba a decir cuando me sentaron en un sillón que quedaba a su espalda. Volvieron a encender las cámaras. La cosa empezó de forma inocua.

—Eres una actriz con una licenciatura universitaria y culta. Él es un hombre que no acabó el instituto y que estuvo ingresado en un correccional de menores. Por lo menos en la superficie, sois dos personas muy diferentes. ¿Por qué lo amas? —le preguntó Barbara a Robin.

—Porque es listo y amable; posee un lado increíblemente dulce. Porque Michael me quiere más que a nada en el mundo. Siento que me necesita, lo que me gusta, eso me gusta —respondió efusivamente.

—Por eso la amo, realmente siente que es capaz de protegerme —añadí. Podía oír a Cus gritar: «¡Bastardo mentiroso!».

—¿No hubo un acuerdo pre matrimonial? —dijo Barbara.

—¿Por qué debería haberlo habido? —dijo Robin—. Nos casamos para estar siempre juntos. No para planear un divorcio.

A continuación, Barbara me preguntó qué pensaba sobre lo que Robin acababa de decir.

—Si vas a casarte con alguien, es porque confías en esa persona; de eso se trata el matrimonio, de estar juntos durante el resto de vuestros días. Tengo muchos millones, a mi mujer le basta con pedírmelos y se le dará todo lo que tengo. Si lo desea ahora mismo, que lo coja, puede irse en este mismo instante, agarrar cuanto tengo y largarse. Tiene el derecho a hacerlo, tiene el poder de hacerlo. Sigue conmigo, aguanta mis gilipolleces y la amo.

Acto seguido, el clima cambió.

—Robin, pasemos a algunas de las cosas que hemos leído: que te ha pegado, que os ha perseguido a ti y a tu madre en Rusia. Que Mike posee un temperamento muy volátil. ¿Es cierto? —preguntó Barbara.

—Un temperamento extremadamente volátil. Tiene un lado que da miedo. Michael intimida, por decirlo con suavidad. Creo que llega un momento en que se muestra incapaz de controlar su temperamento, lo cual nos da miedo; a mí, a mi madre y a todos los que lo rodean; resulta terrorífico.

No iba drogado en ese momento, pero la sensación fue como si lo fuera. No podía creerme las barbaridades que estaba soltando.

—¿Qué ocurre entonces? —la espoleó Barbara.

—Pierde el control, lanza cosas, chilla…

—¿Te pega?

—Me sacude, me empuja, me zarandea. A veces pienso que intenta asustarme. En ocasiones llegué a pensar que podría soportarlo, sólo recientemente he comenzado a tener miedo. Y me refiero a mucho, mucho miedo. Michael es maníaco-depresivo, lo es, es un hecho.

¿Os podéis imaginar estar ahí sentado escuchando esa mierda de tu mujer, consciente de que hay millones de personas viéndolo desde casa? Oírla decir que nuestro matrimonio había sido «una tortura, un puro infierno, peor que nada que hubiera podido imaginar». Yo estaba que echaba humo, si bien procuraba mantener la calma. Aquella era la traición definitiva.

—No sé lo que sería Mike Tyson sin mi madre. Ella ha sido el pegamento que nos ha mantenido unidos —continuó Robin—. Si hubiéramos abandonado a Michel, porque yo vengo en un *pack* con mi madre y mi hermana, así es como soy, no cabe duda de que se hubiera quedado solo y no quiero que eso ocurra. La situación podría haberse puesto tan y tan fea que pienso que, quizás un día, podría haber actuado con más determinación y acabado matándose o hiriendo a alguien. No tengo dudas de que eso es lo que hubiera ocurrido, me parece incuestionable.

No supe qué decir. Jamás había tenido que lidiar con algo de semejante magnitud. Cuando ahora pienso sobre ello, no puedo creerme que me quedara ahí sentado sin abrir la boca. Pero está claro que, si hubiese empezado a aplastarle la jodida cara y a perder la cabeza delante de las cámaras, hubieran conseguido lo que querían. Así que mantuve la calma. Me consta que esperaban que arrancara a despotricar y maldecir. Supongo que ése era el plan. Les estalló en la cara.

Mis amigos estaban indignados con lo que Robin había dicho en el programa. Recibí cientos de llamadas encolerizadas. Días después seguía enfadado. Robin, Ruth y yo nos encontrábamos en la casa de Nueva Jersey cuando me puse hecho tal basilisco que empecé a romper vasos y platos y a lanzar y hacer añicos botellas de champagne vacías. Olga estaba ahí y llamó a la policía. Los agentes acudieron y los recibí en la puerta. Fui educado y

les dije que todo estaba bajo control. Sólo deseaba que me dejaran en paz. Los agentes se dividieron y uno se quedó conmigo mientras su compañero se marchó con Robin. Le mostró los desperfectos que había ocasionado en la cocina. El que estaba conmigo me dijo que Robin estaba preocupada por mí a resultas de estos destrozos.

—Soy el dueño de esta casa y de todo lo que hay en ella —empecé a gritar—. Puedo hacer lo que se me antoje con mi propiedad. Si deseo romper algo, no hay nadie que pueda impedírmelo.

A continuación, cogí un elemento decorativo de metal de la chimenea y lo lancé contra el cristal que quedaba al lado de la puerta de entrada. En ese instante llamó su compinche McCurtis.

—¿Desea hablar con su médico? —me preguntó el poli.

Lo ignoré y me fui a la habitación contigua. El amable doctor le dijo al policía que Robin y su gente debían abandonar la casa, al tiempo que yo debía ser ingresado para una evaluación psiquiátrica. La policía reunió a las mujeres y salieron al camino de la entrada con la intención de que Robin se metiera en un coche oficial y acudiera a la comisaría a presentar una denuncia. Yo salí hecho una furia.

—Que os jodan a todos. Sois basura. Largaos de mi propiedad, iros a tomar por culo —grité.

Luego me subí a mi Rolls Royce y empecé a conducir por las zonas más alejadas y boscosas de mi propiedad. Ni siquiera estaban asfaltadas. Sólo quería alejarme de todos ellos.

Al día siguiente, Robin y su madre se fueron a Los Ángeles. Mi amigo Mark Breland, el boxeador, quería que arreglara las cosas con Bill Cayton y que nos diéramos un apretón de manos. Shelly Finkel y Cayton le habían lavado el cerebro a Mark. Le contaron que estaba fatal, convenciéndolo de que hablara conmigo. De modo que fui a ver a Cayton, quien estaba tan preocupado con la etiqueta maníaco-depresiva que me habían colgado que me había montado una cita con el Doctor Abraham Halpern, director de Psiquiatría en el New York United Hospital Medical Center de Port Chester, uno de los mejores especialistas del mundo.

Halpern me examinó durante una hora. A continuación, llamó a Camille, Steve Lott y Bill Cayton. Estaba convencido de que yo no era un

maníaco-depresivo. Intentó ponerse en contacto con las Dos Implacables, pero tenían el teléfono desconectado. Cuando Halpern llamó a McCurtis para pedirle explicaciones sobre por qué me había diagnosticado como tal, McCurtis empezó a dar marcha atrás. Dijo que no era un maníaco-depresivo absoluto, que simplemente tenía un desorden anímico, algo que bautizó «El Síndrome del Boxeador». Freud debería tomar nota.

Me sentí aliviado de que un psiquiatra más prestigioso descartara que fuera maníaco-depresivo, pero seguía preguntándome el motivo de que Bill le hubiese insistido tanto a Mark de que quería verme. No tenía nada que decirme. Fui a verlo con la presunción de que algo gordo iba a ocurrir y, una vez frente a frente, se mostró de lo más ambiguo. Mi relación con Bill había llegado a su fin.

Cuando se despejó toda la bruma, Don seguía plantado ahí de pie. No me engañaba con respecto a él. Siempre que Robin me preguntaba por él, le decía: «Mira, sé cómo controlar a una serpiente. Este tipo es una serpiente, pero sé cómo controlar a una serpiente». Don también tenía sus cosas buenas. Dos días después de que las mujeres se hubiesen ido a la costa, me llevó de ruta por todos y cada uno de los bancos donde tenía cuentas y a ver a mis agentes de bolsa. Hizo que retiraran el nombre de Robin de las cuentas y que me las restituyeran a mí. Hablamos de quince millones de dólares. Llegamos justo a tiempo de prevenir el pago de un cheque por valor de 581,812.60 dólares que Robin le había extendido a Robin Givens Productions.

Los empleados de los bancos odiaban tanto la estampa de esas dos que estaban encantados de ayudarnos. Nos quedamos a celebrarlo con los directores y la plantilla, descorchando botellas de champagne y pidiendo pizzas. «Que os jodan, zorras», gritamos al unísono antes de vaciar nuestras burbujeantes copas.

7

Con aquella aparición en el programa 20/20 a Robin y a su madre les salió el tiro por la culata. Después de que nos separáramos, acudí a un espectáculo de wrestling en Chicago y, al entrar en el recinto, el público se puso en pie para ovacionarme. La gente se me acercaba para comentarme lo sucia que les había parecido la jugada que me habían hecho en el programa de Barbara Walters. También recibí toneladas de sexo por compasión. Las mujeres venían a decirme: «Oh, Dios, no puedo creerme lo que te hizo esa arpía. Por favor, déjame que te abrace, déjame chuparte la polla, déjame que te cuide». Yo les decía: «No, señora, estoy bien, no. Bueno, sólo chupe un poquito, señora, no mucho». Aquel año fue una locura.

La relación me dejó un profundo trauma. Menuda sangre fría la de aquellas dos. Era mi primera relación y quería borrarla, pero el amor te deja una mancha oscura en el corazón. Una cicatriz bien honda. En cualquier caso, uno debe tomar riesgos si desea seguir creciendo como persona. En eso consiste la vida. Y yo siempre podía contar con los periódicos para desfogarme.

Estaba introduciendo cambios en todos los órdenes de mi vida. Técnicamente Bill seguía siendo mi representante, pero ya no contaba para nada. Quizás las cosas fueran diferentes si Jimmy siguiera con vida, pero tras su muerte nadie podía impedirme hacer lo que deseara. Echando la vista atrás, no creo que Jimmy y Bill fueran el demonio. Creo que eran hombres de negocios y que tenían más experiencia que yo. Yo estaba por otras cosas y se aprovecharon de ello. Eran unos obsesos del control. Cuando me hice mayor, quise liberarme. Hacer las cosas a mi manera. No importaba si triunfaba o fracasaba; sólo deseaba hacerlo por mí mismo.

Y entonces me enredé con otro miserable, Don King. Don es un cabrón reptiliano, falso y despreciable. Se suponía que iba a ser mi hermano negro, pero fue un malvado. Iba a ser mi mentor, pero cuanto le interesaba era el dinero. Era un hombre realmente avaricioso. Pensaba que podría manejar a alguien como King, pero fue más astuto que yo. No le llegaba ni a las suelas de los zapatos.

Conocí a Don a través de Jimmy y Cayton. Así que la culpa de que me involucrara con él fue mayoritariamente suya. Cuando reflexiono sobre ello, advierto cómo Jimmy y esos tipos permitieron que Don se percatara de lo blandos que eran conmigo. Lo involucraron en nuestros asuntos y descubrió una vía de entrada. Sin querer sonar egocéntrico, cuanto rodeaba a Tyson sobrepasaba a Jimmy y Bill; quizás también lo habría hecho con Cus. Jamás habían lidiado con nada parecido. En toda la historia del boxeo nadie había conseguido ganar tanto dinero en tan poco tiempo como yo. No sé cómo lo habría llevado él. Yo era como una tía sexy y buenorra a la que todo el mundo se quería follar, ¿me entendéis? Don simplemente llegó hasta mí primero. Si no hubiera sido él, hubiera sido Bob Arum o algún otro.

Tras la muerte de Cus y Jim, toda esta gente me la resbalaba. De manera que pensé: *Me iré con quien me haga la mayor oferta, con quien me dé cuanto deseo*. Para mí era un juego. Ahí cada uno pensaba en sí mismo, de modo que yo iba a hacer lo propio. Todos mis amigos de infancia estaban muriendo o ya estaban muertos, por lo que sólo me quedaba divertirme. No me imaginaba disfrutando de una larga vida. Era demasiado irritable. Si me pillabas de un humor de perros, podía acabar disparándote. Vivía una existencia de fantasía, viajando de país en país, acostándome con bellas desconocidas. Toda esta mierda empezó a pasarme factura.

Don me dio la libertad de hacer lo que quisiera. Él se encargaba de mis negocios y cerraba acuerdos a mi espalda, pero yo no era su putita. Fue muy astuto a la hora de inculcarme la idea de que éramos yo y él contra el mundo. «Hombre negro, hombre blanco, hombre negro, hombre blanco». Siempre estaba soltando memeces; decía que los blancos cabrones no servían para nada y que sólo buscaban exterminarnos a todos. De hecho empecé a creerme alguna de estas pamplinas. Caí en su trampa. Contaminó mi discernimiento.

Cualquiera que se hubiera fijado en Don, en su pelo, en lo bocazas que era, en su estilo extravagante de tipo estupendo salido del gueto, se habría dado cuenta que era un mamón enfermo. Pero por entonces yo andaba confundido. Bromas a un lado, en el caso de que Cus no hubiera muerto, se habría decantado por King para que me promocionara. Cus odiaba a Bob Arum, el rival de King. No conozco los motivos. No me parecía que Arum pudiera ser peor que Don, pero Cus me dijo: «No puede haber nadie peor que Arum».

Recibí muchas críticas por irme con Don. Una noche me encontraba en el Columbus con mi amigo Brian Hamill. De Niro estaba en una mesa vecina. Brian me reprochaba que hubiera contratado a King.

—¿Qué coño haces involucrándote con Don King? —casi me gritaba. No lo decía para que De Niro pudiera oírlo, aunque a Bobby le llegaba todo.

—¿Eres consciente de a cuántos boxeadores negros ha robado? Ya conoces la historia.

—Brian, tengo tanto dinero que me la sopla —le dije.

Entonces era verdad. No sabía cuánto iba a durar el viaje. Vivía al día. Lo que sí sabía era que me encantaba ser el campeón y que no había nadie mejor cualificado para el trabajo. Destruiría cuanto se me pusiera por delante. Si compartíamos oficio y pesabas como yo, eras hombre muerto. Mi trabajo consistía en hacer daño a la gente. Jone y Bill habían intentado suavizarlo, pero Don se había subido al carro. Cuando se me empezó a ver con Don, boom, la percepción pública de mí cambió. Ahora era un mal tipo.

En octubre de 1988, Don me llevó a Venezuela para asistir a la convención de la WBA. Luego fuimos a México para el bautismo del hijo de Julio Chávez. Aquel viaje me supuso toda una revelación. Un día fuimos de excursión a las pirámides y se me acercó un niño pidiendo limosna. Los guías que me acompañaban me dijeron: «No, Mike, no le des dinero». Pero ¿cómo no hacerlo? Unos pocos cientos de dólares no significaban nada para mí, pero eran todo un mundo para él. Así que le di el dinero y se mostró agradecidísimo. Yo pensaba: *Gua, qué buen chaval*, y, al tocarle el cabello, noté que estaba duro como una roca. Daba la sensación de no habérselo lavado en años. Podrías utilizarlo como un arma. A continuación nos

dirigimos a Culiacán, donde me encontré a más chicos mendigando. Le compré ropa a uno de ellos y, en un abrir y cerrar de ojos, trajo a tres amigos, a los que se sumaron veinte primos, todos ellos reclamándome ropa. Me gustó el gesto del chico, que no buscara sólo su provecho, sino que llamara a sus amigos y familiares. Cada vez que aparecían de nuevo, yo les compraba algo.

Me sentí igual que aquella vez que compré zapatillas deportivas para los chicos de la calle en Brooklyn. Esos chavales nunca habían salido de Culiacán y yo los vestí y pasamos un rato juntos. Quien no se hubiera gastado dinero en ellos tenía garantizado el billete al infierno. Cuando llegó la hora de marcharme, estaba rodeado de cincuenta niños bien vestidos.

Antes de visitar México, llevaba una pesada carga sobre los hombros. Jamás había conocido a nadie más pobre que yo. No podía imaginarme a nadie siendo más pobre de lo que yo había sido. La pobreza que vi ahí me dejó sin palabras. De hecho, aquella gente me dio rabia porque, al ser más pobre que yo, me impedía seguir sintiendo lástima de mí mismo. La vergüenza que me provocaba ser pobre había sido el factor más determinante de mi éxito. Esa vergüenza me causó más daño que cualquier otra cosa en la vida. Muchos de mis problemas tenían su raíz en pensar que se me debían muchas cosas por haber crecido en la miseria. Cus siempre estaba intentando que me trascendiera a mí mismo, que me separara de mi ego, que saliera de mi cabeza. Pero era difícil. Ey, yo merecía ese coche, yo merecía esa mansión, yo merecía esa zorra. Tras unirme a Don, debía poseer los coches de gama más alta y a montones. Me compraba los mejores Lamborghinis y hasta un Hummer a prueba de balas que había pertenecido a un príncipe saudí. Visitaba la fábrica de Rolls-Royce en Bristol, donde estaban customizándome un Rolls.

Cus no hubiera aprobado nada de esto. Consideraba que un tío con un descapotable era un cerdo egoísta. Si nos cruzábamos con un coche bonito, se producía la siguiente secuencia.

—Gua, qué coche más chulo, Cus —le decía.

—Qué va, ése es un egoísta —decía Cus.

—¿Por qué es egoísta? —le preguntaba.

—Conduce un vehículo de dos plazas para no tener que llevar más que a sus amigos.

Cus era dueño de una furgoneta destartalada en la que cabían hasta doce personas. Así era él.

En 1988 yo habría podido protagonizar un gran *reality-show*. Lo digo con absoluta modestia. Fui yo quien creó ese *look* ostentoso con mis limusinas extra largas y mi colección de Rolls y Lamborghinis. P. Diddy y el resto se esforzaban por ganarme terreno, pero fui yo quien fijó las reglas. Fui pionero estableciendo modas que luego seguirían los reyes del hip hop. Fui el primero en comprar Rolls-Royce y Ferraris. ¿Qué otro negro los compraba legalmente en 1985? Y no hablamos sólo de uno. Poseía flotas enteras. Las estrellas emergentes del hip hop organizaban fiestas después de mis combates. Ni siquiera sabían lo que era un Bentley. Pensaban que era un coche de viejos. Ya en los ochenta yo los vaciaba y los llenaba de productos de Gucci y de neveras. Llegué a instalar un jacuzzi en una de mis limusinas. Me consta que fui el primero en tener fax en el coche y poder decir: «Así que tienes el contrato. Bien, estamos en el coche. Envíamelo por fax».

Compraba artículos de joyería por valor de dos y tres millones de dólares. A una amiga le regalé una joya de más de un millón de dólares. Después de cada combate, mi círculo salía a festejar vistiendo abrigos de piel y conduciendo grandes Rolls-Royce. Cuando me compré la casa de Bernardsville, Nueva Jersey, invité a mi amigo EB y le dije: «Nadie cuenta con un picadero más atractivo». Todo el mundo estaba celoso de mí porque les restregaba mi fortuna por la cara. Pero también compartía. Si me sentaba a comer, todos los que me rodeaban comían. Los celos, sin embargo, persistían. Todas mis casas estaban tomadas por Versace de los pies a la cabeza: muebles, paredes, edredones, sábanas, toallas, ceniceros, vasos y platos.

Conocía a Versace por mediación de una periodista italiana que fue a entrevistarme a Catskill. Era una mujer muy atractiva que me sacaba algunos años. Me la llevé arriba y, al ir a acostarnos, vi que llevaba ropa interior de Versace.

—Le hago de modelo —me dijo—. Puedo conseguirte toda la ropa que quieras. Os presentaré.

Versace era el más *cool*. Se ofreció a enviarme ropa, pero me podía la impaciencia.

—Si puedes esperar, te lo enviaré todo gratis —solía decirme.

—Tú envíame lo que puedas que yo saldré a comprar lo que pueda, ¿ok? —le decía.

Vivía en un mundo de fantasía. Cuando viajaba a París o a Londres a comprar ropa, todos los dependientes salían corriendo de las tiendas detrás de mí.

«¡Campeón!, ¡Campeón!», me gritaban, intentando que los acompañara dentro. Me subía a un Concorde para ir a visitar a una amiga y, al pasear juntos por la calle, toda la ciudad se paralizaba. Nos tenían que arrastrar literalmente al interior de las tiendas porque la muchedumbre se nos comía.

En Las Vegas la situación era todavía peor. Si visitaba las galerías comerciales del hotel Caesars, tenían que cerrarlas para mí. Tanta atención me envanecía. Mientras echaba un vistazo a la ropa, no pensaba *gracias por todo esto*; miraba a los dependientes con cara de malas pulgas. Ni siquiera me tomaba la molestia de entrar en el cambiador. Me quedaba en ropa interior en medio de la tienda. La turba me había dejado la ropa hecha jirones. Cientos de personas pegaban la cara al cristal del escaparate para ver cómo me probaba las prendas. Si detectaba a una chica entre la multitud que me gustara, le decía a uno de los dependientes: «Déjela entrar, por favor».

Iba de este palo.

—¿Quieres quedarte conmigo y ayudarme a escoger cosas? ¿Necesitas algo? —le preguntaba. Al acabar con las compras, me había dejado trescientos mil dólares en efectivo en esa única visita. Versace se enfadaba conmigo.

—Este tío se gasta demasiado dinero —le decía a quien fuera que nos acompañara. Pero él no era quien para hablar. Despilfarraba aún más que yo.

Me divierte que se hable tanto de lo mucho que le gusta a Kanye West vestir a sus chicas. Yo hacía lo mismo. Siempre disfruté haciéndolo. Creo

que se remonta a mi infancia. Solía ver cómo mi madre vestía a las prostitutas que venían a verla. Les probaba diversos conjuntos y pelucas. Lo mismo hice luego yo. No porque me importara tanto el estilo, sino por haberlo presenciado. Llegué a enseñar a Don cómo debía vestirse. Por entonces su gusto parecía salido directamente de la película *Super Fly*.

—Negro, no puedes andar con nosotros vistiendo así. Tenemos que ofrecer una determinada imagen, Don, somos negros elegantes. Tú vas hecho un pordiosero —le dije—. Eres un tío importante y debes vestir de otra manera. Versace es el futuro, Don.

Yo di forma a toda esa imagen de gangsta rap. Yo le mostré al mundo esa actitud. Fui el representante de esa era. Hasta a Don le asustó la imagen que proyectaba por aquella época. Hacia finales de 1988 intentó suavizarla haciendo que Jesse Jackson me bautizara en Chicago. Menuda pantomima. Después de la ceremonia, me llevé a una de las chicas del coro a la habitación y me la follé.

Me obligaron a declarar a la revista *Jet* que había vuelto a nacer: «No olviden esto: Salgan al encuentro de Dios, no de las estrellas, pues el cielo puede estar nublado y no hay nada para uno en las nubes. Busquen a Dios, busquen estrecharle las manos». Todo mamarrachadas. Por entonces la única espiritualidad que tenía residía en la punta de la polla.

A finales de los ochenta pasé mucho tiempo en Los Ángeles. Tenía un apartamento en Century City, Wilshire. Un amigo organizó una fiesta con motivo de la botadura de su barco y ahí conocí a una bella mujer llamada Hope. Venía acompañada de una amiga. Llegaron a última hora, por lo que ya no quedaba nada para comer. Yo me encontraba sentado a una mesa frente a un plato lleno de comida. Hope apareció de la nada y se puso a imitar a Andrew. Dice Clay:

—Escucha, mi amiga te la chupará si nos compras algo para cenar. Yo y mi amiga estamos muertas de hambre.

Me pareció hilarante. Las invité a que se sentaran a mi lado y compartimos la comida. No sentí que quisiera acostarse conmigo, de modo que nos limitamos a ser amigos íntimos. Tenía un montón de amigas y yo le decía: «Hope, de verdad que me gusta mucho esa chica». Y ella me montaba una cita. Me convertí en su hermano mayor. Los hombres siempre

le andaban causando problemas. Yo le echaba un vistazo a uno y le decía: «Hope, ése es homosexual» o «Ése nunca va a cuidar de ti». Me mostraba de lo más perceptivo con la gente. Con la excepción de las mujeres que entraban en mi vida.

Estábamos muy cerca el uno del otro. Por entonces Hope iba a empezar la universidad y no contaba con mucho dinero, así que le dejé ocupar la habitación de invitados de mi apartamento. Sólo éramos amigos platónicos. Ella estaba tan buena que nadie se lo creía.

—Mike, te la estas follando. Sé que lo estás haciendo —me decían todos mis amigos—. Si te vi follarte a esa zorra tan fea, cómo no vas a estar follándote a ésta.

Me convertí en súper protector de Hope. Uno de nuestros sitios de marcha favoritos era un club llamado RnB Live. En él fue donde Hope conoció a Wesley Snipes. Encontrándome yo fuera de la ciudad, empezaron a salir juntos. Cuando regresé a Los Ángeles, un día vino a verme llorando. Wesley le había roto el corazón; ya no quería volver a verla.

—Mira, Hope, esto es lo que ocurre cuando te lías con este tipo de gente. Te conviene un hombre normal —le dije.

Pero Hope no quería oír nada de esto. Lo que deseaba oír era: «¿Por qué lloras, Hope? Voy a partirle la cara».

No le di a Hope lo que buscaba, por lo que me dijo: «Por cierto, Wesley no podía entender qué hacía andando contigo. Me preguntó: “¿Qué se te ha perdido con un tío como Tyson?”».

Sabía que era mentira.

Unos días después quedé con Hope en el RnB. Nos sentamos a charlar y le pregunté cómo le iba la universidad. En ese momento vimos entrar en el local a Wesley Snipes. Me excusé y me acerqué a él. Wesley levantó los ojos, me miró y le entró el pánico.

—Mike, no me pegues en la cara, por favor. Vivo de ella —me dijo.

—Tío, no te preocupes por lo tuyo con Hope. Simplemente está dolida.

Ambos nos reímos del asunto.

Por esa época en que andaba con Hope, empecé a frecuentar a un tipo increíble llamado Kevin Sawyer. Poseía una empresa de buscas en Los Ángeles y su tienda se había erigido en punto de encuentro de todos los apostadores, estafadores y proxenetas. Jamie Fox y Joe Torry trabajaron ahí antes de ser famosos. Era un lugar para hacer negocios. La gente entraba a comprarse un busca y me encontraba ahí jugando a los dados en mi ropa de Versace y luciendo relojes de diamantes, con el Rolls aparcado a la entrada.

Kevin era un mujeriego increíble. Desbordaba carisma y, pese a tartamudear, las mujeres lo adoraban. Yo, Kevin y mi amigo Craig Boogie competíamos por ver quién era capaz de conseguir más mujeres en un solo día. El clima sexual de entonces era una locura. Me topaba con chicas por las calles y me bastaba decirles «Venga, vamos» para que se vinieran conmigo. En los clubs me descubría tocando, lamiendo la espalda y recorriendo con la lengua la piel de mujeres que no conocía. Esto no era obstáculo para que me las llevara a casa, donde dejaba que mis amigos también se las follaran. Mi reputación comenzó a crecer. Yo era el tipo con el que podías salir de compras para acabar luego en su casa practicando el sexo.

Una vez iba en coche con Boogie por Filadelfia. Me encontraba en la ciudad entrenando para el combate contra Buster Mathis Jr. Vi a una belleza andando por la calle. No me fue necesario abrir la boca; la chica saltó al asiento trasero.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

En otra ocasión me hallaba en un taxi en Nueva York con una chica que acababa de conocer. Empezó a sacarse la ropa y a follarme. No hablamos de una limusina, sino de un taxi corriente y moliente. Yo pensé: *Guau. Ok, vamos allá*.

En mi cabeza yo estaba llamado a esto. Todos mis héroes habían tenido montones de mujeres. Alguien debería haberme dicho: «Esto va a acabar muy mal». Pero no contaba con nadie que lo hiciera.

Empecé a grabar vídeos porno en casa. Boogie era el director, colocaba la cámara en el lugar apropiado y luego se escondía en un armario a mirar.

Empezaron a llamarme «El Desplaza Úteros» y «El Pulverizador de Pelvis». Antes de destruirlas, les enseñaba las cintas a mis amigos. Dios, si alguna de ellas se hubiese filtrado habría dejado la grabación de Kardashian en una película no apta para menores de trece años.

Por aquella época bebía mucho y salía de fiesta allá donde me encontrara. Tenía una amiga en Chicago llamada Carmen. Era una dulce chica católica de buena familia, demasiado dulce para moverse en mis ambientes. Una noche me encontraba con ella y Eric Brown, al que todos llamaban EB, en un club. Tuvo lugar un concurso a ver quién era la mujer que bailaba de forma más sexy sobre el escenario, durante el cual un tipo le faltó al respecto a Carmen. Yo no dije nada, a pesar de echar humo. Me imagino que el tipo pensó que le había vacilado a Mike Tyson, pero yo lo seguí subrepcticiamente a los lavabos.

—Escucha, tío. Yo no voy de protector de ninguna tía. Pero jamás vuelvas a intentar joderme. El hecho de ser campeón no cambia nada. Podemos pelear aquí mismo.

El hombre parecía aterrorizado. En ese preciso momento apareció EB con un miembro de la seguridad del club y me apartaron del tipo. Iba bastante borracho, por lo que salí corriendo del lugar y me metí de un salto en el coche. Aquella noche iba en mi limusina extra larga con jacuzzi en la parte trasera. Le pedí al chófer que me llevara a la zona sur de la ciudad. Al enterarse de que me había largado, EB se puso de los nervios, de modo que llamó por teléfono al conductor.

—¿Dónde estáis?

—En la Sesenta y siete con… —respondió.

—¡Qué! Ni siquiera *yo* me acerco por ahí —dijo EB preocupado.

—¿Qué quiere que haga? —le preguntó el conductor.

—Reunámonos en el Ritz-Carlton —dijo EB.

Regresamos al hotel. No era consciente de que unos treinta vehículos venían siguiéndonos desde el momento en que habíamos abandonado el club, todos ellos repletos de mujeres. Cuando salí de la limusina delante del Ritz, EB me estaba esperando. Lo primero que hice fue acercarme a los coches, sacar mi fajo de dinero y empezar a arrojar billetes de cien por la ventanilla de cada uno de ellos.

—¿Qué diablos estás haciendo, Mike? —dijo EB.

—Esto es todo lo que quieren. Dinero —dije.

Entré en el hotel con EB a mi lado.

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunté.

—Velar por ti —respondió EB.

—No necesito que nadie vele por mí. Vine a este mundo yo solito y lo abandonaré de la misma manera —dije.

—Bueno, pienso quedarme contigo esta noche, así que ya puedes enfadarte —dijo EB.

Nos metimos en el ascensor para subir a la habitación.

Me había entrado el apetito, así que, al salir del ascensor, nos dirigimos al restaurante. Un hombrecito blanco se nos acercó para decirnos: «Lo siento, señor Tyson, el restaurante está cerrado».

Lo agarré por el cuello, lo levanté y le dije: «Dame de comer, no me trates como a un negrata».

Daba la impresión de que, cada vez que salía, levantaba una tormenta. A veces ni siquiera era mi culpa. Una vez conocí a una chica española en Nueva York. Era policía de tráfico en un barrio de viviendas sociales, pero yo sabía que arreglándose un poco estaría arrebatadora. De modo que le proporcioné un cambio radical de imagen y ropa bonita y, en efecto, quedó guapísima. Esa noche la invité, junto a algunas de mis amigas, al China Club, un club muy de moda por entonces. Nos sentamos a una mesa. Yo y ocho mujeres. Parecía un seductor. Era de esperar que algún tipo acabaría acercándose a la mesa a hablar con ellas. No le di importancia. Estaba relajado. El tipo en cuestión ni siquiera se puso a hablar con mi chica, la poli, pero de golpe ella pegó un salto levantando ambas manos. «¡Quieto ahí! No te acerques más. Estas damas no desean tus atenciones», le dijo al hombre.

Yo miraba la escena pensado: *¿Qué cojones está pasando aquí?*

Al tipo lo acompañaban unos amigos que, sentados a la mesa contigua, comenzaron a reírse de ella. Lo siguiente que supe fue que la chica se acercó al que se reía de forma más escandalosa, lo levantó y, ¡pam!, le soltó una patada en toda la cabeza. Estaba en modo combate.

Lo normal sería pensar que las chicas a mi mesa estarían contentas de que hubiera salido en su defensa, pero la verdad es que les entró miedo.

—Debes decirle a esta zorra que se largue, Mike —me pidió una de mis amigas—. ¿Y si la prensa se entera de esto, Mike?

—Cielo, todo el mundo te tiene miedo —le dije a la poli—. Deberías irte.

No me lo podía creer. Acababa de abofetear y patear a un grandullón cuando ni él ni sus amigos habían hecho nada malo. Oh, Dios mío.

Uno de los motivos por los que estaba convencido de que no iba a vivir mucho tiempo es que me creía el ser más malvado sobre la tierra, tanto dentro de un cuadrilátero como fuera de él. Cuando le añades el alcohol a un ego tan gigantesco, cualquier cosa puede suceder. Siempre tenía alguna misión, pero ¿qué andaba buscando y qué problema había? Siempre estaba enfadado con el mundo. Siempre me sentía vacío. Incluso después de visitar México, acarreaba sobre los hombros la carga de haber sido pobre, de la muerte de mi madre y de carecer de vida familiar. Convertirme en el campeón del mundo sólo aceleró e intensificó estas sensaciones.

Luego creé el personaje de Iron Mike, ese monstruo del que los medios de comunicación se hicieron eco, provocando que el mundo entero le tuviera miedo. Yo era el tipo que podía conseguir que las mujeres abandonaran a sus hombres por una noche para ponerles los cuernos. Esta imagen de malote hijo de puta resultaba embriagadora, pero por dentro seguía siendo una nenaza, el niño que tenía miedo de que se metieran con él.

Pero debía meterme en ese papel, no sabía qué otra cosa hacer. Una noche me encontraba en el club Bentley’s de Nueva York. Había bebido y me creía un tipo duro. Intentaba ligarme a una mujer y a su marido no le gustó y me apuntó con una pistola.

—Adelante, dispárame, cabrón. Jodido negro. Voy a follarme a tu mujer —le dije.

Decía sandeces en un inglés incomprensible. Pongo a Alá por testigo de lo agradecido que me siento por el hecho de que a aquel tipo le faltaran agallas para matarme. No paró de insultarme, pero no utilizó los dedos, sólo la lengua.

Cuando empecé a trabajar con Don, recluté a dos amigos de Albany, Rory Holloway y John Horne. Siempre procuraban mantenerme alejado de los ambientes gangster rap, pero yo adoraba a los raperos. Por aquella época esos tipos me fueron de ayuda, comprendían mi dolor. Una noche estaba en un club de Los Ángeles con John Horne y James Anderson, mi guardaespaldas en ese momento. Nos acompañaba Felipe, el gerente del local. Yo compartía un privado con el primo de Felipe, Michael. Al entrar en el club un individuo nos gritó: «Ey, Mike, cuando quieras a un verdadero guardaespaldas ve a ver a la banda de los Long Beach Crip».

Horne se pensó que era una especie de comediante e hizo una bromita sobre cómo en una ocasión había paseado con su mujer por un barrio de los Crip vistiendo un mono de color rojo. Creyó que a los tipos les haría gracia, pero el que había hablado ni siquiera le dejó terminar la frase.

—Estás mintiendo. Jamás has pisado mi jodido barrio vistiendo de rojo.

Ya estaba liada.

Se había producido un malentendido y el tipo y sus amigos sacaron sus armas.

—Llévate a tu hombre, Mike, llévatelo —dijo el tipo.

No sabía qué hacer. Empecé a soltar chorradas para calmar los ánimos y le extendí la mano.

—Choca esos cinco, negro —le dije—. Mi amigo se cree un comediante.

Conseguí apaciguarlo. Ese tío, Tracy Brown, acabaría convirtiéndose en uno de mis mejores amigos. Era un tío guay. Pasó quince años en prisión, volvió a casa y lo mataron. Fue como tener un encanto de hermano.

Al principio yo era mi propio guardaespaldas. Pero la cosa no acabó de funcionar. No podía dedicarme a pegar a la gente porque desearan un autógrafo y me pillaran de malas pulgas. Así que me agencié unos guardaespaldas de verdad. No para protegerme de la gente, sino para poroteger a la gente de mí. Tenía un amigo llamado Anthony Pitts. Solíamos salir juntos por Los Ángeles. Yo sabía que se le daría bien el trabajo porque una noche estábamos viendo un partido de los Lakers en

unos asientos a pie de pista cuando un fan maleducado y fuera de control tropezó y chocó contra él sin pedirle perdón. Anthony se levantó y de un golpe lo tumbó en el suelo. El partido estaba en juego y aquel tipo yacía frito sobre la cancha. La policía vino para llevárselo y ¡tuvimos que saltar por encima de su cuerpo porque el juego no se detenía!

Anthony decidió que yo necesitaba a un guardaespaldas de verdad cierta noche en que nos hallábamos charlando con un grupito de mujeres en el exterior de un club de Los Ángeles. Nos acompañaba mi amigo Johnny, de raza blanca. Mi presencia había atraído a un amplio abanico de mujeres atractivas y jóvenes cuando oí a alguien gritar: «¡Que te jodan, Mike Tyson!». De golpe todo el club salió en tromba a la calle. Agarré a la chica con la que estaba hablando, nos dirigimos corriendo a la limusina y sonó un ¡bam! El tipo llevaba un arma con la que me había disparado, pero falló; a la chica le dio en una pierna. Yo era un cerdo tan egoísta que seguí intentando meter a la chica herida en el coche para llevármela a casa. Su amiga gritaba: «Le han disparado por tu culpa, Mike. Era a ti a quien querían dar». Yo sólo deseaba largarme de ahí pero mi chófer no estaba al volante. Miré por la ventanilla trasera y me lo encontré escondido y hecho un ovillo. En ese momento Anthony decidió que sería mi guardaespaldas. Nos fuimos dejando atrás a la chica. Me supo mal que le dispararan. No hace falta decir que nunca volvió a dirigirme la palabra.

Con tanto alcohol y tanta fiesta mi peso se disparó hasta los 115 kilos aquel diciembre. Mi próximo combate iba a ser contra Frank Bruno, pero no tendría lugar hasta finales de febrero de 1989. Entonces me quedé sin entrenador. Kevin estaba todo el día en los periódicos soltando gilipolleces negativas, afirmando que yo no sabía lo que estaba haciendo. Era muy anti Don, siempre pro Cayton. Pensé que su odio a Don lo estaba cegando. En verdad Kevin se despidió a sí mismo. No quería seguir con nosotros. Reclamaba la vuelta del equipo de Cayton al completo. Teníamos la intención de contratarlo por la misma tarifa, pero no lo aceptó. Luego me demandó.

Contraté a mi compañero de habitación en Catskill, Jay Bright, como mi nuevo entrenador. Yo deseaba que Jay ganara algo de dinero porque formaba parte de la familia de Cus. También fichamos a Aaron Snowell,

que aseguraba haber entrenado a Tim Witherspoon. Tim me contó más tarde que Aaron se había limitado a acompañarlo a correr y a subir el cubo al cuadrilátero, pero me daba igual. Yo era un dios pugilístico. Mis rivales debían morirse de miedo ante la mera perspectiva de tener que pelear contra mí. ¡Oh, Dios!

Antes de ponerme a entrenar, había una serie de asuntos legales que necesitaba resolver. En enero una mujer presentó una demanda por la que me reclamaba un millón de dólares por haberle tocado el culo en Bentley, un club nocturno a escasas manzanas de mi piso de Manhattan. Anthony estaba conmigo en aquel momento y me sugirió que dijera que no le había tocado el culo sino que, encontrándome detrás suyo en el instante en que había perdido el equilibrio, me había precipitado sobre ella intentando evitar la caída. A Anthony siempre se le ocurrían modos plausibles de negar los hechos. Y con frecuencia cargaba con las culpas. Otra vez que estábamos en el Bentley y que le metí mano a una chica, intercedió en el momento preciso en que ésta se giró.

—No, no, he sido yo, cielo. Lo siento. Te he confundido con mi ex novia —le dijo a la chica. Distendió la situación.

La primera mujer, sin embargo, decidió llevarme a los tribunales y planeaba hacer que una amiga, que había sido testigo de los hechos, testificara a su favor. La había visto en los tribunales el día antes de que tuviera que testificar en mi contra, por lo que salí en su búsqueda y, por increíble que suene, me la encontré esa misma noche acompañada de un amigo mío.

—Ey, tú eres la chica del juicio —le dije acercándome a ella.

—No te metas conmigo —me dijo.

—Ey, no quiero meterme contigo —le dije con calma—. No estoy enfadado contigo. Lo estoy con tu amiga. No le hice nada.

Me imaginé que, si conseguía follármela, al día siguiente no podría testificar en mi contra.

—Ey, no hay ningún problema, hermana. ¿Por qué tú y yo no vamos a dar una vuelta en mi Rolls?

Mi estrategia surtió efecto. La chica no testificó.

En junio también tuve que acudir a los tribunales para realizar una declaración jurada con relación a una demanda de Cayton contra Don King. Thomas Puccio, un abogado famoso, representaba a Cayton. Me preguntó sobre el pago por el combate contra Spinks y le comenté que no recordaba si me habían pagado o no. Cuando Puccio demostró que yo había recibido íntegramente doce millones de dólares, fui incapaz de acordarme del uso que le había dado a ese dinero. Por aquel entonces ni siquiera tenía un contable propio; utilizaba el de Don. No había nadie que me explicara cómo debía protegerme. Todos mis amigos dependían de mí. Concentraba al mayor número de amigos perdedores de toda la Historia.

La declaración jurada se puso interesante cuando Puccio me preguntó por Jimmy y la versión revisada del contrato de representación que había firmado justo antes de su muerte.

—Tenía una confianza absoluta, incondicional y total, con cada fibra de mi cuerpo, en Jim —testifiqué—. Firmé ese acuerdo porque Jimmy me lo pidió. Siempre confié en él, jamás imaginé que escucharlo me conduciría hasta aquí, que hoy estaría en esta sala. No entendí que Cayton fuera mi representante porque Jimmy, por alguna razón que se me escapa, me hubiera hecho firmar esto. Como ya he dicho, confiaba en él y firmé. Quería pelear por la gloria de Jim, lo amaba. Podría haberme informado del hecho de que el señor Cayton iba a ser mi representante, cosa que no hizo.

Puccio, de todos modos, no dejó de presionarme. Me atosigó con los términos específicos de mi contrato con King. Yo no tenía ni idea de lo que ponía en ese contrato. ¿Os creéis que me leo esa mierda?

—Me está estresando —le dije a Puccio.

La verdad es que estaba más interesado en llevarme al huerto a la joven y sexy asistente de Puccio, Joanna Crispi. Le dije que tenía un culo muy bonito y no paré de intentar llamar su atención. Lamento que tengáis que leer esto. ¿En qué estaba pensando? Me consta que no se puede hacer algo así. Pero yo lo hice.

Mi propio litigio con Robin seguía su curso, pero ello no era obstáculo para que continuáramos viéndonos. Cada vez que visitaba Los Ángeles acudía a verla para echar un polvo rápido. En una ocasión acudí a su casa en mi Lamborghini Countach. Llamé a la puerta y no respondió nadie. Qué

raro. Así que me dirigí de regreso al coche cuando, de pronto, vi que Robin llegaba en un bonito BMW descapotable. Debí haberlo reconocido, fui yo el que le compró ese jodido coche. *Genial, al final voy a poder mojar*, pensé, pero entonces distinguí una silueta blanca con una ondulante melena rubia en el asiento del copiloto. Mierda, probablemente era una de sus amigas de la serie *Head of the Class*. Cuando me fijé un poco más, descubrí que se trataba de un hombre. Alguien a quien quizás se la estaba chupando. Aparcaron y salieron del vehículo y vi que se trataba de Brad Pitt. Deberíais haber visto la cara que puso Brad cuando me encontró ahí plantado delante de la casa. Parecía listo para recibir los últimos sacramentos. Además, parecía ir colocado hasta las cejas. Se puso hecho un flan: «Colega, no me pegues, no me pegues. Sólo estábamos repasando unas líneas de diálogo. No ha dejado de hablar de ti».

—Por favor, Michael, por favor, no hagas nada, Michael —decía llorando Robin. Estaba muerta de miedo. Pero yo no pensaba pegar a nadie. No tenía intención de ir a la cárcel por su culpa; sólo pretendía echar unos polvos antes del divorcio.

—Vuelve más tarde —me dijo—. Estaré en casa, vuelve más tarde.

Así fueron las cosas. Aquel día Brad me ganó la mano, con lo cual regresé al día siguiente.

El divorcio completó su curso el 14 de febrero. Irónico, ¿no? Robin consiguió algo de dinero en efectivo y todas las joyas que le había comprado, las cuales sumaban una fortuna. La Implacable utilizó parte del botín de Robin para fundar una productora de cine independiente en Nueva York llamada Never Blue Productions. Mi amigo Jeff Wald, el productor de Hollywood, me recomendó que contratara a Howard Weitzman como abogado para el caso. Era una bestia. En un momento del proceso, Robin había sostenido que un cuantioso cheque a su nombre era válido porque en el pie podía leerse «Regalo de Mike Tyson». Lo que no sabía era que el banco había microfilmado cada cheque. Howard amplió el cheque original microfilmado y lo enganchó a una cartulina bien grande para demostrarle al tribunal que Robin había escrito esas palabras sobre él mismo después de haber sido aprobado.

Ya me había librado oficialmente de Robin, pero en vez de sentirme eufórico, estaba abatido. No quería seguir casado con ella pero me sentía humillado por todo el proceso. Me sentía medio hombre. Había sufrido el lado oscuro del amor —la traición— y estaba avergonzado de que millones de personas hubiesen sido testigos. Aquella era la primera vez que me había mostrado vulnerable enfrente de alguien. Ahí estaba una persona por la que habría dado la vida y que ahora no me importaba si se caía muerta. ¿Cómo puede el amor cambiar de semejante manera? Ahora que soy una persona más consciente de las cosas, cuando reflexiono sobre aquellos tiempos advierto que Robin e Implacable eran seres deplorables. Eran capaces de hacer cualquier cosa por dinero, cualquier cosa. Se habrían follado a una rata. Carecían de límites. Se habrían manchado las manos de sangre por dinero. Eran personas malvadas.

Había llegado la hora de volver a pelear. La industria pugilística al completo aguardaba mi regreso. Le habíamos devuelto al deporte la capacidad de ser un gran espectáculo que arrastrara a las masas. Las entradas para mis combates se agotaban al minuto. Todo el mundo acudía a Las Vegas para dejarse caer por el MGM Grand. Cuando íbamos aquello parecía una lata de sardinas. Se corría la voz que planeaba visitar las galerías comerciales del MGM Grand con la idea de gastarme doscientos cincuenta mil dólares la noche antes del combate y el lugar se llenaba de dobles de Mike Tyson. Imitaban mi forma de andar. Mientras yo dormía a pierna suelta en mi habitación, mucha gente aseguraba haberme visto. Ahí se daban cita los mayores apostadores del planeta. Billonarios, actores, actrices, estafadores, todos estaban ahí. En los asientos a pie de pista veías a prostitutas sentadas al lado de senadores estadounidenses.

Pero yo no estaba en forma, sobre todo mental, para combatir. Bruno debería haberme metido una paliza. Ya no me importaba lo que hacía. Estaba harto de pelear. El sistema de Cus había abandonado mi cabeza. Disimulé a fuerza de bien. En una de las primeras ruedas de prensa antes del combate, intenté sonar optimista.

—Me siento feliz de encontrarme de vuelta. Últimamente he hecho frente a muchas distracciones, pero creo que es realmente bueno para uno tener que encarar algo así. De hecho, ya había atravesado por un dolor de estas características, sólo que esta vez se ha hecho público —dije—. Sé que he aprendido mucho sobre mí mismo y sobre cómo plantarle cara a la adversidad. Mi principal objetivo ahora es regresar a lo más alto. No me importa si soy famoso o me reconocen por la calle. No puedes estar arriba si no rindes y mi plan es volver a rendir y volver a estar en lo más alto.

Los periodistas, sin embargo, sólo se mostraban interesados en mi romance de cuento de hadas con Robin y lo ocurrido con él.

—Ey, atravesé una etapa, me enamoré, puede que vuelva a hacerlo, pero no de la misma manera.

A medida que se acercaba el día de la pelea, me puse más bravucón.

—La gente se refiere a mí como «pobre tipo». Es un insulto. Desprecio la compasión. La jodí y cometí errores. «Pobre tipo» me hace parecer una víctima. No tengo nada de pobrecito.

Unas semanas antes del combate enviamos a Rory y John Horne al Hilton. Al cabo de pocos días, lucían relojes de oro y joyas adquiridas a mi cargo en las tiendas del hotel. Me dijeron que habían llegado al extremo de robar toallas del hotel.

No me entrené muy duro para el combate. Estando con Cus había practicado *sparring* con Bruno a los dieciséis años y lo había podido dominar. No tenía una estratega pensada. Sabía que podía neutralizar su *jab* y que era incapaz de hacerme daño con sus golpes más potentes. En el momento de pesarnos, Bruno intentó sostenerme la mirada, de modo que me bajé los shorts y le enseñé mi vello púbico.

Al empezar la pelea me sentí un poco oxidado, si bien conseguí golpear con fuerza. Lo tumbé con mi primer puñetazo. Luego me volví un poco temerario al intentar acabar por la vía rápida. No anticipé su velocidad, así que me metió un gancho de izquierda y un derechazo corto. La gente habló mucho sobre cómo había conseguido que me tambaleara, pero no fue nada. Apenas un contratiempo del que me recuperé de inmediato. Casi lo noqueo al final del segundo asalto. Después se me agarró tras cada golpe castigador que le dediqué. A falta de un minuto para que finalizara el quinto asalto,

hice que se tambaleara y me pasé los siguientes cuarenta segundos acosándolo. Estaba a punto de caer y lo llevé contra las cuerdas, soltándole un demoledor *uppercut* de derecha. Richard Steele detuvo la pelea. Pudo acabarla de pie.

Mi próxima pelea estaba programada para julio, pero la HBO quería ofrecerme un contrato vitalicio. Yo no dejaba de ser su esclavo negro. Me necesitaban igual que al capataz de una plantación. Imaginaos el panorama: esos trajeados peleándose por desgarrarme el alma.

Empecé a entrenarme para la pelea en Ohio. Acababa de comprarme una casa junto a la de Don. El 31 de mayo, los tipos de la HBO acudieron a la casa de Don para hablar de la propuesta de acuerdo. Yo no me presenté. La noche anterior había salido de fiesta.

King citó a la prensa y pintó nuestra relación de color de rosa.

—Éste es un asunto de familia, donde prevalecen el compañerismo, la solidaridad y la unión. Mike entiende que debe mejorar. Mi trabajo consiste en ser honesto con él. Se le ha de permitir que cometa sus propios errores —dijo—. Como cualquier persona, necesita crecer; aquí de lo que se trata es de que Mike crezca y no veo el momento de conseguir que se independice de mí.

El cabronazo estaba imitando a Cus.

—No intento castrarlo, decidir qué le conviene y qué no. Es él quien decide, yo no soy su padre sino el corazón del padre del que tantos niños del gueto carecen. Puedo identificarme con lo que Mike Tyson está sufriendo.

¿Qué puedo decir sobre este tipo? No reconocería la verdad aunque se diera de morros con ella. Si alguna vez suelta una verdad, es por puro accidente.

Llegada la hora del almuerzo, seguía sin presentarme, por lo que dieron inicio a la reunión sin mí. Yo aterricé sobre las cuatro de la tarde vistiendo unos *lederhosen* a rayas blancas y negras que Dapper Dan había confeccionado para mí.

La reunión me la soplaba. En Ohio me aburría de la muerte. A veces cogía una pistola y me ponía a disparar a los coches aparcados en la propiedad de Don. Uno de los motivos de que estuviera en Ohio era porque me habían prohibido la entrada a muchos clubs de la ciudad. Hasta conseguí que echaran a Paulie Herman, inversor del China Club, de su propio club. Estábamos ahí una noche en la que me vi involucrado en un incidente con una mujer. Creo que me puse todo mandón con una camarera; me enfurecí porque tardaba mucho en traernos el champagne. Se quejó de mí al jefe y éste vino a nuestra mesa y nos puso de patitas en la calle. De modo que nos fuimos al Columbus y Paulie abrió el local y bebimos ahí.

Hope pasaba mucho tiempo conmigo en Ohio. Yo tenía a mujeres entrando y saliendo, pero era agradable que alguien como Hope cuidara de mí cuando se marchaban. La despertaba en mitad de la noche, ella nos preparaba unos sándwichs y nos limitábamos a charlar. Recuerdo confesarle: «Mucha gente no lo sabe, pero ni siquiera sé hacerme un sándwich». Siempre tenía a alguien cerca para hacerme las cosas. Fue una época solitaria y deprimente.

Un presunto amigo vino entonces a clavarme una puñalada por la espalda. Finalmente el libro de José Torres vio la luz. En un principio debía ser una biografía autorizada pero, al unirme a Don, nos retiramos del proyecto. Lo siguiente que supe es que ahí había un libro donde «se contaba todo», repleto de mierda, mentiras y distorsiones sobre mí. En un pasaje del libro salíamos hablando sobre sexo y mujeres mientras dábamos un paseo y supuestamente le dije: «Me gusta oírlas gritar de dolor, verlas sangrar. Me procura placer». Jamás he dicho eso sobre las mujeres. Me refería a mis rivales sobre el cuadrilátero. Torres era un pervertido. El libro estaba lleno de errores como aquél.

Cuando se publicó el libro, no me tomé la molestia de negar esos cuentos, pero sí que hice un comentario sobre la traición de Torres.

—Tienes un amigo que te abraza y te dice cuánto te quiere y que moriría por ti, hasta que resulta que necesita dinero, por lo que te raja la garganta y deja que te mueras desangrado.

Ya que estamos con el tema de la sangre, debo decir que por aquella época empezó a preocuparme el tema del SIDA. Mi siguiente pelea iba a

tener lugar el 21 de julio en Atlantic City. La preparación de cara al combate incluía hacerse un test del SIDA. Dada la frecuencia con que sangran los boxeadores, se intentaba proteger a los árbitros, al personal de los rincones y al otro boxeador. Me daba miedo hacerme la prueba. No paraba de acostarme con chicas malas, así que pensaba que lo había contraído. Acudieron a hacerme el test y me negué.

—Hazte el jodido test, Mike —me rogaba Don—. No tienes esa mierda.

—¿Y tú cómo lo sabes? ¿Qué síntomas demuestran que no lo tengo?

Lo que Don no sabía es que un amigo mío de la infancia había muerto de SIDA. Ambos habíamos mantenido relaciones sexuales sin protección con la misma chica. Ella también falleció de lo mismo. Los tres solíamos frecuentar un club, cuyo portero estaba al tanto de que la chica y yo éramos íntimos. Siempre que acudía, se quedaba mirándome.

—Ey, Mike. ¿Cómo andas? Parece que has perdido peso.

Me constaba que, a mis espaldas, estaba diciéndole a la gente que estaba enfermo de SIDA.

Por entonces el SIDA circulaba por todas partes. Uno de mis ídolos de infancia lo había contraído. Lo llamábamos Pop, ni siquiera sabíamos su verdadero nombre. Era un homosexual extravagante, unos cinco años mayor que yo. Se agenciaba un montón de pasta porque, al vestir siempre de forma inmaculada con abrigos de piel, anillos y diamantes, los empleados de las tiendas no pensaban que fuera a robar nada. Pop sólo buscaba la compañía de mujeres cuando se sentía abatido. No le gustaba que fuéramos con él porque llamábamos mucho la atención, pero siempre se mostraba generoso y nos daba parte de lo que conseguía.

Mi siguiente combate era contra Carl «The Truth» Williams. Era un perdedor con un historial de 12-1, con lo cual no creía que me fuera a suponer una amenaza. Con el fin de despertar interés por la pelea y ganar algo de dinero rápido, Don había montado una línea 900. Al llamar, se suponía que te daban información exclusiva sobre mí. En realidad no era más que una cinta con una grabación en la que Don me entrevistaba.

—Si vences a Carl Williams, ¿cuál va a ser tu próximo contrincante?

—No lo sé —respondía.

Y la gente pagaba por esta gilipollez.

La pelea en sí no duró tanto como esa llamada a un 900.

Williams no dejó de lanzarme *jabs* de izquierda y yo me desplacé hacia un lado y simultáneamente le lancé un gancho con la izquierda que le impactó de lleno en la barbilla. Se fue al suelo y se incorporó ayudándose de las cuerdas para recuperar el equilibrio. El árbitro le hizo una pregunta y, al no gustarle su respuesta, detuvo la pelea. El combate había durado dos segundos más que el que había disputado contra Spinks. Me sorprendió que el árbitro lo parara. No pensé que Williams estuviera en tan mal estado. Pero, tal y como le dije a Larry Merchant tras la pelea, no habría parado de acosarlo. Tener a alguien malherido siempre me hacía sacar la parte más peligrosa de mí.

Merchant me preguntó quién iba a ser mi siguiente rival, ofreciendo una lista de nombres que incluía a Holyfield, Douglas y Dokes.

—Que vayan pasando todos. Nadie puede hacerme sombra. Soy el mejor boxeador del mundo —dije.

—Don me ha prometido que, si tumbaba a este tipo, iba a pagarme cien mil dólares —le conté a Larry. Don maniobró para entrar en el plano—. ¿Cuándo va a ocurrir?

—Después de la rueda de prensa —respondió Don.

—Oh, sí. Oh, sí —dije emocionado—. A mi iglesia le irá bien el dinero.

Recogimos el botín y lo metimos en una bolsa y Craig Boogie y yo nos dirigimos directamente a Mount Vernon a ver a Heavy D y Al B. Sure! Pasamos un rato en casa de los padres de Heavy y luego nos fuimos a la ciudad a pulirnos el dinero en nuestras iglesias predilectas: primero en Columbus y, a continuación, en todos los clubs que se extendían entre Harlem y el centro. Después de aquella pelea, estuve un mes saliendo de fiesta por Nueva York.

Por descontado, regresé de inmediato a Brownsville, a repartir por el barrio parte de mi fortuna. En ocasiones era Brownsville la que venía a mi encuentro en la ciudad. Una vez estaba atravesando Madison Avenue en mi limusina junto a mi viejo amigo Gordy. Miré por la ventana y vi andando a toda prisa a un hombre y una mujer que lucían abrigos de visón largos y carísimos. Los perseguía un empleado de una de esas tiendas tan exclusivas de Madison Avenue.

—Ey, ¡vuelvan aquí! ¡Vuelvan aquí! —gritaba el empleado.

Al fijarme con más detenimiento, advertí que se trataba de Pop y su amiga Karen. Gordy y yo nos partimos el culo de la risa al comprobar que, aún teniendo SIDA, Pop seguía a lo suyo.

Durante los años en que estuvo operativo el equipo Tyson, debo admitir que realmente me superé a mí mismo. Mi cabeza no operaba de acuerdo a la lógica. Creía de veras que era un campeón bárbaro. «Si no te gusta lo que te digo, te destruiré, te arrancaré el alma». Yo era Clodoveo, era Carlomagno, era un pérfido hijo de puta. Uno de mis guardaespaldas comenzó a pensar que su nombre era «cabronazo» porque no dejaba de oír «Cabronazo, consígueme esto» o «En marcha, cabronazo».

Lo que tenía montado en Ohio era un campamento salvaje. Iba repartiendo hostias a todo el mundo. Era de ese tipo de dictadores. A nadie se le despedía, sólo recibía una tunda. Recuerdo pegarle a King en la cabeza con tanta fuerza que EB dijo que parecía haber visto polvo salir de su melena afro.

Un domingo le dije a Don: «Tío, jamás he visto un millón de dólares en metálico. Será mejor que me lo consigas».

—¡Pero si el banco está cerrado, Mike! —dijo Don.

—Tienes contactos. ¡Consigue que te abran un banco y que te den un millón de dólares! En metálico —le advertí.

Tío, estaba bien jodido. No paraba de inventarme cosas, buscando motivos para golpear a Don en la cabeza.

—No lo hagas, Mike. Don va a hacer que te maten, Don es de los que consigue que maten a gente —me decía todo el mundo.

—¿Acaso todos le tenéis miedo? —decía y luego, ¡bam!, le soltaba una patada en la cabeza.

Un día Ali y un grupito de personas se encontraban en la casa de Don en Las Vegas. Yo estaba acostumbrado a escuchar historias según las cuales Ali, Larry Holmes y muchos otros boxeadores temían a Don porque lo creían capaz de mandarlos asesinar. Puesto que los respetaba, quería que supieran que no existían motivos para tener miedo de Don. Solía hacer

comentarios deplorables sobre él delante de todo el mundo para demostrar su poca valía. No sé si éste era el motivo real de que le tocara las narices. Yo era un joven inmaduro y simplemente me apetecía.

Rory y John venían a hablar conmigo.

—Escucha, Mike, el hombre tiene más de sesenta años. Si sigues pegándole, vas a causarle daños cerebrales. Nos ha pedido que te llamemos para hacerte saber que va a dejar de venir si continúas pegándole, así que relájate.

De manera que tuve que relajarme.

Todos se pensaban que estaba loco. No me entrenaba. Salía demasiado de fiesta. Pero sin haber entrenado apenas, seguía tumbando a mis rivales. ¿Sabéis qué? Durante aquel período de tiempo quizás sí que estuve chiflado. Hoy en día me siento muy lejos de aquella persona. Pienso: *Guau, joder, sí que estaba como una cabra*.

No miento cuando afirmo que me creía el ser más perverso sobre el planeta Tierra. Pegaba a Don como si yo fuera el jodido John Gotti. Don intentaba que fuera a ver a un médico. Me decía: «Mike, necesitas visitar a un psiquiatra, hermano. Hay algo que no te funciona bien». De hecho, consiguió que fuera a ver al Doctor Alvin Poussaint, que trataba a Bill Cosby, un distinguido profesor de psiquiatría en la Harvard Medical School. Un individuo erudito y sentencioso. Pouissant me preguntó qué problema tenía y empecé a largarle gilipolleces propias de un tarado: «Que os jodan. No me importa vivir o morir, no me importa una mierda». Aquel tipo era tan burgués y presuntuoso que me revolvía las tripas. Acabó largándose por patas. Salió corriendo de casa para nunca regresar.

Cuando pienso en todas las cosas terribles que Don me ha hecho a lo largo de los años, continúo con ganas de matarlo. Es un mentiroso y un traidor de tomo y lomo. No es un tipo duro. Jamás lo ha sido. Todo lo que ha hecho en plan tipo duro es porque ha pagado a alguien para que lo hiciera por él.

Por aquel entonces no me importaba lo que pensaran sobre mí. Me limitaba a vivir al día de la forma que más me placía. Era como un vaquero jugándose la vida. Había deseado convertirme en un villano y lo había conseguido. La revista *Boxing Illustrated* publicó un artículo titulado: «¿Va

Mike Tyson camino de ser el campeón de los pesos pesados más impopular de la Historia?». Dave Anderson, de *The New York Times*, publicó una columna en la que se preguntaba: «¿Quién hay ahí afuera que pueda detener a Tyson?». La prensa se volvía en mi contra y a mí me encantaba. Era irritante. Necesitaba poder pelearme con más gente.

Don cerró un trato para que mi siguiente combate fuera contra Razor Ruddock. Los hoteles estadounidenses no estaban interesados en desembolsar mucho dinero para alojar la cita. Trump estaba quemado tras mi veloz KO contra Williams. De modo que Don encontró a unos individuos en Edmonton, Canadá, dispuestos a pagar una tarifa de 2,6 millones de dólares. El evento se fijó para el 18 de noviembre. Tras salir de marcha por Nueva York, volé a Los Ángeles para que no se parara la fiesta. No estaba muy interesado en pelear contra Ruddock. Lo había visto enfrentarse con brillantez a Michael Weaver, pero no había vuelto a alcanzar ese nivel. Se convirtió en un artista del noqueo. En el combate anterior al nuestro había ido a la lona en el segundo asalto, levantándose para acabar venciendo de forma impresionante en el séptimo.

En septiembre comencé a prepararme para el combate en Las Vegas, pero no me sentía motivado. Ya no quería seguir peleando. A mediados de octubre trasladamos el campamento a Edmonton. No me entrenaba. Sólo me dedicaba a acostarme con mujeres. No me apetecía ni salir de la habitación. Hacía que mis amigos me buscaran una mujer al azar y me la trajeran ahí. No me importaba su aspecto ni su nombre. Al acabar se marchaba y entraba otra escogida aleatoriamente. Finalmente le pedí a Don que buscara alguna excusa para aplazar el combate. Utilizamos mi bronquitis. Me habría resultado sencillo pelear con ella, pero a un médico le habría bastado con echar un vistazo a una radiografía para asustarse. El 26 de octubre aplazamos la pelea y volamos de vuelta a Las Vegas. Don había encontrado a un médico dispuesto a certificar que padecía una pleuresía. ¿Pleuresía? ¿Qué cojones es una pleuresía? Temía que se tratara de una enfermedad venérea.

Don empezó a mover los hilos de cara a buscarme un contrincante más acorde. Decidió llevarme a Japón en enero para luchar contra Buster Douglas, que se imaginaba que sería un pelele. Luego cerró un acuerdo con

la gente de Evander Holyfield para que combatiéramos en junio de 1990 en el Trump Plaza. Yo me llevaría una bolsa de 25 millones de dólares. A Cayton, que seguía siendo oficialmente mi representante, le alegró la noticia.

Así que volví a volcarme en la fiesta. En noviembre pude conocer a algunas de las mayores celebridades imaginables al participar en los actos conmemorativos del sesenta aniversario de Sammy Davis Jr. en el mundo del espectáculo. Me lo pasé en grande. Hablé con George Burns y Milton Berle sobre Fanny Brice, Ruby Keeler y Al Jolson. George era tan mayor que había llegado a trabajar con Fanny. Me vi con todo el grupito del Rat Pack. Les caí muy bien.

Sin embargo, departir con ellos no fue nada en comparación con conocer a mis ídolos pugilísticos. De todas las celebridades que me presentaron por esta época ninguna me quitó más el aliento que Max Schmeling. Tenía ochenta y largos cuando lo conocí. Resultó fascinante hablar con él de boxeo. Hablamos de Dempsey y Mickey Walker. Me contó que Joe Louis no había sido sólo el mejor boxeador sino también la mejor persona. Al enterarse de que Joe Louis estaba en la bancarrota, viajó de Alemania a Harlem en su búsqueda. ¿Os podéis imaginar a un hombre blanco y mayor recorriendo todos los clubs de Harlem para dar con Joe Louis? Cuando lo conocí, Schmeling era billionario, poseía todos los derechos de Pepsi en Alemania. Lo que de todos modos se antojaba más fascinante de él es que seguía amando el boxeo. Allá donde fuera, siempre lo acompañaban las cintas con sus añejos combates.

Yo adoraba a los viejos campeones. Cuando me enteré que Joey Maxim, el antiguo campeón de los pesos ligeros, trabajaba en la recepción de un hotel de Las Vegas, me pasaba cada semana para verlo y hablar de su carrera. Le enfurecía que, durante los combates celebrados en el Hilton, nunca anunciaran su presencia en la primera fila de espectadores, por lo que me aseguré de que empezaran a hacerlo. A hombres como él nunca los consideré unos desgraciados o gente sin suerte. Para mí él era más grande que yo. Yo no era un tipo importante que le estuviera haciendo un favor visitándolo; estaba maravillado de poder pasar tiempo con él. Me sentía

feliz por el simple hecho de verlo y poder tocarlo. La noche en que regresé a casa tras nuestro primer encuentro, me eché a llorar.

El 8 de enero de 1990 me subí en un avión con destino a Tokio. Pataleé y grité. No quería combatir: por entonces sólo me interesaba salir de fiesta y follar. A mi regreso había ganado más de trece kilos. King estaba tan preocupado que me ofreció un bonus si recuperaba mi antiguo peso para la pelea que se celebraría en un mes.

Buster Douglas no me parecía un gran desafío. Ni siquiera me tomé la molestia de ver sus antiguos combates. No me había costado ganar a todos aquellos que lo habían vencido. Estando yo en las peleas menores, lo había visto luchar por el campeonato de la ESPN y perder a manos de Jesse Ferguson, a quien yo había noqueado en mi primera pelea para la ABC. Me sentía como mis héroes Mickey Walker y Harry Greb. Leí que Greb era tan arrogante que les aseguraba a sus rivales que no había entrenado porque «no merece la pena que me ponga a sudar por ti». De modo que seguí su ejemplo. No entrené en absoluto para el combate. Anthony Pitts estaba conmigo y madrugaba para salir a correr con mi compañero de *sparring*, Greg Page. A mí no me apetecía. Anthony me decía que se encontraba a Buster cavando con sus botas del ejército, los mocos colgándole de la nariz, y saliendo a correr.

No podía comer, puesto que tenía sobrepeso y quería conseguir el bonus de Don. Me dedicaba a tomarme una sopa teóricamente quemagrasas. Luego las mujeres de la limpieza me servían de plato principal. Resultaba irónico ya que las japonesas dan la impresión de ser muy tímidas e introvertidas. Afortunadamente fui a toparme con unas señoritas locales en absoluto convencionales. La gente me preguntaba si había aprendido algunos trucos sexuales de ellas, pero no tuve tiempo de aprender nada. Aquello no consistía en un curso de aprendizaje sexual, sino en un tipo intentando pasarlo de puta madre.

A las empleadas de la limpieza ni siquiera tuve que pagarles para follármelas. Lo que sí hice fue darles cuantiosas propinas en esos billetes

suyos con pinta de haber salido del Monopoly. Supongo que estaban agradecidas porque regresaban y a veces se traían a alguna amiga.

—A mi amiga le gustaría conocerlo, señor Tyson. Agradecería poder acompañarnos.

Además de practicar el sexo con las mujeres de la limpieza, me citaba con una joven japonesa con la que me había acostado durante mi visita previa al país con motivo del combate contra Tony Tubbs. Robin salía de compras y yo me escabullía con ella por las escaleras a la planta de arriba.

Le pedí que volviéramos a hacer lo mismo. Había demasiada gente por mi planta y no quería que Don, Rory, John o Anthony controlaran lo que hacía. Podrían haberla asustado, se mostraba muy tímida con gente de por medio. En los dos años que llevaba sin verla, había madurado una barbaridad.

De modo que en esto consistió mi entrenamiento de cara a la pelea contra Douglas. De tanto en tanto me presentaba a hacer ejercicio y *sparrings*. Diez días antes del combate, me encontraba haciendo un *sparring* con Greg Page cuando me crucé por delante de uno de sus ganchos de derecha y acabé en el suelo.

—¿Qué cojones estás haciendo? —me preguntó Greg más tarde.

Unos días después, Don abrió al público una de mis sesiones de *sparring* con las entradas a sesenta dólares. Por descontado yo jamás vi un céntimo de ese dinero. En aquel momento ni siquiera sabía que le estaba cobrando a la gente. Estaba planeado que hiciéramos dos asaltos, pero yo tenía tan mal aspecto que Aaron Snowell y Jay lo pararon cuando llevábamos uno y dieron la sesión por finalizada. Don estaba que trinaba. Quería su dinero. No tenía ni idea de que estuviera tan bajo de forma. No sabía absolutamente nada sobre boxeo. Era incapaz de distinguir a un tipo en forma de uno fuera de forma. No sabía siquiera cómo se ata un guante de boxeo.

El día previo al combate arrojé un peso de casi cien kilos, mi récord antes de una pelea. Aún así, conseguí mi bonus. Ese mismo día también disfruté de la compañía simultánea de dos empleadas de la limpieza. Y luego de dos chicas más, por separado, llegada la noche.

No había estado al corriente pero resulta que Douglas se sentía muy motivado para hacer una buena pelea. En julio de 1989 había vuelto a nacer. Luego su mujer lo abandonó y su madre soltera contrajo una enfermedad que a principios de enero, mientras él se hallaba entrenando, había acabado con ella. Yo no sabía nada de eso ni me importaba. HBO estaba aireando a los cuatro vientos que Douglas iba a dedicarle la pelea a su madre, pero yo era tan arrogante por entonces que hubiera sido capaz de declarar que esa noche él iba a unirse a ella.

Combatimos a las nueve de la mañana por la diferencia horaria con Estados Unidos. La mitad de los sesenta y tres mil asientos del recinto estaban vacíos. Don era un promotor lamentable. Desde el momento en que me uní a él, todo empezó a irse a pique. Era un nubarrón sobre mi cabeza.

A aquel cuadrilátero no se subió el Mike Tyson de costumbre. Para cualquier observador resultaba evidente que yo no quería estar ahí. Arrancó el combate y lo hice de pena. Soltaba puñetazos con mucha fuerza porque era consciente de que, si lo enganchaba bien, no iba a volver a levantarse. No me importaba lo grandullón que fuera. Pero yo apenas golpeaba. Fue el combate en el que lancé el menor porcentaje de golpes. Él recurría a su *jab* y al alcance de sus brazos para impedir mis ataques y, cuando intentaba golpearle en el cuerpo, me agarraba. Aquella noche hizo una gran pelea, aunque yo era un blanco fácil. No estaba moviendo la cabeza en absoluto.

Yo no le intimidaba. De hecho, era él quien seguía golpeando tras sonar la campana y en los descansos. Jugaba sucio, pero formaba parte del boxeo, todo el mundo lo hacía. Tras el tercer asalto regresé a mi rincón. Aaron y Jay estaban de los nervios.

—No estás acortando las distancias —dijo Aaron—. Debes meterte dentro, si te quedas donde estás no vas a dar pie con bola.

No me digas. ¿Por qué no intentas *tú* meterte dentro? Aquel tipo me sacaba una ventaja de treinta centímetros al estirar los brazos.

—Vuelve a hacer lo que sabes —dijo Jay—. Hazlo. Que fluya.

Qué fácil decirlo cuando no estás siendo golpeado. Yo no apartaba la vista del suelo.

Douglas me sacudió bien en el cuarto y en el quinto. Durante el quinto comenzó a hinchárseme un ojo pero, al acudir al rincón, no disponían de

End-Swell para mantenérmelo abierto. Cuando vi que llenaban una especie de condón extra largo con agua helada y me lo colocaban sobre el ojo, no podía creérmelo.

En el sexto asalto estaba exhausto. Tenía el ojo izquierdo completamente cerrado. Buster, sin embargo, también aparentaba estar cansado, especialmente al inicio del séptimo. Pero no encontraba la forma de alcanzarlo. En el octavo consiguió que me tambaleara y me tuvo contra las cuerdas los últimos veinte segundos. A esas alturas buscaba conectar un solo golpe. Seguía trastabillando por culpa de sus puñetazos, era incapaz de concentrarme pero vi una forma de entrarle. Durante todo el combate había sido capaz de eludir todos mis intentos de acercarme y yo me había mostrado incapaz de acortar distancias pero, a esas alturas, él también estaba agotado y no podía moverse. Así que le lancé uno de mis característicos *uppercuts* y cayó a la lona.

Entonces me jodieron. Quien controlaba el tiempo era japonés y el árbitro era mexicano. No hablaban el mismo idioma y eran incapaces de coordinarse en el conteo. Cuando el árbitro cantó «cinco», Douglas llevaba de verdad ocho segundos en la lona. Así que obtuvo un conteo bien largo. Yo tuve que quedarme con la pajita corta. Esto forma parte del boxeo, pero no quita que me sintiera agraviado. La WBA tenía que estar teóricamente de nuestro lado. Sabía que iba a ganar porque mis rivales luchaban contra mí y los árbitros. Don siempre untaba a los árbitros. Por lo menos eso me contó. Quizás aquella noche se olvidó de pagarle al árbitro.

En cualquier caso, no deseo restarle méritos a Douglas. Demostró mucho coraje y agallas. Le propiné un golpe demoledor. Cualquier otro habría visto su cabeza volar hacia la estación espacial. Yo estaba tan para el arrastre que durante el asalto siguiente al noqueo no pude mantener el tipo. Él volvió con fuerzas renovadas. Cuando dio inicio el décimo, le metí un derechazo directamente a la mandíbula, pero él respondió con una avalancha de golpes a la cabeza, empezando por un *uppercut* de derecha. Mi insensibilidad era tal que no notaba los golpes, sólo los oía. Mi equilibrio estaba herido de muerte. Me fui a la lona.

Cuando impacté contra el suelo, se me salió el protector bucal y, mientras el árbitro llevaba a cabo el conteo, intenté ponerme en pie al

mismo tiempo que lo agarraba. Actuaba por puro instinto. No me enteraba de nada. Tras llegar a diez, el árbitro me abrazó. Regresé a mi rincón completamente aturdido. Iba masticando el protector, si bien no era consciente de qué era aquello.

—¿Qué ha ocurrido? —les pregunté a los de mi rincón.

—El árbitro ha contado hasta diez, campeón —dijo Aaron.

Sabía que era inevitable. Desde el principio de la pelea había estado jodido. No realicé la entrevista posterior al combate para la HBO. Aún resonaban campanas dentro de mi cabeza. Por lo menos sufría una conmoción cerebral.

En cuestión de minutos, Don había organizado una reunión con la WBC y el cuerpo arbitral de la WBA. Acto seguido, convocó su propia rueda de prensa.

—El primer noqueo invalida al segundo noqueo —declaró indignado. Jose Sulaiman, el presidente de la WBC, suspendió el reconocimiento de un campeón puesto que el árbitro no había recogido el conteo llevado a cabo por el controlador del tiempo. El árbitro reconoció haber cometido una equivocación. Sulaiman reclamó de inmediato una revancha. A esas alturas yo había recuperado suficientemente la conciencia para sumarme a la rueda de prensa. Lucía gafas de sol para ocultar el ojo a la virulé y apretaba un apósito blanco contra mi cara hinchada.

—Hace años que me conocéis, chicos, jamás me quejo o armo bulla. Le he noqueado antes de que él me hiciera lo mismo. Quiero ser campeón del mundo. Eso es a lo que aspiran todos los jóvenes —dije.

Regresé a la habitación del hotel. No había ninguna empleada de la limpieza esperándome. Resultaba extraño haber dejado de ser el campeón del mundo de los pesos pesados. En mi mente, sin embargo, sabía que había sido derrotado por pura chiripa. Me constaba que Dios no se metía con los animales pequeños, que sus rayos sólo impactaban contra los animales grandes, los únicos que conseguían irritarlo. Los animales menores no conseguían molestar a Dios. Dios debía atar en corto a los animales grandes para que no se acomodasen en sus tronos. Me estiré en la cama y pensé que mi grandeza había llegado a tal extremo que Dios estaba celoso de mí.

8

El viaje de regreso de Tokio se hizo muy largo. Mi ojo seguía mal, con lo cual tuve que llevar unas gafas de sol bien grandes que Anthony Pitts me había dejado. Durante el trayecto hablé con él.

—Me imagino que ahora vas a dejarme —le comenté. El adicto que llevaba dentro me decía: «Estoy condenado. Mi mundo se ha acabado».

—Mike, nunca voy a dejarte —me dijo—. Tú no puedes despedirme y yo no puedo largarme; estamos atrapados el uno con el otro. Espera y verás cómo al bajarte la hinchazón te encontrarás bien.

Tras aterrizar nos fuimos directamente a casa de Camille. Soy un tipo raro, siempre acabo volviendo a las esencias. Al hogar con mis mamás. A la mañana siguiente, Anthony se levantó a las siete y al bajar las escaleras me encontró haciendo abdominales y flexiones.

—Ah, ¿resulta que ahora sí que quieres entrenar? Después de la maldita pelea —me dijo.

—Tío, sólo intento no perder la concentración —dije.

Más tarde hablé con Camille. Había seguido la pelea desde la primera fila y tuvo la impresión de que yo estaba aturdido.

—No lanzaste ningún golpe contundente —dijo—. Parecía que desearas perder. Quizás ya te hayas cansado del tema.

Probablemente llevaba razón. Yo creía en la teoría de Cus de que lo único malo de una derrota era no aprender nada de ella. Cus siempre me estaba recordando que combatir era una metáfora de la vida. No importa si pierdes; lo que importa es lo que haces tras haber perdido. ¿Vas a permanecer hundido o a levantarte e intentarlo de nuevo? Más adelante le contaría a la gente que mi mejor combate fue contra Douglas porque me

demostré a mí mismo que podía ser lo suficientemente hombre como para recibir una paliza y recuperarme.

De manera que me dediqué a pasar tiempo en Catskill, a jugar con mis palomas y a leer sobre mis héroes. Leí cómo Tony Zale supo regresar tras su pelea contra Rocky Graziano, cómo Joe Louis regresó para machacar a Max Schmeling, cómo Ali regresó del exilio, cómo Sugar Ray Robinson se encabritaba sólo con ver la palabra «ex» y su nombre en la misma frase. Mi narcisismo se puso de nuevo en marcha y pensé que yo pertenecía a la misma dinastía que esos tipos. Sabía que era inevitable que recuperara aquellos cinturones. Iba a marcharme a un lugar desvencijado en el que aprendería a ser un maestro en lo mío de cara a volver siendo aún mejor, igual que le ocurría a los protagonistas de todas esas películas de kárate de los Hermanos Shaw. Menuda gilipollez, ¿verdad? No era más que una rata de alcantarilla con delirios de grandeza.

Mientras tanto, el mundillo pugilístico atravesaba una tormenta. El día siguiente a la pelea todos los periódicos de gran tirada se mostraban indignados de que Douglas no fuera reconocido como el nuevo campeón. Tan pronto puso un pie en Estados Unidos, Jose Sulaiman se retractó. Don se vio obligado a suplicar que tuviera lugar un combate de revancha de inmediato. Conspiraba para que Evander Holyfield, el legítimo aspirante, aceptara una bonita suma por echarse a un lado y dejarme participar en aquél. Sin embargo, la gente de Holyfield sabía que, si Evander ganaba a Buster, Don se vería apartado del mundo de los pesos pesados.

¡Guau! Me encantó esta memez.

Me acordé de estas palabras en una entrevista que concedí a la ESPN. Me preguntaron por qué a la gente le fascinaba tanto mi vida.

—Creo que a muchas personas les gustaría ver cómo me autodestruyo. Desean poder verme algún día entrando esposado en un coche policial o yendo a la cárcel. Igual que le ha ocurrido al hijo de Marlon Brando. A la gente le entusiasma decir: «A esto me refería, ya te dije que se lo estaba buscando». Pero ni estoy en prisión ni estoy en Brownsville, no cumplí con las previsiones.

Don me hizo participar en una serie de ruedas de prensa en las que intenté mostrar mi mejor cara, aunque la honestidad pugnaba por salir.

—Nadie es invencible —les dije. A veces el rival consigue comerte la moral. Buster me pateó el culo. No me entrené para ese combate. No me lo tomé en serio. Me estaba follando a esas japonesas como quien come uvas. Podrían haberme confundido con Calígula allá en Japón.

En Los Ángeles conseguí que la prensa se desternillara de risa al contarles cómo me dediqué a revisar desde casa la cinta de la pelea.

—Estoy sentado ahí diciéndome a mí mismo: «Eh, tío, ¡agáchate!». Pero el tío de la pantalla no se agacha. Yo le grito: «¡Agáchate, estúpido!». Pero ese estúpido no me escucha.

Un periodista me preguntó si sentía pulsiones suicidas tras perder el cinturón.

—¡Ey! Tengo mucho dinero que gastarme antes que quitarme la vida. Cada día debes lidiar con cosas así. ¿Si he llorado? ¡Ojalá pudiera hacerlo! La última vez que lo hice fue cuando obtuve el divorcio. Entonces sí que lloras. De hecho, ¿os puedo contar algo? Supuso una liberación, eso fue. Librarme de una gran presión.

El divorcio me dejó jodido. Desearía no haber dicho nunca aquello, de modo que, si lo hice en su momento, fue porque seguía muy afectado.

La gente intentaba buscar excusas a mi derrota, excusas que yo no les compraba. Incluso Larry Merchant, quien no siempre se había mostrado respetuoso conmigo, le echó la culpa a que tuviera un ojo cerrado durante la pelea, en el marco de una entrevista que me hizo para un especial de la HBO emitido una semana después de los hechos.

—Siempre te queda el otro ojo. Úsalo. Uno debe pelear hasta el final —dije—. El corazón seguía latiéndome.

De regreso de Los Ángeles fui directamente a mi refugio en Catskill, si bien ahora medio mundo subía hasta ahí con la intención de entrevistarme. Uno se topaba con periodistas de Brasil, Inglaterra, Escandinavia y Japón merodeando por Catskill y Albany, visitando los sitios que yo frecuentaba, por ejemplo September’s. Llamaban a la puerta de Camille y ella se encaraba con ellos.

—No os atreváis a volver. Dejadlo en paz, ¡no es más que un crío! —les gritaba. Deberíais sentiros avergonzados.

Buster Douglas había ganado el combate, pero nadie estaba prestándole atención; sólo me buscaban a mí. Llegaron a hacer un vídeo musical con mi caída y mi torpe búsqueda del protector bucal. Resultaba irónico. Mi inconsciente deseaba perder para escapar de esa olla a presión, pero ni siquiera eso funcionó.

—Ahora no puedo dejarlo, soy una puta de este deporte —le dije a un periodista—. Ahora debo demostrar algo. De hecho, me pregunto si ahora no soy más grande que antes por el hecho de haber perdido.

En medio de toda esta confusión, mi hermana falleció. Era la única persona que no temía ponerme a raya. Siempre fue mi protectora, hasta el momento mismo de su muerte. Era bastante obesa y su marido me contó que la noche antes de morir había esnifado cocaína. De verdad deseo que no lo hiciera porque se sintiera deprimida por mi culpa. Mantuve con ella una larga conversación telefónica la noche antes de que muriera.

—Ve a hablar con tu padre —me dijo—. Y haz que le echen un vistazo a tu ojo.

Siempre estuvo cerca de Jimmy, nuestro padre biológico. Deseaba que él y yo empezáramos a tener una relación. Menuda era mi hermana. Yo intentaba darle dinero pero ella se resistía. Estaba a gusto con su vida en el gueto. Jamás me pidió nada.

Su marcha me entristeció, si bien a esas alturas me había acostumbrado a la muerte y la entendía implícitamente. Su funeral tuvo lugar en Brooklyn y fue presidido por el reverendo Al Sharpton. Solíamos reírnos del reverendo Al y meternos con él por su gordura y su peinado, pero era un héroe gigantesco en nuestra comunidad. Estábamos orgullosos de él. Si reflexionabas sobre dónde procedía y hasta dónde había llegado no te quedaba más remedio que considerarlo un milagro. La otra noche vi un documental en la PBS sobre la historia de Broadway en el que apareció Milton Berle hablando sobre cómo fue crecer en la pobreza en Brooklyn. Declaró que tener un trabajo modesto y pésimamente pagado no suponía un fracaso. Sí que lo era, en cambio, regresar a Williamsburg o Brownsville. Aquello me dolió en el alma.

Después de perder el título, tuve que ir a visitar a mis amigos en Brownsville. Lo cierto es que no quería volver con el rabo entre las piernas,

pero mis amigos estuvieron fantásticos. Fueron puro amor. Pasé mucho tiempo con mi amiga Jackie Rowe. Solíamos trapichear juntos cuando yo era niño. Mis amigos y yo robábamos en algún lugar y luego nos dirigíamos a casa de Jackie a repartir el botín. Jackie era un persona grandota, descarada y directa, un poco como mi hermana. De hecho, empezó a referirse a sí misma como «mi hermana» tras morir Niecey.

A pesar de creer que los dioses querían que recuperara mi cinturón, tras la derrota me sentía triste, avergonzado y lleno de dudas. Jackie siempre estaba exultante.

—¿Estás loco, cabronazo? —me gritaba—. ¿Acaso no sabes quién eres? Sólo fue una pelea, Mike. Perdiste. No hay para tanto. Mira hacia delante. Eres el mejor.

—¿De verdad lo piensas? —le decía.

—Sí, lo sé. Simplemente no te ceñiste al guión; no hiciste lo que deberías haber hecho.

—Tienes razón, tienes razón —le decía.

Cuando visitaba a Jackie, aparcaba en la entrada de su apartamento, situado en un barrio de viviendas de protección oficial de la ciudad. Me quedaba dentro relajándome y ella salía a comprarme mi comida favorita. Me asomaba a la ventana y les gritaba a las chicas que pasaban por delante. Levantaban la vista y miraban dos veces para asegurarse.

—Ése no puede ser Mike Tyson. ¿Es Mike Tyson? ¡Mike! ¡Mike!

Cuando corrió la voz, se produjeron tales aglomeraciones que la policía se vio obligada a acordonar la zona, extendiendo cinta protectora alrededor de mi Ferrari y de toda la manzana.

A veces Jackie me llevaba a Harlem, donde la gente se volvía loca.

—Sigues siendo el más grande, campeón —me gritaban—. ¡Puedes volver a conseguirlo!

Don había cerrado un acuerdo para que mi regreso tuviera lugar el 16 de junio de 1990 en Las Vegas contra Henry Tillman. Antes de partir hacia Las Vegas, estuve entrenándome en Nueva York. La demanda por haberle tocado el culo a una mujer estaba desinflándose. Por las mañanas iba a los juzgados y por la tarde entrenaba. Emile Griffith, el ex campeón del mundo, trabajaba con unos boxeadores en el gimnasio al que yo acudía. Un día me

dijo algo que me caló profundamente, consiguió que olvidara de una vez mi derrota contra Douglas.

Empecé a hablarle sobre la pelea.

—Sí, no lo hice nada bien, ¿verdad? —le dije.

—Me consta que el gran Mike Tyson no va a dejar que algo así lo desanime —dijo el señor Griffith.

Oh, tío. Aquellas pocas palabras consiguieron cambiar por completo mi opinión sobre mí y mi regreso. ¿No es una locura? El simple hecho de escuchar esas palabras hizo que me olvidara de la derrota y me creyera de nuevo un campeón. Una vez las soltó, yo estaba de vuelta.

Contamos con dos nuevas incorporaciones al Equipo Tyson. Don fichó a Richie Giachetti como mi nuevo entrenador jefe. Y tuve a mi primer hijo con una mujer llamada Natalie Fears, al que puse de nombre D'Amato.

A mediados de abril nos instalamos en Las Vegas para entrenar. Me puse a ello como un maníaco. Me levantaba a las cuatro para salir a correr y luego hacía dos horas de bici en el Las Vegas Athletic Club. George Foreman iba a participar en un combate secundario en el mismo torneo que yo y lanzó una reflexión interesante sobre el hecho de perder un título.

—Te da vergüenza que te vea cualquiera, especialmente los mozos del aeropuerto. No quieres cruzarte con los taxistas porque, dentro de tu cabeza, todo el mundo va a decir algo sobre ti. Y tienes que reconstruirte de arriba abajo, de modo que empiezas a gastarte billones de dólares en coches, trajes, cualquier cosa que te haga parecer el mejor del mundo. Mike Tyson no volverá a dormir hasta que disponga de la oportunidad de recuperar el título. No volverá a dormir hasta alcanzar la redención. Odio ver a un joven pasando por eso, pero así son las cosas.

Por entonces no estaba forzosamente de acuerdo con George. Era tan megalómano que sabía que estaba predestinado a ganar de nuevo ese cinturón. Sabía que debía entrenar.

La noche del combate con Tillman me sentía motivadísimo. Iba a pelear contra un tipo que me había ganado cuando éramos amateurs. Se antojaba la perfecta historia de un regreso. El tipo se hunde y yo resurjo.

Aunque mi rival había ganado una medalla de oro olímpica y poseía un respetable registro de 20 - 4, las apuestas estaban 1 - 2 a que conseguía

noquearlo en el primer asalto.

Cumplí con las expectativas. Justo al inicio del combate, recibí un potente derechazo que ni me inmutó. Lo ralenticé con un contundente derechazo al cuerpo y al final lo alcancé con un derechazo elevado a la sien. Aún quedaban veinticuatro segundos para acabar el asalto. Había caído fulminado de espaldas. No quería hacerle ningún daño a Henry. Sólo deseaba terminar cuanto antes. Me caía muy bien y me alegraba que se llevara un buen pellizco. Tillman fue uno de esos boxeadores realmente grandes, pero que carecen de confianza. Si hubiese creído en él, se habría convertido en un boxeador legendario; habría entrado en el Hall of Fame.

En la rueda de prensa posterior al combate Don se puso a hacer de Don.

—Ha vuelto, es el Todopoderoso Mike Tyson —vociferó.

Lo agarré de un brazo y le dije que cerrara la boca.

—Pero si sabes que has vuelto —dijo Don.

Comenté un poco la pelea y alabé a Henry, pero de lo que de verdad quería hablar era de mi bebé.

—Es un encanto. Tiene seis semanas y pesa cinco kilos y medio. ¡Ya es capaz de sentarse! Vivo dedicado a él.

Unos meses después del combate, el caso de las nalgas llegó finalmente a su cierre. Se me encontró culpable de un delito de agresiones y, de cara a valorar la cuantía de los daños y perjuicios, sus abogados solicitaron una declaración de bienes. El abogado de Don la presentó y nos enteramos que Don seguía debiéndome dos millones de dólares por el combate celebrado en Tokio. Según el informe, mis bienes ascendían a 2,3 millones de dólares en efectivo, la casa de Nueva Jersey, valorada en 6,2 millones de dólares, la casa de Ohio y alrededor de un millón y medio de dólares en coches y joyas. El valor total de mis bienes ascendía a quince millones de dólares pero, dado el volumen de bolsas que había recibido por mis combates, la cifra se quedaba muy corta. Yo no sabía si habían alterado los libros de cuentas antes de ir a juicio o si estaban estafándome. Sea como fuere, los daños y perjuicios que el jurado concedió a aquella mujer se quedaron un poco por debajo del millón de dólares que reclamaban. Le dieron cien dólares. Cuando escuché el veredicto, me levanté en medio de la sala, me

saqué un billete de cien del bolsillo, lo lamí y me lo enganché en la frente. Me imagino que no quería dinero en efectivo.

Mi siguiente combate de regreso debía tener lugar el veintidós de septiembre en Atlantic City. Iba a enfrentarme a Alex Stewart. Stewart era un jamaicano que había participado en Olimpiadas y que había empezado su carrera con veinticuatro noqueos consecutivos. Su única derrota había sido contra Evander Holyfield por KO técnico en el octavo asalto, una pelea que había dominado hasta que se hizo un corte sobre el que Evander se ensañó. Durante los entrenamientos yo también me hice un corte sobre el ojo que necesitó cuarenta y ocho puntos de sutura y obligó a aplazar la pelea hasta el 8 de diciembre.

Mientras tanto la HBO me presionaba para que volviera a firmar un contrato con ellos. Seth Abraham creía haber alcanzado un acuerdo con Don por diez combates a cambio de 85 millones de dólares, pero Don se tiró atrás. Adujo como motivo que no quería que Larry Merchant se encargara de mis peleas porque siempre estaba echando pestes sobre mí. Tras el combate contra Stewart, Don utilizó esa excusa para irnos con Showtime. Yo pensaba que el acuerdo con Showtime era más favorable para Don y para mí, pero más tarde descubrí que sólo lo era para él.

A la espera de mi pelea con Stewart, Buster Douglas defendió su título frente a Evander Hoyfield. Yo sabía que Holyfield iba a vencer. Douglas se presentó muy sobrado de peso y Holyfield peleó mejor. Douglas bajó los brazos. Recibió algún golpe y se estiró en el suelo. Se prostituyó a cambio de diecisiete millones de dólares. Acudió a aquel combate sin una pizca de dignidad u orgullo de cara a defender su cinturón. Cobró su cheque a costa de perder su honor. Él honor es algo que uno sólo puede perder, nunca ganar. Los tipos que como él sólo pelean por dinero jamás pueden convertirse en leyendas. Me consta que esto es algo que a día de hoy sigue afectándole. Años después coincidí con él en una firma de autógrafos. Nadie quería el suyo. Ahí estaba el tipo que había pasado a la Historia por vencerme, pero su legado había quedado reducido a nada.

La noche después de su victoria, Holyfield anunció que defendería su título contra George Foreman. Esto me cabreó. Todo el mundo quería ningunearme, hacerme sombra, pero no podían. Yo continuaba siendo la

estrella más rutilante del firmamento pugilístico, más grande que cualquiera de ellos pese a carecer de cinturón.

Stewart y yo finalmente nos vimos la cara el 8 de diciembre en Atlantic City. HBO estaba tan decidida a contratarme que, con el fin de convencerme, llegaron a recurrir a los servicios de Spike Lee para que filmara el vídeo introductorio, que se emitiría antes del combate. Decidí soltar alguna barbaridad delante de la cámara de Spike y cabrear al personal.

—Lo tenemos todo en contra —dije—. Don y yo somos dos negros del gueto que nos prostituimos y cuyas palabras no gustan. No tenemos prejuicios anti blancos; sólo somos pro negros.

Yo no me tomaba en serio estas gilipolleces. Sólo me divertía ir tocando las narices.

—Cuando los negros alcanzan el éxito, se ponen a cambiar las reglas. El éxito de los negros les resulta inaceptable —dijo Don. Cuando la HBO emitió el vídeo para los periodistas, cundió el disgusto. Misión cumplida.

Sin embargo, yo estaba pagando un precio por asociarme con Don. Hugh McIlvaney, un célebre periodista deportivo de Escocia, culpó a mi relación con Don de mi derrota frente a Douglas.

—De todos los factores que han contribuido a la caída de Tyson, el más dañino ha sido probablemente su alianza con Don King, causante del declinar de prácticamente todos aquellos boxeadores con los que se ha asociado.

Llevaba toda la razón. Don era muy tóxico.

Debía sentarme bien pelear en el casino de Trump en Atlantic City. Aquel supuso mi tercer combate ahí y mi tercer noqueo en el primer asalto. Llevábamos cuatro segundos de pelea cuando lo golpeé con la derecha y se fue al suelo. Luego me dediqué a acosarlo por todo el cuadrilátero y volví a tumbarlo con un derechazo. Actuaba de una forma tan salvaje que, en un momento dado, fallé un golpe y me caí a la lona. Finalmente lo arrinconé y lo noqueé con un golpe de izquierda cuando todavía quedaban treinta y tres segundos para finalizar el asalto. La regla de los tres noqueos estaba vigente, así que se detuvo la pelea.

Cuando acabaron de examinar a Stewart, me acerqué a él y lo abracé.

—No te desanimes. Eres un buen boxeador. Recuerda que a mí me ganó un manta.

La nueva sensación en la categoría de los pesos pesados era un canadiense llamado Razor Ruddock. En abril de 1990 había peleado contra Michael Dokes y las cintas de aquel noqueo circulaban por todos los circuitos pugilísticos. Tuve acceso a una que me facilitó Alex Wallau de ABC Sports.

Dokes iba con ventaja en el combate hasta que, ¡bam!, Ruddock le lanzó un golpe que lo dejó frito. Fue un KO pavoroso, desgarrador, capaz de dejarte sin aliento.

—¿Qué opinas? —me preguntó Alex.

Dado que yo era un cretino en el arte de la manipulación, me recliné y me mantuve tranqui.

—¿Qué pasa con él? Yo no soy Michael Dokes. Voy a noquearlo rápidamente, no es nadie.

Pero con Hoyfield enfrentándose a Foreman, debía mantenerme ocupado. Así que Don firmó un acuerdo para que peleara contra Ruddock el 18 de marzo de 1991 en Las Vegas.

Joder, estos tíos pretenden matarme. Están lanzándome toda la artillería, pensé.

A principios de enero empecé a entrenar duro. Tom Patti, mi antiguo compañero en la casa de Cus, formaba parte de mi equipo. Una noche estábamos viendo la televisión y pasaron un combate de Ruddock que me permitió detectarle una debilidad.

—¡Voy a matar a ese tío! —le dije a Tom.

Me constaba que los golpes de Ruddock eran muy peligrosos, pero también que yo sería demasiado escurridizo para él. No sería capaz de golpearme de forma contundente.

Podría decirse que el combate dio inicio unos días antes de la cita programada, durante la rueda de prensa celebrada en el Century Plaza Hotel de Los Ángeles. Posábamos en actitud hostil para los fotógrafos cuando le dije a Ruddock que iba a convertirlo en mi zorra. Razor intentó acercárseme con aires de tipo duro y Anthony Pitts lo apartó. Yo dije: «No, no, dejad que

se acerque para que pueda expresarse mejor». Sabía que podía vencerlo en una pelea callejera. Los guardaespaldas de Razor quisieron intervenir, pero se vieron aplastados por el tumulto.

Nos dirigimos al aeropuerto para coger el vuelo de regreso a Las Vegas. Resultó que Razor y su equipo iban en el mismo avión. Al llegar ahí, Rory se olvidó el teléfono en el coche, de modo que Anthony fue a pedírselo a Isadore, nuestro chófer. En el camino de vuelta al vehículo, Anthony bajó por las escaleras en el mismo momento en que subían por ellas los miembros del equipo de Ruddock, los cuales le bloquearon el paso.

Ruddock disponía de dos guardaespaldas que eran gemelos y uno de ellos, Kevin Ali, le soltó: «¿De manera que te crees un tipo malo?». Le enseñó su walkie-talkie. «¿Sabes para qué sirve uno de éstos?». Se encaró con Anthony y éste le empujó. Isadore vio que se producía una refriega y subió por las escaleras para agarrar a Anthony.

—¿Por qué me agarras, Isadore? —le dijo Anthony—. Agarra a uno de estos cabrones.

A estas alturas el personal de seguridad del aeropuerto ya había disuelto la pelea. Cuando Anthony regresó a la salita de espera, me contó lo ocurrido. Al subir al avión vi que estaban sentados detrás de nosotros, así que me llevé a los míos a la zona trasera del aparato. Me pasé todo el vuelo lanzándole uvas a Ruddock. Para cubrirnos las espaldas, llamamos con antelación a todo nuestro equipo, a los del centro de entrenamiento, a los compañeros de *sparring*, para pedirles que estuvieran esperándonos en el aeropuerto por si las cosas se ponían feas. No ocurrió nada.

Cuando llegaos al Mirage la noche de la pelea, nos colocaron en vestuarios colindantes y Kevin Ali empezó a echar pestes de Anthony.

—Ey, tío, déjame que te diga una cosa —dijo Anthony—. Yo no fumo pero me voy a fumar a toda tu puta familia, a ti, a tu hermano, a tu madre. Os voy a matar a todos, cabrones. No me importa una mierda.

John Horne oyó a Anthony dar gritos y se lo llevó a un rincón.

—Eh, amigo, esta noche no entres en el cuadrilátero —le dijo—. Quédate fuera. Sé que si Mike gana este combate, estos cabrones van a liarla, por lo que hemos de estar preparados.

Era una noche muy fría en Las Vegas y combatíamos al aire libre delante de dieciséis mil espectadores. Yo subí al cuadrilátero vistiendo una chandal a rayas verdes y blancas y un gorrito para la nieve. Fui el primer boxeador en lucir ropa de calle en un ring.

Ruddock parecía nervioso y sudaba profusamente. Ahora le tocaba lidiar con los chicos grandes. Sabía que los nervios le harían ir directamente a por mí. A los pocos segundos de empezar le solté un derechazo que le hizo tambalearse. Respondió con una serie de golpes potentes, pero yo era demasiado escurridizo para él. En el segundo asalto se fue al suelo con un izquierdazo pero sólo le impactó de refilón. Dio la impresión de que una pierna se le había quedado trabada a la mía, pero mi implacable ataque al cuerpo lo había ralentizado hasta dejarlo paralizado. No podía alcanzarme con golpes fuertes y, llegado el tercer asalto, básicamente se dedicaba a resistir por todos los medios. A falta de diez segundos para acabar el asalto, conseguí iniciar un contragolpe con ganchos de izquierda hasta que lo envié a la lona.

Iba ganando todos los asaltos. En el sexto pareció que Ruddock de repente despertaba, propinándome una batería de golpes contundentes. Sacudí la cabeza delante de él. Me envió un derechazo a la mandíbula y yo me di unos toquecitos en ella animándolo a golpearme allí de nuevo. El hecho de que recibiera esos golpes sin inmutarme debió desmoralizarlo porque, apenas salí en el séptimo asalto, le di de lleno en la mandíbula con un gancho de izquierda. Cuatro golpes más y se fue trastabillando de espaldas hacia las cuerdas. Richard Steele entró en el cuadrilátero y detuvo la pelea sin que Ruddock hubiera ido al suelo. Me pareció un final prematuro, aunque habría bastado un único golpe para tumbarlo.

En un abrir y cerrar de ojos me encontré en medio de una tangana. Murad Muhammad, el representante de Razor, arrojó al suelo a mi entrenador, Richie, y empezó a patearle la cabeza. Jay Bright me arrastró hacia un rincón desde el que asistimos a la reyerta. Para entonces Anthony Pitts ya había subido al ring y, al ver a Kevin Ali cargando contra él, le soltó un puñetazo con la derecha. Entonces el hermano de Razor, Delroy, intentó pegar a Anthony, pero éste consiguió agarrarlo y, cuando estaba a punto de lanzarlo por encima de las cuerdas, fue frenado por miembros del equipo de

seguridad. Delroy ya estaba en el aire, su cuerpo apretado contra las cuerdas y con uno de sus brazos colgantes intentando sujetarse a algo. Mientras ocurría todo esto, mi amigo Greg le robó el Rolex a Kevin Ali y hurgó en sus bolsillos a ver qué más podía conseguir. La situación se salió de madre.

Que el combate llegara a su fin tan rápidamente despertó mucha controversia, de modo que decidimos concederle la revancha a Roddick. Nos encontrábamos en la oficina de Don, situada en la calle 60 Este de Manhattan, discutiendo los detalles de la segunda pelea. Don, Rory y John estaban en el piso de arriba, mientras yo pululaba relajadamente con Anthony por el piso de abajo, donde se encontraba la recepcionista de Don, una chica pequeñita y muy mona con la que me acostaba. De repente hizo su entrada Kevin Ali. Kevin era un buen hermano musulmán, pero algunos hermanos musulmanes acarrean su «musulmanidad» a todas partes, a comer, a pelear, a todos lados. Kevin se quedó mirándome y me dijo: «Oh, eres el más bello de los campeones. Gran pelea. Mereces todo mi respeto. Eres un auténtico guerrero». Luego señaló a Anthony y añadió: «Pero a éste me lo voy a cargar».

—Eh, tío, aquí estoy, cabronazo —dijo Anthony—. No utilices a nadie para enviar tus mensajes. Si tienes algo que decirme, dímelo.

—Vamos a tener que hacerlo. A todo o nada. Podemos ponernos a ello ahora mismo —dijo Kevin.

—Aquello sólo fue un asunto de trabajo, se acabó, dejadlo correr —dije tratando de calmar los ánimos.

—No, campeón, no puedo dejarlo correr, tengo que hacer esto —dijo Ali.

De manera que dejó su cartera y su abrigo en el suelo y, ¡bam!, Anthony le largó un puñetazo. Peleaban junto a las escaleras y Don tenía puesto un divisor en la pared que tapaba la visión. Por esto no me fue posible ver cómo Kevin caía por las escaleras, pero sonó igual que en los dibujos animados, un pom, pom, pom cada vez que descendía un escalón. Acto seguido, volvió a subirlas a toda prisa en plan superhéroe y se enzarzaron de nuevo. Mi amigo Greg entró bebiendo un refresco de una botella y, al ver a Anthony y a Kevin dale que te pego, golpeó a Kevin en la cabeza con ella. Kevin cayó al suelo y Greg empezó a hurgar en sus bolsillos.

—No, Greg, aquí no podemos hacer eso —le dije—. ¿Estás necesitado de dinero, negro? No podemos ir robándoles a los cabrones.

Toda esta conmoción hizo que Don, John y Rory bajaran por las escaleras a comprobar qué estaba ocurriendo. Ali ya se había levantado y aseguraba que Anthony le había pegado a traición.

—Eso es una gilipollez —dije yo—. Ant estaba bien tranquilo y este cabrón ha entrado amenazándolo. Ant simplemente se ha defendido.

Don echó a Kevin Ali de su oficina, pero éste se quedó delante del edificio, andando calle arriba y calle abajo. Cuando salimos, ahí nos lo encontramos. Por aquella época nuestro chófer era Captain Joe, uno de los padres de la Nación del Islam. Conocía a los hermanos Ali. Ali quería reanudar la pelea, pero yo le dije que era Ramadán, un período de paz.

—Mike, éste es un asunto entre hombres —dijo Captain Joe—. No puede estar en paz con el Ramadán a menos que encuentre la paz en su interior. Debe solucionarlo.

—¿Tú quieres hacerlo? —le preguntó Ali a Anthony.

—Claro que sí, demonios. Dijiste a todo o nada.

Los dos se pusieron a ello en la acerca como dos robots tarados. Anthony por fin pudo conectar un buen golpe que tumbó a Ali. Una vez en el suelo, le arreó dos patadas en la cabeza. Estaba a punto de darle una tercera cuando fue agarrado por Rory.

—Vas a matarlo, tío —dijo Rory.

—De eso se trata, joder —dijo Ant—. Ha dicho «a todo o nada».

Había llegado la hora de salir hacia el cine. Anthony pasó por encima de Kevin, nos subimos al coche y nos separamos. En ese preciso momento, Al Braverman, un entrenador legendario que trabajaba para Don, apareció en la entrada de su oficina. Vio a Ali tendido e inconsciente y corrió dentro en busca de unas toallitas de papel y agua con las que lo limpió y lo reanimó. Llamaron a una ambulancia y ahí se acabó todo.

El combate de revancha se fijó para junio. Disponía de unos días libres antes de acudir al campo de entrenamiento, por lo que conduje mi Lamborghini Diablo de Nueva York a Ohio, donde hice algo de turismo. Luego regresé a Las Vegas a entrenar. Richie me había organizado un régimen severo de trabajo, que incluía un toque de queda a las siete de la

tarde de cara a estar descansado para salir a correr diez kilómetros a las cinco de la mañana. Cuando no estaba entrenando, me dedicaba a ver dibujos animados. Don entraba en mi habitación hecho una furia.

—Maldita sea, Mike, vas a tener que ver algo más que esos jodidos dibujos animados —me decía y, acto seguido, me ponía un documental sobre la Alemania nazi. Don estaba obsesionado con los nazis. Se pasaba el día que si Hitler esto, que si Hitler lo otro. Consideraba que los judíos eran los negros de Alemania y que el fascismo podía tener lugar entre nosotros, con lo cual debíamos aprender de la Historia.

Disponíamos de un nuevo chef en el campamento. Chef Early, que había cocinado para nosotros durante mucho tiempo, fue despedido por Don por haber estado presuntamente robándonos carne. A mí me pareció una patraña. Uno de mis guardaespaldas, Rudy Gonzalez, se encontró unos años después con el sobrino de Chef Early y le contó que Don se había librado de su tío porque se había negado a echar unos «polvos mágicos» en mi comida. Aseguraba que John Horne le había entregado a Chef Early unos polvos que supuestamente se trataban de «vitaminas para aumentar la resistencia» y que yo me había negado a tomar. Chef Early le echó un vistazo a los polvos y encontró en ellos un diminuto trozo de una cápsula naranja que llevaba escritos un «5» y una «S». Rudy lo investigó en un manual de productos para la salud y le pareció que se trataba de un fragmento de una pastilla de Thorazine. Me imagino que Don me tenía tanto miedo que intentaba medicarme sin que yo lo supiera.

El régimen de Richie estaba volviéndome loco. Una noche desperté a Rudy a las ocho y nos escabullimos, conduciendo mi Ferrari hasta Los Ángeles para que pudiera acudir a una cita para echar un polvo. Rudy puso el coche a 300 kilómetros por hora y llegamos a Los Ángeles en dos horas y media. Empecé a hacerlo de forma regular y los resultados se notaron en el gimnasio. Entrenaba después de haber dormido apenas dos horas. Giachetti no tenía ni idea de por qué parecía tan apagado, pero finalmente me pilló al descubrir que los silenciadores del tubo de escape del Ferrari lucían el aspecto de dos golosinas requemadas.

Así que hicieron que Rudy colocara alarmas en todas las puertas para prevenir mis fugas nocturnas.

Una noche Rudy se despertó al oír un golpe fuerte. Se levantó, encendió la luz, salió al exterior y me encontró enredado en un arbusto cubierto de espinos. Me había caído desde un segundo piso al intentar abandonar furtivamente la casa. Mi plan consistía en arrastrar el Ferrari por el camino de la entrada con el motor apagado y dirigirme a Los Ángeles.

Toda la vida me habían podido las ansias de salir a divertirme. Les debería haber dicho: «Que os jodan a todos, me largo», pero, en vez de eso me escapaba. Si me encontraba en Nicky Blair's, mi restaurante favorito de Las Vegas, y era el centro de atención, rodeado de chicas, Don venía a buscarme echando chispas.

—¿Qué cojones estás haciendo, Mike? —bramaba—. Estamos a las puertas de un combate.

—Disculpa, Don —le decía—. Agradecería que te marcharas. Por cierto, chicas, éste es Don King.

Cuando mis carreras a toda velocidad a Los Ángeles llegaron a su fin, hice que Rudy enviara el Ferrari a mi casa de Ohio. Una vez ahí, pedí que abrieran un agujero en la pared exterior de mi salón recreativo y subieran el coche a una plataforma en medio de la habitación para que mis amigos y yo pudiéramos meternos en él a pasar el rato.

Antes de que empezara el combate, me dediqué a buscarle las cosquillas a Ruddock. Participábamos en una filmación para Showtime. Yo llevaba puestas unas gafas oscuras y ponía cara de pocos amigos.

—Voy a convertirte en mi niñita bonita —le dije a Ruddock.

—No voy a rebajarme a tu nivel —me dijo.

—Asegúrate de besarme bien con esos labios tan gruesos —contraataqué.

Fui bastante ofensivo, pero sabía que era un macho sobrado de testosterona. Me constaba que aquellas palabras lo afectarían psicológicamente. Utilizaba una de las tácticas de control mental que me había enseñado Cus. Desconcierta a tu enemigo.

Otro de los motivos por los que iba constantemente a Los Ángeles era porque mi amigo Kevin, el de la tienda que vendía buscas, me enviaba mensajes al busca informándome de que tenía a un grupo de chicas

esperándonos. Conseguía a media docena y nos metíamos todos en una habitación a montar una orgía.

Me encantaba pasar rato con Kevin. Por entonces me comportaba de forma malvada y desagradable con las mujeres. De manera que, antes de que me presentara ahí, les soltaba un discurso: «Mike es de verdad un buen tipo. El problema es que tuvo una infancia desdichada. Fue abandonado de niño y tiene problemas de confianza». Este cuento funcionaba como un conjuro. Yo las llamaba putas y zorras y ellas me respondían: «Entiendo tu situación. Mis padres también me abandonaron». Kevin me decía: «Tú limítate a seguirles el juego, ¿de acuerdo?». Don, John y Rory se ponían furiosos cuando recibía un mensaje por el busca. Acabaron por cogérmelo, lanzarlo al congelador y amenazar de muerte a Kevin.

Mi segundo combate contra Ruddock resultó épico. Él se presentó con cuatro kilos y medio más de peso. Yo llegué con medio kilo menos, pero me sentía débil porque había perdido dieciséis en menos de un mes. Antes de la pelea, yo estaba fuera de control, bebiendo, atiborrándome a comida, follando. Me levantaba y salía a escondidas con dirección a Los Ángeles para comprar pollo frito en Roscoe’s. De modo que me tomaba pastillas quema grasas y no ingería ningún alimento tras la puesta de sol. Hacía ejercicio mañana, tarde y noche.

En el segundo y cuarto asaltos tumbé a Ruddock y se lo hice pasar mal en diversos momentos, pero no había manera de que consiguiera darle el golpe de gracia pues me sentía demasiado débil. Él me golpeaba con fuerza, como una mula, pero yo mantenía la concentración. A ambos nos descontaron puntos por lanzar golpes después de la campana; a mí me restaron dos más por golpes bajos. Aquello fue la guerra. De todas maneras, obtuve cómodamente un veredicto por unanimidad.

En julio me encontraba pasando unos días en D. C. cuando recibí una llamada de mi amigo Ouie desde Nueva York. Habían disparado a un viejo amigo nuestro y Ouie temía que, si me veían las personas equivocadas, pudieran ir también detrás de mí. Yo quería mantenerme alejado de las calles y esperar a que se hubiera calmado la situación, de modo que esa

noche asistí a una actuación de Whitney Houston; permanecí en el *backstage* y salí con ella tras el concierto.

Cuando estaba pasando por Filadelfia durante mi viaje de regreso a Nueva York, vi que el Spectrum acogía la celebración del Budweiser Superfest. Craig Boogie estaba al frente del espectáculo y yo me encontraba en el *backstage* con él cuando B Angie B, una de las coristas de Hammer que participaban en el festival, se me acercó y se me pegó. Esa noche salimos juntos y nos acostamos. Angie me dijo que se iba a Indianápolis para actuar en la Black Expo. Horas antes yo había recibido una llamada del reverendo Charles Williams, que dirigía la Black Expo y me invitaba a participar, así que decidí que nos encontraríamos en Indiana.

Intentaba darles esquinazo a mis guardaespaldas. Anthony estaba en Los Ángeles, preparándose para contraer matrimonio esa misma semana. Le pedí a Rudy que no me acompañara. Rudy llamó a Ant y Anthony llamó luego a John Horne y entre todos decidieron que Dale Edwards debía reunirse conmigo en Indianápolis. Dale era sobrino, sanguíneo o político, de Don. Era un agente de policía de Cleveland.

Dale y yo nos registramos en el hotel. Después le pedí al conductor de mi limusina que me dejara en casa de la tía de Auntie. Esa noche fuimos a un club, donde nos tomamos tres botellas de Dom Pérignon. Evitamos tener que abonar la cuenta cuando el fotógrafo del local me pidió una foto. Sobre la madrugada regresamos a mi hotel. Aquella noche Angie y yo nos acostamos y, a la mañana siguiente, repetimos unas cuantas veces. Luego Angie se marchó para prepararse de cara a su actuación.

Un poco más tarde, el reverendo Williams se presentó para llevarnos a la Expo. Me preguntó si quería saludar a algunas de las participantes en el concurso de Miss América negra. Al entrar en la sala de fiestas del hotel Omni, las chicas se volvieron locas.

—¡Mirad, es Mike Tyson! —gritaron todas.

Me encaminé hacia ellas y me rodearon, abrazándome y besándome. Estaban rodando un pequeño vídeo promocional; mientras las participantes se contorneaban y bailaban, yo cruzaba la pasarela, fijándome en ellas, haciendo un bailecito raro e improvisando una canción: «Estoy en un sueño,

día tras día, menuda variedad de mujeres preciosas». Debí de parecer un verdadero imbécil.

Cuando las chicas me rodeaban, les soltaba cosas en plan: «Ey, quiero verte esta noche. ¿Es posible? Madre mía, ¡cómo nos lo vamos a pasar si decides venir a mi habitación!». Me comportaba como un cerdo, pero a ellas les gustaba. A la mitad de la primera toma del vídeo, abracé a Desiree Washington, una de las concursantes, y le dije que quería quedar con ella más tarde. Ella flirteaba conmigo, era de lo más amigable y deseaba que saliéramos a hacer algo. Le expliqué que primero tenía que ocuparme de otras cosas, que tenía que ir a un concierto con unos amigos, pero que esa misma noche la vería. Llegué a decirle que se trajera a su compañera de habitación para que hiciéramos un *ménage à trois* en mi habitación. Cuando me despedí, tenía muy claro que ella sabía que esa noche íbamos a tener relaciones sexuales. Incluso la vi por la tarde en la inauguración de la Black Expo. Iba acompañada de su compañera de habitación, Pasha, a la que había intentado que trajera a mi habitación.

Al verlas, les dije: «Ahí van dos gemelas idénticas».

Desiree me enseñó unas fotos de ambas que habían sido tomadas durante el concurso en traje de baño. Daba muestras de estar ansiosa porque las viera. Me confirmó que lo de esa noche tiraba adelante.

Una mujer negra de mediana edad, dueña de la empresa de limusinas, me hacía de chófer y me enseñaba la ciudad. Dale y yo nos comportamos con ella como dos auténticos capullos. No paramos de decirle que era una zorra estúpida y fea. Hice que parara la limusina y salí a mear en medio de la calle. Fui un gilipollas arrogante y esa actitud acabaría por volverse en mi contra cuando ella testificó en el juicio.

Tras el concierto, Dale y yo nos metimos en el coche y llamé a Desiree, que estaba en su hotel. Le pedí que viniera con ropa holgada y me sorprendió verla subir con un corsé y unos pantaloncitos cortos de pijama. Venía lista para entrar en acción. Nos empezamos a enrollar en el asiento de atrás. Sólo una manzana separaba su hotel del mío. Salimos de la limusina, ella y yo nos dirigimos a mi suite y Dale se fue a su habitación.

Cuando más adelante estalló todo el follón, Anthony estaba furioso con Dale. Lo culpaba de todo lo que me había ocurrido en Indianápolis. Era una

práctica común que mis guardaespaldas se quedaran en la salita de espera de mis suites cuando yo me encontraba en la cama con una chica, sobre todo si se trataba de una desconocida. Muchas veces había abierto la puerta de la habitación después de follar y me había topado con Anthony sentado ahí. Era donde quería estar, escuchando cuanto tenía lugar, por si surgía algún problema. En ocasiones había llegado a invitar a los guardaespaldas adentro para que nos folláramos todos juntos a la misma chica.

Desiree entró en mi habitación y nos dirigimos directamente al dormitorio. Ella adoptó una postura como de Buda y nos pusimos a charlar un rato. Parecía saberlo todo sobre mi afición a las palomas. Me habló un poco de Rhode Island. Incluso comentamos que podríamos volver a vernos cuando regresara a la Costa Este.

Por lo general, hoy en día no me gusta ofrecer descripciones muy gráficas sobre mis relaciones sexuales pero, a la luz de cuanto vino después, creo que en este caso me veo obligado. Tras haber hablado un rato, empecé a besarla. Ella se levantó y se fue al lavabo. Más tarde descubriría que su visita al lavabo fue para arrancarse la compresa de las bragas. Regresó a la cama y empecé a hacerle un cunnilingus. Suelo hacerlo porque quiero asegurarme de que una mujer va a quedar satisfecha cuando practique el sexo conmigo. No tenía ni idea de que estaba haciendo gárgaras con sangre porque ella no me contó que tenía la regla.

Debimos de practicar sexo oral durante unos viente minutos antes de ponernos a fornicar. Ella parecía estar disfrutando realmente de todo. En un momento dado, dio muestras de sentirse incómoda y se quejó de que yo la tenía muy grande, de manera que le pregunté si prefería subirse encima, cosa que hizo. Yo no llevaba puesto un condón, así que, antes de eyacular, hice marcha atrás y me corrí fuera.

A estas alturas ya era tardísimo y yo iba a tener que levantarme en una hora para coger el primer vuelo de regreso a Nueva York. Le dije que podía quedarse en mi habitación, porque me había comentado que la suya en el Omni era muy pequeña y que tenía que compartirla con otras chicas. Al final me pidió que la llevara de vuelta a su hotel.

A partir de ese instante, la situación se torció. Le dije que estaba agotado y que la devolvería a su hotel de camino al aeropuerto.

—No, llévame —me dijo. Se puso toda remilgada.

—Que te jodan, pues —le dije—. Lárgate, joder.

Yo no era más que un chaval de veinticinco años grosero y consentido.

Ella se levantó, se vistió y salió de la habitación. Dale, mi guardaespaldas, que supuestamente debía encontrarse en la otra habitación de la suite, estaba fuera, atendiendo al camarero que le traía una hamburguesa que había pedido al servicio de habitaciones. Ella cruzó por delante suyo al salir. Acto seguido, se metió en mi limusina y le pidió al chófer que la llevara a su hotel.

De camino, la única cosa que le dijo al chófer fue: «No me lo puedo creer. No me lo puedo creer. ¿Quién se ha pensado que es?».

Una semana después, me encontraba en un coche que conducía mi amigo Ouie, cuando éste recibió una llamada que le demudó la cara.

—¡Joder, Mike! Nuestro verano se ha ido a la mierda. Alguien asegura que la violaste —me dijo Ouie con expresión de asco y arrojó el teléfono al suelo.

—¿Qué? ¿A quién se supone que he violado? —dije. Pensaba para mí que quizás le había faltado el respeto a una de mis amigas de la calle y que ahora me la estaban devolviendo.

—¿Dónde se supone que ha ocurrido? —le pregunté a Ouie.

—Indiana —me respondió—. ¿Qué cojones pasó en Indiana?

Le conté que esa chica llamada Desiree había acudido a mi habitación a las dos de la madrugada y que la había tratado mal. Me comunicaron que, al día siguiente de estar juntos, me llamó a mi casa de Ohio, pero nunca le devolví la llamada.

A la mañana siguiente, la noticia estaba en la primera página de todos los periódicos. Los cómicos sin talento se habían puesto de acuerdo para hacer bromitas sobre «Mike Tyson el Violador». Cuando fui a ver a Don, se mostró preocupado.

—Ahora necesitas mi ayuda, negro. Tu polla te ha metido en problemas. Por Dios bendito, Mike, ahora me necesitas.

Tras calmarse pude explicarle lo ocurrido. Él sabía que yo no lo había hecho. ¿Cómo puedes violar a alguien que sube a tu habitación a las dos de la madrugada? A esas horas no hay otra cosa abierta fuera de unas piernas.

La primera reacción de Don consistió en sobornarla.

—Podríamos pagarle a esa zorra.

De hecho, más adelante recurrió a esta vía por mediación de un amigo suyo, el reverendo T. J. Jemison, que habló con su familia para ofrecerle dinero a cambio de retirar los cargos, pero el hombre de fe acabó imputado. Yo no fui consciente de que Don lo hubiera hecho, aunque no era la primera vez que pagaba a un miembro del clero para que le hiciera un favor.

Éramos conscientes de que nos enfrentábamos a algo serio, por lo que Don propuso conseguirme un abogado. Yo no tenía la menor idea de a quién escoger, ni de mi defensa en general. Estaba acostumbrado a que otros decidieran mi destino por mí, ya fuera la corte judicial de menores, Cus, Jimmy o Don. Don acabó contratando a Vince Fuller. Fuller había sido su abogado en materia de impuestos, librándolo de una condena por evasión fiscal. Fuller también había representado a John Hinckley; había obtenido su absolución por el intento de asesinato del presidente Reagan aduciendo demencia. Más adelante me enteré de que Fuller se encargaba de forma paralela de la demanda de Don contra Cayton. Tratándose de Don, no me extrañaría que le debiera dinero a Fuller y le hubiera dado la oportunidad de facturarme ambas minutas. Todo lo que sé es que Fuller cobró más de un millón de dólares por defenderme.

Me llevé mal con Fuller desde el principio. Don le había contado que yo era un negro ignorante. Él era un *Waspy* de lo más irritante. Nada más lejos de mi tipo de persona. Todo el mundo podía ver lo odioso que resultaba. Jamás se había enfrentado a un caso penal en el tribunal de un condado y era evidente que se mostraría incapaz de conectar con un jurado de Indianápolis. De hecho, ningún miembro de su equipo había participado en un caso penal fuera de un tribunal federal. Sigo sin conocer los motivos por los que no permitieron que un lugareño como Jim Voyles trabajara más en el caso. Estoy totalmente convencido de que, de haberse encargado él, me habrían absuelto.

Algunas personas piensan que por el mero hecho de ser condenado por un delito, especialmente por uno tan repugnante como una violación, el acusado automáticamente lo cometió. Cuanto puedo decir es que, si no creéis en mi palabra cuando os aseguro que soy inocente, os sugiero que

leáis dos libros que se publicaron después de que fuera a prisión. Uno lo firmó Mark Shaw, que es escritor y ex abogado defensor en cuestiones penales; ejerció de analista legal de mi juicio para la CNN, *USA Today* y ESPN. El otro es un intento autocomplaciente de conseguir titulares a cargo del fiscal del caso, Gregory Garrison. Mientras tuvo lugar mi juicio, no le presté excesiva atención: yo era un joven arrogante al que no se le debía molestar con este tipo de procesos legales. No los comprendía. Para eso les pagaba a aquellos trajeados. Si leéis ambos libros creo que estaréis de acuerdo en que lo último que se hizo en Indinápolis en 1992 fue justicia.

Al leer el libro de Garrison uno se topa con información muy interesante sobre cómo se enfrentó la fiscalía al caso. De hecho, hasta el momento mismo en que se alcanzó un veredicto, algunos miembros clave de la acusación ni siquiera creían tener un caso en mi contra. Jeff Modisett, el fiscal electo de Marion County, obtuvo el cargo por apenas 285 votos sobre un total de 180 mil. El único distrito que ganó fue el de la gente de color. No era ningún estúpido. No quería alinear a su base, de modo que decidió no acusarme de un delito: en vez de eso envió mi caso a un jurado popular para dejar que la «gente» decidiera si aquél se había cometido. A él no podía importarle menos si yo acababa imputado. Llegó a contarles a algunos colegas que «preferiría perder de vista este caso lo antes posible».

Tommy Kuzmik, el investigador de delitos sexuales de la policía, le contó a Modisett que iban a tener un problema con las pruebas materiales ya que no existía ninguna. Desiree, sin embargo, iba a ser una testigo estupenda porque era «inteligente, elocuente, atractiva, fácil de mirar, fácil de entender, fácil de creer». Lo más relevante: no era una víctima que «hablara en jerga callejera». Ya pueden ver por dónde iban los tiros.

Garrison también dijo que, al haber gente diseminada por todo el país que podía ser útil para el caso, «el FBI localizó y entrevistó a testigos potenciales». Hmmm. ¿Es éste el procedimiento habitual en Estados Unidos frente a todos los alegatos de violación? Algo me dice que no.

De modo que el 13 de agosto de 1993 se designó a un jurado. Modisett asignó la presentación de las pruebas al jurado a su fiscal auxiliar, David Dreyer. A ver, Dreyer era un individuo peculiar. Según Garrison, a Dreyer siempre le molestó un poco la actuación de Desiree. Cuando ésta testificó

frente al jurado el 16 de agosto, Dreyer pensó que su principal problema era su «carencia de emociones. Parecía demasiado una reina de la belleza, distante, quizás incluso un poco fría». Dreyer consideró que con algo de suerte las posibilidades de obtener una condena por parte del jurado eran del 50%. Dreyer acumulaba tantas reservas sobre Desiree que Garrison lo citaba diciendo que «lo cierto es que, cuando el jurado empezó las deliberaciones, ¡mi mente no tenía claro si había tenido lugar o no una violación!». El que habla aquí es el ayudante del fiscal. A mis oídos suena como el perfecto ejemplo de duda razonable.

El 30 de agosto llegó mi turno de declarar delante del jurado. Bueno, no estaba obligado. De hecho, Jim Voyles le rogó a Vince Fuller que NO me hiciera subir a declarar. Nada bueno podía salir de ello. Lo único que obtendríamos sería otorgar a la fiscalía munición para que disparara contra mí durante el resto del juicio. Sin embargo, por alguna razón Don y Fuller llegaron al convencimiento de que debía hacerlo.

—Este hombre es inocente. Mike Tyson asegura que es inocente. Va a testificar porque considero que es lo que se supone que debe hacer —bramó Don el día señalado, a la entrada del tribunal y rodeado de periodistas.

—Voy a permitir que el proceso siga su curso. No soy abogado, sólo soy el promotor del boxeador más grande del mundo, que este otoño va a ganar el campeonato.

Yo me enfrentaba a la perspectiva de una larga estancia en prisión y él se dedicaba a promocionar mi combate contra Holyfield, programado para noviembre. Algo así sólo ocurre en América.

Me obligaron a vestir un traje cruzado de dos piezas de color azul oscuro, muy conservador. Nos condujeron a una salita diminuta con un aparato de aire acondicionado muy ruidoso en la ventana. Había seis miembros del jurado. Cinco eran blancos. Me hicieron preguntas que respondí en voz baja y la taquígrafa judicial cometió más de cien errores en su transcripción.

En un momento dado me preguntaron si Dale Edwards se encontraba en el salón de mi suite. Dije que sí. Dale había hecho lo mismo en su declaración jurada. Allí era donde se suponía que debería haber estado. Yo no podía asegurarlo porque la puerta de mi habitación estaba cerrada.

Para condenarme necesitaban cinco de lo seis votos. Nos tomamos un descanso. Yo me había estado fijando en una gran fuente con caramelos que reposaba en medio de la mesa a la que habían estado comiendo los miembros del jurado.

—¿Podría coger un caramelo, por favor? —pregunté.

—Claro —me dijeron. Y la única persona negra, una mujer, me lo tendió.

El 9 de septiembre arrancaron las deliberaciones del jurado. La votación arrojó un 5-1 a favor de imputarme por violación. Echen cuentas. Fui encontrado imputable por un caso de violación, dos casos de conducta delictiva desviada (por haber empleado mis dedos y mi lengua) y un caso de confinamiento. Me enfrentaba a sesenta años de prisión. Se fijó el 9 de enero como el día de inicio del juicio.

Tras la votación del jurado, organizamos una rueda de prensa. Don parloteó sin descanso sobre celebridades que se habían metido en problemas: Elvis, James Dean, Marilyn, Judy Garland. Luego llegaron mis declaraciones.

—Yo sé lo que ocurrió. Sé que soy inocente. No le he hecho daño a nadie. No he hecho nada. Amo a las mujeres; a ver, mi madre es una mujer. También las respeto.

Desde septiembre hasta el inicio del juicio, no paré de comer. Estaba de los nervios. Me entrenaba para luchar contra Holyfield, pero no tenía el corazón en ello. Llevaba unas semanas de entrenamiento cuando me desgarré parte del cartílago de las costillas. Los médicos me recomendaron que aplazara el combate. Podría haber peleado pero me alegró poder posponerlo. Tenía muchas cosas en la cabeza.

Mientras me pasaba los días estresado y comiendo, la fiscalía reunía a su equipo. A Modisett le había fallado su jugada. El jurado no había desestimado mi caso, por lo que pasó al plan B: puso a un fiscal especial, republicano e independiente, al frente de mi caso. Greg Garrison era un ex asistente del fiscal que recientemente había amasado dinero llevando a juicio a traficantes de drogas, amparándose en la ley RICO y recibiendo una parte de todo lo que se les confiscaba. Garrison estaba enriqueciéndose de

tal manera con esos casos que, después de ser elegido, Modisett pasó a asignarlos internamente. Menudo impresentable.

Modisett sólo le pagó 20 mil dólares a Garrison para que aceptara el caso, pero aquí no importaba el dinero: lo iba a hacer por la gloria, para que el todo mundo conociera su nombre. Leyendo su libro uno diría que aceptó el caso para defender a Indiana de la devastación causada por un huno. «Soy un producto de la Indiana rural, un lugar de republicanos conservadores, de gente decente y trabajadora que cuida personalmente de sus tierras, que respeta la ley y ayuda al prójimo cuando lo necesita… No se equivoquen, Mike Tyson escogió el sitio equivocado para cometer su delito. Indiana es diferente a Palm Beach, D. C. o L. A.».

Garrison empezó a investigar el caso. El primer lugar al que dirigió su atención fueron las bragas de Desiree. Le preocupaba la falta de cualquier lesión física en Desiree, por lo que se presentó en la sala del tribunal y se puso a examinar la ropa que llevaba aquella noche. «Al tenerlas esparcidas sobre la mesa, daban la impresión de ser prendas muy atrevidas», escribió. Algo jodidamente evidente. Llevaba puestos unos pantaloncitos, un corsé «que en la mujer adecuada habría detenido el tráfico» y unas bragas. Desde su punto de vista, las bragas «no eran consistentes con la imagen de una joven cazafortunas que sale de casa con la intención de quitarle los pantalones y la chequera al ex campeón mundial de los pesos pesados». Creo que no entendía el concepto de cita sexual.

«Abrí las bragas y las contemplé como si planeara ponérmelas». A ver, esto es digno de un pervertido. Resiguió con la mirada la línea que formaban las manchas de sangre y pensó que Desiree se las había puesto después de las relaciones sexuales, mancillándolas con la sangre resultante de las heridas que yo le había infligido. Entonces todo cuadró dentro de su mente. Ella contaba la verdad y yo la había violado. La prueba delatora eran las bragas.

Pensó: *Qué demonios, tengo cuarenta y cuatro años y he practicado el sexo algunas veces en mi vida. Uno no le hace daño a una mujer de esta manera. No insiste. Si le duele, te pide que pares*.

Garrison tampoco podía creerse que hubiéramos practicado sexo oral durante unos veinte minutos.

«De nuevo su recuento de los hechos contradecía salvajemente todo cuanto yo sabía sobre el sexo». Quizás debiera haber leído menos libros jurídicos y más del Doctor Kinsley. Estaba convencido de que Desiree no presentaría dos pequeñas ulceraciones en la vagina si el sexo hubiera sido consentido y ella hubiera usado lubricante. Pero no era una cuestión de lubricidad. Era una cuestión de tamaño e intensidad. A cualquiera podría haberle pasado durante el coito.

Por descontado, el tema surgió durante el juicio. Mi aliado Voyles quería que se abordara el tamaño de mi miembro y que un médico testificara que éste podría haber sido el causante de las ulceraciones vaginales, pero Fuller no quiso ni oír hablar de ello. Se mostró muy remilgado con todos los aspectos sexuales del caso.

Incluso después de su análisis de las bragas digno del CSI, Garrison seguía sin tener la menor idea sobre qué me había motivado a violar a alguien. «Debo admitir que no tengo ninguna pista sobre qué condujo a Tyson a violar a Desiree cuando podría haber practicado el sexo con una batería de mujeres». Después de que me condenaran, seguía dándole vueltas a la pregunta.

A continuación, Garrison y su asistente, Barbara Trathen, emprendieron un pequeño viaje en carretera. En noviembre visitaron Rhode Island para conocer a Desiree y su familia. Les sorprendió «la educación y gentileza» de la familia. Por supuesto, las apariencias engañan. Cuando la fiscalía llegó a Rhode Island, Desiree y su madre habían acusado al padre de abusos y ya no vivía con ellas.

Edward Gerstein recibió a Desiree y a su familia en el aeropuerto. El señor Gerstein es una pieza muy importante e interesante de este caso. Poco después de investigarse la violación, un abogado de Rhode Island llamado Walter Stone se acercó a la familia Washington. Ejercía de consejero para la Federación Internacional de Boxeo, por lo que les explicó que habría un conflicto de intereses si él representaba a Desiree, pero que su socio Edward Gerstein podía encargarse. Gerstein se convirtió así en su abogado civil. Lo contrataron para demandarme por daños civiles y negociar grandes tajadas a cambio de los derechos cinematográficos y literarios. La implicación de Gerstein con la familia Washington puso a Garrison de los nervios.

«Aquello era una bomba de relojería. Si se producía el menor indicio de que la familia Washington planeaba poner en marcha un segundo litigio, afectaría a nuestro caso. Resultaría imposible despejar la sospecha de que era una cazafortunas».

¿Qué hizo, pues, la fiscalía? No compartir la información con el equipo de la defensa. Al acabar el juicio, Star Jones, quien por entonces era el comentarista legal de la NBC, criticó a la fiscalía por no revelar el hecho de que Desiree había entregado una provisión de fondos a un abogado civil. Dijo: «Eso fue ruin. Un fiscal tiene el deber de entregar toda la información».

Garrison y su ayudante arrancaron su turno de preguntas a Desiree. Aparentemente les preocupaba todo el asunto concerniente a los motivos por los que Desiree se había quitado la compresa en el baño. Según ella yo me había vuelto malvado y vicioso y había conseguido asustarla. Así que se metió en el baño, se quitó la compresa y volvió a la cama. Cuando Garrison le preguntó por qué había acudido al baño, Desiree respondió: «Fue lo primero que se me pasó por la cabeza después de que se volviera malvado».

Bien, de ser esto cierto, la segunda cosa en la que podría haber pensado es en seguir andando y salir por la puerta. Si se sintió en peligro, tal y como aseguraba, le habría resultado sencillo marcharse sin más. Voyles llegó a encargar una maqueta de la habitación del hotel, que costó seis mil dólares, para demostrarlo. Por descontado, Fuller lo ignoró y jamás la utilizó.

Garrison no le concedió mucha importancia al dilema de la compresa al que debía enfrentarse la fiscalía. Estaba deseoso de creer a Desiree cuando aseguraba que se había desecho de la compresa ensangrentada «por mera costumbre» y que, al darse cuenta de que se había dejado el bolso en la habitación, pensó que ya conseguiría una nueva compresa «en una de las fiestas a las que quería ir». ¿QUÉ DIABLOS? Nadie dijo una palabra sobre ir a ninguna fiesta aquella noche. ¿Dónde iba a agenciarse una nueva compresa?

A los oídos de Garrison también había llegado mi declaración jurada en el caso Cayton, donde aseguraba que le había hecho proposiciones a la ayudante de Thomas Puccio, Joanna Crispi. Se mostró sorprendido de que hubiera utilizado mis dedos para simular el acto sexual y que luego le

hubiera dicho: «Quiero follarte», pero, por alguna razón, era incapaz de creerse que le hubiera dicho exactamente lo mismo a Desiree Washington. Ahí estaba la prueba de mi depravado *modus operandi* con las mujeres en aquella época.

Garrison voló a D. C. para reunirse con el fiscal federal de cara a conseguir porquería sobre Fuller. El fiscal federal le contó que nadie en todo el mundillo legal de Washington podía dar crédito al hecho de que Fuller hubiese aceptado el caso. No cuadraba con el perfil de sangre azul de su bufete. «Simplemente no llevan delitos callejeros. Jamás. Ni siquiera en el área de D. C.».

Mientras estuvo en D. C. Garrison se acercó a los estudios BET a hablar con Charlie Neal, el presentador del concurso de Miss América Negra. Charlie le contó a Garrison que no notó ningún cambio en Desiree después de la presunta violación. Además, ahí contaba con un amplio surtido de mujeres a mi disposición. ¿Qué necesidad tenía de violarla? Me imagino que a Garrison no le gustó lo que escuchó por boca de Charlie.

«Lo que (Charlie) vino a decir podría resumirse en la frase *Yo no vi nada, Yo no escuché nada, Yo no sé nada*. Me quedó bien claro que debía estar pensando que esos blancos no iban a conseguir sacarle nada contra uno de sus hermanos», escribió Garrison. Menuda escoria, vaya capullo racista.

Lo que más me disgustó fue leer que mi viejo amigo José Torres se había visto con Garrison. Le llenó la cabeza con sus gilipolleces de costumbre sobre cómo el boxeo consiste en una forma de vida basada en la mentira y que los mejores boxeadores son aquellos que mejor mienten. Y le contó que nadie mentía mejor que yo. Luego le repitió las mismas barbaridades sobre mí, las mujeres y el sexo que ya había vertido en su libro. Torres le dijo que yo había alardeado delante de él por haber golpeado con tanta fuerza a Robin que «había ido rebotando contra todas las malditas paredes de la habitación». Según su testimonio, yo le había asegurado que aquél había sido el mejor puñetazo que había lanzado en toda mi vida.

Torres le había confiado que él y yo estábamos enfadados, por lo que Garrison debería haber cogido sus palabras con pinzas. La traición más ruin

llegó cuando Garrison le preguntó a Torres si me veía capaz de cometer una violación.

Le dijo: «Oh, sí. Completamente». Luego se enredó en sus memeces pseudo freudianas sobre que yo era incapaz de controlar mi libido porque mi «ello» era demasiado fuerte. Torres añadió: «Coge lo que quiere. Siempre lo ha hecho», dijo Torres. No podía creerme lo que estaba leyendo. Qué vergüenza. Garrison acabó la entrevista preguntándole qué podía esperar de mí cuando subiera al estrado a prestar declaración.

—«Intentará ser más astuto que vosotros y darle al jurado lo que quiere. No lo olvide, los boxeadores son mentirosos. Y Tyson es el mejor».

Antes de arrancar el juicio, Desiree fue a Indianápolis a realizar su declaración jurada. Fuller decidió no encargarse de ello, delegando en su asistente judicial, Kathleen Beggs. Garrison se quedó a cuadros con la estrategia de Beggs. Machacó a Desiree a conciencia. En opinión de Garrison, Beggs fue «acusatoria, arrogante, antipática y malintencionada». En vez de comportarse con dulzura e intentar extraerle con tacto alguna información que pudiera ser de utilidad a mi defensa, la hizo llorar. Fue una metedura de pata colosal, pero no la última que iba a cometer el equipo de la defensa que me facturaría un millón de dólares.

Mi juicio dio inicio el 27 de junio de 1992. La juez era una señora llamada Patricia Gifford. Había sido la encargada de supervisar al jurado, con lo cual se le asignó automáticamente mi caso. Era una ex ayudante del fiscal en la oficina del condado que se había especializado en casos de violación. Había ayudado a tirar adelante la legislación que protegía a las víctimas de una violación de que se difundiera cualquier prueba de su historial sexual. Más adelante esto jugaría un papel determinante en mi caso. Estaba afiliada al Partido Republicano y podía remontar su árbol genealógico tan atrás que era miembro de las Hijas de la Revolución Americana. Su padre era un coronel del ejército. Mi tipo de chica, en definitiva. El juez Gifford no habría tenido problemas en recusarla de mi caso. De hecho, tras mi condena, el Tribunal Supremo de Indiana redactó una nueva Ley Tyson. Exigieron una rotación que garantizara que el mismo juez que presidiera el jurado no pudiera estar al frente del caso.

Había llegado la hora de seleccionar un jurado entre mis semejantes. El único problema era que, por entonces, Indiana empleaba los registros de los votantes para establecer la lista de candidatos a formar parte del jurado. Esto significaba que, dado que muchos ciudadanos negros no acudían a votar, no podían ser incluidos entre sus potenciales miembros. He aquí una nueva Ley Tyson que fue cambiada después de mi juicio. Por consiguiente, de las 179 personas que fueron convocadas como potenciales miembros del jurado, 160 eran de raza blanca. Fuller y su equipo tuvieron dificultades a la hora de escoger al jurado. No tenían experiencia al respecto. En una corte federal es el juez quien se encarga de ello y Garrison era un maestro en la materia. Podía entrevistar a los candidatos y camelárselos, preguntarles si vivían cerca de ese gigantesco Walmart que había junto a la interestatal. Fuller era incapaz de conectar al menor nivel con la gente del Medio Oeste.

Fuller era demasiado tozudo para contratar a un experto en selección de jurados. Por consiguiente, permitió que un ex marine llamado Tim formara parte de él. Transcurrido un tiempo, otro miembro del jurado declararía que Tim«era mucho más conservador que el resto de nosotros, más rígido, un provinciano auténtico». Este tipo acabaría siendo el presidente del jurado y tendría más peso que el resto en el momento en que me condenaran.

Si, como alguna gente piensa, el 90% de los casos se deciden en los discursos de apertura, las cosas no se nos prometían muy felices. El de Garrison se prolongó durante cuarenta y cinco minutos. Escuchándolo daba la impresión de que estuviera leyendo en voz alta un ejemplar de *Cincuenta sombras de Grey*.

—Él le sonríe. Su tono de voz es bajo, diferente al de antes. Le separa las piernas y le mete los dedos. Ella grita de dolor. El milagro médico, anatómico y fisiológico de la sexualidad humana que permite a la especie femenina lubricarse al sentirse excitada no está funcionando y ella está aterrorizada. De manera que, cuando esos grandes dedos la penetran, le duele muchísimo y se pone a gritar: «¡No!».

Pega un brinco de la cama y se viste rápidamente, enjugándose las lágrimas, colocándose la ropa, intentando recuperar su dignidad junto con sus prendas, y dice: «¿La limusina sigue ahí abajo?». Él dice: «Oh, puedes quedarte si quieres». Ella dice: «¿Para qué? ¿Para que vuelvas a hacerlo?».

Comparado con Garrison, Fuller era un bobo y un soso. Intentó dibujar un retrato de Desiree como una persona sofisticada para su edad, frente a la chica dulce e inocente que dibujaba la fiscalía, pero Garrison no cesó de presentar objeciones durante su discurso. Fuller destacó algunas inconsistencias clave en lo que Desiree les había contado a las otras chicas. A algunas les contó que había gritado, a otras que no. A una persona le dijo que la había atacado en la cama y a otra que habíamos tenido relaciones sexuales en el suelo. Daba la sensación de ir inventándose la historia sobre la marcha. Fuller, sin embargo, cometió un error garrafal durante su discurso de apertura. Le prometió al jurado que tendría la oportunidad de escuchar mis palabras. Uno no hace esto en un caso tan delicado. Algunas personas eran de la opinión de que el estado tenía un caso tan endeble que podríamos no haber llamado a ningún testigo, limitándonos a esperar acontecimientos, y aún así habríamos conseguido la absolución. Pero él les prometió que me tendrían, de manera que iba a verme obligado a testificar. Aún peor, a lo largo de todo su discurso de apertura Fuller no se me acercó ni una sola vez. Ni una palmadita en el hombro, ni una mirada en mi dirección, ni un gesto de unión entre el abogado de la defensa y su cliente. Aquello era algo que aprendías el primer día de clase en la Facultad de Derecho.

«Los miembros del jurado no veían a un equipo de la defensa trabajando unido, sólo a un abogado gritón procedente de otro estado que había causado una odiosa primera impresión». No fueron mis palabras, sino las de Mark Shaw.

Después de tener en el estrado a su compañera de habitación, Garrison hizo llamar a Desiree. Amparándose en la ley que protegía a las mujeres violadas, la presentaron como una estudiante universitaria tímida e ingenua, que ejercía de profesora en una escuela dominical y de ayudante en su parroquia. Aseguró que cuando la invité a subirse a mi limusina, se mostró reacia hasta que le dije que iríamos a hacer «un tour» por la ciudad. Sí, claro, hay muchas cosas que ver en Indianápolis a las dos de la madrugada. Hace poco recalé ahí para realizar una actuación y lo único que uno, con algo de fortuna, podía encontrar en los alrededores del Canterbury Hotel

eran esquizofrénicos del ambulatorio, gente sin hogar y una prostituta demacrada.

Desiree repitió su historia de que no nos habíamos besado ni dado la mano y de que yo no había dado muestra alguna de afecto hasta que la tuve en mi cama, momento en que me volví agresivo y raro. Luego repitió cómo se había metido en el baño para quitarse la compresa y deshacerse de ella. «Llevaba otra compresa en el bolso que pensé que podría ponerme después».

Al regresar, yo la había arrinconado, quitado el top y bajado los shorts y las bragas y metido dos dedos en la vagina. A continuación, la penetré. Dijo que a la noche siguiente le contó a su madre lo ocurrido y luego llamaron a la policía.

Garrison pensó que su testimonio había sido magnífico. Otros no estuvieron tan seguros. Algunos periodistas consideraron que se había mostrado excesivamente «estoica» y uno llegó a escribir que parecía «un poco remilgada» y «casi demasiado perfecta». Antes del juicio, Garrison había reclutado a otro abogado, Robert Hammerle, para llevar a cabo una simulación de interrogatorio de cara a comprobar cómo iba a responder Desiree a tanta presión.

Hammerle empezó preguntándole por aquellos aspectos del caso que no le cuadraban.

—Mire, conoció a Mike Tyson y vio cómo intentaba seducir a todas esas mujeres… y luego va y le regala una foto suya en bañador, ¿me dice que seguía sin pensar que él pretendía mantener relaciones sexuales? —le preguntó a Desiree.

—Sí —dijo ella.

—La llamó en mitad de la noche y se subió a su limusina, donde la besó, ¿y siguió sin pensar que él pretendía mantener relaciones sexuales?

—Sí.

—A continuación fueron a su hotel, subió a su habitación, se sentó en su cama ¿y siguió sin pensar que él pretendía mantener relaciones sexuales?

—Sí.

—Después le dijo: «Me estás excitando», ¿y siguió sin pensar que él pretendía mantener relaciones sexuales?

—Sí.

Continuó en la misma línea, preguntándole por la compresa.

—No tenía ningún sentido —le dijo Hammerle a Garrison—, pero ésa era su historia y se mantenía fiel a ella. Mi impresión general fue que me plantó batalla. Me habían dicho que ahí teníamos a una ingenua dama de dieciocho años, pero salí con la sensación de que, aún siendo posible que hubiesen ocurrido los hechos, había tratado con una mujer mucho más fuerte y que no me había permitido avasallarla. No encontraba el modo de que todo esto me cuadrara con ese conjunto de errores ingenuos que se suponía que había cometido.

Hammerle le contó a su mujer el incidente con la compresa. Ésta le dijo que cualquier mujer que va al baño a sacarse una compresa sabe que se dispone a tener relaciones sexuales. Él estaba de acuerdo. Cuando Hammerle se encontró con Garrison al día siguiente en las oficinas administrativas del condado, le dijo: «Amigo mío, sois un atajo de mentirosos».

Ojalá Hammerle hubiese sido mi abogado. Cuando llegó el momento de que Fuller interrogara a Desiree, pareció que ni siquiera tuviera ganas. Mark Shaw lo vio de la misma manera:

«El interrogatorio cortés y suave de Fuller fue difícil de entender, sobre todo porque, después de las preguntas de Garrison, se le habían abierto multitud de oportunidades para indagar en aspectos específicos sobre cuanto ocurrió en aquella habitación de hotel entre Desiree y Tyson».

No podía comprender por qué no se había aprovechado de su actitud a la defensiva. Le habría suministrado mucha más información de la solicitada. Nunca indagó en los pormenores del acuerdo al que su familia había llegado con un abogado civil. Ella era plenamente consciente de que iba a demandarme hasta las trancas y obtener montañas de dinero una vez hubiese acabado el caso penal. Cosa que hizo.

Fuller nunca la atosigó a preguntas como había hecho Hammerle durante el interrogatorio simulado. Nunca la puso a la defensiva. De haberlo hecho, tal vez el jurado habría descubierto a una persona menos ingenua de lo que aparentaba ser. Cuando Desiree fue objeto de una reprimenda por haberse comportado como una *groupie* en el *backstage* del concierto que

Johnny Gill ofreció aquella noche, le dijo al jurado ¡que no conocía el significado de la palabra *groupie*!

¡No le formuló pregunta alguna sobre por qué se quitó la compresa! No se preguntó cómo era posible que le hubiera practicado sexo oral y mantenido sujeta a la cama al mismo tiempo. Si había abusado físicamente de ella, ¿dónde estaban los moratones? Si había gritado, ¿cómo es que nadie del hotel la había oído? Vamos, nos encontrábamos en mitad de la noche en una habitación de hotel, cuyas paredes generan eco dado lo silencioso que está todo, ¿y ella se pone a gritar? Si yo hubiera sido la víctima de un ataque, me habría ido de inmediato. Sólo llegar al pasillo, habría perdido la cabeza. Como en un capítulo de *La dimensión desconocida*, me habría puesto a aporrear las puertas. «Ayúdenme, vengan, mi atacante está justo ahí». No era necesario ser F. Lee Bailey para pillar su farsa.

El otro testigo requerido por el estado que me causó problemas fue el médico que la atendió en Urgencias: Stephen Richardson. Declaró haber explorado a Desiree la noche siguiente al presunto ataque. No halló morados ni ulceraciones en brazos o piernas, ninguna señal de que hubiera sido objeto de golpes o apretones. No había lesiones en sus labios mayores ni menores. En cambio, sí que encontró dos diminutas ulceraciones, de una anchura de una octava parte de una pulgada y una longitud de tres octavas partes de una pulgada, en su introito, la apertura de la vagina. Aseguró que entre un 10 y un 20% de víctimas de violaciones las presentan. Añadió que, en sus veinte años de experiencia, sólo en dos ocasiones había sido testigo de tales lesiones a resultas de relaciones sexuales consentidas.

Escuchándolo era evidente que hablaba de dos ulceraciones microscópicas, pero Garrison había ampliado una fotografía de las partes pudendas de Garrison, colocándola en un atril para que toda la sala pudiera verla. De ese modo daba la impresión que alguien hubiera machacado su vagina con un mazo.

Fuller no rebatió de ninguna manera el testimonio del doctor Richardson. Podría haberlo hecho. Voyles contaba con una retahíla de urólogos dispuesta a examinar mi miembro de cara a testificar que aquellas ulceraciones podrían haber sido resultado de una penetración. Fuller descartó la idea. No debería haberlo hecho. En lugar de recurrir a los

urólogos, recurrió a un médico tan inútil ¡que empezó a marcar puntos a favor del equipo de la defensa! He aquí mi equipo legal valorado en un millón de dólares.

Antes de que la fiscalía acabara de presentar su caso, mis abogados intentaron añadir tres testigos a su lista. Durante el juicio el equipo de la defensa había estado recibiendo llamadas bien chifladas, de aquí su escepticismo cuando les llegó una de una chica que aseguraba que ella y dos de sus amigas habían visto cómo Desiree y yo ¡nos abrazábamos y besábamos en el asiento trasero de la limusina, amén de entrar en el hotel cogidos de la mano! Esto habría sido la bomba, demostrando que Desiree encerraba a una sofisticada mentirosa. Voyles obtuvo permiso para que el departamento de pruebas nos permitiera retirar la limusina. Una noche la aparcamos frente a la puerta del hotel. Era posible ver a través de los cristales tintados como si fuera de día.

Examinaron a las mujeres y todas resultaron creíbles, de modo que intentaron que se las admitiera como testigos, pero a la juez Gifford casi le da un ataque. Pidió explicaciones de por qué la fiscalía no había sido informada de inmediato sobre ellas. Respuesta: porque debían ser examinadas con el fin de asegurarse de que no estaban locas. No le importó. Pareció tomárselo como algo personal.

—Soy de la opinión de que la no exclusión de estos testigos resultaría en un significativo perjuicio para el estado de Indiana y creo que, a todas luces, el estado de Indiana tiene idéntico derecho a un juicio justo que el acusado —dijo, rechazando los que presumiblemente habrían sido mis testigos más determinantes.

A continuación, la fiscalía se dispuso a ponerle el punto final a su caso. Llamaron al estrado a la señora Washington, quien le echó todo el teatro del que fue capaz.

—Desiree se ha ido y ya no va a volver. Sólo quiero que me devuelvan a mi hija.

Algunos de los miembros del jurado empezaron a llorar.

Acto seguido, pasaron una versión editada de la llamada que hizo Desiree a la policía. Aquello fue como tenerla de nuevo en el estrado, pero sin contar con la oportunidad de interrogarla.

—Aquella noche salí en limusina con esa persona y esa persona me dijo que tenía que entrar a buscar a sus guardaespaldas y me preguntó si quería acompañarlo un segundo y yo dije: «Ah, vale, está bien». Ya saben, pensándome que era una buena persona. Entramos y esa persona empezó a atacarme. Salí del baño y me la encontré en ropa interior y básicamente se dedicó a hacer lo que quería y no paraba de decirme: «No te me resistas, no te me resistas». Y yo me puse en plan: «No, no, apártate, apártate, por favor, apártate». Y él no paraba de decir: «No te me resistas, no te me resistas». Y esa persona era mucho más fuerte que yo y se limitó a hacer lo que quería. Y no paró.

Más adelante, el operador de la centralita de la policía no se cansó de decirle a Desiree que ella era la víctima, que ella era la víctima, hasta que, en un momento dado, a ella se le escapó algo muy interesante.

—No estoy intentando decirle lo que debe hacer, pero no tenga miedo —le dijo el operador. Intentaba animarla a que denunciara la violación.

—Pero alguien conocido en todo el país contra alguien como yo, una persona normal. Quiero decir, lo primero en lo que pensará la gente es que ando detrás de su dinero o algo así —soltó sin venir a cuento.

Admitir esa cinta como prueba resultó muy perjudicial para mis intereses.

Muchos especialistas en asuntos judiciales consideraron que no debería haberse admitido, pero esto no disuadió a aquella juez tan pequeñita.

Nos había llegado el turno de exponer nuestro caso. A esas alturas Voyles y yo nos sentíamos completamente descorazonados. La verdad es que yo jamás había tenido fe en el sistema. Un mes antes del inicio de mi juicio, el chaval de los Kennedy había sido hallado inocente de violación en Palm Beach, pero me constaba que estaba escrito que yo debía ser condenado, así funcionaba el sistema. Soy un descendiente de esclavos. Aún hoy sigo albergando dudas de que la gente sea capaz de respetarme como ser humano. Yo era el negrata y ese fiscal modelo vaquero pensaba clavarme las espuelas de sus botas en la cara. Ahí no había nadie dispuesto a echarme una mano. El día que me vi imputado cavaron mi tumba. Iban a cazarme de una manera u otra.

Fuller y Beggs no eran de ayuda. Kathleen Beggs era tan cálida como una mesa. Más de una vez tuvo roces con la juez Gifford y era evidente que la juez la detestaba. Cuando Voyles intentó decirle a Fuller que Beggs debería suavizar su actitud, Fuller le dijo: «No necesitamos este tipo de consejos por tu parte».

Fuller hizo pivotar toda su genial estrategia defensiva en torno al hecho de que Desiree debería haber sabido dónde se metía porque yo era una bestia sexual grosera, vulgar e irredimible. Así me retrató mi abogado. Ni siquiera Garrison daba crédito a la estrategia de Fuller. Era consciente que dibujarme como una máquina sexual sólo iba a demoler mi reputación y alienarme del jurado. Yo sería «tan insensible y ordinario que nadie en su sano juicio podría sentir simpatía hacia mí». Aún peor, Garrison tildó la estrategia de Fuller de racista. «La defensa privó a Tyson de su individualidad y lo convirtió en una figurita recortable salida de unos dibujos racistas para adultos», escribió Garrison en su libro.

No pude más que reírme cuando una chica que hacía de testigo de la defensa aseguró haber oído cómo le decía a otra concursante: «Quiero follarte. Tráete también a tu compañera de habitación porque soy una celebridad y, ya sabes, nos va este tipo de cosas».

Yo mismo no resulté de gran ayuda a mi caso. Al ser llamado a testificar, me comporté de un modo tan arrogante y hostil que perjudiqué mis intereses. A estas alturas, la suerte ya estaba echada. Se produjo un incendio en el lugar donde se alojaban los miembros del jurado y uno de ellos, de raza negra, le dijo al juez que estaba demasiado alterado para continuar. Éste era el individuo que siempre andaba quejándose de la comida y del alojamiento. Garrison se alegró muchísimo de que el juez le autorizara a marcharse, pues estaba convencido de que habría evitado un veredicto por mayoría. Ahora sólo quedaban dos negros en el jurado.

Llamamos a un montón de testigos que rebatieron la imagen de Desiree. Una de las concursantes declaró que Washington le había dicho que: «Quería dinero, que deseaba ser como Robin Givens». También aseguró que Desiree soltaba muchas palabrotas y que acostumbraba a lanzar insinuaciones de tipo sexual. Según ella, yo había dicho: «¿Quieres venir a

mi habitación? Sé que no voy a conseguir nada pero, de todos modos, te lo pregunto». Sí que sonaba como yo.

Otra chica testificó que, al verme, le comentó a Desiree: «Aquí llega tu marido. No sabe hablar muy bien».

A lo que ella respondió: «Mike no tiene por qué hablar muy bien. Él se encargará de ganar dinero y yo de hablar». Ambas chicas afirmaron que no habían notado ningún cambio en Desiree tras la presunta violación.

Otra chica dijo que, durante el concurso de belleza, Desiree y yo nos intercambiamos arrumacos como si fuéramos una pareja. Otra más sostuvo que, cuando le toqué el culo a una mujer, Desiree me dedicó «una mirada asesina». Caroline Jones declaró que, al verme en los ensayos, Desiree le había confesado: «Ahí van veinte millones de dólares».

El 7 de febrero subí al estrado. Básicamente conté la historia que ya han leído. Excepto que, cuando declaré que le había dicho a Desiree que sólo quería follar con ella, dio la sensación de que al jurado lo había alcanzado un rayo, como si fuera la primera vez que oían esa palabra que empieza por «f». Fuller hizo un trabajo pésimo a la hora de prepararme y conducir mi testimonio. Una vez hubo terminado, la juez Gifford dictó un receso hasta el día siguiente, otorgando a la fiscalía toda la noche para repasar mi declaración y tenderme sus trampas.

Al reanudarse el juicio, Garrison puso mucho énfasis en el hecho de que cuando dije «Quiero follar contigo», una joven de dieciocho años jamas contestaría: «De acuerdo, llámame». Me imagino que seguía viviendo en la Edad Media, pero, claro está, hablamos del mismo tipo que, tras oírme decir que había practicado sexo oral con Desiree durante vente minutos, escribió, «su recuento de los hechos contradecía salvajemente todo cuanto yo sabía acerca del sexo».

También dedicó mucho tiempo a arrancarme una confesión según la cual mi éxito sobre el cuadrilátero era el resultado de mi astucia y mi habilidad para el amago, lo que, por descontado, significaba que era un mentiroso.

Tras concluir mi declaración, trajeron a Johnny Gill para que dijera que, cuando le solté a Desiree que quería follármela, ella ni pestañeó. Fuller requirió la presencia de más concursantes que aseguraran que Desiree había

dicho que yo: «tenía un cuerpazo» y «un culo al que agarrarse bien». La actuación global de la defensa fue tan inconsistente que incluso yo pude ver que el caso que intentaban construir carecía de cohesión. Su mayor debilidad radicó en que Fuller y Beggs fueron demasiado mojigatos como para entrar en detalles sobre la relación sexual. No les sirvieron a los miembros del jurado los hechos específicos para que pudieran juzgar a partir de ellos.

Fuller resultó tan tedioso durante su argumentación final que un miembro del jurado llegó a interrumpirlo para solicitar permiso para ir al baño. Aquélla no fue una buena señal. ¿A qué esperaba para abordar el punto crucial, el hecho de que, después de que yo le dijera que me excitaba, Desiree no decidiera abandonar la habitación sino que se dirigiera al lavabo, se quitara la compresa y regresara a la cama? Yo aguardaba el momento, pero nunca se produjo.

Luego le llegó el turno a Garrison de exponer su argumentación final. Repitió lo mismo de siempre, pero con su cercanía pueblerina consiguió que los miembros del jurado se tragaran sus mentiras de un modo que Fuller jamás habría podido.

—Los ojos del mundo están depositados sobre nosotros. Gente de todas partes quiere saber si los ciudadanos de Marion County poseen el coraje suficiente para llevar a cabo algo difícil. Yo no quiero ver a este hombre condenado porque el mundo nos esté observando. Quiero verle condenado si creen que las pruebas demuestran, más allá de toda duda razonable, que esta chica honesta y preciosa vino a nuestra tierra para verse engañada por un embustero profesional, que le mintió, la engatusó y la sedujo, la aisló y la sometió, la violó y la hizo víctima de un comportamiento pervertido. Si esto es lo que creen, y así lo demuestran las pruebas, su veredicto deberá ser acorde. Nada más.

El último clavo en mi ataúd se puso justo antes de que el jurado se retirara a deliberar. Fuller solicitó una moción por la cual la juez, entre las instrucciones que ofrecería al jurado antes de que dieran inicio a sus deliberaciones, incluiría una de consentimiento implícito. Esto significaba que yo no podría ser encontrado culpable de violación si «la conducta del demandante, bajo cualquier circunstancia, daba muestras razonables de

incluir consentimiento con respecto a los actos en cuestión». Sin embargo, la ex fiscal especializada en violaciones rechazó la petición de Fuller y el jurado nunca supo de la existencia de este legítimo precedente legal.

El 10 de febrero a las 13:15, el jurado, compuesto por ocho hombres y cuatro mujeres, empezó a deliberar sobre mi caso. No resulta sorprendente que el ex marine convertido en comercial de IBM, Tim, fuera escogido su portavoz. Tras quince minutos de deliberaciones, sin haber debatido sobre las pruebas, realizaron una votación. Menos de nueve horas después, habían alcanzado un veredicto por unanimidad.

Todos regresamos a la sala del tribunal. Cuando los miembros del jurado hicieron su entrada, no fueron capaces de mirar a la cara al equipo de la defensa. Se había acabado. Al oír «culpable» del primer delito, sentí como si me hubieran dado un puñetazo. «Oh, tío», susurré. Pero no estaba en absoluto sorprendido.

Tuvimos que enfrentarnos a la prensa, que nos esperaba fuera. Se me permitió salir en librtad bajo fianza hasta el momento de la sentencia.

—Ni de coña he recibido un juicio justo —dije—. Sabía que era inocente y sabía que el veredicto iba a ir rápido dada la mentalidad del tribunal y de la fiscalía. El fiscal ha sido un racista y un débil, un hombre insignificante a la caza de notoriedad. He estado nervioso porque sabía que me iban a separar de la gente que quiero, pero también estaba preparado.

Tim, el ex marine y mi némesis, declaró a la prensa que «cuando unimos los puntos, el tema del consentimiento claramente no se dio».

Mark Shaw lo clavó en su libro: «Para su consternación (el sistema penal) golpeó a Tyson con un juez pro fiscalía, fiscales que podrían haber ocultado pruebas comprometedoras, un abogado de la defensa incompetente y retrasado, cuya actuación inepta puede haber resultado más determinante para el veredicto de culpabilidad que la combinación del resto de elementos, y un jurado que prestó más atención a la imagen de chico malo de Tyson que a las lagunas que presentaban los hechos relativos al caso. El mayor logro de Garrison durante el juicio fue su exitosa estrategia a la hora de presentar a Desiree Washington como una estudiante universitaria tímida, sin experiencia, ingenua, mojigata y aplicada, algo que todos sabían que no era así. Amparándose en la protección blindada que otorga la ley

escudo en casos de violación y absolutamente conscientes de que Washington había firmado un contrato para demandar a Tyson y vender sus derechos literarios y cinematográficos, los fiscales, que también tenían conocimiento del cuestionable pasado sexual de Desiree, así como de su necesidad de recibir terapia, se guardaron bien de que el jurado nunca atisbara la menor señal de que Washington no era otra cosa que una mujer recta y beata que nunca faltaba a su cita con la iglesia».

Durante el juicio, Garrison vio cómo el karma venía a pasarle cuentas. Su mujer lo abandonó. Acababan de tener un hijo y ella se largó con el policía que le habían asignado para protegerla mientras durara el juicio.

9

Entre la condena y la setencia pasé un tiempo en mi piso de Nueva York. Un día, de regreso de visitar a una chica en su casa, me disponía a entrar en el edificio cuando vi a un hombre plantado en la acera. Pasé de largo pero lo oí dirigirse a mí.

—Ey, ¿cómo andas, hijo?

Lo miré y de inmediato reconocí a mi padre. No lo había vuelto a ver desde el funeral de mi madre diez años atrás.

—Ey, ¿cómo estás? —le dije. Primero me había asustado, pero no estaba furioso. Había disfrutado de una vida bastante buena, por lo que no le guardaba rencor. Me pareció algo tímido e intimidado. Estoy convencido de que le habían llegado historias poco edificantes sobre mi comportamiento violento en medio de la calle. Cuando le sonreí y le abracé, conseguí disipar la tensión.

—Sube a casa —le dije, haciéndole entrar en el vestíbulo.

—Hola, señor Tyson —me dijeron el portero y el aparcacoches.

—Guau, eres un tipo importante, ¿no? —dijo mi padre.

—No, no soy importante en absoluto, se trata sólo un espejismo —le dije.

Mi padre ya había querido verme unos años antes. En octubre de 1988 el *New York Post* envió a un reportero a su vivienda de protección oficial de Brooklyn para entrevistarlo.

—No voy a presentarme delante de Mike con las manos extendidas —le dijo al reportero—. No quiero el dinero de Mike. Esto no significa que no lo aceptara o que no me viniera bien, sino que sólo lo aceptaría si Mike quisiera dármelo.

Por aquel entonces yo estaba demasiado centrado en el boxeo como para contactar con él. Con el transcurso de los años, sin embargo, había escuchado muchas historias sobre mi padre de gente cercana a él en Brooklyn. Era un hombre de calle de lo más astuto: estafador, jugador y chulo/diácono. Mi padre era uno de esos *freaks* que adoraban a Jesús y que eran capaces de matar por él. Procedía de Charlotte, Carolina del Norte, en el centro mismo del «Cinturón de la Biblia». De joven había cantado en un grupo de gospel. Toda su vida había permanecido al lado de Jesús, lo que no le había impedido meterse en asuntos turbios. Era único en su especie. Vestía con elegancia y acababa dominando a todas aquellas mujeres que acudían a la iglesia a pedirle consejo. Durante mi infancia en Brooklyn, algunas mujeres me paraban por la calle para decirme: «Tu padre y su hermano eran chulos y nosotras trabajábamos para ellos». Tenía reputación de ser el más malvado de todos los estafadores y proxenetas de Brooklyn.

Yo no era ni de lejos tan duro como mi padre. Siempre quise pensar que sí, pero no estaba hecho de la misma pasta. Había llegado a mis oídos que mi padre había tenido que abandonar Carolina tras un conflicto con un blanco. Su tío, que era uno de esos negros siempre sumisos con los blancos, hizo de mediador y salvó la vida de mi padre tras prometer que jamás regresaría a la ciudad. De modo que se instaló en Nueva York. Al llegar aquí, se dirigió a un bar y se puso a hablar con una bella mujer. Justo entonces entró en el local un tipo luciendo un sombrero estupendo, uno de esos negros que van de sofisticados. De un puñetazo envió a mi padre del taburete al suelo y se puso a conversar con la mujer.

—Este cabrón no es más que un negro pueblerino —le dijo a la chica—. No pierdas tu tiempo con él.

Mi padre se subió a un autobús, hizo todo el camino de vuelta a Charlotte, agarró su rifle, regresó a Nueva York, dio con el tipo y le disparó. Si mi padre se veía envuelto en una disputa con la policía de Brooklyn, él y su tío resolvían el problema a tiros. Mi padre era muy respetado por la gente de Brooklyn.

Mi madre conoció a mi padre en Charlotte. Ella iba a la escuela en Winston-Salem, donde conoció a la hermana de él, quien básicamente le hacía de recadera. Le iba a buscar droga y le conseguía chicas guapas. De

modo que llevó a mi madre a que lo conociera. Durante mi infancia, mi padre raramente estaba presente, pero de tanto en tanto se dejaba caer. No le reconocíamos lo que hacía por nosotros porque mi madre mostraba bastante resentimiento hacia él, pero creo que lo hizo lo mejor que pudo dadas sus pobres aptitudes familiares. Por entonces no era fácil ser un padre de familia negro.

El día de nuestro reencuentro subimos a mi piso y le gustó. Pedimos comida a domicilio y nos pusimos a charlar. Parecía sorprendido de que yo hubiera respondido tan positivamente a su visita. Me di cuenta de que no le iría mal algo de dinero y se lo di. Tenía verdaderas ganas de saber más cosas sobre él, así que lo invité a mi casa de Ohio. Me ofrecí a comprarle un coche para que condujera hasta ahí y le sugerí un Mercedes-Benz.

—Oh, Dios, no, hijo, no, por favor —protestó—. Lo único que sé conducir es un Cadillac, no tengo ni idea de cómo se conduce un Mercedes.

No había duda de que su mentalidad de chulo/predicador también abarcaba a los Cadillac.

Escasas semanas después, condujo hasta Ohio con los dos hijos de mi hermana. En aquella etapa de su vida, mi padre era un hombre de lo más interesante. Se pasaba el día en la iglesia. Se quedaba en ella entre las nueve de la mañana y las cinco de la tarde. Luego volvía a casa, comía algo y se encaminaba de nuevo a la iglesia hasta las once de la noche.

Se adaptó enseguida a mi estilo de vida. Al cabo de pocos días, ya se sentía cómodo en Ohio e invitó a uno de sus amigos predicadores: otro individuo que vestía como un dandi. Se pasaban el día de palique, soltando gilipolleces. Yo me dedicaba a observarlo, estudiando su forma de ser. Descubrí que le chiflaban los dulces. Un hombre de sesenta y ocho años que disfrutaba una barbaridad comiendo dulces. Pensé: *¡Guau! A mí también me pirran los dulces. Lo he heredado de él*.

De algún modo envidiaba cómo se relacionaba con multitud de mujeres. Yo era un desastre en el tema de las relaciones con el otro sexo, mientras que él tenía que sacárselas de encima. Mi padre era un chulo de enorme éxito, mientras que yo era incapaz de conseguir que dos perros fornicaran. Mi padre tuvo diecisiete hijos, todos los cuales se convirtieron en personas

increíbles. Más adelante conocí a algunos de ellos y ninguno estaba mal de la azotea como yo.

En cierto momento le pedí a mi padre que se sentara y le dije: «Enséñame algo. ¿Qué sabes de la vida? ¿Qué conocimientos puedes transmitirme? Ejerce de padre».

—No puedo enseñarte nada, hijo. Cuanto sé se reduce a la Biblia y a hacer de chulo. Y ninguna de las dos cosas están hechas para ti. Me consta porque he visto cómo te desenvuelves en compañía de las mujeres.

Yo había intentado impresionarlo rodeándome de mujeres glamurosas.

—Das pena, hijo. No es nada malo, algunos hombres simplemente son así con las mujeres —me dijo—. Algunos hombres jamás alcanzan ese nivel que te permite manejarlas. Tú eres uno de ellos. No sabes cómo hablarles. No te sale. Te dedicas a besarlas en los labios. Joder, ¿sabes a lo que se dedican cuando no están aquí contigo? Están follando, chupándome la polla o dejando que algún otro les mee en la boca. Y tú lo que haces es besarlas, les metes la lengua en la boca, hijo.

Cuando mi padre me visitó por primera vez, fue todo humildad. Ahora bien, al comprobar que yo me abría a él y que le daba dinero, empezó a ponerse arrogante.

—Si he de serte sincero, no sé si eres de verdad mi hijo. Uno tiene a una mujer saliendo por la puerta y a otra entrando y las dos casi se cruzan —me dijo casi al final de su estancia—. Tienes que decirles que se lleven bien. Cuando estaba con tu madre tenía a cinco o seis chicas revoloteando por la casa…

Guau. Se estaba metiendo en exceso en su papel de chulo y ofreciéndome demasiada información. Yo no era lo suficientemente fuerte para soportarlo.

—Ey, relájate, hombre —le dije—. Yo quiero a mi madre. Tú eres mi padre y te quiero. No hablemos sobre vosotros. Concentrémonos en trabajar nuestra relación padre-hijo.

Había algunos asuntos que debía resolver antes de volver para recibir la sentencia. Estaba convencido de que iba a ir a la cárcel, por lo que llamé a

Natalie, la madre de mi hijo D'Amato.

—Escucha, ahora mismo voy a enviarte cien mil dólares. Una vez entre ahí, haré que te hagan un pago cada mes.

Tan pronto recibió el dinero, salió a conseguir un abogado y me puso una demanda de varios millones de dólares. Lo que fue estupendo ya que, años después, a medida que el caso progresó, mi abogado consiguió que el tribunal ordenara una prueba de paternidad que demostró que el crío no era mío. Me lo tenía merecido. Esto es lo que te pasa cuando follas con putas. Fue otra traición peliaguda. Cuando llegaron los resultados me sentí hundido. Realmente pensaba que era hijo mío. Habíamos pasado mucho tiempo juntos. Llegué a posar con él la mar de orgulloso en la portada de la revista *Jet*. Después de la prueba de paternidad, aquella mujer siguió atormentándome y acosándome durante años. Dudo que le pase nada bueno en la vida. No me extrañaría que alguien con quien tuviera una relación apareciera muerto en su casa o algo parecido.

Tras verme procesado y sentenciado, me enviaron al Indiana Youth Center. Era una prisión de seguridad media-alta que había sido diseñada en los años sesenta para delincuentes juveniles de raza blanca, ricos y no violentos. En 1992 el sistema penitenciario de Indiana estaba tan masificado que habían empezado a llenarla con adultos, en su mayoría personas con condenas por delitos relacionados con drogas y asaltos sexuales, individuos demasiado frágiles para poder soportar una cárcel verdaderamente dura. Con el transcurso del tiempo, sin embargo, empezaron a enviar allí a asesinos y otros delincuentes violentos. En el momento de mi llegada, contaba con 1500 internos, el 95% de los cuales era de raza blanca.

Me asignaron al pabellón M, uno de los nuevos módulos. Estábamos confinados en celdas para dos personas con puertas reforzadas y un ventanuco en vez de barrotes. Al entrar, había dos catres a tu izquierda y un inodoro y un armarito en el que guardar cosas a tu derecha. También contaba con una mesa de trabajo. El espacio total no hacía más de 2,5 metros por 2,7.

En aquel momento no fui consciente de que entrar en prisión, aunque fuera por un delito que no había cometido, suponía una bendición encubierta. Si hubiese permanecido fuera, sólo Dios sabe lo que habría sido

de mí. Estar encerrado me brindaba, por primera vez en mi vida, la oportunidad de calmarme y mantenerme quieto. No quiero que esto suene como que alcancé la iluminación de forma instantánea y que me dediqué a cantar «Kumbayá» todo el santo día. Al entrar me consumía la rabia. Sabía que me esperaban por lo menos tres años de reclusión. Si se hubiese tratado de una chica blanca, me habría quedado dentro trescientos.

Durante las primeras semanas en prisión, esperaba que alguien me pusiera a prueba, que cometiera una equivocación tomándome por débil. Contaba las horas para demostrarles a esos psicópatas que yo era tan peligroso como ellos, si no más. Debía hacerles saber a aquellos animales que más les valía no acercarse jamás por mi celda ni tocar mis cosas. Estaba en modo agresivo y listo para ir a la guerra.

Un día, poco después de ingresar, estaba dando una vuelta cuando un tipo me gritó: «Ey, Tyson, eres un saltador de árboles». No entendí a qué se refería. Creí que se trataba de un cumplido, que me consideraba un gran atleta, alguien capaz de llevar a cabo actos de una enorme exigencia física, como saltar por encima de los árboles. Hasta que fui a preguntarle a alguien.

—Un saltador de árboles es un violador, Mike —me dijo un tipo—. Ya sabes, alguien que aguarda oculto detrás de un árbol a la espera de que pase un niño por delante para saltar y agarrarlo.

—Oh, Dios —le dije.

Unos días más tarde, sin embargo, me encontraba en la sala recreativa cuando vino a sentarse a mi lado un interno verdaderamente encantador. Era uno de esos increíblemente educados hermanos cristianos que siempre lleva una bonita sonrisa dibujada en la cara, el individuo más apreciado y respetado de toda la prisión.

—Tú no eres un violador, Mike —me dijo clavándome la mirada—. Hemos pasado tiempo juntos. Eres un niño grande y estúpido al que le gusta divertirse, pero tú no has violado a nadie. Lo sé porque yo *sí* lo soy. Eso es lo que hice. Violé y abusé de una mujer de una forma salvaje. ¿Te has fijado alguna vez en la mujer blanca que viene a visitarme? No es mi novia, es mi víctima.

—¿Qué?

—Ahora el Señor está conmigo, Mike. Le escribí a la mujer, hemos estado en contacto y viene a visitarme. De modo que conozco a los violadores, Mike, porque yo soy uno de ellos.

Mientras me iba aclimatando a la prisión, afuera cundía la controversia. La mayoría de encuestas demostraban que un gran número de personas cuestionaban mi veredicto, incluso aquellas en las que dominaban las opiniones de mujeres. Una enorme mayoría de gente negra pensaba que no había obtenido un juicio justo. Uno de los miembros del jurado llegó a declarar que ninguno de sus componentes de raza negra quería pronunciarse sobre el caso porque estaban asustados. Cada día hablaba con Don, quien me aseguraba que trabajaba para conseguir sacarme de ahí inmediatamente. Así que ya pueden imaginarse cómo me sentí cuando, seis días después de entrar en prisión, un juez denegó mi recurso de apelación. Al momento dejé de ingerir alimentos sólidos, limitándome a beber líquidos. Empezaron a realizar informes sobre mi conducta. Fui castigado por firmar autógrafos a un grupo de internos. Me puse beligerante y recibí sanciones por amenazar a los celadores y a otros internos.

Me vi inmerso en una trifulca con un negro joven, grandote y de piel clara llamado Bob. Estábamos haciendo el tonto pero la cosa se puso sería y él quiso llegar a las manos y le di un fuerte golpe en la cabeza. Otro interno, de nombre Wayno, se nos acercó y me pidió que me tranquilizara.

—No tienes nada que demostrarles a estos tipos —me dijo Wayne—. Ellos van a permanecer aquí dentro mucho tiempo, pero tú estás intentando marcharte a casa, hermano.

Llevaba razón. Para mi fortuna, al aproximarse un celador, Bob no me delató. Dijo que se había tropezado. Aquel golpe podría haberme costado unos meses extra en prisión.

Era difícil conservar mi humanidad en un lugar como aquél. Fui testigo de cosas imposibles de entender. Vi a gente recibir cortes a raíz de una disputa por un cigarrillo. Había personas capaces de rociar con gasolina una celda e intentar prenderle fuego para quemar a su dueño. Otros agarraban a una celadora y la encerraban en el baño para violarla. Vi a celadores correr después de que les abrieran la cabeza con una cuchilla de afeitar o apalizados con una grapadora. A los que hacían eso les importaba un

pimiento. Se enfrentaban a cuarenta, cincuenta o cien de años de prisión. Sus condenas ya no podían alargarse más. De modo que uno caminaba sobre el alambre al tratar con estos sociópatas chiflados. Individuos así necesitaban estar encerrados en hospitales antes que en cárceles.

Los primeros meses estuve muy paranoico. Pensaba que alguien, un interno o un celador, me la iba a jugar poniéndome droga en la celda o provocándome para que le pegara y sumar tiempo de reclusión. Sólo deseaba sobrevivir. De manera que me pasaba el día en la celda. No quería ver a nadie. A veces me acercaba al despacho del alcaide Triggs.

—Escúcheme, estoy listo. ¿No cree que ha llegado la hora de que me marche? —le decía.

—No, creo que ha llegado la hora de que regreses a tu celda —me respondía y, acto seguido, llamaba a los celadores para que me escoltaron de nuevo a ella. Un día fui a mi celda y cerré la puerta. Un interno blanco me gritó: «Sal de ahí. No tienes nada de lo que avergonzarte. Yo ya he cumplido diez veces tu condena. Vas a volver a combatir. Tu tiempo de condena es ridículo».

Otra vez me vi envuelto en un altercado verbal con un celador blanco y racista, mientras el resto de los internos revoloteaba a nuestro alrededor intentando meter baza. Los supremacistas arios acudieron a toda prisa desde su patio, convencidos de que uno de los suyos estaba involucrado. El celador llamó a todo un batallón de compañeros estúpidos y se desató el caos. La gente me gritaba: «¡Machácalos, Mike! ¡Mata a ese jodido cerdo!». Fue un motín de los buenos. Tuvieron que cerrar el pabellón y a mí me metieron en un agujero.

Aquel agujero fue toda una experiencia. Me arrojaron a un cubículo de dos metros por tres con sólo un colchón y un lavabo. Durante el día se llevaban el colchón para que no gozara de ninguna comodidad, obligándome a dormir sobre el cemento.

Resultaba bastante inhumano pasarse veintitrés horas al día en un cubículo en el que jamás apagaban al luz, pero al final te acostumbrabas. Tú mismo acababas siendo tu mejor compañía. De un modo extraño, uno alcanza su libertad dentro de un agujero. Nadie controla cada uno de tus

pasos como le ocurre al resto de la población. Un agujero era la peor situación en la que te podías encontrar y se convirtió en mi elemento.

Durante mi primer año en prisión fui de lo más conflictivo. No dejaban de elevar informes sobre mí por no andar lo suficientemente rápido, hablar mal, amenazar a los celadores, empujar a las personas. Causaba tantos problemas que casi me envían al pabellón P, donde se encontraban los internos realmente peligrosos, los cuales se negaban a trabajar y acatar órdenes. Estaban segregados del resto de la población penitenciaria. Yo creía ser uno de esos cabrones a los que les faltaba un tornillo y empecé a comportarme como tal. Se pasaban el día entero encerrados en sus celdas bajo la constante vigilancia de los celadores.

—Que os jodan, malditos maricones —les gritaban los internos del pabellón P a sus celadores.

Las ventanas de sus celdas contaban con unas rejillas y, cuando los otros internos cruzábamos por delante, también nos gritaban.

—Ey, campeón, relájate, campeón. He oído que te estás saliendo de madre por ahí. No te conviene venirte con nosotros, campeón. A nosotros no nos ibas a joder —gritaban.

—Ey, cuando aprendas algo de modales, podrás volver a estar entre personas —les respondía también a gritos.

—Que te jodan, arrogante amante de los palomas, gilipollas —me la devolvían.

Después de aquello, me serené. No quería vivir como un animal. La situación se puso tan fea que en las celdas del pabellón P sustituyeron las rejillas por vidrio resistente para evitar que nos escupieran al pasar.

Me contenté con el agujero. ¿Por qué no? Había crecido en lugares que olían a cloaca.

Provenía de una fosa séptica.

En diciembre descubrimos que, antes del juicio, Desiree había cerrado acuerdos sobre los derechos literarios y televisivos con sus abogados civiles. A algunos miembros del jurado les preocupaba haber tomado la decisión equivocada.

A la luz de lo que sé ahora, no puedo considerarla una testigo creíble —declaró uno de ellos, Dave Vahle, a la prensa—. Nos pareció que un hombre había violado a una mujer. A posteriori, da la impresión de que fue una mujer la que violó a un hombre.

Tanto él como Rose Pride, otro miembro del jurado, enviaron cartas al Tribunal de Apelaciones de Indiana solicitando que se me concediera un nuevo juicio. Desiree intentó contener los daños acudiendo a *20/20* y concediendo una entrevista a *People*. En julio finalmente me demandó por lo civil. Su padre aseguró que la demanda había sido elevada porque ella estaba harta de verse insultada por Don King y el abogado que me llevaba la apelación, Alan Dershowitz. Desiree se había agenciado un nuevo abogado llamado Deval Parick. El nombre quizás les suene. Actualmente es el gobernador de Massachusetts, también es el tipo que me demandó por daños no especificados contra la persona de Desiree Washington, por padecimientos tanto físicos como emocionales; sostenía que a Desiree no le había causado una enfermedad venérea sino dos.

Poco después de esto, Ed Gerstein, el primer abogado buitre de Desiree, recibió el veredicto a la demanda que había interpuesto en el Tribunal Supremo de Indiana con respecto al acuerdo al que había llegado con la familia Washington en torno a su provisión de fondos. Entre otras cosas, el tribunal emitió un veredicto público en el cual sostenía que el Estado de Indiana debía investigar el asunto, dado que Desiree podría haber incurrido en perjurio al tratar el tema de la provisión de fondos durante su testimonio en el juicio contra mi persona. Dershowitz se lanzó de inmediato sobre esta información, tildándola de prueba irrefutable que conseguiría anular mi condena. También definió a Desiree como «una ávida buscafortunas y una mentirosa redomada».

El 9 de julio se reunieron quinientas personas en el centro de Indianápolis en un acto en mi apoyo. Una concejala vino desde Compton para dirigirse a la multitud.

—No dejaremos que Desiree se salga con la suya usándonos como una herramienta para destruir a uno de los hombres más grandes que jamás hemos conocido.

Alrededor de un mes después, sin embargo, la juez Gifford arrasó con mis esperanzas. Me denegó un nuevo juicio y confirmó una disposición anterior según la cual Dershowitz no podía llamar a declarar a Desiree por su acuerdo sobre provisión de fondos con su abogado civil. Lo convirtió en una cuestión personal, declarando sentirse consternada por el intento de Dershowits de «engañar al tribunal».

En octubre de 1992 falleció mi padre. Quise asistir al funeral, pero no me dejaron. Ahí dentro se esforzaban por hundirme. Seguían sancionándome duramente por incidentes menores, acumulando más y más tiempo. Acabé pagándole dos funerales, uno en el norte y luego otro al trasladar sus restos a Carolina del Norte. Mi sobrino me contó que la pareja de hecho de mi padre estaba furiosa porque todas sus antiguas prostitutas se sentaron en primera fila para mostrarle sus respetos.

Tras el Año Nuevo, mi caso experimentó multitud de novedades. El 12 de enero la revista *Globe* publicó un artículo que presentaba a Desiree como una persona mucho menos inocente de como la había retratado la fiscalía. Entrevistaron a diversos amigos que coincidieron en afirmar que en materia sexual era tirando a sofisticada. Uno de ellos llegó a decir que Desiree sólo se había animado a acusarme de violación después de que su padre se encolerizara tras contarle que nos habíamos acostado.

A finales de enero, *Hard Copy* emitió un especial sobre mi caso de una hora titulado «Duda razonable». Antes de eso, cuando Desiree acudió a *20/20,* le había confesado a Barbara Walters que habría retirado los cargos si yo me hubiera limitado a pedirle perdón. Dershowitz se abalanzó sobre estas palabras.

—¿Puede alguien imaginarse a una persona que aceptara una disculpa por haber sido violada? —se preguntó.

El 15 de febrero el Tribunal de Apelaciones de Indiana escuchó argumentos en torno a mi apelación. Antes de esta audiencia, la justicia había hecho público el acuerdo sobre provisión de fondos con el abogado civil de Desiree. Dershowitz manejaba cuatro puntos clave que creía que podían darle un vuelco a mi caso: los testigos que habían visto cómo Desiree y yo nos besábamos, los cuales habían sido excluidos; la negación al jurado de la instrucción de consentimiento implícito; la admisión de la

cinta con la llamada telefónica a la policía, y la provisión de fondos a Gerstein para interponerme una demanda civil. Muchos expertos en leyes, incluyendo Mark Shaw, pensaban que Gifford había cometido errores suficientes como para que se me garantizara un nuevo juicio.

Tras las argumentaciones sobre la apelación, una nueva bomba estalló, esta vez en torno a una acusación previa de violación por parte de Desiree. Wayne Walker, un amigo del instituto, alegó que ésta le había confesado que le había contado a su padre que él la había violado «para protegerme… si no me habría visto en un serio aprieto». Walker le contó a la ESPN Radio que, al enterarse de que Desiree me había acusado de violación «lo primero que me vino a la cabeza fue "lo está volviendo a hacer"».

Más avanzado ese mes, el *New York Post* informó que, en octubre de 1989, Mary Washington hizo que arrestaran a Donald y lo acusaran de asalto y agresión contra Desiree. Desiree le contó a la policía que su padre le había «pegado y empujado bajo el fregadero… ha seguido golpeándome la cabeza contra la pared y el suelo. He conseguido liberarme y agarrar un cuchillo para protegerme».

¿Qué podría haber provocado que el padre de Desiree la atacara? Bueno, fijémonos en el testimonio de su madre durante mi juicio. En él declaró que el padre «se salió de sus casillas» cuando Desiree le contó que había perdido la virginidad. Su madre acabó tan preocupada que llevó a Desiree «a terapia psicológica ya que sufría de una depresión severa y amenazaba con suicidarse».

De manera que la madre confirmaba que Desiree había perdido la virginidad en octubre de 1989, justamente la fecha en que Wayne había asegurado que habían mantenido relaciones sexuales para ver luego cómo ella lo acusaba de violación. Desiree, por supuesto, juró, en un affidávit en respuesta a la solicitud de apelación de mi abogado, que ella jamás había practicado el sexo con aquel chico.

—Niego rotunda y categóricamente que Wayne y yo mantuviéramos relaciones sexuales con penetración. También niego rotunda y categóricamente haber acusado a Wayne de violación.

Sólo había un problema. Dershowitz hacía localizado a otro chico, Marc Colvin, un amigo de Desiree, que se prestó a asegurar que el juramento de

Desiree era mentira.

—Soy muy reacio a compartir esta información porque sigo considerando a Desiree una amiga. A finales de 1989 me llamó por teléfono y me confesó que había mantenido relaciones sexuales con Wayne Walker… También me dijo que, al acabar, se encerró en el lavabo a llorar.

Ah, ¡menuda telaraña más enmarañada estamos tejiendo! Avancemos dos años. Sólo cabe imaginarme lo que su padre habría dicho y hecho si Desiree le hubiera contado que había tenido una relación sexual consentida conmigo. Obviamente no estamos tratando con la unidad familiar más estable que quepa imaginar.

Yo tenía mucha confianza en mis apelaciones al contar con Dershowitz encabezando el caso. De aquí que me quedé de piedra cuando el 7 de agosto perdí la apelación delante del Tribunal de Apelaciones de Indiana. Por una decisión de 2 votos a 1, dos de los jueces dictaminaron que Gifford no había incurrido en arbitrariedad al bloquear el testimonio de dos de mis testigos principales. Otro juez me daba la razón. El juez Patrick Sullivan escribió: «Mi análisis de todos los documentos me lleva a la conclusión inexorable de que (Tyson) no recibió la preceptiva imparcialidad que es esencial a nuestro sistema de justicia penal». En otras palabras, a este negro lo jodieron bien. Aquí ya perdí definitivamente cualquier resquicio de confianza en nuestro sistema. Como de costumbre, estábamos frente a un mangoneo. De modo que no me sorprendió en absoluto que, seis semanas después, el Tribunal Supremo de Indiana rechazara una audiencia sobre mi apelación.

Pero presten atención al motivo. Para ver atendido mi caso, hubiese necesitado una mayoría de 3 a 2. Yo habría obtenido ese resultado sino fuera por el hecho de que el juez Randall Shepard, un miembro del tribunal de perfil liberal, se había retirado del caso aduciendo un conflicto de intereses. Parece ser que el juez y su esposa habían asistido a la vigésima reunión de su promoción en la Facultad de Derecho de Yale. La mujer del juez fue al lavabo de señoras y, de regreso, se topó con Dershowitz. El juez Shepard escribió más adelante:

«Ella contó que le dijo a Dershowitz que lo había visto discutir la petición de fianza delante del Tribunal de Apelación de Indiana y que, a

medida que progresara la apelación, iba a necesitar entender mejor cómo se manejaban los asuntos en Indiana… Convengo que… esta conversación resultó improcedente. Mi esposa no es abogado y no entiende del todo las razones por las cuales esta suerte de conversaciones se consideran improcedentes… Ella lamenta mucho haber iniciado ese coloquio y se siente profundamente avergonzada al respecto. Mi decisión de no desvelar mis motivos para aludir a un conflicto de intereses estuvo impelida por mi deseo de ahorrarle a mi mujer el embarazo que iba a procurarle que su conducta fuera de dominio público y objeto de debate».

Dio la impresión de que la esposa de Shepard le había dado a Dershowitz algunos consejos para que pudiera ganar la apelación. Pero el juez no deseaba que su voto pareciera haber sido dictado por las opiniones de su mujer. De modo que, con la idea de salvar la reputación de ella, le dio una patada a mi culo negro. Sin Shepard la votación final arrojó un 2-2, suficiente para barrarme el paso.

Mis esperanzas de abandonar en breve la prisión se habían esfumado. Necesité trece meses para descubrir cómo me convenía cumplir con mi tiempo de reclusión. Mi primer año fue un infierno absoluto; conseguí que me cayeran meses y más meses extra a mi condena. Ahí dentro todo el mundo me parecía sospechoso. Me trasladaron a una celda que debía compartir con un tipo llamado Earl, un preso modélico. Cumplía una condena de treinta años por tráfico de drogas, lo que significaba que iba a pasarse encerrado al menos quince. A la dirección le pareció que podía ser mi mentor ideal y que me mantendría apartado de los problemas.

La primera noche juntos agarré un lápiz y lo esgrimí de forma amenazadora.

—Si tocas mis cosas, te mato, cabrón. Será mejor que no me falte nada —le dije—. Y olvídate de que vaya a ponerme a limpiar la celda. No me dirijas la palabra.

Earl se me quedó mirando.

—¿Qué cojones? Ey, Mike, yo no soy el tío del que estás hablando —me dijo—. Yo estoy de tu lado, hermano. Estoy aquí para ayudarte. No permitas que esa mierda de actitud te domine. Lo único que vas a conseguir es alargar jodidamente tu condena. Conozco a tipos que vinieron a cumplir

un año, tres años, y acabaron pasándose la vida por gilipolleces así. Aún no sabes cómo desenvolverte por aquí, hermanito. Necesitas que yo te enseñe y después te va a resultar una travesía muy plácida.

Poco a poco Earl me aleccionó. Me costó darme cuenta pero Earl era estupendo. Paseábamos juntos por el pabellón y él me iba señalando cosas.

—Mantente bien lejos de esos cabrones de ahí, Mike. Y no les dirijas la palabra a esos polis de allá. Ni siquiera les des los buenos días. Mantén la boca cerrada a todas horas, Mike. Escúchame, si me ves chuparle la polla a alguien o follándomelo por el culo, no te sorprendas. Yo nunca lo haría pero, si me ves haciéndolo, no te sorprendas. Que jamás te sorprenda nada de lo que veas aquí, ¿de acuerdo? Y no digas nada, mantén el pico cerrado. Si ves a un puñado de negros apuñalando a alguien, sigue caminando. No los mires, no los dejes pillarte mirando. Sea lo que sea que veas aquí, tú no has visto nada. Si ves a un interno follándose a otro, tú a la tuya. No hagas bromas ni comentes nada, negro, porque aquí dentro ese otro hace el papel de su mujer. Sería igual que si le faltaras al respeto a la esposa de alguien andando por la calle, te meterían una paliza.

Llevaba razón. Allá dentro uno no podía aplicar las mismas reglas que existían afuera. Pensar en la homosexualidad en el mundo exterior podía conducirte a pensar en una persona sumisa de la que sería fácil aprovecharse. Pero aquellos individuos eran guerreros. Te matarían en un segundo. Veías a dos tiarrones musculosos andar cogidos de la mano por el patio. Uno los respetaba porque, de lo contrario, te encontrarías metido en un serio aprieto. En prisión cualquiera es capaz de asesinar. No importa lo grande o pequeño que sea.

Tras llevar un tiempo entre rejas, empecé a detectar la humanidad que encerraba cada uno, incluso entre los celadores racistas. No importaba si se trataba de negros que integraban una banda criminal, de nazis, de pandilleros mejicanos; uno acababa por estrechar lazos con ellos cuando te contaban que algún miembro de su familia había muerto o que tenían problemas con sus esposas.

Una vez entendí el funcionamiento del sistema, empecé a manipularlo en mi beneficio. Un interno llamado Buck me ayudó a ello. Buck, que cumplía una condena a cadena perpetua, era de Detroit y llevaba quince

años ahí. Yo solía recibir toneladas de cartas de gente de todo el mundo. Un día se encontraba en mi celda leyendo algunas de ellas.

—Mmmm, Mike. Algo me dice que no sabes cómo leer tus cartas —me dijo.

—¿Qué quieres decir, negro? —dije—. Sé leer.

—Sabes leer, pero no sabes cómo leer a nivel *subliminal*. Aquí hay mensajes ocultos. La gente no quiere herir tus sentimientos porque eres un boxeador famoso y creen que tienes mucho dinero, pero usan palabras de las que no eres consciente porque no fuiste mucho a la escuela, Mike.

Me soltó esta chorrada aunque sin intención de ofenderme.

—Mira, este tipo dice: «Si alguna vez necesitas cualquier cosa, si hay algo que pueda hacer por ti, por favor házmelo saber», lo que significa: «Quiero hacer algo por ti, tú sólo tienes que pedírmelo». O tomemos esta otra carta: «Me encantaría llegar a conocerte y cultivar una relación contigo como seres humanos». Escucha, esto significa que desea mejorar tu nivel de vida, tu salud y bienestar. Por lo que si hay algo que necesites, ella va echarte una mano.

Nos encontramos en una situación única, Mike. A las puertas de conseguir un montón de dinero. No atraviesas un buen momento. Te has gastado un dineral en abogados. Probablemente deberás gastarte otro en esa zorra que te ha demandado. Necesitas dinero para el economato. ¿Cómo se supone sino que vas a comer bien? Lo que te sirven en la cafetería es incomestible.

—Tienes razón, necesito dinero para el economato —coincidí con él.

Acepté el plan de Buck. Empezó a llevarse mis cartas y a contestarlas. El dinero afloró. Obteníamos dinero en metálico, joyas, divisas extranjeras, nadábamos en pasta. Por esa época Voyles recibió una llamada de uno de los celadores.

—Tenemos un problema con la cuenta de Mike en el economato —le dijo el alcaide Warren a Jim.

—¿Qué problema?

—La cuenta asciende a cien mil dólares —dijo Slaven.

Pronto empezó a asustarme el hecho de que algunas de estas personas quisieran venir a visitarme. ¿Qué debía hacer? No tenía la menor idea de lo

que Buck les había contado en las cartas. Pensé que había acordado que me casaría con algunas de estas mujeres. Comencé a creer que aquello era una trampa.

Sabía que debía pararle los pies a Buck, por lo que le dije que hiciera que estas personas le enviaran el dinero a mi «hermana» o a mi «tía» y que luego se las arreglara para recolectar el dinero de la gente a la que le había llegado.

Buck abandonó la cárcel y conseguí que Red, un joven miembro de una banda, se encargara de escribir las cartas. De golpe Red empezó a lucir un nuevo reloj y pintas de chulo con anillos de diamantes y cadenas.

Cierto día una chica inglesa se presentó y solicitó verme. Red se había estado carteando con ella. En ese momento él se encontraba en el agujero, por lo que me pidió que la atendiera yo. Lo que no me dijo es que mantenían una relación tormentosa y que estaban a la greña. Así que yo me presenté pensando: *Esto va a ser fantástico*.

Tomamos asiento en la sala de visitas y esta chica empezó a tomarla conmigo. Llevaba un bebé en los brazos.

—¿Dónde está mi cadena de diamantes? ¿Dónde está el reloj que te di? ¡Los quiero de vuelta so cabrón! —me gritó.

¡Guau! Yo no tenía por qué aguantar esta mierda de una pirada a la que ni siquiera conocía. Llamé a un celador: «Estoy listo para marcharme». Me largué.

Me imagino que presentó una queja a la dirección y por eso iniciaron una investigación. El individuo que se encargaba del caso se me acercó para decirme: «Tú no conoces a esta chica, ¿verdad? Jamás te dio ninguna joya, ¿me equivoco?». Sabía que estaba implicado en el tema, pero no quería líos con Asuntos Internos.

—No, señor, yo no sé nada de todo esto. Nunca le he escrito a esa chica —dije. A la prisión le preocupaba recibir una demanda porque yo me encontraba bajo la tutela del estado. Pero profundizaron en la investigación y pillaron a Red; lo trasladaron a otro sitio.

A estas alturas probablemente os estaréis preguntando cómo un joven tan viril como yo se las apañaba para conseguir sexo encontrándome entre rejas. Bueno, obtenía mi ración gracias a un interno bajito y blanco. Un día

vi que recibía la visita de una chica embarazada. Yo pensaba que llevaba el bebé de otro y que había venido a confesárselo, pero me equivocaba. Se besaron y él le metió la lengua. La dirección se volvió loca y le pidió explicaciones.

—¿Acaso no te importa que tu mujer vaya a tener el hijo de otro? —le preguntaron.

—Ey, eso es asunto mío. ¿Qué hacéis metiéndoos en mis cosas? —les respondió.

Así que le pregunté qué estaba pasando de verdad.

—Los bebés son míos, Mike. Llevo dos desde que estoy aquí. Debes hacer lo siguiente: haces que tu chica venga a verte con ropa interior provista de una raja y con uno de esos vestiditos veraniegos con los botones al frente. Pero debe llevarlo puesto del revés para que los botones queden en la parte trasera. Entonces solicitas una visita en la zona exterior y os vais al patio, donde tienen montadas las mesas de picnic. Ella se sienta en tu falda dándote la espalda y te limitas a darle al asunto. Ahí no hay cámaras, sólo tienes que estar pendiente del único celador que controla a todos los internos.

El tipo no debió contarme jamás aquello. Dado que estaba encarcelado por error, pensé: *¿Por qué debería cesar mi actividad sexual? Yo no cometí ese delito. ¿Por qué tengo que dejar de practicar el sexo?* Así funcionaba mi mente. Repasaba la correspondencia de mis fans y escogía las chicas que más me gustaban. Les escribía: «Ey ¿podría interesarte hacerme una visita? Te enviaré un billete». Les daba las instrucciones sobre las bragas con raja y los vestidos ligeros. Probablemente se imaginaban que íbamos a hacer algo sórdido.

Cuando vino la primera chica, yo ya me encontraba sentado en el patio exterior. No podía levantarme a saludarla porque estaba concentrándome en cosas guarras para estar listo para la acción. Se me acercó, me dio un beso, le di la vuelta y, ¡bam!

Podría haber tenido el SIDA o nada en absoluto. Sencillamente fui un imprudente. Sencillamente me la coloqué encima sin llevar puesto un condón.

Jesús, ni siquiera conocía a esa chica y lo estábamos haciendo a plena luz del día.

Al cabo de un tiempo, perfeccioné mi método. Tan pronto la chica se sentaba en mi falda, le agarraba la mano y empezaba a empujar tan suavemente que ni siquiera podían ver cómo se movía. Si lo haces con demasiada intensidad, la chica vuela por los aires, como si estuviera encima de un trampolín, y el asunto no chuta.

Todo iba de perlas hasta que empecé a hacer el idiota. Un día no pude controlarme y me puse a la faena sin más. Lo que ocurrió fue que un celador abandonó su posición, nos rodeó, se acercó sigilosamente por detrás y vio lo que estaba en marcha. Probablemente alguien se chivó porque los celadores jamás abandonaban sus puestos frente a la ventana. Recibí un golpe bajo.

Por estas fechas, una chica que había venido a visitarme desde Atlanta apareció en un artículo de la revista *Star*. En él aseguraba que la había dejado embarazada estando en prisión y mostraban una foto de ella con una gran barriga. Por suerte era una barriga falsa que habían montado para vender la historia a esa revistucha. Me quedé muy aliviado, pero aquello puso fin a mis escarceos sexuales. Prohibieron las visitas del exterior a todos los internos. Todo el mundo se cabreó conmigo. La bautizaron como la Norma Tyson.

Earl estaba a punto de salir libre. Antes de ello, me dio una charla.

—Cuando me marche quiero que te arrimes a Wayno. Es el único tipo decente que hay aquí. Ve con cuidado con el resto, Mike. Tú eres un interno, pero ellos son presidiarios. Van a permanecer aquí el resto de sus días. Pégate a Wayno, él no te va a meter en ningún lío.

Ya conocía a Wayno, pero no teníamos apenas relación. Tan pronto se instaló en mi celda, nos hicimos íntimos. Tanto que, de hecho, a día de hoy seguimos trabajando juntos. Wayno prácticamente dirigía la prisión. Acabó en ella por traficar con cocaína pero, al tener formación en informática y comunicaciones, trabajaba en el Sistema de Control de los Internos. Era el presidente de nuestro pabellón, asistente del entrenador de un equipo de baloncesto juvenil y uno de los líderes de la comunidad islámica del centro.

Además procedía de Indianápolis, por lo que había ido al colegio con muchos de los celadores. Joder, posiblemente les había vendido coca.

En teoría yo debía trabajar en el departamento recreativo. Supongo que me dieron esa tarea para que pudiera estar en el gimnasio y ejercitarme. A la hora de la verdad, me pasaba la mayor parte del rato al teléfono. Era un adicto al aparato. Tras el desayuno, cuando ya habían pasado revista y todo el mundo estaba bajo control, me enganchaba al teléfono. Cada pabellón contaba con uno y el turno era para el primero que llegaba y apuntaba su nombre en un papel. Yo hacía que alguien escribiera el mío y, a cambio de su turno, le daba paquetes de cigarrillos.

Siempre decía que tenía asuntos legales que tratar y que hablaba con mis abogados, pero lo cierto es que me pasaba la mayor parte del tiempo charlando con mis amigos y con chicas.

—Tyson, llevas una hora al teléfono —me decía alguno de los internos.

—Estoy en medio de un jodido tema legal, ¿de acuerdo? Ves a quejarte al alcaide —le respondía.

Para mí el teléfono funcionaba como un cordón umbilical con el mundo exterior. Aquella fue una gran lección que aprendí en la cárcel. Wayno me explicó que, cuando a veces intentas mantener tus contactos con el exterior, lo que consigues es hacer más duro tu día a día. Aprendí que, una vez entrabas, debías dejar en la puerta los coches, el dinero, los guantes de boxeo, los cinturones, las mujeres, los anillos, el teléfono móvil, todas tus cosas. Ya no existían hasta el momento en que volvías a salir. Pero yo era un niñato tan consentido que no quería seguir las normas, pensaba que podía cambiarlas por mucho que estuvieran escritas a fuego. No funcionaba así.

En todo momento podía hablar con cualquiera de mis amigos más cercanos, repartidos a lo largo y ancho del país. Uno de ellos llegó a montar una línea telefónica exclusivamente para tal propósito. Salía de fiesta con el celular y yo lo llamaba para que me pusiera con las chicas.

Cuando no me encontraba al teléfono, leía en mi celda. La juez había insistido en que me sacara el graduado escolar, por lo que empecé a estudiar con la ayuda de Muhammad Siddeeq, que se había convertido en mi consejero espiritual. No me apetecían nada las matemáticas y cosas así, por

lo que me puse a estudiar chino con un profesor que me facilitó Siddeeq. Aprendí suficiente del idioma como para que, cuando años después visité China, pudiera mantener una conversación.

Lo que de verdad me chiflaba era leer. No hay nada como un libro para conseguir que el tiempo vuele. Cada noche Wayno y yo nos leíamos mutuamente en la celda. Uno cogía un libro y el otro un diccionario para ir buscando aquellas palabras que iban saliendo y que no entendíamos. Llegábamos a crear frases con esas nuevas palabras para asegurarnos que las pillábamos.

Me lo pasé pipa con *The Story of Civilization* de Will Durant. Leí a Mao y al Che. Leí a Maquiavelo, Tolstói, Dostoievski, Marx, Shakespeare, de todo y más. Leí a Hemingway, aunque me pareció muy deprimente. Me sentía atraído por los libros rebeldes y revolucionarios. Mi favorito era *El conde de Montecristo* de Alexandre Dumas. Me identifiqué mucho con su protagonista, Edmond Dantes. Igual que yo, se había visto engañado por sus enemigos y arrojado a prisión. Pero no se quedó ahí quieto amargándose; maquinó su futuro éxito y su venganza. Siempre que me sentía perdido en prisión, leía un poco de Dumas.

En primer lugar me sentía furioso con la sociedad y comencé a verme como un mártir. Siempre solía decir que un tirano muere cuando acaba su reino, pero el reino de un mártir arranca con su muerte. Leer a Mao y al Che me hicieron todavía más antisistema. Me metí tan a fondo con Mao que me hice tatuar su rostro en el cuerpo. También el de Arthur Ashe. Me entusiasmó su autobiografía. No sabía que fuera tan profundo y erudito.

Me sentí caminando junto a Mao en su jodida Larga Marcha. Mi objetivo pasó a ser manipular al sistema de todas las maneras posibles. Me fijaba en el celador más nuevo y débil o en aquel impresionado con mi figura.

Una vez Wayno y yo comenzamos a compartir celda, no hubo quien nos detuviera. Wayno contaba con su propia tienda en la celda. Realizaba trueques con productos del economato a razón de 2x1. Si querías una bolsa de patatas pero no tenías crédito en el economato, acudías a él. Te daba la bolsa, apuntaba tu nombre y debías devolverle dos. De modo que, antes de

trasladarme a su celda, le dije: «Hermano, si hay algo de lo que tengo aquí que desees, cógelo. Pilla algo de sopa».

—Mike, no necesito nada de esto porque, si me das algo, lo que voy a hacer es convertirlo en una forma de ganar dinero con ello, nada más —me dijo.

Acabé dándole bastantes cosas y, cuando llegó el momento del traslado, nuestra tienda había crecido tanto que necesitábamos almacenar la mercancía en otras celdas.

Vendíamos los productos típicos del economato —galletas, cigarrillos, patatas— pero decidí sacar provecho de mi celebridad. Maya Angelou acababa de visitarme y nos hicimos una foto juntos. Una noche me apretaba el hambre y un tipo tenía unos donuts que ansiaba mucho.

—Ey, hermano, tengo conmigo a la Reina de la Inteligencia de nuestra gente, Maya Angelou. Mira esta foto. Por lo menos vale cincuenta pavos —le dije.

Al hombre le emocionó tanto la foto que se echó a llorar. Fue poniendo de diez dólares en diez dólares en nuestro economato hasta saldar su deuda de cincuenta. Repetí la jugada varias veces tras recibir la visita de alguien famoso.

Vivíamos como reyes. Wayno tenía multitud de contactos con los tipos arios que trabajaban en la cocina y con algunos de los celadores que colaban mercancía de tapadillo para los internos. De modo que, a menos que sirvieran helado, raramente me veías en el comedor comunitario.

La mayoría de noches nos quedábamos de tranquis en nuestra celda y los celadores nos traían la comida que hubiésemos encargado: pizza, comida china, Kentucky Fried Chicken, White Castle, lo que fuera. En ocasiones llegábamos a comer langosta y carne a la brasa. Creo que Wayno probó por primera vez el arroz frito con gambas en prisión. Me leía en voz alta libros sobre Cleopatra y, mientras comíamos, debatíamos como si estuviéramos en la habitación de una residencia universitaria. Cuando ansiábamos una comida casera de verdad, le pedía a Sideeq que su mujer nos cocinara unos deliciosos pinchitos de salmón rojo con ensalada.

Quería una habitación más grande. Wayno y yo fuimos a ver a nuestro amigo Derrick, que ocupaba una de las celdas esquineras que eran mucho más amplias que el resto. Necesitaba más espacio. Joder, si sólo el correo de mis fans nos devoraba.

—Wayno, no soporto esta mierda, necesitamos una habitación más grande —le dije—. Consíguenos una cita.

Nos organizó una reunión con el señor Turner, el supervisor de nuestro pabellón, el cual trabajaba a las órdenes del señor Dalton, que estaba al frente de todos los pabellones. Nos sentamos y Wayno empezó a explicar por qué necesitábamos una nueva habitación. Se las apañaba muy bien porque estaba acostumbrado a representar a otros internos en sus audiencias con la administración de la cárcel. De modo que se explayaba con plena diplomacia y elocuencia delante de Turner sobre nuestras «legítimas necesidades», solicitando que la administración pudiera «considerar nuestra respetuosa petición». Yo, en cambio, estaba poniéndome nervioso con tanta burocracia.

—Don Turner, señor, ¿cree que sería posible que, mientras usted y el señor Dalton pasan el fin de semana cazando ciervos y quemando cruces, consideraran la posibilidad de que mi amigo y yo nos trasladáramos a una habitación más grande?

La piel de Turner se puso más blanca de lo que ya era.

—Sí, señor Tyson, lo estudiaremos de inmediato.

No hace falta decir que nunca se nos concedió.

En aquel lugar no dejaban de intentar minarte la moral. Si veían que habías trabado una amistad que te ayudaba a hacer más llevadera tu condena, lo agarraban y se lo llevaban a otra parte. Es lo que hicieron con Wayno en mitad de la noche. Lo enviaron a Wabash, un centro nuevísimo de máxima seguridad. Wayno se puso a escribir frenéticamente el número de teléfono de su hermana y sus amigos para que yo pudiera llamarlos y hacerles saber dónde estaba.

Esto hizo que odiara a Warden Trigg. Debía encontrar el modo de hacérselo pagar. Ahí dentro no contaba con muchas simpatías. Cada vez que

atravesaba el patio, los internos le gritaban: «Ey, jodido negro con pinta de George Jefferson. Sólo eres un maldito negro vendido al hombre blanco». Recuerdo que le gustaba mucho una amiga que venía a verme. Era una preciosidad de mulata a la que le daba acceso aunque su nombre no constara en la lista de visitas autorizadas. Triggs tenía una casa dentro del recinto penitenciario, así que le dije: «Ve a su casa y pasároslo bien. Déjale que te pruebe un poco y luego podemos alegar que abusó de ti». La amargura y la oscuridad me dominaban, pero mi estado de ánimo cambió y nunca tiramos adelante con el plan.

Por entonces me llevaba bien con los otros internos. Ahí en la cárcel me sentía un cabronazo de primera división, quizás incluso más que en el mundo exterior. Mi ego era así de demencial. En el fondo todos sabían que era un buen tipo, dentro de los estándares que permite una cárcel. Ya fueras blanco, negro u otra cosa, si necesitabas algo que Mike poseía, podías contar con ello. Con esto no pretendo decir que buscara conseguir que nadie me debiera nada.

Cuando Wayno se marchó, yo era un prisionero modélico. Durante mi estancia nunca bebí una gota de alcohol ni fumé hierba. Incluso si hubiera querido, nadie me habría vendido material. Todo el mundo deseaba que me pusiera en forma de cara a que saliera fuerte y retomara los combates.

Al cabo de unos años, me había aclimatado por completo a la prisión. Si tenía un mal día porque había visto algo en televisión que no me había gustado o había recibido una llamada de teléfono negativa y no tenía ganas de hablar con nadie, le pedía a Wayno que le dijese a administración que quería pasar unos días metido en el agujero. Wayno me metía unas cuantas cosas en una bolsa —mis gafas, un puñado de libros— y yo me dedicaba a relajarme en aislamiento. Conseguí que un guardia me pasara subrepticiamente un walkman. A los internos no se les permitía tenerlos, porque los más zumbados los convertían en walkie-talkies con los que se dedicaban a espiar a todo el jodido personal de administración. Pero una vez te hallabas en el agujero nadie te controlaba, de modo que me ponía a escuchar a Tevin Campbell en mi walkman. La única cinta de cassette que

tenía era suya. Corría y hacía flexiones en pelota picada. Llegué a correr tanto que, al salir, mis huellas estaban impresas sobre el cemento. Dejé aquel suelo para el arrastre.

Incluso me agencié un móvil. Me dedicaba a llamar a los amigos a las dos de la madrugada y alucinaban al comprobar que no lo hacía a cobro revertido. Ahí abajo disfrutabas de una cobertura fantástica.

Uno conoce de verdad a sus amigos en los momentos de adversidad. Después de mi condena por violación, muchos salieron corriendo como si tuviera la peste. Fue una bendición contar con tanta gente buena en mi vida, dispuesta a estar a mi lado a las duras y a las maduras. Mi estado de ánimo se iluminaba gracias a todo lo que recibía y a las visitas de aquellas personas que significaban algo para mí.

Mi «madre» Camille vino a visitarme tres veces. Yo no quería que me viera ahí, pero fui incapaz de mantenerla lejos. Le suponía un viaje muy pesado. A pesar de contar con más de ochenta años, lo hizo. Jay la acompañaba y nos dedicábamos a hablar sobre héroes de cómics. Yo me sentía entusiasmado tras haber leído uno de los cómics que me había enviado Stan Lee, el creador de Marvel Comics. Me hizo un dibujo en el que aparecía posando junto a toda una serie de superhéroes de la Marvel, como si fuera uno más. En una ocasión Jay y yo debatimos sobre cuál era el personaje de cómic más poderoso. Él escogió a Galactus y yo a Apocalypse. No paramos de darle vueltas al tema hasta que Jay dijo: «Mike, Galactus devora planetas. ¿Cómo superas eso?».

Mi hija pequeña Mikey, la primera que tuve, vino a verme varias veces junto a su madre. Apenas contaba tres años, pero a día de hoy aún recuerda esos viajes en avión entre Nueva York e Indiana, así como las fotos que nos tomaron frente a las paredes de ladrillo.

Don King apareció en alguna ocasión. Cada vez que lo hacía, traía bajo el brazo un nuevo contrato que debía firmar. Hacerlo en esas condiciones era ilegal, aunque a él se la soplaba. Me alegraba que viniera, ya que significaba que había dinero de por medio. Rory y John Horne lo

acompañaban. También acudieron ellos solos en más ocasiones. Me dedicaron bastante tiempo.

Me ilusionó que me visitara Betty Shabazz, la viuda de Malcolm X. Me dejó alucinado. Yo estaba tan sorprendido como intimidado de que viniera a verme y le mostré mi mejor cara. No quise decir nada desafortunado. Resultó ser una dama increíble.

James Brown, el Padrino del Soul, se dejó caer. Lo trajo el hermano Siddeeq. Lucía un traje púrpura, zapatos púrpura, una corbata roja y un peinado impecable. Me contó que iba a pegarle una paliza a Jackie Wilson después de haber intentado pasarle los dedos por el cabello.

—Yo no soy un boxeador. Soy de Georgia —me dijo—. La gente tenía miedo de Jackie. Yo no. Toca esto.

Me mostró su bícep.

—Duro como una piedra.

La pregunté a James por Ottis Reading, ya que eran buenos amigos. James me contó que su avioneta era mejor que la de Ottis, la cual se había estrellado al ir sobrecargada; su dueño había muerto en el accidente. Fue genial escuchar a James presumiendo de aquella manera. Poseía el ego de un luchador.

No paró de hablar sobre sus numerosos negocios, como las estaciones de radio que poseía. Me tanteó para que le dejara ser mi representante, por lo que le dije que se mantuviera en contacto con Siddeeq. Poco después le envió una carta. En ella decía que al representarme se quedaría con el 70% y me dejaría el 30%. Y yo que pensaba que lo de Don era un mal arreglo.

Jamás olvidaré el día en que Tupac vino a verme. De todas las celebridades con las que he trabado amistad, Tupac es aquella sobre la que más me han preguntado. Cuando gente de todo el mundo me ve, incluso antes de interesarse por el boxeo, siempre me preguntan: «¿Cómo era Tupac?».

Tupac era de todo. Era el maldito Huey Newton, era Mao Zedong, era Karl Marx, todo lo que uno pueda imaginarse. Yo soy capaz de citar a Marx o Hegel, pero Tupac sabía mucho de teoría revolucionaria. Cuando hablabas con él y acababas por conocerlo, descubrías que era antes un intelectual que un matón. Poseía una mente fascinante.

Recibí una carta de la madre de Tupac. Yo sabía quién era, que estaba gozando de un éxito arrollador, pero no caí en que se trataba de ese chaval que en 1990 había puesto patas arriba aquel club. En la carta su madre me decía que Tupac iba a estar en Indianápolis para una actuación y que le gustaría hacerme una visita. Tan pronto puso un pie en la sala de visitas, se armó la de Cristo. Debía pesar unos sesenta kilos y lucía una ropa que le iba enorme. Negros, blancos, latinos, marcianos, ahí todo el mundo se volvió loco. Incluso los celadores lo vitoreaban. No tenía ni idea de que fuera tan famoso. Al verlo reparé en que era uno de los chicos a los que, unos años atrás, había conseguido colar en esa fiesta en Los Ángeles.

Nos sentamos en las mesas de picnic del patio.

—Tenemos que montar un concierto en tu honor aquí mismo —me dijo y se subió de un salto a una de las mesas.

—Te quiero, mi negro —me gritó.

Yo estaba sentado a la mesa rogándole: «Baja, por favor. Por favor, vuelve aquí. Te van a encerrar conmigo. Para, por favor».

Estaba empecinado en improvisar un concierto, pero estaba poniéndome nervioso. La calma era absoluta y, de repente, Tupac se había subido a la mesa y todo el mundo lo jaleaba. *Oh, mierda, este pequeño cabrón me va a meter en un lío*, pensé.

—Mike, no dejes que puedan contigo, hermano, que no puedan contigo, tío.

Al final conseguí que se bajara de la mesa. Comencé a leerle la cartilla. Yo acababa de convertirme al islam e iba de Don Santurrón.

—Escucha, tío, tienes que dejar de comer cerdo —le dije.

—¿Cómo sabes que como cerdo? —me dijo.

Estaba provocándole, pero él se lo tomaba en serio.

Se calmó y nos pusimos a charlar. Me contó que jamás había olvidado nuestro primer encuentro.

—Nadie había hecho eso nunca —dijo—. Dejar que una pandilla de chicos negros de la calle entrara en un club como ese. Tú lo hiciste realidad.

—No, no, eso es una locura, negro —le dije—. Todos debemos disfrutar de la vida. No fue nada, tío, todos somos iguales.

La personalidad de Tupac derrochaba fuerza. Había sido testigo de mucho dolor y adversidad. En ocasiones la adversidad a la que nos enfrentamos nos traumatiza y nos supone una mochila que acarreamos con nosotros a todas partes. Yo la traigo a mi religión, a veces la traigo a mis relaciones, la traigo a mis malditos combates. Seguimos acarreando nuestra mochila, independientemente del éxito que tengamos. Para Tupac el haber nacido entre rejas y ver cómo los amigos de su madre eran asesinados o enviados de por vida a prisión, lo condujo a un estado de rechazo absoluto que le hizo sentir que nadie lo escuchaba ni se preocupaba por él. De modo que puso el piloto automático y lo hizo lo mejor que pudo. Tupac fue un verdadero combatiente por la libertad.

Con él solía hablar de las Panteras Negras. Sabía que su madre se había involucrado con el movimiento. Era una mujer fuerte. A estas alturas, yo me había radicalizado bastante después de leer numerosos libros combativos.

Después de aquel día, estrechamos lazos y volvió a visitarme en diversas ocasiones. Me llegaban historias de que había aparecido en los periódicos por dispararle a la policía y meterse en peleas.

«Ey, escúchame, si no andas con cuidado, vas a entrar aquí cuando yo esté de salida».

Luego le dispararon y acabó encerrado. A través de un amigo que yo tenía en el exterior, conseguí hablar con Tupac en una llamada a tres bandas. Me contó que le había disparado un amigo mío, pero yo no las tenía todas conmigo.

Una vez me hube aclimatado a la cárcel, empecé a planificar en serio mi regreso al boxeo. Resultaba deprimente enterarse por las noticas de quién se estaba llevando los campeonatos de los pesos pesados. El cinturón iba pasando de mano en mano como una pelota de voleibol. Yo estaba decidido a salir y volverme a hacer con él, demostrándole a todo el mundo que no era el perdedor que se habían imaginado. Iba ser un dios que reclamaba su trono. En mi mente delirante me veía como un noble caballero de la Antigüedad que, si perdía su cruzada por recuperar el cinturón, provocaría

la caída de la civilización tal y como la entendíamos. Tomaba mi diminuto empeño narcisista y lo transformaba en un objetivo de alcance mundial.

De todos modos, necesitaba esa visión. Necesitaba esa motivación para lograr un objetivo o, de lo contrario, me habría podrido en prisión, así que tracé un plan. Sabía lo que debía hacer; sabía a qué cosas recurrir de cara a disciplinar mi mente. Lo último que deseaba era ser dócil. La administración del centro me había destinado al gimnasio porque quería que me mantuviera en forma, pero luego me encerraron porque creyeron que estaba involucrado en el tráfico de drogas que tenía lugar en la prisión. No era verdad. Lo único que pasaba de contrabando era cera para el cabello. Me apetecía colocarme, pero no lo hacía porque estaba en una misión por recuperar el cinturón.

Básicamente me dedicaba a correr y a la calistenia para ponerme a punto. Por las mañanas corría por el patio, a continuación hacía mucho trabajo de cardio, salto a la cuerda, flexiones y abdominales. Había recibido correspondencia de dos ex boxeadores que habían pasado por la cárcel: Rubin «Huracán» Carter y James Scott. Scott, de hecho, llevó a cabo la mayoría de sus combates en la prisión estatal de Rahway. Scott me escribió que no valdría una mierda a menos que pudiera hacer «cien flexiones con un solo cargador». Aquello era argot de banda callejera. Se refería al cargador de un arma capaz de almacenar un centenar de balas. Al principio me fue imposible hacer tantas flexiones de una tirada, pero practiqué y practiqué hasta que finalmente pude escribirle: «He metido cien en un solo cargador».

Por la noche hacía que Wayno me sujetara las piernas al suelo y completaba quinientas flexiones en un solo cargador. Las hacía hasta que me sangraba el culo. En la celda contábamos con una radio incrustada en la pared a la que podíamos conectar unos auriculares y escuchar música sin molestar al compañero. Yo me levantaba a las dos de la madrugada, me ponía unos shorts y los auriculares, y hacía footing durante horas. Cuando Wayno se despertaba, todas las paredes sudaban y echaban humo a resultas de mi esfuerzo. Durante el día a veces me quedaba en la celda corriendo y los celadores y los internos me observaban durante horas a través de un ventanuco.

Cuando practicaba boxeo de sombra era mucho peor. Entonces me veía rodeado de internos, celadores y personal de administración y cada uno de ellos se creía un jodido entrenador.

Me decían: «Muévete, negro. Agáchate, agáchate». Todo el mundo tenía comentarios que hacerme.

Yo les respondía: «El profesional soy yo, maldita sea. Limitaos a observar».

Al entrar en prisión pesaba más de 123 kilos, pero en sólo seis meses bajé a 98. Pasé de ser un pequeño gorila a cincelar un Adonis.

Durante mi estancia en la cárcel comencé a estudiar el islam. Lo cierto es que me había introducido en él mucho antes de acabar entre rejas. Captain Yusuf Shah, el cocinero de Don, era un hermano musulmán que había ejercido de profesor de Malcolm X y de brazo derecho de Elijah Muhammad. Captain Joe, como lo llamábamos, gozaba de un gran prestigio. Se había convertido en mi chófer, pero debería haber sido mi guardaespaldas; no había problema que no fuera capaz de solucionar.

Don lo había despedido por pisotear una chuleta de cerdo. Don acostumbraba humillar a Captain Joe obligándole a cocinar cerdo. Captain Joe se ponía unos guantes de acero para prepararlo. Una vez lo vi llorar mientras le soltaba golpes a una chuleta.

Cuando me enteré de que Don había despedido a Captain Joe me encontraba en Los Ángeles pero, al aterrizar en Nueva York, estaba esperándome en el aeropuerto.

—He oído que te han despedido —le dije.

—No, no, mi buen hermano y campeón, no ha pasado nada —dijo Captain—. Ha sido un malentendido. Hice enfadar al señor King. Fue culpa mía. No debería haberlo hecho, porque es su comida. Soy un estúpido. Alá me ha bendecido con el privilegio de volver a trabajar con el señor King.

—Captain Joe, si no me cuentas lo que ha ocurrido, voy a ser *yo* quien te despida —le dije—. Ha llegado a mis oídos que unos individuos fueron a hacerle una visita a Don. ¿Qué pasó? ¿Cuántos eran?

«Setenta y cinco, todos armados», dijo Captain Joe con humildad pero con un tono siniestro que demostraba que conservaba cierto poder.

Aparentemente, al regresar a Harlem y contarle a sus hermanos de la Nación del Islam que Don se había desembarazado de él, setenta y cinco hombres armados se habían presentado en la oficina de Don, se habían encarado con algunas personas y forzado a Don a readmitirlo. Por lo menos eso es lo que me habían contado.

A los empleados de Don les dijeron: «A Captain Joe no lo despides, es él quien te despide a ti». De manera que Captain volvió y Don le encargó que fuera mi chófer. Conservaba mucha influencia. Era un hombre mayor y de aspecto inofensivo, pero le bastaba levantar el teléfono para conseguir lo que quisiera. Suponía todo un honor que trabajara para mí. Captain Joe fue un mentor increíble: amable, considerado, generoso, un hombre adorable. No parábamos de hablar de espiritualidad. Él creía que cualquier tipo de espiritualidad era buena. Le hizo muy feliz que me bautizara, le pareció fantástico que me lo tomara en serio. No tuve agallas para confesarle que, tras la ceremonia, me llevé a la chica del coro a la habitación de mi hotel.

Así que al entrar en la cárcel ya era receptivo al islam. Había un preso de Detroit llamado Chuck que había sido criado como musulmán. Lo conocí en la mezquita. No me malinterpretéis, uno no acudía a la mezquita sólo a rezar. Ahí todo el mundo hacía negocios. Era un punto de encuentro para los internos de los diversos pabellones. En ella aprendía mis oraciones, pero también recibía mis mensajes. Le rezaba a Dios sin menoscabo de agenciarme al mismo tiempo una pistola del calibre 45. Así eran las cosas. Que ame a Alá no significa que deje de ser Mike. Fui hecho de este modo: un manipulador y un truhán.

De modo que Chuck empezó a enseñarme las oraciones. Era un profesor terrible. Era hiperactivo, brusco y escasamente amigable, pero hablaba árabe. Repasábamos las oraciones y me gritaba: «¿Aún no lo has pillado?».

—¿Qué quieres si sólo me has recitado la oración una vez? —le decía.

La había recitado a una velocidad endemoniada. No le habría ido mal tomarse una pastilla de Ritalín.

Al final acababa por calmarse y recitar de nuevo la oración, pero en ese momento alguien gritaba «Rancho», anunciando la hora del almuerzo, y se las piraba.

Un año antes de la fecha de mi liberación, corrieron rumores de que me iban a conceder una salida anticipada. Muchos periodistas de ámbito nacional, como Greta Van Susteren, se cuestionaban mi condena. Mis abogados estaban en contacto con el tribunal y la familia Washington. Aparentemente habían alcanzado un acuerdo. Si les pagaba 1.5 millones de dólares a los Washington y pedía perdón a Desiree, saldría inmediatamente de la cárcel. No tenía que admitir que la había violado, sólo disculparme por ello. Algunos de mis amigos, caso de Jeff Wald, me presionaban para que lo hiciera.

—Mike, yo admitiría haber violado a la Madre Teresa de Calcuta si eso significara salir de la puta cárcel —me dijo.

—Si pido perdón, la prisión mental en la que viviré será peor que la prisión en la que ahora me encuentro —le dije.

De modo que, en junio de 1994, me condujeron a una audiencia frente al tribunal presidido por la juez Gifford de cara a evaluar una reducción de mi condena. Yo iba vestido con unos tejanos, una camisa azul cielo y unas botas. El nuevo fiscal me preguntó si tenía algo que decir.

—No he cometido ningún delito. Voy a mantenerlo hasta la tumba. Yo jamás he forzado la virginidad de nadie.

Nadie quería oír aquello. Me enviaron de regreso a la prisión. Al volver, todo el mundo se puso a abrazarme y besuquearme.

—Que les jodan a esos mamones —dijeron todos.

—Relajaos —les dije—. Estoy bien. Un año más. Hagámoslo.

Sabía que aquello no iba a significar el fin de Mike. Por entonces sólo tenía veintiocho años, pero ya era consciente de que había una buena recompensa aguardándome una vez sirviera mi condena. Me vinieron a entrevistar más periodistas. Leía un montón y estaba muy lúcido y políticamente comprometido en aquel momento.

Larry King vino a la prisión a hacerme una entrevista en dos partes. Quería hacerse una idea precisa de lo que había supuesto para mí pasar de encontrarme en la cima del mundo a verme entre rejas.

—Las relaciones sentimentales, ¿las echas de menos? —me preguntó.

No podía contarle lo de la profesora.

—Quizás, pero ¿qué es el amor? El amor es como un juego, el amor es una competición. A la gente que es muy guapa, tanto si es hombre como si es mujer, les viene constantemente porque son un imán para el amor. Pero jamás han luchado por él. ¿Qué están dispuestos a hacer por amor? El amor es una situación en la que debes estar preparado para actuar porque, si posees algo adorable, siempre habrá alguien que va a querer arrebatártelo y, si no eres lo suficientemente competitivo, vas a rendirte a la mínima que haya pelea.

—Resulta evidente que has conseguido tener bajo control cuanto te rodea aquí. ¿Qué me dices de la comida? ¿Echas de menos algún alimento en particular?

No podía contarle lo de la langosta y la comida china y el abanico de menús que teníamos en la celda.

—Soy el que soy —le respondía.

—Estoy intentando que nuestros espectadores entiendan cómo sería no disponer de las cosas que a diario dan por hechas —dijo Larry.

—Te voy a contar algo: hay personas que han estado en al cárcel en condiciones probablemente mucho peores que las mías. Pero uno acaba muy apegado a sí mismo. Creo que hay un dramaturgo llamado Tennessee Williams que dijo: «Debemos desconfiar los unos de los otros porque ése es el único modo de protegernos mutuamente de la traición». Soy un gran creyente en estas palabras, un gran creyente. Creo que todos aquellos con los que tengo una relación acabarán por traicionarme un día u otro. No tengo la menor duda. Mucha gente me dice que no, que no, que no. Pero eso es lo que creo.

—Si esto es verdad, debes de ser infeliz —dijo Larry.

—No, no soy infeliz. Simplemente soy consciente de las circunstancias.

—Voy a citarte un acto humano que debes echar de menos: el aplauso —dijo Larry—. Seguro que lo echas de menos.

—¿Me dejas decirte algo? Alabado sea Alá, dentro de mi cabeza yo me aplaudo a mí mismo cien millones de veces al día. Yo soy mi mayor fan, no hay nadie en este mundo que me supere. De manera que no pienso en eso, la gente de allá fuera no sabe realmente a lo que aplaude. Yo conozco a mi

ser completo y sé a qué deberían aplaudir, pero ellos no lo saben, aplauden mis noqueos. Eso es todo cuanto aplauden, el noqueo y mi actuación. Yo aplaudo porque sé quien soy.

Quedaban pocos días para mi liberación. Iba a salir teniendo garantizados millones y millones de dólares gracias a acuerdos que Don había firmado con Showtime y MGM Grand. Todo el mundo me había cortejado, pero Don parecía confirmarse como la mejor opción. Era quien me ofrecía más dinero. Afuera también me aguardaba una nueva novia.

Había conocido a Monica Turner unos años atrás. Era amiga de mi amiga Beth. Beth nos quería juntar porque pensaba que haríamos buena pareja. Monica me envío una carta con una foto a la casa de Camille, aunque yo no le correspondí hasta dos semanas antes del juicio. De visita en D. C., me presenté en su casa con dos limusinas extra largas. Tenía su número en la cabeza porque poseo memoria fotográfica. Me pareció buena idea presentarme ahí dado que no nos conocíamos en persona.

—¿Dónde estás? —me preguntó.

—Delante de tu casa.

Me recibió en la puerta y yo intenté que me dejara entrar; le dije que deberíamos subir a su habitación, pero ella no estaba por la labor. Yo iba acompañado de Craig Boogie.

—¿Puedo utilizar tu lavabo? —le preguntó.

Y ella lo dejó entrar.

—¿Por qué lo dejas entrar? Ni siquiera lo conoces —le dije.

—Porque tú quieres entrar y hacer algo más, mientras que él sólo quiere ir al baño.

Yo me limité a darle un beso y a marcharme. No volví a hablar con ella. Estando en prisión, un día recibí una carta suya.

—Oh, Dios, por favor llámame, por favor —me escribió. Se mostraba muy preocupada y atenta. Así que la llamé a cobro revertido.

—Ey, ¿quieres ser mi chica? —le pregunté a bocajarro. Así es como vivía mi vida, al día.

—¡Sí quiero! —me dijo.

Yo estaba agradecido. Era una chica encantadora y lista. Había pasado por mucho, sufrido abusos y atravesado momentos muy difíciles. Por entonces salía con un jugador de los New York Knicks, pero lo plantó.

Le envié unos billetes de avión y vino a verme a Indiana. No ganaba mucho dinero y estudiaba medicina.

Al verme en la sala de visitas, se echó a llorar.

—No me puedo creer que estés aquí —me dijo.

Hicimos buenas migas y empezó a venir siempre que podía, en ocasiones hasta dos veces por semana. Jamás practicamos el sexo mientras estuve en prisión. Podríamos haber hecho un poco el tonto, pero no quise arriesgarme a que le prohibieran visitarme. Durante el tiempo que pasé entre rejas, no hubo nadie a quien esperara ver con más ilusión que a Monica.

Cuando empezó a venir a verme, tenía algo de sobrepeso. Yo por entonces era muy superficial, de modo que le dije que necesitaba perder algunos kilos. Le preparé una tabla de ejercicios y empecé a hacerle de entrenador por teléfono. Mostró una gran motivación y consiguió bajar de peso.

Tras tres años encerrado, finalmente iba a salir. Aquella mañana me levanté muy temprano y recogí mis cosas. Farid ya había sido liberado, por lo que no me quedaba ningún amigo cercano, pese a lo cual me despedí de los internos. Seguí el protocolo de salida y esperé para poder saludar a los centenares de periodistas y cámaras que me aguardaban afuera desde la noche anterior. Justo antes de ser liberado, se me acercó una celadora blanca y pequeñita.

—Estoy orgullosa de ti, tío —me dijo—. No creí que fueras capaz de soportarlo, pero lo hiciste. No dejaste que pudieran contigo. Felicidades.

Me quedé un segundo meditando lo que me acababa de decir. Mi megalomanía hizo acto de presencia y pensé: *¿Que no me creía capaz? ¿Acaso no sabe de dónde demonios vengo? Yo nací en el sistema penitenciario. ¿Quién coño se ha pensado que soy?*

Pero ella no se refería a eso. Estaba hablándome de sufrir una caída desde las alturas y adaptarme a una sociedad en la que no me creía superior a nadie. Todos éramos iguales ahí dentro. No entendí una palabra de lo que

me dijo aquella celadora, no me cabían en la cabeza, en esa cabeza que, pese a todos mis esfuerzos, iba haciéndose más y más grande con cada paso que daba hacia el mundo exterior.

10

La noche antes de mi liberación no podía dormir. Empecé a oír el zumbido de los helicópteros cruzando el cielo. Pertenecían a las cadenas de noticias que se preparaban para su cobertura en directo. El aparcamiento en el exterior del recinto penitenciario estaba a rebosar de parabólicas y de vehículos de la prensa diaria. En un campo de trigo que quedaba enfrente se había reunido una multitud de personas que aguardaba para poder verme fugazmente abandonar el lugar. A las seis de la mañana, Don, Rory y John Horne llegaron en una limusina negra y extra larga que penetró en el recinto.

Yo estaba esperándolos, aunque la verdad es que no deseaba marcharme. Me había acostumbrado a la prisión. Me gustaba relajarme ahí dentro y recibir visitas de celebridades y reporteros de televisión. Supuso un descanso bien merecido, pero había llegado el momento de volver al mundo exterior.

Respiré hondo y nos fuimos. El camino hasta la limusina era muy corto, pero se me antojó una eternidad. Los flashes de las cámaras, el zumbido de cuatro helicópteros, los gritos de júbilo de la gente en el trigal. La escena estaba sensorialmente sobrecargada. Yo llevaba puesto un abrigo negro muy sencillo con una camisa blanca de lino y un gorro kufi blanco de punto sobre la cabeza. Intentaba comportarme como un hermano humilde, pero me costaba lo suyo.

Antes de volar a Ohio, quise hacer una parada en una mezquita local para rezar en señal de agradecimiento y gratitud, pero hasta aquello creció hasta convertirse en un espectáculo de circo. Sideeq había llamado a Muhammad Ali para que rezáramos juntos; estaba esperándome en la

mezquita cuando llegué. Se había congregado una muchedumbre y todo el mundo forcejeaba con el fin de ganar una posición que le permitiera salir en la foto. Yo era siempre el medio para conseguir que alguien apareciera en televisión o que su nombre fuera mencionado en los periódicos. El diablo se lo pasaba de miedo conmigo.

Después de rezar, volamos a mi casa de Ohio. Resultaba irónico que el mismo equipo que me había visto entrar en prisión estuviera ahora acompañándome en mi salida. Llevaba pocas horas fuera y Don ya estaba consiguiendo cabrearme. Había llenado la limusina de botellas de Dom Pérignon. En el camino a mi casa vi lazos amarillos atados a los árboles y grandes carteles en los que se leía BIENVENIDO DE NUEVO A TU FAMILIA, MIKE y TE HEMOS ECHADO DE MENOS, CAMPEÓN.

Al llegar a casa, descubrí que Don había organizado una gran fiesta de bienvenida. Había invitado a un montón de gente con la que no tenía relación y ordenado servir un *catering* hecho de langosta, gambas, cerdo y champagne: los alimentos más apetecibles para un musulmán. Eché a todo el mundo de casa, incluyendo a Don y, acto seguido, Monica y yo consumamos nuestra relación.

Cuando Don regresó al día siguiente, lo despedí. Íbamos a ofrecer una rueda de prensa por todo lo alto, donde anunciaríamos nuestros acuerdos con MGM Grand y Showtime, pero a mí me la soplaba. Taché su nombre del comunicado de prensa.

—Mike, por favor, no hagas esto, no lo hagas —empezó a suplicarme Don—. No me hagas lo mismo que están haciéndome esos diabólicos blancos.

Sus súplicas no podían importarme menos, pero luego abrió un maletín que contenía un millón de dólares en metálico y consiguió llamar mi atención. Ningún otro promotor era capaz de conseguir tanto dinero en efectivo, por lo que de nuevo cambié de parecer. Volví a escribir su nombre en el comunicado y, pocos días después, convocamos una rueda de prensa para anunciar los acuerdos.

No tuve tiempo de adaptarme al mundo exterior. Un montón de gente me agobiaba porque había 200 millones de dólares en peleas contemplándome. La situación había empeorado con respecto a cuando

ingresé en prisión. Todo el mundo a mi alrededor me decía: «Mike es nuestro hombre. Mike es nuestro hombre». Ahora, sin embargo, mis esquemas mentales eran otros. Tenía miedo de cualquiera. La cárcel no es capaz de rehabilitar a nadie: sólo te debilita. No importa cuánto dinero ganes una vez has salido, sigues siendo menos persona que cuando entraste. Estaba paranoico. Pensaba que todo el mundo tenía intención de hacerme daño. Siempre que oía una ambulancia, me entraba el pánico. Una vez, estaba en la cama con Monica, me desperté, la miré y la agarré. Por algún motivo, pensé que alguien se había colado en la cama con la intención de apuñalarme. Estaba aterrorizado.

No era el mismo hombre: me había endurecido. Básicamente la prisión me había arrancado la vida. Nunca pude volver a confiar en nadie, ni siquiera en mí mismo cuando estaba rodeado de determinadas personas. Nunca quise volver a verme acompañado de mujeres. Me había estado machacando el coco durante tantos años que no podía dejarlo ir. Aún hoy sigue molestándome. Todos mis amigos me dicen: «Déjalo morir, déjalo morir», pero no son ellos los que han de enfrentarse al problema. Es una carga muy pesada de sobrellevar.

Había firmado dos contratos que nos adelantaban muchísimo dinero, así que nadie quería oír hablar de que necesitara tiempo para recuperar mi vida y ordenar mis ideas. Todo el mundo esperaba grandes cosas de mí. Vivía en un conflicto. Por mucho miedo que experimentara, había vuelto a comportarme de forma arrogante. Lo quería todo. Pensaba que se me debían muchas cosas por todo el tiempo que había permanecido entre rejas. Quería follarme a las mejores chicas, comprarme los mejores coches, poseer las mejores casas. Yo era el Conde de Montecristo. Yo era un gladiador. Ni Dios mismo habría sido capaz de crear un luchador más completo. Y, pese a todo, era alguien que se asustaba con las sirenas de las ambulancias.

Quería combatir al máximo nivel, pero no sabía si iba a ser capaz. Tenía veintinueve años, pero me sentía mucho más lento. Carecía del hambre que había mostrado antes de ingresar en prisión. Y, por encima de todo, me avergonzaba de mi paso por ella. Cada vez que pisaba una ciudad, debía acudir a registrarme como un agresor sexual. Si me olvidaba, la policía del aeropuerto me paraba.

—Discúlpeme, ¿puedo hablar con usted un momento? —me preguntaba un agente—. He comprobado que no se ha registrado al llegar, le agradeceríamos que se registrara en su ciudad de destino. Podría arrestarlo ahora mismo, por lo que me parece que lo más prudente sería que se registrara apenas aterrizara.

Oh, Dios. Todavía tengo que aguantar esta mierda cada vez que viajo.

Aunque todos esperaban que arrasara con todo el regimiento de boxeadores de los pesos pesados, no me iba a resultar tan fácil. A nadie en toda la historia del boxeo le habían robado tres años de su vida y luego había regresado como si nada hubiera pasado. Ali se había visto desposeído del título, pero no se había pasado tres años encarcelado, sin posibilidad de entrenarse. Esto se añadía a la presión que ya tenía de por sí.

Al salir intenté de veras conducirme como un buen hermano, pero el mundo material me absorbió. Había demasiada gente lanzándoseme a los brazos y a mi conocimiento le faltaba algún hervor. Seguía rezando, pero ese cúmulo de distracciones conseguía meterse en mi cabeza y enviarme de vuelta al Mike que era antes de entrar en prisión.

Sería fácil culpar a Don por arrojarme de regreso a ese mundo enfermizo de consumismo desmedido, alcohol y mujeres. Quizá estaba seriamente preocupado de que pudiera caer en manos de un siniestro líder musulmán y darle una patada en el culo. Pero el único culpable soy yo. Quería demostrarles a todos que seguía siendo el mismo, por mucho que me hubiera pasado tres años encerrado. Bajo ese cuerpo musculoso, continuaba existiendo un glotón. Si por mí fuera, me pasaría el día entero comiendo pasteles y helados. Me vi obligado a neutralizar esa parte de mí.

Lo que no resultó tan fácil de neutralizar fue mi apetito sexual. Monica quería rodearme de una familia y un hogar estable, pero por entonces yo no buscaba nada de eso. Intentar ser un hombre de familia estaba completamente fuera de mi alcance: seguía siendo muy inmaduro. Mi idea de ejercer de padre de familia consistía en: «Cierra el pico y agarra el dinero». Era un cerdo egoísta.

Poco después de salir de prisión, me encontraba un día paseando con Craig Boogie por las calles de Nueva York cuando vi a una chica negra preciosa y empecé a seguirla. Intenté que se detuviera para hablar conmigo

pero entró en una tienda de Banana Republic. La seguí y la vi meterse en un cambiador para probarse una prenda. Cuando salió de la tienda, la estábamos esperando fuera.

Se alejó a toda prisa. No tenía ninguna intención de hablar conmigo.

Una semana más tarde, estaba haciendo una sesión de fotos para una revista en mi casa de Ohio y se me acercó una chica. Era la estilista al frente de la sesión.

—Ey, yo te conozco —le dije—. Supongo que este encuentro ha sido cosa del destino. Te ha depositado en mi casa.

Estaba tan buena que el fotógrafo no paraba de lanzarle la caña, pero yo insistí en mi táctica de flirtear con un palique entre carcelario y pseudo intelectual. Ella me siguió la corriente. Me dijo que su nombre era Tuesday (Martes) y, desde ese día en adelante, pasamos juntos muchísimos martes.

Ahora que el dinero entraba a espuertas, había llegado el momento de agenciarse algunas propiedades de lo más lujosas. Dado que iba a combatir en Las Vegas, necesitaba un sito ahí, por lo que me compré un rancho de seis acres que colindaba con la mansión de Wayne Newton. Me lo pasé en grande decorando esa casa. Lo puse todo de Versace, desde las barras para sujetar el papel higiénico hasta las sábanas y las almohadas. Cuando entrabas en ella a través de unas gigantescas puertas de madera con pomos de cristal, te dabas de bruces con una inmensa cascada flanqueada por dos estatuas de leones. Los techos eran abovedados para que el sonido del agua se expandiera por todo la casa generando una sensación de calma.

Me encantaba ver películas de kárate, por lo que me hice instalar diversos *home cinemas*. Mi dormitorio estaba equipado con lo último en equipos de sonido. Disfrutaba tanto de un buen sonido que en algunos coches me había instalado equipos más costosos que el propio vehículo. Para el vestíbulo de la planta de arriba había encargado un mural de dos mil metros cuadrados en el que aparecieran representados los mejores boxeadores de la historia. Me costó 100 mil dólares.

Cuando salías al jardín trasero, habrías jurado que te encontrabas en Italia o, cuanto menos, en el hotel Bellagio. Me hice construir un foso y una piscina descomunal. La piscina estaba rodeada de estatuas de más de dos metros de los más feroces guerreros: Alejandro Magno, Aníbal, Gengis Kan

o Jean-Jacques Dessalines, el revolucionario de Haití. Uno no puede salir a la calle a comprarse una estatua gigante de Aníbal, de modo que me puse en contacto con el responsable de los leones que adornaban el MGM Grand, quien trabajó a partir de imágenes que le suministré y empleó luego una grúa para instalar sus piezas. Árboles exóticos circundaban todo el jardín. Cada uno de ellos me salió por 300 mil dólares y su mantenimiento anual ascendía a 200 mil dólares.

Por descontado, debía poseer también una mansión en la Costa Este por lo que me dispuse a comprarme la casa más grande de todo Connecticut. Tenía más de cincuenta mil metros cuadrados, así como trece cocinas y diecinueve dormitorios. Mi objetivo era llenar cada uno de estos últimos con una chica diferente de forma simultánea. Hablamos de una extensión considerable: treinta acres de bosque, piscina interior y exterior, un faro, una pista de ráquetbol y un bar de copas al que bauticé Club TKO.

En aquella casa me sentía como Scarface. El dormitorio principal contaba con quinientos metros cuadrados. Tenía un vestidor tan grande y lleno de una ropa, un calzado y una colonia tan refinada que parecía que te encontrabas en una tienda de Versace. Cuando Monica estaba ahí, disponía de su propio vestidor de más de cien metros cuadrados. Junto al dormitorio había una inmensa terraza con vistas a la planta principal de la casa. Podías acceder al dormitorio subiendo por una de las dos escaleras de mármol idénticas o coger un ascensor acristalado. Era una casa estupenda pero, en los seis años que fui su propietario, te bastarían los dedos de las manos para contar el número de veces que la ocupé.

Seguía teniendo mi residencia de Ohio y luego sumé una cuarta casa para Monica, un sitio muy agradable junto al campo de golf del Congressional Country Club de Maryland, el mismo en el que Tiger Woods solía jugar. Pero no sólo me gastaba el dinero en casas. Volví a dar rienda suelta a mi obsesión por los coches. Durante mi estancia en prisión, me había quedado en seis vehículos, pero retomé mi colección adquiriendo Vipers, Spyders, Ferraris y Lamborghinis. Les metíamos caña en la calle que quedaba frente a mi casa de Las Vegas.

A toda mi gente le conseguía buenos coches. Rory, John Horne y yo pasamos un día por delante de un concesionario de Rolls-Royce en Las

Vegas y nos detuvimos a mirar por el escaparate. El vendedor no prestó mucha atención a los tres negros en tejanos y zapatillas deportivas amorrados al cristal por lo que, cuando entramos, dejó que un vendedor jovencito que no se enteraba de nada se hiciera cargo de nosotros.

—Ese Rolls de ahí… ¿de cuántas unidades dispones en la tienda? —le pregunté.

—¿Quiere salir a probarlo? —me preguntó el jovencito.

—No, simplemente voy a quedarme todos los que tengas en stock —le dije.

Aquel chaval fue ascendido a director de ventas tan pronto abandoné el concesionario.

Después de todos mis combates, Boggie y yo nos íbamos a Los Ángeles para pasarnos un día entero de compras por Rodeo Drive. Después nos pegábamos una buena cena, conseguíamos unas chicas y salíamos de clubs. Cada tanto me acercaba a la tienda Versace del hotel Caesars, donde me gastaba 100 mil dólares de una tacada. Al abandonarla parecíamos salidos de una escena de *Coming to America*, con un montón de personal acarreando bolsas y más bolsas con nuestras compras. Lo más irónico es que la mayor parte de esa ropa nunca abandonaba el armario. Por lo general solía llevar zapatillas deportivas, tejanos y jerseys. Mientras estaba entre rejas, Versace tenía la costumbre de enviarme invitaciones a todas sus fiestas. Era consciente de que no podría acudir, pero era su forma de hacerme saber que pensaba en mí. Era un tipo maravilloso.

Tenía tanto dinero que me era imposible llevar la cuenta. En una ocasión, Latondia, la asistente de Rory, se encontraba en la casa de Rory en Nueva Jersey. No tenía tiempo de hacerse la maleta por lo que, sólo llegar, se dirigió a la habitación de invitados, donde había un bolso de viaje Louis Vuitton. Dio por hecho que sería mía o de Rory. Imaginándose que podría encontrar en ella una camisa limpia, la abrió y se quedó en estado de shock. Ahí dentro había un millón de dólares en metálico. Inmediatamente llamó a Rory a la habitación para mostrarle su hallazgo.

—Vaya, Mike había olvidado dónde se la había dejado —dijo Rory—. Voy a telefonearle ahora mismo y pedirle que me preste doscientos mil dólares.

Esa bolsa llevaba ahí una semana. Tras pasar una noche de locos en la ciudad, no tenía ni idea de dónde la había metido. Cada vez que Latondia llevaba mi ropa a la lavandería en Las Vegas, regresaba con sobres plastificados que contenían brazaletes de un valor incalculable o montoncitos de 20 mil dólares que me había dejado en los bolsillos antes de hacer que la enviaran a lavar. No prestaba mucha atención a los asuntos de dinero.

De todas maneras, mi mayor gasto tuvo lugar cuando decidí comprar cachorros de tigre y de león. Aún me encontraba en prisión cuando, ansioso por saber qué nuevos modelos de coche iban a lanzar al mercado, un día hablé con el encargado de mi concesionario, Tony. Tony me dijo que estaba pensando en hacerse con un cachorro de tigre o de león y pasearse con él a bordo de su Ferrari.

—Ey, yo sí que quiero un tigre —le dije.

Tony hizo correr la voz. A Anthony Pitts le llegó la buena nueva y lo siguiente que supe es que, al regresar a mi casa de Ohio tras salir de la cárcel, en el jardín me aguardaban cuatro cachorros de tigre. Me tenían fascinado. Jugaba un montón con ellos y no tardé en descubrir que su personalidad poco tenía que ver con la de los gatos que solemos convertir en nuestras mascotas. Si jugabas en exceso con ellos, se ponían quisquillosos y se enfadaban. Debías aprender sus modelos de conducta, porque en poco tiempo superarían los dos metros de altura y los 180 kilos de peso, pudiendo erguirse a dos patas y arrancarte la cabeza de un zarpazo.

Trabé una relación especial con un cachorro de color blanco al que bauticé como Kenya. Me acompañaba a todas partes y llegaba a dormir conmigo en la cama. Los especialistas en vida salvaje se frotaban lo ojos al ver el tipo de relación que manteníamos. Me aseguraron que en treinta años jamás habían visto a un tigre blanco seguir a una persona de ese modo. Recorría la casa en mi búsqueda, llorando como un bebé. Si tenía compañía femenina, la encerraba en su guarida y se ponía a llorar. En las calurosas

noches de verano en que estaba en celo, no cesaba de gimotear hasta que salía a acariciarle la barriga.

Kenya era la reina de la casa. Cuando se hallaba en el exterior, se sentaba sobre uno de los salientes de la piscina y se dedicaba a mirar a los caballos de Wayhe Newton que pacían al otro lado de la verja. No le habría costado nada saltarla, pero jamás la hizo. Contábamos con un profesional, Keith, al que le pagaba 2500 dólares semanales por entrenarla. Mi asistente, Darryl, y el personal de la limpieza me ayudaron a criarla, si bien no querían acercarse a ella. A veces les largaba un mordisco, por lo que no acababan de fiarse.

Cuando eres dueño de unos cachorros, debes tenerlos siempre cerca tuyo porque, si los dejas solos, al regresar más tarde ya no saben quién eres y puedes verte en un apuro. De modo que obtuve las licencias pertinentes para poder transportarlos en camiones de dieciocho ruedas a lo largo del país. En aquel momento sólo poseía dos cachorros de tigre. Los leones no dejaban de ponerse a dos patas y resultaban demasiado intimidadores. Uno de ellos llegó a morderme en un brazo y tuve que salir corriendo al hospital a que me pusieran seis puntos en la herida. En la sala de emergencias me preguntaron: «Ey, ¿qué te ha ocurrido?». Yo les conté que me había mordido un perro. Quería matar a ese maldito león, pero me di cuenta de que era culpa mía y, tras recibir una inyección contra el tétanos, tuve que renunciar a él.

Después de unos meses aclimatándome de nuevo a la sociedad, empecé a entrenar de cara a mi combate de regreso. Había añadido un miembro a mi equipo. Años atrás había conocido a Steve «Crocodile» Fitch en los baños del Madison Square Garden, concretamente aquella noche en que mi rival no se había presentado. Me había preguntado si iba a combatir, a lo que yo le había contestado: «Sí, siempre que se presente mi contrincante». Un día, estando en prisión, hablaba con Rory por teléfono y, dado que Crocodile había trabajado con el boxeador Oba Carr, al que Rory representaba y que Don promocionaba, Rory lo puso al aparato. Comenzamos a charlar sobre algunos amigos míos que él había conocido en la cárcel y enseguida conectamos. De modo que, tras salir libre, le pedí que pasara tiempo con nosotros. Era mi tipo de persona: un hombre de la calle.

Ya fuera de la cárcel, Don no me visitaba con frecuencia. Creo que tenía miedo de que pudiera agredirlo. De aquí que utilizara a John Horne de mediador para tratar asuntos de negocios, mientras que Rory era mi hombre de confianza para los temas más personales. Se repartían la cuota del 20% de mis ingresos reservada a mis representantes, pero incluso así ganaban más dinero del que jamás hubieran podido soñar. Además de Rory y John, seguía contando con el mismo equipo de seguridad, encabezado por Anthony Pitts. También utilizaba los servicios de Farid, mi antiguo compañero de celda, hasta que las autoridades nos dijeron que no podíamos asociarnos al ser dos delincuentes.

Con el transcurso del tiempo cogí el ritmo y, al llegar agosto, ya estaba listo. Durante la rueda de prensa previa al combate, asomó el Tyson malcarado de costumbre. Entré en la sala llevando un traje negro y un sombrero blanco de Panamá. Nadie en todo el ámbito del boxeo se tomaba a McNeely como un rival serio. Siendo muy generosos, era un luchador de segunda fila.

Bauticé el combate contra McNeeley como «El Rey Ricardo — el Retorno del Rey». Solía recurrir a guerreros a la hora de darle un nombre a mis peleas. Aunque Cus llevaba mucho tiempo muerto, yo seguía hablando con él: «No te preocupes, Cus, el Rey está de vuelta. El Rey Ricardo va a protagonizar un regreso sonado».

Si tenía alguna duda, se esfumó al segundo de subir al cuadrilátero y clavar la mirada en McNeeley. Nos acercamos a recibir instrucciones y el tipo fue incapaz de levantar la cabeza. Un año después del combate, le contó a un periodista qué había pasado por su mente en aquellos momentos.

—Tyson entró en el cuadrilátero mientras sonaba una canción propia de un matón y yo no estaba dispuesto a tenerle miedo. Durante las ruedas de prensa me había estado fijando en él y con ropa de calle no parecía tan fuerte. Me quedé en mi rincón, dándole la espalda. En ese punto uno no quiere que comiencen a machacarlo, no te quedas mirando a tu rival. Una vez reunidos en el centro del cuadrilátero, pensaba limitarme a mirarle el ombligo. Bueno, al final no pude resistirme a echarle un vistazo y se abrió

la caja de Pandora. Estaba súper cachas. ¡Era un armario! Sus dorsales eran gigantescos. También su cuello, su cráneo. Era un tipo de aspecto feroz. Le guiñé un ojo y le lancé un beso, pero estaba aterrorizado.

Yo no dejaba de pensar: *¡Este tío está loco!* Me venían ganas de decirle: «Realmente eres un capullo integral», pero no podía abandonar mi imagen de tipo duro. Cuando sonó la campana, me avasalló hasta arrinconarme. Yo contraataqué con un derechazo corto y lo tumbé, pero se levantó como si dispusiera de un resorte. Antes de que a Mills Lane le diera tiempo de iniciar el conteo, el tipo ya estaba dando saltitos por el cuadrilátero y volviendo a la carga. No podía creerme esa mierda. Tras completarse el conteo hasta ocho, arremetió de nuevo contra mí y yo encadené un gancho de izquierda y uno de derecha, y acabó de nuevo en la lona. Se levantó y podría haber continuado, pero su entrenador saltó al cuadrilátero y detuvo el combate mientras Mills Lane me conducía a un rincón neutral. Menudo desastre. La gente comenzó a abuchear. Los presentadores del combate no paraban de decir: «Menuda decepción». Peleábamos para aficionados de noventa países, la mayor audiencia de la historia, y el equipo de mi rival no lo dejaba seguir boxeando.

En la rueda de prensa posterior al combate procuré ir de humilde y alabar a Alá. Le dije a los periodistas: «Tengo mucho que aprender. Debo seguir cultivando mis habilidades».

Cuando me preguntaron sobre el hecho de que el equipo de mi rival hubiera detenido el combate, respondí: «Ya me conocéis. Soy un hombre sanguinario. Me alegro de que lo pararan. Mirad, para mí combatir es lo mismo que la física para Einstein o las palabras para Hemingway. Combatir es agredir. La agresión está en mi naturaleza. No quiero hablar de boxeo».

McNeeley declararía más adelante: «¡Mirad las cintas! Yo fui a pelear. Cumplí con mi parte».

El *New York Post* escribió: «También cumplió a la hora de ir al suelo».

La Nevada Athletic Comission decidió retener el porcentaje de la bolsa destinado a su representante. De todas formas, éste demostró ser un un genio al conseguir que McNeeley filmara dos anuncios a escala nacional: uno para AOL que le reportó 40 mil dólares por recrear el combate y otro

de Pizza Hut por valor de 110 mil dólares en el que la corteza del producto le dejaba KO.

Me imagino que Don se sentía avergonzado por el combate al haberse encargado de organizarlo, así que decidió que mis seguidores bien podían ahorrase cincuenta dólares y ver el próximo en un canal de televisión en abierto. Estaba programado que el 4 de noviembre lucharía contra Buster Mathis Jr. en la Fox. Estoy convencido de que Don escogió esa fecha porque coincidía con el tercer combate de pago entre Riddick Bowe y Evander Hoyfield, pero la jugada quedó en nada al tener que aplazarse debido a que me fracturé el pulgar derecho. De inmediato la prensa me saltó encima. El *New York Post* salió con un titular en el que se leía: «Demuéstralo, Mike».

No les faltaba algo de razón. En el pasado yo había hecho aplazar diversos combates como una táctica destinada a desestabilizar psicológicamente a mis rivales. Estos se encontraban listos para pelear, a tope, a tope, a tope, y yo iba y solicitaba un aplazamiento y nunca recuperaban ese nivel. Debían pensar que yo trabajaba duro, ya que me pasaba el día encerrado en el gimnasio, cuando en realidad no hacía nada. Luego me partía el culo hasta la nueva cita, a la que ya no se presentaban en el pico de sus posibilidades. Cus me enseñó el truco.

Parte del problema radicaba en que la presión que sentía por recuperar el título iba en aumento.

—El público no va a tolerar que me enfrente a diez o quince donnadies antes de combatir de veras por el título —le conté a un periodista—. Están presionándome mucho para que consiga cosas de forma inminente. La gente quiere ver a Tyson en combates de alto nivel. Y he firmado contratos en exclusiva con los que debo cumplir. Éstos mueven cifras demasiado generosas como para que regrese lento y flojo. Hablamos de negocios importantes. Cuanto le importa a esta gente es que suba de nuevo al cuadrilátero para hacerles ganar un montón de dinero.

El combate se pospuso para el 16 de diciembre en Filadelfia. Supongo que los responsables de las apuestas percibieron algo en mi pelea contra McNeeley. Éste era un mindundi que había tenido las apuestas en su contra en una relación de 15-1, mientras que a Mathis le endosaron un 25-1.

Mathis era mucho mejor boxeador que McNeeley, pero se presentó con un ligero sobrepeso. En el momento de subirme a la báscula, me saqué la sudadera que rezaba PROPIEDAD DE ALÁ para lucir tableta.

—¡Cincelado en piedra! ¡Adonis! —no dejaba de bramar Don King.

Al llegarle el turno a Buster, no se sacó la camiseta y arrojó unos fofos 101,6 kilos.

Apenas se inició el combate, Buster intentó imitar a McNeeley cargando contra mí. Buster y yo peleamos de tú a tú durante dos asaltos y en el tercero buscó acorralarme contra las cuerdas, pero conseguí desplazarme a la izquierda, recuperar el equilibrio y zurrarle dos *uppercuts* de derecha que lo tumbaron. Cuando en la rueda de prensa me preguntaron por qué había lanzado tantos puñetazos al vacío, les dije que había estado «arrullando» a Mathis y que los golpes fallidos formaban parte de «un plan, un montaje. Igual que ocurre con esta sociedad». Lo cierto es que me había resultado muy complicado golpearlo. Si prestas atención al conjunto de su carrera, nadie antes había logrado hacerlo tanto como yo.

Mathis se lo tomó más a la ligera.

—Mike Tyson me tumbó y, cuando levanté la cabeza, el conteo iba por el cinco. Me dije a mí mismo: «Maldita sea, qué ha pasado del uno al cuatro».

Frank Bruno, uno de los campeones reinantes de los pesos pesados, se hallaba a un lado del cuadrilátero, de modo que Crocodile y yo decidimos ponerlo nervioso. Mientras abandonábamos el cuadrilátero, Croc le gritó a Bruno: «Ahí está, Mike. Tu próximo bocado. Vamos a por ti, hijo».

Yo señalé mis pectorales.

«Soy el número uno», le solté a Bruno.

El combate contra Buster arrojó un 29% del *share* televisivo, el índice de audiencia más alto en la historia de Fox TV, pero yo no estaba satisfecho con mi rendimiento desde que había abandonado la cárcel.

Me traje a Kenya a la ciudad donde se celebraría la pelea. Por entonces Monica había dado a luz a una niña a la que llamamos Rayna y yo tenía a su vez una hijastra llamada Gena, a las que se sumaba mi otra hija Mikey, nacida de una relación que había mantenido con una mujer de Nueva York. Monica y las niñas no podían acercárseme cuando Keyna merodeaba. Si se

mostraban cariñosas conmigo, se preparaba para atacar. Durante la pelea la dejé en la habitación del hotel y, al regresar, me encontré la suite completamente destrozada. Las cortinas estaban rasgadas, se había cagado en el suelo, el sillón grande de la salita de estar había quedado hecho trizas.

Hizo exactamente lo mismo en la casa que Don poseía en Manhattan, una noche en que me quedé en ella después de una pelea. La dejé ahí para salir a un club y perdió la cabeza. Cuando hubo acabado, la casa presentaba un estado tan lamentable que tuvieron que cerrarla y fumigarla. Uno diría que a esas alturas deberíamos haber aprendido la lección, pero no fue así. Encontrándonos en Ohio, Rory la encerró en el garaje. Cuando más tarde volvió a buscarla, había arrancado literalmente el techo de uno de mis Maseratis.

Apenas llevaba un año fuera de prisión y Don ya me había organizado un combate por el cinturón contra Frank Bruno, pero yo no estaba preparado ni física ni emocionalmente para ese nivel de presión. Me entrevistaron para la revista *The Ring* y mi angustia quedó patente.

—Me siento más nervioso ahora que al principio de mi carrera o cuando era campeón. Quizás sea una ligera inseguridad. Incluso cuando entreno siento que me falta el aire. No sé si es bueno o no. Uno sabe lo que hace, pero no por ello deja de tener dudas. Supongo que eso es lo que más cabrea: albergar dudas sobre ti mismo aunque hayas disfrutado de muchos años de éxito.

Cuando el entrevistador me preguntó por mi derrota contra Douglas, empecé a desbarrar.

En ocasiones me demostraba incapaz de mantener la boca cerrada. En una de las ruedas de prensa para promocionar el combate, se destapó que había donado cincuenta mil dólares al Martin Luther King Youth Center de Las Vegas.

—Esto no me convierte en un buen tipo. Ahora todo me supone más una carga. No sé si debería utilizar la palabra «carga», pero no soy el típico tío feliz. Intento hacerlo lo mejor que puedo, pero siempre me quedo lejos de mi objetivo.

Cuando luego un periodista me preguntó por mi nueva hija, quise hacerle un cumplido a Monica que me salió completamente torcido.

—Su madre es guapa, pero Rayna es tan guapa y preciosa que hace que su madre parezca del montón.

El campamento para mi puesta a punto con vistas al combate contra Bruno fue de locos. Crocodile no dejó de pelearse con mis *sparrings*. Luego les decía que yo les arrancaría la cabeza si seguían faltándole el respeto. Conducía al primero hasta el cuadrilátero y, a continuación, venía a hablarme.

—¿Sabes, Mike? Todos estos tipos andan diciendo que van a patearte el culo. Que deberían ser ellos quienes pelearan por el título y no tú.

A mí me metía en medio. Ahora esos tipos deseaban matarme. Me encontraba en una jodida situación de vida y muerte con mis compañeros de *sparring*. ¿Qué cojones?

Pocos días antes del combate, saltaba a la cuerda cuando se me acercó Crocodile.

—Has vuelto, campeón. Cuando Ali estuvo en el exilio, regresó para pelear por el título mundial —me dijo.

—Sí, Ali no lo consiguió, pero yo no me enfrento a Joe Frazier sino a Frank Bruno. Ali tuvo que vérselas con auténticos animales en su retorno. Yo voy a poder con el mío. Voy a poder con ese tío.

Al subir al cuadrilátero, llevaba esa confianza conmigo. Me abría camino Crocodile, que lucía una camiseta sin mangas en la que se leía: AMADO POR POCOS, ODIADO POR MUCHOS, RESPETADO POR TODOS. Por primera vez en mi carrera recibí abucheos al entrar en un cuadrilátero. Miles de seguidores rabiosos de Bruno habían volado de Inglaterra a Las Vegas para asistir al combate, pero yo no oía una mierda.

Coreaban: «Tyson es un violador, la, la, la la la la». Esto tampoco llegaba a mis oídos.

Cuando Bruno hizo su entrada en el cuadrilátero, pude oler su miedo. Más adelante, su mismo promotor señaló que, tan pronto se abrió la puerta de su vestuario para enfilar el camino al cuadrilátero, «dio la impresión de que alguien había pinchado con un alfiler a Bruno, extrayéndole todo el aire». Debió persignarse al menos una docena de veces mientras sonaba el

himno nacional de Gran Bretaña. Su estado de pánico me dio un subidón de confianza. La primera vez que nos enfrentamos realizó un buen combate. Había vencido a mi compañero de *sparring* Oliver McCall en un enfrentamiento por el título y también a Lennox Lewis.

Sabía que, en el fondo, Bruno no quería estar ahí, por lo que me bastaba con ser duro y conseguir un puñado de buenos golpes para finiquitar el asunto. Al final del primer asalto, lo dejé aturdido con un derechazo que le abrió una fea brecha encima del ojo izquierdo. En el segundo asalto se me agarró con tanta frecuencia que el árbitro tuvo que restarle un punto. No importó. Llevábamos treinta segundos del tercer asalto cuando Bruno hizo de zurdo durante un instante y lo zarandeé con dos ganchos de izquierda. Intentó agarrarme, pero yo encadené dos potentes *uppercuts* con la derecha. El segundo casi lo tira al suelo. Se derrumbó sobre las cuerdas y lo rematé. Había conseguido impactar doce golpes sin ninguna oposición. Mills Lane detuvo la pelea. Era el nuevo campeón de los pesos pesados de la WBC.

Me di la vuelta y alcé los brazos en señal de victoria, absorbiendo todos los aplausos, pero al momento me sobrevino una especie de respeto y dignidad que me llevó a ponerme de rodillas. Con la frente apoyada en la lona, homenajeé a Alá y recité una oración corta.

En un rincón de mi cabeza sabía que, si Bruno hubiese combatido con el mismo espíritu que había desplegado en la pelea anterior, me habría sido del todo imposible ganarle. De modo que me incorporé y me fui directo a su rincón donde, sentado en el taburete, recibía el consuelo de su mujer. Le acaricié la cabeza y le di un beso en la mejilla.

Aquella noche monté una fiesta en la habitación de mi hotel. Mi amigo Zip y un grupito de sus amigos de Los Ángeles se apuntaron. A Zip le chiflaba el champagne, así que encargué un centenar de botellas de Dom Pérignon y nos pasamos la noche entera bebiendo.

Seis días después de la pelea, todo rastro de mi humildad se había evaporado. Mi siguiente combate debía ser contra Bruce Sheldon con su cinturón en juego.

—Creo merecer mucho más de sesenta mil y no creo que esté recibiendo aquello a lo que tengo derecho —le dije a la prensa—. Tengo niños a mi cargo. A nadie le importa si se mueren de hambre o si viven de

la beneficencia. Nadie va a venirme con limosnas diciéndome: «Eres un gran campeón, aquí está lo que te debemos».

Volvía a ser el campeón. Esto significaba que pasaba a ser una pieza de caza mayor aún más suculenta para timadores, estafadores de tres al cuarto, mujeres conspiradoras y todos los artistas del fraude que andaban circulando por ahí. Ni siquiera podía hacerme una idea de la cantidad dinero que mi equipo de representantes desembolsaba para mantener bien lejos a las cazafortunas y a los abogados buitres. Rory y John Horne abandonaban el gimnasio Johnny Tocco's antes que yo para dirigirse a las chicas que estaban esperándome. Sabía que me bastaría echar una mirada fugaz a una de ellas para decir «Vente conmigo», echando así por tierra mi régimen de entrenamiento.

Ahora que había recuperado mi cinturón, mi pomposidad empezó a pisotear hasta la última célula de mi humildad. Me dediqué una fiesta por mi trigésimo cumpleaños en mi finca de Connecticut, en la que me gasté una fortuna. Les pagué los vuelos a amigos en todos los rincones del país, a la par que el alojamiento en un hotel cercano del que tomamos posesión. Contábamos con trece chefs diferentes, cada uno trabajando en su propia cocina. Ahí estaba todo el mundo, de Oprah a Donald Trump, pasando por Jay Z, mezclándose con proxenetas y sus putas. Había un tipo que nos liaba cigarrillos a mano. Actuaron Franky Beverly y Maze. Uno accedía a la casa por una alfombra roja. Había que pasar por delante de cuarenta guardaespaldas gigantescos de Fruit of Islam, puestos en fila a la entrada.

Yo era tan ególatra que reservé los diecinueve dormitorios de la casa para chicas con las que deseaba acostarme. Llegué a decirle a Crocodile: «¿Ves a todas esas chicas? Son mías». Hope se enfadó conmigo. Había estado alojándose en la casa, pero hice que se marchara al hotel para que el dormitorio quedara disponible para una de mis pretendientes. Le dolió. Hope era una mujer extremadamente atractiva y las chicas con las que me acostaba no le llegaban a la suela del zapato.

—Mike, esta mujer que vas a traer a mi habitación es tan espantosa y sucia que va a dejar mi cama hecha un asco. Si duerme en ella vas a tener que quemar el colchón —me dijo Hope.

Ni siquiera me tomé la molestia de invitar a Monica. Por entonces apenas nos veíamos. Ella no dejaba de intentar que la cosa funcionara, pero yo era un sinvergüenza. No había duda de que no estaba hecho para el matrimonio.

El siguiente paso de cara a unificar el título era conseguir el cinturón WBA. Rodeaba la cintura de Bruce Seldon, pero no sería por mucho tiempo. Seldon no me parecía un rival de peso: no iba a ser un contrincante serio. Apenas me entrené para el combate. Crocodile me acompañó a la rueda de prensa anterior a la pelea y conseguimos ponerle tan de los nervios que, en el momento de pesarnos, empezó a hacer flexiones utilizando una silla en el pasillo. Parecía aterrorizado. El representante de Seldon había alardeado de lo gran atleta que era, asegurando que era capaz de correr los 400 metros en cincuenta segundos y rebasar un metro en un salto de altura.

—¿Qué va a hacer al entrar en el cuadrilátero? —dije—. ¿Un salto con pértiga?

Necesité menos de dos minutos para recuperar el cinturón de la WBA. Impacté contra la parte superior de la cabeza de Seldon con un derechazo. Aunque no fue un golpe duro, le di con el codo en la prolongación de éste y se fue a la lona. Tan pronto se incorporó, le lancé un gancho de izquierda que lo tumbó boca abajo. Se levantó, pero empezó a tambalearse y Richard Steele detuvo la pelea. No me pareció que ninguno de esos dos golpes fueran suficientes para noquear a un individuo, pero más adelante el entrenador comentó que Seldon había sufrido un ataque de nervios sobre el cuadrilátero a resultas del miedo.

—Cus, ya tienes dos en el saco y te falta uno —le dije a Ferdie Pacheco mientras me entrevistaba tras el combate.

Desde que había salido de la prisión, había completado ocho asaltos que me habían reportado 80 millones de dólares. Eso es lo único que le importaba a la gente. Nadie alabó el hecho de que ganara dos cinturones después de haberme pasado tres años entre rejas. No obtener ese reconocimiento me dolió profundamente.

Después de la pelea contra Seldon, Tupac me visitó en el vestuario. Me hizo muy feliz verlo. Tupac representaba el lugar del que procedíamos todos los negros y aquello que intentábamos ocultar. Tengo amigos judíos que quizás ven a un tipo judío y dicen: «Es demasiado judío». Esto mismo es lo que algunos negros pensaban sobre Tupac. Encarnaba esa amargura, esa frustración que había dentro de todos nosotros y que procurábamos ocultar, no dejar que la gente supiera de su existencia. Queremos aparentar que lo tenemos todo por la mano, pero no es así. Ser negro significa una lucha sin cuartel. No importa lo rico que seas ni el poder que tengas, siempre van a ir a por ti. Tupac hablaba de gente negra hastiada de recibir palizas y que no tenía nada. Tupac hizo que miráramos de cara a nuestro pasado esclavista y la mayoría de los negros respetaron la fuerza de tal decisión. Nos hizo saber los motivos que teníamos para sentirnos enfurecidos.

Quedé con Tupac en vernos esa misma noche en el Suge Knight's Club 662. Primero quería ir a casa a pasar tiempo con mi hija Rayna. Me tomé unas cuantas copas y me quedé dormido. Alguien me despertó.

—Mike, han disparado a Tupac.

No me lo podía creer. Iba en un coche que conducía Suge. Se pararon en un cruce y un individuo que se encontraba en el coche de delante abrió fuego. Debió de tratarse de una trampa. Sobre todo porque, después del combate, Tupac había protagonizado un altercado con el miembro de una banda en un casino, al cual le había pateado la cara. No lo mató, pero después de algo así sus sentidos debían estar en alerta máxima. Cuando abandono el cuadrilátero al finalizar una pelea, mis sentidos alcanzan su cénit. Soy capaz de ver todo, oler todo y oír todo lo que me rodea. Después del incidente, Tupac tuvo que sentirse igual. De modo que forzosamente se trató de un asesinato.

Al ser alguien que había crecido en las calles, el asunto no me cuadraba. Por lo general, hombres como él cuentan con un séquito de cuarenta tipos protegiéndolos. ¿No lo rodeaba ningún vehículo que lo aislara del resto del tráfico? Si Tupac era su general y acababa de acudir a un combate, deberían haber dispuesto un escudo alrededor suyo. ¿Dónde se hallaba ese escudo? Aquella fue una noche realmente fatídica. Tupac apenas tenía veinticinco

años, pero rebosaba determinación y fuerza de voluntad. ¿Dónde la había conseguido? Un corazón inmenso, un hombre tan cariñoso y, al mismo tiempo, todo un guerrero. Era una bellísima persona y disfruté muchísimo el tiempo que pasamos juntos.

De modo que ahora contaba con dos cinturones y montañas de dinero, por lo que debía sentirme exultantemente feliz. Pero yo no era así. Siempre me sentía deprimido y desdichado. Llevaba medicándome desde niño y probablemente seguía haciéndolo tras abandonar la prisión. Pero entonces comencé a automedicarme. Me pasé todo el tiempo de reclusión ansiando poder fumar hierba, pero no me atreví ya que llevaban a cabo controles de orina de forma aleatoria. Ahora, sin embargo, contaba con un curandero, el doctor Smedi, que iba a asegurarse de que mi pis estuviera como una patena.

Volví incluso a esnifar cocaína. Ocurrió justo después del combate contra Seldon. Me acompañaba un amigo que tenía y le pedí que me alargara la bolsa. Así, sin pensarlo. Eso es lo que hacen los adictos. Llevaba quince años alejado de este tipo de drogas y, ¡bam!, regresé de un plumazo.

Me consta que un buen musulmán ni fuma hierba ni esnifa cocaína ni bebe champagne, pero me abrumaban las preocupaciones. Estoy convencido de que Alá sabía que cargaba con demasiado peso sobre mis espaldas y que carecía de fuerzas para sobrellevarlo.

Debido a una mierda de demanda judicial de Lennox Lewis, me vi forzado a renunciar a mi cinturón de la WBC justo después del combate contra Seldon. Lewis era el aspirante oficial, pero mi deseo consistía en unificar los títulos. De golpe me encontré con que sólo poseía el cinturón de la WBA y que mi siguiente rival iba a ser Evander Holyfield.

En el caso de haberme enfrentado a Evander Holyfield en 1991, cuando debería haberse producido el primer combate, lo habría noqueado. Él lo sabe y también todo su equipo. Lo mejor que le pudo ocurrir es que fuera a prisión. Ahí perdí por completo mi ritmo. Ya no podía ser aquel boxeador rocoso, capaz de aguantar ocho asaltos. Le dije a todo el mundo que no estaba listo para combatir al más alto nivel, pero Don me presionaba y yo quería el dinero. Fui avaricioso y acepté el combate.

Holyfield no había tenido buenas actuaciones en los combates previos a nuestra cita. Perdió unas cuantos, aunque por lo menos se mantuvo activo. Lo vi combatir contra Bobby Czyz, un peso pesado fofo y menudo. Czyz lo machacó hasta cantar victoria en el décimo asalto. En consecuencia, yo no me entrené a fondo para ese primer enfrentamiento. Repasé algunos de sus combates pero, en aquella época, yo no seguía ninguna estrategia en particular, limitándome a subir ahí y zurrarles. Las apuestas abrieron con un 25-1 a mi favor.

Más adelante descubrí que Crocodile obtenía informes de tipos turbios que, se suponía, debían entender de boxeo. Holyfield se había pasado diecisiete semanas entrenando en las montañas como un animal, pero a Croc le llegó una gilipollez de desinformación que apuntaba a que ni siquiera estaba en forma.

—Mike, vas a matar a ese tío —no dejaba de decirme.

La relación entre Holyfield y yo se remontaba a muchos años atrás. Estuvimos juntos en las Olimpiadas Juveniles y siempre nos llevamos bien. Nunca dejamos de brindarnos apoyo mutuo durante los combates. De amateur recibió varios varapalos. Perdió algunas peleas que debería haber ganado y más tarde lo jodieron a gusto en las Olimpiadas. De jóvenes nunca imaginamos que llegaríamos a combatir el uno contra el otro y a ganar tantísimo dinero.

De hecho, éste era el motivo que me empujaba a combatir. No tenía el corazón en ello, pero necesitaba el dinero. Ya no me divertía subirme a un cuadrilátero. La diversión murió una vez abandoné la prisión. Éste es el motivo que me impulsaba por entonces a buscar la compañía de alguien como Crocodile. Era un buen tipo que no cejaba de motivarme y de mentalizarme para combatir. Le chiflaba entrenar y alguien que me empujara era justo lo que necesitaba en aquella época.

La primera pelea arrancó de forma prometedora. Le alcancé el cuerpo con un buen golpe que le hizo gritar. Ya me vi ganador. A partir del segundo asalto, sin embargo, sufrí un verdadero apagón. En ese momento no supe qué estaba ocurriéndome pero, durante el segundo combate, caí en la cuenta de que Holyfield utilizaba la cabeza para dejarme sin sentido. Desde el segundo asalto de aquel primer combate en adelante, peleé dejándome

llevar por el instinto: no recordaba nada. En el sexto asalto una de sus embestidas con la cabeza me provocó un corte. En el siguiente asalto casi me tumba de un cabezazo. En el décimo conectó veintitrés poderosos golpes y no sentí nada. Sólo oí el sonido de los golpes rasgando el aire. La adrenalina era lo único que me mantenía en pie. Cuando regresaba a mi rincón, no oía ni una palabra de cuanto me decían mis entrenadores. No recuerdo volver al cuadrilátero ni levantarme para pelear; sólo recuerdo encontrarme ahí. Tras la pelea, seguía tan aturdido que le pregunté a la gente de mi rincón en qué asalto había noqueado a Holyfield.

De regreso en el vestuario, Crocodrile estaba furioso.

—Mírate la cabeza, Mike —me dijo.

Como resultado de los cabezazos de Holyfield, tenía seis nudos del tamaño de un puño repartidos por toda ella. Además, Croc estaba convencido de que Holyfield había recurrido a esteroides. Un miembro de su equipo, Lee Haney, era un ex Mr. Olympiad sospechoso de haberlos consumido. En su opinión, Holyfield tenía un aspecto normal en el momento de subirse a la báscula, mientras que al entrar en el cuadrilátero parecía Goliat.

Yo quería volver a combatir contra Holyfield cuanto antes, estaba furioso. Me sentía dolorido y machacado, pero la noche siguiente ya me puse a entrenar.

Rabiaba por haber perdido el título, pero no volvía a pensar en los combates. Siempre me decía: «A la mierda». Lo ocurrido no tenía vuelta atrás y mañana sería otro día. Para algunas personas perder resulta muy traumático. Tras quedar desposeído de su título, Floyd Patterson se colocaba barbas falsas y gafas de sol para salir a la calle. En una ocasión, los periodistas le preguntaron a Foreman cómo se sintió tras perder contra Ali y luego contra Jimmy Young.

—Era como encontrase en una gran nada hecha de una oscuridad muy profunda, igual que si te hallaras en alta mar, sin nada por encima de tu cabeza ni nada a tus pies, únicamente la nada, nada más que la nada. Lo acompañaba un olor nauseabundo, un olor que no he podido olvidar, un olor a tristeza. Si multiplicaras todos los pensamientos tristes que has acumulado en la vida, no arrojarían la misma cifra que éste. Miré a mi alrededor y me

pareció estar muerto. Se había acabado. Pensé en todo aquello por lo que había trabajado, no me había despedido de mi madre ni de mis hijos, metí todo el dinero en cajas fuertes, ya sabes con qué facilidad se quema el papel con sólo tocarlo, se desmigaja. Así era mi vida. Eché la vista atrás y la observé desmoronarse, como si hubiera sido víctima de una broma descomunal.

Yo jamás sufrí una reacción parecida. Sé quién soy, sé que soy un hombre. Un tipo como Holyfield hizo que toda su vida girara en torno al boxeo, de aquí que continuara combatiendo durante tanto tiempo. Yo crecí con Cus D'Amato. Siempre me repetía que el boxeo no es tu vida, es lo que haces para ganarte la vida: es lo que haces en la vida, no la vida misma. Me dijo: «Pierdas o ganes, no te lo tomes como algo personal». Cada vez que perdía, sabía sobrellevarlo, porque nunca se convirtió en mi vida. Así me educaron.

Por aquella época, Monica estaba embarazada por segunda vez. El imán de Las Vegas no paraba de darme la brasa con el hecho de que todavía no nos hubiéramos casado. Lo cierto es que apenas veía a Monica y a los niños. Entrenaba o pasaba el rato con alguna de mis múltiples novias. El mismo día que le pedí matrimonio a Monica, Hope se alojaba con nosotros dado que iba a una escuela en D. C. Tras dejarla allí, fui a acostarme con una nueva chica con la que había estado quedando por la ciudad.

Hope me insistía para que firmara un acuerdo prenupcial. Debería haberlo hecho, pero era un pringado compulsivo. Monica y yo no parábamos de discutir. Por supuesto, la mayoría de las veces era debido a mis escarceos.

Hice que el Hermano Siddeeq volara a Maryland para presidir la ceremonia y, acto seguido, llevó los papeles a un imán de D. C. para que los validara. Casarnos no cambió un ápice las cosas con Monica. Continuaba citándome con mis chicas de tapadillo y había llegado la hora de entrenarme para mi segundo combate contra Holyfield.

Cuando empecé a prepararme, le conté a los periodistas que en el primer enfrentamiento había tenido una mala noche, si bien pensaba pelear como si lo hubiese noqueado. Tomé prestada esta actitud de los boxeadores mexicanos. Si te enfrentas a un boxeador americano y lo noqueas,

invariablemente la siguiente vez que os veáis las caras, arrancará de forma vacilante. Con uno mexicano, por el contrario, aunque en la primera ocasión lo noquearas, va a combatir como si hubiese sido *él* quien te hubiera noqueado a ti. Esos tipos no saben lo que es sentirse intimidado. Regresan sin inhibiciones y se lanzan de cabeza.

De todas maneras, introduje algunos cambios de cara al segundo combate. Había sustituido a Jay Bright, mi antiguo compañero de habitación devenido entrenador, por Richie Giachetti. Despedir a Jay fue fácil. Formaba parte de la familia y la familia es la primera en ver la puerta. Para el segundo combate me entrené con el doble de intensidad.

Tres días antes de la cita, estalló cierta controversia en torno al árbitro. Mitch Halpern debía repetir, pero durante el primer combate había estado borracho como una cuba. Tan pronto me dirigí a recibir sus instrucciones y me tocó el guante, me llegó el tufo. Tenía los ojos rojos. Yo soy un adicto, por lo que lo detecté de inmediato. Ningún árbitro habría permitido que recibiera semejante castigo de manos de Holyfield, pero él dejó que se prolongara durante once asaltos porque estaba bebido y ausente.

Algunos miembros de mi equipo intercedieron para conseguir apartar a Halpern del segundo combate. No sé mucho sobre el asunto, nunca me opuse a nadie. Mi trabajo consistía en pelear y no tener que preocuparme por el árbitro ni el cronometrista. John, en cambio, se presentó frente a la comisión para aducir que Halpern había sido demasiado permisivo con los agarrones y los cabezazos de Holyfied. Le dijo a sus miembros: «Si no fuera por Mike Tyson, ahora no estaríais aquí».

Aquél fue un movimiento astuto. La comisión votó 4 a 1 a favor de mantener a Halpern. Sin embargo, tras la polémica fue el propio Halpern quien se retiró. El equipo de Holyfield consiguió descartar a dos árbitros, Joe Cortez y Richard Steele, que pensaban que me favorecerían, de modo que la comisión acabó decantándose por Mills Lane. Mills Lane era un ex fiscal y juez de distrito que había declarado en diversas ocasiones que yo era un «delincuente despiadado» al que no se le debería permitir boxear. ¿Cómo iba a recibir un trato justo de alguien que iba atacándome de esa manera? Lo que por entonces desconocía es que Lane y Holyfield tenían una relación cercana. El entrenador de Holyfield, Tommy Brooks, había

sido citado asegurando que Mills Lane «vertió lágrimas» la noche en que Holyfield perdió contra Riddick Bowe. No sabía que Mills estaba enamorado de Evander.

La fecha prevista para el segundo combate era el 3 de mayo de 1997, pero durante un entrenamiento recibí un fuerte cabezazo que obligó a aplazarla hasta el 28 de junio. Yo era el aspirante, por lo que fui el primero en subir al cuadrilátero. Para mi entrada escogimos una canción de Tupac. La gente cree que recurría a gangster rap para aumentar mi imagen de duro, pero no es verdad. Simplemente prestaba atención a la buena música que sonaba en cada momento.

Arrancó el combate y mis sensaciones fueron positivas. Tenía confianza, el cuerpo me respondía, mis movimientos eran fluidos. Empecé de forma bastante elusiva, revoloteando y evitando lanzar golpes contundentes, limitándome a boxear. Entonces Holyfield me propinó de nuevo un cabezazo. Para cualquiera que se fijara un poco era evidente que la táctica de Holyfield consistía en esperar a que yo hubiera soltado un puñetazo para colar de inmediato la cabeza. De modo que los cabezazos no eran accidentales, eran estratégicos.

La situación empeoró en el segundo asalto. Empecé a arrojarle algunos golpes, volvió a embestirme y, ¡bam!, me abrió una gran brecha encima de un ojo. Al instante me giré para hablar con Mills Lane.

—¡Me ha dado un cabezazo!

Lane no abrió la boca; decidió que había sido un accidente.

Holyfield miró con detenimiento el corte que me había hecho. Pasó a cargar contra mí con la cabeza. Si me superaba en altura, ¿qué demonios hacía su cabeza debajo de la mía? Empezaba a sentirme frustrado.

Al inicio del tercer asalto, estaba furioso. Me podían de tal modo las ansias por reanudar el combate que me dejé el protector bucal en el rincón. Richie tuvo que llamarme de vuelta y colocármelo. Arrancó el asalto y conecté varios golpes potentes. El público enloqueció. Podía percibir que el combate había dado un vuelco. Entonces volvió a soltarme un cabezazo. Empecé a sentirme cansado, como si a ratos perdiera el sentido, pero la adrenalina y la rabia me reanimaron. Sólo deseaba matarlo. Todo el mundo

podía ver lo descarados que eran sus cabezazos. Estaba encolerizado, era un soldado falto de disciplina y perdí los papeles: Le mordí la oreja.

La gente se piensa que, antes de morderlo, escupí el protector bucal, pero es mentira. A partir de aquel momento, es poco lo que puedo recordar, porque la furia me consumía. Cuando vi la cinta, reparé en que debí haber escupido el trozo de lóbulo en la lona, ya que lo señalaba. Fue como decir: «Sí, chúpate ésa». De hecho, encontraron el pedazo tras la pelea e intentaron cosérselo de nuevo sin éxito, pues no arraigó.

Holyfield pegó un salto de dolor y se dio la vuelta para encaminarse hacia su rincón, momento en que yo lo empujé por la espalda. Deseaba darle una patada en la entrepierna, pero me limité a empujarlo. La situación había degenerado en una pelea callejera. El doctor le echó un vistazo y le permitió continuar. Mills Lane me restó dos puntos, pero a mí no me importó. Dentro de mi cabeza todo el mundo estaba en mi contra. Se reanudó el combate y me dio otro cabezazo. El árbitro, por supuesto, no hizo nada. Nos agarramos el uno al otro y le solté un mordisco en la otra oreja, pese a lo cual seguimos a ello hasta el final del asalto.

A continuación, se montó la de Cristo. El rincón de Holyfield protestó a Mills Lane que le había vuelto a morder y éste detuvo el combate. Yo estaba demasiado furioso como para oír el comunicado del *ring announcer*: «El árbitro Mills Lane ha descalificado a Mike Tyson por haber mordido a Evander Holyfield en ambas orejas». Holyfield permanecía en su rincón, sin querer inmiscuirse, mientras que yo seguía empecinado en pegarle. Deseaba destruir hasta el último átomo de su equipo. La gente tiraba de mí y me bloqueaba el camino. Él seguía hecho un ovillo en su rincón. Todo el mundo lo protegía. Parecía asustado. Yo tenía cincuenta tipos encima y seguía plantándole cara a los policías. ¡Oh, Dios! Deberían haberme reducido con una pistola eléctrica. Hubiesen contado con mi voto a favor.

De alguna manera, lograron sacarme del cuadrilátero. En el camino de regreso al vestuario, un tío me lanzó una botella de agua, llena, a la cabeza y otro me hizo una peineta. Trepé por la barandilla con la intención de pegarles, pero los miembros de mi equipo me devolvieron a tierra. Luego se multiplicó el lanzamiento de cervezas y refrescos. El traje a medida de 2500 dólares de Anthony Pitts quedó para el arrastre.

Mills Lane fue entrevistado en el cuadrilátero y declaró que todos los cabezazos de Holyfield habían sido accidentales. Cuando le llegó el turno a Holyfield, alabó a Mills Lane.

—Estoy agradecido de contar con un árbitro capaz de ver que lo ocurrido ha sido intencionado.

En el vestuario yo seguía fuera de mis casillas. Aún llevaba puestos los guantes y golpeaba las paredes. John Horne salió a hablar con Jim Gray, el locutor de Showtime.

—Cuanto sé es que a Mike le han hecho un corte de siete centímetros sobre un ojo y a Evander un mordisco de nada en una oreja. Se ha puesto a saltar como una jodida nenaza. Los cabezazos han durado una eternidad. Vamos, un cabezazo puede ser un accidente; quince, no —le dijo.

Apenas recuerdo que me entrevistaran tras el combate. Mi cara era una máscara grotesca, hinchada y llena de cortes. Parecía un monstruo. Cuando me disponía a irme, Jim Gray me pilló en la puerta del vestuario.

—Empieza hablándonos del cabezazo que has recibido durante el segundo asalto, el responsable de abrirte una brecha sobre el ojo —me pidió.

—Me dio cabezazos en el primer asalto, pero luego volvió a dármelos en el segundo y, tan pronto lo hizo, me fijé en él: me había agarrado y no me quitaba la vista de encima; volví a fijarme y él continuó haciéndolo, intentando volver a darme un cabezazo. Bajaba y subía la cabeza y luego cargó contra mí. Nadie le dio un aviso, nadie le restó puntos. ¿Qué debía hacer? Hablamos de mi carrera. No puedo permitir que continúen dándome cabezazos así. Tengo niños a mi cargo y este tipo no deja de lanzarme cabezazos, intentando provocarme cortes y que los cortes me obliguen a parar. Debía contraatacar.

—A ver, en ese momento has dejado inmediatamente de boxear y te has girado hacia Mills Lane para decirle algo sobre lo que no te ha hecho caso. ¿Qué es lo que le has dicho en ese preciso instante?

—No me acuerdo, le he dicho que me daba cabezazos. Sé que me he quejado de los cabezazos y ya nos habíamos quejado de ellos en el primer combate. Escucha, Holyfield no es el guerrero duro que todo el mundo dice que es. Ha recibido un pequeño mordisco en la oreja y se ha rajado. Yo me

he quedado con sólo un ojo, él no estaba en desventaja, tiene dos orejas. Si yo me quedaba con un solo ojo, aún me quedaba otro. Estoy listo para combatir. Él no quería hacerlo. Estoy listo para pelear ahora mismo.

—Pero ha sido Mills Lane quien ha detenido la pelea, no Holyfield —dijo John.

—Oh, no quería pelear…

—Mills ha dicho que ha sido él quien ha parado el combate. Lo has mordido, ¿podemos decir que este mordisco ha sido en represalia por lo de tu ojo?

—Sea lo que sea lo que yo le haya hecho, él ha estado dándome cabezazos en ambos combates —dije.

—Pero ése es un tema que se ha de resolver, Mike.

—¡Ya lo he resuelto! ¡Lo he resuelto en el cuadrilátero!

—Pero por qué de esta manera, Mike, quiero decir, ¿piensas que ha sido la respuesta adecuada?

Estaba empezando a perder la paciencia.

—¡Mírame! ¡Mírame! ¡Mírame! —grité—. Ahora tengo que marcharme a casa y mis hijos me van a tener miedo, ¡mírame, tío!

Acto seguido, me largué hecho una basilisco. Condujimos directamente a mi casa, donde nos esperaban nuestras mujeres. Por algún motivo, ninguna de las esposas de los miembros del equipo había acudido a ver el combate en directo; lo habían seguido por televisión.

Junto a la verja de la entrada de la casa aguardaban manifestantes indignados. Había gente tocando el claxon y gritando: «¡Combate amañado!» y «¡Lárgate del barrio!». Uno llegó a lanzar una cabeza de pescado por encima de la verja. No pararon hasta que el personal encargado de mi seguridad disparó unos balines de aire comprimido en su dirección.

Vino un médico a darme unos puntos de sutura. A continuación, me puse a andar arriba y abajo por el comedor.

—No debería haberlo hecho —dije.

Estaba arrepentido, si bien con reservas. Era un soldado falto de disciplina.

—Mis fans van a odiarme —comenté preocupado.

Monica se mostró muy comprensiva y me tranquilizó. Me dijo que todo el mundo comete errores. Al cabo de un rato, me fumé un canuto, me bebí una copa y me fui a la cama.

Mientras tanto en el MGM Grand la gente se liaba a mamporros en el casino y acababa en el hospital. Volcaban las mesas de juego y agarraban las fichas. Tuvieron que cerrarlo. Más tarde miraron las cintas de las cámaras de seguridad y rastrearon y detuvieron a los que habían robado las fichas. Fue un caos.

Al día siguiente, me encontraba con un bajón tremendo. No me imaginaba que lo ocurrido acabaría convirtiéndose en un incidente a escala internacional. Toda la vida me ha ocurrido lo mismo. Digo o hago algo que me parece menor y que a los demás les parece bien gordo. No me esperaba que la gente utilizara mi reacción para definir el conjunto de mi carrera. Quizás debería haber pensado en el modo en que las cosas iban a afectar a la imagen que dejaría para la posteridad, pero mi cabeza no funciona así.

Hay quienes aseguran que, al ver que iba a recibir una paliza, reaccioné mordiendo. Es una gilipollez. De haber sido ése el caso, ya le habría mordido en el primer combate. Siempre que fui derrotado, me lo tomé como un hombre. Nunca bajé los brazos. Nadie puede decir que fui un cobarde. Estaba enfadado, estaba rabioso, perdí los papeles. Mordí a Evander Holyfield porque en aquel momento me sentía encolerizado y dejó de importarme boxear atendiendo las normas del Marquis de Queensberry.

Pero no iba a poder librarme del episodio. *Sports Illustrated* lo llevó en portada bajo un titular enorme que rezaba «¡CHIFLADO!». El presidente Bill Clinton declaró sentirse «horrorizado». Hicieron bromas a mi costa en los shows de Letterman y Leno. Fui nominado al premio Sportsman of the Ear. Dijeron que era un buen combate de Pay per Chew. La prensa reclamó una suspensión vitalicia. Me tildaron de «sucio», «repulsivo», «repugnante», «salvaje», «odioso», «vil» y «caníbal». Pero a mí nada de esto me importó. Sabía que las cosas habían estado en mi contra desde el principio.

Parte del problema radicaba en que la gente estaba respondiendo a imágenes, no a hechos. Si mirabas una cinta del combate resultaba evidente que Holyfield estaba peleando sucio, pero gozaba de una imagen de chico bueno. Se dirigió al cuadrilátero cantando gospel. Cuando más tarde se vio

implicado en un caso de tráfico de esteroides en Mobile, Alabama, la noticia no mereció muchos titulares.

El lado más loco del asunto es que hubo mucha gente defendiendo lo que había hecho. Recibí mucho respaldo por parte de la prensa foránea. Tony Sewell, un escritor inglés, publicó un artículo titulado «Why Iron Mike Was Right to Take an Earful». En él escribió lo siguiente: «Mientras el mundo se alza en moral indignación y reclama que Mike Tyson sea sancionado por haber enloquecido, yo percibo un marcado aroma a hipocresía. Tyson fue un gladiador que rompió las reglas. Los verdaderos salvajes son aquellos que ahora quieren lanzarlo de carnaza a los leones».

Alcancé aquel lugar de absoluta oscuridad que está dentro de todos y cada uno de los seres humanos, aquel lugar en el que te dices: *Oh, esto es muy jodido, no debería hacer esto, pero así es como soy*. Al cabo de pocos días, salí a la calle y me topé con corrillos de gente que me aplaudía por haber mordido a aquel tipo. A todos les pareció *cool*.

—Bien hecho, campeón, yo también mordería a ese cabrón —me gritaban.

Me hizo sentir mucho mejor que la gente me censurara el mordisco y no que me lo alabara.

Poco tiempo después del combate, comenzaron a fluir las demandas judiciales. Un individuo organizó una demanda colectiva solicitando que les devolvieron el dinero de la entrada. Una mujer que servía bebidas en un bar del recinto montado para la ocasión aseguró haber sido herida cuando un guardia de seguridad la arrojó encima de una mesa al empezar los altercados. Todas las demandas fueron rechazadas.

La mujer de Holyfield también amenazaba con demandar a Crocodile. Durante el combate, Crocodile me gritaba indicaciones y ánimos.

—¡Muerde, muerde, Mike! —chillaba.

Lo que ella no sabía es que con «muerde» aquí se refería a entregarte con más contundencia.

A Don le preocupaba que me impusieran una sanción vitalicia, por lo que me convenció para llevar a cabo un poco de control de daños. Contrató a Sig Rogich, mi brillante especialista en relaciones públicas, para que

escribiera un comunicado que me encargué de leer el lunes siguiente en una rueda de prensa en el MGM Grand.

—Se me fue la cabeza. La noche del sábado fue la peor noche de mi carrera profesional. Hoy he venido aquí a pedir perdón, a pedirles a aquellos que esperaban más de Tyson que me perdonen por haber perdido la cabeza sobre el cuadrilátero y haber hecho algo que jamás había hecho y que jamás volveré a hacer.

Le pedí perdón a Holyfield y proseguí con la lectura de las palabras que me habían escrito.

—Pensé que podía perder como resultado de la gravedad del corte que tenía encima del ojo y simplemente perdí la cabeza. Tan sólo puedo decir que apenas tengo treinta y un años, que estoy en el mejor momento de mi carrera, y que si he llegado hasta aquí ha sido porque no tenía otra alternativa. Crecí en las calles, luché para salir de ellas y no pienso volver. En el pasado aprendí por las duras, porque no dispuse del lujo de contar con escuelas o personas en el momento en que más lo necesitaba. Espero ser castigado y pagaré el precio como un hombre. He buscado ayuda profesional para que me digan por qué hice lo que hice. Pienso echar mano de esa ayuda. A partir de ahora procuraré entrenar no sólo mi cuerpo, sino también mi mente.

Recitaba esas palabras pero no me las creía. Me sentía fatal y avergonzado por decir todo eso porque, en aquel momento, no lo sentía de corazón. Sólo fingía. Sabía que, de todas maneras, no me lo perdonarían y, si he de ser franco, lo cierto es que tampoco me importaba si me suspendían. Me encontraba en Nueva York comprándome un Ferrari cuando la Comisión Atlética del Estado de Nevada se reunió para decidir mi destino. Mis intereses los representaba Oscar Goodman, quien acabaría siendo el alcalde más famoso de la historia de Las Vegas. En la prensa habían hecho campaña a favor de una suspensión vitalicia. Oscar llevó a cabo una gran defensa pero, al final, los miembros de aquella comisión querían que corriera un poco más la sangre. El 9 de julio me calificaron de «descrédito para el boxeo», me imponían una multa de un 10% de mi bolsa, que ascendía a 3 millones de dólares, y me suspendían por un período mínimo de un año. Después de todo el dinero que le había hecho ganar a

aquella ciudad, me sentí profundamente traicionado. Nadie se ha acercado siquiera a la cifra de beneficios que aporté a Las Vegas.

Nos hallábamos frente a otra Norma Tyson. En el deporte profesional no existían precedentes de una multa y una suspensión de estas características. En 1977 Kermit Washington de los Lakers le fracturó la mandíbula y el cráneo a Rudy Tomjanovich, jugador de los Houston Rockets. Ese puñetazo acabó con su carrera y casi lo mata, pero Kermit sólo recibió una multa de 10 mil dólares y una suspensión de sesenta días. Un jugador de hockey llamado Dale Hunter atacó brutalmente por la espalda a Pierre Turgeon después de que le quitara el *puck* y marcara el tanto definitivo. El golpe también le obligó a retirarse. Hunter sólo recibió veintiún partidos de suspensión y una pérdida de ingresos salariales de 150 mil dólares. Aún mejor: en la famosa Summit Series de hockey sobre hielo celebrada en 1972 entre Rusia y Canadá, Bobby Clarke agarró su palo con ambas manos y propinó un golpe tremendo al tobillo de Valeri Kharlamov, el mejor jugador de las filas rusas. Se lo rompió y Canadá acabó ganando las series. Clarke ni siquiera recibió una multa ni una suspensión. Se convirtió en un héroe para su país.

—No sé en qué estaba pensando. Lo que hice fue algo horrible —declaró más tarde—. Pero no hay duda de que me sentó la mar de bien.

Me consta que Evander también conoce esa sensación. Con dieciocho años compitió en las semifinales de los Georgia Golden Gloves, enfrentándose a un tipo llamado Jakey Winters. Winters lanzó a Holyfield a la lona conectando un gancho de izquierda al cuerpo y un golpe de izquierda a la cabeza. Holyfield se levantó, mareado y en riesgo de caer por KO. De manera que se agarró a Winters, escupió su protector brutal y le mordió en un hombro hasta hacerlo sangrar. Winters se tiró hacia atrás del dolor y gritó. En ese momento sonó la campana. El árbitro le restó un punto a Holyfield y prosiguió el combate. Winters ganó por unanimidad, por puntos. La única consecuencia que tuvo que afrontar Holyfield por su mordisco fue un ego malherido y una derrota unánime.

11

Tras la suspensión, intenté mantenerme alejado de los focos. Al principio apenas me dejé ver en público. Una de las razones es que pasaba mucho tiempo en clubs de *striptease*. Siempre que conocía a una chica nueva, me la llevaba a uno en nuestra primera cita. La cosa se puso tan preocupante que Latondia empezó a traerme a los clubs los cheques que debía firmar. Yo los garabateaba mientras una chica bailaba alrededor de una barra a tres metros de mí. No hay duda que vivía en una fantasía.

En octubre de 1997 la demanda presentada por Mitch Green fue finalmente a juicio. Mitch solicitaba 3 millones de dólares por daños compensatorios y 20 millones por daños punitivos. Yo temía que mi imagen se hubiera deteriorado tanto que tuviera al jurado completamente en mi contra, por lo que estuve a punto de ofrecer a Mitch un cuarto de millón de dólares para llegar a un acuerdo antes de la vista. Gracias a Dios que no lo hice. El jurado dictaminó que yo había sido objeto de una provocación para iniciar una pelea. Le concedieron 100 mil dólares, pero lo encontraron corresponsable de los daños al 55%, de modo que sólo tuve que abonarle 45 mil.

En cualquier caso, no andaba bien de dinero. Aunque entre 1995 y 1997 había ganado en torno a 114 millones de dólares, me lo había gastado prácticamente todo, a lo que se sumaba una deuda fiscal pendiente por valor de 10 millones. Me quedaban unos 6 millones en el banco y Don se ofreció a adelantarme 4 millones para ponerme al día con los impuestos. Sin embargo, mi deseo era destinar ese dinero a establecer fideicomisos para mis hijos. Al final no aboné los impuestos y les di el dinero a ellos. Visto con perspectiva, aquélla fue una decisión estúpida, pero yo por entonces era

un arrogante. Tanto que me creía capaz de drogarme, beber toda la noche y conducir de regreso a casa, desde Connecticut a Nueva York, montado en mi motocicleta a más de 200 kilómetros por hora.

Lo irónico del asunto es que apenas iba a quince kilómetros por hora cuando me la pegué con la moto. Escasos minutos antes, a unos amigos y a mí la policía nos había dado el alto por exceso de velocidad. Yo no tenía ni permiso de conducir ni nada, pero nos dejaron marchar con una mera advertencia. Reanudamos el camino a mi casa y, puesto que iba quedándome dormido, reduje la velocidad hasta ir a paso de tortuga. Cerré los ojos un segundo y, cuando volví a abrirlos, me encontré con un amigo en los morros. No quise estamparme contra él y hacerle daño, por lo que apreté los frenos y salí disparado por encima del manillar.

Durante mi suspensión, Latondia trabajaba desde mi casa de Connecticut y ahí recibió una llamada de la policía de tráfico informándola de que había sufrido un accidente de moto y que me había negado a recibir asistencia médica. Estaba tan hecho mierda que una señora había detenido su coche, insistiendo en llevarme al hospital, pero yo le había pedido que me condujera a casa. Cuando llegué, me sentía tan grogui que sólo quería meterme en la cama. Latondia ya se había puesto en contacto con Monica. Antes de subirse en el primer vuelo desde Maryland, Monica le había advertido que no me dejara dormir bajo ninguna circunstancia. Las costillas me dolían de la muerte y ni siquiera era capaz de hablar sin tomar primero una bocanada de aire. No era consciente de que tenía perforado un pulmón.

Intentaba cerrar los ojos a toda costa, pero cuanto escuchaba era: «No te duermas, Mike». Al cabo de un rato, Farid y Latondia me metieron en una bañera de agua caliente para aliviar el dolor, pero no me fue de ayuda. Al final me llevaron de urgencias al hospital. Tenía una costilla rota, un hombro roto y un pulmón perforado. Las enfermeras se quedaron muy sorprendidas de que no me hubiera roto las piernas, ya que mis pantalones habían quedado hecho jirones a resultas de la caída. Por entonces tenía sobrepeso. Estoy convencido de que esos kilos de más habían ayudado a amortiguar la caída. Me pusieron de morfina hasta las cejas y yo no paraba de pulsar el timbre para que me dieran más. Vomité y mis pulmones

expulsaron una repugnante sustancia blanquecina. Eso sí, la morfina la disfruté.

Al cabo de pocos días, comencé a sentirme mejor y saqué a todo el mundo de mi casa: a Monica, su madre, mi hija Rayna, Rory, el equipo encargado de mi seguridad. Les dije a todos que se largaran. Farid y Latonia estaban a punto de marcharse cuando las llamé para pedirles que se quedaran. Escasos días después, fui a ver a Latondia a su estudio.

—Latondia, quiero que hables con Shawnee. Quiero que vosotras dos os llevéis bien y que todo el mundo trabaje codo con codo. Las cosas van a cambiar. ¿Estás de mi lado?

—Claro, ya lo sabes —me dijo.

No creo que me tomara muy en serio, pero últimamente había estado hablando mucho con una mujer llamada Shawnee Simms. Craig Boogie la había localizado y me la había presentado. Boogie siempre estaba a la caza de personas dispuestas a ofrecerme algún acuerdo. Shawnee vivía en Atlanta y era una persona de lengua rapidísima y con un plan ambicioso. Aseguraba que podría conseguirme grandes flujos de dinero montando una fundación con la que lavar mi imagen, atrayendo a apellidos como el de los Shriver y los Kennedy. Yo estaba a favor de cualquier cosa que me aportara ganancias, puesto que estaba arruinado y no veía a Don mover un dedo para conseguirme contratos.

Tenía sobre la mesa una propuesta de acuerdo con la WWF para hacer una aparición en *WrestleMania* en marzo de 1998. Invité a Shawnee a Connecticut para que se sumara a la reunión. Llevábamos semanas hablando con ella a diario, pero ésa iba a ser la primera vez que nos viéramos las caras.

Durante la reunión, Shawnee me puso una mano encima del hombro. Al salir del edificio, me la llevé a un rincón.

—Ni se te ocurra volver a tocarme en público, joder. No me toques cuando estoy hablando de negocios con la gente —le dije.

La cuadré a lo Arnold Rothstein.

Pero Shawnee aguantó el tipo. Algunos de mis amigos me habían advertido sobre ella desde el principio. Pensaban que había estado sonsacándoles información sobre mí. Se la imaginaban buscando sin

descanso información en internet sobre mi persona y el mundo del boxeo de cara a saber quién era quién. Estaban convencidos de que no era una mujer de negocios, sólo alguien sobrado de astucia. Yo, de todas formas, estaba dispuesto a darle una oportunidad. La tenía todo el día comiéndome la oreja: «Mike, deberías estar promocionando productos. Deberías ganar sesenta millones por combate. Blah, blah, blah».

Durante una de sus visitas desde Atlanta, acabé por acostarme con ella. No porque me atrajera, sino porque estaba colocado. No creo que pretendiera seducirme. Nunca volvimos a hacerlo. Me comporté como un cerdo esa única vez.

Mi contrato con la WWF se cerró a finales de diciembre. A Don King Productions le abonarían mi tarifa habitual de 3,5 millones de dólares a cambio de que ejerciera de árbitro invitado en el principal evento de *WrestleMania XIV*. También recibiría el 25% de los beneficios derivados de las ventas por *pay-per-view* una vez superados los 600 mil mil dólares. Aquello me pareció bien, pero luego me enteré que Don había firmado otro contrato por el cual él recibiría 300 mil dólares a cambio de ceder mi imagen para que la WWF la usara en sus campañas promocionales. Además obtendría un 10% de los beneficios derivados de las ventas por *pay-per-view* una vez superados los seiscientos mil dólares. ¿Cómo cojones consiguió Don ganar dinero comerciando con mi imagen?

Busqué asesoramiento en un amigo metido en la industria del entretenimiento. Conocí a Jeff Wald a través de Don por la época en que estaba distanciándome de Cayton. Me había ayudado con el divorcio de Robin y, por lo general, era un tío guay. Lo respetaba porque, al igual que Don y yo, venía de la nada. Me contó que se le había muerto el padre de niño y que su madre no paraba de zurrarlo.

A finales de enero, me encontraba en Los Ángeles con un montón de preguntas sobre cómo estaban manejándose mis negocios. Hice que Shawnee llamara a Jeff. Eran las 6.30 de la mañana y le dijo a Jeff que yo aguardaba plantado en la entrada de su casa/oficina. Jeff se cabreó porque era su cumpleaños, pero me dejó entrar.

—¿Quién es el dueño de mis derechos de imagen? —le pregunté tan pronto tomamos asiento.

Le hablé de los diez mil dólares que Don iba a recibir por mi imagen. Le pareció escandaloso y llamó de inmediato a Don.

—No puedes llevarte ese dinero por la imagen de Mike —le dijo.

—¿Está Mike contigo? —le preguntó Don.

—Sí.

—De acuerdo, le daré esos derechos, pero no deberías reunirte con Mike a mis espaldas, cabrón —gritó Don.

Cuando Jeff colgó el teléfono, le entregué ocho páginas escritas a máquina con un detalle actualizado del estado de mis cuentas. Jeff empezó a mirárselas por encima y se quedó de piedra.

—¿Por qué diablos están cobrándote ocho mil dólares a la semana por la casa en la que te alojas durante el campamento? Y están cargándote miles de dólares en toallas. ¿Quién diablos es tu contable?

Le dije que Muhammad Khan.

—Ése es el contable de Don —me dijo—. ¿Quiénes son tus abogados?

Le hablé de las personas al frente de mis negocios en Sidley Austin.

—Ésos son los abogados de Don. He tratado con ellos en infinidad de ocasiones.

Yo estaba enfadándome de veras. Jeff me pidió que regresara al día siguiente para darle la oportunidad de estudiar los documentos detenidamente. Regresé a mi habitación en el Hotel Bel-Air.

Después de que yo abandonara la casa de Jeff, King lo llamó para amenazarlo con volar a Los Ángeles y meterle una pistola por el culo. Bueno, a Los Ángeles sí que acabó volando. Una vez ahí, vino al Hotel Bel-Air para rogarme que recuperara la cordura. Yo estaba entrando en la limusina que me esperaba en la entrada del hotel, cuando intentó colarse dentro.

—Mike, tenemos que hablar —me dijo—. ¿Por qué estás jugándomela cuando esos jodidos blancos me han llevado de nuevo a juicio?

Por segunda vez el gobierno lo había procesado por fraude contra una aseguradora.

Le di una patada en la cabeza que lo envió volando fuera del coche. Luego fui yo el que salió para patearlo un poco más. Creo que todos los que aguardaban la entrega de sus vehículos se quedaron helados.

—Si quieres reunirte conmigo, reúnete en el despacho de Jeff Wald —le dije entrando en el coche.

Yo ya estaba sentando a la mesa de juntas con Jeff y su socio cuando apareció Don.

Jeff atosigó a Don desde el minuto uno.

—Fíjate en todas las perrerías que le has hecho, hombre —dijo, esgrimiendo las cuentas—. Esto no está bien.

—Tú ocúpate de tus asuntos, Judas —dijo Don—. Has comido mi comida, te has sentado a mi mesa…

Estuvieron gritándose mutuamente durante un rato hasta que Don optó por una vía conciliatoria.

—Mira, voy a despedir a Rory y a John, y tú e Irving podéis conseguir vuestro 20% —dijo Don.

—Aguarda un minuto —dijo Jeff—. Mike está sentado justo aquí. Ese 20% es suyo. Es decisión suya quién va a representarlo y quién no. Además, ¿estás ofreciéndonos un 20% de qué? El hombre ha perdido su licencia y tú no has movido un dedo para recuperarla. ¡Que te jodan!

Se pusieron de nuevo a intercambiar alaridos. Yo empezaba a cansarme de tanta palabrería: quería pasar a la acción. De modo que agarré un tenedor y me abalancé sobre Don. Jeff interpuso su corpachón entre ambos.

—¡Cabrones! ¡No se os ocurra hacerlo en mi casa! —nos gritó. Contemplando la escena desde el vestíbulo, su secretaria perdió los nervios y abandonó la casa corriendo. Mientras tanto, Don salió de la sala de juntas y recorrió el pasillo hasta mi despacho, desde el cual llamó a Monica para pedirle que intentara tranquilizarme.

Las cosas se calmaron y Don regresó a la sala de juntas.

—Don, fíjate en todo este dinero que le has escatimado a Mike —dijo Jeff.

—Pues tú fíjate en todo el dinero que le he hecho ganar —respondió Don.

—Eso no te da el jodido derecho a robarle —apuntó Jeff—. No me importa cuánto le has hecho ganar. No lo has protegido. Se suponía que eras el hombre que debía protegerlo de los demonios blancos. Para empezar, tú

no tienes a una sola persona negra trabajando para ti. El único demonio blanco en esta habitación eres tú.

Yo me partía de la risa.

Don abandonó la sala.

—Chicos, a partir de ahora encargaos vosotros de todo esto —les dije a Jeff e Irving.

Jeff se puso de inmediato manos a la obra. Reclutó a un contable que reclamó todos los archivos a mi antiguo contable. Luego hizo que John Branca y su bufete de abogados supervisaran todos mis contratos. Branca era uno de los mejores abogados del país.

El 2 de febrero despedí a John Horne y a Rory como mis representantes. Branca les envió una carta comunicándoles el cese de sus actividades. El 4 de febrero la oficina de Jeff Wald emitía un comunicado oficial en mi nombre.

Ahora tengo el control de mis asuntos tanto personales como profesionales. He contratado nuevos abogados y contables que se encargan de rendirme cuentas directamente. He creado Mike Tyson Enterprises y me encuentro en el proceso de tirar adelante con mi vida. Aprecio el apoyo que siempre he recibido del público americano y espero con ansias el advenimiento de un futuro rutilante.

Por el momento no voy a responder a ninguna pregunta, pero permanezcan atentos.

Al día siguiente me hallaba en Nueva York con motivo de una rueda de prensa en el All Star Cafe para promocionar *WrestleMania*. Los periodistas sólo estaba interesados en preguntarme por mi relación con Don, John y Rory. Confirmé que había despedido a John y Rory, y que estaba intentando desembarazarme de Don. A continuación, tendí una rama de olivo a Rory.

—Espero que Rory no se tome su despido como una cuestión personal. Rory sigue formando parte de mi vida. El papel que tenga en ella depende de él.

Obtuve mi respuesta en el momento en que Don, John y Rory emitieron sus propios comunicados.

—Quiero a Mike y él lo sabe, pero con frecuencia existen fuerzas externas e individuos que tratan de obtener beneficio de la frustración que Mike siente por la inactividad generada a raíz de su suspensión —dijo Don.

John y Rory parecían estar en modo negación.

—Pienso que, en ocasiones, las mejores amistades y relaciones profesionales se enfrentan a frustraciones y a malentendidos. Así es como describiríamos este caso —afirmaron en un comunicado conjunto.

Aquí estaba la respuesta que había estado aguardando. Rory se había unido a dos impresentables. Me había decepcionado y traicionado una persona por la que hubiera dado la vida. Pero no era la primera vez que me traicionaban y tocaba tirar adelante. Jamás volví a dirigirles la palabra ni a Rory ni a John.

Don y los demás habían perpetrado tantos chanchullos que Jeff tuvo que recurrir a Dale Kinsella, el socio de Howard Weitzman. Dale era un fiscal excelente. Me reuní con él varias veces. Dale recordó aquellos encuentros cuando fue entrevistado para un documental sobre mi persona.

—Antes de que Mike saliera de la cárcel, Don ya tenía bien planificado su futuro. Mike le confió muchas áreas y Don se aseguró de que éste no contara con abogados, asesores financieros ni contables. Estuve explicándole los pormenores de algunos documentos legales, incluyendo uno por el cual Don consiguió meterse en el bolsillo 43,5 millones de dólares que pertenecían al de Mike.

Esto era sólo la punta del iceberg.

Resultó beneficioso que llevara viendo a un psiquiatra desde diciembre. Monica me había puesto en contacto con el doctor Richard Goldberg, el director del departamento de psiquiatría de la Georgetown Medical School. Al principio fui un poco reticente a abrirme a un judío de mediana edad, pero se reveló una persona maravillosa y sus sesiones me sentaron muy bien. Goldberg diagnosticó que sufría un «trastorno distímico», lo que básicamente significaba una depresión crónica. Acertó. Me recetó Zoloft y, dadas las circunstancias, me encontré bastante bien. Por supuesto, me

encargué de combinar sus medicamentos con algunos de extraoficiales de mi propia elección.

A finales de febrero, ya tenía listo a mi nuevo equipo de representantes. Había contratado como asesores a Jeff Wald, Irving Azoff y Shelly Finkel, un viejo amigo que había representado a Evander Holyfield. Entre ello se repartirían equitativamente la tarifa estándar de representación, es decir, el 20%. Yo iba a conseguir muchísimo más dinero porque, al repasar los contratos firmados por Don, descubrimos que, además de su tarifa en calidad de promotor de mis combates, se agenciaba un 30% de las bolsas, lo que era ilegal. Esto significa que, cuando peleé contra Holyfield, cuya bolsa me representaba 30 millones de dólares, acabé llevándome sólo 15 millones: Don se quedó 9 millones, mientras que John y Rory se repartieron 6 millones. Don también me sisaba el 30% de los pluses que me ofrecían Showtime y MGM Grand.

Ojo que la cosa tenía más delito. King se quedaba con todos los ingresos derivados de las tarifas que abonaban los dueños de los recintos en los que se celebraban los combates, así como de las retransmisiones televisivas en el extranjero. Cuando cerró mi contrato con los responsables de MGM Grand, éstos le concedieron un préstamo por valor de 15 millones de dólares con el fin de que comprase acciones de MGM, garantizándole que habrían doblado su valor en el momento de la finalización del contrato. Yo no vi un céntimo de esos 15 millones. Don también había llegado a toda una serie de acuerdos bajo mano con Showtime con el fin de atraerme a su órbita. Mi nombre le servía para recibir cheques por promocionar eventos que no me tenían como protagonista. Asimismo, el acuerdo con Showtime autorizaba a Don y a Showtime a auditar los libros de cuentas, ¡mientras que a mí se me prohibía hacerlo!

Como si mangonearme todo ese dinero no fuera suficiente, Don también iba a por tajadas más pequeñas. Les pagaba bolsas exorbitantes a los otros boxeadores que participaban en las mismas veladas pugilísticas que yo, dinero que acababa saliendo de mi bolsillo. En concepto de asesoramiento le aflojaba a su mujer unos honorarios de 100 mil dólares y a sus dos hijos de 50 mil. Su hija ingresaba 52 mil dólares al año por presidir el Mike

Tyson Fan Club. Sus miembros jamás se reunían y ella ni siquiera se preocupaba de abrir las sacas de correos.

Me cargaban unas facturas demenciales por obras presuntamente realizadas en mi mansión de Ohio. Yo pagaba el servicio de la limpieza, los impuestos y el mantenimiento de la piscina de la mansión de King en Las Vegas. Tras mi combate de 1991 contra Razor Ruddock, desembolsé 100 mil dólares a la WBC en concepto de «tasa por reconocimiento de título». No fue un combate en el que hubiera un título en juego. También aboné un pago de 2 millones de dólares para que Don se hiciera con los derechos para promocionar a Ruddock en el futuro. Todos mis viajes se organizaban y pagaban a través de una agencia de viajes que era propiedad de la esposa de Don. Mis facturas estaban por sistema abultadísimas. Ah, claro, también se me iba un montón de pasta en toallas.

El 5 de marzo presentamos una demanda contra Don en el Tribunal del Distrito de Nueva York por un valor mínimo de 100 millones de dólares. Ése mismo día, mi abogado, John Branca, me envió una circular con la intención de motivarme.

—Esto va a concederte la oportunidad de establecer tu LUGAR EN LA HISTORIA, de ser un líder a la hora de buscar que se corrijan los delitos y las injusticias perpetrados por Don King, no sólo contra ti sino contra otros muchos boxeadores, a lo largo de las últimas dos décadas. A resultas de ello vas a ganarte un sitio no únicamente en la historia del boxeo sino también en la historia de la cultura y la sociedad, igual que antes lo hicieron Arthur Ashe o Curt Flood. El éxito de lo que estamos llevando a cabo depende enteramente de tu FUERZA y tu convencimiento. Don King buscará y explotará cualquiera de tus debilidades. Esto te va a exigir DEDICACIÓN y PACIENCIA y podría implicar tres años viéndote las caras con Don King en el tribunal pero, si mantienes tu compromiso, vencerás.

Branca y Jeff Wald también delinearon una estrategia para disparar mis ingresos por medio de una línea de ropa, un sello discográfico, acuerdos de *merchandising* para lanzar pósters y una autobiografía.

Pese a contar con mis consejeros trabajando en el diseño de mi carrera, había tres mujeres —Shawnee, Jackie Rowe y Monica— encargándose de muchas de las tareas del día a día. No quería ver a Monica involucrada en el

mundo del boxeo. No debía ser mordida por tan mal bicho. Yo atraía a los impresentables. Quizás eran sofisticados y competentes en lo que hacían, pero no por ello dejaban de ser impresentables, ya que había mucho dinero de por medio. Monica sólo deseaba protegerme. Ahora me doy cuenta, aunque en su momento no fui capaz de entenderlo.

Shawnee y Jackie eran harina de otro costal. Dos mujeres imponentes y descaradas. Jackie era 100% callejera. Estábamos cortados por el mismo patrón. En vez de ser diplomática con los ejecutivos y decirles: «Mike es la mayor atracción que existe y MGM debería sentirse más que agradecida de poder…», les soltaba: «Sois una panda de cabrones que deberíais estar lamiéndole el culo». Shawnee no era tan bruta como Jackie, aunque podía llegar a ser cruel. Tratar con Shawnee y Jackie superaba a Latondia. Se hartó de que la mangonearan y se largó. Yo seguía sin involucrarme en mis asuntos. No hacía otra cosa que salir por ahí a drogarme. Dilapidaba mi vida.

Necesitaba dinero de forma desesperada, por lo que vendí 62 de mis vehículos, incluyendo algunos deportivos, seis Ducatis y cuatro furgonetas Honda. Conseguí 3,3 millones de dólares por ellos. Mi nuevo equipo se involucró en el acuerdo con la WWF y nos pusimos a renegociarlo ahora que Don había desaparecido del mapa. En vez de una tarifa de 3,5 millones de dólares, obtuve una de 6 millones y un 35% de las ventas por pay-per-view una vez superado el millón. Me ilusionaba ponerme a trabajar con la WWF. De niño no paraba de mirar combates de *wrestling* en la WNJU, el Channel 47 y el canal UHF español.

Me llovieron las críticas por aparecer en *WrestleMania*, pero supuso un momento cumbre en mi vida. La gente decía que el *wrestling* que ofrecía era un asco, pero ese cheque de 6 millones de dólares no era para hacerle ascos. En 1990 tendría que haber arbitrado para la WWF un combate de Hulk Hogan, pero después de que Buster Douglas me noqueara, recurrieron a él.

Me lo pasé pipa promocionando aquel evento.

En mayo anunciamos que iba a lanzar mi propio sello discográfico, Iron Mike Records. Con la ayuda de Irving Azoff y John Branca encontraríamos una discográfica importante que distribuyera el trabajo de nuestros artistas.

Mientras tanto, contaba con Jackie Rowe para encargarse del lado empresarial del asunto. Añadimos a la demanda a mis antiguos abogados y asesores financieros de Sidney Austin. Esperaba poder obtener beneficios cuanto antes de estas demandas, ya que estaba desembolsando mucho dinero con el fin de defenderme de las muchas presentadas a su vez en mi contra. Además de dos mujeres, me reclamaban también dinero el entrenador de mis tigres, la empresa propietaria de una casa de Los Ángeles que al final había desestimado comprar, mi joyero en Las Vegas, el contratista de mi casa de Las Vegas, el charlatán del doctor Samedi y hasta Kevin Rooney, mi antiguo preparador.

Había llegado el momento de volver a subirme a un cuadrilátero. Llevaba un año en el dique seco. Jeff había estado en conversaciones con el doctor Elias Ghanem, el director de la comisión pugilística de Nevada. Yo adoraba al doctor Ghanem. Era un libanés nacido en Israel que había llegado a Estados Unidos con las manos vacías y había sido capaz de montar una fantástico consultorio médico, porque era un hombre de la vieja escuela: un doctor que se preocupaba de verdad por sus pacientes. Elvis, Michael Jackson, Wayne Newton, Ann-Margret… había tratado a todas las celebridades que habían pasado por Las Vegas. Además le chiflaba el boxeo. Le aseguró a Jeff que yo conseguiría recuperar mi licencia ya que el castigo «había sido desproporcionado». Tras el incidente con Holyfield me dijo: «La has jodido, pero todo va a ir bien».

Shelly pensaba que debíamos obtener una licencia en Nueva Jersey. No estaba informada de las maniobras de Jeff, a lo que se sumaba que ella y yo teníamos una buena relación con Larry Hazzard, ex árbitro y actual comisario de boxeo de Nueva Jersey. Jeff se oponía a la idea de acudir a Nueva Jersey, pero no estaba en condiciones de interponerse. Así que el 29 de julio me presenté a una vista delante de la Junta de Control de la Asociación Atlética de Nueva Jersey. Parecía que fuera Saddam Hussein el que se dispusiera a testificar. Entré en el edificio de la mano de Monica y la mayoría de los congregados a la puerta me aplaudió, si bien recibí abucheos por parte de los seis integrantes de la Organización Nacional por la Mujer que me seguían a casi todas partes.

Dentro de la sala había suficiente policía como para sofocar una revuelta a gran escala. Seguramente les despertaba bastante miedo. La vista comenzó bien. Monica declaró que: «El boxeo es su pasión y lo echa mucho, mucho, mucho de menos. Necesita el boxeo y creo que el boxeo lo necesita a él». Luego llegó el turno de Chuck Wepner, un ex aspirante al título de los pesos pesados. Consiguió que toda la sala se partiera de la risa al recordar las instrucciones que le había dado Tony Perez antes de dar inicio a su combate contra Muhammad Ali en 1975.

—No quería que lo asfixiara ni que le diera en la nuca. Precisamente mis dos mejores golpes.

Bobby Czyz declaró que, a pesar de habérseme ido la cabeza en el cuadrilátero, se me debería permitir seguir peleando.

—Afloró su lado callejero —dijo—. Si golpeo a un tipo y le saco un ojo, antes me lo como que devolvérselo. Así debe operar tu mente si eres boxeador. Mike no es ni de lejos tan malvado como se lo pinta. Cometió un error. También me consta que ha cambiado considerablemente. Mike Tyson se ha esforzado por expulsar de su vida las fuerzas diabólicas.

Llegaron a mostrar un vídeo realizado por Camille, que entonces contaba 93 años, en Catskill. En él decía que yo continuaba manteniéndola económicamente y llamándola «mi madre blanca».

Mi propio testimonio empezó con buen pie. Les conté que los cabezazos reiterados de Holyfield me habían nublado el juicio.

—Simplemente se me cruzaron los cables. Llegados a ese punto, ya nada me importaba —aquí se me atragantaron las palabras y tuve que hacer una pausa para recuperar la compostura—. Lamento lo que hice. Desearía que nunca hubiera ocurrido. Me perseguirá el resto de mi vida.

Al final de mi testimonio, sin embargo, la ayudante del fiscal general, Michael Haas, no dejó de cargar contra mí, buscando explicaciones a qué me había llevado a morder a Holyfield. Me preguntó una y otra vez si podría volver a hacer algo así.

—Este via crucis por el que he tenido que atravesar ha arruinado mi vida —respondí, intentando contener la rabia—. ¿Acaso piensa que querría volver a pasar por ello?

Se suponía que iba a leer una declaración para cerrar mi intervención, pero aquel tío asqueroso había logrado ponerme de los nervios.

—Ahora no quiero hacerlo porque estoy furioso —le dije a mi abogado, Anthony Fusco Jr.—. ¿Me entiendes, hombre? A la mierda. ¿Por qué tengo que aguantar esto cada vez?

—Relájate, relájate —intentó calmarme Fusco.

Que los jodan. Me sentía un gilipollas. Estaba harto de tener que amordazar a mi lado rebelde. Pensé en Bobby Seale y los Siete de Chicago, quienes no le toleraron ningún mangoneo a su juez.

A pesar de mi estallido, estábamos convencidos de que Nueva Jersey me concedería mi licencia. Y eso que el Fiscal General de Nueva York, Dennis Vacco, intentó meter baza. Vacco formaba parte de un grupo, en el que también se encontraba el senador John McCain, decidido a hacer limpieza en el mundo del boxeo. Había organizado audiencias en Washington y yo mismo le había entregado una declaración para hundir a Don.

Toda esta controversia preocupaba a Jeff y a los otros, por lo que el 13 de agosto, víspera de la reunión de la Junta de Control de Nueva Jersey en la que se decidiría mi destino, mis asesores retiraron la petición.

Yo estaba enfadado con el mundo y drogándome a la menor oportunidad. A finales de agosto, Monica y yo íbamos en coche cerca de su casa cuando alguien le dio un golpe por detrás a su Mercedes, a resultas de que un tercero había hecho lo mismo con su vehículo. El tipo salió del coche, rodeó el nuestro hasta llegar al lugar del conductor y comenzó a fanfarronear delante de Monica para, acto seguido, ponerse a gritarle al individuo que lo había golpeado. Yo bajé del vehículo y empecé a repartir hostias entre todos los implicados. Al primer tío le di una patada en los huevos y al que le había golpeado le metí un puñetazo. Monica no paraba de chillar y mi guardaespaldas, que iba en el coche de delante, tuvo que reducirme. Pensar ahora en esto me hace sentir fatal, pero es que por entonces atravesaba una etapa profundamente depresiva. ¿Os lo podéis creer? Tenía mujer e hijo, pero me sentía desesperado.

Volvimos a meternos en el coche y Monica se puso al volante. Alguien había llamado a la policía y estaban esperandonos a escasos kilómetros del

suceso. Yo llevaba un colocón de mil pares y empecé a quejarme de dolores en el pecho y les dije que había sido víctima de comportamientos racistas por parte de agentes del orden. Se ofrecieron a llevarme al hospital, pero nos dejaron marchar cuando les conté que Monica era médico. De hecho, sí que acabé acudiendo a un hospital de la zona para que me hicieran un chequeo. Todo estaba en orden. Dado que la policía no había estado presente en el lugar del incidente, los únicos cargos que podían presentar contra mí —en el caso de que decidieran hacerlo— eran una falta por agresiones.

Al final llegó la demanda. El 2 de septiembre, Richard Hardick, el tipo que nos había golpeado por detrás, presentó una por agresiones aduciendo que le había pateado los testículos. Al día siguiente, el tercero en discordia, Abmielec Saucedo, me demandó por haberle dado un puñetazo en la cara.

Todos los que trabajaban para mí andaban preocupados con este caso. Ahora que estábamos preparándonos para intentar recuperar mi licencia en Las Vegas, ¿cómo iban a reaccionar los miembros de la comisión a mi ataque de furia? Aún peor: puesto que seguía en libertad condicional en Indiana, la juez Gifford podía arrastrar mi culo de vuelta a la cárcel por otros cuatro años.

El 19 de septiembre me presenté frente a la comisión de Las Vegas. Llegué a la vista en una de mis motocicletas, luciendo tejanos y camiseta negros. A la entrada me aguardaban todos mis abogados trajeados. Cuando bajé de la moto, arrojé el casco al suelo y todos salieron despavoridos. Me tenían un miedo atroz. Jeff y yo nos partíamos la caja.

Resultó una audiencia muy reñida. Mi abogado Dale Kinsella insistió en la abultada fianza que se me había impuesto y en lo jodida que estaba mi situación financiera. Yo me limité básicamente a dejar que mis abogados y testigos hablaran. Cuando me formulaban alguna pregunta, dirigía la mirada hacia el doctor Ghanem y, si me disponía a meter la pata, él cabeceaba de forma sutil como diciéndome: «No, no digas eso, no digas eso». La audiencia duró seis horas y después el doctor Ghanem habló con la prensa.

—Tyson no entró en erupción a lo largo de las seis horas —dijo, como si aquello supusiera un gran logro por mi parte.

La comisión no tomó una decisión ese mismo día. De hecho, elevaron una moción según la cual debía someterme a un examen psiquiátrico en profundidad antes de que pudieran siquiera votar sobre mi readmisión. Me ofrecieron la opción de acudir a la Clínica Mayo, la Clínica Menninger o el Hospital General de Massachusetts. No cabía ninguna duda. El director del departamento de psiquiatría de este último era hermano de fraternidad de Irving Azoff.

De manera que llamé a dos amigas de Los Ángeles y les pedí que volaran a Boston para reunirse conmigo. Cada día salía del hotel en dirección al Hospital General de Massachusetts para que me hicieran pruebas. La noche antes de empezar el tratamiento recogí a las dos chicas en el aeropuerto con mi limusina e hice que el chófer nos consiguiera algo de coca. Cada noche que pasé en Boston fue una fiesta salvaje.

La primera mañana que me presenté en el hospital estaba de un humor de perros. Me habían organizado la visita con los médicos en una especie de sala de espera de lujo o salón privado. Me imaginé que estaban otorgándome el tratamiento VIP.

—Ey esto es una estupidez —dije—. No me merezco estar aquí junto a todos estos gilipollas.

El resto de los presentes en aquella habitación parecían recelosos de mí.

Justo en ese momento, se me acercó una mujer de raza blanca de unos veintinueve años. Me recordaba al personaje de Velma de *Scooby-Doo*. Lucía un jersey de cuello cisne, un corte de pelo en forma de casquete y unas grandes gafas con montura de concha. Se sentó a mi lado con cara de preocupación. Supuse que se trataba de una de las profesoras del pabellón de psiquiatría.

—¿Qué te ocurre? Pareces desanimado —me dijo.

—Se creen que estoy loco porque le mordí la oreja a ese negro, pero no tienen ni idea. La única razón por la que lo hice fue porque no dejaba de darme cabezazos y el árbitro no le llamaba la atención, lo que hizo que me desesperara y no tuviera otro remedio.

Meditó durante un minuto.

—Estabas inmerso en una lucha —me dijo con calma.

Yo llevaba un colocón de mil pares de narices, pero aquellas palabras me llegaron al alma como si se tratara de una muestra de atávica sabiduría zen.

Joder, *sí* que había estado inmerso en una lucha. De inmediato me sentí curado. Lo dijo con una autoridad absoluta. Aluciné que fuera capaz de entenderme al 100% tras haber estado conmigo apenas unos segundos. *Por eso a los loqueros les pagan una pasta gansa*, pensé.

Mi euforia se vio interrumpida por la llegada de una enfermera.

—Es la hora de que te tomes tus medicinas, Nancy —le dijo la enfermera a la mujer con la que estaba hablando.

—Métetelas por el culo —le gruñó y de un golpe le tiró las medicinas al suelo. La enfermera hizo un gesto y entraron dos auxiliares que le colocaron a la mujer una camisa de fuerza. Ella opuso resistencia a los dos hombres hasta que pudieron reducirla.

Luego recorrí la habitación con la mirada. Había un individuo echando babas en un rincón y hablando consigo mismo. Entonces caí en la cuenta de que no me encontraba en una sala de espera de lujo, sino en una unidad psiquiátrica y de que todos los presentes, incluyendo a la doble de Velma de *Scooby-Doo*, estaban como una regadera.

El 19 de octubre era la fecha fijada para que los miembros de la comisión de Las Vegas decidieran sobre mi readmisión, de modo que mis abogados trabajaban a contrarreloj para llegar a un acuerdo con los dos tipos con los que había protagonizado el incidente en la calle. Finalmente llegamos a un acuerdo por el que les pagaría 250 mil dólares a cada uno, a los que se sumarían otros 150 mil que les entregaría Showtime después de mi primer combate tras la suspensión. Ambos firmaron una declaración jurada en la que afirmaban que, pese a creer que yo era la persona que les había golpeado y debido a la «desorientación y la confusión que rodearon los hechos acontecidos aquel día», no contaban con «la absoluta certeza de que fuera el señor Tyson quien me agrediera».

Antes de la vista del 19 de octubre, uno de los miembros de la comisión insistió en hacer público mi expediente psiquiátrico. Esto era una gilipollez y mis abogados se opusieron con uñas y dientes, pero existía una oscura ley que dictaba que no se podía someter mi regreso a votación a menos de que

aquél saliera a la luz. Ahora todo el mundo podía saber cuán subterránea era mi autoestima. Aunque sufriera de depresión crónica, los médicos aseguraron que: «El señor Tyson es apto mentalmente para volver a boxear, para cumplir con las normas y reglamentos, y para realizar todo ello sin que se repitan los hechos del 28 de junio de 1997. Si bien tomamos nota de la impulsividad y de los problemas emocionales y cognitivos señalados arriba, somos de la opinión de que éstos, ni juntos ni por separado, inhabilitan mentalmente al señor Tyson a este respecto».

En otras palabras, era un hijo de puta enfermo, pero esto no era obstáculo para que me subiera a un cuadrilátero para intentar despedazar a alguien.

A la siguiente vista me acompañó Magic Johnson. Estaba interesado en meterse a promotor de boxeo y no había duda de que a ojos de los miembros de la comisión era un negro que no planteaba ninguna amenaza. Sin embargo, cuando me mostró cómo iba a enfocar el asunto comencé a irritarme.

—Mike conoce el dinero, pero no lo entiende y yo espero enseñarle a hacerlo. Necesita convertirse en un hombre de negocios. Mike es el único individuo que conozco que, pudiendo hacer cien o doscientos millones de dólares, prefiere abstenerse. Antes se lo daría a los demás. Necesita alguien que le gestione su dinero y eso es lo que yo podría aportar al equipo de Mike Tyson.

Conseguí mantenerme relajado. Ese mismo día la comisión votó a favor de devolverme la licencia por una relación de 4 a 1.

Ahora ya podía volver al cuadrilátero y amasar algo de dinero. En ese momento mi deuda con Hacienda ascendía a 13 millones de dólares. A muchas personas esta cifra les parecerá una locura, pero yo estaba acostumbrado a recibir pagos multimillonarios, por lo que sabía que era capaz de salir del paso. Resulta gracioso que por esta época mis nuevos contables hallaran un plan de jubilación a mi nombre que, con el paso de los años, llevaba acumulados más de 250 mil dólares.

Los contables se pusieron a investigar y descubrieron que Cus se había encargado de abrirme esa cuenta durante nuestros años en Catskill. Cuando me dieron la noticia, lloré como un bebé. Por primera vez en mi vida

entendía el significado de la expresión «lo que cuenta es la intención». Cus debió prever que me puliría el dinero. No pensé que hubiera nadie capaz de quererme. En aquel punto de mi vida aquello consiguió devolverme algún tipo de fe en la humanidad.

A principios de diciembre no alegamos las acusaciones por delitos menores en el caso del accidente de coche en Maryland, dado que con los dos tipos con quien habíamos chocado Monica y yo íbamos a llegar a un acuerdo. Mis abogados estaban convencidos de que en la sentencia, hacia finales de febrero de 1999, no iba a recibir más que un apretón de manos y ya está.

Mi primer combate de regreso se fijó para el 16 de enero contra el sudafricano Frans Botha. Lo apodaban el Búfalo Blanco y no era ninguna perita en dulce. En 1995 había ganado el título de la IBF, pero más adelante había sido desposeído del mismo tras dar positivo por esteroides. Luego había participado en los combates secundarios organizados en torno a mi primer enfrentamiento con Holyfield. Completó una gran actuación contra Michael Moorer con el cinturón de la IBF en juego, cayendo en el último asalto. Por consiguiente, no me lo tomaba a la ligera.

Sin embargo, llegué a la pelea muy oxidado. Fue una noche horrible. Botha no dejó de agarrárseme. Al final del primer asalto se me pegó como una lapa y yo hice palanca con mi brazo derecho para levantar su izquierdo de cara a intentar descoyuntárselo. Soy un boxeador verdaderamente sucio. No debería decirlo, pero es verdad. Pienso que deseaba con ahínco que la gente comentara lo sucio y despiadado que era. Cuando después de la pelea me preguntaron si había tenido la intención de romperle el brazo, me limité a responder: «Correcto».

Sólo gané uno de los primeros cuatro asaltos e incluso en ése el árbitro Richard Steele me restó un punto. Los comentaristas de Showtime —Kenny Albert, Ferdie Pacheco y Bobby Czyz— coincidían en que Botha estaba pudiendo conmigo gracias a tanto agarrón, transformando el combate en una pelea callejera. Tras el cuarto asalto, sin embargo, les comenté a Crocodrile y a mi nuevo entrenador, Tommy Brooks, que mi rival empezaba

a dar síntomas de cansancio y que iba a hacerme con la pelea. Aparentemente, Ferdie Pachecho no era de la misma opinión.

—Tyson parece moverse a cámara lenta. Es incapaz de encadenar dos golpes seguidos. Ésa es la señal de un boxeador en las últimas, el no poder lanzar golpes. ¡Oh!

Pero yo no necesitaba encadenar dos golpes. En el preciso momento en que Ferdie decía eso, conecté un derechazo en toda la mandíbula. Se derrumbó sobre la lona. Intentó incorporarse, pero fue incapaz de hacerlo antes de que el conteo llegara a su fin. Se precipitó contra las cuerdas y volvió a caer. Fue una pelea muy fea, pero yo me redimí con un espectacular noqueo con un único golpe. Botha se fue al suelo como si le hubiesen disparado munición anti elefantes. El Búfalo Blanco fue víctima de la caza furtiva.

En el seno de mi equipo dominaban las intrigas. Shelly y Shawnee habían hecho buenas migas aliándose contra Jeff e Irving. Jeff seguía recuperándose de una intervención quirúrgica y debía instalarse en Los Ángeles para coproducir la nueva serie de Roseanne Barr, de modo que en la práctica había desaparecido. Mi carrera estaba en manos de Shelly, Shawnee y Jackie Rowe.

Y también en las del sistema judicial de Maryland. El 5 de febrero de 1999 me presenté frente a un pequeño tribunal de Rockville. Llevaba puesto un traje de color gris oscuro y un chaleco negro. Me acompañaban Monica y, por lo menos, una docena de personas más entre abogados y consejeros. Yo había optado por guardar silencio frente a los cargos que se me imputaban y mis abogados habían redactado un acuerdo que me evitaría entrar en prisión. Sólo tendría que pagar una multa, tras lo que quedaría en libertad condicional, y cumplir con las horas de trabajo comunitario. Pero volvieron a joderme.

El nuevo fiscal del distrito, Doug Gansler, y su asistente, Carol Crawford, se presentaron con un documento de once páginas que me hacía quedar como un criminal de guerra nazi. Crawford parecía detestarme especialmente. Era una mujer de aspecto muy masculino con el pelo cortísimo. Dio la impresión de estar empecinada en hacerme pagar toda la rabia que le inspiraba el género masculino. Yo era su trofeo.

En vez de cumplir con su parte del acuerdo, aquellos dos mentirosos sacaron a relucir hasta el más insignificante hecho que pudiera resultar vejatorio, incluyendo declaraciones de Teddy Atlas según las cuales Cus me había malcriado de niño. También citaron extractos de mis entrevistas, sin olvidarse de una concedida a *Playboy* en 1998, en el transcurso de la cual le dije al escritor Mark Kram que yo era «un cabrón odioso» que «un día acabará estallando». Y recuperaron unas palabras escritas por el propio Kram en las que me definía como «la figura más oscura del mundo del deporte» con la que jamás se había cruzado.

Llegaron a darle la vuelta al informe psiquiátrico elaborado por el Hospital Mass General en el que, a excepción de mi depresión, se me consideraba una persona saludable.

—Quizás no podamos hallar nada «malo» en el acusado más allá de todo lo «malo» que reúne cualquier hijo de vecino abusón. De todos modos, este abusón en particular utiliza el mundo entero como su campo de juegos. Un comentario realizado por el doctor Robert Butterworth, psicólogo clínico, puede poner a este tribunal sobre la pista más crucial. Tras evaluar los comentarios llevados a cabo por el acusado durante la entrevista concedida a Kram, el señor Butterworth señaló que: «Si nos está advirtiendo que planea llevar esto a cabo, seríamos unos idiotas de no verlo venir».

Aunque esta jurisdicción no se dedica a castigar por anticipado, el tribunal siempre debe tomar en consideración la seguridad del acusado, así como la del público, a la hora de emitir la sentencia correcta. El acusado no es otra cosa que una bomba de efecto retardado que, enterrada en nuestro propio jardín, aguarda el momento de estallar.

¿Os podéis creer esta mierda? ¿Dónde estábamos, en la Rusia estalinista? Esos mentirosos querían utilizar una entrevista en la que me había desahogado y un diagnóstico de un tal doctor Butterworth que jamás me había reconocido para meterme entre rejas antes de que esta «bomba de efecto retardado» estallara. Cualquier persona podía ver que estos tipos pretendían machacarme, pero a nadie le importaba porque probablemente creyeran que me lo tenía merecido.

—Aunque en este estado no castigamos por anticipado —*precisamente lo que estaban defendiendo*— el encarcelamiento, entendido como punto de partida, conseguiría cumplir con el doble objetivo de castigar y prevenir. Un proceso de rehabilitación, a través de alguno de los eficientes programas de los que dispone esta jurisdicción, podría dar inicio durante el encarcelamiento y prolongarse a lo largo del período de libertad condicional que se estipulara. Tomando en consideración que el acusado ha negado su responsabilidad, a lo que se suma su pose desafiante, sus comentarios sobre su carácter y sus predicciones en torno a su futura conducta, los objetivos de prevención y rehabilitación quizás nunca se alcancen. De todas formas, durante el período de encarcelamiento el público quedará por lo menos a salvo de su potencial para la violencia.

El juez Johnson estuvo de acuerdo. Me condenó a dos años de prisión, con un año de suspensión de sentencia, me impuso una multa de 5 mil dólares y dictó dos años de libertad condicional y dos mil horas de trabajos comunitarios. En caso de apelar la sentencia, me denegó la libertad bajo fianza.

La minúscula sala se llenó de suspiros de asombro. Monica empezó a llorar desconsoladamente. Me colocaron unas esposas y me condujeron directo a la prisión.

—Cualquier fiscal habría hecho lo mismo que yo —declaró Gansler a un redactor de la Associated Press—. Luego cada uno dirá lo que quiera.

Me arrojaron a una celda de 1,5 x 2,5 metros en el Bloque Dos, que era su idea de estar bajo custodia protegida. Esto implicaba que me encontraba separado de la población reclusa, compuesta en su mayoría de chavales ricos de raza blanca procedentes de Montgomery County. Mi unidad quedaba en régimen de aislamiento y la formaban unos pocos individuos que eran demasiado débiles o agresivos para mezclarse con el resto. Les rogué que me pusieran con el grueso de la población reclusa. Necesitaba moverme entre ella para familiarizarme con el sistema de cara a conseguir privilegios. Así me habían educado. Por el contrario, me hallaba bajo custodia protegida y los celadores se me acercaban para sacarme fotos que luego vendían a la prensa.

Llevaba dos meses ahí cuando me metieron en su versión del agujero. Todo empezó con su intención de que me visitara un psiquiatra de la prisión. Yo ya seguía tratamiento con el doctor Goldberg, uno de los mejores especialistas del país, por lo que me negué a ver a aquel soplagaitas. Me había recortado a la mitad mi dosis de Zoloft y me negué a tomar la pastilla de otro color que me ofrecieron. Dos días después, me encontraba al teléfono en la sala de estar cuando un celador particularmente sádico se me acercó y me colgó el aparato, dejando mi conversación a medias. En la cárcel yo era una persona diferente; mucho mas quisquillosa que en casa. Bastaba que cualquier pequeño detalle saliera mal para sacarme de mis casillas y que aflorara la bestia.

Me encabrité, arranqué el aparato de la tele de su soporte de metal, y lo lancé al suelo. A continuación, lo recogí y lo arrojé contra los barrotes de la celda, tras los cuales me observaban el alcaide y dos celadores. Un pequeño trozo de plástico se rompió e impactó contra uno de los celadores. Éstos me enviaron de inmediato a «segregación administrativa». Permanecía encerrado veintitrés horas al día, teniendo prohibido comprar aperitivos en la cantina y recibir vistas o llamadas telefónicas, excepto de mis abogados o médicos. La noche siguiente vino a verme el doctor Goldberg, quien me restituyó la dosis normal de Zoloft.

Tras el incidente del televisor, la administración del centro presentó cargos por conducta inadecuada, destrucción de la propiedad y asalto a un miembro del personal por ese fragmento diminuto de plástico.

Me sentenciaron a veinticinco días de aislamiento, pero mi abogado apeló y salí al cabo de cinco. No me gustaba nada esa prisión. Deseaba que me enviaran de regreso a Indiana. En este centro no disponía de nadie con quien aliarme, que me trajera cosas y me consiguiera chicas. En Indiana seguía en libertad provisional por lo que les habría resultado sencillo mandarme de vuelta. El problema es que podrían obligarme a cumplir con los cuatro años de condena que tenía pendientes. Jim Voyles, mi abogado de Indiana, realizó unos veinte viajes entre ésta y Maryland hasta que finalmente cerró un acuerdo por el que serviría sesenta días extra de reclusión en Maryland, mientras que Indiana se lavaría las manos para

siempre. La juez Gifforf se mostró encantadísima de poder firmar este acuerdo. Nadie me quería rondando de nuevo por Indiana.

Yo estaba cabreado. Quería meterle una demanda al jodido juez para poder regresar. Sin embargo, una vez me hube acostumbrado a la cárcel de Maryland, no resultó tan terrible. Monica empezó a cocinar para mí y obtuve permiso para que me enviara la comida. Al cabo de pocos meses, me había metido tantos kilos encima que solicité permiso para hacerme traer una cinta para correr y una bicicleta estática. Me lo concedieron. Siempre fui el capullo más privilegiado de la cárcel.

Con el tiempo me convertí también en una especie de ángel de la guarda para el resto de los internos. Éstos me hacían llegar mensajes a través de los celadores en los que me pedían poder compartir sus problemas. Algunos celadores acudían a mí para contarme que algún chaval atravesaba un mal momento y yo le enviaba un mensaje de calma.

No recibí muchas visitas en la prisión de Maryland. Monica vino a verme, igual que Craig Boogie y un puñado de amigos. Mi novia jamaicana, Lisa, también se dejó caer. Escribió su nombre en el registro de visitantes y Monica lo descubrió al presentarse unas horas después. Montó en cólera. Por suerte había una pequeña ventana de cristal separándonos.

La visita que a todas luces causó más revuelo fue la de John F. Kennedy Jr. Acudió una noche. Tras correrse la voz, diez medios de comunicación enviaron a periodistas a montar guardia fuera de la prisión durante horas. Dentro reinó el caos. Le pedí a John que saludara al resto de internos que, al igual que yo, estaban en régimen de aislamiento. «Mándale un abrazo a su madre. Envíale un beso a su niño». Yo era el puto amo.

John y yo nos habíamos hecho amigos en Nueva York. Un día me topé con él por la calle y me invitó a que subiera a ver las oficinas de su revista *George*. Era una persona hermosa y sencilla que iba en bici por Manhattan y que en ocasiones utilizaba el transporte público. Lo primero que me dijo cuando vino a verme fue: «Toda mi familia ha intentado disuadirme. Así que cuando te los encuentres y te saluden con una sonrisa, ya sabes de qué pie calzan».

Justo antes de su visita, uno de sus primos se metió en un lío por follarse a una niñera o algo así.

—En efecto, mi primo es el vivo ejemplo de la conducta inapropiada —me dijo John.

—Hagas lo que hagas, jamás le faltes el respeto a tu familia en público. No lo hagas porque eso es precisamente lo que la sociedad está deseando. La gente quiere hundirte y que no seas nada —le conté—. Tú sólo di en privado que son unos capullos. Nunca públicamente.

Hablamos largo y tendido sobre la familia Kennedy, en especial de su abuelo, si bien no parecía saber muchas cosas sobre él, fuera del hecho de que a sus hijos no les enseñó nada sobre el mundo de los negocios. Me dijo: «Ningún miembro de mi familia sabe hacer negocios, de aquí que todos se hayan dedicado a la política. Mi abuelo quiso que todos fuéramos unos malcriados».

Me imagino que ése es el motivo de que lanzara la revista, para aprender a llevar un negocio. Sentía que no había conseguido nada en la vida y aquello era algo que podía mostrarle el camino.

Conversamos un poco sobre mi caso.

—Mira, me consta que el único motivo por el que estás aquí es porque eres negro —me dijo. Era su forma de transmitirme que sabía qué vientos soplaban.

En un momento dado le solté a bocajarro: «Ya sabes que tienes que dedicarte a la política».

—¿Qué? —pareció un poco sorprendido—. ¿De verdad lo piensas?

—Si no lo haces, estarás fallándole a mi madre y a su gente. Te vieron debajo de esa mesa. No puedes decepcionar a una generación perdida que tanto creyó en tu familia. A mí no vas a hacerlo, que me jodan, yo voy a dedicarme a lo mío, pero esas personas cuentan contigo. Depositaron sus esperanzas en tu padre y tu tío, y tú eres su legítimo continuador —le dije.

Se quedó en silencio. Quizás pensó que estaba loco.

—No, colega, en serio que debes hacer esa mierda. ¿Estás loco? ¿A qué has venido a este mundo si no? Naciste para ello. Los sueños de la gente están en tus manos, tío. Es una carga muy pesada, pero no deberías haber tenido el padre y la madre que te tocaron.

Habría sido un político excepcional. Le preocupaban de verdad las personas: uno podía notar que no se trataba de una mera fachada. Era capaz

de conectar con la gente, de despertar el interés de individuos a los que ni siquiera conocía. No temía que lo vieran en público: se mezclaba entre la gente buscando involucrarse. *Guau* —pensaba yo— *este tío sí que es interesante*.

Aquella noche parecía cansado. Me dijo que necesitaba un café porque esa misma noche iba a volar de regreso a Nueva York. Había venido hasta aquí acompañado de su instructor de vuelo.

—No, hombre. Ve a mi casa. Quédate con Monica y los niños —le dije —. De todos modos, te falta un tornillo por volar en esa avioneta.

—No sabes cómo me siento allá arriba. Me siento muy libre —me dijo.

—Debes sentirte estúpido allá arriba, no sabes lo que haces. Si debes volar, hazlo solo. No te lleves contigo a ningún ser querido, por favor.

Se quedó callado, pero esa noche fue a ver a Monica y ella me dijo que le comentó: «Bueno, Mike me ha dicho que soy un estúpido por volar en mi avioneta. El mismo Mike que tuvo ese accidente de moto».

También hablamos de pasar tiempo juntos cuando saliera de la cárcel. Me sacó a colación a varias mujeres, dándome la impresión de que él y su esposa atravesaban por un momento muy jodido.

—Cuando salgas, dame un poco de tiempo para poner en orden unos asuntos pendientes con mi mujer. Después tú y yo tenemos que vernos. Debes venirte conmigo a Aspen.

—¿Aspen? —le dije—. En Aspen no hay negros. Ahí nadie me va a entregar su amor.

—Uh, uh. Está Lynn Swann —me dijo John.

—Lynn Swann no es negra —le dije.

—Sí, llevas razón —tuvo que admitir.

Por descontado, en ese mismo instante le solté el discurso de que necesitaba salir cuanto antes. Ya llevaba casi cuatro meses entre rejas. Tiempo suficiente, pensé. Una prima de John, Kathleen Kennedy Townsend, la hija mayor de Robert Fitzgerald Kennedy, era por entonces la asistente del gobernador de Maryland.

—Sácame de aquí —le supliqué—. Pídeselo a tu maldita prima.

—Mike, la verdad es que apenas la conozco —me dijo.

Quizás tuvo la suficiente delicadeza para no hacer ningún comentario en aquella sala de visitas.

—¿Que no la conoces? ¿Qué cojones quieres decir? Si os reunís toda la familia para jugar a fútbol en Hyannis Port.

Me sonrió y se marchó. Al salir se vio rodeado por los medios de comunicación.

—He venido aquí para mostrarle mi apoyo a un amigo —dijo John—. Mike es una persona muy diferente a la que sugiere su imagen pública. Es un hombre que realmente estaba camino de enmendar su vida y que dispone de la oportunidad de conseguirlo en el futuro. Espero que haber venido hoy hasta aquí y haber dicho esto contribuya a que la gente empiece a creérselo, porque ha tenido una vida muy difícil.

Acto seguido, se metió en su limusina en dirección a mi casa, donde paró a tomarse un café. Al poco tiempo de la visita de John-John, ¡bam!, abandoné la prisión.

12

Tan pronto salí de la cárcel, es decir, el mismo día, fui a casa, hice la maleta y puse rumbo a Nueva York. No pasé tiempo con mi familia como debería haberlo hecho. Me subí al coche y, ¡bam!, conduje hasta Nueva York para visitar a una de mis novias. Simplemente carecía de las habilidades y herramientas necesarias para ser una persona responsable. O del deseo. No puedes tener un pie en el matrimonio y el otro en el vicio. Contar con ese despliegue de novias mientras estuve casado supuso una droga en sí misma. Y en el caso de necesitar todavía más, me bastaba con caminar por la calle para que las mujeres se me lanzaran a los brazos. Era un esclavo adicto al caos de la celebridad. Deseaba parar, pero me resultaba imposible.

Por aquella época no había nada bueno en mi vida. Los nuevos encargados de llevar mis asuntos habían renegociado los acuerdos con Showtime y MGM Grand porque Don ya era cosa del pasado, pero seguía en apuros debido a todos esos millones que Showtime me había avanzado y que habían acabado en los bolsillos de Don. Asimismo, notaba el aliento de Hacienda en la nuca.

Me había instalado en Phoenix de cara a empezar a entrenar con vistas a mi siguiente combate y, a principios de junio, comencé a prestar servicios comunitarios en la infame cárcel que dirigía el alguacil Joe Arpaio en la misma ciudad. Estaba encantado de tenerme ahí. Yo me dedicaba a recorrer los barracones improvisados del centro para decirles a los prisioneros que no se metieran en líos. Paralelamente, los agentes encargados de mi libertad condicional me trataban como si fuera John Gotti. Intentaban pillarme en falta a la menor oportunidad. Si les llegaba el rumor de que me encontraba en un club, llamaban de inmediato a mi abogado y teníamos que encontrar a

algún testigo que pudiera rebatirlo. Acto seguido, mi abogado les escribía que: «Tal y como ya les indiqué, Mike no visitó el club Amazon el martes 29 de junio, lo que ha sido confirmado por Monica. Mike se encontraba durmiendo en su habitación».

¡Soy Al Capone! Soy un negro malvado, el hombre más temible del mundo. Ya sabéis que mi ego megalómano se tragaba estas gilipolleces. Recibía un tratamiento digno de El Padrino. Continuaba siendo un objetivo muy codiciado por las alimañas. Un día de agosto, mientras cumplía con mis tareas en la cárcel, el alguacil me llamó a su despacho.

—Mike, una de mis empleadas va a presentar una demanda contra ti. Dice que la golpeaste y la arrojaste al suelo. No entiendo cómo ha tardado una semana en formular estos cargos —me dijo.

—No me alejé de tu lado. Sabes que esto es una farsa —le dije.

—No veo el modo en que pudieras hacerlo —convino.

Por descontado, todo era un camelo. Pero era el tipo de camelo al que debía enfrentarme. ¿Ser objeto de una demanda mientras prestaba servicios comunitarios? Encontraron un vídeo y fotos tomados en el lugar de los hechos en el momento en que supuestamente se produjeron. La empleada penitenciaria estaba junto a mí y era todo sonrisas, de modo que retiraron unos cargos que bien podrían haberme costado tener que regresar a la cárcel de Maryland. Me imagino que habían pretendido dejar en evidencia a Arpaio. Sus empleados no le tenían mucho aprecio.

El 23 de octubre de 1999 volví a subirme a un cuadrilátero. Mi oponente fue Orlin Norris. Durante mis años como campeón nunca tuve ni idea de quién era este tipo, pero solía presentarse a mis ruedas de prensa y quedárseme mirando con cara de loco. Había participado en algunos combates paralelos a los eventos principales en los que yo luchaba, pero no le presté atención. Yo pensaba: *Puede que este negro vaya armado. ¿Quién es este tipo? ¿Le falté el respeto o lo desplumé jugando a los dados?* Tenía miedo. Nadie había tenido huevos de hacerme algo así: clavarme fijamente la mirada, en absoluto silencio. Creía que podría tratarse de alguien a quien había tratado mal en las calles.

Al final del primer asalto lo mandé a la lona con un *uppercut* de izquierda. El árbitro me descontó dos puntos por haberle dado después de

que sonara la campana, pero no importó. Norris volvió a su rincón, se sentó en el taburete y no volvió a levantarse. Alegó haberse lesionado en la rodilla al caer y que no podía continuar. El público empezó a abuchear y a lanzar objetos y, de repente, cincuenta policías uniformados tomaron el cuadrilátero. Ya estaba de nuevo liada. Yo estaba en buena forma y en el siguiente asalto me habría empleado a fondo y lo habría noqueado, pero se quedó pegado al taburete. Se declaró un combate nulo. No lo supe en ese momento, pero aquélla fue la última vez que pisé un cuadrilátero de Las Vegas.

A Shelly Finkel le pareció buena idea que durante un tiempo combatiera fuera de Estados Unidos, dando margen a que en Las Vegas se enfriaran los ánimos tras el fiasco con Norris. De modo que me organizó una pelea en Manchester, Inglaterra, fijada para el 29 de enero del año 2 mil. Ahí tendría ocasión de conocer a Julius Francis, el campeón británico de los pesos pesados. Inglaterra supuso un viaje de cuidado. Allá donde fui, atraje a las masas. Durante mi visita al gueto de Brixton, me vi rodeado por tal enjambre de fans enfervorizados que tuve que buscar refugio en una comisaría de policía. Creo que fue la primera vez en mi vida que entré en una de forma voluntaria.

Me resultaba imposible pasear por las calles de Londres porque se liaba un alboroto, de manera que tuvimos que ir de compras en coche. En un momento dado, el vehículo se detuvo frente a un semáforo y, cuando la gente de alrededor descubrió que yo iba dentro, comenzaron a zarandearlo. Otros estampaban la cara contra las ventanillas. La escena recordaba a esos países del Tercer Mundo en los que la muchedumbre intenta evitar que el dictador abandone un lugar, haciendo cuanto está en su mano por bloquear el avance del vehículo, llegando incluso a arrancarle el techo. A mí, en cambio, me mostraban su amor.

En Escocia me enfrentaba a Saverese. Era un rival interesante. No se trataba de ningún patán. Tenía un largo recorrido profesional. En 1997 había perdido contra George Foreman a los puntos tras una decisión que había dividido a los jueces. En 1998 noqueó a Buster Douglas en el primer asalto.

Contaba con un registro de 32 victorias por KO en 42 combates, pese a lo cual no creía que fuera a suponerme ningún problema.

Sonó la campana y cayó a la lona con mi primer golpe, un gancho de izquierda curvo que le impactó en la sien. Se incorporó y lo acosé a saco. Estaba camino de volver a ir al suelo cuando el árbitro se interpuso entre los dos. No advertí que el árbitro estaba deteniendo la pelea, por lo que seguí lanzando golpes y accidentalmente lo alcancé con un gancho de izquierda que lo envió a la lona. Los periodistas británicos que retransmitían el combate bromearon más tarde asegurando que aquel árbitro era incapaz de aguantar un ponche.

Yo era un boxeador maleducado y consentido, con lo cual me creía capaz de salir impune del hecho de darle un puñetazo a un árbitro. Pero en esta ocasión en concreto debo admitir que no tuve intención de golpearlo. Fue resultado de la maldad que volqué en mi empeño por hacerle daño a Savarese.

Cuando regresé a Londres, había estallado una controversia. Yo seguía estando listo para pelear a matar con Frank Warren. Si ves la pelea puedes notar lo rabioso que me sentía. Al acabar fui tras él porque era un desvergonzado. Se presentó a pelear aun teniendo rota la cuenca de un ojo, la mandíbula y una mejilla. Una vez en Londres, sin embargo, optó por esconderse. El periódico *Daily Record* llevó en primera página un artículo en el que se afirmaba que yo le había atacado en la suite de mi hotel por una deuda pendiente de 630 mil dólares en joyas. Warren les dijo que esa historia era «pura basura». Me vi obligado a montar una rueda de prensa para abordar el tema, ya que el agente de mi libertad condicional tenía algunas preguntas que hacerme desde Estados Unidos.

—¿Le pegaste? —me preguntó un periodista.

—No, señor.

—¿Intentaste arrojarlo por la ventana?

—No, señor. Yo quiero a Frank Warren.

Al agente de mi libertad condicional le preocupaban mis comentarios tras el combate contra Savarese y mi supuesto enfrentamiento con Warren.

Darrow consiguió suavizar ambos temas. Incluso se me permitió asociarme con Ouie.

Uno de los requisitos para que se me concediera la libertad condicional fue que siguiera un tratamiento psiquiátrico, de modo que visité al doctor Barksdale y a su socio en Tempe, Arizona. El encuentro no acabó de ir bien. Una vez más, Darrow salió en mi auxilio.

—Tengo entendido que el encuentro con usted y su socio pudo ser adverso —le escribió a Barksdale—. De todas formas, cabe destacar que anoche me telefoneó Mike por otro asunto y me preguntó de forma explícita si sería posible volver a verlos a ambos. Debo decirle que, basándose en mis tratos con Mike, algo así suena de lo más esperanzador.

Me encontraba de regreso en Las Vegas. Uno de los motivos por los que había llegado en tan buena forma a mis dos combates en el Reino Unido era que me había acostumbrado a caminar cincuenta kilómetros diarios, en ocasiones con temperaturas superiores a los cuarenta grados. Acostumbraba a ir solo, aunque algunos de mis amigos más ingenuos se pensaron que sería un trayecto placentero durante el cual nos ligaríamos a algunas chicas. No era en absoluto eso. No se hablaba y no se paraba. Yo tenía la cabeza en las nubes. A un amigo que quiso acompañarme le dio un ataque al corazón.

Empecé con estas largas caminatas tras leer un libro sobre Alejandro Magno y su ejército. Por aquellos tiempos recorrían casi cien kilómetros al día, por lo que me dije: «Qué coño, yo también puedo hacerlo». Cuando llegué a los dieciséis kilómetros diarios me pareció como si alguien hubiese acercado un soplete a mis pies. Llevar unas estupendas zapatillas deportivas New Balance no eliminaba la sensación de que me los hubiera quemado. Leyendo un poco más descubrí que todos aquellos grandes guerreros realizaban esas marchas drogados. La historia de las guerras es la historia de las drogas. Desde el principio de los tiempos, los mayores generales y guerreros se han drogado.

En consecuencia, añadí hierba y alcohol a mi preparación para las caminatas. Por lo general estaba cabreado, pero andar colocado a más de 40 grados llevó mis problemas de bipolaridad a otro nivel. El alcohol, la maría y el calor no congenian. Caminaba con el torso desnudo y la camiseta atada a la cabeza. Al haber perdido tanto peso, los pantalones se me caían. El sol

me había tostado tanto la piel que lucía como el alquitrán. Me cruzaba con gente que dudaba de si se trataba de mí o no. Un tipo se me acercó a pedirme un autógrafo y, ¡pam!, le solté un tortazo. Me encontré a una chica con la que me había acostado en una ocasión y que trabajaba en Versace. Se mostró preocupada.

—Mike, ¿estás bien?

—Que te jodan, zorra —le grité—. Te odio profundamente. Nunca me gustaste.

No hay duda de que el calor me había frito el cerebro. Estaba perdiendo la chaveta.

Nunca llevaba dinero encima y, cuando me deshidrataba, entraba dando tumbos en las tiendas y los dependientes me daban agua. A veces podía oír el zumbido de un helicóptero de una cadena de noticias local que me seguía como si fuera O. J. Simpson a bordo de su Bronco.

Estas caminatas llevaban de cabeza al equipo encargado de mi seguridad. Me apodaron Gump por Forrest Gump. Anthony Pitts intentaba seguirme a una distancia prudencial, pero a veces me perdía. Otras ni me enteraba que andaba cerca. Desde el gimnasio andaba hasta el club Cheetahs y Anthony tenía avisados a los dueños para que lo llamaran cuando llegara. Entonces él y mis otros empleados hacían turnos en el aparcamiento a la espera de que saliera.

Una vez recorrí el largo camino que separaba mi casa de la peluquería de mi amigo Mack. Era un día especialmente caluroso y acarreaba una bolsa grande de hierba. Pasé un rato en casa de Mack hasta que tuvo que marcharse a recoger ropa de la tintorería y yo enfilé hacia casa. Estaba tan pasado que hablaba conmigo mismo. Apenas había cubierto unas pocas manzanas cuando vi a Anthony siguiéndome en su Suburban. Iba colocado y se me fue la pinza. No me importaba vivir o morir. De tanto en tanto me daban ataques así. En mi drogada mente paranoica imaginé que Anthony estaba espiándome. ¿Por qué demonios me seguía a todas partes? Por un momento penetró en mi cabeza la idea de que yo le pagaba para que lo hiciera.

Giré por un callejón que desembocaba en una comisaría de policía. Cuando Anthony finalmente me dio alcance, yo ya estaba armándola

delante de los policías y señalando en su dirección. Anthony bajó de su furgoneta.

—Me han contratado para que te proteja, por lo que debes subir a la furgoneta —dijo Anthony—. Venga, volvamos a casa.

—No pienso subirme —dije—. Este individuo está molestándome. Quiero que arresten a este hombre.

No paraba de gritar, inconsciente de que llevaba encima una bolsa inmensa con hierba.

Los polis empezaron a hacerle preguntas a Anthony y yo me largué. Ya había avanzado varias manzanas, pero Anthony volvió a darme alcance. Estaba tan cabreado que agarré un ladrillo que yacía en la cuneta y lo arrojé contra el parabrisas de su Suburban. Al día siguiente, Shawnee le envió dinero para que lo reemplazara.

El 22 de agosto me impusieron una multa de 187 500 dólares por haber golpeado accidentalmente a aquel árbitro en Glasgow. Era la de mayor cuantía en toda la historia del Reino Unido. Me lo tomé como si fuera una propina. A ver, estaba preparándome para ganar 20 millones de dólares combatiendo contra Andrew Golota, el Polaco Infame. Golota, un caballero gigantesco de origen polaco, tenía reputación de ser el boxeador más sucio del circuito. Tras ir con ventaja en dos de sus combates contra Riddick Bowe había acabado siendo descalificado por reiterados golpes bajos. Yo había ido a la misma escuela de educación especial que Bowe, por lo que me excitaba la idea de ganar el combate en su nombre.

La cita tuvo lugar el 20 de octubre en Detroit. La noche antes de la pelea estaba muy nervioso. Cuando nos encontramos frente a la báscula, me entró el pánico. Era un tipo enorme y chiflado con la espalda llena de bultos encarnados de tanto darle a los esteroides. Parecía un maldito leproso. Mientras intentaba conciliar el sueño, no podía dejar de pensar: *Quién cojones me manda pelear contra ese armario majareta*. Decidí fumarme un canuto y tras la primera calada mi estado de ánimo sufrió una transformación completa. *Que se joda ese negro*, pensé. Guau, cuánto necesitaba ese canuto.

La noche de la pelea me negué a hacerme una prueba de orina antes de salir. Me imaginé que Steve Thomasya me suministraría mas tarde el pis.

Me acompañaban Puffy y Lil Wayne e hicimos que algunos raperos de la banda Cash Money me escoltaran cantando hasta el cuadrilátero. Al citarnos en el centro, me sentía a tope. Sufría por ese árbitro canijo. Entre Golota y yo podía acabar recibiendo una buena hostia.

En el primer asalto ataqué con insistencia al cuerpo de Golota y pude notar cómo iba derrumbándose. Yo me movía con bastante fluidez y trabajaba a fondo los *jabs. Jab* a la cara, ¡bam!, ¡bam!, seguido de unos puñetazos al cuerpo. Mantenía la mano izquierda demasiado baja. Me lanzó un *jab* flojo, me escurrí debajo suyo y, ¡bam!, le hice un corte en el ojo izquierdo de un golpe. Quedando diez segundos para finalizar el asalto, opté por una estrategia de contundentes derechazos y acabé por tumbarlo.

Al empezar el segundo asalto, me abalancé sobre él. Lancé golpes salvajes que fueron al aire, pero también conseguí castigarle el cuerpo de forma considerable. A punto de llegar al final de ese segundo asalto, se limitó a retroceder y dar manotazos.

Estaba listo y ansioso porque diera inicio el tercer asalto cuando me encontré con una escena a la que no podía dar crédito. Golota estaba peleándose con su equipo. El vídeo que emitió Showtime mostró más tarde cómo Golota se negaba a pelear otro asalto, mientras recibía los gritos del hombre al frente de su rincón, un italiano viejo y bajito llamado Al Certo.

—Golpéale con la jodida derecha —le decía Certo.

—Voy a detener la pelea —le respondía Golota.

—Ni te atrevas, soplapollas. Vas a ganar este combate.

—Para ya.

—No digas eso. Vamos, no jodas. Vas a ganarlo.

—Me largo —dijo Golota y, a continuación, se levantó, apartó a Certo a un lado y se paseó por el cuadrilátero. Yo no sabía qué demonios hacía ese lunático.

—No, no —le gritó Certo.

Golota se acercó al árbitro.

—Me largo —le dijo y el árbitro dio por finalizado el combate.

Certo, sin embargo, no había acabado. Cuando Golota regresó a su rincón, intentó meterle a la fuerza el protector bucal y empujarlo de nuevo al cuadrilátero. Pero Golota ya había tenido suficiente. Se puso el albornoz

y salió a toda pastilla. En el camino hacia los vestuarios, el público le arrojó de todo, incluyendo un refresco de naranja que le dejó todo el cuerpo del mismo color.

Después Golota intentó achacar su abandono a los mareos producidos por mis cabezazos, pero la verdad es que se cagó en los pantalones. Al día siguiente, la esposa de Golota lo llevó al hospital y el médico le diagnosticó una conmoción cerebral y una fractura en el pómulo izquierdo, el destinatario de los derechazos que consiguieron llevarlo a la lona.

Tan pronto metí un pie en el vestuario, los autoridades médicas de Michigan acudieron a hacerme la prueba de orina. Por culpa de Golota posiblemente fueran tras la pista de esteroides. El caso es que no dio tiempo a que Steve Thomas me facilitara el pis. Tuve que darles el mío. No hace falta decir que encontraron la hierba en mi organismo. Deberían haberme concedido una bonificación por luchar bajo los efectos de una droga que neutraliza la agresividad. En vez de eso me cayó una suspensión de noventa días, lo que no tenía la menor importancia ya que tampoco pensaba volver a combatir antes, así como una multa de 5 mil dólares y la obligatoriedad de donar otros 200 mil a una entidad benéfica de Michigan. Me quitaron la victoria por KO técnico y declararon el combate nulo.

Pese a embolsarme 20 millones de dólares con ese combate, mis finanzas estaban bien jodidas. La situación era tan crítica que empecé a cortejar a unos promotores de Malasia que querían verme combatir en su país. Enviaron a una señora llamada Rose Chu para convencerme, la cual se pasó varias semanas en mi casa. Me ofrecieron una bolsa de 16 millones de dólares y un millón por adelantado. Conseguí que me cubrieran facturas por obras de renovación de la casa que ascendieron a 200 mil dólares y un anticipo por la compra de un nuevo Rolls-Royce.

A principios de 2001, mis contables me enviaron un informe sobre la evolución de mis cuentas a lo largo del año 2000. Había empezado el año con una deuda de 3,3 millones de dólares. En 2000 gané 65,7 millones, incluyendo una indemnización por valor de 20 millones con Sidley, el ex gestor de mis negocios. Conscientes de que lo que habían llevado a cabo con Don era robo al por mayor, se mostraron complacidos de llegar a un acuerdo. El problema es que ese año me había gastado 62 millones: 8 en

impuestos, 5,1 en facturas de abogados, 5 para Monica, 4,1 para devolverle un préstamo a uno de mis promotores, 3,9 a Rooney por su demanda, 3,4 en nóminas varias, 2,1 en coches, 1,8 en inversiones en Iron Mike Records, la cifra crecía de lo lindo.

Por supuesto, mi nuevo equipo de representantes no aportaba soluciones. Estaban tirándose mutuamente de los pelos. Jackie me aseguraba que Shawnee estaba desplumándome a gusto.

—Mike, está robándote dinero. Cada vez que te compras un coche después de un combate, ella va y se agencia el mismo modelo. Es una embaucadora. No juega a las damas, juega al ajedrez —me dijo Jackie.

Organicé una llamada telefónica a tres bandas y Shawnee se puso a llorar y me dijo: «Ya te advertí que no le gustaba».

Shawnee hizo una visita a las oficinas de setenta mil metros cuadrados de Iron Mike Records que Jackie había abierto en Brooklyn, tras lo cual decidió que ella también necesitaba un espacio de trabajo igual de lujoso en su lugar de residencia, Atlanta. Yo acepté como un idiota. Jamás puse un pie en aquellas oficinas.

Lo cierto es que mis negocios me importaban un comino. Yo quería consagrarme en exclusiva a mis vicios. Mi actitud se resumía en: *Me la suda*. ¿Por qué pensaba así en el momento álgido de mi carrera? La triste verdad es que, excepto Cus, nadie había velado de corazón por mis intereses. A día de hoy, sigo sin poder creerme que apartara aquel dinero para abrirme un fondo de jubilación. Cada vez que pienso en ello, me echo a llorar.

El panorama no mejoró tras la muerte de Camille en junio de 2001. Caí en una depresión más profunda y aumenté el consumo de drogas. De todos modos, debía ponerme a entrenar de cara a mi siguiente combate, que iba a celebrarse en Dinamarca. Montamos el campamento en Big Bear City en San Bernardino County, California.

Monica y los niños vinieron a pasar unos días conmigo. El día después de que se marcharan, Rick Bowes, uno de los encargados de mi seguridad, y yo fuimos al Kmart local, porque era el único sitio en toda la ciudad donde proveerse de determinados artículos. Había una mujer mayor, de unos cincuenta años o algo más, atendiendo una de las cajas. No era nada guapa,

pero poseía un cuerpo que era pura dinamita. A la hora de ir a pagar, me pidió un autógrafo y me deslizó su número de teléfono. Como soy un perro, la llamé y vino a verme a la casa que compartía con Rick.

Nos acostamos sobre el sofá de la sala de estar. A la mañana siguiente, Rick llevó a Crocodrile a urgencias para que le examinaran de algo. En el hospital coincidieron con la cajera del Kmart, quien le dijo a Rick: «Hice algo que no debería haber hecho». La noche anterior yo le había confesado que no debíamos practicar el sexo ya que estaba en época de entrenamiento. La mujer también le comentó a Rick que le había hecho daño durante el coito y que ahora iba a necesitar tratamiento. Acto seguido, le preguntó qué sentía yo por ella después de haber mantenido relaciones sexuales. Más tarde lo llamó y acordaron citarse en el Denny's local. Una vez ahí, le dijo que yo le gustaba y que la había decepcionado al no presentarme. No dejó de atosigar a Rick para que yo la llamara y le pidiera que me reuniera con ella porque deseaba hacer algo juntos.

El siguiente paso fue dedicarse a llamar al móvil de Rick para advertirle que teníamos que largarnos de la ciudad porque el fiscal del distrito la presionaba para que interpusiera una demanda. Asimismo, amenazó con hablar con la prensa sensacionalista. Rick le preguntó: «¿Cómo podemos arreglar este asunto?». A lo que ella respondió: «Necesito un coche nuevo». Resultó que conducía una cafetera.

Rick volvió a la casa en la que nos alojábamos.

—¿Qué ocurre con la señora del Kmart? Asegura que le has hecho daño —me dijo Rick.

—¿Eh? —dije; no tenía la menor idea de a qué se refería.

Decidimos acudir a su lugar de trabajo a hablar cara a cara. Nos reunimos con ella en el aparcamiento. Estaba como una puta cabra. Empezó a decir que iba a contar su historia a las revistas de cotilleos y que necesitaba un coche nuevo. Tras escucharla unos segundos, me giré hacia Rick.

—Larguémonos de aquí, ya te dije que estaba loca.

Aquello disparó su cabreo. En el aparcamiento nos rodeaban algunas personas y sintió que le habíamos faltado el respeto.

Al abrir la prensa al día siguiente, el 10 de julio, nos encontramos con que aquella lunática aseguraba que la había violado. Al llegar al gimnasio, me encontré con un enjambre de periodistas intentando sacarme alguna declaración.

En pocas horas Darrow ya estaba ocupándose del caso. Se presentó en el gimnasio, le dijo a Rick que regresara a casa a hacer las maletas y, en cuestión de media hora, estábamos a bordo de un pequeño jet con destino a Los Ángeles. Darrow regresó a Big Bear City y se puso a trabajar.

Resulta asombroso comprobar cuánto se parecía este caso al de Desiree Washington. Ambas mujeres habían intentado ponerse en contacto conmigo tras mantener relaciones sexuales sin conseguir que les devolviera las llamadas. A ambas se les había ido la pinza tras haberme comportado como un sinvergüenza. La diferencia es que esta vez contaba con un abogado genial que realmente se volcó en mi defensa. Empezó por entrevistar a algunas de sus compañeras de trabajo en Kmart. Dio con una amiga cercana que trabajaba con ella y que le dijo que la supuesta víctima se le había acercado en el trabajo para contarle que había «hecho el amor» conmigo. Me describió como una persona «dulce» y «agradable», destacando cuánto le habían «gustado» mis besos y la ternura con la que le había hablado. Asimismo, realizó un dibujo de un pene enorme sobre un trozo de papel y le contó a su amiga que, en efecto, yo la tenía así de grande y que al acabar se había sentido dolorida. Le pidió a su amiga que la condujera a mi casa para darme la oportunidad de disculparme por haberle faltado el respeto. Quedó decepcionada, porque se esperaba que yo le extendiera la alfombra roja y ni siquiera le ofrecí algo de beber. También le comentó a su amiga que deseaba «dar un paso al frente» de cara a vengarse de mí por no haberme disculpado.

Darrow no se detuvo aquí. Recibió una llamada del sobrino de la presunta víctima, Kermit, y acordaron verse en su domicilio. Kermit le contó que estaba de alquiler y que «no hay duda de que desearía tener los dos millones de dólares que me permitirían hacerme con todo este edificio». A continuación, Darrow le preguntó si podía grabar la conversación, a lo que Kermit respondió: «Ésta no es la forma en que acostumbro a hacer tratos. Me imagino que no ha venido a ofrecerme un trato».

Darrow localizó al encargado de Kmart, quien le comentó: «No puedes creerte ni una palabra de lo que diga». También le hizo saber que la mujer estaba escampando su versión de la violación a los cuatro vientos, incluso entre los clientes de Kmart. Estaba disfrutando de la atención que le prestaban los medios de comunicación. Darrow se puso en contacto con la casera de la mujer y le sacó la frase: «No era una persona muy de fiar». Llegó a dar con un cliente de la presunta víctima. Dueño de un negocio de informática, le entregó una cinta con una conversación entre ambos en la que ella insistía en que se vieran después del trabajo. La mujer le contó que se sentía frustrada por la situación en casa con su marido, lo cual la empujaba a buscar gratificación física fuera. Cuando el informático le dijo que no quería tener una aventura con ella, empezó a acosarlo a llamadas telefónicas.

Por último pero no por ello menos importante, Darrow obtuvo declaraciones juradas de dos médicos prominentes según las cuales el dolor o el sangrado son con frecuencia resultado de relaciones sexuales consentidas.

Darrow reunió todos estos testimonios en 150 páginas que presentó al fiscal del distrito de San Bernardino County. De paso le recordó que, bajo el código penal de California, estaba «en la obligación de informar al jurado sobre aquellas pruebas tendentes a negar de forma razonable la culpabilidad». Asimismo le comunicó que en el curso de sus investigaciones había sacado a la luz un gran número de pruebas que respaldaban con fuerza «la inquebrantable afirmación del señor Tyson de que no ha incurrido en *absolutamente ningún género de comportamiento delictivo*».

Paralelamente, la empleada de Kmart consiguió que una abogada carroñera llamada Gloria la representara en la demanda civil que me había interpuesto. A Showtime le preocupaba que la prensa internacional se hubiese hecho eco de los alegatos, lo que «podría comprometer seriamente la capacidad de Showtime de llevar a cabo los preparativos del próximo combate de Tyson en Copenhague». Demandaban una resolución para ver si el fiscal general presentaba o no cargos. La obtuvieron. Tras recibir el fantástico documento que Darrow les había preparado, el fiscal general de

San Bernardino resolvió no formular cargos contra mi persona. Supongo que a veces sí que se hace justicia.

No tardaron en intentar volver a joderme. Al cabo de pocas semanas, un día estaba echado viendo el noticiero ESPN Sports Center por la tele en mi casa de Las Vegas. De la cocina me llegaba el olor del pollo frito que Chef Drew estaba preparándome para el almuerzo. Era una típica mañana en Las Vegas hasta que mi asistente Darryl entró corriendo en la habitación.

—Ey, Mike, creo que están aquí los talibanes.

Parecía histérico.

—Darryl, cierra la puta boca —le dije, sólo habían transcurrido unos diez días desde los terribles ataques del 11-S.

—No, lo digo en serio, creo que los talibanes han tomado la propiedad.

No sonreía en absoluto.

—¿De qué estás hablándome? —le dije.

—Ven, Mike, por favor —me dijo.

Salimos fuera.

Se había reunido un centenar de tíos con ropas de camuflaje, blandiendo armas de asalto y con granadas colgando de los cinturones. En la mano libre sostenían un escudo protector. Avanzaban lentamente en dirección a la casa, escondiéndose cada poco detrás de mis majestuosas palmeras. A todo esto se sumaban dos enormes carros de combate, en cuyos laterales llevaban grabada la palabra SWAT, franqueando las monumentales verjas de hierro forjado que delimitaban la entrada a mi casa. Oímos un zumbido y levantamos la cabeza. Había helicópteros en el cielo. Mi casa era objeto de una invasión.

El batallón ya estaba dispuesto a cruzar la puerta de entrada. Sus componentes blandían los escudos frente a sí, llevaban las armas en ristre y los pantalones de camuflaje por encima de las botas. Entonces se cuadraron frente a nosotros.

—¡No se muevan! ¡Dejen de avanzar! —nos gritó uno de ellos.

No moví un músculo.

Click, click, click, el sonido de los rifles amartillándose se dispersó por el aire.

—Bin Laden no está aquí. Nosotros no hemos tenido nada que ver con el asunto ése del 11-S —dijo Darryl. Probablemente había estado viendo demasiado la CNN. El aspecto de aquellos tipos era el de unos militares realizando maniobras en el desierto. El único problema es que el desierto era mi propiedad.

Finalmente se identificaron. No eran talibanes, eran la policía de Las Vegas. Jamás había visto tanta policía reunida en un mismo punto de la ciudad. Dijeron que estaban ahí para investigar una acusación según la cual había mantenido prisionera a una joven durante tres días y la había violado. Yo disponía de guardias armados, a los que Darryl había apostado en una garita. Me imagino que aquella joven les había contado a las autoridades que en mi propiedad había armas, por lo que se habían presentado sobradamente preparados. Acabábamos de cambiar los turnos laborales, así que los guardias trabajaban desde el anochecer hasta el alba. La policía había irrumpido sobre las once de la mañana, así que ya se habían retirado, dejando las verjas abiertas.

Tan pronto vio cómo las tropas nos invadían, Rick contactó telefónicamente con mi abogado Darrow Soll. Darrow le indicó que me sacara de la casa y que no le dijera ni una palabra a la policía. Por mí ok. Nos registraron y nos ordenaron que abandonáramos el lugar. Hicieron que Darryl se quedara porque, al ser el supervisor de la propiedad, podía facilitarles el acceso donde quisieran. Por algún motivo, también dejaron que Chef Drew permaneciera. Mientras lo habían mantenido retenido en el suelo, nos había llegado el olor a pollo chamuscado desde la cocina. Le permitieron levantarse para que regresara a la cocina a evitar que la casa entera acabara consumida por las llamas.

Con Darryl y Drew como únicos testigos, empezaron a poner patas arriba mi casa: habitación por habitación, caja por caja, papel por papel. Arrancaron los canapés y los colchones de la cama. Miraron todos y cada uno de los vídeos. Estuvieron ahí entre las once de la mañana y la una de la mañana del día siguiente. Demonios, si hasta llegó un momento en que pidieron unas pizzas e hicieron un receso para cenar. Mostraron amabilidad suficiente como para ofrecer a Darryl una porción, pero este declinó.

Acabaron confiscando un montón de cosas, incluyendo mis vídeos porno caseros. Yo me pase el día llamando a Darryl.

—¿Siguen ahí?

—Sí, Mike, están desmontándote la casa.

Yo me había dirigido al gimnasio y luego le había pedido a mi guardaespaldas Rick que me condujera a la casa de otra de mis novias. Me sentía confuso acerca de los motivos por los que esos tipos se dedicaban a arrasar con mi hogar. Al final resultó que la chica que había llamado a la policía era una chica que había conocido en la peluquería de Mack. Me la traje a casa y básicamente se instaló una semana entera. La dejaba ahí cuando me iba a entrenar y se pasaba las horas haciendo visitas a la cocina, llevando encima únicamente una de mis camisetas, para pedirle a Chef Drew que le preparara algo de comer. Conocía todos los códigos de seguridad de la casa y de la verja, por lo que podía entrar y salir a su antojo. ¿Y ahora resultaba que la había secuestrado? Cuando al fin abandonó la casa, Rick la acompañó a la suya. Estaba contenta. ¿Qué diablos la había llevado a decir esas barbaridades sobre mí para que se me cayera el pelo?

Lo descubrí tras llamarme desde Houston un amigo mío que era productor discográfico. Me contó que la mujer estaba viéndose con otro boxeador famoso. Cuando regresó a su lado tras estar conmigo, él montó en cólera. Le metió una paliza. Luego la obligó a acudir a la policía para informar de que la había secuestrado y retenido contra su voluntad.

Yo estaba con un cabreo de aúpa. No sabía a ciencia cierta que aquel boxeador se encontrara detrás de todo el tinglado pero, de ser cierto, podía darse por muerto. Sin embargo, soy un gran creyente en el karma: en que a los malos tipos les ocurren cosas malas. Barajé la posibilidad de enviarlo al otro barrio. Él probablemente creyó que así lo haría ya que aumentó su dispositivo de seguridad. En cualquier caso, sus guardaespaldas no hubiesen supuesto ningún obstáculo. El miembro de una banda de mi barrio, el cual solía llevarme a realizar los servicios comunitarios, me dijo que diera la orden y haría una llamada para conseguirme a doscientos hombres, todos ellos armados, formando a mi lado. Le agradecí la oferta pero acabé descartándola. Jamás busqué venganza. Unos años después, aquel tipo y yo

acabamos drogándonos juntos. Por entonces, sin embargo, deseaba joderlo de veras. Pero lo dejé correr.

Tras ver cómo arrasaban mi casa, salió a la luz la identidad de la chica. Los periodistas se acercaban a la peluquería con la intención de entrevistarme. Mack me escondía en la habitación trasera y negaba haberme visto ese día. Mack llegó a llamar a Stewart Bell, el fiscal del distrito, para decirle que había sido él quien me la había presentado, que no era ninguna prisionera y que se paseaba por la ciudad conduciendo mi coche. Mack le confesó su preocupación por el hecho de que yo debía volar en breve a Copenhague de cara a mi siguiente combate.

—No te preocupes por eso —le dijo Bell a Mack—. Mike puede ir a pelear sin problemas. Aún tenemos que investigar más el asunto y, si ocurre algo, siempre será después del combate.

Vivimos momentos dramáticos en el vuelo a Copenhague, camino de la pelea contra Brian Nielsen. Crocodile empezó a vomitar y se desmayó. Había sufrido una sobredosis. Se lo llevaron corriendo al hospital. Pasaron tres días y lo dábamos por muerto. Sin embargo, el día que tocaba subirse a la báscula se presentó como si nada hubiera pasado. Crocodile era de esos tipos que podía drogarse día y noche, parar en seco de cara a entrenar a un boxeador durante seis semanas, y luego retomar el hábito tan pancho.

—Eh, tío, ¿qué has estado haciendo? —solía preguntarle.

—No me he vuelto a colocar desde la última vez que nos vimos —me decía.

—Mira, yo no he podido parar desde la última vez que nos vimos. Joder, ¿cómo te lo haces?

Cuando estoy en modo drogas, sólo me detiene el hecho de ser arrestado. Darrow nos acompañó en aquel viaje. Al poco de llegar, uno de esos moteros grandotes de Dinamarca le dijo algo a la mujer de Anthony Pitt. Darrow se dio media vuelta y, ¡bam!, lo dejó frito de un puñetazo. Reaccionó más rápido que el propio Anthony.

—No podría estar mejor —dije—. Estoy acompañado de mi abogado y mi jodido guardaespaldas al mismo tiempo.

Dinamarca se volvió loca con nuestra llegada. Las entradas para el combate se agotaron al instante. Yo llevaba más de un año sin pelear por lo

que me imaginaba que nos iríamos a varios asaltos. Nielsen era por entonces el campeón de la IBC, aunque esto no significaba apenas nada. Lo llamaban Super Brian y su registro era de 62-1, pero la verdad es que nunca se había enfrentado a boxeadores de gran calibre que estuvieran en plenitud de facultades. Había vencido a Bonecrusher Smith, Tim Witherspoon y Larry Holmes, pero cuando ya estaban de bajada. Con todo, era un tiarrón de más de 1,90 metros y 118 kilos, por lo que me enfrentaba a una mole. En el primer asalto lo castigué a base de golpes al cuerpo y, cuando faltaban pocos segundos para finalizar el tercero, lo tumbé con una serie letal de combinaciones. Cayó como si fuera una secuoya. Si las cuerdas no hubieran amortiguado su caída, creo que habría partido el cuadrilátero en dos. Era la segunda vez en toda sus carrera que se iba a la lona. Yo estaba pasándomelo pipa. En apariencia había ganado algunos kilos con la idea de contrarrestar el volumen de mi rival, pero lo cierto es que no me había entrenado mucho. Me presenté con más de 108 kilos, mi peso récord, por lo que estaba deseoso de llevar a cabo algunos asaltos.

A lo largo de seis asaltos, fui soltándole golpes por todo el cuadrilátero. Al principio del séptimo, no se movió de su taburete. Se había hecho un corte sobre el ojo izquierdo en el que yo había hurgado con saña toda la noche. Le dijo al árbitro que no podía ver, pero lo cierto es que estaba exhausto. De todos modos, era un tipo majo. A nadie le gustaba porque era muy arrogante, pero yo me identificaba con él.

Tras el combate, nos zambullimos de cabeza a la fiesta. Crocodile y yo nos agenciamos algo de hierba y alcohol e hicimos que vinieran unas chicas a mi inmensa suite. Eran chicas normales y corrientes, nada de prostitutas o bailarinas, sino oficinistas con un horario de 9 a 5. El vibrante ambiente sexual en Dinamarca, un país repleto de clubs, era excesivamente demencial incluso para mí. Al igual que en Alemania o los Balcanes, su idea del sexo era demasiado agresiva.

Crocodile estaba completamente desatado. Un momento estaba follándose a la hija del promotor y, al siguiente, se había metido en un lavabo con una chica palestina. Yo los seguí dentro y, tocándole en un hombro, le dije: «Ey… ey, hermano». Empezamos a hacer relevos. Regresamos a la habitación y ahí nos aguardaba un montón de chicas con

las que empezamos a practicar el sexo. Yo estaba en una punta de la habitación y Croc en la otra, cuando oí que una chica le decía: «Te quiero, Crocodile».

—¿Cómo vas a quererlo —grité yo desde el otro lado— si sólo hace una semana que lo conoces?

Llegué a beneficiarme de la guardaespaldas forzuda que dirigía el equipo de seguridad que había contratado el promotor danés. Tenía una pinta de lo más fiera. Llevaba el pelo recogido en una coleta y Crocodile alucinó cuando, al entrar en mi habitación, se la encontró con el pelo suelto, vestida con sólo una de mis camisetas y en actitud femenina. Se pilló de mí. Llegó a seguirme hasta los Estados Unidos, pero yo no continué con la relación.

13

Monica pidió el divorcio. Supongo que ya había tenido bastante de verme tontear por ahí. La verdad es que no había parado. Llamarla para decirle que pensaba que tenía SIDA no creo que ayudara. Y el hecho de que acabara de tener un hijo con una *stripper* de Phoenix fue la guinda del pastel. No podía culparla. ¿Qué tipo de matrimonio era aquel en el que podía follarme a cinco chicas diferentes en una misma noche y luego limitarme a enviarle dinero? Me pregunto si llegamos a enamorarnos.

Había conocido a la madre de mi hija, Shelley, en un cub de *striptease* de Phoenix. Me gustaba mucho. Mantenía su casa inmaculada y juntos hicimos un montón de cosas. Era una loca del *fitness*, por lo que, cuando me ponía a hacer ejercicio y salía a correr, ella se apuntaba. Si yo hacía ocho kilómetros, ella hacía dieciséis. Siempre podía más que yo. En una ocasión, mi asistente, Darryl, y yo estábamos lanzando una pelota medicinal de siete kilos y Sherryl decidió sumarse. Ella y yo la lanzamos doscientas cincuenta veces. El dolor me hizo parar, pero ella siguió con Darryl. Aquella mexicana de cuarenta kilos de peso debió completar quinientos lanzamientos. Nos dejó para el arrastre.

Shelley se esforzó por conseguir que nuestra relación funcionase. Solía hablar con Hope para pedirle consejo de cara a hacerme feliz. Cuando se quedó embarazada de Miguel, yo no tenía la menor idea de cómo iba a poder cuidar de otro niño. En aquel momento estaba arruinado y lleno de deudas. No paró de decirme que iba abortar, pero no lo hizo.

Tenía programado un importante combate con Lennox por el título. La pelea estaba fijada para abril, de modo que tenía escaso margen para dejar la coca y la hierba y ponerme a entrenar en serio. Seguía bajo los efectos de la cocaína cuando volé a Nueva York para participar el 22 de enero en una multitudinaria rueda de prensa con Lennox. Nos colocaron sobre un gran escenario en el Hudson Theatre, encarándonos y subiéndonos a unas plataformas ligeramente elevadas. El presentador de Showtime, Jimmy Lennon Jr., hizo los honores como si se tratara de un combate de verdad. Tan pronto anunciaron el nombre de Lewis, perdí la cabeza. Le eché una mirada y quise pegarle una hostia a ese cabrón. Me bajé de la plataforma y fui a plantarle cara. Supongo que Lewis ya había previsto que yo liaría alguna, porque tenía escondidos cerca suyo a diez cabrones del tamaño de un tanque. Al acercarme se me lanzaron todos encima. Yo me había presentado con un puñado de guardaespaldas, con Anthony, Rick, mis entrenadores y Shelly Finkel. El equipo de Lewis debió pensarse que, al ver a aquellos armarios, echaríamos a correr.

Maniobré para plantarme delante de Lewis y uno de sus guardaespaldas me empujó, por lo que le solté un gancho de izquierda. A continuación, Lewis me metió un derechazo y Anthony le devolvió otro a Lennox. Se lió parda. En un momento dado, me encontré en el suelo con Lennox. Era tan alto que, al caer, no había aterrizado junto a su cara, sino junto a una de sus piernas. Así que le pegué un mordisco en el muslo. Luego aseguraría que conservó las marcas de mis dientes durante un tiempo.

Nos separaron y ya no pude acercarme a él, pero sí que vi al guardaespaldas que me había empujado y le escupí en la cara. Anthony me contó que yo estaba tan cegado por la rabia que llegué a agarrar un extintor y amenazarlo con estampárselo.

Aquel 22 de enero, el Departamento de Policía de Las Vegas comunicó que, durante el registro de mi casa, había hallado pruebas que respaldaban las acusaciones de la mujer según las cuales la había violado y mantenido secuestrada. Ahora sólo quedaba esperar a ver si el fiscal del distrito presentaba cargos contra mi persona.

Paralelamente, Darrow Soll ya estaba manos a la obra. Obtuvo declaraciones juradas de todas las personas que se habían cruzado con esta mujer en mi casa. Se puso en contacto con los jardineros, los encargados de regar las plantas y las sirvientas, con todos los que la habían visto. Testificaron sin excepción que la joven se había mostrado encantada de pasear libremente con sólo una camiseta encima.

A estas alturas, la chica se había retractado y acudido a mi amigo Mack para decirle que se había visto forzada, tanto por la policía como por su novio, a presentar una denuncia. Su padrastro también le había confesado a Mack que ella había mentido.

Un día me encontraba en la peluquería cuando entró a hacerse las cejas una señora de raza negra que trabajaba para el FBI.

Al verme me dijo: «He visto tus cintas y te dejan muy bien».

Necesité un momento para entender que estaba refiriéndose a los vídeos porno caseros que la policía me había confiscado.

—Umm, mmm, mmm —dijo—. Eres de lo que no hay, chaval.

Gracias a la intermediación de Darrow, todo el asunto se paralizó. La fiscalía del distrito le plantó cara a la policía y, tras estudiar las presuntas pruebas que le habían facilitado, decidió no presentar cargos. En el ínterin, mi nombre había quedado manchado un vez más sin motivo alguno.

A raíz de los disturbios durante la rueda de prensa con Lewis, la comisión pugilística de Nevada decidió por 4 votos a 1 negarme la licencia para combatir en su suelo. ¿Por qué todas las culpas recaían en mí? En la anterior rueda de prensa protagonizada por Lewis, mientras filmaban en directo una entrevista con la ESPN, Hasim Rahman y él se habían enzarzado en una trifulca a tortazo limpio mucho peor que nuestro altercado neoyorquino. A la espera de encontrar un nuevo escenario, el combate se aplazó hasta junio. Conseguí más tiempo para seguir dándole a las drogas.

En febrero un senador de Texas declaró que, en el caso de dejarme caer de nuevo por su estado, debería ser arrestado ya que no me había registrado en tanto que delincuente sexual cuando estuve entrenándome en San Antonio en 2001.

Era una gilipollez; me había registrado pero ¿por qué dejar que la verdad lo estropeara? Cuando se anunció que el combate tendría lugar en

Memphis, tanto las autoridades de Tennessee como las de Mississippi comunicaron que antes de la cita debía registrarme como delincuente sexual. ¿Por qué era semejante paria en mi propio país? En el extranjero la gente sabía lo que hacía. Siempre que salía de Estados Unidos, me trataban como a un héroe, especialmente en los países comunistas.

Montamos el campo de entrenamiento en Hawaii. Esto os debería dar una pista del grado de motivación que sentía. Me encontraba en el epicentro de una de las hierbas más nocivas del mundo. Fumaba hasta freírme el cerebro. Ni siquiera el objetivo de recuperar el cinturón significaba gran cosa por entonces. No estaba en absoluto por la labor. No hay duda de que estaba realmente jodido. De ahí que le diera a la hierba. Los residuos de la cocaína tampoco abandonan el organismo así como así, en especial desde el punto de vista psicológico.

Shelly se había deshecho de Crocodile y Tommy Brooks, y habían fichado a un nuevo entrenador, Ronnie Shields. Crocodile asistió al combate y pasó a saludarme antes de que empezara. Me agarré a él y le di un fuerte abrazo.

—Croc, estoy tan cansado —le dije—, tan cansado.

Durante las presentaciones dividieron en dos el cuadrilátero por medio de veinte miembros de seguridad que, ataviados con camisetas amarillas, formaron un muro de contención entre Lewis y yo. Arrancó la pelea y yo me mostré agresivo durante el primer asalto, acosándolo por todo el cuadrilátero y obligándolo a agarrarme tanto que recibió una advertencia del árbitro. Sin embargo, tras ese primer asalto ocurrió algo extraño. Simplemente dejé de pelear. Fue como si se me hubiera bloqueado la mente. Ronnie Shields y mi otro entrenador, Stacy McKinley, me gritaban órdenes de forma simultánea, pero yo era incapaz de oír una sola palabra.

Hacía un calor infernal en el recinto y me deshidraté. No podía ponerme en marcha. Asalto tras asalto me quedé inmóvil delante de él a recibir sus golpes. Era consciente de mi incapacidad de vencer a nadie y menos a un boxeador de un nivel tan extraordinario como Lennox. En los últimos cinco años sólo había peleado diecinueve asaltos. Tantos años esnifando cocaína, bebiendo, fumando hierba y follando con una aberrante cantidad de mujeres estaban pasándome finalmente factura.

Muchos de mis amigos más cercanos y miembros de mi círculo profesional se creyeron que había peleado bajo los efectos de las drogas. Tal había sido mi pasividad. Mi actitud había resultado lamentable y me había costado lanzar golpes. Pareció como si todos mis héroes, dioses pugilísticos y viejas glorias me hubieran dado la espalda. O como si yo les hubiera dado la espalda a ellos. Todos mis héroes habían sido unos bastardos miserables y yo los emulé al 100% a lo largo de toda mi carrera, pero lo cierto es que jamás fui uno de ellos. Ojalá lo hubiera sido, pero no es el caso.

A esas alturas llevaba años acudiendo a terapia con diferentes psiquiatras. El objetivo último de ésta consistía en moderar mis apetitos, incluyendo mi apetito por la destrucción, el mismo que me había convertido en Iron Mike. Iron Mike me había traído demasiado dolor, demasiadas demandas judiciales, demasiado odio del público, el estigma de ser un violador, de ser el Enemigo Público Número 1. Cada golpe que recibí de Lewis en los últimos asaltos socavó aquella pose, aquel personaje. Y yo accedí gustosamente a que los hicieran trizas.

En el octavo asalto Lennox me alcanzó con un potente derechazo que me envió a la lona. Sangraba a resultas de dos cortes encima de los ojos y también por la nariz. El árbitro llegó al final del conteo. Tras el combate, Jim Gray nos entrevistó a ambos simultáneamente. En un momento dado, Emanuel Steward, el entrenador de Lennox, interrumpió a Gray.

—Sigo siendo uno de los mayores fans de Mike. Desde su combate contra Roderick Moore no ha dejado de brindarme grandes satisfacciones. Todos te debemos muchísimas emociones. Es el boxeador de los pesos pesados más excitante de los últimos cincuenta años.

—¿Hasta qué punto lamentáis que este combate no tuviera lugar muchos años atrás, cuando tú, Mike, estabas en tu mejor momento, y a ti, Lennox, tampoco te pesaban tanto los años? —preguntó Gray.

Lennox empezó a responder y yo le limpié un poco de sangre de la mejilla.

—Los boxeadores de peso pesado maduran en momentos diferentes —dijo—. Mike Tyson estaba en todo su esplendor a los diecinueve. Entonces resultaba invencible e imponía su ley. Yo soy como el buen vino. Llegué más tarde, necesité mi tiempo y sólo ahora impongo mi ley.

—Mike, ¿lamentas que este combate no se produjera años atrás?

—No estaba escrito que fuera así. Conozco a Lennox desde que él tenía dieciséis años. Lo respeto a muerte. Cuanto dije iba encaminado a promocionar el combate. Él sabe que lo quiero, también a su madre. Y si se cree que no le quiero ni lo respeto, es que está loco.

—¿Significa esto que con una buena parte de tu comportamiento sólo buscabas vender entradas y que no representaba tus auténticos sentimientos? —Gray parecía en estado de shock.

—Él sabe quién soy y que no falto el respeto. Yo respeto a este hombre como a un hermano. Es un boxeador fantástico y prolífico.

El pequeño gesto de limpiarle la sangre de la mejilla a Lennox fue recogido por todos los periodistas. Les pareció que me había comportado de forma heroica en la derrota. Por primera vez, muchos parecieron ver al ser humano detrás de la fachada. O casi.

—Tyson es un personaje despreciable. Un violador, un matón que no querrías que compartiera código postal con tu hija. Pero ahora va a resultar un poco más difícil detestarlo —escribió una de mis némesis en *Sports Illustrated*.

Al minuto de acabar el combate, me zambullí de nuevo en mis vicios. Acababa de conocer a una atractiva dominicana llamada Luz. Vino a verme pelear contra Lewis acompañada de unos amigos y empezamos a pasar tiempo juntos. Vivía en el barrio hispano de Harlem en Nueva York y aquel otoño me instalé ahí con ella. De golpe estaba de vuelta en mi hábitat. Edificios abandonados, drogadictos en las calles, individuos sufriendo sobredosis, una mujer gorda empujando por un callejón el carrito del hijo recién nacido al que le había transmitido el mono, negros bebiendo cerveza y disparándose los unos a los otros. Lo siento, pero éste es mi elemento.

No me convenía encontrarme en mi elemento pero, una vez en él, mis sentidos se agudizaron. Estaba paranoico, moviéndome todo el rato, en modo supervivencia. Al trasladarme al Harlem hispano, me transformé una vez más en Brownsville Mike. La gente me pasaba drogas. Me salían gratis. Empecé a frecuentar las madrigueras de los drogadictos. Estar en compañía de aquellas personas me hacía sentir que, en esos momentos, pertenecía a aquel lugar en un sentido profundo. Así es como me veía a mí mismo. En el

barrio las cosas funcionaban de otro modo: la gente podía pasarme drogas gratis y cuidar de mí pero, en el caso de que vinieran mal dadas, yo estaría ahí para ayudar. Yo tenía mis vicios y la gente del barrio comprendía mis subidas y bajadas.

El 13 de junio de 2003 se oficializó mi divorcio. Monica se hizo con la casa de Connecticut, su casa, y 6,5 millones de dólares de mis futuras ganancias. Con el tiempo obtendría un gravamen sobre mi casa de Las Vegas. Llegados a este punto, desplegó mucha hostilidad, pero a mí no me importó concederle el dinero. Soy un hombre de la calle; mi sitio iba a estar ahí, haciendo chanchullos.

Aunque mi corazón ya no estaba con el boxeo, seguía necesitando ganar dinero. Hice que Shelly me consiguiera un combate contra Clifford Etienne el 22 de febrero. Una semana antes de la cita, salí a hacerme el tatuaje que alcanzaría más notoriedad entre todos los míos. Le pedí al artista S. Victor Whitmill, alias Paradox, que quería uno en la cara. La odiaba y deseaba literalmente desfigurármela. Sugerí escampar corazoncitos por toda ella. No era una estratagema para resultar más atractivo a las mujeres; sólo quería cubrirme el rostro. Pero Victor se negó: me dijo que tenía una cara bonita. Se le ocurrió un diseño tribal maorí y le dije que me lo pensaría. Cuantas más vueltas le daba, más atractiva me parecía la idea de ponerme un tatuaje utilizado por unos guerreros para atemorizar a sus rivales en el campo de batalla. Me decidí por él.

Para este combate entrené mucho más duro que para el de Lewis. Llegué con un peso de 102 kilos, casi cinco menos. Etienne poseía un buen registro y estaba en el *top ten* de ambas conferencias, pero su mentón era de cristal. Había caído noqueado en diez de sus veintiséis combates.

Un equipo de filmación seguía todos mi pasos para realizar un documental. Me grabaron zampándome la comida previa al combate.

—Odio a Mike Tyson. Por lo general le deseo lo peor. Por esto no me gustan mis amigos ni me gusto yo. Soy una persona de extremos. Quizás la otra vida sea mejor. De aquí que espero con ganas irme al otro barrio; detesto mi forma de vida actual. Detesto mi vida.

No sabía los motivos por los que estaba más centrado para este combate que para el de Lewis. No sabía si estaba de ida o de vuelta. Sonó la campana y cargué contra Etienne. Nos fuimos contra las cuerdas y acabamos cayendo al suelo, conmigo encima de él. Creo que uno de mis primeros golpes le había hecho daño. Nos levantamos, esquivé uno de los suyos y le lancé un contragolpe que le impactó en pleno mentón. Se fue a la lona. No me pareció un golpe lo suficientemente bueno como para tumbar a nadie, pero fue realmente preciso por lo que quién sabe. Tras completarse el conteo, lo ayudé a incorporarse y nos abrazamos. Clifford me susurró algo al oído.

Jim Gray se nos acercó para entrevistarnos.

—Te ha dicho algo al oído que nadie ha podido oír, ¿qué es exactamente lo que te ha dicho?

—Para ser honestos, me ha dicho: «Debes dejar de hacer tonterías y ponerte en serio, no eres serio, por eso estás aquí pasando el rato». Es la verdad.

—¿Entonces lleva razón? —me preguntó Jim.

—Sí, la lleva. Me siento feliz de encontrarme de regreso en Memphis y de haber ofrecido un buen espectáculo, y le estoy agradecido al hermano Clifford por haberme concedido un combate. Cuando estás peleando y muestras tu amor y respeto, la gente no entiende de qué va el asunto, pero ésa es nuestra forma de dignificar nuestro estilo de vida.

—Mike, ¿es cierto que esta semana has estado enfermo?

—Me he roto la espalda.

—¿Qué quieres decir con que te has roto la espalda?

—Tengo la espalda rota.

—¿Una vértebra o un trozo de…?

—La columna.

—¿Te lo hiciste durante un *sparring*?

—No, en un accidente de moto. Cada día hacía 2500 abdominales con pesas de veinte kilos hasta que llegó un momento en que no pude moverme. Le pregunté al medico qué me pasaba y me dijo: «Lo creas o no, tienes la espalda ligeramente rota».

—¿Ahora mismo sientes dolor? ¿Te has puesto algún tipo de inyección? ¿Cómo te lo has hecho para combatir?

—No puedo meterme inyecciones, ya sabes que van a hacerme pruebas. No sé cómo he podido, alabado sea Alá. Simplemente me siento feliz de estar combatiendo y lanzando golpes buenos y precisos.

—¿Estabas listo para encarar este combate, Mike? Quiero decir, tu entrenador, Freddie Roach, te aconsejó cuatro días antes de la cita que no lo hicieras. ¿Estabas preparado?

—No, pero estaba obligado a hacerlo. Debo ser un hombre y pelear. He cancelado demasiados combates a lo largo de mi carrera y no quería que nadie pensara que tenía miedo. Además, necesitaba el dinero, siempre ando necesitado de dinero. Estoy agradecido de que ambos hayamos podido estar hoy aquí. Lo respeto mucho como hombre, es mi amigo.

Gray empezó a preguntarme si iba a volver a enfrentarme a Lewis. La gente especulaba al respecto: otro gran combate contra Lewis con el que ganar un montón de dinero.

—Aún no estoy listo para combatir contra él. No me interesa que me machaquen de nuevo. No sé si voy a querer seguir peleando si eso significa tener que enfrentarme a Lewis en mi próximo combate. Quiero poner mis asuntos en orden. Estoy hecho un asco; sólo deseo encauzar mi vida.

Por aquella época vivía al día. Ya estaba harto de todas las gilipolleces que me rodeaban. No sentía que pudiera confiar en ningún miembro de mi equipo y me había cansado de las maniobras maquiavélicas por el poder, de modo de que me deshice de todos mis representantes.

Ahora contaba con Shelly para encargarse de lo que quedaba de mi carrera. En mi contrato con Lennox Lewis existía una cláusula que contemplaba un nuevo enfrentamiento y él quería que se celebrara para llevarse otro suculento cheque. Sin embargo, yo no quería ver cómo me pateaba el culo dos veces. Si hubiera estado motivado y en plena forma, no me cabe duda de que yo le hubiera pateado el suyo. Pero no me interesaba el boxeo; me interesaban las drogas.

A Shelly y a la gente de Lewis se les ocurrió la idea de que podría participar en un combate de relleno en el marco de la siguiente pelea oficial de Lewis. Se me presentaría como la co estrella del evento. Me negué a que

me humillaran así. Rechacé la oferta de Lewis y contraatacaron presentando una demanda por valor de 385 millones de dólares contra Don King y contra mí. Argumentaban que King me había persuadido para romper el contrato de cara a que él pudiera promocionar mis siguientes combates.

El único recurso que me quedaba era mi propia demanda contra Don. A esas alturas, Jeff Wald sabía que me había estado reuniendo con Don y estaba furioso conmigo. Me explicó que Don iría postergando todas las demandas en su contra hasta el minuto antes de ir a juicio, momento en que buscaría un acuerdo. Jeff y Dale Kinsella me insistían en que podíamos llegar a obtener hasta sesenta millones de los cien que habíamos solicitado. También cabía la posibilidad de que recuperáramos los derechos sobe los vídeos de mis combates, lo que me garantizaría ingresos durante varios años. Cuanto debía hacer era esperar a la fecha del juicio, fijada para septiembre.

Sin embargo, mis aprietos financieros eran tan graves que la gente con la que trataba a diario intentaba convencerme de que me declarara en bancarrota. Por esa época Jackie y yo frecuentábamos a Jimmy Henchman, el empresario del mundo del rap, representante de Game y director ejecutivo de Czar Entertainment. Jimmy nos presentó a Barry Hankerson, productor discográfico que había representado a Toni Braxton y R. Kelly. Todos me presionaban para que me declarara en bancarrota. Hankerson le dijo a Jackie que mi caso se encuadraba en una «Bancarrota de Categoría 11», por lo que Jackie googleó «Bancarrota de Categoría 11». Éste era el panorama al que me enfrentaba. Jackie era una buena persona, pero la situación la superaba. Ninguno de nosotros tenía la menor idea sobre grandes finanzas y bancarrotas: nos limitábamos a divertirnos y gastar dinero.

De modo que acabé llamando a Jeff Wald para contarle que había toda esta gente sugiriéndome lo de la bancarrota.

—No te declares en bancarrota porque, al minuto siguiente, perdemos el control sobre la demanda, que recae en manos del juez. Se nos escurre de las manos —me dijo.

—De acuerdo, ¿y qué ocurre si pierdo? —le pregunté.

—No vas a perder. Está claro como el agua —me dijo.

Yo no las tenía todas conmigo. Durante mi primer testimonio bajo juramento contra Don en Florida había agarrado una jarra de agua y se la había vertido en la falda. Ahora Don contaba con aquella ofensa para utilizarla como arma arrojadiza.

Wald tenía el convencimiento de que Don estaba persuadiendo a todos mis amigos, incluyendo a Jackie, para que me empujaran a declararme en bancarrota. Comenzó a llamarme varias veces al día rogándome que no lo hiciera. Yo me resistía a creerme que mis amigos estuvieran aceptando sobornos.

De todas formas, tras repasar las montañas y montañas de facturas que tenía pendientes de liquidación, decidí presentar la declaración. Hankerson me consiguió a un abogado especializado en bancarrotas y el 1 de agosto procedimos. Ese mismo día me fui de compras por Rodeo Drive con Hankerson, Henchman y mi guardaespaldas Rick. Ey, el hecho de que me hubiese declarado en bancarrota no significaba que estuviera sin blanca. Simplemente carecía de los cien millones de dólares necesarios para liquidar mis deudas. Seguía intentando llegar a acuerdos. Los medios de comunicación armaron un gran alboroto porque me encontrara comprando en Rodeo Drive, pero no entraron conmigo en las tiendas. Algunos de los dueños de estas tiendas de ropa de lujo eran musulmanes y, con la esperanza de que me hicieran algún descuento, les deslicé durante la conversación que me había convertido al islam.

—¿Qué te parece si te doy 1500 dólares por este traje de tres mil, hermano? Ya conoces la ley sagrada del islam: Deséale a tu hermano lo mismo que desearías para ti mismo.

Al día siguiente, todos los periódicos detallaban a toda página el estado de mis finanzas. Debía unos 27 millones de dólares, 17 de ellos en concepto de impuestos atrasados al fisco estadounidense e inglés. Los 10 restantes comprendían gastos personales, incluyendo lo que le adeudaba a Monica por el divorcio, a los bancos por mis hipotecas y a los abogados por mis abultadas minutas.

Me sentía tan abrumado y furioso por todo el asunto de la bancarrota que entregué mi casa.

—A la mierda, tomad mi jodida casa —les dije a mis abogados, quienes la sacaron a subasta. Iba tan colgado todo el santo día que era incapaz de sacar nada adelante. No hacía otra cosa que entrenar. No tenía ningún combate en perspectiva, pero de todos modos entrenaba. Eso y drogarme.

Yo era un tipo de persona de lo más flexible. Tanto podía vivir en una cuneta que en una mansión. Estaba familiarizado con todo tipo de chanchullos y ponía mi vida en riesgo. Ni siquiera encontrándome en una cuneta me sacaba mis pantalones de dos mil dólares y mis zapatos. No llevaba un centavo en los bolsillos, pero eso no me impedía ir soltando gilipolleces y lanzándole la caña a las pibas.

Me instalé una temporada en Phoenix con Shelley, la madre de mi hijo. Dave Malone se dejó caer y pasamos tiempo juntos. Estaba tan pobre que cenábamos Frosted Flakes y Twizzlers. No teníamos dinero para hacer nada, por lo que nos dedicábamos a sentarnos en el jardín trasero a observar cómo volaban mis palomas. De tanto en tanto organizaba una firma de autógrafos en algún sitio y cobraba veinticinco dólares por cada uno para salir del hoyo. Mi situación era tan paupérrima que un tipo que me había robado el número de la tarjeta de crédito se quejó por internet de no haberse podido permitir ni una cena con ella.

También existía un lado bueno. Regresé a la Costa Este y frecuenté a mi amigo Mario Costa, quien cuidaba de algunas de mis palomas en la parte trasera del Ringside Lounge, su restaurante y bar en Jersey City. Un día en que se gozaba de un maravilloso veranillo de San Martín estábamos sentados haciéndoles compañía a las palomas cuando caí dormido y Mario me dejó solo. Dos horas después me desperté y empecé a gritar: «¡Soy rico! ¡Soy rico!». Mario se acercó corriendo.

—¿Estás bien, campeón? —me preguntó.

—Soy rico, Mario —le dije—. No poseo un reloj ni dinero ni un teléfono, pero me siento muy en paz. Nadie me dice «ve aquí», «ve allá», «haz esto». Solía tener coches que jamás conducía, cuyas llaves ni siquiera sabía dónde estaban. Tenía casas en las que no vivía. Tenía a todo el mundo robándome. Ahora no tengo nada. Nadie me llama, nadie me molesta, nadie me persigue. Menuda tranquilidad. La riqueza es esto, tío.

Algunas de mis amistades arrimaron el hombro. Mi amigo Eric Brown y su hermano me dieron un adelanto de 50 mil dólares a costa de su empresa CMX Productions. Habría hecho cualquier cosa por ellos, pero nunca tuve que hacerlo. A todo esto mi amigo Craig Boogie comenzó a negociar en agosto un acuerdo con los responsables de las artes marciales mixtas K-1. Yo no tenía dónde caerme muerto, de manera que los de K-1 me consiguieron una suite en el hotel Beverly Wilshire de Los Ángeles, con todos los gastos cubiertos. Lo necesitaba. Los buenos hoteles del Strip de Las Vegas al completo ya me habían dado la patada. A cambio, participé en los actos promocionales que me pidieron.

A las pocas semanas de instalarme en el Beverly Wilshire, acudí a Neverland a ver a Michael Jackson. Fue muy agradable pasar tiempo juntos. Por entonces Jackson llevaba una vida sencilla. Me preguntó qué había estado haciendo y le dije que tomarme las cosas con calma.

—Descansar es bueno. Descansar es muy bueno, Mike —me dijo—. Hazlo todo lo que puedas.

No sabía que él no podía dormir nada.

Fue extraño: por aquella época todo el mundo andaba diciendo que abusaba de niños, pero cuando yo estuve de visita en su rancho correteaban por ahí unos chavales con pinta de matones. No me refiero a unos pequeños gamberretes, sino a chicos que le habrían dado una paliza si hubiera intentado cualquier cosa.

En abril de 2004 hice una aparición especial junto a Ali en un gran evento organizado por K-1. Volvieron a anunciar que había firmado un contrato con ellos para combatir y que mi debut tendría lugar ese verano. Una de sus estrellas declaró en una rueda de prensa que estaba ansioso por luchar contra mí.

—Aceptaría de antemano un combate bajo las reglas pugilísticas —dijo Jerome Le Banner—, pero tan pronto suba al cuadrilátero haré lo que me dé la jodida gana… Boxeemos a la occidental o no, le patearé… Tyson ya ha mordido una oreja, pero lo que ahora va a comerse va a ser un pie del 46.

Habría estado majara si hubiera aceptado luchar contra estos monstruos. Más me convenía volver a mi suite a relajarme.

Los trámites de mi bancarrota avanzaban. En junio Don finalmente cumplió con los términos de la resolución de la demanda. El juez encargado de la bancarrota le había impuesto sólo 14 millones de dólares. Una vez más se la había jugado a todo el mundo. No conseguí derechos audiovisuales ni nada. Monica fue la primera en recibir su parte tras la resolución. Los abogados que gestionaban mi bancarrota acabaron costándome 14 millones de dólares. Obtuvieron su tajada antes que Hacienda.

Llegó el Nuevo Año y seguía sin un centavo. Shelley estaba de nuevo embarazada y en marzo tuvimos una hija a la que pusimos Exodus. Llamé al otro Shelly y le dije que necesitaba algo de dinero rápido. Me organizó un combate con un pobre diablo llamado Kevin McBridge, a celebrarse el 11 de junio en Washington D. C. Era un pobre diablo gigantesco: dos metros de altura y 123 kilos.

Un periodista del *USA Today* vino a verme a mi casa de Phoenix y, tras una sesión de *sparring*, me desahogué hasta dejarlo turulato.

—Jamás seré feliz. Creo que moriré solo. Lo prefiero así. Toda mi vida he estado a solas con mis secretos y mi dolor. Estoy realmente perdido, pero intento encontrarme a mí mismo. Soy un caso de lo más triste y patético. Toda mi vida ha supuesto una pérdida de tiempo; he sido un fracasado. Únicamente deseo escapar. Me siento avergonzado de mí mismo y de mi vida. Quiero hacerme misionero. Pienso que podría hacerlo conservando mi dignidad y sin dejar que la gente supiera que me han expulsado del país. Quiero acabar cuanto antes con el tipo de vida que llevo. Quiero encaminar mi vida hacia la labor misionera. No voy a convertirme en un fanático de Jesucristo. Pero eso es a lo que voy a consagrar mi vida. Amo a Jesús y también creo en Jesús; y eso que soy musulmán. Escucha, tengo un imam, tengo un rabino, tengo un sacerdote, tengo un reverendo; los tengo a todos. Pero no deseo ser más santo que tú. Deseo ayudar a todo el mundo y, al mismo tiempo, echar polvos. En este país no voy a poder realizar nada de provecho. Estoy tan estigmatizado que no puedo levantarme de nuevo. Después de mi último combate estaba deprimido. Empecé a frecuentar a un montón de prostitutas y cosas así. Me sentía una basura, de modo que me mezclé con la basura. Me pasaba todo el rato colocado. Pero llega un

momento en que adviertes que debes dejar las drogas a un lado y encarar la realidad.

Nunca debería haberme subido a aquel cuadrilátero. Fallaba todos los golpes, me quedaba paralizado, carecía de fuelle. Fue un combate espantoso. Al final del sexto asalto y encontrándonos contra las cuerdas, McBride se apoyó en mí y me caí de culo. Me quedé ahí sentado con las piernas abiertas. Sonó la campana y apenas podía levantarme. Mientras el equipo de McBride le curaba un corte como resultado de un cabezazo, yo le comunicaba a mi nuevo entrenador, Jeff Fenech, que se había acabado. No pensaba salir a pelear el séptimo asalto.

Jim Gray se me acercó para entrevistarme.

—Mike, empecemos por ti. ¿Querías continuar?

—Bueno, me habría gustado poder continuar, pero vi que estaba recibiendo una paliza. Me di cuenta, pensé que ya no soy capaz de hacerlo, porque, um… Mantengo la habilidad para estar en forma, pero creo que ya no, que he perdido las agallas para combatir.

—¿Cuándo te has dado cuenta? ¿En qué momento de la pelea?

—No lo sé, al principio. Siento haber decepcionado a todo el mundo. Simplemente ya no tengo el corazón en ello.

—¿Pero creías tenerlo cuando aceptaste participar en este combate?

—Um, no, básicamente peleo para poder pagar las facturas. He perdido las ganas. Ahora soy más consciente de mis hijos. Me falta aquella ferocidad. Ya no soy el animal de antaño.

—¿Significa esto que no te vamos a volver a ver peleando?

—Sí, es lo más probable. No voy a combatir más. Voy a dejar de faltarle el respeto a este deporte perdiendo contra rivales de este nivel.

—¿Por qué te has mostrado tan pasivo?

—No voy a quitarle méritos a Kevin. Ya no amo esto. Desde 1990 que no amo combatir, pero Kevin… felicidades por tu carrera y buena suerte. Te deseo lo mejor y que ganes mucho dinero.

Atendí por última vez tras una pelea a los periodistas especializados en boxeo. Entré en la sala de prensa y se pusieron de pie para ovacionarme.

Les pedí que se sentaran y les repetí lo mismo que le había dicho a Jim Gray. No iba a volver a combatir porque no quería seguir siendo una

vergüenza para este deporte.

A continuación, abandoné por última vez un recinto pugilístico en calidad de boxeador. Me olvidé de hacer labores de misionero y de aportar algo a la sociedad. Sólo me dije a mí mismo: Guau, esto se ha acabado. Ahora puedo salir a pasármelo en grande.

14

Con diez años perpetré un robo con un chico mayor que se llamaba Boo. Hizo que me escurriera por la ventana de una casa y dimos con un filón: un televisión gigante, una cadena de música buena, algunas pistolas y un poco de dinero. Boo sabía que era un canijo capaz de enredar al personal. Me hacía atraer a una habitación a tipos movidos por la idea de follarse a un niño y ahí lo esperaban él y sus amigos para darle una tunda y quedarse con su dinero.

Tras el robo, Boo me llevó al apartamento de una anciana de raza negra. Carecía de escrúpulos y con aspecto de malvada pero, a medida que fui conociéndola, descubrí que en verdad era amable y considerada. Ahí me encontré con un grupo de chicos relajándose y echando una cabezadita. Boo le entregó parte del dinero y ella un sobre que contenía unos polvos blancos. Cuando colocó los polvos en una cucharilla y la quemó con un encendedor, no pude apartar la mirada. Cuando aquella mierda empezó a burbujear, sacó una jeringuilla y aspiró el líquido a través de la aguja. Acto seguido, se ató el brazo y, cuando estaba a punto de inyectarse aquello en la vena, se dio la vuelta para mirarme.

—Gira la cabeza, cielo, gira la cabeza —me dijo.

No quería que lo viera meterse heroína.

Más tarde, saliendo de una galería de tiro, me soltó una bofetada.

—Será mejor que nunca te vea o que me entere de que has estado haciendo esta mierda porque, de lo contrario, te mato, pequeño cabronazo. ¿Me oyes?

Por descontado, aquello multiplicó mis ganas de probar la heroína. Cuando un viejo colgado de la heroína me decía que no hiciera el tonto con

las drogas pensaba: *¿Y por qué? ¿Para que puedan quedársela toda para ellos?*

De joven probé la heroína una vez. Me la fumé y me sentó fatal. Acabé vomitando. Me bastaba mirar a los yonquis para que se me pasaran las ganas. Al fijarte en un adicto a la heroína comprobabas que había perdido el alma. Entendías que a ti te esperaba lo mismo.

Empecé a comprar y esnifar cocaína a los once años, pero llevaba bebiendo alcohol desde que era un bebé. Provengo de un largo linaje de borrachos. Mi madre acostumbraba a darme ginebra Gordon's o Thunderbird para que me durmiera. A los diez años, mis amigos y yo nos comprábamos botellas de Mad Dog 20/20, Bacardi 151, Brass Monkey, los brebajes más baratos que te perforan las entrañas. También empezamos a fumar maría, hachís e incluso opio y polvo de ángel. De joven llegué al extremo de tomar LSD. Cuando estábamos colocados con ácido, robábamos por el método del tirón, pero nunca acababa de funcionar. Agarrábamos y salíamos corriendo entre carcajadas.

«La poli, que viene la poli». Nos reíamos y nos escondíamos bajo los coches.

Excepto por un período de dos años y el tiempo pasado en prisión, nunca dejé de beber. No debería extrañarnos dado que todos mis modelos de conducta eran unos bebedores empedernidos. Mickey Walker, Harry Greb. Mis héroes eran los borrachos irlandeses de raza blanca. El tipo de individuo que se dedicaba a beber y reír en los bares mientras sus contrincantes corrían y saltaban con la cuerda.

El alcohol sacaba lo peor de mí. Cuando estaba ebrio, me volvía completamente insensible a los sentimientos ajenos. Me peleaba con cualquiera, incluyendo a la policía. Todos los que me conocían decían: «No dejéis que Mike beba. Dadle algo de hierba, pero sobre todo que no beba». Si pillaba un colocón de hierba, estaba feliz y dispuesto a llorar y entregarte todo mi jodido dinero. Siempre y cuando no me dijeras que no debía pillar un colocón porque, si me pedías que parara, desatabas mi furia. Si no tenías problemas con mis colocones, acababas diciéndome: «Pero ¿estás seguro de que no necesitas esa preciosidad de Porsche que tienes ahí afuera?».

Uno de los principales motivos que me condujeron a tomar tanta cocaína fue que, a resultas de mi carrera pugilística, sufría muchísimo dolor. Cuando te ataca, te resulta imposible mostrarte amable con nadie. Conozco a algunos jugadores de hockey que me han contado lo mismo. Actúas como un león con una pata herida. Cuando un animal se ve herido, sabe que va a ser atacado por el resto de animales. Así me sentía yo cuando me atacaba el dolor, vulnerable y temeroso. De modo que te agencias un poco de coca y te encierras solo en una habitación. Entonces deseas a una mujer a tu lado, porque te sientes tan mal por tomar drogas que piensas que la compañía femenina conseguirá neutralizar la culpa.

Nunca me resultó complicado obtener cocaína, ni siquiera cuando no tenía un centavo. Conocía a muchos de los traficantes de drogas más importantes desde que eran niños y les daba algo de cariño. Ahora se habían convertido en multimillonarios y en dueños de clubs, por lo que al verme me trataban de fábula. Yo a ellos los seguía tratando como cuando eran niños. Les decía: «Tengo que marcharme a un sitio, consígueme alguno de esos paquetitos». O puede que acabaran de presentarme a un completo desconocido que, si tenía relación con un amigo traficante, ordenaba: «Dale a Mike dos bolas de ocho a mi cuenta».

Cuando empiezas con la cocaína, descubres que hay gente enganchada que conoces de toda la vida y de la que jamás habrías sospechado. En una ocasión estaba tomándome unas copas con una celebridad total y de repente me miró.

—¿Llevas algo de polvo? —me preguntó.

—¿¿Qué??

Intentaba ser discreto. ¿Cómo demonios sabía que me metía?

—Sí, tengo un poco. ¿Cómo lo has sabido? —le pregunté.

—La gente que toma reconoce a la gente que toma, Mike. Poseemos un radar.

Cuando tienes cocaína, ya puedes encontrarte en el desierto del Mojave en mitad de la jodida noche que, cuando empiezas a esnifar, aparece de la nada una zorra en bañador. Radar de coca. Las mujeres con las que me relacionaba adoraban tanto la cocaína que empezamos a bautizarla a partir de ellas. Si te apetecía un poco de coca, decías: «¿Dónde está esa maldita

zorra blanca? Quiero a esa puta». También la llamábamos «rubita» o «blanquita».

Cuando empecé fuerte con la cocaína, solía llevar medio ladrillo encima. Suponía mucho peso, pero no me importaba. Sólo quería poder compartirla y que mis amigos pillaran un buen colocón. Andaba por ahí preguntando: «¿Quieres un poco?». La tomaban personas que jamás hubiera imaginado. Lo más curioso es que aquellos cabrones se esnifaban mi droga y me abroncaban mientras lo hacían.

De repente, un tipo con el que jamás habías esnifado se revelaba todo un experto. Se metía unas rayas, se limpiaba con delicadeza la nariz y, a continuación, te miraba con cara de máxima concentración para decirte: «Puedo conseguirte un material mejor». En un abrir y cerrar de ojos era todo un conocedor.

Otras veces te topabas con tipos que no podían esperar a que probaras su cocaína.

—¿Estás listo para esta mierda, Mike? Seguro que lo estás. Bienvenido al País de las Maravillas, colega.

Me alineaba unas rayas y yo esnifaba.

—Hojas 100% peruanas —decía henchido de orgullo, como si acabara de abrir una botella de Lafite Rothschild.

Pero tenía razón. Aquella mierda era tan buena que conseguía congelarme las pupilas.

Después del combate contra McBride, un día salí con unos amigos por Los Ángeles. Me sentía bastante deprimido cuando me sonó el teléfono. Era Jeff Greene, un amigo reciente. A primer vista parecía improbable que Jeff y yo fuéramos amigos. Jeff era un hombre de negocios judío que había ganado un billón de dólares en el mercado inmobiliario. Yo era un boxeador musulmán que se había gastado casi un billón de dólares en furcias, coches y demandas judiciales. Nos conocimos a través de un amigo común y congeniamos de inmediato. Empezó a asistir a mis combates en Europa y yo a recorrer mundo a bordo de su yate. Me invitaba a cenar por el Año

Nuevo Judío, obligándome a recitar pasajes de la Biblia hebrea durante el ritual del Séder.

—Ey, Mike, ¿por qué no te apuntas a subirte a mi barco en Saint-Tropez? Te enviaré un jet para que te lleve a Francia y tendré a alguien esperándote para conducirte hasta él.

Jeff estaba preocupado por si caía en la depresión de sólo pensar en cómo había salido del boxeo, por lo que se imaginó que pasar tiempo con algunas de las mujeres más bellas del planeta y salir de fiesta podía ser justamente el remedio que necesitaba.

Antes de salir hacia Saint-Tropez, llamé a Zip por si se quería apuntar.

—No, tío, no puedo ir —me dijo—. Un negro me ha disparado y quiero averiguar el motivo.

—Vamos, Zip. Volaremos en un jet privado, navegaremos en yate por todo el Mediterráneo…

—Joder, tío. Me han disparado. Ahora le toca a otro recibir un disparo. Un disparo por otro.

—¿Vamos a ir adonde se encuentran los mejores chichis de la historia del mundo y tú me hablas de dispararle a un tipo? No importa si vas fumado o no tienes un céntimo, si estás ahí significa que vas a follar.

Pero él estaba obsesionado con obtener su venganza.

Así que fui solo y estuvo guay. No me sentí fuera de lugar. Me encontré con conocidos que me llevaron de aquí para allá. Desayunaba en el yate de Jeff y luego me montaba en uno de sus Jet Skis para darme un garbeo, durante el cual algún tipo de Wall Street solía reconocerme e invitarme a su barco.

—Ey, mi barco es más grande que el de Jeff —me decía—. Sube a bordo y únete a nuestra fiesta.

No sé que pensaban estos tíos. Yo no era un negro que estuviera en alquiler. Jeff era amigo mío. Además, su barco los superaba a todos. Hacía más de 45 metros de largo, aunque no eran suficientes para tanta diversión como albergaba.

Al principio temía no congeniar con los amigos de Jeff.

—Jeff, este es un paraíso para blancos. No sé si Don As-salamu alaykum va a poder integrarse —le decía.

Aquella supuso mi iniciación al auténtico jolgorio judío. De golpe Denise Rich me vio y se acercó para presentarme a su amiga, procurando que me sintiera cómodo. Es una dama sumamente bella, elegante y sofisticada. Nadie me incordiaba. Luego advertí que mi mente era lo único que intentaba sabotearme. Así que estoy ahí sentado, empezando a sentirme a gusto con mis nuevos amigos judíos cuando, de repente, se nos acerca un musulmán saudita y ricachón de lo más maleducado y odioso.

—Mi hijo iba a gastarse quince millones de dólares para sacarte de la cárcel cuando aquella chica dijo que la violaste —espetó. Nada de: «Señor Tyson, encantado de conocerle…».

—Oh, gracias, señor —le dije.

Denise Rich me miró apenado. Me dijo: «Lo siento mucho».

¿Qué tipo de persona hace algo así? Menudo arrogante. Imaginaos que mis nuevos amigos no hubieran sabido que había ido a la cárcel por violación. Imaginaos que me hubieran preguntado: «¿Por qué acabaste en la cárcel? ¿Fraude fiscal? ¿Uso de información privilegiada en la Bolsa?». Gracias, Don Jinete del Desierto, por compartir los detalles con toda la animada parroquia judía. No volví a dirigirle la palabra en toda la noche.

En Saint-Tropez disfruté de un encuentro azaroso mucho más placentero. Me hallaba en el yate de otro judío rico y lo pillé observando a otro tipo judío que había anclado su barco muy cerca. Se miraban igual que hacen los negros, ¿sabéis cómo nos miramos los unos a los otros? Y entonces uno de ellos dijo: «¿Harvard, promoción del 79?».

—Sí, ¿tú no estudiaste Macroeconomía?

—Sí, ¿tú no saliste con Cindy de Hyannis Port? Yo también lo hice, durante un minuto o así.

De modo que me subo también a ese otro barco y ahora soy yo el que se fija en un tiarrón negro. Ejerce de guardaespaldas para un traficante de armas internacional muy conocido. Lo miro y lo vuelvo a mirar y me es imposible ubicarlo. Hasta que se me acerca.

—¿Spofford, promoción del 78? —me pregunta.

—Joder, negro, nos conocimos en prisión —recordé.

—Sí, me vi metido en aquella pelea con un tipo en la cantina.

—¡Claro, eras tú!

Tras abandonar Saint-Tropez, fuimos a todas partes en ese barco. Recorrimos la costa de arriba abajo y, cada vez que fondeábamos en un nuevo país, se desataba el caos cuando corría la voz de que iba en el barco de Jeff. No hay nada igual. Uno puede descender de un avión en cualquier lugar del mundo y sentirse como en casa. Tienes la oportunidad de conocer a reyes, reinas y princesas. Gozas de carta blanca, se te abren todas las puertas. Nunca tienes que hacer cola para entrar en un club, siempre te aguarda la mejor mesa en los restaurantes más exclusivos del planeta. Era un mundo maravilloso en el que vivir. Parecía un gigantesco espejismo. Pero me di cuenta de que nada de todo esto era capaz de llenar el gran agujero que había en mi alma. En verdad nunca respeté el ser campeón: todo me llegó demasiado fácil. Me esforcé mucho por alcanzar mis logros, pero los di por descontado.

Cuando amarramos en Sicilia, acudimos a una fiesta y unas cien personas se vinieron con nosotros de regreso al barco. Todos querían verme y hacerse fotos conmigo. De repente, el barco comenzó a inclinarse y hundirse. Nadie quería perderse la oportunidad de ir de fiesta con nosotros, lo que indudablemente suponía dar rienda suelta a mis fantasmas.

Hicimos una parada en Sardinia que fue el no va más. Como aficionado a la Historia, pensar en Sardinia era pensar en las Guerras Púnicas y en Aníbal. Me electrizaba el hecho de que ahí hubiesen tenido lugar guerras tan grandiosas. Jeff y yo nos dejamos caer en un lugar llamado el Club de los Billionarios. Hacía honor a su nombre. Una botella de champagne costaba unos 100 mil dólares.

Le dije en broma a Jeff: «Esta noche no debes tener miedo de que beba». De todos modos, no pararon de traernos botellas. En Sardinia nos vimos con Cavalli y Victoria Beckham. Cavalli me invitó a su barco que era tan estrafalario que cambiaba de color. Yo me dedicaba a montarme en uno de los Jet Skis de Jeff y a ir saltando de barco en barco, donde picaba algo y me tomaba una copa.

En Sardinia vivimos un incidente desagradable. Jeff invitó a un amigo inglés a su barco, que se trajo a dos chicas francesas. Todos acabamos colocados. Yo me llevé a mi habitación a una de las chicas y nos acostamos. Al acabar subí a cubierta y, al regresar de nuevo abajo, pillé a la chica

inspeccionando los camarotes. Yo estaba drogado hasta las cejas, pero me enfadé una barbaridad. Pensé: *Mierda. Si algo desaparece, me echarán a mí la culpa. Soy el único negro a bordo*. Así que la agarré del pelo y le dije: «¿Qué cojones estás haciendo?». La llevé a rastras hasta cubierta. La cocaína me había vuelto tan rabioso y paranoico que, cuando estaba a punto de lanzarla por la borda, un tipo que había en el barco pegado al nuestro gritó: «¡No, Mike, deténte!».

Ahora todo el mundo nos miraba. Agarré a las dos chicas y le pedí a la tripulación que las sacara de ahí. Aquel barco no era mío. Me sentía responsable de lo que pudieran hacer aquellas dos. Dejamos atrás Sardinia y, una vez estuvimos a unos 160 kilómetros, ya llegando a Capri, se nos acercó una patrulla costera. Parecían algo asustados, ya que llevaban una ametralladora atornillada en cubierta.

La policía costera abordó nuestro barco para investigar una supuesta agresión mía a aquella chica. Debían interrogar a un puñado de personas. Cuando me llegó el turno, dije la verdad.

—La chica estaba en los camarotes robando, por lo que la agarré…

—Espere —me dijo el poli en un inglés precario—. No, eso no es lo que ocurrió. Explíquemelo otra vez, explíqueme lo que pasó otra vez.

Entendí por dónde iba.

—Ella estaba robando en los camarotes y yo no sabía qué hacer. Salió corriendo del barco y no pude cogerla.

—Exacto, eso es lo que realmente ocurrió —dijo, apuntándolo en el informe.

Cuando aquellos polis subieron a bordo, estaba muy paranoico. Tenía una inmensa bolsa con hierba y no quería que me la descubrieran en un registro. Por eso la oculté bajo el cuerpo de mi amiga Jenny, que se encontraba tomando el sol con el culo al aire. Los policías no le sacaban los ojos de encima, pero en ningún momento le pidieron que se levantara.

Hicimos varias paradas más, incluyendo una en Turquía, donde conocí y salí por ahí con el primer ministro, pero lo que de verdad deseaba era visitar Moscú para ver a mi terapeuta. Su nombre era Marilyn Murray y era una psicóloga fantástica de setenta años a la que llevaba visitando desde 1999. La conocí un verano en que por orden judicial tuve que seguir un curso de

control de la agresividad tras un altercado de tráfico. Monica me acompañó y, de paso, decidimos probar con algo de terapia matrimonial. Acudimos a un complejo situado en Phoenix. Hice una entrada digna del presidente de los Estados Unidos. Unas cuantas limusinas extra grandes, un grupo de guardaespaldas vestidos de negro que parecían del Servicio Secreto. Crucé la puerta pavoneándome con mis joyas caras, mis diamantes, mi ropa de Versace y mis zapatos de cocodrilo valorados en seis mil dólares. Nos sentamos con el terapeuta, dimos inicio a la sesión y enseguida hubiese asegurado que Monica y él habían conspirado a mis espaldas. Ambos se pusieron de acuerdo en despedazarme. No dijo una palabra sobre Monica; se limitó a machacarme a mí.

—¡Que os jodan a los dos! Me la habéis jugado de antemano —les dije y salí hecho una furia.

Seis meses después volví yo solo, en taxi, jodido, arruinado y hecho trizas.

—¿Podríamos intentarlo de nuevo, por favor, señor? —pedí humildemente.

Esta vez me asignó a Marilyn. Tenía una trayectoria sumamente interesante. Era dueña de una galería de arte en Phoenix, pero empezó a enfermar de forma reiterada y acudió a terapia para tratar unos abusos ocurridos en la infancia. A los cuarenta y cinco años, volvió a estudiar y, tras graduarse en psicología, se hizo psicoterapeuta. Durante tres años estuvo trabajando de voluntaria en el sistema penitenciario de Arizona, atendiendo a agresores sexuales, violadores violentos y abusadores de niños. De modo que tenía reputación de haber lidiado con casos muy duros, con gente que había sido víctima de traumas severos.

Creyeron que me convendría. Yo llevaba muchos años acudiendo a terapia, pero todos los tipos que me habían tratado habían sido demasiado blanquitos para mi gusto. Primero pensé que Marilyn no era más que una ingenua mujer blanca que estaba convencida de poder cambiarme. Yo iba a limitarme a hacer el papel de amable hombre negro, con lo que no tendría acceso a Ike/Mike. No sabía que Marilyn era una bestia. No aceptaba ninguna gilipollez. Se las sabía todas. No imaginé que estuviera al corriente

de todos los ardides para el engaño que había utilizado con los terapeutas que llevaba visitando desde niño.

De cara a tratarme debías poseer algún tipo de ferocidad animal que pudiera captar mi atención. Aunque la ocultaras bajo una apariencia diplomática o no la dejaras a la vista. Tengo que saber que el animal está ahí adentro. A veces basta con una mirada sutil. Bueno, Marilyn la poseía.

Al cabo de un tiempo, me resultó evidente que la labor de Marilyn en esta vida consistía en ayudar al prójimo. Algunas personas no pueden siquiera concebir que haya quienes consagren sus energías a preocuparse por los demás. Nos educan para creer que gente así esconde otras intenciones. Ella, en cambio, tenía una misión. Igual que Cus había dicho que: «El trabajo de mi pupilo es colocar en su sitio a hombres corpulentos, fuertes y temibles», el trabajo de Marilyn era coger a hombres corpulentos, fuertes y temibles que la sociedad había expulsado con el fin de que la sociedad los aceptara de vuelta y, en el proceso de ser acogidos nuevamente, asegurarse de que sobresalieran.

Marilyn me introdujo a un concepto denominado «estándar de normalidad». Una persona sana podía disfrutar de un estándar de normalidad alto, pero el mío estaba para el arrastre. Mi estándar de normalidad estaba compuesto de sexo, alcohol, drogas, violencia, más sexo, mas alcohol, más violencia y caos. Le conté a Marilyn que el día más terrorífico de mi vida fue aquel en el que gané el cinturón del título y Cus no estaba a mi lado. Gozaba de montañas de dinero y ni la menor idea de cómo comportarme. Y entonces los buitres y las sanguijuelas salieron a mi encuentro.

Yo era un estúpido sin un gramo de autoestima, pero todo el mundo me decía lo maravilloso que era, así que era un estúpido narcisista sin un gramo de autoestima y un ego disparado. Marilyn era de la opinión de que seguía siendo un adicto al caos de mi infancia. Por consiguiente, cada vez que me ocurría algo positivo hacía algo para sabotearlo. Me había casado con una médico y tenía dos hijos encantadores, pero me dedicaba a ir por ahí follándome a *strippers* y poniéndome hasta el culo de drogas y alcohol. Marilyn quería acabar con mi adicción al caos y elevar mi estándar de normalidad hasta unos niveles sanos.

Acertaba completamente con sus palabras. Yo era consciente de que arrastraba mis demonios de infancia allá donde fuera. Ella deseaba actuar sobre ese niño que había influenciado por completo mi carrera pugilística, ese niño que había sido víctima de abusos, maltratos y *bullying*. Cuando me convertí en campeón del mundo, no supe cómo cuidar de él y ahora debía aprender a educarlo y darle el amor que nunca había recibido.

Marilyn fue algo más que una terapeuta, fue mi mentora. Me llevaba a cenar y al cine. Salíamos a hacer turismo y me enseñó todo sobre Phoenix. Nos hicimos íntimos. Su corazón rebosa amor, cuidados y pasión. Ni siquiera le importaba ganar dinero conmigo; sólo le importaba verme mejorar. No sé qué pudo ver en este tipejo por rehabilitar.

Justo después del 11-S, Marilyn fue invitada a Rusia a prestar sus servicios profesionales y, desde 2002 en adelante, residía en Moscú cuatro meses al año. Rusia padecía un grado de traumas y de consumo de drogas tan alto que su llegada fue un regalo del cielo. Así que en 2002 me dijo que ya no podía seguir siendo mi terapeuta y que necesitaba a alguien a quien pudiera acudir a cualquier hora. La adoraba. No quería que se marchara.

—¿Por qué tienes que irte? Quédate y hazme de madre —le rogué—. Quédate a cuidarme. De todas formas, soy la única persona a la que tratas.

En la práctica ya me hacía de madre. Luchaba por mí como una posesa. Utilizaba todas sus influencias políticas para ayudarme. Se veía en una cruzada por salvarme el culo. Lo curioso del asunto es que, por entonces, yo no quería nada de eso. No sabía que estuviera tan dañado. Marilyn tuvo que mostrarme lo jodido que estaba.

Le dije a Jeff Greene que iba a ir a Rusia y él decidió rodear con el barco los Balcanes y parar en Ucrania. Cada pocos días llamaba a Marilyn para decirle que me dirigía a verla. «Hola, Marilyn. Estoy en Saint-Tropez». «Hola, Marilyn, estoy en Sardinia». «Estoy en Estambul, nos vemos pronto».

Al llegar a los Balcanes, descubrimos que aquél era un lugar sin ley. Los gánsters operaban con absoluta impunidad. Todo aquello que nosotros hacemos y que es calificado como «gansteril» palidece por comparación. Patrullan las calles y, aunque no sepas quiénes son, dictan las leyes. En un abrir y cerrar de ojos me vi acompañado por aquellos tipos. Podríamos decir

que me secuestraron y me llevaron a beber vino y a cenar, concediéndome todos mis deseos.

En un momento del viaje me encontré en Rumania con unos traficantes de drogas y gánsters que estaban decididos a hacerme feliz.

—¿Qué te metes? —me preguntaron.

—¿Tenéis algo de cocaína? —dije.

No tocaban la cocaína. Sin embargo, hicieron una llamada y un individuo se presentó con un ladrillo enorme que colocó encima de la mesa.

—¿Esto es lo que te gusta? —me preguntaron.

Le metí mano y luego les dije que todos debían probarlo. Un grupito de ellos se me unió y empezaron a hablar tanto que no daban crédito. Menudo monstruo estoy hecho. Inicié a la mafia rumana en la cocaína.

Ucrania fue el punto más lejano al que llegamos en barco. Jeff y yo, junto a nuestro amigo Muhammad, estábamos a la mesa en un restaurante y, de la nada, miles de personas convergieron para verme. La situación se desmadró tanto que la policía tuvo que escoltarnos de regreso al hotel. Esa misma noche Muhammad y yo fuimos a conocer a unos «hombres de negocios» locales. Intentaban convencerme de que llegáramos a un acuerdo para que promocionara su marca de vodka. El líder del tinglado poseía una mansión gigantesca. Todo estaba hecho de mármol. Aquello era propio de un zar, digno de los magnates americanos más ostentosos del siglo XIX. Nos habían organizado una cena de negocios con algunos de ellos. El anfitrión se me acercó antes de pasar al comedor.

—Acompáñeme, quiero mostrarle algo.

Nos dirigimos al ala sur de la casa, cruzando por delante de una gran terraza y un salón hasta llegar a la puerta de una habitación. Al abrirla descubrí a dos mujeres guapísimas recostadas en una cama.

—Éste es el postre que le espera al final de la cena —me dijo.

Fui a buscar a Muhammad para enseñárselo.

—Vamos a pasar de la cena y saltar directamente al postre —le dije.

Nos quedamos en aquella habitación. A los ucranianos no les sentó muy bien. ¿Quién cambiaría una cena importante por estar con unas prostitutas? Les pareció de lo más extraño.

En cualquiera de estos países (Ucrania, Rusia, Bulgaria…) todo giraba en torno al sexo y al poder. Tan sólo aterrizar en Moscú procedentes de Ucrania, se me acercó gente para decirme: «¿Estás bien? ¿Necesitas una mujer? Se te ve cansado, seguro que necesitas una mujer».

¿Os imagináis a un depredador como yo en Rusia? Si te movías con la gente adecuada, se dedicaban a agarrar a una chica que andaba por la calle y, tras meterla en el coche que iba al lado del tuyo, le decían: «Te vas con él». Aquello era verdaderamente demencial.

Los tipos del vodka me dieron una suite en el Hyatt que costaba cinco mil dólares por noche y que tenía por lo menos diez mil metros cuadrados. Entre que oía el sonido del timbre y llegaba a la puerta, la persona ya se había cansado de esperar.

Los ricachones rusos son fortunas de primera o quizás de segunda generación. Sus padres o abuelos eran por lo general campesinos, de modo que se dedican a despilfarrar a lo bestia. Había tipos que aflojaban hasta 300 mil dólares por noche para garantizarme la diversión. Y esto no implicaba salir de fiesta a lo loco, sólo gastos para ir ambientándonos. Pedían una lata gigantesca de caviar de sesenta mil dólares. Grandes botellas de Rémy Martin Louis XIII valoradas en miles de dólares. Lo que quería, lo tenía. El dinero no les suponía ningún problema.

Ya era noche cerrada cuando llegué a Moscú. Llamé a Marilyn para salir a hacer algo de turismo, antes de que todo el país se enterara de que me hallaba en la ciudad. Sólo tres paparazzi aguardaban mi llegada al aeropuerto. Mi hotel estaba situado a pocas calles de la Plaza Roja. En 2005 Rusia se parecía mucho al Viejo Oeste, sufriendo secuestros y atentados terroristas con bomba día sí, día también. Marilyn y yo nos encaminamos hacia la Plaza Roja y, ya habíamos cruzado por delante de la enorme estatua de Karl Marx junto a la Plaza de la Revolución, cuando dos enormes SUV de color negro y dos Mercedes sedán extra largos se detuvieron a nuestro lado. De ellos salieron cuatro tipos con ametralladoras Uzi. Dentro de los Mercedes había unos tiarrones con cazadoras negras blandiendo pistolas. Marilyn parecía aterrorizada, pero se nos acercaron para decirme que eran nuestros guardaespaldas, cortesía de los hombres de negocios ucranianos.

—Juraría que es la primera vez que tengo guardaespaldas que llevan Uzis —le dije a Marilyn.

De modo que ahora avanzábamos formando una procesión: Marilyn, yo, los guardaespaldas en ropa de camuflaje y los tres paparazzis que me venían siguiendo desde el hotel. Cuando la gente reparaba en semejante séquito, salía de las tiendas o de sus vehículos. Para cuando llegamos a la Plaza Roja, ya teníamos a una muchedumbre a nuestras espaldas.

A pesar del acoso, conseguimos hacer algo de turismo. Me ilusionaba mucho visitar la casa de Tolstói y la guía que nos acompañó alucinó con el hecho de que conociera los nombres de todos los hijos del escritor, así como del tipo de relación que mantenía con su esposa. También visitamos el museo Pushkin. La comitiva que nos seguía hizo imposible que nos acercáramos al Kremlin.

Marilyn y yo lo pasábamos bien durante el día y, cuando ella se retiraba, comenzaba la verdadera diversión. En Moscú podías conseguir lo que se te antojara. La ciudad era como un Nueva York pasado de esteroides. Un noche visité la impresionante mansión de un pez gordo. En una zona de la casa tenía una sauna gigantesca con bancos de madera y toallas. Junto a ella había una habitación a rebosar de mujeres, por lo menos catorce. Escogías a una y te la llevabas a la sauna. Ésta contaba con un teléfono que sólo tenías que descolgar en el caso de que se te antojara otra.

Mi interés en las palomas me llevó a conocer a auténticos miembros de la mafia rusa. Deseaba ver palomas del lugar, así que le pregunté a mi guía quiénes eran los mayores aficionados en Moscú. Me presentó a un mafioso que vivía en los suburbios en la casa más lujosa había visto. Sólo su palomar ocupaba la misma extensión que mi casa de Las Vegas. Resultaba imposible cubrir con la vista la extensión total de su propiedad.

De todos modos, con quien me lo pasé mejor fue con un hombre de negocios kazajo y musulmán al que conocí una noche en la que yo había salido con un amigo serbio. Pensé que se encontraba en la ciudad por trabajo. Se comportaba como un individuo normal con dinero, mostrándose generoso e invitándonos. Acudimos a una mezquita en la que ambos rezamos nuestras oraciones. Más tarde, mientras fumábamos un poco de hierba, me dijo: «Poseo un *night club* en la ciudad. ¿Te apetece ir?».

Una vez en él nos condujo hasta una zona reservada en la que bajó una pantalla y, boom, aparecieron veinte preciosas jóvenes rusas. La mayor tenía probablemente veinte años. Empezaron a bailar para nosotros y me dijo: «¿Cuál quieres?».

No quería escoger a ninguna, porque corría el riesgo de quedarme con una a la que yo no le gustara y que se viera forzada a acompañarme. Seguía sintiéndome inseguro por culpa de todas las mujeres que habían organizado manifestaciones en mi contra cuando visitaba sus países con la intención de boxear.

—Escucha, hermano, tú sólo pregúntales si hay alguna interesada en venirse conmigo y la que lo esté ya me irá bien.

En aquel momento me bastaba con que respiraran.

Se echó a reír.

—De acuerdo, ¿quién quiere irse con Mike?

Los gritos resonaron por todo el club.

—¡Sí, yo, yo, yo!

Todas querían venirse conmigo al hotel.

—Ahora tendrás que escoger o todas van a querer acompañarte —me dijo.

—Está bien, ¿qué me dices de ésa? Está bien buena. Y la morenita de pelo corto también es mona. Y también me ha gustado la rubia que había en la entrada. ¿Y qué me dices de la chica en el extremo de la segunda fila?

—Mike, no te puedes llevar a cuatro chicas. ¿Qué vas a hacer con cuatro chicas? —me dijo.

—Las necesito a todas, hermano, de lo contrario no dejaré de pensar en las que no me llevé.

Así que regresé al hotel con cuatro chicas. En el trayecto nos pusimos ciegos de coca y alcohol. Nos estábamos divirtiendo cuando una de las chicas llamó a su madre para decirle: «¡Mamá, estoy con Mike Tyson!».

Se mostró emocionadísima. Me contó que su madre también estaba cañón, pero con cuatro ya era suficiente.

En Estados Unidos las chicas de alterne eran una especie completamente diferente a la rusa. Sólo les importaba satisfacerte sexualmente. Era su único propósito. Las rusas, en cambio, hablaban cuatro

idiomas. Llamé a un amigo a Bélgica y una de ellas me hizo de intérprete con la operadora. A continuación llamé a Portugal y se puso a hablar fluidamente con ellos. Llamamos a Eslovaquia y conocía el idioma a la perfección.

Yo pensaba: *¿Cómo puedo conseguir que estas chicas se vengan conmigo a Estados Unidos?* Serían capaces de dirigir una de las empresas del ránking Fortune 500. Todas poseían un titulo universitario. Yo tengo bastante labia gracias a las palabras que he aprendido consultando el diccionario, pero estas chicas de alterne me estaban pegando una paliza intelectual. Ohh, cómo me hubiera gustado habérmelas podido llevar de regreso a casa. A la mierda toda esa historia de la bancarrota; con estas prostitutas habría solventado en un minuto todos esos problemas.

Sólo las disfruté una noche. Por entonces era un cerdo de cuidado de modo que, a la noche siguiente, me dediqué a otras conquistas. Eran unas chicas estupendas, pero había llegado la hora de escribir un nuevo capítulo de mi historia moscovita.

Salimos toda la noche de fiesta y, a la mañana siguiente, madrugué y estuve fresco para visitar un museo con Marilyn. Ella sabía que había llegado la hora. Con ella no necesitaba abrir la boca. Le bastó echarme una mirada y me dijo: «¿Cuándo nos vamos a poner a trabajar en tu recuperación?».

Un día estábamos tomándonos un *brunch* en unos grandes almacenes en la Plaza Roja y nos vino a ver el dueño. Era un judío que también se encargaba de diseñar la vestimenta de los diferentes equipos olímpicos de Rusia.

—Esta noche organizamos una velada por estricta invitación para presentar los uniformes rusos para las Olimpiadas de Invierno de 2006. ¿Le gustaría ser nuestro invitado de honor?

Por lo general cobraba una buena pasta por una aparición de estas características, pero se me antojaba de lo más excitante poder conocer a unos atletas tan fantásticos. Le dije que me complacería mucho asistir y, en señal de agradecimiento, me paseó por las mejores tiendas de firmas italianas de los grandes almacenes, surtiéndome de una ropa increíble.

Esa noche cenamos juntos y se nos sumó Viacheslav «Slava» Fetisov, el ex jugador de hockey y, por entonces, máxima autoridad deportiva del país. No habían anunciado mi presencia por lo que, al arrancar el acto y ser presentado y llevado bajo los focos, los atletas casi provocan que se hunda el edificio. Habían montado un gran podio con forma de antorcha olímpica, sobre el cual nos sentaron a Marilyn y a mí. Los flashes de los fotógrafos la cegaron. Al acabar el acto, todos los atletas vinieron corriendo a pedirme un autógrafo, mientras unos guardaespaldas velaban por Marilyn. Aquella estampida podría haberla aplastado.

Un día Jeff, Marilyn y yo almorzábamos en el New York Café, un restaurante en el centro de Moscú al que acudían todos los capitostes. Vimos a un político checheno con el que habíamos estado de fiesta en Saint-Tropez. Ejercía de senador de Chechenia en el parlamento ruso. En Saint-Tropez y Sardinia había sido de lo más humilde, afectuoso y respetuoso. Su aspecto y maneras eran los de un verdadero diplomático. Así que empecé a decirle «Ey, hermano», pero aquí en Moscú no era el tipo agradable que había aparentado ser en Saint-Tropez.

—Mike, no es tan amigable como en el barco. ¿Qué cojones? —dijo Jeff.

Esto me olía mal. Cuando estábamos en el barco, aquellos chechenos no paraban de soltarme pasta. Yo les decía: «Soy vuestro hermano musulmán. Por favor, dadme algo de dinero, aquí estoy en aprietos». Estaban tan forrados que dejaban unas propias desorbitantes. Bien, ahora sí que necesitaba dinero. Mi acuerdo con el ucraniano del vodka había llegado a su fin e iban a dejar de costearme la inmensa suite de hotel.

Las cosas, sin embargo, parecieron mejorar desde el momento en que el senador vino a sentarse a nuestra mesa.

—Me acompaña una persona que tiene muchas muchas ganas de conocer a Mike —nos dijo—. Es una persona muy especial.

Yo dije que por supuesto, así que nos levantamos, dejamos la comida en la mesa y seguimos al senador hasta un reservado situado en un lateral del restaurante. Había una mesa puesta alrededor de la cual tomamos asiento. Al cabo de pocos segundos, se abrió la puerta y entró Ramzan Kadyrov, el líder checheno. Yo estaba al tanto de lo ocurrido en las guerras de

Chechenia durante los años previos. El padre de Ramzan, Akhmad, era uno de los señores de la guerra de Chechenia y uno de los líderes del movimiento que buscaba independizarse de Rusia. Era un combate sangriento, sangriento y los rusos nombraron a Akhmad presidente de Chechenia con la esperanza de que sofocara la rebelión. Fue asesinado un año después y escogieron a su hijo como nuevo líder. Ramzan era un gran aficionado al boxeo y se moría de ganas de conocerme.

Ramzan se sentó de cara a mí. Tenía unos veintiocho años, aunque aparentaba muchos menos. Tras charlar un rato, me rogó que visitara Chechenia. Ahora bien, lo primero que oían los ciudadanos americanos al entrar en Rusia era: NO VAYAN A CHECHENIA. En 2005 continuaba siendo un lugar muy peligroso y violento.

Mientras pensaba en esto, entró en el reservado un tipo joven, alto y fornido. Tenía toda la pinta de darle mucho a las pesas. Llevaba puesta una cazadora negra de cuero que, al abrirla, reveló dos pistolas automáticas encajadas en un inmensa correa con munición alrededor de su cintura. Era uno de los guardaespaldas de Ramzan.

—¿Crees que alguien de Arizona se creería algo de esto? —le susurré a Marilyn.

Ramzan no dejaba de insistirme que fuera a su país y quedamos en comer al día siguiente en el Hyatt, el último día que pasaría en él. Cuando les expliqué mi situación en el hotel, me ofrecieron trasladarme al Rossiya, un hotel ruso de grandes dimensiones y que no estaba pensado para el turismo, situado al lado de la Plaza Roja. Debía de tener unas diez mil habitaciones. Cuando Marilyn pasó a recogerme aquella mañana, necesitamos media hora para llegar del vestíbulo hasta nuestra habitación.

Mi tercera mañana ahí, Marilyn vino a buscarme, pero no me encontró. Me esperó durante una hora en el vestíbulo y, tras regresar a casa, hizo una llamada desesperada a mi asistente en Las Vegas para decirle que me había perdido. No tenía la menor idea de dónde me encontraba. Esa misma noche la contactó uno de sus amigos.

—Acabo de ver a Mike por televisión. Está en Chechenia.

Aquella mañana había partido con Ramzan y su séquito. No podía renunciar a tanto dinero. Chechenia era un lugar increíble. Apenas puse un

pie en él, me entregaron una metralleta. Yo estaba hecho un manojo de nervios. No es que me apeteciera especialmente disparar ningún arma pero, qué demonios, allá donde fueres haz lo que vieres. Chechenia era predominantemente musulmana, así que me entregaron un gorro kufi y se dirigieron a mí por mi nombre musulmán, Malik Abdul Aziz, que en árabe significaba «Rey y Siervo del Todopoderoso». Sólo me gusta que me llamen Abdul. Si no me llamas Abdul, limítate a Mike. Delante de la población me presentaban como un héroe musulmán. Un héroe musulmán, mis cojones: yo era un cocainómano rabioso.

La chechena era una cultura realmente primitiva. La mitad del país había perecido bajo las llamas durante las guerras contra Rusia. Donde me encontraba apenas existían comercios. Sólo terrenos, nada de edificios. Posteriormente Marilyn me contó que estaba preocupada por mí ya que había fuerzas rebeldes que se oponían al régimen de Ramzan. Sin embargo, sólo con que alguien se hubiese atrevido a mirarme mal durante mi visita, aquellos guardaespaldas le hubiesen arrancado los ojos.

Hice una aparición en su gigantesco estadio de fútbol. Su idea de la diversión consistía en ver a un tipo realizar caballitos sobre una motocicleta, al modo de Evel Knievel. Así era su cultura. Mirad, si me invitan a ver algo yo lo único que voy a decir es: «Qué magnífico». Una cosa que aprendí durante ese viaje fue a dejar que los otros llevaran las riendas. No quería mostrarme conflictivo.

Mi principal cometido fue inaugurar un torneo nacional de boxeo de cuatro días de duración, a celebrarse en honor del padre de Ramzan.

—Estoy contento de encontrarme en la República de Chechenia, un lugar del que he oído hablar y del que he leído tanto —me dirigí a la multitud—. Y estoy contento de encontrarme entre musulmanes. En la televisión hemos podido asistir a una guerra muy injusta desarrollándose durante mucho tiempo en la República de Chechenia. En América rezamos para que acabara.

A última hora de esa misma noche, regresé a Moscú. No tuve ocasión de conocer a ninguna chica chechena. Aquella visita giró exclusivamente en torno a la espiritualidad, Alá y el islam.

De vuelta en Moscú, pasé más ratos de calidad junto a Marilyn. Mi objetivo al visitar Rusia era verla y recibir un poco de terapia. De paso suponía una maniobra útil pues, si en el futuro me veía en la necesidad de que un tribunal me echara una mano, podía aducir que Marilyn me había tratado en suelo ruso.

Una noche Marilyn organizó una cena con prominentes hombres de negocios locales en un restaurante georgiano. Al día siguiente, le dije que ya no quería conocer a más peces gordos, sino verme con algunos de sus amigos cercanos. Así que Marilyn me invitó a almorzar a su casa. Me llevé una fuerte impresión al ver el edificio en el que vivía. Me recordó al bloque de viviendas en el que había crecido de niño. Los pasillos desprendían el mismo olor a meados. Le pregunté: «¿Qué diablos haces aquí, Marilyn?». Pero ahí es donde quería estar; con la gente normal. Tras el almuerzo, invitó a casa a siete de sus mejores amigos rusos. Todos eran psicólogos y curas, gente con una profesión.

Nos sentamos formando un círculo en el salón y empezaron a compartir conmigo sus historias. La mayoría procedían de hogares con problemas de alcoholismo. Gracias a haber vivido con Cus y Camille, sabía que el comunismo había tenido unos perniciosos efectos secundarios. Cuando cada uno arrancó con sus confesiones, no quise que se sintieran incómodos por mi presencia. A tenor de mi fama y de que todo le mundo me conocía, quizá daban por hecho que todo me había ido de cara. Hasta que no comencé a contar mi historia, seguramente se pensaban que no teníamos nada en común. Aquello era lo que nos unía, nuestras historias. Después de haber pasado tantos años en instituciones y hogares de acogida, estaba acostumbrado a compartir mis experiencias. Así que se las expuse. Les hablé de la violencia que me había rodeado durante la infancia, las rencillas con mi madre y el miedo y el abuso omnipresentes. Todos se sintieron más relajados.

Tenía a una mujer sentada a mi lado cuyo padre había sido un oficial del ejército ruso. Cuando era un bebé, los terroristas habían hecho saltar por los aires su hogar y su padre había muerto intentando salvarle la vida. El ataque le había provocado quemaduras graves, tenía muñones en lugar de manos y cicatrices por todo el cuerpo. En la actualidad era la directora del

Departamento de Atención Psicológica de la Universidad Estatal de Moscú de Psicología y Educación.

—Aquí estoy, toda una psicóloga, pero nadie ha sido capaz de ayudarme a sobrellevar el dolor, todo el dolor psicológico, la pérdida de mi padre. Siento como si llevara toda la vida esperando a que apareciera Marilyn para ayudarme a sobrellevar el dolor —nos dijo.

Empezó a llorar y yo abandoné mi silla para sentarme a sus pies y agarrarle lo que le quedaba de manos mientras continuaba hablando. Al acabar, me quedé en el suelo.

Todos los presentes en aquella habitación establecimos un vinculo muy fuerte. Una sesión que debía durar dos horas se alargó hasta las seis. Cuando ya nos disponíamos a marcharnos, se me acercó una mujer.

—Creemos que deberías ser político o predicador —me dijo—. Podrías presentarte a las elecciones presidenciales de Rusia y ganarlas.

Sin embargo, yo sabía que Rusia no era mi lugar. En él ni siquiera existe un término para «equilibrio». En Rusia no conocen el equilibrio, sólo los extremos. De aquí que yo encajara tan bien. Era un lugar demasiado perfecto para mí y mis demonios. Me encantaba estar ahí. Podía llevar a cabo lo que se me antojara con absoluta impunidad.

Jeff regresó a Estados Unidos y yo puse rumbo a Portugal. Llamé a mi amigo portugués Mario para que nos viéramos ahí al día siguiente, pero no podía dejarlo todo y venir a mi encuentro. Me registré en un *resort*, conseguí algo de coca y empecé a meterle. Llevaba días sin dormir, lo que, unido a la cantidad de coca consumida, me hizo perder el sentido. La dama que me acompañaba se pensó que había dejado de respirar, así que que llamó al médico del hotel. Cuando llegó, yo ya me había recuperado. Insistió en que me acercara al hospital para que me hicieran una revisión, pero pasé.

No me gustaba mucho el rincón de Portugal en el que me encontraba. Demasiado estirado para mi gusto. Todo el mundo era demasiados serio. Todo el país parecía adicto al trabajo. No había nadie con quien pasar un buen rato. Al segundo día ya estaba aburrido y me largué a Amsterdam. Los holandeses sí que sabían de fiesta. Hice que se reuniera conmigo una chica a la que había conocido en Rumanía. Era una chica estupenda, pero se puso

nerviosa cuando empecé a esnifar toneladas de cocaína y a invitar a prostitutas a nuestra habitación. Me dijo que no le iban las drogas y se volvió a casa. Yo continué con mis orgías y mis fiestas. Dos semanas después, ya no podía más y le pedí a Darryl que viniera a buscarme. Incluso con él a mi lado, aún alargué la marcha dos semanas, hasta que pudo convencerme de regresar.

Volé a Las Vegas y de inmediato partí a Los Ángeles. Me quedé un día y volé por mi cuenta a Nueva York. Me alojé en el hotel St. Regis. Era mi preferido porque tenía un mayordomo en la puerta las veinticuatro horas. Sólo entrar en la habitación me puse a esnifar cocaína. El subidón hizo que quisiera salir de fiesta. Abrí una maleta y comprobé que tenía toda la ropa arrugada. Me entró el pánico. Me empezó a doler la cabeza, el corazón se me aceleró y el miedo se apoderó de mí. Cuando llamé a mi mayordomo, llevaba un colocón de campeonato.

—¡NECESITO QUE ALGUIEN SUBA A PLANCHARME LOS PANTALONES YA MISMO!!! ¡¡¡YA!!! ¡¡¡YA!!!

Las personas al otro lado del teléfono estaban riéndose al ver mi estado de pánico provocado por unos pantalones. Salí del hotel a dar una vuelta mientras me los planchaban. Quería comer algo, pero la coca había neutralizado mi apetito, así que pensé que un paseo me haría bajar el colocón. Caminé por la Quinta Avenida, Times Square y regresé al hotel.

Al entrar de nuevo en mi habitación, el mayordomo estaba dando los últimos retoques. Había planchado el contenido de mis dos maletas. Seguía riéndose de mi llamada. Le di una propina enorme y salí de fiesta.

Al día siguiente volé a Florida para ver el combate que enfrentaba a Roy Jones Jr. con Antonio Tarver. Estaba drogado y cansado pero, durante toda mi estancia, Tarver no dejó de acosarme diciéndome: «Tío, tú y yo hemos de pelear». No se despegó de mi oreja.

—No, tío —acabé diciéndole—. Atravieso un momento difícil. Ni siquiera sé si quiero estar en América ahora mismo. Me siento muy deprimido. No me apetece combatir contra nadie.

Seguía enganchado a la coca. Llevaba cuatro meses consumiéndola sin descanso, desde mi llegada a Europa. Cuanto me apetecía era cagar. Cuando tienes tal cantidad de cocaína en el sistema, sueltas unas buenas cagadas

porque tienes los intestinos revueltos. Todo esto no me disuadía de acercarme a los barrios de Overtown y Liberty City en Miami para agenciarme coca y prostitutas cubanas. Por descontado, cada vez que andaba por el gueto, la policía se me acercaba.

—¡Mike Tyson! ¿Qué demonios haces tú aquí, tío? Este sitio es peligroso, Mike —me decía el poli—. Sube al coche, deja que te llevemos hasta un lugar seguro.

—No, estoy bien, agente. Le agradecería que se marchara. Me está causando problemas, señor.

—Por favor, señor Tyson. Aquí no les importa que sea usted un campeón, este lugar no le conviene —insistía.

—Señor, me voy a ver en serios apuros si se queda a mi lado. Estoy bien.

Yo intentando conseguir droga y chavalas cubanas y esos tíos convirtiéndome en una amenaza. Cuando acudía a este tipo de sitios, la gente me veía y me decía: «¿Qué tal, campeón? ¿Qué andas buscando?».

Me calaban. Sabían que quería colocarme.

Desde que había bajado del cuadrilátero tras combatir contra McBride, no había parado de beber y drogarme. Una vez finalizados mis periplos por el mundo, me instalé de nuevo en Las Vegas y empecé con mis rutinas con las drogas. Procuraba levantarme sobre las diez de la noche y estar duchado, acicalado y listo para salir a eso de las once. Para entonces ya había alguien de camino a buscarme, junto al que hacía unas rayas antes de partir. Conducíamos hasta el barrio de North Vegas e íbamos de bares hasta la una, a menos que algo excitante tuviera lugar por la zona como, por ejemplo, que circulara una droga nueva. A continuación acudíamos a los clubs del Strip. Ahí todo consistía en conocer a los *maîtres*, relajarse en las suites e ir de putas. Me quedaba en ellos hasta las cuatro o las cinco de la madrugada, momento de marcharnos a locales de *striptease* como el Seamless, puntos de encuentro de un buen número de personas. En estos *after-hours* uno coincidía con todo el mundo, de celebridades a bellas modelos, pasando por buscavidas profesionales.

Toda esta *beautiful people* estaba colgada de las drogas. Jamás los veías durante el día, en la consulta del dentista o en unos grandes almacenes. Sus

vidas eran como la mía; se pasaban el día durmiendo y la noche de fiesta. Ya por la mañana, a veces abandonábamos juntos los *after* e íbamos a sus preciosas casas. Eran traficantes de drogas o niñatos ricos hechos unos malos bichos. En los clubs siempre andaban rodeados de multitud de personas a las que se lo pagaban todo.

Un momento me encontraba en un club y al siguiente en la habitación de una de estas mansiones. Ni siquiera podía recordar cómo había llegado de un lugar al otro. A estas alturas, ya había perdido a la mujer que me acompañaba. Mi deseo era facilitar a la gente lo que deseara. Cuando las personas habían estado esnifando, por algún motivo yo les parecía encantador. Y las mujeres de estos tipos tan peligrosos decidían que les apetecía tocarme. Yo me ponía en plan: «Ey, ey, esto no está bien. Aquí se trata de mantenernos unidos».

Empezaba a ponerme nervioso. Un tipo observaba cómo su mujer me manoseaba. La sobriedad me sobrevenía de golpe ya que el subidón y el miedo son incompatibles. Ahora me sentía como un cabrón asqueroso. Percibía que ese tipo era una mala persona. Probablemente ya había estado en prisión y no temía matar a alguien. Y su mujer estaba como una regadera e insistía en tocarme.

He aprendido a tratar a las mujeres cuando se dan este tipo de situaciones. Siempre opto por rebajarme, quitarme toda importancia. Soy muy bueno haciéndolo.

—Ey, nena, soy un yonqui. Por favor, no juegues conmigo. He pillado un montón de enfermedades. Me sorprende no haberte contagiado una por el simple hecho de encontrarte en mi presencia.

Sé cómo conseguir que les entre el bajón, lo que es buenísimo para mi salud. Hay mujeres que lo son todo en la vida de un hombre. Una mujer puede colonizar una mente masculina. Es capaz de convertir a un calzonazos en un psicópata salvaje. De aquí que jamás subestime a un individuo así.

Una de las personas más interesantes que conocí por aquella época era un chulo al que llamaba Chance. Me hallaba en un club de *striptease/after* cuando se me acercó.

—Ey, señor Tyson. Guau, siempre he querido conocerte porque vas por ahí diciendo que eres el hombre más malvado del planeta, mientras que yo sostengo que soy el chulo más malvado del planeta. Tú combates igual que yo chuleo.

—¿Es eso verdad, negro? —le dije.

—Sí, tío, no bromeo. Sé lo de tu bancarrota, sé que te robaron el dinero. Ahora estás conmigo, negro. Si una cosa me sobra es dinero. ¿Ves a todos esos tipos de ahí? Están en el dique seco hasta que yo aparezco. Yo les suministro de todo.

Empecé a pasar tiempo con Chance. Poseía una bonita colección de coches: Ferraris, Maseratis y Lamborghinis. Pensé que le gustaría la cocaína, pero era un chulo de pueblo. Contaba un sinfín de mentiras para dárselas de hombre de mundo, cuando a lo único que se dedicaba era a traficar con drogas de nenazas como el éxtasis.

Yo estaba sin un céntimo, por lo que una noche le dije: «Consígueme algo de coca, negro».

—¿Quién tiene cocaína? —me dijo—. Deja que llame a mi hombre.

La siguiente vez que lo vi la traía consigo. Se había puesto en contacto con un traficante de maría que tenía un poco. Esnifé una pizca y le pasé la bolsa.

—Adelante, tío, pruébala, negro —le dije—. Es igual que el éxtasis sólo que troceado.

Se hizo unas pocas rayas y de inmediato le sentaron fatal.

—¡Ah, mi cabeza! —gritó, lanzándose al suelo—. ¡Oh, mierda, Mike! ¡Chulo herido! ¡Chulo herido!

Yo pensaba: *Oh, mierda, este tipo se nos va a morir*. Estábamos con su sobrino y le pedí que lo llevara a casa. Yo me puse en el asiento del copiloto y Chance se estiró en el asiento trasero de su Maserati, sin dejar de gemir. Yo era un drogata de tal calibre que por el camino me puse a esnifar la cocaína en mal estado. Me importaba un pimiento si estaba acabando con Chance. Lo dejamos en su casa y me llevé todo el alijo conmigo. Ey, la coca mala siempre es mejor que no tener coca. Al cabo de pocos días, Chance se había recuperado.

Por aquella época empecé a quedar con un tipo llamado Michael Politz. De hecho, ambos habíamos estado juntos en la cárcel en Maryland. Él iba entrando y saliendo de forma periódica, porque aseguraba que la loca de su novia lo freía a órdenes de alejamiento que no dejaba de violar con la intención de ver a su hija. Michael estaba completamente enchufado a la escena nocturna de Las Vegas. Era una persona moderada, no bebía ni se drogaba, así que para mí suponía una compañía sobria de lo más ideal. Yo ya ingería drogas por los dos. Una noche llegó a sus oídos una fiesta que el club de *striptease* Scores iba a organizar en la suite con bolera del Palm Hotel. La ciudad acogía una convención de cine para adultos, por lo que la fiesta estaba a reventar de guapísimas estrellas del porno. Yo me fijé en dos de ellas, pero venían acompañadas por sus novios. Mientras tanto, Michael le lanzaba la caña a una camarera muy mona. Mantuve una breve conversación con una de las chicas, aprovechando que los novios no andaban cerca, y me dirigí a ver a Michael.

—Ven —le pedí, alejándolo de la camarera. Susurrábamos como si fuéramos dos colegialas.

—Mira por encima de mis espaldas —le dije—. Ahí está el lavabo. Voy a llevarme a esas dos chicas dentro y follármelas. Esto es lo que quiero que hagas. ¿Ves a esos dos tíos? Son sus novios. Me los vas a entretener.

—¡¿Qué?! —dijo Michael.

—Todo va a ir bien, hermano, no te preocupes —le dije.

—¿Y qué ocurre si esos tíos la toman conmigo?

—No sufras, podré oírlo. Si me llega un barullo y empiezan a darte de hostias, en cuestión de segundos saldré del lavabo en tu ayuda. No va a pasar nada —lo calmé.

Tenía la cara a un centímetro de su oreja, susurrándole todo este rollo. De modo que, para tocarme las pelotas, gritó bien fuerte: «Mike, no me siento cómodo teniendo tu boca tan cerca de mi oreja».

Toda la sala pudo oírlo. Yo empecé a reír histéricamente. Aquel blanquito estaba como una cabra.

—Ahora sí que me debes una, cabronazo —le dije.

—De acuerdo, ve —me dijo.

Entré en el baño acompañado de una de las chicas, mientras Michael distraía a los tíos. Al tiempo que ellos escuchaban historias sobre mí de boca de Michael, la otra chica se coló a hurtadillas. Cuando finalmente los tipos advirtieron que sus chicas se habían esfumado y preguntaron dónde se habían metido, Michael les dijo que probablemente los tres habíamos salido un momento fuera a fumarnos un porro.

Así era yo por entonces. Estaba bien jodido y atraía malas ondas. Al ir aumentando de peso, empezaba a parecerme a una fofa estrella del rock. Sin embargo, los subidones de coca propulsaban mi autoconfianza.

En los clubs comencé a comportarme de forma cada vez más desvergonzada con la cocaína. Una noche me encontraba con mi amigo Mack, el barbero, en el bar del Wynn Hotel. Entre firma de autógrafos y pose para fotos, hacía escapadas a los lavabos. Finalmente, los miembros de seguridad se acercaron a Mack.

—Necesita venir a recoger a su amigo —le dijeron.

Me habían pillado esnifando en el baño y querían echarme del hotel. Así eran las cosas por entonces. O me trataban como a la realeza en los *nightclubs* o me ponían de patitas en la calle después de que alguien informara haberme visto esnifando o follándome a una chica en los lavabos. Dado que conocía a muchos porteros, la mayoría me dejaban volver a entrar, aunque hubo clubs que me prohibieron totalmente el acceso.

De aquí que por sistema prefiriera ir a los clubs de *striptease*.

—¿Qué hacemos en estos clubs de baile cuando podríamos estar en un club de striptease? —les preguntaba a mis amigos—. Estas chicas llevan puesta la ropa y muestran mala disposición. En los clubs de *striptease* van desnudas y muestran buena disposición. Vayamos directos al grano.

Los dueños de los clubs de *striptease* estaban conchabados conmigo. En algunos clubs disponía de mi propio baño privado. Me pasaba horas ahí dentro y, al salir, me dirigía a hablar con los propietarios. Me comportaba como una *prima donna* de tal calibre que, al ver cómo se me acercaba un miembro del equipo de seguridad, le gritaba: «¡Aléjate de mí! Aléjate de mí, no estoy molestando a nadie».

Me volví tan descarado que llevaba mis bolsas de cocaína a la vista y con una pajita sobresaliendo, igual que si fuera un batido. A mis amigos les

ofrecía un tirito y, pensándose que les llegaría un poco, esnifaban fuerte y acababan gritando porque la bolsa estaba a rebosar. Se ponían a toser y escupir.

Empecé a salir con algunas *strippers*, lo que derivó en situaciones conflictivas. Iba colocado y, al descubrir a una de mis chicas con un cliente, me metía en medio.

—¿Por qué no me devuelves las llamadas? —le gritaba.

Ella le estaba haciendo un *lap dance* a un tipo y yo me colocaba a un palmo de su cara, acosándola.

—Ey, si hay algún problema, yo… —me decía el cliente, asustado.

—Tú ocúpate de tus asuntos, estoy hablando con ella —le gruñía.

Otras veces las chicas con las que salía se ponían celosas y empezaban a pelearse en medio del club. De modo que empezaron a denegarme la entrada durante determinados turnos.

El paso siguiente fue quedarme a dormir en los clubs de *striptease*. Llevaba conmigo una caja con pollo frito de la que empezaba a comer cuando, agotado tras días sin pegar ojo, caía dormido. Las *strippers* aprovechaban para comerse el pollo y hurgar en mis bolsillos. Al despertarme, me encaraba con las divas del tanga, no por hurgar en mis bolsillos, sino por comerse mi pollo. Cuando se produce el bajón de la cocaína, te entra un hambre terrible.

En noviembre de 2005 había perdido definitivamente el norte. Fui a Los Ángeles para asistir al preestreno de *Get Rich or Die Tryin'* de 50 Cent's. Iba hasta las cejas de cocaína y Robin se encontraba ahí. Seguramente me vio correteando, ligando con las chicas y haciendo el payaso. Al acabar la película e incorporarme, la tenía a mi lado. Me dio un abrazo y la besé. Esperaba poder volver a follármela. Pero ella reaccionó con un «Guau» y se largó. Tan pronto se hubo marchado, me di la vuelta y Naomi Campbell me agarró y me dio un abrazo. Debió verme abrazar a Robin y probablemente pensó: *No debería abrazar a esa zorra. Con toda la mierda que le tuvo que aguantar, ¿ahora va y la abraza?*

Naomi se despegó y me miró fijamente a los ojos.

—Mike, dicen por ahí que estás metiéndote demasiado. Necesitas parar. Estás jodiéndote la vida.

Estaba muy enfadada y me leyó la cartilla. No, ella siempre se había preocupado mucho por mí y viceversa. Era una verdadera amiga.

Sin embargo, no seguí sus consejos. Continué metiéndome sin descanso. Veamos: si pillas un subidón de cocaína y no tienes chicas a tu alrededor, obtienes un mal subidón. Y si cuentas con las chicas pero no tienes la cocaína, tampoco vas bien. Para conseguir una experiencia óptima, necesitas a ambas. Yo solía decir que necesitaba «una puta y unas rayas». Ahora bien, quizás penséis que tomar mucha cocaína era contraindicado para mantener relaciones sexuales, pero para eso estaban el Cialis y la Viagra.

Por esta época volví a frecuentar a Crocodile. Venía de haber estado preparando a alguien para un combate y ansiaba salir de fiesta. En una ocasión nos encontrábamos en mi habitación de hotel en Las Vegas con una famosa estrella del porno y su novio. Habíamos acordado que nos acostaríamos con ella. Un segundo después de que entraran por la puerta, Crocodile y yo comenzamos a desvestirnos. En teoría su novio estaba de acuerdo en que tuviéramos relaciones sexuales con la estrella del porno, pero al vernos desnudos se tiró atrás.

—No, por favor, no lo hagas —le gritó a su novia.

—¿Qué le pasa a nuestro amigo? —le pregunté—. Creía que le parecía bien.

—¡No! ¡No! Sólo sexo oral —suplicó.

—No, colega, queremos hacerle una visita a ese coño —le dije.

Se echó a llorar con tanta fuerza que la estrella del porno acabó levantándose.

—No puedo hacerlo. Debo irme con él —nos dijo y ambos abandonaron la habitación.

Crocodile era todo un personaje. Cada vez que me veía con una chica, automáticamente empezaba a quitarse la ropa.

—Crocodile, esta mujer es mía —le decía—. Esta vez no.

—Oh, culpa mía, culpa mía —se disculpaba.

Crocodile y yo asistimos en 2006 a una fiesta de fin de año en Phoenix. Dennis Rodman y Charles Barkley también fueron. Al final de la velada, reparé en una chica preciosa, preciosa, una de las mujeres más exquisitas

que jamás había visto. Era actriz y no paraba de soltar nombres como el de Charlie Sheen. Crocodile y ella andaban muy pegados, pero no podía decir si estaban juntos o no. Mirándola le pregunté: «¿Con quién estás?». Y de golpe descubro que con Crocodile. *Esto va a ponerse interesante*, pensé.

Nos la trajimos con nosotros a una casa que yo había adquirido en Phoenix. Empezamos a hacer el tonto, pero ambos llevábamos tal colocón que, pese a que no paramos de besarla y de lamerla, nos resultó imposible conseguir una erección. De modo que salimos a un *sex shop* abierto las veinticuatro horas para comprarnos unas pelis guarras. Esto tampoco funcionó. Tío, menuda frustración. Ahí estaba la mujer más despampanante con la que me había cruzado y yo incapaz de hacer nada. Crocodile y yo parecíamos dos críos que el día de Navidad son incapaces de abrir sus regalos porque les fallan las fuerzas. Me cabreé tanto que aquella noche no me llevé conmigo mis Cualis. Salí con la sola intención de colocarme, no pensé que pudiera follarme a ninguna.

Pude comprarme aquella casa en Phoenix porque, de tanto en tanto, conseguía ganar algo de dinero que no acababa en manos de mis acreedores. Una empresa de Japón me dio 800 mil dólares por utilizar mi imagen en una máquina de Pachinko y 100 mil extra por permitirles que no luciera calzones de color negro.

Phoenix se convirtió en mi centro de operaciones festivas. Había pasado mucho tiempo en la ciudad con Shelly Finkel, por lo que estaba bien conectado a algunas de sus mayores fortunas. Si necesitaba un lugar en el que quedarme antes de comprarme la casa, ellos me lo encontrarían. La fiesta en Phoenix carecía de las dimensiones de la de Las Vegas pero, de algún modo, era mucho más intensa. Daba la impresión de tratarse de un lugar tranquilo, pero de noche se transformaba en un pequeño animal. Ahí la fiesta era de alto nivel, con la gente reuniéndose en mansiones o en inmensas suites de hotel.

Acabé formando parte de un círculo compuesto de muchos médicos. Uno de ellos era cirujano plástico y me hacía acudir a su consulta, acomodándome en una de las habitaciones en las que examinaba a sus pacientes. Tenía la cocaína a un lado, la maría al otro y la Viagra sobre la mesa.

—Ey, doctor, estoy de bajón. No me gusta cómo me siento —le dije un día.

—No te preocupes, voy a arreglarlo —me dijo antes de ir a la habitación contigua.

Pocos minutos después, volvió a entrar con un gotero al que me conectó.

—Esto conseguirá eliminar la peor parte —me dijo.

—¿Qué es? —le pregunté.

—Morfina —me dijo.

Este cirujano era un fiestero de cuidado. Una vez iba solo en su coche tomando un montón de coca cuando perdió el control. Atravesó el cristal y su rostro acabó lleno de rasguños tras impactar contra árboles y matorrales.

Al cabo de poco tiempo, fui a su casa y, cuando me abrió la puerta, me llevé un shock.

—Deberías mirarte la cara, tío —le dije—. Estás bien jodido.

La maleza le había pelado todo el rostro, convirtiéndolo en una máscara sanguinolenta. Tuvo suerte de dedicarse a la cirugía plástica.

En Phoenix me metía tanto que empecé a alucinar. Una vez que iba en mi coche con mi asistente Darryl al volante, estábamos a punto de llegar a casa de un amigo cuando le dije: «¡Mira a toda esa gente saludándonos a la entrada!». Ahí no había nadie, sólo eran las ramas mecidas por el viento.

En julio de 2006 recibí otra visita del FBI. La noche anterior había salido de parranda y, al ver a un equipo del FBI-SWAT subiendo las escaleras de la entrada a mi casa, salí corriendo hacia la puerta trasera, pero también ahí estaban esperándome.

—¿Señor Tyson? Necesitamos hablar con usted.

Pensé: *Oh, mierda. ¿A quién le toqué el culo anoche?*

—Querríamos saber qué relación tiene con este caballero de la foto. Su nombre es Dale Hausner —me dijo uno de los agentes.

Miré la foto. En ella se me veía estrecharle la mano como si fuéramos colegas.

—¿Conoce a este individuo? Escribe sobre boxeo y es fotógrafo —me dijo el agente.

—Me acuerdo de él. Vino a verme al gimnasio. Unos cuantos boxeadores mexicanos empezaron a increparlo: «Lárgate de aquí, jodido maricón —le soltó uno de ellos—. El campeón no quiere hablar contigo». Pero era Ramadán, de modo que intercedí y le expliqué al resto de boxeadores que estábamos en tiempo de paz y que debía reinar la concordia. Así que le dejé que me entrevistara. Lo lamento si lo ofendí de algún modo. No era mi intención causarle ninguna molestia.

—No, no, usted le cayó bien, Señor Tyson —me dijo el agente del FBI —. No pueden decir lo mismo las ocho personas a las que asesinó y las diecinueve contra las que disparó.

Resultó que la policía investigaba a Hausner y a su amigo por una serie de tiroteos desde un coche, llevados a cabo en Arizona entre mayo de 2005 y julio de 2006. Estuvo bien que les parara los pies a aquellos tipos y que le mostraran algo de respeto o, de lo contrario, podría haberme esperado a la salida del gimnasio para meterme una bala en la cabeza.

A finales de agosto, me salió un bolo para hacer una exhibición pugilística en el Aladdin Hotel de Las Vegas. Era una oferta fantástica. Me dieron una buena suite y me pagaron por entrenarme en una habitación en la que habían instalado un cuadrilátero. Las miles de personas que desfilaban por el hotel podían verme dándole al saco y boxeando con un *sparring*. Me daban de comer cualquier cosa que se me antojara, carta blanca. Así que me puse a llamar a los colegas.

—Vente. Voy a pasarme un mes aquí. Puedes pedir lo que te venga en gana, paga la zorra, negro.

Por entonces llamaba al hotel «la zorra». Estaba en modo proxeneta.

Bobby Brown estaba de paso por la ciudad junto a Karrine Steffans, también conocida como Superhead, su pareja en aquel momento. Lo invité a que nos viéramos. En el pasado yo también había tonteado con Karrine, pero pensaba que no habría ningún problema. Era una chica muy cara de ver pero, una vez lo conseguías, la diversión estaba asegurada.

A Bobby no le gustó la idea. Yo no sabía que iba en serio con ella. De modo que se trajo a su padre y a unos amigos. Estos vinieron primero y los agasajé. Luego llegó Bobby. Me encontraba en el vestíbulo del hotel cuando hizo su entrada y subimos juntos en el ascensor. Al vernos juntos, la gente

se volvió loca. Una mujer que iba con su marido dijo «¡Jodeer! Mike Tyson y Bobby Brown. Cariño, estos dos negros la van a liar, la van a liar». Sabían que éramos sinónimo de problemas.

Quería que Bobby y yo nos relajáramos un rato. Era genial pasar tiempo con Bobby porque, cuando estuvo casado con Whitney Houston, ella no le dejaba que saliéramos juntos, algo por lo que no la culpo.

Por esta época empezó a resultarme difícil conseguir coca. No es que Las Vegas andara escasa de material; era que los traficantes no querían surtirme. Siempre tardaban una barbaridad en conseguirme las dosis que me prometían. Yo no era un dechado de paciencia, por lo que acababa pillando en las hamburgueserías. La sequía empezó en el gueto. Primero no me permitieron la entrada en los lavabos de los bares de Westside. A continuación, los traficantes se negaron a servirme.

Me decían: «Ve a entrenar, Mike, necesitamos que te pongas a entrenar». Habíamos crecido juntos en Las Vegas, me habían visto rondar la peluquería durante años y no querían contribuir a mi caída. Cuando eran niños, yo les daba pavos gratis, en lo cual se sentían realmente unidos a mí. Impelido por la necesidad, empecé a buscarme problemas con los blancos del Strip. Los encargados de darte la bienvenida a los casinos, los porteros de los clubs, todos tenían contactos.

Estando en el Aladdin durante las semanas que duraba la exhibición, llamé a un tipo para que me trajera un «ocho» a la suite. Enviaron a un maldito negro pueblerino con el material. Estaba emocionadísimo, se pensaba que íbamos a salir juntos de fiesta con un grupo de tías. Él iba a ser el rey de la función y tenernos a todos comiendo de su mano al ser el portador de la droga. Le abrí la puerta y le dejé entrar.

—¿Traes el material? —dije.

—Sí, pero ¿dónde está la gente?

—No hay nadie. Sólo yo, negro —le dije—. Tú eres el encargado de vender la droga, ¿no? Pues limítate a venderme la jodida droga, ¿de acuerdo?

Le arranqué el paquete de las manos.

—A la mierda con esto, no necesitas meterte, Mike —me dijo—. Eres el campeón. Te queremos, Mike.

—Ahora que lo dices, mi entrenamiento va a consistir en patearte el culo hasta que salgas por esa puerta.

Le abrí la puerta y el cabrón agarró la bolsa con coca y salió corriendo.

—¡Ve a entrenar! —me gritó.

Fui tras él, pero estaba gordo, furioso y desnudo. Sólo llevaba puesta una toalla alrededor de la cintura.

—Ya estás regresando, cabrón. ¡Voy a matarte!

Al estar en forma pudo darse a la fuga. Deseaba horrores pegarle una paliza. ¿Quién coño se había creído que era? ¿La maldita Florence Nightingale?

Empecé a intimidar a los contados traficantes que seguían vendiéndome drogas cuando andaba corto de fondos. Un día vino a verme un traficante para solicitar mi ayuda.

—Escucha, Mike. ¿Puedes echarme una mano? Por favor, dile a Crocodile que me pague lo que me debe. Le pasé un montón de coca.

Con aquello cavó su propia tumba. Sabía que era una nenaza y también que, si no conseguía que Crocodile saldara su deuda, yo no iba a tener que volver a pagarle por sus drogas nunca más.

—Claro, hablaré con Crocodile, pero dame el material que llevas encima —le dije y le arranqué la coca que sostenía.

—Oh, tío, el jefe me va a matar. Tengo que llevarle algo de dinero —me dijo.

—Tu jefe necesita conseguir ese dinero de otro negro —le dije.

—No, tío, tengo que conseguirlo de ti.

—Bien, en ese caso dile a tu jefe que venga a verme para hablar de dinero. Escucha, ¿me convertiste en un adicto y ahora quieres cobrarme, cabrón? Voy hasta las cejas de coca, negro.

En otra ocasión en que no tenía dinero para comprar, conduje hasta Summerlin, donde vivían los grandes capos de la cocaína. Los visitaba en sus fastuosas mansiones y me pasaba horas con ellos, haciéndonos fotos y unas rayas. Cuando llegaba la hora de sentarnos a negociar, intentaba jugársela. Me decían el precio y yo me indignaba.

—Ey, ¿de qué va todo esto? ¿De verdad quieres venderme esta mierda, hermano? Llevamos todo el día juntos y ahora quieres cobrarme por esa

mierda.

—Aquí tienes —acababan cediendo.

No hay duda de que la cocaína es el diablo. Con las mujeres siempre me había comportado como un machista. Aunque estuviera en las últimas, jamás las dejaba invitarme a cenar. Sin embargo, cuando necesitaba dinero para drogas, me metía en el bolsillo lo que iban dejando por ahí. Ésa fue de las cosas que peor me hizo sentir en mi vida. Quería dejar de jugar con el diablo, pero él quería seguir haciéndolo y no se acabaría hasta que él lo decidiera.

Estaba tan necesitado que el 20 de octubre fui a Youngstown, Ohio, para participar en un combate de exhibición a cuatro asaltos contra mi antiguo *sparring* Corey Sanders. El promotor era un ex boxeador llamado Sterling McPherson. Me olvidé de cobrarle por mi participación, pese a que vendió cuatro mil de las seis mil entradas a unos precios que oscilaban entre los 20 y los 200 dólares, a lo que se sumaba una tarifa de 29,95 dólares por seguir el evento por *pay-per-view*. Pero yo estaba convencido de poder salir de las drogas si me mantenía ocupado. McPherson hablaba de recorrer el mundo con esta exhibición, por lo que quizás más adelante acabara embolsándome algo de pasta.

El combate fue un rotundo fiasco. Corey se presentó con 136 kilos, unos 22 más que yo. Se colocó un casco protector que le valió los abucheos del público. Empezamos a pelear y conecté un buen golpe que lo tumbó en el primer asalto. Le causé problemas en el tercer y el cuarto, pero no lo apreté. Por entonces mi corazón ya no rebosaba oscuridad.

Tan pronto acabó la exhibición, regresé a Las Vegas y empecé a drogarme más y más. Una noche que andaba por el centro me encontré con el tipo que, años atrás, me había sacado una pistola en el Bentley’s de Nueva York. Seguía casado con su mujer y, cuando ambos me vieron en un club, mi estado era tan lamentable que les di pena.

—¿Te encuentras bien, tío? —me preguntó él.

Debería haberme metido una tunda ahí mismo. En aquel momento era vulnerable.

Llegados a ese punto, tenía la nariz tan destrozada después de haber esnifado tanta coca que sólo podía fumármela. No fumaba crack, sino que

cogía los polvos normales de coca y los mezclaba con tabaco de uno de mis cigarrillos. Igual que hacíamos de niños en Brooklyn. Los esnifadores, los tipos que esnifan cocaína, detestaban que me la fumara. La cocaína quemada echa una peste insoportable. Huele a una combinación de plástico quemado y matarratas. En una ocasión, un amigo me dijo que si quieres saber cualquier cosa sobre algo, lo que debes hacer es poner ese algo al fuego, el fuego es capaz de sacarlo todo. Si quieres descubrir una cosa sobre un gilipollas, préndele fuego a su culo. Bueno, pues si uno pone la cocaína al fuego, descubre que está hecha de un montón de veneno, toda la mierda emerge de dentro y huele a rayos.

Llegué a fumarme esa mierda en mi club de *striptease* favorito de todo Las Vegas. El dueño me permitía encerrarme en el lavabo a fumármela. Me ayudaba a suicidarme. En Phoenix me dejaban fumar dentro de los clubs. Gracias a Dios que la policía nunca entró mientras lo hacía. Para mí tomar cocaína implicaba todo un ritual, el cual recreaba en los clubs de *striptease*. Estaba rodeado de mi Hennessy, mis Cialis y mis Malboros. Y, por descontado, de mi coca, que repartía entre todos mis amigos.

Durante todo este periodo de locos en el que no paraba de tomar drogas y contratar a prostitutas, solía tener la voz de Cus resonando en mi cabeza a diario. Pero a mí me la sudaba porque no era una persona de carne y hueso. Por entonces vivir no era una de mis mayores prioridades. Ahora es cuanto deseo hacer pero, en aquel momento, encontrándome en la plenitud de la vida, no significaba nada. Cuando gané el campeonato con veinte años, muchos de mis amigos ya estaban muertos o diezmados. Algunos habían pasado tanto tiempo en prisión que al regresar parecían zombis, incapaces de saber en qué planeta estaban. Hubo quien cometió un delito de forma intencionada para verse de nuevo entre rejas.

A lo largo de aquellos años, una buena noche significaba meterme un «ocho», tres gramos y medio de cocaína, lo que hacía a diario. Cuanto más tomaba, más ganas tenía de hacerlo solo. Quizás era un cerdo o quizás no quería que la gente me viera tan hundido. A esas alturas, la coca había dejado de tener efectos eufóricos, sólo me insensibilizaba. Ya ni siquiera la acompañaba de relaciones sexuales. De tanto en tanto tenía a una chica conmigo, aunque era más para relajarnos que para follar.

Mi vida se había salido de madre. Un día estaba en un agujero con una puta callejera a la que intentaba convencer para follar sin condón y al siguiente departía risueño en Bel-Air con mis amigos ricos, celebrando Rosh Hashaná. Por esa época toqué fondo. Me encontraba en una suite de un hotel de Phoenix con mi gotero de morfina, mi Cialis y mi botella de Hennessy. Y siete prostitutas. De golpe la cocaína me volvió paranoico y pensé que aquellas mujeres intentaban tenderme una trampa y robarme. Así que empecé a pegarles. En ese momento me di cuenta de que no era que me rodearan una serie de demonios, sino que era el diablo mismo quien me tenía entre sus manos. Y había vencido. Bruscamente eché de la habitación a aquellas putas y me acabé la cocaína que quedaba.

Algunas de mis amigas, no amantes, sólo amigas, me decían que había llegado el momento de que encontrara a una mujer que me hiciera compañía. Llegaban a soltar gilipolleces como «para toda la vida».

—Voy a seguir así hasta el final. Voy a seguir jugando hasta alcanzar un lugar en el que ya no pueda seguir jugando —les decía.

Largaba estupideces. Debía encontrarme a mí mismo antes de poder encontrar a otra persona. Jackie Rowe procuraba soltarme un sermón acerca de las drogas y yo le decía: «Si me quieres, me dejarás hacerlo».

—Mira, Mike, me niego a quedarme de brazos cruzados viendo cómo te conviertes en un perdedor. Somos ganadores —me decía.

Me inspeccionaba los pantalones y las chaquetas antes de enviarlos a la lavandería de cara a asegurarse que no contuvieran drogas.

Me consta que a todos mis amigos les preocupaba mi adicción a las drogas, pero sabían que más les valía no decirme a la cara que dejara de hacer lo que tanto me entusiasmaba. Empecé a aislarme para no tener que aguantar toda esa mierda. Sólo había un amigo capaz de recriminarme a la cara mi conducta. Zip. Lo hacía de un modo muy astuto. Estábamos juntos relajándonos, fumando un poco de maría, y se ponía serio.

—No te preocupes, Mike, te vamos a montar un bonito funeral. Ya he apartado el dinero para ello. Fumaremos maría y nos beberemos ese Cristal de primera sin dejar de pensar en ti. Voy a conseguirte un carruaje tirado por caballos, colocaremos tu ataúd en la parte trasera y luego alardearemos de cadáver por todos los condados de la ciudad, tío. Va a ser precioso, tío.

A finales de octubre, almorcé en Phoenix con mi terapeuta Marilyn, que había vuelto de Moscú. Estábamos sentados a la mesa de un restaurante cuando vi a una joven preciosidad comiendo sola y le indiqué al camarero que yo me hacía cargo de su cuenta. Al cabo de un rato, la dama se acercó hasta nuestra mesa y me dio su número de teléfono.

Cuando se marchó, Marilyn se quedó callada durante un segundo. Luego habló.

—Me apuesto algo a que no aguantas seis semanas en un centro de rehabilitación.

Aquello galvanizó mis nervios de macho alfa.

—¿Estás loca? Me resultaría chupado hacer seis semanas, poseo disciplina.

La verdad es que me sentía preparado para ello. Me había cansado de tropezar una y otra vez. Me llevaba mal con mis hijos, me llevaba mal con las madres de mis hijos, me llevaba mal con un montón de amigos. A algunas personas les daba miedo estar cerca de mí.

Estaba a punto de viajar a Inglaterra para realizar una gira de seis semanas como relaciones públicas, por lo que decidí que dejaría de drogarme, ni siquiera tomaría maría. De este modo ya estaría listo para entrar en rehabilitación cuando regresara a Phoenix. Y paré. No probé la cocaína ni la maría, ni siquiera el alcohol.

Fue entonces cuando comprendí que tenía un verdadero problema. Durante las primeras horas perdí la cabeza. Destrocé la habitación de mi hotel. Me estaba volviendo loco, pero no me coloqué. Sufrí un mal viaje terrible, pero no recaí una sola vez. Al volver a Phoenix estaba limpio y preparado para ingresar en rehabilitación. Con anterioridad ya me había enfrentado a severos periodos de abstinencia.

Marilyn me llevó a un sitio llamado The Meadows. Entramos en él y la primera impresión fue que aquello parecía más una cárcel que un centro de rehabilitación. La primera medida que tomaban era tenerte muy medicado. Todos los miembros del personal eran gordos y lentos. En el caso de verme involucrado en una pelea, tardarían dos horas en llegar al lugar de los hechos. Así que me inundaron a medicamentos y me condujeron a una entrevista con los terapeutas. Pensaba que en estos centros te dedicabas a

relajarte y ver la television hasta que llegaba la hora de marcharte. No sabía que me vería forzado a hablar sobre los aspectos más recónditos de mi pasado y mis traumas internos. Aquellos cabrones intrusivos y raritos me acosaban a preguntas.

—¿Cuánto tiempo llevas colocándote?

—¿Qué drogas has tomado?

—¿Qué circunstancias externas desencadenan tu hábito?

—¿Cómo eran las cosas por casa cuando eras niño?

—¿Acaso eres homosexual?

Joder, esos tipos no paraban de atosigarme. Había uno al que no conocía de nada que esperaba que le respondiera a cuestiones sumamente personales. Yo no quería enfrentarme a la realidad de quién era y a la relación con mis demonios.

—Ey, deja de meterte en mi cabeza, cabronazo. ¡Que os jodan a todos! —les decía—. ¿Cómo te atreves a hablarme así, blanco arrogante, escoria?

Al día siguiente, me largué.

15

Una semana después ingresé en otro centro de rehabilitación en Tucson. Si no volvía a hacer terapia, Marilyn me mataría. Puede dar la impresión de ser una abuelita blanca de lo más afable e inocente, pero nada de eso. No iba a permitir que me rindiera. Me dio una reprimenda encolerizada. Me dijo: «No, no, vas a cumplir con esta apuesta». Fue entonces que descubrí otro lado de ella, ese fuego en sus ojos. No podías tomarle el pelo, no estaba para chiquitas. De modo que probé en un nuevo centro en Phoenix. Me gustaba la gente que había ahí. Trabé amistad con una joven muy rica que iba a estudiar diseño de moda y que estaba enganchada a la heroína. Me metí en un lío después de que una persona hiriera mis sentimientos y le contara algo sobre mí a un miembro del personal. Los ataqué verbalmente. Cuando yo hablaba, infundía miedo a todo el mundo porque no estaban acostumbrados a que un negro se dirigiera a ellos de ese modo. Los directores del centro me dijeron: «Debes marcharte, todos te temen». Así que llamé a la joven con la que estaba saliendo para que viniera a recogerme.

Phoenix es una ciudad de blancos de manual. Cuando asistes ahí llevas a un programa de rehabilitación, puedes notar el desdén racista que transmiten los médicos sofisticados y las otras personas que se supone que deben ayudarte.

Para ellos yo era el símbolo de la Negritud. El personal albergaba unos estereotipos y prejuicios sobre los hombres negros y, en particular, los atletas negros. El director tuvo la audacia de decirme: «Hemos tenido a otros atletas con nosotros y todos sin excepción lucían joyas. Me he dado cuenta de que tú no eres tan ostentoso como ellos».

—Eso se debe a que no tengo dinero —le contesté con brusquedad.

El trasfondo de su mensaje no me pasó desapercibido. Omitió la palabra «negros» por mucho que la tuviera en la cabeza.

Marilyn también era consciente de lo que ocurría y no cejaba en el empeño de encontrarme un lugar en el que me fuera bien. Primero, sin embargo, yo debía atender otros asuntos. Corrían las Navidades de 2006 y estaba decidido a que fueran lo más blancas posibles en Arizona. Mi asistente Darryl dormía en otra habitación y me escapé furtivamente de casa para montarme en mi BMW. Conduje hasta el Pussycat Lounge y, sólo llegar, busqué a la gerente, una chica cañón de Europa del Este por la que me había sentido atraído.

—¿Dónde tenemos a esa zorra blanca? —le pregunté.

—Puedo conseguirte un poco, espera un minuto —me dijo.

Regresó con tres bolsas pequeñas de plástico que contenían un gramo cada una.

Acto seguido, me dejó de piedra.

—¿Me darías un poco? —me dijo.

Jamás había dado señal alguna de estar interesada en mí. Entramos en su despacho y nos hicimos unas cuantas rayas.

—Has estado bebiendo, Mike. ¿Necesitas que te lleve en coche a algún sitio?

—No, estoy bien.

No podía creerme que le hubiera dicho eso. Ahí se me presentaba la ocasión de conseguir follarme a la mujer que había codiciado durante años. Seguro que en aquel momento el diablo estaba jugándomela. Yo pensaba: *No le voy a dejar que me lleve a ninguna parte, sólo le interesa mi cocaína. Que se joda esta perra*. Deseaba estar a solas con la chica de mis sueños, la auténtica zorra blanca. La cocaína hacía que me comportara de forma egoísta. Podría haber conseguido que me condujera a casa la chica que ansiaba conseguir desde hacía mucho tiempo, pero no quería compartir mi droga con nadie.

Así que me subí al coche. De inmediato vertí la mayor parte de la coca de una de las bolsas en la guantera central. Saqué mi paquete de Marlboro y

le extraje la mitad del tabaco a uno de los cigarrillos, mezclándolo con un poco de coca. Le di algunas caladas y empecé a conducir de vuelta a casa.

A ver, no soy un conductor de primera ni siquiera estando completamente sobrio. De modo que iba haciendo eses, metiéndome en el carril contrario, cuando crucé por delante de un control policial de alcoholemia. No me di cuenta, pero los polis sí que vieron cómo conducía y se pusieron a seguirme. Tras saltarme un Stop y casi empotrarme contra el vehículo de un *sheriff*, consiguieron darme el alto. Al acercárseme el poli, intenté desesperadamente eliminar toda la coca que quedaba en la consola, pero la piel estaba llena de poros, de manera que, aunque escupieras sobre ella e intentaras limpiarla, los poros siempre absorbían una parte.

Bajé la ventanilla y me pidió el permiso de conducir y los papeles del vehículo. Entonces se dio cuenta de quién era. Y también descubrió el estropicio de la consola.

—No puedo creerme esta mierda, Mike —me dijo.

Hizo que saliera del coche y me hizo las pruebas de alcoholemia de rigor, que en mi lamentable estado no pude superar. Acto seguido, me registró y encontró las otras dos bolsas en los bolsillos del pantalón. Luego trajeron al perro especialista en detectar droga y dio con el resto de la coca que quedaba en el interior del coche. Me detuvieron.

Antes de interrogarme, me metieron en una celda. Mi mosqueo era de órdago. Llevaba encima suficiente coca como para ser acusado de un delito grave. Pero siempre que acababa entre rejas, coincidía con un tipo blanco que se conocía el sistema al dedillo. Aquélla no fue una excepción.

—Hola, campeón, ¿por qué te han trincado? —me dijo el chavalito blanco.

—Tío, me han pillado con cocaína —le dije.

—¿Ya te han arrestado antes por drogas? —me preguntó.

—Me han arrestado un montón de veces, pero nunca por drogas.

Se le iluminó la cara.

—No te preocupes, hermano. No vas a ir a la cárcel —me dijo—. No pueden encerrarte por tu primer arresto por drogas, primero deben intentar ayudarte.

Ahora que sabía lo que iba a ocurrirme, estaba listo para ser interrogado. El agente que me había arrestado me condujo a una habitación.

—¿Qué drogas y medicamentos ha estado tomando? —me preguntó.

—Zoloft —le dije.

—¿Nada más?

—Marihuana y cocaína. Me tomo una pastilla de Zoloft al día.

—¿Cuánta marihuana se ha fumado?

—Dos canutos, por la mañana.

—Antes del día de hoy, ¿cuándo fue la última vez que tomó cocaína?

—Ayer.

—¿Con qué asiduidad consume?

—Siempre que cae en mis manos. Esta mañana, sobre las nueve, he tomado un poco.

—¿Por qué toma tanto marihuana como cocaína?

—Soy adicto.

—¿Las toma al mismo tiempo?

—Sí. Tomármelas juntas me hace sentir bien.

—¿En qué le ayuda el Zoloft?

—Me regula. Estoy muy jodido.

—No tiene aspecto de estar muy jodido.

—Lo sé, hombre, pero estoy jodido —le dije y me puse a reír ruidosamente, igual que ese tipo en la película *Reefer Madness* tras encenderse un canuto.

Le dije que me fumaba la cocaína mezclándola con los Malboro, lo que le despertó la curiosidad, de modo que le expliqué todo el proceso.

Otro agente me preguntó si mientras conducía me sentía bien gracias al hecho de que la droga circulara por mi sistema. Le dije que me había sentido bien unas horas antes.

—Quiero agradecerle que se haya mostrado tan cooperativo, Mike —me dijo el primer poli.

—Soy un tipo bastante enrollado —le dije.

—En mi pueblo pondrían el grito en el cielo si se enteraran de que te he arrestado —me dijo.

No sabía cómo reaccionar, de manera que actué como un psicópata. Fijé la vista en el suelo y puse una voz más grave de lo habitual.

—Jódete, te odio. Jódete, inútil. Jódete.

—¿Alguna vez te buscan las cosquillas, Mike? —me preguntó el primer poli.

—Todo el rato, pero procuro arrinconarlo y no dejar que me moleste —le dije.

El policía apagó la grabadora y me condujo a la unidad móvil de la Oficina del Sheriff del Condado de Maricopa. Me registraron y me metieron en una celda individual. En ella había un teléfono y dediqué la mayor parte de la noche a llamar a cobro revertido.

Cuando a la mañana siguiente salí bajo fianza, Darryl vino a buscarme. Sólo verlo, le di un abrazo. Darryl llevaba años intentando mantenerme por el buen camino, de Las Vegas a Amsterdam. Un trabajo de lo más peliagudo.

—Ey, Mike, ¿por qué recaíste anoche y no me dijiste nada? —me preguntó.

—La vida es dura, hermano. La vida es dura —le dije.

Darryl me llevó en coche a casa de Shelley, me di una ducha, vi a mis hijos Miguel y Exodus, y cené bien. Después conseguí un abogado. Llamé a mis contactos en Las Vegas y salieron con el nombre de David Chesnoff, un abogado que podía tirar de muchos hilos y que era socio de Oscar Goodman, el cual me había representado en el intento por recuperar mi licencia de boxeo. Aunque no era obligatorio, la estrategia de Chesnoff consistió en meterme en rehabilitación a la mayor celeridad posible, así como que llevara a cabo servicios comunitarios de relevancia, todo ello con el fin de demostrarle al tribunal mi determinación a poner mi vida bajo control.

Así que ingresé en mi tercer centro de rehabilitación de Phoenix. Consistía en una pequeña casa, cuyo dueño era el director del centro. Este tipo era un verdadero capullo que me la intentaba colar a todas horas. Sin embargo, hice un buen amigo ahí, un italiano de Brooklyn, uno de esos individuos que van por ahí diciendo: «¡Ey, pongámonos a ello!». Una gran sonrisa, energía de sobras. Si no hubiera sido por él, me hubieran dado la

patada mucho antes. El resto, por el contrario, me tenía miedo. El responsable del centro se agarró a la excusa de que se me había olvidado cerrar con llave el lugar donde guardaba mi medicación para sacarme de encima.

A estas alturas, podría haberme limitado a decir: «Que os jodan a todos, no pienso volver». Sin embargo, el vínculo entre Marilyn y yo era demasiado fuerte. Por consiguiente, Marilyn y mi abogado se pusieron a investigar y dieron con la doctora Sheila Balkan, un reputada criminóloga especializada en el desarrollo de métodos de tratamiento alternativos al encarcelamiento. Empezó a tratarme en mi siguiente centro de rehabilitación, un lugar llamado Wonderland que se encontraba en Hollywood Hills. Sheila y Harold, uno de sus socios, vinieron a recogerme y me llevaron a él. Una parte de mí se sentía tan furiosa por tener que regresar a estos sitios que me dedicaba a coger un último subidón de campanillas antes de partir. Muchos yonquis se apuntan a un subidón de despedida, pero a mí me rodeaba gente realmente maja, que no me juzgaban en absoluto. Cuando llegamos a Wonderland seguía tan colocado que estaba para el arrastre.

Wonderland era un mundo aparte en comparación al resto de centros de rehabilitación en los que había estado. Ya no nos encontrábamos en Arizona; aquí eran mucho más liberales. Ya no me enfrentaba a gente que me juzgaba, sino a personas interesantes a las que no les daban miedo tipos difíciles como yo. Wonderland era uno de esos centros de alto nivel que acogía a los hijos de la élite: estrellas de cine, banqueros, todo lo que se os ocurra. Aquello era como vivir en una mansión, algo a lo que precisamente estaba acostumbrado. Costaba una fortuna, pero me imagino que se apiadaron de mí, ya que por entonces estaba sin un céntimo.

Fue amor a primera vista. Sentía que aquella solución podía cambiarme la vida. Tenía una habitación propia y estaba rodeado de estos jóvenes enrollados que no se metían en tus asuntos. Estábamos a tiro de piedra de la antigua casa de Marlon Brando y de otra en la que Jack Nicholson había vivido durante unos años. Me instalé y comencé a asistir a las reuniones de Alcohólicos Anónimos. Te dejaban que bajaras a la ciudad tú solo, siempre y cuando regresaras antes del toque de queda.

Sin embargo, al cabo de pocas semanas surgieron complicaciones. Dado que yo era un ex convicto de grado tres y llevaba una condena por violación en la mochila, la dirección recelaba de tenerme ahí junto al resto de pacientes. Si algo ocurría, todo el mundo, incluyendo el estado de California, podía ser objeto de una demanda. Me imagino que Sheila había llamado pidiendo el favor de que me admitieran, pero ahora mi permanencia colgaba de un hilo. Sin embargo, para entonces ya me había hecho amigo de todos aquellos chavales y decidieron dar un paso al frente. Cada noche traía yogur helado para todos. Me presentaba a las reuniones con galletas y cartones de leche. De manera que éramos como una gran familia. Al final organizaron una reunión y cada uno de ellos se puso en plan: «Mike debe quedarse. No dejéis que se marche». Realizaron una votación y se salieron con la suya.

Siempre me enorgullecía mi disciplina, pero dejar la cocaína fue un suplicio. Todos los dolores sufridos durante mis años de boxeador emergían durante mis periodos de abstinencia. Para mí la cocaína y el alcohol eran como novocaína. Si dejaba de tomarlos, la artritis me saltaba encima. Era un lisiado, no podía andar, los pies me dolían una barbaridad. Aún hoy necesito una inyección de cortisona de tanto en tanto para ayudarme a soportar el dolor.

En Wonderland me mantenía por el buen camino. Las tentaciones existían. Una actriz joven y famosa con la que coincidí salía cada noche con sus amigos. Venían a buscarla en cuatro o cinco limusinas y Mercedes. Un convoy al completo. El negro que se encargaba del tinglado me invitó una noche a unirme a ellos.

—No, no puedo. Con que se difunda una sola foto mía saliendo con esta pandilla me envían directo a la cárcel —le conté.

Me moría de ganas de apuntarme, aún lo llevaba dentro, pero me resistí. Estos chavales, de todas maneras, se pasaban el día saltándose las normas. Uno de estos jóvenes ricachones consiguió meter de tapadillo en su habitación un televisor de cincuenta pulgadas para poder jugar a los videojuegos. Lo cazaron y se la quitaron.

Después de un tiempo, pillé el ritmo. Me volqué en las reuniones. Cumplí mejor que nadie con los 12 pasos. Era un interno ejemplar. Todo el

mundo debía asistir a una reunión diaria. Yo me presentaba a tres o cuatro. Cuando llevaba tres meses dentro, Marilyn me hizo una visita y la llevé a una de mis reuniones en Sunset Strip. Pasé el cesto para conseguir donativos para el café y el té. Al acabar la reunión, recogí las sillas y fregué el suelo. Deseaba sentirme bien por hacer este tipo de cosas.

Seguía albergando sentimientos enfrentados al respecto. Muchos de mis héroes habían sido unos fracasados en el modo en que condujeron sus vidas, pero unos campeones en su especialidad. La gente quería apartarlos del alcohol y las drogas con el fin de salvarlos pero, en ocasiones, sin el alcohol y las drogas perdían las cualidades que los habían hecho grandes. Los que me rodeaban se mostraban felices al verme sobrio, pero yo me sentía en un pozo. Sólo deseaba morir.

En cualquier caso, siempre que albergaba pensamientos de este tipo, ahí estaba Marilyn para plantarme cara.

—¿De qué me estás hablando? Vas a seguir con el programa —me gritaba.

La afable dama de pelo blanco se transformaba en un maldito demonio. Estaba escrito que aquella mujer debía formar parte de mi vida. Uno se encuentra tan encerrado en sus vicios que es incapaz de ver lo enfermo que está. Yo asociaba la enfermedad con las ampollas y el gota a gota, no con los problemas mentales.

Dada mi celebridad, quisieron que acudiera a reuniones a puerta cerrada. Fui a algunas de ellas y aluciné. En ellas me encontré a algunas de las mayores celebridades. Yo les gustaba: pensaban que era un tío cojonudo. Me decían: «Mike, ¿necesitas dinero?» y le ordenaban a alguien que me hiciera un ingreso en el banco. Algo que descubrí en estos encuentros es que todo el mundo era capaz de percibir si ibas colocado. En una ocasión me topé con un actor de fama internacional, uno de los más grandes, en una reunión a puerta cerrada. Se acercó a saludarme y me dijo: «Ey, te hemos estado esperando. Te tenemos reservado un asiento».

¿Cómo diablos sabe que me metía?, pensé. Pero si te metes, todo el mundo que se mete sabe que te metes. Nos pensamos que nadie lo puede ver, pero somos más transparentes de lo que nos imaginamos.

Sin embargo, estas reuniones a puerta cerrada no eran lo mío. Fui unas cuatro veces antes de volver a las reuniones normales. Todos los miembros de los programas cerrados formaban parte de la élite, con lo cual contaban con un programa a medida. Yo debía seguir las reglas de Bill. W, el cofundador de Alcohólicos Anónimos. Mi sitio estaba junto a las masas.

Tengo una deuda con Marilyn por haberme introducido en el mundo de la recuperación que jamás podré saldar. Es un mundo fascinante. ¿Os creéis que la policía conforma la mayor fraternidad del planeta? ¿O los miembros de las bandas callejeras? No son nada en comparación con la de los que están en recuperación. De este mundo forman parte jueces federales, jefes de policía y fiscales. Ándate con ojo a qué alcohólico o adicto en rehabilitación le tocas las narices porque hablamos de una familia muy extensa y poderosa. Nunca subestimes el poder de la rehabilitación porque, si lo haces, la has pifiado. Todos le prestan atención, incluyendo el Presidente.

También forman un grupo heterogéneo. Yo me crucé con ex Ángeles del Infierno, ex pandilleros, individuos extraños cuyo único objetivo en la vida era conseguir que otras personas dejaran de beber y de drogarse. ¿Lo pillas? Algunos de estos tipos se han pasado la mayor parte de sus vidas en la cárcel y ahora el motor de su existencia consiste en salvar al mayor número posible de personas, consiguiendo que abracen la vida y se enfrenten sobrios a sus miedos. Son gente especial, Marilyn incluida. Están hechos de otra pasta. Mis métodos de intimidación y gilipolleces no funcionan con ellos. Asesinos despiadados con cicatrices cruzándoles el rostro o asesinos a sueldo de la mafia, a los miembros de Alcohólicos Anónimos no los intimida nadie. Incluso si te aseguran que les infundes miedo, no es cierto.

Si alguien hubiera hecho un comentario fuera de lugar y le hubiera faltado el respeto a Marilyn, le habría hecho la vida imposible. No me importa si eres billonario, no tienes suficiente dinero para pagar lo que hace esta gente, deberías ser su esclavo y su acreedor eterno. Están en paz consigo mismos. No hacen esto por dinero, sino por compromiso moral. Algunos de ellos cumplen con sus obligaciones, sonríen y se muestran relajados hasta que se ven forzados a pasar a la acción. Entre el personal de Wonderland había un chico judío muy esmirriado que se encargaba de

llevarnos en su coche de un lugar para otro. En una ocasión, un grupito de nosotros nos fuimos con él a comprar helados. Un rezagado vino corriendo a nuestro encuentro y, sólo subirse al coche, se hizo evidente por su aliento que había estado bebiendo. El chaval esmirriado salió del coche, abrió la puerta trasera y lo sacó a rastras. Me dije: «Oh, mierda». Yo era el campeón del mundo de los pesos pesados, ¿por qué no me había encargado? Aquel enclenque me merecía el mayor de los respetos. No tenía una sola célula violenta en el cuerpo hasta que se le encendió el interruptor e hizo aquello. Iba todo el día dedicándonos una sonrisa de oreja a oreja y diciéndonos: «Bonito día, ¿no es cierto?». Entonces olió el alcohol y ¡bam!

Durante mi estancia en Wonderland recibí muchísimo apoyo. Una gran estrella de rock que estaba siguiendo un programa me llamó tan pronto se enteró de que me encontraba en apuros.

—Mike, ven a verme si necesitas cualquier cosa.

El roquero era consciente de lo que mi mente estaba haciendo conmigo. Era un tipo maravilloso. Un día me hizo una visita un famoso actor británico y compartió conmigo su guerra contra el alcoholismo. Qué hombre más dulce. La gente se piensa que los adictos son unos holgazanes y unas personas terribles cuando son los genios de nuestro tiempo.

Cuando uno habla de rehabilitación, no todo son finales felices. Eso sí, cuando el final es feliz, se antoja un regalo del cielo. Algunos miembros de nuestra familia van a morir, van a escaparse para drogarse y sufrir una sobredosis. Vamos a seguir enfermando, a tener mala suerte en la vida, pero ahora disponemos de herramientas para ayudarnos a tratar estos problemas. Participar en aquel programa de recuperación fue de las mejores cosas que me han ocurrido en la vida. Hablo de gente maravillosa a la que la sociedad nunca le reconoce lo suficiente sus méritos. Acudir a Wonderland supuso un verdadero punto de inflexión. Pude reconectar con la idea de mejorar. Años atrás, Cus me la había inculcado, pero cada vez me costaba más, ya que tantas drogas habían conseguido eliminar todo lo positivo que había en mí. El simple hecho de recuperar una rutina diaria —entrenar, acudir a las reuniones, salir a cenar con mis compañeros— fue fantástico. Además, ver que les iba tan bien a adictos teóricamente incurables despertó mi vena competitiva. Supuso un resorte. Si ellos eran capaces, sabía que yo también.

No iba a permitir que nadie me superara. Un individuo del centro llevaba diez años sobrio. Tras conocerlo hubieras asegurado que se trataba de un santo. Sin embargo, sus padres seguían negándose a hablar con él. La mayor parte de su vida se había comportado como un monstruo. Ahora, en cambio, tenía un trabajo, mantenía a su familia y su principal objetivo en la vida era conseguir que otras personas como él se recuperaran.

Mucha gente que está en rehabilitación acaba por recaer, pero a mí me resultaba inconcebible. Si pillaba un colocón en aquel lugar, ya podía considerarme el mayor de los perdedores. Todo el sentido de encontrarme ahí consistía en no colocarme. Cuando me veo rodeado de energía positiva, la absorbo como una esponja. Me comporto como la reina de las *cheerleaders*: «Ey, estamos aquí para mantenernos sobrios. Vamos a conseguirlo juntos. Venga, ¡hagámoslo!». Por el contrario, en el caso de encontrarme solo el comentario habría sido: «Ey, ¿tienes una jeringuilla?».

Una de las cosas más terroríficas y gratificantes fue salir en ayuda de los compañeros. Oías de algunos que llevaban veinte años sobrios y que, de repente, se hallaban ingresados en el hospital, pues un tropiezo los había empujado a volver a beber. Algunos de los chicos con los que estaba en Wonderland se escapaban y debíamos ir en su búsqueda. Yo no era más que un paciente, pero me enviaban a dar con su paradero. Así que conducíamos hasta Hollywood con Vine. Bastaba con ir al meollo de las drogas para encontrarlos. Se limitaban a permanecer sentados en la calle. Su estado era tan lamentable que apenas podías reconocerlos. Pese a ser de raza blanca, el sol los había tostado tanto que tenían la piel oscura. Aquel año fui testigo de cosas tremebundas.

En Wonderland me veían todo tipo de terapeutas. A raíz de la condena que me cayó por el altercado de tráfico que monté, me enviaron a clases para el control de la agresividad. El instructor era un tipo bajito llamado Ian. Yo no podía entender qué podía saber él sobre el tema. Al poco tiempo descubrí que Ian parecía estar a punto de explotar en cualquier momento. Me imagino que escogen a las personas más indicadas para cada puesto. Durante nuestra primera sesión, me enseñó un proverbio judío: «Luz brillante, sombras oscuras. Cuanto más brillante es la luz, más oscura es la

sombra». Me contó que las estrellas más grandes eran las más oscuras, lo que explicaba que yo me encontrara entre las de esa clase.

Marilyn me aconsejó que viera también a un terapeuta sexual. Ya me había enviado con anterioridad a que me tratara uno en Arizona, pero no fue hasta que ingresé en Wonderland que empecé realmente a trabajar en el tema. Cada vez que Marilyn y yo salíamos, era testigo del modo en que yo reaccionaba a las mujeres, como si fueran ellas las que me buscaran y no al revés. Estaba convencido de que el problema era suyo.

—No, les dedicas demasiado tiempo de conversación —me aleccionaba Marilyn—. No te contentas con decirles «Gracias» antes de firmarles un autógrafo. Les preguntas de dónde son, cuánto llevan viviendo ahí, si están solteras. Sólo llevamos aquí treinta minutos y ya tienes diez números de teléfono en el bolsillo. ¿Acaso rechazas a alguna?

Me asignaron a Seano McFarland, un terapeuta de adicciones especializado en las de carácter sexual. Tenía su consulta en Venice. Sheila Balkan me acompañó en mi primera visita. Yo era tirando a escéptico con todo este asunto de la adicción al sexo.

—Bien, se supone que usted es el experto en adicción al sexo. ¿Cómo funciona y qué significa de verdad? —le pregunté.

Sean me señaló una foto de su esposa y su hijo que colgaba de una de las paredes de su consulta.

—Mike, ésa es una gran pregunta. Me gusta follar con prostitutas callejeras y ese niño precioso y esa mujer de la foto son mi mujer y mi hijo. De manera que cuando me emborracho y la cago, les digo: «Que os jodan» pues están jodiéndome la vida al no poder hacer lo que deseo hacer. Para mí esto es ser adicto al sexo.

En ese mismo momento decidí que me trataría. Pasamos mucho tiempo juntos. Seano dirigía unas reuniones de Adictos al Sexo Anónimos, a las que empecé a acudir los lunes, miércoles y sábados. Me divertía mucho formar parte de aquel grupo. Los compañeros eran guays y era muy interesante escuchar tantas historias disfuncionales. Un día se presentó un individuo que, dado su estatus, se creía mejor que el resto.

—Ey, creo que mi lugar no está entre vosotros —nos dijo—. Yo jamás persigo a las mujeres por la calle para decirles que quiero follármelas. El

único motivo que me ha traído hasta aquí es que mi esposa es frígida.

—El simple hecho de haber dicho algo así demuestra que perteneces a este lugar —le dije—. No quieras saberlo todo en un solo día. No dejes de venir, ¿de acuerdo?

Aquellas reuniones me proveyeron de muchas herramientas para la vida social. Cambié completamente la forma de enfocar mi relación con las mujeres. Al ser un campeón, me había creído que mantener relaciones sexuales con semejante cantidad de mujeres era un beneficio añadido. Era natural verte rodeado de tantos cuerpos dispuestos a entregarse a ti. Todos los hombres a los que idolatraba habían sido unos conquistadores sexuales. Había leído acerca de tipos estupendos como Errol Flynn, Jack Johnson o Jack Dempsey, y todos tenían en común la cantidad de mujeres a las que habían conquistado. En consecuencia, siempre había pensado que, para ser una figura importante, debías estar rodeado de mujeres. Cuantas más conquistabas, más importante eras. Nunca supe que acostarte con tantas mujeres te quitara tanto, mucho más de lo que te daba. Lo cierto es que jamás me creé una personalidad propia, sino que me dediqué a leer sobre muchos hombres a los que presumí dotados de grandeza y cuyas cualidades busqué tomar prestadas. Era demasiado joven para entender que se trataba de grandes hombres que poseían malas cualidades. Hasta Cus desplegaba una mentalidad parecida sobre lo que era un «hombre de verdad». Sin embargo, cuanto me trajo el sexo fue gonorrea, clamidia y el resto de enfermedades con nombres científicos.

Siempre tenía mujeres a mi disposición, pero acabé incurriendo en excesos. Podía contar con hasta hasta diez mujeres drogándose en mi habitación y, cuando debía ofrecer una rueda de prensa, me llevaba a unas cuantas y las metía en una habitación para que esperaran a que hubiera acabado. Siempre que había una mujer dispuesta, yo me apuntaba. Atacaba yo o me atacaban ellas. El problema es que procuraba satisfacerlas a todas y ser feliz. Eso es enfermizo. Resulta imposible satisfacerlas a todas, algunas estaban tan locas como yo enfermo, o más incluso. Intentarlo era ir a perder la cabeza.

Contaba con mujeres en cada ciudad del planeta. Deberíais haberle echado un vistazo a mi Rodolex. Gracias a Dios que se inventaron los

ordenadores. Durante un tiempo salí con una mujer en Phoenix que un día me vio en compañía de mis palomas.

—Tus pájaros son como tus mujeres. Debes tenerlos a puñados; de esta manera, si pierdes uno, te queda todo el resto. Por esto nunca posees diez o veinte pájaros, sino quinientos al mismo tiempo: estableces tal vínculo emocional que, si pierdes uno, aún puedes echar manos de cuatrocientos noventa y nueve. Con las mujeres haces exactamente lo mismo.

Era muy jovencita, pero no le faltaba razón. Me podía la inseguridad, el miedo a la pérdida, el terror a estar solo. Hacia el final de mi carrera saltaba continuamente de una relación sentimental a otra. Hablar de este tema en las sesiones de terapia me provocaba mucho dolor. Reproducía el comportamiento materno. Mi madre no hacía otra cosa que pasar de los brazos de un hombre a otro. Por mucho dinero que yo tuviera, seguía poseyendo sus rasgos. Saltaba de mujer en mujer. Ahora una, pim, pam, pum, ahora otra, pim, pam, pum, ahora una, pim, pam, pum, ahora otra.

A veces soltaba en broma «estoy loco», pero lo cierto es que algo andaba mal conmigo. La mayoría de las personas a las que atraía era violenta, de sangre caliente y se pasaba el día soltando gilipolleces. Incluso las mujeres estaban como una regadera. Mientras que la mayor parte de las celebridades temían a sus acosadoras, yo me las follaba. Se presentaban a mi puerta y el portero les barraba el paso.

—Ah, ¿de modo que soy un dios para ti? ¡Vente conmigo!

Puede que estuvieran locas, pero menudos cuerpazos. Llegué a instalarme un letrero electrónico con bombillas LED que podías programar para escribir el mensaje que desearas. Me decanté por COÑO RICO, ZORRA LOCA, COÑO RICO, ZORRA LOCA. Me lo coloqué en el dormitorio y lucía de fábula en la más absoluta oscuridad.

Los coños eran como una droga para mí. Cuando iba detrás de ellos, no había hombre más desesperado sobre la faz de la Tierra. Los únicos que podían superarme eran los pedófilos y los pansexuales. Los pansexuales son personas capaces de matar a un ciervo y llevárselo a casa para follárselo. Uno sólo descubre este tipo de cosas cuando forma parte de un programa de terapia.

El sexo me tenía tan dominado que ni siquiera fui capaz de controlarme cuando me concedieron un doctorado *honoris causa* honorífico por la Central State University de Ohio en 1989.

—Desconozco en qué tipo de doctor me convierte esto pero, a tenor de todas estas bellas hermanas aquí reunidas, me pregunto si no debería hacerme ginecólogo —largué en mi discurso de aceptación. Pretendía dedicarles un cumplido, pero no se lo tomaron así. De todas formas, justo después del acto tenía una enorme fila de mujeres haciendo cola a mi puerta. Necesité varios años para entender que el chiste era de pésimo gusto. Recientemente averigüé que mi madre había ido a un colegio al final de la calle Central State. Ella y su familia pensaban que la educación los convertía en alguien. Por el contrario, en lo primero que pensé yo fue en mi polla. Aquel día fui una vergüenza para los miembros de mi familia que llevaban quinientos años transmitiéndose el apellido Tyson.

¿Qué me aportaron todas aquellas conquistas sexuales? Follarse a todas esas mujeres te hace sentir como una mierda, pero no puedes parar. Te odias a ti mismo y te sabe mal por ellas. Jamás las quise. Cuanto dije fue una jodida mentira, aunque no supiera verlo en su momento. Estar con todas aquellas mujeres fue el equivalente de masturbarse. Me divertía un montón, pero no obtenía nada. Me imaginaba que acostarme con ellas me traería una gratificación emocional, pero sólo era un pringado. Estaba enamorado de la idea del amor, pero no de las personas.

Me sentía dentro de un agujero y, cuanto más follaba, más desesperado estaba. Qué sensación más desagradable cuando ellas se habían marchado y me quedaba solo en la habitación, notando restos de humedad sobre las sábanas. Era un infierno. Sentía el alma hueca. A continuación, trataba de conseguir más chicas para no seguir dándole vueltas a esa sensación. Necesitaba a alguien nuevo que me acunara, ya que estaba hecho una mierda. La energía que recibía de gente tan variada suponía una tortura. Eso es lo que me hacía sentir vacío. Llegó un punto en que todas mis relaciones sexuales consistieron en orgías. Yo acompañado de tres, cuatro o cinco pibas. Ni siquiera me enteraba de qué demonios ocurría en aquella habitación.

En su momento no lo pensé, pero sentía una presión enorme por ser un gran amante para todas esas mujeres que se estaban follando a «Mike Tyson». Hablamos de un encuentro sobre el que estarían hablando el resto de sus vidas. Sin embargo, descubrí que no todo el mundo encaja con todo el mundo. El sexo es una situación muy compleja. Todo el mundo se presenta con sus mochilas a la espalda. Sigo sin saber qué es lo verdaderamente importante en el sexo. ¿La parte del placer o la intimidad en sí? He conocido a personas que se salen de la norma. He conocido a personas que quieren que las abraces y otras que quieren que les pegues o escupas. Conocí a una que, intentando convencerme de que me fuera con ella, me soltó: «Ohhh, yo también soy capaz de recibir un buen puñetazo». No pude hacer semejante barbaridad.

Tras volcarme en el programa, me di cuenta de que detrás de mi deseo de satisfacer a las mujeres no estaba la necesidad de que me garantizaran lo mismo, sino de que me entregaran su amor. Utilizaba el sexo para conseguir intimidad. De cara a agenciarme esa intimidad y ese vínculo, debía acostarme con ellas. No podía obtenerlo si no había sexo de por medio, pero no se trataba del sexo en sí. Era una puta, como mi madre. Pero con una diferencia. Esta puta tenía dinero. Ey, si no puedo traerte felicidad y satisfacerte sexualmente, ¿qué te parece si te regalo este Mercedes Benz? Es un coche realmente orgásmico, ¿no te lo parece?

Suena muy trillado, pero probablemente iba detrás de alguien que me hiciera de madre. Me había pasado la vida entera buscando el amor de mi madre. Mi madre jamás le entregó su amor a un hombre. Les dio dolores de cabeza, los escaldó y los apuñaló. Nunca vi a mi madre besar a un hombre. Sí que la vi en la cama con ellos, pero jamás escuché un «Te quiero» o pillé a alguien besándole la nuca.

Aunque me subieron a un pedestal siendo muy joven, siempre me sentí atraído por las chicas de la calle. Se lo debo a mi madre. Por lo menos ella estaba ahí para velar por mí. Esas mujeres, en cambio, sólo velaban por sus bebés y yo no era uno de ellos. A esas mujeres las relaciones se les daban de forma lamentable y pésima. Igual que mi madre. Eran amorosas y compasivas con los más pequeños, pero los hombres eran para usar y tirar. Siempre me atrajo este tipo de mujer, de aquí que mi vida fuera tan

miserable. ¿Que una ejecutiva desea salir conmigo? Ya puede ir olvidándose. Yo a quien quiero follarme es a la golfa.

Estando en rehabilitación, vi esa película sobre Edith Piaf titulada *La Vie en Rose*. Me recordó mucho a mi vida. La gente de la calle te coge aprecio y hay una mala persona que te enseña cosas. Alguien va y lo mata, pero a nadie le importa ya que era un mal tipo, mientras que a tus ojos era muy grande. Te has beneficiado de su compañía. Posees dinero, ropa y puedes comprarle algo a tu hermana. A mí me ocurría lo mismo que al tipo ése de la peli que le pegaba una paliza a la mujer y lo apartaban de ella. A ojos de todo el mundo, a la mujer le habían hecho un favor, pero ella no conocía otra vida, quería vivir con los chulos y las prostitutas, pues eran su familia. Me removió las entrañas ver cómo se la llevaban y ella se ponía a gritarles a las prostitutas. En ese punto me derrumbé y empecé a llorar a mares. Esto es algo que tiene la felicidad. Puedes hallarte en el infierno y ser feliz en él. Hay quienes prosperan en la miseria. Si los apartas de ella y los arrimas a la luz, los matas emocional y espiritualmente, porque sólo han sido capaces de encontrar confort en el dolor y el sufrimiento. La idea de que alguien pueda quererlos y ayudarlos sin buscar nada a cambio no podrá entrar jamás en su cabeza.

Poner freno a una adicción sexual es diferente a poner freno a una adicción a las drogas o al alcohol, pero igualmente debes aprender a decir que no. Implica mucho trabajo de autoayuda y, aunque seas un adulto, en cierto modo debes conducirte como un niño. En todo momento estás analizando lo que haces, cómo le hablas a una mujer, el tiempo que puedes dedicar a mirarla. Mi límite son tres segundos.

Una de las formas de acabar con la adicción sexual, al menos para mí, fue estar pelado. Sin dinero aquella mierda ya no era divertida. Carecer de un céntimo provoca que ni siquiera se me pase por la cabeza follarme a alguien, porque mi mente delirante reclama cierta grandeza. Debo encontrarme en una gran suite o en una bella isla. Si lo hago en un motel sórdido, toco fondo.

Resulta realmente duro controlar tu adicción al sexo. Cualquier pequeño detalle es capaz de dispararla. Me bastaba escuchar el clic, clic, clic de unos tacones de mujer andando por la calle para caer. Podía estar cruzando un

callejón oscuro a las tres de la madrugada y toparme con una mujer y pensar de inmediato que debía de tratarse de una prostituta. De lo contrario, ¿qué haría por la calle a esas horas?

Volvía con mucha frecuencia a Phoenix para asistir a juicios y siempre viajaba con Seano. Era oriundo de Phoenix y la mejor compañía imaginable. Se adelantaba a mis pensamientos. Sabía que oiría el clic de los tacones y que me excitaría. Escuchar ese sonido era como si alguien llamara a mi puerta. Salíamos a comer algo y demostraba conocer a fondo mis demonios. Tras regresar de almorzar, se acercaba a hablar conmigo.

—¿Qué ocurre, Michael?

—Al entrar en ese restaurante he sentido como si todo el mundo estuviera pensando: «Fijaos en ese negrata gordo y acabado».

Establecimos unas señales. Cuando me sentía muy asustado, le agarraba un brazo con delicadeza. Así él sabía que era el momento de decirme: «No pasa nada, hermano, tranquilo».

En ocasiones todo este trabajo interior que debía realizar me superaba. La primera vez que regresamos a Arizona, Seano creyó que estaba en situación de alto riesgo, por lo que me dijo que se iba a quedar conmigo en la habitación del hotel.

—No, no vas a hacerlo —le dije—. Nadie va a quedarse en mi habitación.

—En ese caso, cojamos un avión de vuelta. Sé lo que estás tramando. Vas a hacer que alguien venga a verte y vas a darme esquinazo. Así pues, ¿qué quieres hacer?

Casi le doy una hostia, pero acabamos durmiendo pegaditos en aquella habitación de hotel.

Seano siempre era capaz de percatarse de la rabia que sentía.

—¿Qué te pasa por la cabeza en estos momentos? Quieres pegarme, ¿no es así? —me decía.

—En efecto, no me gusta nada cuando me miras con esos ojos de irlandés.

—Lo sé, hermano, lo sé, pero pongámonos a ello.

No podía evitar reírme.

—Estás jodidamente loco, Seano.

—Sí, tú también, pero vamos a solucionar el tema hablando.

Cuando me encontraba en Wonderland, era consciente de que mi vida estaba en juego. Me esforzaba de veras por vencer. En Alcohólicos Anónimos te entregaban una ficha cuando permanecías determinado tiempo sobrio. Yo las llevaba siempre conmigo. Al ser un pavo real, debo alardear a todas horas de que estoy logrando algo. Estoy hecho así. Aquellas fichas eran como mis cinturones de boxeo. Dentro de nuestra comunidad las fichas infundían respeto. Podías poseer todo el dinero del mundo, pero si carecías de fichas significaba que no habías acumulado tiempo de sobriedad y no merecías nuestro respeto. Eso me encantaba. Ansiaba el momento en que me entregarían las fichas.

Por muy comprometido que estuviera con mi recuperación, aún encontraba la manera de saltarme ciertas reglas. Llevaba pocas semanas en el programa cuando en una de las sesiones conocí a un pibón. Su nombre era Paula y era una marroquí fantástica. Un día acudí a una sesión y me la encontré en la puerta dando la bienvenida a los participantes. Llevaba una camiseta apretada de Adidas que le marcaban unas grandes tetas en forma de torpedo y ¡100% naturales!

En aquella habitación nadie sabía quién era yo. Era el único negro. Un individuo con pinta de fiero que intimidaba. Después de atender diversas sesiones con Paula, me acerqué a hablar con ella.

—Escucha, me he leído el libro de cabo a rabo. Ya he alcanzado el octavo paso…

—Mike, no te acuerdas de mí, ¿verdad? —me interrumpió.

Me refrescó un incidente ocurrido escasos años atrás. Un día me encontraba conduciendo por Sunset Boulevard en Los Ángeles cuando vi a Paula caminando por la acera. Reduje la velocidad al mínimo y bajé la ventanilla para intentar convencerla de que se subiera. Igual que un pervertido.

Ey, puedo volver a intentarlo.

—Escucha, me consta que el primer año no podemos salir con gente de Alcohólicos Anónimos, pero estoy esforzándome con lo mío. ¿Crees que podrías ser mi consejera? Quiero que seamos amigos —le dije.

Paula era cuatro años mayor que yo y llevaba dieciocho en rehabilitación. Era una de las líderes del programa y una ciega creyente en el manual. Si estallaba una crisis, lo primero que hacía era consultarlo. Consagraba su vida a Alcohólicos Anónimos. Por consiguiente, sabía bien que salir juntos supondría violar las normas, incurrir en lo que llamaban «Paso 13», dado que yo sólo llevaba en recuperación unas pocas semanas.

Empezamos a salir como amigos, pero no tardamos en hacerlo como pareja. Obtuve permiso de Wonderland para pasar las noches con ella. Nuestra relación me aportó muchísimo. Disfrutaba de una novia que llevaba dieciocho años sobria y que me ayudaba a mantenerme igual. Nunca había estado con una mujer tan recta. Me gustaban las mujeres así pero, por algún motivo, mis relaciones con ellas nunca duraban. Mis disfuncionalidades acababan asomando y echaban a perder su rectitud. Pero con Paula era diferente y todo marchaba viento en popa.

También me salté otras reglas cuando grabé un documental sobre mi vida en Wonderland. Me lo propuso mi amigo Jim Toback, un gran director con el que ya había trabajado en una película independiente llamada *Black and White*. Nunca me creí un actor. Cumplía con mi papel por hacerle un favor a Jim. No me pagaba ni nada. Me pasé todo el rodaje fumado. Mis líneas de diálogo eran todas improvisadas, ya que de lo colocado que iba me resultaba imposible leerme el guión. Compartía una escena con Robert Downey Jr. en la que Jim me pidió que le golpeara. Iba tan colocado que no podía verlo bien y le pegaba por sistema donde no tocaba. Downey permanecía en el suelo soltándome patadas. Me decía: «¡Deja de pegarme, joder! ¡Deja de pegarme!».

Quería filmar este nuevo documental, ya que me aflojaban una buena pasta y andaba muy necesitado de dinero. Antes de preguntarle a Seano si veía con buenos ojos que participara en él, le vendí una versión tirando a pobre. Sonó como si no implicara más que una entrevista corta, cuando luego resultó que fueron horas y más horas de filmación en una casa alquilada en Beverly Hills y junto al océano en Malibú. Resulta curioso el hecho de que, si bien por entonces ya no me drogaba ni bebía, verlo ahora no me deja dudas de que seguía en la piel de un adicto. Aquel documental versaba básicamente sobre un yonqui.

Mi recuperación marchaba bien y el 24 de septiembre Seano y yo volamos a Arizona, donde me presenté frente a un tribunal para declararme culpable de un cargo de posesión de cocaína. Al cabo de un mes, regresé para escuchar la sentencia. Mientras estuve en rehabilitación, me pateé la ciudad hablando de adicción. Acudí a tribunales donde se dirimían casos de drogadicción, acudí a centros de asistencia para jóvenes, compartí mis experiencias en programas de preparación para la puesta en libertad y en prisiones. Visité todo tipo de sitios y puse horas y más horas de trabajo. Era lo mínimo que podía hacer para devolver parte de lo que se me había concedido. Además, mi hoja de servicios a la comunidad lució de lo más impresionante cuando se la presentamos al juez. Recibí cartas maravillosas de mis médicos y consejeros de rehabilitación, así como cartas de apoyo de amigos como Sugar Ray Leonard y el gran abogado Robert Shapiro. Había perdido un hijo a manos de las drogas y creado una fundación para la que organizó un combate de boxeo de cara a recaudar fondos en el que se enfrentó a Danny Bonaduce. Yo lo entrené.

El hecho de que hubiera entrado voluntariamente en rehabilitación y progresado de modo tan satisfactorio impresionó a la juez, una agradable dama de perfil liberal. Podría haber enviado mi culo a prisión durante años. En vez de eso, me sentenció a 24 horas de cárcel y a 360 horas de servicios a la comunidad, poniéndome en libertad condicional durante un período de tres años. Todo parecía de color de rosa. Monica me había sido de gran ayuda a lo largo de todo el proceso. Sin ella hubiera acabado en una cuneta. Formamos un matrimonio desastroso, pero éramos grandes amigos. Monica había organizado un bonito almuerzo para todos mis abogados, Seano y yo. Al acabar tenía planeado volar directamente a California y comprarme una casa en la que continuar con mi trabajo de rehabilitación. Quién sabe, quizás podría haber acabado casándome con Paula o alguien de rehabilitación y convertirme en uno de esos rehabilitados intransigentes que no puede soportar encontrarse en compañía de gente que bebe o fuma hierba.

Todo iba de cara hasta que el fiscal del distrito decidió utilizarme por última vez para que sirviera de ejemplo. Descubrieron que en las proximidades de Wonderland se encontraba un colegio. Puesto que yo era

un depredador/delincuente, debía acudir a las autoridades para dar cuenta de que existía tal cercanía y que me registraran. Nos dijeron que, en el caso de volar de regreso a California, el estado de Arizona iba a solicitar a la policía de Los Ángeles que me arrestara en el aeropuerto. De hecho, la culpa por no registrarme era de Wonderland. Al darnos cuenta, uno de mis abogados me dijo que podía demandar al centro. Yo no daba crédito. ¿Estos tipos se habían entregado a fondo para salvarme la vida y ahora se suponía que debía demandarlos? Ni hablar, no podía hacer esa cretinada.

Lo que sí podía hacer era volver a las drogas. Mi plan de regresar con mi comunidad de cuidadores de California había sido eliminado. Deberían haberme enviado directamente de vuelta, pero lo que hicieron fue llevarme a Phoenix y, sin aquella red de apoyo, volví a drogarme al cabo de seis semanas. Aquello supuso el fin de mi relación con Paula. Nos vimos varias veces, pero no podía funcionar. Yo empezaba a perder el norte, a reincorporarme al mundo de las drogas, mientras que ella seguía por el recto camino.

De todas formas, no había vuelto a ser un cocainómano empedernido. El personal de rehabilitación me medicaba tanto que iba todo el día medio zombi. Ahora que me disponía a empezar una nueva vida en California, decidí vender mi casa de Phoenix y comprarme una en Las Vegas. Quería estar en pleno meollo, por lo que adquirí una en Henderson. En enero invité a una de mis novias a vivir conmigo en una decisión que acabó revelándose trascendental.

Conocía a Kiki Spicer desde que ella tenía trece años. Su padrastro, Shamsud-din Ali, era un clérigo musulmán muy respetado e influyente que dirigía la mayor mezquita de Filadelfia y que tenía contactos con el aparato político demócrata de la ciudad, incluyendo al alcalde y al gobernador de Pennsilvania. Su madre, Rita, era una periodista que había cubierto muchos de mis combates. Cuando luché contra Buster Mathis en 1995, surgió un problema con el recinto de Atlantic City y el padre de Kiki medió para que se trasladara a Filadelfia. Se trajo a Kiki a la rueda de prensa anterior al combate para que me conociera y, a su conclusión, ella y su familia vinieron a la habitación de mi hotel a pasar un rato juntos. Estaba tan acostumbrado a que los padres me ofrecieran a sus hijas que pensé que eso era lo que

estaba ocurriendo. Mientras mantenía una agradable charla con el imán sobre religión, mi mente enfermiza pensaba que estaba ofreciéndome a Kiki o a una de sus primas. No hay duda de que me sentía atraído por Kiki pero, ahí sentada delante de sus padres, tenía pinta de envarada e incómoda. Parecía no querer estar ahí.

No fue hasta un año más tarde que llegué a conocerla de verdad. Su padre tenía un viaje de negocios por la zona de Pittsburgh y se la llevó junto a su mujer. Me llamaron para decirme que se alojaban en un hotel que quedaba a apenas veinte minutos de mi casa de Ohio. Al enterarme de que los acompañaba Kiki, reaccioné rápido.

—No, no vayáis a un hotel. Quedaos en mi casa —les ofrecí.

Aquí llegaba mi oportunidad de conseguir a la chica. Tras presentarse en mi casa, les insistí al imán y a Rita para que se instalaran en mi dormitorio. Yo dormiría en una de las muchas habitaciones que quedaban en el otro extremo de la casa. En una bien cerquita de la de Kiki. Cuando ella se fue a acostar, yo estaba viendo la televisión. Al cabo de poco rato, Kiki abandonó su habitación para enseñarme que en su almohada había algunos pelos. Le buscamos una de recambio y después me pidió si podía quedarse a ver la tele conmigo. Así lo hicimos durante un rato y luego estuvimos hablando durante lo que me parecieron horas. Finalmente pasé al ataque.

—Eres preciosa. Eres muy especial. ¿Puedo darte un beso?

No hace falta decir que mordió el anzuelo. Sólo tenía diecinueve años y era bastante impresionable.

Esa noche acabamos durmiendo en la misma cama, pero no se me entregó. Me gustaba, me hacía reír. Éramos como dos criaturas haciendo el tonto, dándole esquinazo a sus padres para enrollarnos. Durante los cuatro días que se alojaron en mi casa, estuvimos a punto de acostarnos, si bien eso no ocurrió. Llegado el momento de que sus padres se marcharan, Kiki me pidió que le preguntara a su padre si podía quedarse conmigo. Aquello no iba a ocurrir por nada del mundo.

—Creo que esta vez será mejor que Kiki se venga con nosotros. El imán fue diplomático.

Antes de que se fuera, le entregué un bonita cadena de la que colgaba un diamante Chopard en forma de elefante. No era caro, sólo costaba unos 65 mil dólares o algo así. Era una baratija que bien podría habérsela dado a un sin techo. Las tenía a puñados, pero a Kiki le encantó, por lo que me hizo feliz hacerla feliz. Aún albergaba la esperanza de que se me entregara antes de partir, pero no estaba escrito que fuera así.

Hablamos varias veces por teléfono. Desde su visita no dejaba de pensar en ella. No sabía si la volvería a ver; iba a todas partes acompañada de sus padres. Me imagino que mi obsesión por ella empezó a hacerse patente a los demás, ya que Don King me lanzó una advertencia.

—Mantente alejado de la hija del imán. Nos traería unos problemas con los que no podríamos lidiar. ¿Oyes lo que estoy diciéndote?

Don era consciente de que al padre de Kiki no podría jugársela. No deseaba que una persona así pudiera tener influencia sobre mí. Pero su advertencia sólo consiguió aumentar mis ganas de tenerla. La invité, junto a su hermano Azheem y su prima Asia, a la fiesta por mi trigésimo aniversario, pero ahí abundaban las mujeres y no le entré.

Decidí que la fiesta seguiría un código de vestimenta. Todo el mundo debía vestir ropa elegante, nada de tejanos. Por descontado, yo hice mi entrada tardía luciendo tejanos y un par de magníficos brazaletes de diamantes Cartier. Ésa fue una enseñanza de Cus. Siempre debes crear las condiciones para presentarse de un modo inaccesible para el resto. Tú impones las reglas. Esto formaba parte de su guerra psicológica. No podía ser más partidario de confundir al enemigo.

Los padres de Kiki la enviaron a Italia en su penúltimo año en la universidad. Conseguí que me dieran su teléfono y la llamé. Le pedí la dirección y le prometí que iría a visitarla. Sin embargo, en ese momento tuve el accidente de moto y no volví a verla hasta mi combate contra Vargas-Trinidad, celebrado en Las Vegas el 2 de diciembre del año 2000. Se había acreditado para el combate y me la encontré en el *backstage*, junto a los vestuarios. Al verla la levanté en volandas y le di un abrazo. Al día siguiente vino a mi casa y pusimos fin a una espera de cinco años.

Le dije: «Ahora eres mía». Ese mismo día tenía que volar a Phoenix para ponerme a entrenar e hice que me acompañara. Se quedó unos días

antes de volar a Nueva York de regreso a casa. No quería que se marchara por lo que, al cabo de pocos días, la llamé y lo organicé para que volviera a Phoenix. Estuvimos así una temporada. Kiki trabajaba como estilista en vídeos musicales, de manera que disponía de flexibilidad para dejarlo todo y reunirse conmigo.

Nos lo pasamos de miedo juntos hasta que me comporté como un canalla y lo jodí todo. Una noche salimos por Las Vegas. Fuimos a cenar al Brown Derby y luego a ver el espectáculo *Kings of Comedy*. Ya eran como las 12.30 de la mañana cuando, de camino a casa, recibí una llamada de la *stripper* con la que estaba viéndome. Al llegar a casa, le dije a Kiki que iba a volver a salir porque había quedado con una amiga. A Kiki le dolió mucho, aunque en ese momento disimuló. Yo simplemente pensaba que la gente debía tolerar este tipo de comportamiento por mi parte. Así había sido a lo largo de toda mi vida. Cuando regresé a la mañana siguiente, ya había hecho las maletas y Darryl estaba a punto de conducirla al aeropuerto.

—¿Adónde vas? —le pregunté—. ¿Te marchas?

—Sí —me dijo.

Durante el año 2001 la llamé en diversas ocasiones para pedirle que viniera a verme, pero se negó a hablarme. Sin embargo, volvimos a vernos en el verano de 2002. La invité al combate contra Lennox Lewis. Acudió una semana antes del evento, y se instaló en la casa que había alquilado. Después de la pelea, aún se quedó una semana más, y se dedicó a lamerme las heridas. A continuación, volamos a Nueva York en un jet privado y fui yo el que se instaló en su apartamento del bajo Manhattan. Vivíamos juntos, aunque en verdad no vivíamos juntos. Prácticamente éramos compañeros de piso. Yo salía por las noches a divertirme. Algunas veces se reunía conmigo en algún club y regresábamos juntos a casa. Aunque hubiera mojado con otra una noche, siempre regresaba a dormir a su casa. Nunca se quejó de nada. Era la dulzura personificada.

Paralelamente había estado viéndome en secreto con Lizz. Una noche le confesé a Kiki que tenía una nueva novia.

—Por supuesto que me disgusta, pero no pienso irme a ninguna parte —me dijo.

Esta actitud cambió de forma brusca. Me imagino que se negó a ser un felpudo. Después de que mantuviéramos una discusión por teléfono, decidió que se había hartado de que utilizara su apartamento para almacenar mis cosas, por lo que metió todo en cajas y lo envió por FedEx a mi casa de Las Vegas. En escasos meses había pasado de vivir con Lisa a hacerlo con Kiki y luego con Luz. Así era mi *modus operandi* por entonces. Vivir con Kiki me hizo darme cuenta por primera vez de que podía ser capaz de hacerlo, que podía comprometerme en serio a vivir con alguien.

Al cabo de poco más de un año, su rabia se había apaciguado y quedábamos para vernos aquí y allá. Independientemente de con quién estuviera saliendo, lo dejaba plantado para estar unos días conmigo. Nos lo pasábamos en grande y luego no volvíamos a vernos en meses o incluso en un año entero. Coincidimos de nuevo en 2004, en mi combate contra Trinidad en el Madison Square Graden, el mismo en el que mi nuevo guardaespaldas vio cómo una buscavidas le metía droga en la bebida. La invité a que se apuntara a la fiesta posterior al combate en un club del Meatpacking district. Kiki vino a sentarse en mi reservado. Yo estaba hablando con unos tipos. En el momento preciso en que Kiki se dio la vuelta un segundo, una chica blanca a la que no había visto en mi vida y que venía de otra fiesta, se sentó sobre mi falda sin decir ni siquiera «hola». Un segundo después, ¡bam!, Kiki me soltó un puñetazo en la cara.

Todo el mundo dio un paso hacia atrás. Zip pensó que podía perder la cabeza y darle una paliza, pero yo la quería. Me eché a reír. Me constaba que había amasado todo ese resentimiento por lo mal que me había portado al irme con Luz, mientras ella se había dedicado a cuidarme tras la pelea contra Lewis.

Después de aquello, pasamos mucho tiempo sin dirigirnos la palabra. Volví a verla en la convención Magic Show, celebrada en Las Vegas a finales de 2005. Me di de bruces con ella cuando iba acompañado de dos adorables señoritas que acababa de conocer esa noche. Durante su estancia en Las Vegas, salimos por ahí y nos lo pasamos tan bien como de costumbre.

Después de instalarme en Las Vegas a resultas de la sentencia por posesión de cocaína en Phoenix, me sentía deprimido. Los médicos de

Wonderland me tenían tan medicado que estaba completamente aletargado. Darryl se preocupaba mucho por mí.

—No tienes buena pinta, Mike. ¿Estás bien? —me preguntó—. Escucha, tengo el número de Kiki. Sé que hablar con ella siempre te hace feliz. ¿Qué te perece si os pongo al teléfono?

Así que la llamamos y le pedí que me hiciera una visita. Kiki acababa de romper con un tipo y estaba hecha polvo. Más adelante me contó que empezaba a superar lo nuestro y que le había consultado a su madre si debía venir a verme.

—¿Qué tienes que perder? Siempre te lo pasas en grande con él —le dijo Rita—. Ves a que te levante el ánimo.

Kiki me visitó en enero de 2008. Apenas le heché un vistazo, cambió por completo la percepción que tenía de ella. *Guau, qué buena está*, pensé. Quizás se debiera al hecho de que por primera vez la miraba con ojos sobrios. Se había convertido en una mujer preciosa. Me interesaba realmente descubrir si yo serviría para estar comprometido con una sola mujer. El problema es que por entonces ambos estábamos bastante deprimidos. Yo me esforzaba por mantenerme limpio tras la rehabilitación y ella llevaba los últimos años enfrentándose a una crisis familiar.

Todo apuntaba a que la administración Bush estaba intentando derrumbar la estructura de poder del Partido Demócrata en Filadelfia. Habían colocado micrófonos en el despacho del alcalde y en el del imán. Dispuestos a hundir al imán y a Rita, aseguraban que la escuela musulmana que dirigían se había apropiado ilícitamente de fondos federales. Habían llegado hasta el extremo de presentar cargos contra Kiki y su hermano por conspiración, fraude postal y robo de fondos federales. A ella le dieron una bofetada extra al añadir un cargo de falso testimonio delante de un jurado. Cada uno de ellos se enfrentaba a una condena de más de cien años. Para empezar, todo el caso era una gilipollez, pero Kiki, su madre, su hermano y su padrastro acabaron condenados. El punto clave era dirimir si Kiki había impartido clases en la escuela que había recibido subsidios del gobierno. Kiki testificó que, hasta donde llegaba su entendimiento, sí lo había hecho. Al fiscal no le pareció suficiente.

—No, es una pregunta de «sí» o «no». ¿Impartió clases?

—Sí, hasta donde llega mi entendimiento —repitió Kiki. La cosa prosiguió así durante un buen rato. Kiki no iba a permitir que ese fiscal la intimidara. Por culpa de esto, acabaron por encontrarla culpable de perjurio, si bien recibió un castigo leve: seis meses de arresto domiciliario. Sin embargo, los federales no habían dado por concluido su acoso, de modo que apelaron la sentencia. Ganaron la apelación, por lo que Kiki recibió una nueva sentencia por el mismo delito por el que ya había cumplido seis meses de arresto domiciliario. Cuando la noticia saltó a la prensa, la echaron del trabajo. En consecuencia, estaba igual de desanimada que yo.

Dedicábamos el día a ver capítulos de *Ley y Orden* por televisión. Yo hibernaba en el sofá, llenándome el estómago de galletas y Dairy Queen. Los medicamentos me mantenían aplacado. Había desaparecido el característico Tyson fanfarrón. Por la noche salíamos de clubs, pero estaba tan poco por la labor que me costaba reconocer a mis amigos de farras.

No era el único que había experimentado un cambio de percepción. Kiki llevaba años creyendo conocerme. Un día entró en mi habitación: me encontró comiendo Cap'n Crunch y jugando a un videojuego.

—Guau, es interesante cómo uno piensa que conoce a alguien cuando la verdad es que no lo conoce en absoluto. Te los imaginas de una manera y no es así para nada. Te comportas de forma completamente opuesta a como eres, Mike —me dijo.

Tras llevar unos días conmigo, Kiki empezó a investigar todos los medicamentos que el personal del centro de rehabilitación me había recetado. La lista comprendía:

Depakote
Cymbalta
Neurontin
Wellbutrin XL
Zyprexa
Tricor
Abilyfi
Zocor

Los dos últimos eran para el colesterol alto y los triglicerios. El resto para el coco. Uno era un estabilizador del ánimo. Dos eran antidepresivos. Dos eran reguladores del ánimo para el desorden bipolar. Uno era para el tratamiento de la epilepsia, algo de lo que jamás había sufrido. Kiki me confeccionó un listado con todos los nocivos efectos secundarios que acarreaban estos medicamentos. Tras mostrármela, convine en que debía desintoxicarme de ellos. Kiki salió a conseguirme unas hierbas medicinales para purificarme el organismo.

A las hierbas le añadí mi propio recetario de cocaína. Las pastillas para el coco me transformaban en un zombi, pero la cocaína me ayudaba a operar durante mi disfuncionalidad. Hubiese preferido fumar hierba, pero me resultaba imposible, ya que los de la libertad condicional seguían realizándome pruebas una vez al mes. La hierba se queda en tu organismo, y es detectable en tu orina, por un período superior a seis meses. En mi caso probablemente durante más, ya que estaba convirtiéndome en un obeso mórbido y el THC de la hierba se agarra directamente a las células adiposas. La coca, por el contrario, sólo permanece en tu organismo tres días. Es sin duda la droga más indicada para los que están en libertad condicional.

Kiki voló de regreso a Filadelfia para recibir su nueva sentencia, por lo que pude esconderle el hecho de que me metía coca. El 1 de abril, Día de los Inocentes, Kiki recibió una buena inocentada cuando el juez decidió que debía volver a cumplir con una sentencia de seis meses, aunque esta vez en prisión, no en arresto domiciliario. Todos sufrimos una conmoción. Yo no la quería tener lejos durante medio año. Si bien ya se había preparado para comenzar a cumplir la condena el mismo día del fallo, le concedieron treinta días para poner sus asuntos en orden, de modo que hasta el 1 de mayo no debía ingresar en la cárcel.

En ausencia de Kiki decidí ir a una reunión de Alcohólicos Anónimos en Henderson. Es una ciudad elegante y de nuevo cuño, pero las reuniones se celebraban en la zona más sórdida. No pude soportar más de una. Tras abandonar el lugar, salí a colocarme. Soy una artista de las recaídas. Si leéis cualquier cosa sobre Alcohólicos Anónimos, enseguida descubriréis que la recaída forma parte de la rehabilitación. La una va con la otra. Sigues

teniendo que enfrentarte a tus demonios. El diablo intenta joderme todo el rato. Sabe que soy un artista de la recaída, de aquí que venga a buscarme. Si supiera que soy fuerte, no se atrevería a acercárseme. Al diablo le consta que no se me escapa que a Dios no le gusto mucho, por lo que desea que me rebele.

Kiki vino a quedarse conmigo hasta su entrega fijada para el 1 de mayo. Alrededor de una semana antes de su marcha, se acercó a hablarme mientras me encontraba viendo la televisión en la planta de abajo.

—Cariño, tenemos que hablar —me dijo con un tono de lo más dramático.

Me recordó a esa escena de la película *Blow* de Johnny Depp en la que la chica viene a contarle que se está muriendo. Yo estaba drogado, por lo que, al dedicarme esa mirada, me asusté una barbaridad. Tuve el convencimiento de que padecía un cáncer.

—No, cariño, no —le dije—. ¿Estás enferma?

—No, estúpido, estoy embarazada.

Sentí como si me sacaran todo el peso del mundo de encima de los hombros. Me habían arrojado al infierno para sacarme al minuto siguiente. Esto no quitaba que no tuviera que soltarle el discursito de marras.

—Este asunto quizás no funcione, ¿entiendes? Soy un negado para el matrimonio. Te adoro, pero no soy monógamo. Nunca más voy a tener dinero. Estoy en bancarrota. No te voy a poder tratar igual que tus estupendos novios anteriores, olvídate de descender de limusinas. Quizás no debas hacer cola en un restaurante, pero ya estás quitándote de la cabeza lucir ropa de diseño que no cuelgue de las tiendas en las que hay rebajas. Voy a ser el novio más arruinado que hayas tenido en toda tu carrera sentimental.

—Bueno, escúchame, no tienes que formar parte de su vida —me dijo.

Ya, claro, la misma mierda de siempre; eso hasta que no llega el bebé y comienzan los apuros y de golpe me encuentro con una jodida citación del juez. Así es como funciona esta mierda.

—Escucha —le dije—. ¿Qué quieres que haga? Voy a ayudarte. Lo haremos juntos. Te entregaré lo mejor de mí.

Lo que sabía que sería un desastre.

—Pero no va a haber ni un ápice de gloria. Ni cámaras ni nada. Las únicas cámaras se encenderán en mi funeral. Vamos a llevar una vida normal. Si te ves dispuesta a hacerlo juntos, quizás funcione.

Mientras permaneció en prisión, hablé poco con Kiki. Volvía a meterme mucha coca al salir de fiesta y Kiki prefería no llamarme y descubrir que me encontraba en un club de *striptease*, teniendo que oír a unas zorras riéndose de fondo. Yo no podía responsabilizarme de lo que deseaba escuchar. Por lo que a mí respecta, ya había lanzado mi compromiso.

—Cuando salgas, vas a ser mi chica. Vamos a ser sólo tú y yo —le dije justo antes de que ingresara. Cuando salgas, voy a estar ahí para ti y para el bebé. No voy a dejar embarazada a nadie y voy a decirles a todas las mujeres que mi chica está fuera y que, tan pronto regrese a casa, todo se habrá acabado.

Básicamente iba a disfrutar de una despedida de soltero de seis meses de duración. Gracias a Dios no pillé el SIDA o alguna cosa. Durante su encierro, a Kiki le molestó ver unas fotos mías con otras mujeres, pero tuvo que tragarse el sapo. A mí también me tocó tragarme algún sapo. Esto es lo que ocurre cuando estás en una relación, que debes apechugar con el equipaje que trae tu pareja. No me sentía avergonzado por nada de lo que hacía, porque vivíamos en dos mundos diferentes. Desconocía quién la llamaba o la iba a visitar, no era de mi incumbencia.

El 18 de mayo se estrenó el documental sobre mí en el Festival de Cannes. En el avión con destino a Cannes iba drogado. Me traje conmigo a una chica de D. C. y no paramos de salir de fiesta. Ella conseguía mujeres y luego ambos nos acostábamos con ellas. Teníamos motivos de celebración: el documental fue recibido con entusiasmo por los críticos del festival. Yo también aporté mi modesta crítica delante de la prensa.

—Es como una tragedia griega. El único problema es que yo soy su protagonista.

De regreso en Las Vegas, seguí de farra *non stop*. Mi amigo Martin y yo teníamos un amigo común llamado Paris, que era un viejo cabronazo de lo más guay. Tenía por lo menos ochenta años y era un traficante de los grandes. Solía trabajar de supervisor de mesas en uno de los casinos del Strip y vestía por sistema de forma impecable. Martin llevaba cuarenta años

siendo amigo de él, pero no le gustó que empezara a frecuentarlo porque temía que el asunto de las drogas lo convirtiera en una mala influencia. Martin es un pueblerino de Mississipi. Cuando me veía con un subidón de coca me decía: «¿Se supone que eres la leche en vinagre? No eres una mierda, negro. Subido a esa cocaína, no puedes hacer una mierda. No puedes hacer dinero, no puedes agenciarte una zorra, no puedes conseguir nada, negro».

Incluso Paris trataba de evitarme. Lo llamaba para quedar y, al principio, estuvo normal, hasta que vio cómo me comportaba cuando olía cocaína. Y es que su mercancía era pura.

—Mike, no necesitas nada de esto —me dijo el cabrón arrogante—. Sal con tus amigos blancos y famosos, métete la droga sucia que ellos mueven. No eres suficientemente bueno para esta mierda, necesitas la droga del hombre blanco, Mike.

Al morir Paris, durante su funeral pudimos oí cuáles fueron sus últimas voluntades.

—Martin y Mike Tyson son mis únicos dos amigos. Quiero que ellos hereden mis posesiones terrenales —leyeron en voz alta. ¿Cuáles son las posesiones terrenales de un traficante? Su alijo. De modo que, después del funeral, Martin tomó posesión del alijo de Paris. Martin no paraba de decirme que había sido voluntad de Paris que yo me quedara con su cocaína. Pero cuando se la reclamaba, me soltaba: «Mike, ahora no estás bien. Mi conciencia no me permite entregártela en las actuales circunstancias».

—Pero esa mierda me pertenece, Martin. ¿Cómo puedes negarme algo que es mío? No eres mi padre.

—Chico, simplemente no puedo hacerlo.

Martin es uno de esos cristianos bautistas sureños de la cabeza a los pies. Había cometido todos los pecados que contempla la Biblia, pero estaba dispuesto a morir por Jesús y a matarte por Jesús. Yo estaba convencido de que escondía esa mierda en su casa y la ansiaba tanto que me auto invité a quedarme a dormir una noche.

—Kiki está entre rejas. Me quedo contigo —le dije a Martin.

Tan pronto se hubo marchado a trabajar, empecé a registrar su casa de arriba abajo. Por lo menos tenía un centenar de trajes Stacy Adams colgados en el armario y me puse a rebuscar frenéticamente en cada uno de sus bolsillos para dar con el alijo.

Guau, relájate, Mike, me dije a mí mismo. Estaba tan alterado que sudaba como un cerdo. *A ver, piensa en las técnicas de supervivencia del gueto. Vuelve a tu barrio. Si estuvieras en el gueto, ¿dónde esconderías las drogas?*

Miré dentro de los cañones de sus pistolas. Miré dentro de cada uno de sus zapatos. Miré debajo de la cama, encima de la cama y debajo del colchón. Llegó un momento en que ya me dedicaba a mirar dentro de todos los tarros cuando topé con una pequeña piedra de coca que alguien le había dado veinte años atrás. Se había transformado literalmente en una roca. Todas las bacterias y la suciedad acumuladas a lo largo de dos décadas la habían dejado requemada. Ya ni siquiera era blanca; era de un color grisáceo-verduzco tirando a enfermizo.

Al cabo de pocas horas, llegó la mujer de la limpieza.

Le grité: «¡FUERA! ¡FUERA!».

Era una señora española que no tenía la menor idea de qué hacía ese loco gritándole, por lo que llamó a Martin y él le pidió que regresara al día siguiente.

Al final de la jornada, Martin volvió a casa. La había abandonado sobrio pero, tras pasarse el día entero bebiendo en el trabajo, se presentó bolinga. Vio una bandana tirada en la sala de estar y, después de recogerla, la arrojó furioso al suelo.

—Cabrón, te has traído a una mujer —me dijo.

—No, Martin, no lo he hecho —le dije.

Martin venía acompañado de un chaval del barrio al que siempre le estaba dando dinero para que le hiciera recados.

—Sí, te has beneficiado a una zorra allá atrás —dijo.

Alcé la bandana y me dirigí al chaval.

—Jovencito, como ya debes saber, esto no es una media de mujer sino una bandana.

—Sé lo que es —dijo el chaval.

—En ese caso explícaselo a él.

Martin estaba tan borracho que no era capaz de reconocer la bandana con la que cada noche se cubría el cabello antes de acostarse.

Cuando Martin entró en su dormitorio, le dio un shock.

—¿Qué cojones le ha pasado a mi dormitorio? —me preguntó con tristeza.

Había desmontado el cabezal de la cama. Luego, creyendo que la coca podía estar escondida en las patas, las había roto. Todos los cajones de la cómoda estaban fuera de sitio y sus contenidos escampados. El armario estaba hecho trizas. Había destruido la casa de ese hombre.

—¿Por qué demonios has hecho todo esto, Mike? —me preguntó.

—Buscaba la coca —le conté.

—La tengo guardada en la caja fuerte de mi oficina. No está aquí.

—¿Por qué simplemente no me lo dijiste, Martin? ¿Por qué no te limitaste a darme el jodido material, tío? Es mío.

—¡Al diablo! No pienso darte una mierda después de lo que has hecho.

Jamás me entregó la coca.

Por entonces estaba tan gordo que rozaba los 163 kilos. Con un aspecto tan repugnante nunca me habría atrevido siquiera a mirar a una chica, eso estando en mis cabales. Ahora bien, si me metía algo de coca obtenía el coraje para entrarle a cualquiera. En un abrir y cerrar de ojos me encontraba acompañado de un puñado de desconocidas creyéndome un Adonis.

Retomé las orgías en mi casa. En mi sala de estar se citaban veinte personas desnudas y a tope de coca sin decir una palabra. Todas las chicas se me acercaban para tocarme, frotarse contra mí y besarme.

Una vez nos habíamos pasado toda la noche de fiesta. Había gente follando por toda la casa. Yo me encontraba en mi dormitorio acompañado por dos mujeres. Llevaba dos días sin dormir cuando, de repente, una tercera mujer entró en la habitación.

—Mike, el agente de tu libertad condicional está fuera, llamando a la puerta.

La polla se me encogió al instante. Tan pronto corrió la voz de que en la entrada esperaba un agente, un tipo que estaba en libertad condicional se vistió a toda velocidad, salió pitando por la puerta de atrás, saltó la verja y

corrió despavorido. Yo no dejaba de mirar disimuladamente por la ventana en dirección a la verja de la entrada para comprobar si seguía ahí. Me estaba cagando en los pantalones, pero al cabo de unos minutos se marchó.

Las cosas se volvieron de lo más extrañas cuando empecé a verme con un par de *call girls* en Las Vegas. Cuando salíamos de fiesta hasta tarde por el Strip, nos pillábamos una habitación de hotel para no tener que regresar hasta Henderson. Una vez estaba en la habitación mientras una de las chicas se encontraba ofreciendo un servicio. En vez de fumarme la coca de buena calidad que traía, la esnifé y sentí cómo la nariz se me congelaba. Llamé a la chica. Me cogió el teléfono. De fondo podía oír cómo el cliente estaba follándosela.

—¿Estás bien, cariño? —me dijo.

—Ah, mi nariz se ha congelado. Estoy en la habitación del hotel. Me muero, cariño.

—Métete otra raya —me dijo.

Seguí su consejo.

—Ey, ya estoy bien. ¿Eso era todo lo que debía hacer?

Me hice otra raya.

—Ahora sí que estoy realmente bien —le dije.

—Ok, si me necesitas, llámame —dijo y volvió a darle con el cliente.

Muchas veces salíamos de farra por los *after-hours* y luego nos dirigíamos a casa de alguien a proseguir con la fiesta. Una vez fui con una de mis amigas prostitutas a casa de Brian. Nos dirigimos directos a una habitación trasera y nos pusimos ciegos de coca y de setas. Al salir me encontré que la fiesta estaba tomada por gente diferente. Predominaban los blanquitos alegres, chicos buenos que sólo querían hacerse unas rayas. Regresé a la habitación a relajarme con mi chica y, cuando volví a salir, unos mexicanos habían reemplazado a los blanquitos. Todo el mundo era guay y humilde, por lo que me quedé un rato a pasármelo bien antes de regresar. Cuando mi chica y yo salimos de nuevo, nos topamos con que la peña era de raza negra. Yo seguía en mi vena *happy*, así que no le di vueltas a esta comunidad del arco iris que iba desplegándose frente a mis ojos. Tenía claro que algunos de estos tipos deseaban a mi chica, pero yo no

oponía resistencia dado que, si planeaban estar con ella, tendrían que pagarle. Las cosas eran así.

Me acerqué a ellos.

—Hola, tíos, ¿necesitáis algo?

Saqué a relucir mi yo más conciliador, ¿vale? No me hablaron; se limitaban a mirarme y sacudir la cabeza con desdén. A partir de ese momento, mi ego comenzó a tomar el control.

Guau, ¿acaso estos negratas no saben quién soy? Deberían saberlo, pensé. *Soy Mike Tyson. ¿Cómo se explica que no me adoren?* Las setas empezaban a hacer efecto y la coca lo multiplicaba.

Estos cabrones me tratan como si fuera del servicio, pensaba. *Ni siquiera me han respondido «No, gracias» ni nada*.

Fui al lavabo y, al regresar, descubrí que aquellos tipos le habían metido un sedante a mi chica en la bebida. Ahora sí que estaba cabreado. ¿Por qué cojones lo habían hecho encontrándome yo ahí?

Estos negratas deben creerse que no existo. Se creen que soy un don nadie gordo, no el tipo que solía ser, pensé.

Observé cómo uno de los tipos se comía a mi chica con los ojos. A continuación, me tocó el brazo y se echó a reír.

—Estás loco, Mike —me dijo.

Algo hizo clic en mi cabeza.

Voy a tener que matar a estos negratas, pensé.

Me puse en modo bélico. La combinación de cocaína, setas y Hennessy me dictaba que estos cabrones debían postrarse ante mí. Así que me levanté, agarré un palo de golf que pertenecía al dueño de la casa y empecé a amenazar con él a aquellos tipos. Gritaba tan fuerte que saqué a mi chica de su estupor. Un tío saltó por la ventana. Otro se encerró en el lavabo. Pillé a uno que se había escondido detrás del sofá.

—Escúchame, negrata. Yo soy un puto matadero, tío. Soy un asesino. Si queréis cualquier cosa, me la pedís con educación. Me decís: «Sí, señor. No, señor, Señor Tyson».

Mi chica no paraba de suplicarme.

—No, cariño, cariño, cariño, no, no, no, cariño. Ven conmigo, por favor, cariño, larguémonos.

Joder, esta zorra no sabía que yo era así, ¿eh?, pensé.

Mientras ocurría todo esto, el tipo de detrás del sofá salió corriendo por la puerta delantera para unirse a sus colegas. Seguimos de fiesta unas tres horas más. De golpe oímos una voz procedente del lavabo.

—Voy a llamar a la policía ahora mismo. Si no me dejáis salir de aquí, llamo a la policía.

—¿Qué cojones? ¿Ese negrata sigue encerrado en el lavabo? —dije. Nos habíamos olvidado completamente de él.

Intenté convencerme a mí mismo de que no me importaba que mi chica vendiera su cuerpo por dinero, pero soy un hombre demasiado emocional para aceptar de veras esta idea. Una noche me encontraba con un tipo en una casa que utilizábamos para mover dinero y drogas. Mi chica apareció guapísima después de haber ofrecido un servicio.

—¿Estás lista para que nos marchemos a casa? —le pregunté.

—Ve tú a casa, cariño. Yo voy a quedarme aquí un rato con este tipo. Luego nos vemos.

—Ok, cariño —le dije dándole un beso. De camino hacia el coche, empecé a tener una sensación de lo más rara.

Ey, ¿qué demonios ha ocurrido?, pensé. *¿Acaba de jugármela ese blanco asqueroso de allá dentro?*

Me marché a casa. Cuando ella regresó, vino directamente a hablar conmigo.

—Me consta que no te hace gracia esta mierda —me dijo—. Si ese capullo te hubiera faltado el respeto mientras lo montaba, le habría rebanado el jodido pescuezo.

Era una italiana de lo más dura.

—Cariño, así es como nos ganamos el pan —me dijo—. Ya no te dedicas a combatir. Esta mierda no significa nada para mí. Mi sitio está en casa contigo, cariño.

Estas chicas me alimentaban porque estaba en la ruina, pero yo no quería que fueran entregando su coño por ahí. Yo era el único tipo que conseguía que sus amigas prostitutas se fueran de su lado porque no quería que trabajaran. Me imagino que tanto mi padre como Iceberg llevaban razón. Nunca supe tratar a las mujeres. No tenía madera de chulo. Dada la

imagen violenta que proyectaba, la gente se pensaba que yo era el Rey de los Chulos, pero lo cierto es que era antes un cliente que un chulo. Era Don Putero.

Durante mis seis meses sabáticos sin Kiki, caí una vez más en el infierno de la cocaína. Marilyn intentaba estar encima de mí. Solía llamarme mientras estaba drogándome.

—¿Dónde tienes tu manual de Alcohólicos Anónimos, Mike? Leámoslo juntos ahora mismo. Lee la cuarenta y dos.

Mientras hablábamos, yo llevaba un buen colocón. Buscaba la página que me indicaba y me ponía a leérsela en voz alta.

«Al despertarnos, pensemos en las veinticuatro horas que tenemos por delante. Hagamos planes para la jornada. Antes de empezar, pidámosle a Dios que guíe nuestros pensamientos, solicitándole especialmente que estén libres de autocompasión, falta de honestidad y motivos egoístas».

Avanzaba con la lectura y Marilyn iba gritándome: «¡LÉELO MÁS ALTO! ¡MÁS ALTO!».

Jamás le colgué ni le dije que estaba ocupado, porque quería que me ayudaran.

«La experiencia ha demostrado que nada es capaz de inmunizarnos tanto contra la bebida como trabajar intensamente con otros alcohólicos».

Leer este pasaje me recordó que yo creía ser sólo un cocainómano, cuando en verdad era también un alcohólico. Sólo empezaba con la coca después de haberme tomado una copa. Y una vez me había tomado una copa, me convertía en un peligro para todo el mundo, incluso para mí mismo.

Al cabo de pocas semanas, me encontré en el rodaje de *Resacón en Las Vegas*. Estaba gordo, bajo de forma y malhumorado. Sin embargo, el director, Todd Phillips, y los actores, fueron maravillosos. No sé si se pensaron que me iba a comportar como un psicópata en el plató, pero el caso es que Todd y los productores me seguían a sol y a sombra.

—¿Anda todo bien? ¿Necesitas un descanso? —me decía Todd—. ¿Podrías venir a hacer una toma más? Si no quieres, no tienes por qué

hacerlo.

Yo estaba encantado de trabajar. Pese a no poder dejar la coca, le había estado pidiendo a Dios que me concediera otra oportunidad y que, a cambio, no volvería a drogarme. Me pasé todo el rodaje de *Resacón en Las Vegas* colgado de la coca. Le pedí a una de mis amigas prostitutas que me acompañara al plató. Seano también se pasó a ver cómo filmaban la película. Le echó un vistazo al culo de mi chica y meneó la cabeza.

—Compruebo que últimamente no has estado pensando mucho en mí ni en los hermanos, ¿me equivoco, Mike? —me dijo.

Me encantaba estar en el plató. Montaron unas mesas de catering que llenaron con las mejores galletas, pasteles y comida. Yo detenía el rodaje de las escenas para ir a agenciarme más de esas galletas.

Yo no albergaba muchas esperanzas con respecto a la película. Sin embargo, Todd no dejaba de decirme que iba a ser algo grande y que, tras su estreno, iba a verme de nuevo en la cima. Me pareció guay, pero a mí resultaba más excitante volver a entretener al personal. Descubrí que, incluso cuando combatía, entretener al público era más importante que alzarme con la victoria. Cus siempre me rodeó de gente carismática del mundo del espectáculo y de los medios de comunicación, personas dotadas de un gran magnetismo. Reparé en que Cus era un hombre de temperamento artístico. Cuando hablaba de meterse en los pensamientos de los demás, aquello también suponía un arte, por muy oscuro que fuera. El arte de la guerra, el arte de la supervivencia, lo enfocábamos todo como si se tratara de un arte. No soy un buen artista, pero estoy familiarizado con las artes. Ocurría lo mismo que con algo que ya he comentado: no era un buen boxeador, pero sabía combatir muy bien.

El 24 de diciembre de 2008 Kiki dio a luz a nuestra hija Milan. Acababa de salir de prisión y acudió a un hospital de Filadelfia, donde tuvieron que inducirle el parto ya que acumulaba unas semanas de retraso. Kiki llamó para contármelo y me dejó de piedra. Era la misma fecha de nacimiento de mi madre. Le había conseguido un pequeño apartamento cerca de mi casa de Las Vegas y lo iba acondicionando para ella y el bebé. Estaba a punto de instalarse cuando el destino aciago volvió a intervenir. Una de mis pruebas de orina salió positiva y la gente de Phoenix sopesaba si enviarme de

regreso a la cárcel. Finalmente, mi abogado les convenció de que me convenía más acudir a rehabilitación. En enero ingresé en un centro pijo de Malibú llamado Promises.

Promises era estupendo. Me encontraba en una mansión. Era como hacer rehabilitación desde casa. Asistíamos a reuniones y veíamos a nuestros terapeutas. Durante cuatro semanas todo salió a pedir de boca. Pero se me había acabado el tiempo. No quería marcharme, pero ya le habían asignado mi habitación a otra persona. Yo aún no estaba del todo bien. Llamé a mi amigo Jeff Greene para que viniera a recogerme.

Jeff me llevó a casa de un amigo suyo, que era dueño de una empresa de bebidas energéticas. Jeff no lo sabía, pero en esos momentos había una fiesta en pleno apogeo y abundaban las mujeres jóvenes y guapas.

—Quédate aquí sentado, Mike. No te muevas —me dijo Jeff. Por descontado, la fiesta vino a nosotros y no tardé en verme rodeado de bellezas en bañador.

Jeff iba a llevarme a otro centro de rehabilitación al día siguiente, por lo que esa noche iba a quedarme a dormir en su casa. De manera que me ató de pies y manos. No podía moverme, no podía flirtear con las chicas, era su prisionero. Acabamos marchándonos a su casa y, a la mañana siguiente, me condujo hasta una sucursal de Promises que se encontraba al oeste de Los Ángeles.

—Ey, Jeff, estoy sin un céntimo. Vas a tener que pagar esta mierda, tío. Quiero curarme. ¿De acuerdo? —le dije.

Nos sentamos a hablar con la mujer de administración que iba a encargarse de darme el alta. Vi que llevaba puesta una estrella de David. Se excusó un momento para ir a buscar unos formularios y me abalancé sobre Jeff.

—Fíjate, Jeff, esta mujer es de los tuyos. Esto va a ir bien, vamos a conseguir un buen trato. Ya sabes lo que tienen que hacer. Habla con ella, Jeff.

Regresó y tomó asiento, pero se hacía la dura; no estaba ahí para ayudar a nadie. Cada vez que hablaba de un nuevo aspecto del tratamiento, el precio aumentaba. Tres mil por esto, cuatro mil por lo otro, 25 mil por lo de más allá. Si te tomabas una pastilla extra, eran otros cinco mil.

A medida que escuchaba todo el dinero que iba a tener que desembolsar, Jeff iba entrando en erupción.

—Maldita sea, Mike. Jesús, haz el favor de ponerte sobrio, tío —me dijo.

El 21 de enero el centro me dio permiso para pasar el día fuera para poder asistir al estreno de mi documental en el Festival de Sundance. Seano ejerció de acompañante sobrio. Aquella iba a ser la primera vez que viera a Milan. Fuimos a recibirla al aeropuerto. Kiki bajó del avión con nuestra pequeñaja. Su aspecto era el de una pordiosera, parecía una sin techo. Mientras miraba a Milan y le decía «Hola», intentaba discernir si se parecía a mí. Kiki se echó a llorar en el aeropuerto y, dado que yo seguía jodido por haberme metido tanta droga en el organismo, no mostré mucha empatía hacia ella. Incluso conocer a Milan resultó extraño. Fue como pensar: *Bueno, he aquí otro bebé nacido fuera del matrimonio. Podría hacer más*. No reaccionamos del modo que habíamos imaginado. Sospecho que, al saludarnos, ni siquiera le di un beso a Kiki. Simplemente fue raro.

Asistimos al estreno de la película y luego regresamos al hotel. No podía acostarme con Kiki porque seguía llena de puntos tras dar a luz y también porque Seano estaba ahí para impedírmelo. Quería a Milan, pero sus berrinches me ponían de los nervios. Por entonces no me sentía capaz de soportar el ruido. No hay duda de que no empezamos con buen pie.

A la mañana siguiente, regresé a Los Ángeles para continuar con la rehabilitación. Kiki y Milan se instalaron en el apartamento que les había acondicionado en Las Vegas. Kiki estaba sola, porque su madre seguía en un centro de reinserción social en Filadelfia por culpa de esa estúpida condena. Hablé con ella desde Promises y la encontré muy deprimida, pero también lo estaba yo. No mostró mucha compasión hacia mí. Me veía como un niñato malcriado quejándose por tonterías mientras permanecía en un club de campo para yonquis. Sin embargo, la sucursal de Promises en la que me encontraba no se parecía en absoluto a la de Malibú. Estaba en la ciudad, en la esquina de una calle a la que todo el mundo tenía acceso y por la que podían secuestrarnos o lo que fuera.

Por aquella época Kiki estaba muy angustiada por el dinero, ya que no podía darle nada para el bebé. Apenas podía permitirse los pañales. Llegó a

amenazarme con acudir a Servicios Sociales a solicitar ayuda. Pero yo estaba arruinado de verdad. Tenía como unos siete mil dólares en el banco y debía pasar ocho mil dólares mensuales en pensiones alimenticias para mis hijos. Jeff costeaba mi rehabilitación. Siempre que surgía la oportunidad, participaba en algún acto que pudiera reportarme 10 mil dólares y contar así con algo de efectivo. Por consiguiente, amenazarme con acudir a la beneficencia no me perturbó. Le dije que conmigo no iba a disfrutar de una vida de lujos. Ya podía mover su culo hasta la cola de la beneficencia. De hecho, creo que se encontraba en ella cuando Darryl fue a entregarle 250 dólares para pañales y comida que yo había sacado del cajero.

En febrero abandoné el centro de rehabilitación y regresé a Las Vegas. Mi plan era vivir en mi casa e ir visitando a Kiki y a la niña en su apartamento. Sin embargo, después de rehabilitación estaba tan hecho un asco y frágil que acudí al apartamento y me quedé dos semanas con Kiki. Tenía miedo de abandonarlo, porque no me fiaba de mi capacidad para mantenerme limpio. Kiki y yo retomamos la relación donde la habíamos dejado tras ingresar ella en prisión. Nos reíamos mucho, hablábamos, veíamos la televisión y jugábamos con Milan. Al cabo de dos semanas, Crocodile empezó a dejarse caer y por las tardes íbamos a la peluquería de Mack a pasar unas horas. Pero no me metía en líos.

Cuando mi prueba de orina dio positivo, el expediente de mi libertad condicional regresó de Las Vegas a Phoenix. Sin embargo, el agente de mi libertad condicional en Phoenix era un gran tipo. Kiki, Milan y yo íbamos en coche hasta ahí y el hombre podía comprobar que estaba esforzándome. Consciente también de que existía un bebé, me autorizó a vivir en Las Vegas con la condición de acudir a verlo sólo una vez al mes. Después de un día o dos, condujimos de regreso a Las Vegas y decidí pasar un momento por mi casa antes de dejar a Kiki y Milan en su apartamento. El destino volvió a hacer de las suyas. Se había reventado una cañería del lavavajillas y tenía toda la casa inundada. No sé si aquello fue una intervención divina para que Kiki y yo nos acercáramos todavía más, pero lo que me consta es que me supuso una molestia de cojones.

Me mudé con ellos al apartamento. Estábamos tan en la ruina que, cuando íbamos de compras, teníamos que ir contando los artículos que

metíamos en el carrito con el fin de asegurarnos de que no excedíamos el presupuesto. Mientras comprábamos, yo no paraba de sacar artículos del carrito, aunque Kiki me asegurara que llevaba bien las cuentas. Quería evitar sentirme avergonzado al pasar por caja. La última vez que recordaba haber hecho algo así fue cuando mi madre acudía a la beneficencia. La cajera se veía obligada a apartar artículos que deseábamos adquirir, porque no teníamos suficiente dinero. Toda aquella ansiedad volvió a golpearme al ir de compras con Kiki. Durante mi vida adulta, la idea que había tenido al salir a comprar había sido «cualquier cosa que veo, la puedo tener». Ahora la visión del producto más cotidiano conseguía intimidarme. ¿Os lo podéis imaginar? El más despiadado y temido boxeador de su tiempo intimidado por el precio de un paquete de cereales.

Kiki y yo continuamos estrechando lazos. Nos dio por jugar a un montón de juegos de mesa, día tras día. Juegos de mesa, juegos de mesa, juegos de mesa. Yo seguía demasiado enfermo para salir a enfrentarme al mundo. Es probable que Kiki se sintiera secretamente feliz de tenerme toda para ella. Creo que mi antiguo yo seguía pesándole mucho.

Pocas semanas después de que Kiki y yo comenzáramos a vivir juntos, una tarde salí de casa acompañado de Crocodile. Acudimos al gimnasio a ver entrenar a unos boxeadores. Al acabar le dije a Crocodile que quería algo de coca. Regresamos al apartamento a eso de las diez, muy tarde para mí. Kiki estaba durmiendo arriba y me metí en la cama todo feliz, hablando de forma desaforada.

Kiki pegó un salto de la cama igual que Linda Blair en *El Exorcista*.

—¡Has tomado coca! ¿A que sí? —me gritó.

—No, no, cielo.

—¿Entonces por qué diablos estás hablando a tal velocidad? Y que le den por culo a Crocodile. Se supone que debe ayudarte y se dedica a salir contigo a drogaros —me dijo.

—No, no le digas nada a Crocodile. No sabe que lo he hecho —mentí.

—¿De verdad piensas que soy tan estúpida como para creerme que no lo sabe?

Me sacó de casa a patadas por haber tomado coca. Me lo tomé como si estuviera haciéndome un favor. Me sentía feliz de largarme. En esos

momentos prefería andar por ahí dándole a la coca que enjaulado en ese apartamento diminuto.

Me pasé dos días metiéndome coca a saco y luego regresé. Kiki estaba muerta de preocupación. Me prometí no recaer y las cosas volvieron a la normalidad.

Por lo menos hasta marzo, momento en que la madre de Kiki, Rita, abandonó el centro de asistencia social y se vino a vivir con nosotros. Estar cuatro personas hacinadas en ese apartamento no tenía nada de divertido, sobre todo cuando una de ellas era la madre de tu novia. Las paredes eran tan finas que ni siquiera podíamos hacer el amor sin correr el riesgo de que nos oyera.

Por aquella época encadené una serie de recaídas. Aguantaba bien durante unas semanas y luego salía a arrasar con todo. Pasaba unos días fuera y luego regresaba con el rabo entre las piernas.

—Soy un pedazo de mierda. Sólo deseo estar muerto. Lamento muchísimo hacerte esto —decía.

Durante estas juergas mi aspecto era monstruoso. Cuando voy hasta las cejas de coca, me salen manchas por todo el cuerpo, igual que a un leproso. Me brotan llagas por toda la cara a resultas de la deshidratación. No puedo besar a nadie pues la sequedad en los labios ajenos me produce quemaduras. Me sangra la nariz. No puedo hablar de lo congestionado que estoy.

Kiki cogía tales cabreos que se ponía a gritarme y a llamarme gilipollas y pedazo de mierda.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué te pones tan pesada? —le preguntaba.

Acto seguido, se marchaba y yo estaba tan ido que ni me enteraba de que ya no estaba en casa. Así eran las cosas por entonces. Cuando iba drogado, me sentía genial, mientras que la gente a la que quería se sentía fatal. Y cuando ellos se sentían genial, yo me sentía fatal al estar sobrio.

Tras estas recaídas, me quedaba en casa una o dos semanas hasta que volvía a poderme la ansiedad.

—Vas a volver a hacerlo, ¿no es cierto? —me decía Kiki—. Ha llegado la hora.

Tomar conciencia de que me superaba la ponía muy triste. Me rogaba que, si debía tomar coca, por lo menos lo hiciera dentro de casa y no saliera por ahí a buscarme problemas. Pero no hay recuperación sin recaída y yo lo daba todo por mantenerme sobrio.

Por aquella época, Crocodile se marchó de Las Vegas. Me dijo que me quería demasiado como para estar cerca, contribuyendo a mi envenenamiento. Se instaló en Arizona y dio un giro completo a su vida, pasando de ser un musulmán hasta la médula a un cristiano renacido. Le dije que Jesús era guay, pero que no debía echar a perder su personalidad. Jesús estaba rodeado de salvajes. Le dije que, si quería propagar el Evangelio, hiciera como el protagonista de *Buck and the Preacher*, que sostenía una Biblia en una mano y una pistola en la otra. Croc hizo borrón y cuenta nueva y lleva sin drogarse desde 2010.

Enfrentarse a mis problemas con las drogas era algo nuevo para Kiki. Una vez se conectó a internet para buscar una reunión de Narcóticos Anónimos cerca de nuestra casa. Consiguió la dirección y acudimos al lugar. Llegamos unos minutos tarde, por lo que tomamos asiento y nos pusimos a escuchar las historias que compartía la gente. Todas ellas resultaban interesantes, centradas en el modo en que habían perdido todo su dinero en el juego. A los pocos minutos, le susurré a Kiki al oído: «Nos hemos equivocado de reunión». Era de Jugadores Anónimos.

No tenía intención de ofender a ninguno de los que compartían sus vivencias con el grupo, pero tampoco quería estar ahí. Cuando hubo transcurrido media hora, me dirigí a los presentes.

—Disculpadme, chicos, lo lamento mucho pero mi novia pensó que ésta era una reunión de Narcóticos Anónimos. No tengo ningún problema con el juego, pero que Dios os bendiga.

Durante toda esta etapa tan conflictiva, Kiki mantuvo la moral alta. Siempre hacía gala de optimismo. Yo no paraba de meterme drogas, mientras que ella no dejaba de hablarme de montar nuestra propia productora y comerciar con mi imagen para todo tipo de cosas. Siempre vislumbraba dulces sueños para ambos. Yo también tenía mis propios sueños. El hecho de ver a Kiki y a Milan a diario, y comprobar las esperanzas que la primera depositaba en todos nosotros, conseguía atravesar

el manto de niebla en el que me tenían flotando las drogas. Un día me desperté y me dije: Voy a dejar de tomarme esta mierda. Deseaba estar lúcido, ser de utilidad, participar en el juego de la vida, funcionar a pleno rendimiento y llegar hasta donde mis habilidades me lo permitieran. Ésa era la vida que quería vivir.

Pero entonces recibí la llamada que ningún padre debería recibir jamás en la vida. Era Shelley, la madre de mis dos hijos. Me llamaba desde Phoenix.

—¡Mi bebé ha muerto! ¡Mi bebé ha muerto!

16

Después de colgar, me sentía paralizado. Tan pronto oyeron la noticia, Kiki y Ma se echaron a llorar como si se tratara de su propio hijo. Darryl vino enseguida y pusimos rumbo al aeropuerto. Kiki, Rita y Milan se subieron a un coche y Zip los llevó a Phoenix. Al llegar ahí, me dirigí corriendo al hospital.

A día de hoy, sigo sin entender qué ocurrió y por qué ocurrió. Cuanto averigüé es que, de algún modo, el cordón de seguridad de la cinta de correr acabó enredándose en torno al cuello de mi hija de cuatro años. Mi hijo encontró a su hermana así y corrió a avisar a Shelley, quien llamó a Urgencias. Cuando llegué al hospital, Exodus estaba recibiendo soporte vital sin esperanzas de recuperarse.

Yo me sentía furioso. Quería hacérselo pagar a alguien. Pero de golpe me vi rodeado por los padres de otros niños que estaban muriéndose en el hospital. Se me acercaban para consolarme. Ahora formaba parte de un club al que nadie querría unirse jamás: el club de los padres desconsolados.

De todos modos, seguía teniendo multitud de preguntas. En mi opinión, nunca se llevó a cabo una investigación exhaustiva sobre su muerte. Perder a Exodus acarreó el mayor sentimiento de amargura y desamparo que he padecido en la vida. Mi hijo Miguel jamás podrá ser el mismo. Siempre tendrá esa imagen en la cabeza de encontrarse a su hermana colgando. ¿Cómo curarnos de una tragedia así? ¿Cómo puede una persona enfrentarse a una pérdida de este calibre? La respuesta no se halla en el manual de Alcohólicos Anónimos. Que alguien me diga en qué libro está porque ése es el libro que quiero leer. Perder a Exodus es la única cosa en mi vida a la que no encuentro modo alguno de agradecer. Alguien debe pagar por ella y

sufrir las consecuencias, aunque sea yo. Ya han transcurrido cuatro años y sigo sin saber cómo voy a sobrevivir a ello. A veces pienso que, en el caso de haber estado ahí, las cosas quizás habrían sido diferentes.

Kiki y el resto se registraron en el Hotel W. Aquella noche me reuní con ellos, sintiéndome destrozado y vacío. Todo el mundo intentó consolarme, pero ¿cómo demonios consuelas a alguien que acaba de perder a un hijo? Procuraba mantenerme firme, pero acababa deshecho en lágrimas y respirando profundamente. Lo último que deseaba era colocarme, por lo que Kiki me dio unas hierbas medicinales chinas que me ayudaran a relajarme.

Al día siguiente, a Exodus le retiraron el soporte vital. En su funeral no sabía qué hacer. Se supone que uno debe levantarse y agradecer la presencia de la gente y su apoyo. Eso hice.

—Muchas gracias por venir —conseguí articular. No sabía qué diablos se esperaba de mí, por lo que tomé asiento. Entonces se levantó mi hijo Amir y se dirigió a la concurrencia. A pesar del dolor que sentía, me mantuve lúcido y pude seguir sus palabras. Se puso a contar historias sobre su hermana con mucha calma y profesionalidad. *¿Qué diantres está pasando aquí?*, pensé. Ahí estaba un hermano mayor hablando en nombre de su hermana. Lo hizo maravillosamente bien. Cuando acabó, yo me sentía mucho mejor.

Todo el mundo fue de gran ayuda. Marilyn estaba justo a mi lado. Era una veterana de guerra, conocía íntimamente a la muerte. Monica estuvo impresionante. Amir y Rayna siempre estuvieron cerca de Miguel y Exodus y, cuando yo no tenía un céntimo, Monica les pagaba el alquiler y las facturas. Mi hija mayor, Mikey, y mi hijastra, Gena, también asistieron. Me sentí muy orgulloso de todos mis hijos por encontrarse ahí, mostrando fortaleza y honrando a su hermana. Kiki y yo estuvimos de acuerdo en que lo que mejor sería que ella y Milan se quedaran en el hotel, de cara a que Kiki no disgustara accidentalmente a Shelley, quien, al igual que yo, acababa de perder a su hijita. Enfrentados a la tragedia, todos actuábamos como una sola familia.

Exodus tuvo un funeral propio de un dignatario. En casa solían escuchar música española y su artista favorito era Nigga, una estrella del regaeton

procedente de Panamá. Llamé a Luis de Cuba, quien me puso en contacto con Roberto Duran. El hijo de Roberto tiró de los hilos y Nigga acudió a cantar y tocar. Estuvo maravilloso. En ese momento reparé de golpe en algo que hasta entonces se me había escapado: el motivo profundo que me había llevado a querer siempre a Duran. Jamás podré pagarle el favor de que consiguiera que Nigga actuara en honor de mi hija. Mantendré una deuda eterna con ambos por haber mostrado tanta compasión. Haría cualquier cosa por ellos. Agradecí el apoyo mostrado por todo el mundo. Los costes de las facturas médicas y el funeral ascendieron a 200 mil dólares que fueron cubiertos a través de donaciones.

Nos quedamos unos días en Phoenix y luego regresamos en coche a Las Vegas. Me llevé conmigo a mi hijo Miguel, porque Shelley no estaba llevando nada bien la muerte de Exodus. Mi hija mayor, Mikey, también se vino con nosotros. De manera que ahora yo, Kiki, Rita y todos los niños estábamos bajo el mismo techo en esa pequeña casa.

La oleada de muestras de afecto por parte de desconocidos me dejó de piedra. Me conmovió tanto que me hizo darme cuenta de que deseaba serle útil a la sociedad y no ser sólo un glotón preocupado exclusivamente por sí mismo. Quería descubrir el modo de dejar de ser promiscuo y mantenerme fiel a una única persona. Quería descubrir cómo ser un adulto responsable, un padre responsable. No sabía cómo hacerlo, pero sí que quería hacerlo. Con tanto dinero, tanta fama y tantos títulos, lo máximo que había conseguido había sido un divorcio y un puñado de niños sin padre. Pero tras la trágica muerte de Exodus, mi paradigma cambió por completo. Advertí que todo cuanto había creído que era verdad, era mentira. Debía recomenzar con mi vida de cero.

Quería crear algún tipo de legado para Exodus allá arriba en el cielo. Quería que ella supiera que su padre estaba actuando con dignidad, afrontando sus problemas de rabia y cambiando su modo de vida. Había perdido a Exodus, pero seguía teniendo a Milan. Deseaba que Milan tuviera una hermana con la que se llevara poco tiempo de cara a que crecieran juntas. Estaba profundamente convencido de que Milan era un regalo que

me permitiría sobrellevar esta tragedia, si bien jamás podría reemplazar a Exodus. Se me abría la oportunidad de comportarme como un padre responsable. Partiendo de ser así con ella, podría comenzar a trabajar en la reconstrucción de mis relaciones con el resto de mis hijos. Durante años y más años, había estado metido en el engranaje de acudir a las reuniones de Alcohólicos Anónimos, leer el manual y dedicarme al programa. Pero no fue hasta que de golpe murió mi hija que estos propósitos afloraron sin que me diera cuenta. Había ido en piloto automático hasta que ¡bam! No cumpliría con ellos de la noche a la mañana y se produciría alguna que otra recaída, pero la voluntad ya estaba dentro de mí. Mike, trabaja en tu lujuria. Mike, trabaja en tu conducta hacia las mujeres. Mike, aparta de ti esa coca. Mike, pierde peso y ponte sano. Mike, no te quedes mirando a una mujer más de tres segundos. No quiero que esto suene inquietante, como que estaba poseído o algo así, pero las lecciones recibidas durante la rehabilitación simplemente hicieron clic dentro de mi cabeza.

Desde mis tiempos con Cus sabía que poseía una gran disciplina, pero cuanto había hecho con él partía del concepto de ser superior al resto. Ahora empleaba esos mismos instrumentos, aunque desde una perspectiva diferente, desde la humildad y no la superioridad. Sin embargo, seguía en mí la megalomanía de creerme capaz. Por mucho que el camino fuera a resultar traicionero y duro, el megalómano dentro de mí decía: «Va a hacerse y vas a sufrir». Llevaba toda la vida haciendo lo mismo. Nada importaba excepto la consecución de la hazaña.

De todas maneras, continuaba siendo sólo una teoría. Una semana después de la muerte de Exodus, todo ese dolor pudo conmigo. Un día en que Kiki y Rita estaban fuera haciendo algo, le pedí a mi hija Mikey que cerrara la puerta una vez abandonara la casa y salí a conseguir coca. Cuando estoy en modo adicción, soy un azote infernal. Durante unos días estuve recayendo. Kiki se sentía frustrada y preocupada por no poder seguir ayudándome. Nadie podía impedir que me colocara por lo que, a regañadientes, Kiki me rogó que me tomara la cocaína en casa para que ella pudiera controlar que no me pasaba nada malo. Estuve una noche en vela, puesto hasta las cejas y acompañado de una Kiki que no dejó de hablarme. A primera hora de la mañana, ella tenía una reunión con su agente de la

libertad condicional. Aquella noche mantuvimos unas conversaciones muy intensas y decidimos que nos casaríamos pronto. En el momento de marcharse, yo seguía embargado por la emoción y la besé y abracé repetidas veces. Salí al balcón a decirle adiós.

—Te quiero —le dije, lanzándole un beso antes de que se metiera en el coche.

Kiki se reunió con su agente de la libertad condicional, quien le hizo pasar un último control aleatorio de orina. Al cabo de pocos minutos, el agente regresó a la habitación.

—Ha aparecido cocaína en tu organismo —le dijo a Kiki.

—Imposible. Yo no me drogo —protestó Kiki.

—Éste es un asunto muy serio, Kiki. Estás dándole el pecho a tu bebé. Dar positivo en una prueba de cocaína puede iniciar un proceso que desemboque en que los Servicios Sociales vengan a tu casa a llevarse a tu hija para acabar dándola en adopción.

—¡¡¿¿Qué??!! ¡Yo no he tocado la cocaína! —dijo—. Espera. ¿Puedes dar positivo por el simple hecho de haber besado a alguien que sí lo ha hecho?

—No tengo constancia de ningún caso. Ahora bien, si sospechas que ése el modo por el cual la cocaína ha acabado en tu organismo, por qué no esperas una hora a que volvamos a hacerte la prueba de orina. De tratarse de algo tan trivial, tu organismo debería haberlo expulsado para entonces —le dijo el agente de la condicional.

En ese momento me sonó el móvil.

—Maldito hijo de puta —me gritó Kiki—. Van a quitarme a mi bebé por culpa de tu jodida adicción. Acabo de dar positivo por cocaína. Ahora tus adicciones están dando por culo a mi familia. ¡Podría perder a mi hija! ¿Cómo puedes haber estado metiéndote cocaína antes de despedirme esta mañana con un beso?

Me había pillado. En todo lo que tiene que ver con la farlopa, soy un lamedor. Y no me refiero a lamer un diminuto residuo que ha quedado escondido en un pliegue del papel de plata donde estaba la mercancía. Me refiero a un tarro de cocaína. Metía la lengua en él y lamía cocaína pura. Tantas veces que al final era incapaz de sentir la lengua.

Colgué el teléfono, le pedí una vez más a Mickey que cerrase la puerta detrás de mí y eché a caminar. Recorrí más de treinta kilómetros desde mi casa en Henderson hasta el gueto al oeste de Las Vegas. Iba colocado, sudaba como un cerdo y la gente detenía su vehículo para ofrecerse a llevarme.

—Mike, sube al coche, tío —me decían.

—No, no me jodas, tío. Estoy pasando un momento chungo.

—¿Quieres que llame a la policía?

—No, no, estoy bien —les decía.

Napoleón dijo en una ocasión: «Un simple paso separa lo sublime de lo ridículo». Bien, pues yo estaba haciendo cien mil pasos. Kiki había aguardado una hora y realizado una nueva prueba que había salido negativa, pero yo no lo sabía. No paré de caminar y, cuando regresé a casa, me metí un poco de coca y me pasé dos días de juerga.

Después llegó mi turno de pasar una prueba de orina. Mi orina volvió contaminada. Yo no estaba muy preocupado, ya que la compañera de mi abogado era amiga cercana de mi agente de la condicional. Esta vez, sin embargo, no lo dejó correr sin más. Entre mi prueba positiva y el informe del incidente con la prueba de Kiki a resultas del beso, existía la posibilidad de que me enviaran de regreso a la cárcel o, por lo menos, de tener que volver a Arizona para endurecer las condiciones de mi libertad condicional. Esto significaría que Kiki y yo nos veríamos separados, puesto que ella cumplía su libertad condicional en Las Vegas.

—Mike, si vas a prisión, yo no tengo derecho alguno por ser tu novia, yo también estoy en libertad condicional —me dijo Kiki un día—. Quizás ni siquiera me dejen ir a visitarte, aunque tengamos una hija juntos. Este es otro de los motivos por los que quiero casarme. De todas maneras, planeábamos hacerlo.

—De acuerdo, ¿cuándo quieres que lo hagamos? —le dije.

—¿Sinceramente? Mañana —me dijo.

—¿Por qué no esta noche?

Eran sobre las seis de la tarde del 6 de junio, apenas diez días después de la muerte de Exodus. Kiki googleó «capillas para bodas», hizo algunas llamadas y el encargado de Las Vegas Hilton le dijo que podíamos

presentarnos de inmediato. Kiki hacía que pareciera un asunto práctico, pero yo estaba loco por esa mujer. No quería casarme con ella para que pudiera visitarme en la cárcel con el bebé, quería casarme con ella porque no quería vivir sin ella. Llevábamos un tiempo dándole vueltas al tema y, si bien me aseguró de que no estaba dándome un ultimátum, también me dejó claro que, en el caso de no formalizar la relación, ella no iba a esperar años y años a casarse. Si se le presentaba la ocasión, cabía la posibilidad de que acabara con otro, ya que su deseo era contraer matrimonio.

Justo después de sugerir que nos casáramos esa misma noche, un nervio pinzado o algo así me provocó un dolor atroz en el cuello. Estábamos de camino al Hilton y yo iba retorciéndome.

—No tienes por qué casarte conmigo. No quiero forzarte a ello —me dijo Kiki y se puso a llorar a borbotones.

—Quiero casarme contigo, cariño, pero me duele de cojones. ¿Por qué siempre todo tiene que girar en torno a ti? ¿Por qué debería estar feliz y risueño como tú? Me duele de cojones.

Estaba hecho un asco. Tenía llagas frías por toda la boca de tomar cocaína. Mi sobrepeso era considerable y ahora tenía que sufrir este pinzamiento del nervio. Mientras tanto, Kiki se había encargado de toda la parafernalia de la boda. Al ser supersticiosa se había puesto unas bragas azules para la ocasión y cogido prestado un brazalete de su madre. Poseía muchas prendas viejas, por lo que por ahí no hubo ningún problema. Llegamos a la capilla y yo no pude dar crédito al hecho de que el tipo que iba a casarnos fuera clavado a Slick, el representante de *wrestling* de raza negra que tenía como cliente a Big Boss Man. Kiki y yo teníamos tan mala pinta que primero no quisimos fotos, pero al final cedimos y nos hicimos unas cuantas. Estábamos mirándolas cuando el tipo nos dijo: «Su coste es el de un donativo a partir de setenta y cinco dólares». Si es un donativo, ¿cómo es que le pones un precio? Me sentí como si aquel individuo se dispusiera a llamar a las autoridades en previsión de que saliéramos corriendo con las fotos.

Al llegar a casa, Milan estaba llorando, por lo que Kiki subió corriendo al dormitorio a amamantarla. Rita veía la televisión.

—Mamá, acabamos de casarnos —le dije.

—¡Anda ya! ¿Quién os ha casado? —me dijo.

—Slick, de la WWF —le dije. Luego le conté la verdad y le hizo mucha ilusión.

Lo que no hicimos fue intercambiar anillos e irnos de luna de miel. Aún tardaríamos un año en conseguir los anillos y la luna de miel se acabó en cuestión de días. Kiki y yo jamás nos habíamos peleado. Estuvimos la mar de bien hasta el momento de decir: «Sí, quiero». A partir de aquí, empezamos a pelearnos como locos. Cuando tomé conciencia, pensé: *¿Qué demonios está pasando aquí?* Seguía metido en mi adicción y traspasaba los límites constantemente. Me puse a la labor de expulsar a la droga de mi casa. Progresaba; en vez de tomar coca una vez al día, pasé a hacerlo una vez a la semana. Luego lo reduje a una vez cada dos semanas, cada tres y cada mes.

Siempre que recaía me sentía avergonzado porque ahora tenía que volver a casa a reunirme con Kiki, su madre y nuestra hijita. Regresaba sudando como un cerdo, ardiendo. Rita me colocaba compresas frías mientras Kiki me echaba la bronca.

—¿No ves a tu madre? Cierra la puta boca —le dije a Kiki—. Haz igual que ella.

—Mi madre no está casada contigo.

Una semana después de celebrar mi cumpleaños, salí con un amigo y nos pasamos toda la noche esnifando coca. Kiki no podía dormir al ver que no regresaba, así que googleó mi nombre para comprobar si me habían arrestado. Acto seguido, pegó un grito y corrió hacia la habitación de Rita.

—¡Mike está muerto! ¡Acabo de leerlo en internet!

Informaban de que había salido a celebrar mi cumpleaños con unos amigos y había sucumbido a un ataque al corazón.

Rita agarró el teléfono inmediatamente y llamó al médico forense.

—¿Os han traído el cuerpo de Mike Tyson? —preguntó.

—¿Por qué lo pregunta? —le respondieron.

—Porque ha muerto —les dijo.

—¿Cómo lo sabe?

—De eso se trata. No sabemos si está muerto; de ahí nuestra llamada —dijo Rita—. Aquí estamos su suegra y su esposa. Intentamos averiguar si

tienen su cuerpo.

La pusieron en espera y luego cogió el teléfono otra persona.

—No, no tenemos a nadie bajo ese nombre.

Al día siguiente, entré en casa todo contento.

—Hola, chicas —les dije. Llevaba un colocón de mil pares.

—Estás hecho un verdadero capullo —me dijo Kiki—. No sabía nada de ti y me metí en internet, donde descubrí que habías muerto de un infarto.

Empecé a reírme.

—Las noticias sobre mi muerte exageran mucho —parafraseé a Mark Twain.

A Kiki no le pareció gracioso. Agarró a Milan.

—Me largo de aquí —dijo y salió pitando escaleras abajo hasta llegar al coche.

—¿Adónde vas? —le preguntó Rita.

—Simplemente me marcho. ¿Tú te vas a quedar con él?

—Sí, alguien tiene que hacerlo.

—No te preocupes, mami. Yo cuidaré de ti —me ofrecí. Como si estuviera en disposición de cuidar de nadie en mi patético estado. Apenas podía mantenerme en pie.

Kiki se desahogó un poco y regresó a casa. Le preocupaba que me hubiera obligado a casarme y que esto provocara las peleas y las recaídas.

—¿Sientes que has cedido por mí?

—Ya sabes que nadie puede obligarme a hacer nada que no quiera —la tranquilicé.

Yo era el primero en estar harto de mis recaídas. Unas semanas antes, se había estrenado *Resacón en Las Vegas* con un éxito rotundo. Yo seguía metiéndome, pero esto no impidió que llamara a Todd Phillips, el director.

—¿Cuándo rodamos la próxima película, Todd? Eh, yo quiero estar en ella, Todd. No me la juegues, tío.

En julio fuimos todos a Los Ángeles con motivo de la entrega de los Teen Choice Awards, ya que *Resacón en Las Vegas* había sido nominada. Me llevé conmigo a Rayna, la hija que había tenido con Monica, a la cual le emocionó mucho poder conocer a los Jonas Brothers. Eran los presentadores de la gala y quisieron hacer un sketch en el que yo

interpretaba a un peluquero sádico que le rapaba el pelo a uno de los hermanos.

Escasas semanas después, regresamos a Los Ángeles para asistir a los premios ESPY. Aquel viaje no fue tan bien como el anterior. Estábamos tan arruinados que no pudimos prolongar la estancia en la habitación del hotel que la ESPN nos había conseguido. Al acabar el evento, Kiki y yo discutimos en el camino de regreso al hotel. Al llegar, Kiki, Milan, Rita y Darryl se dirigieron a sus respectivas habitaciones, pero yo me escabullí y me subí a nuestro coche. Aquella noche me había traído a escondidas algo de cocaína, la cual había estado metiéndome furtivamente junto con algunas copas. A esas alturas ya había pillado un buen colocón. Encendí el motor y entonces caí en la cuenta de que me había dejado el móvil en el banco del aparcacoches donde había aguardado sentado. Salí, lo recogí y descubrí que me había dejado las llaves dentro del vehículo.

Los asistentes a la velada estaban saliendo en manada y reparé en una joven caucasiana con la que unos años atrás había tenido un rollo de una noche. Se alojaba en el mismo hotel que yo.

—Ey, ¿adónde vas a ir?

Me echó un vistazo y se asustó. Pudo notar que no estaba bien.

—No, no, regreso a mi habitación —me dijo y se escabulló.

De acuerdo, me imagino que para ella tampoco fue más que un rollo de una noche. Llamé a los de la asistencia en carretera y vinieron a abrirme el coche sin querer cobrarme nada. Me puse al volante y arranqué. Un amigo montaba una fiesta cocainómana en su casa de Beverly Hills que no pensaba perderme por nada del mundo. El problema es que no sabía cómo llegar a la autopista de Beverly Hills desde ese hotel en el centro de Los Ángeles. Supongo que di algunos bandazos e hice un giro extraño. Acto seguido, vi unas luces por el retrovisor y oí una sirena y una voz saliendo de unos altavoces: «Detenga el vehículo a un lado de la carretera».

No me limité a detenerme, sino que me subí a la jodida acera. Iba fatal. *Oh, mierda*, pensé. Voy a ir directo a la cárcel. El poli salió de su vehículo y se acercó al mío. Bajé la ventanilla.

—¡Mike Tyson! ¡Madre de Dios bendito! —me dijo—. Ey, estuviste fantástico en *Resacón en Las Vegas*. Llevamos un rato detrás tuyo, Mike.

No has parado de dar bandazos.

Saqué a relucir algo que debí aprender de Cus: en una décima de segundo, tan pronto detecté un pizca de amabilidad en él, le entregué todo mi amor. Debía hacer algo, ya que me habían retirado el carnet de conducir y no llevaba los papeles del coche.

—Ey, amigo, lo lamento si he estado conduciendo de forma errática, pero es que resulta que ando algo perdido. Estoy intentando poner rumbo hacia la casa de un amigo en Beverly Hills, pero no sé cómo acceder a la autopista. ¿Podría echarme una mano con esta dirección?

Le entregué la dirección de mi amigo. Agarró el papel y regresó a su vehículo. Se quedó hablando durante una eternidad, por lo que me cogió la paranoia de que estaba comprobando mi expediente y de que iba a descubrir que me habían retirado el carnet. Cuando regresó, estaba sudando a mares.

—Ok, Mike. Ya la tenemos. ¿Qué te parece si nos acompañas y te escoltamos hasta ahí?

¡Sí! Aquella noche había jugado la carta de «líbrate de la cárcel por ser una celebridad». No contaba con que aquel poli fuera a mostrarme ninguna consideración, pero lo hizo. Me condujeron hasta la fiesta y, de hecho, ¡me escoltaron hasta la mismísima puerta de entrada!

Mi amigo se llevó un buen susto al verme llegar en compañía de dos agentes de la policía de Los Ángeles.

—Dejamos a Mike Tyson bajo su responsabilidad. Hará bien en asegurarse de que mañana por la mañana llega a casa sano y salvo. Si nos enteramos de que ha estado conduciendo, tenemos su dirección en nuestros archivos —dijo uno de los polis.

Nada corta más el rollo que presentarse a una fiesta cocainómana con dos polis. Así que tan pronto éstos se marcharon, todo el mundo hizo lo mismo. Yo me metí de nuevo en el coche, bebido y drogado hasta las cejas, y de alguna manera acabé en el Beverly Hilton Hotel. Dejé el vehículo y entré a tomarme una copa y a hacer una llamada para agenciarme coca. Cuando volví para reclamar el coche, el aparcacoches no quiso darme las llaves.

—No puede conducir en estas condiciones, hombre. Me quedo con su vehículo —me dijo.

De manera que llamé a Kiki para que viniera a recogerme. Antes de que llegara, había cambiado de opinión y pedido un taxi. Me acerqué a Sunset, el bar de fumadores de mi amigo Mark. Él no estaba, pero su socio sí. Al momento de posar los ojos en mí, fue tal su preocupación que sacó a todo el mundo, cerró el local y llamó a Mark. Mark vino a recogerme y me condujo hasta la casa de mi amigo Jeff Greene.

A todo esto, Kiki había salido disparada hacia el hotel y sólo había encontrado mi coche, pero iba recibiendo llamadas de amigos que le transmitían avistamientos de Mike. Para cuando llegó al bar de fumadores, yo hacía tiempo que me había marchado. Acabamos encontrándonos en el Andaz Hotel en Sunset, donde pasamos la noche antes de regresar a Las Vegas.

Ahí protagonicé algunas recaídas más y Kiki decidió que había llegado la hora de enviarme de vuelta a rehabilitación. Esta vez no teníamos un céntimo y, por descontado, ella no planeaba enviarme a un campamento de verano confortable para celebridades tipo Wonderland o Promises. Pensaba que necesitaba un programa de verdad. De manera que surfeó por internet hasta encontrar uno llamado Impact, situado a una hora de Los Ángeles, en Palm Springs. Tras leer en el folleto *on line* que ponían el acento en la disciplina, pensó que me convendría. Yo necesitaba un acercamiento libre de chorradas y gilipolleces, no una mierda dedicada a consentir a las celebridades. Kiki no sabía nada acerca de centros de rehabilitación, por lo que no tenía ni idea de a que este centro se lo consideraba un lugar para la chusma y los casos perdidos. No dejó de insistir hasta que acepté ingresar.

Pillé unas cuantas bolas del ocho de cocaína, preparé una maleta y puse rumbo a California acompañado por Darryl. Cuando llegamos a nuestro destino, estaba despidiéndome a lo grande de la cocaína. Me registré y uno de los terapeutas me preguntó si tenía alguna droga que entregarles. Así que le di lo que me quedaba: casi una bola entera de ocho.

Me dijo: «Está bien» y desapareció por el fondo. Al regresar, actuaba de un modo extraño. El cabrón se había tomado mi coca. Y era de la buena. ¡Tenían a un yonqui encargándose del cotarro! Me enseñaron mi habitación. Formaba parte de una caravana. Aquel lugar era básicamente un parque de caravanas.

Yo no era feliz acampando ahí. El sitio estaba tomado por colgados de las anfetaminas de comportamiento violento y pandilleros que habían tenido encontronazos con la ley. Yo estaba convencido de que había posibilidades de que acabara usando los puños contra ellos. Pasé la noche y, a las ocho de la mañana del día siguiente, les dije que me largaba. Llamaron a Kiki para contarle que no estaba a gusto y que deseaba marcharme. A las once de la mañana volvieron a telefonearla.

—Mire, no está nada contento.

Luego la llamé yo.

—No puedo creer que me hayas metido en este lugar. No puedo quedarme aquí. Me marcho.

—Date un poco más de tiempo —me suplicó.

Media hora después, rompí una de las sillas que formaba parte del mobiliario del jardín y me llevaron hasta la estación de autobuses más cercana. Aquel sitio era excesivamente peliagudo para mí. Con todo, debo admitir que en Wonderland o Promises necesité entre ocho y catorce meses para enmendar mi vida. Fue permanecer apenas medio día en Impact, volver a casa y, excepto por una pequeña recaída, desde entonces no he vuelto a la bebida ni a la coca.

El éxito de *Resacón en Las Vegas* jugó un papel determinante a la hora de mantenerme limpio. Recuerdo que la película acababa de estrenarse cuando un niño pequeño, acompañado de su padre, se cruzó conmigo por la calle.

—Mira, papi —se detuvo señalándome con el dedo—. Es el actor Mike Tyson.

—Ey, hubo un tiempo en el que también fui el mejor boxeador del mundo, chaval —le dije.

La escena se repitió una y otra vez. Toda una generación de chavales empezó a conocerme como actor en vez de como boxeador. Ocurrió en un abrir y cerrar de ojos. Estaba metiéndome coca a saco, a niveles casi suicidas, llevando la vida de un perdedor cuando ¡BAM! Ocurrió tan rápido que casi resultó incómodo. Pero era consciente de que no podía desaprovechar esta oportunidad de reinventarme a mí mismo. Antes de

ponerme a ello, sin embargo, debía emprender una profunda labor de reprogramación.

No dejaba de decirme: «Voy a cambiar. Voy a ganar. No voy a acabar así». Volví a meterme el chip de Cus. Nadie podía detenerme. Mi reino sería invencible. Había estado enganchado a la coca, ni siquiera sabía qué reino iba a poseer. Era consciente de que no iba a ser el del boxeo, pero podía echar mano de los mismos principios: empuje, sed y apetito.

En el fondo sabía que eran un apetito y una sed diferentes. Cuando era un crío abriéndome camino, no era un caso perdido. Por entonces, todavía creía ser alguien. Ahora, por el contrario, había intimado con muchos demonios y aniquilado todos mis sueños y esperanzas.

Recibía llamadas de directores y actores de renombre conminándome a rodar más películas.

—Debes interpretar más papeles cómicos —me decían—. Olvídate de esa gilipollez del tipo duro. Eres un buen tío, Mike. Nadie es capaz de verlo, porque ha quedado enterrado bajo toda esa oscuridad que has debido atravesar en la vida. Pero has de permanecer en el lado luminoso porque, bajo esa luz, brillas con mucha intensidad.

Llevaban razón. Toda aquella oscuridad era una pose, una personalidad que me había impuesto Cus. Cus quería que intimidara. Me utilizó para completar su legado. No me malinterpretéis. Era una gran legado que completar y, si me pidiera que lo hiciera de nuevo, cumpliría de forma aún más malvada y salvaje.

De modo que pasé de no tener esperanzas a tener de nuevo un objetivo. ¿Y entonces qué ocurrió? Que mi vanidad asomó la cabeza. Todo el mundo me decía: «Estás tan bien en las películas, debes seguir por ahí». Pero el espejo no me engañaba.

Éste no es un cuerpo digno de las películas —pensaba—. *¿Quién va a querer follarse a este tipo? ¿Quién va a creer que estoy bueno? Soy un jodido barrilete. Dado el modo en que la cámara magnifica el culo de uno, voy a aparentar 300. Un fabricante de tiendas de campaña va a tener que encargarse de confeccionarme los trajes*.

Debía ponerme seriamente en forma. A lo largo de cinco semanas, no comí otra cosa que sopa de tomate con albahaca. Mi mujer decidió seguir

una dieta vegana durante una semana y yo me apunté. Sólo que no me detuve ahí. ¿Qué es eso? ¿Vegano? Ok, voy a ser un vegano estricto.

No podía más de estar gordo como un cerdo. Me avergonzaba acostarme con mi mujer con tanta grasa. ¡He aquí de nuevo al narcisista con delirios de grandeza! Provengo de un linaje de obesos mórbidos. Eso es lo que soy. Pero la vanidad me puede. Antes me ejercito hasta la extenuación y hago todo cuanto detesto que ser el gordo que está en mi naturaleza. Mi disciplina había tomado las riendas. Ahora se trataba de trazar un plan. En estos casos debo convocar a una pequeña reunión a los miembros del comité que integran mi cabeza y repartir órdenes. «He aquí lo que vamos a hacer. Los pasos concretos que debemos realizar de cara a alcanzar nuestro objetivo son los siguientes».

No echaba de menos comer carne. Una vez hice trampas e ingerí un trozo diminuto de res que me provocó dolores y acabé vomitando. Fue como si se hubiera convertido en un veneno para mi organismo. Haber comido toda esa carne sólo había conseguido disparar mi agresividad. Los productos lácteos me hinchaban. Ahora comía muchas judías y Kiki me preparaba deliciosos batidos de frutas y verduras. Cuando me convertí en un vegano total, todos mis males desaparecieron. La presión alta, la artritis, la glucosa, ¡puf!, ¡adiós muy buenas! Había sido un muerto viviente, comiendo porquerías y fumándome unos puros dignos de Al Capone. Ahora seguía una alimentación sana y completaba tres horas diarias de ejercicios y de cardio. Soy una persona de extremos. El yoga o la aguja en el brazo. Lo uno o lo otro.

En octubre Oprah me ofreció aparecer en su programa. El DVD de mi documental se había lanzado en agosto, por lo que todo el mundo me insistía en que era una gran oportunidad de cara a promocionarlo. Yo tenía dudas porque acababa de empezar con mi dieta estricta y seguía enorme. Pero como nunca había acudido al show de Oprah, acepté. A lo largo de aquella entrevista no evitamos ningún tema —la muerte de Exodus, mi relación tempestuosa con Robin—, Oprah incluso sacó a colación a Kiki y a Milan. Cuando llegamos al asunto de mi mordisco a la oreja de Evander, Oprah se mostró de lo más animada.

—Cuando te disculpaste, ¿fuiste sincero? —me preguntó.

—No, no lo fui. No fui sincero, fui insincero y falso.

—Gracias por decirlo, puesto que al escucharte no me lo pareció. ¿Por qué lo hiciste? ¿Pensaste que debías?

—Probablemente. Todos los miembros de mi equipo me tenían harto. Les dije: «Ok, me disculparé». La verdad es que me sentí más ofendido por tener que disculparme de forma tan insincera. Siempre deseé tener la oportunidad de sentarme con él, hablarle, estrecharle la mano y simplemente decirle lo que pienso.

—¿Has hablado con él? —me preguntó.

—No, creo que, cuando coincidimos, a veces se comporta de forma suspicaz, ya me entiendes.

Tras la emisión del programa, Oprah se vio inundada de llamadas y cartas. Alguna gente estaba furiosa porque se hubiese invitado a un violador convicto, pero la mayoría de emails y llamadas fueron positivas y de respaldo. Entendieron mis orígenes y empatizaron conmigo. Evander llamó a Oprah para pedirle que organizara un programa en el que reencontrarnos. A Oprah le entusiasmó la idea y, una semana después, me encontraba de vuelta en Chicago.

Fue fantástico ver a Evander. Ambos procedíamos de lo más bajo y nos convertimos en boxeadores sólidos y queridos. Yo conté con la oportunidad de pedirle disculpas sinceras y los dos pudimos enseñarles a los más jóvenes que nuestra reconciliación era un ejemplo esperanzador de cara a que dejaran de matarse los unos a los otros en una espiral de violencia sin sentido.

A Oprah le llegó una reacción más. Robin llevaba tiempo lejos de los focos, por lo que llamó para protestar por el segmento de mi primera aparición, donde hablamos sobre ella. Oprah había emitido una grabación del programa *20/20* en la que se veía cómo Robin cargaba contra mí mientras yo guardaba silencio.

—¿Por qué te quedaste ahí plantado? —me preguntó Oprah.

—No lo sé, me sentí abrumado —le dije.

—¿Te sorprendió que dijera todas esas cosas?

—Sí. En ese momento sí que sentí verdaderas ganas de soltarle un puñetazo, pero no lo hice.

Todo el público se echó a reír tras escuchar este comentario.

Robin estaba que trinaba. Consiguió que Oprah la llevara al programa para rebatirme y relanzar su carrera. Yo andaba echándole una mano a todo el mundo.

Todos nuestros amigos nos llamaron para contarnos lo bien que habían estado mis apariciones en Oprah. Pero yo no tenía ánimos para verlas. Era tan consciente de mi peso que me habría deprimido demasiado.

De todos modos, fui constante con mi dieta vegana, seguí ejercitándome y, de forma lenta pero segura, empecé a desembarazarme de los kilos. A finales de enero de 2010 fui a un bar en el gueto de Las Vegas, me encontré a un amigo, una cosa llevó a la otra y acabé metiéndome algo de cocaína. Llevaba seis meses limpio. No sé por qué bajé la guardia y dejé entrar al diablo, pero el caso es que ocurrió. No tomé mucha, pero seguía siendo coca. Aquella noche regresé bastante pronto a casa. Kiki estaba despierta y de inmediato notó que me había colocado. Al contrario que en mis anteriores recaídas, no se puso a chillar ni a gritarme ni a maldecirme ni a amenazarme con coger al bebé e irse de casa. Se limitó a acostarse en la habitación de Milan. Yo me sentía tan mal que no paraba de hacerle visitas para hablar del tema. No quería decepcionarla y, sobre todo, no quería que Milan me viera nunca en un estado lamentable.

—Así que esta noche has tomado coca, ¿no es cierto? —me preguntó Kiki.

—Sí —le dije.

—Joder. Maldita sea, Mike, vamos. Debes volver a rehabilitación. Tenemos que acabar con esto.

—No, dame otra oportunidad, por favor —le dije. No quería regresar de ninguna manera a ese infernal centro de rehabilitación en forma de parque de caravanas.

—Te quiero ahí mañana por la mañana —insistió.

—Todo irá ok. Estaré bien. Sólo dame otra oportunidad.

Así lo hizo. Desde aquel día no he vuelto a probar una gota de alcohol ni a meterme una raya.

Seguíamos con nuestros problemas de liquidez. En febrero viajamos a Europa, donde di una charla en Inglaterra y acudí a un encuentro con el

público en Francia. En Suiza me pagaron por limitarme a aparecer por un club importante y dar un garbeo. Antes que eso fuimos a Italia, donde participé en su versión de *Dancing With the Stars*. Yo tenía mis reservas, pero no dejaron de subir las apuestas y necesitábamos el dinero. Cuando Kiki descubrió quién iba a ser mi pareja, no le hizo mucha gracia. Se trataba de una atractiva italiana que no paraba de flirtear conmigo. Una vez intenté sacarme el paquete de cigarrillos del bolsillo y me dijo: «Deja, lo hago yo», poniéndome nervioso al tocarme. Kiki podía ver nuestros ensayos detrás de un cristal polarizado y yo notaba sus ojos clavados en mí. Empecé a sudar y la chica intentó limpiarme el sudor con la mano. *Oh, mierda, mierda*, pensaba. No estaba interesado en esta señorita y me constaba que la mente de Kiki debía de haber entrado en ebullición dados mis antecedentes. Al final todo salió bien: sacamos adelante nuestro número sin tener que avergonzarnos de nada.

De regreso en Estados Unidos, participé en un capítulo de *Entourage*. Había coincidido con Jeremy Pevin en un club de Las Vegas mientras me encontraba conversando con Jamie Foxx, pero iba demasiado colocado como para acercarme a estrecharle la mano. Al cabo de un tiempo, recibí una llamada en la que me ofrecían aparecer en la serie haciendo el papel de un cliente del representante Ari Gold, descontento porque no le conseguía suficiente trabajo. Fue un cameo muy divertido y dos de mis hijos compartieron la escena conmigo y se lo pasaron en grande.

Todos los miembros del equipo artístico y técnico estuvieron fantásticos e hicimos buenas migas con Doug Ellin, el creador de la serie. Kiki y su hermano habían esbozado una idea para una serie de televisión en torno a un boxeador basado libremente en mí. Kiki la compartió con Doug y le encantó. *Entourage* enfilaba su recta final y andaba a la búsqueda de otro proyecto. Junto con otro experimentado guionista de televisión trabajaron en un capítulo piloto para la HBO que dirigió Spike Lee. Se tituló *Da Brick* y despertó mucho entusiasmo, pero al final la HBO desestimó el proyecto.

En julio me contrataron para que hiciera una aparición en el festival de cine de Kazajistán. Después organizamos una peregrinación a la Meca. Justo antes de partir, Kiki descubrió que volvía a estar embarazada. Habíamos estado hablando sobre el hecho de tener un segundo hijo. Yo

pensaba que sería bonito poder acompañarla a lo largo de todo el embarazo, algo que no había podido hacer la primera vez al encontrarse ella en prisión.

Sin embargo, las cosas no salieron bien en el festival. Acudimos ahí con motivo del estreno de una producción de los hermanos Weinstein para la que habían reclutado a unas cuantas celebridades. Kiki y yo tuvimos una pelea muy fuerte justo antes de pasear por la alfombra roja. Luego otra en el cocktail de bienvenida ofrecido antes del pase de la película. De ahí que, al acabar éste, Kiki se fuera directa al hotel y se metiera en la habitación de su madre.

Escasos minutos después, entré en la habitación.

—Mira, no quiero seguir casado contigo, ¿vale? —le dije.

—Bien, estoy de acuerdo —me dijo.

Kiki buscó un vuelo de regreso a Estados Unidos; encontró uno que salía al cabo de pocas horas. No llevábamos ni un día entero ahí y ya se volvía a casa junto a Milan y su madre. Creí honestamente que nuestro matrimonio no iba a funcionar.

De todos modos, seguía teniendo pendiente un peregrinaje religioso. Farid, mi viejo compañero de celda, volvía a trabajar conmigo; él también era musulmán, por lo que, a la mañana siguiente, partimos hacia la Meca. Yo tenía muchas ganas de realizar El Hajj, si bien no era el típico musulmán. Crecí en el catolicismo, igual que había hecho mi madre. Aunque no estuviera muy presente, mi padre era un bautista sureño y se aseguró de que tanto yo como mi hermana fuéramos bautizados. Yo tenía diez años cuando me bautizaron. Fue uno de esos rollos en los que te colocan las manos en la cabeza y le rezan a Dios y se supone que tú debes desmayarte. Yo no quería desmayarme.

—Si no te desmayas, significa que llevas al diablo dentro —me contó mi tía.

—Ni de coña voy a desmayarme —insistí.

—Mira, si no te desmayas, significa que llevas al diablo dentro y, por tanto, van a atarte a una pira y prenderte fuego —añadió mi hermana.

—¿Qué? —dije yo.

Apenas noté el contacto de los dedos del reverendo, me dejé caer como si me hubieran disparado.

Mis hermanos asistieron a un colegio católico de baja categoría. Creo que yo también aunque, fuera de los azotes en el culo que me propinaban las monjas, no me acuerdo de nada. No éramos súper católicos, pero yo básicamente hacía lo que me ordenaba mi madre. Si no hacías lo que debías, arderías en el infierno por toda la eternidad. Cómete el cuerpo de Cristo y podrás beberte un Kool-Aid. Yo no era más que un pobre bastardo negro esperando la llegada del Kool-Aid. Sólo sabía que la iglesia era aquel lugar al que podías acudir a rogarle a Dios que los chicos del barrio no te pegaran.

No tardé mucho tiempo en entender que todo aquello era una estafa. Los predicadores que conocía eran los tipos mejor vestidos en un barrio miserable, los que conducían los vehículos más flamantes y andaban cepillándose a las mujeres, hermanas e hijas de todo quisque. Todo el mundo los adoraba. El predicador continuaba siendo la figura más respetada. Hablábamos y nos reíamos de ella, pero cuando nos mandaba a algún sitio a hacer algo, nadie se negaba. Aquí radicaba su poder. Sabíamos que era un sucio cabronazo pero, cuando gritaba «En marcha», todos desfilábamos. Y eso porque, en el fondo, sabíamos que, de contar con su poder, haríamos exactamente lo mismo.

La gente me pregunta si el hecho de ver a tantos de mis amigos asesinados provocó que se tambaleara mi fe en Dios. No fue así. En la mayoría de los casos si uno de mis amigos fue asesinado es porque planeaba hacerle lo mismo a otro o hacerle daño. Ésa era una ley no escrita del juego. Cometer un error que pudiera costarte la muerte era un riesgo que debías tomar.

Es bien raro cómo desemboqué en el islam. De jóvenes mis amigos y yo solíamos apalizar y robar a los musulmanes por la calle. Los odiábamos.

—Jódete, qué haces hablando esa mierda como si fueras un negrata extranjero —les decíamos.

Así que ésta es la forma que tiene Dios de devolvérmela. Siempre acabamos convertidos en aquello de lo que nos burlamos. Algún día me llegará el turno y otro tipo a la caza de un musulmán me dará de hostias.

El islam comenzó a fascinarme a partir de ver a los musulmanes en prisión. Quería que mi paso por ella me sirviera para crecer, de manera que

siempre disfrutaba escuchando a las personas y aprendiendo cosas. Me encantó aprenderme la esencia del islam y comprometerme con ella, amar al mundo y a todas las criaturas del Señor. Por eso ya no mato halcones ni gavilanes. Solía dispararles mientras volaban o tenderles trampas cuando venían a por mis palomas. Pero luego me di cuenta que eran criaturas del Señor. Él las hizo así. Si amas a Alá, debes amar a todas sus criaturas. Me imagino que la mayoría de musulmanes pensarán que al cerdo lo creó Satán, pero yo lo veo como otra creación de Alá que es digna de amor. (Esto no significa que debas comértelo).

Así que fui abrazando el islam de forma progresiva. No fui de esos a los que les sobreviene una revelación. Simplemente fui tomando conciencia poco a poco de que un musulmán es el tipo de persona que yo soy. Trato a todo el mundo igual que deseo que me traten a mí. Cuando entré por primera vez en contacto con el islam en la prisión, me comporté de forma muy hostil, y me convertí en un musulmán demasiado extremista. Era violento en exceso y proyectaba toda esa violencia en mi religión. El islam no versa sobre la guerra, es una religión sobre la humanidad. Al principio no creí lo mismo. Era hostil. Si no creías lo mismo que yo, eras mi enemigo. Simplemente estaba enfadado con el mundo. Luego tuve que ponerme a investigar y a estudiar un poco y descubrí que aquella no era manera de conducirme. De aquí que me hiciera más humilde y servil, pues precisamente en eso consiste de verdad el islam. El islam es amor, paz y sumisión por todos los poros. Que te sometas pacíficamente no significa que seas débil, sino que te muestras humilde delante de Dios.

Una cosa que aprendí del islam es que cada uno de nosotros tiene una relación única e intransferible con Dios. Él no va a enviar a nadie al infierno por mis pecados. De modo que Dios y yo tenemos que tratar el tema de mi propia salvación. Si profundizas un poco, adviertes que todas las religiones hablan de lo mismo: de cómo debemos amar al prójimo. A mis hijos les gusta la Navidad. ¿Acaso les digo yo que es algo malo, que se trata de una festividad pagana, que nosotros no celebramos las festividades cristianas? No, lo que les digo es: «Ey, comprémonos unos regalos de Navidad para poder celebrarla cada día». Saben que yo soy Papá Noel. Me parece bien que les guste escuchar villancicos. Excepto mi familia y mi madre, todas las

personas que conozco son cristianas o judías. Si me presento en diez casas de mi ciudad, no creo que ninguna de ellas acoja un hogar musulmán. Pero cuando acudo a rezar, todo el mundo es musulmán.

Dicen que sólo los musulmanes accederán al cielo. Si llego al cielo y resulta que sólo hay musulmanes y ni rastro de los amigos a los que quiero, no pienso quedarme. Quiero ir a un sitio en el que pueda reírme y discutir con todos mis amigos y seres queridos, independientemente de su religión. No quiero estar en un cielo con un grupito de personas que creen en el mismo Dios, pero a las que no conozca. Quiero verme rodeado de gente de confianza, por mucho que contemos con diferentes dioses. El mundo es más grande que la religión que cada uno profesamos. ¿Cómo voy a estar a gusto si me paso todo el tiempo en el cielo rezando? Tengo las rodillas y la cabeza hechas un asco, no puedo ver a ninguno de mis amigos y me he de tirar el día entero comiendo cordero e higos. ¿Debemos contar con veinte billones de musulmanes en el cielo? ¿Con un trillón? En definitiva, no quiero ir al cielo si voy a estar solo. Hablo en serio, llevadme al infierno si eso significa que ahí encontraré a mis amigos, al lugar donde coincidiré con las personas que conocí y respeté en vida.

Algunas personas aseguran tener un conocimiento profundo de Dios. Yo sin duda que no. Para mí Dios es inconcebible. ¿Que fuimos creados a su imagen y semejanza? No podemos ni pensar que estamos a su mismo nivel. ¿Acaso Dios es un cerdo, un mentiroso, un pervertido? Eso es lo que somos nosotros. Somos adictos al sexo, adictos a las drogas, controladores enfermizos, manipuladores y narcisistas. Si Dios es así, estamos jodidos.

A veces pienso que esta vida no es más que una ilusión. Pienso que perdí una hija y, al hacerlo, parece como si ella nunca hubiera existido. Me digo: ¿qué fue de mi bebé? ¿Y de Cus? Pienso en él constantemente. Ambos fueron una parte muy importante de mi vida, los tengo siempre presentes en mis pensamientos. Cuantas más vueltas les doy a estos asuntos espirituales, más consciente soy de que no sé nada.

El concepto de Dios es demasiado complejo para mí. Cuando pienso en términos espirituales, abrazo la perspectiva musulmana. Simplemente no entiendo ni a la religión ni a Dios. Deseo hacerlo, pero no puedo. No voy a caer en eso de «Oh, sí, deja que tu mente crea y escucha las palabras que

suenan en tu corazón», porque las personas que guían ciegamente son ciegamente guiadas. Yo no voy a comprar esa gilipollez, que no cuenten conmigo. Puedes hacer que suene diferente, pero en el fondo estás siguiendo a alguien que no sabes si existe. Aunque te digas «No creo en las religiones organizadas. Lo mío es más la espiritualidad», ¿a quién pertenece el concepto de espiritualidad al que estás prestando atención? ¿A una espiritualidad autodidacta? Si este es el caso, tonto el maestro y tonto el alumno. Mira, la gente nos dice quién es Dios y nos la creemos.

Yo no puedo concebir lo que me dice la gente sobre de Dios. No rige mi penetrante alma. Pero debe existir algún tipo de diseño detrás de este universo. Puesto que el caos resulta abrumador, debe de haber una equilibrio que nos permita centrarnos en medio de esa atmósfera demencial. Sin embargo, la mayoría de las personas religiosas que acuden a la iglesia son explotadas por un negocio. Esto es lo que creo. En consecuencia, debo buscar mi propia salvación junto a Dios. Adoro el concepto de amar a Alá. No sé si es una realidad que esconde alguna verdad, pero es un concepto que me entusiasma y que considero positivo.

Acudir a la Meca y a Medina fue una experiencia increíble. Me sentí más cercano a mi fe si bien, en cierto modo, me molestaron las actuaciones de algunos de mis hermanos musulmanes. Apenas hube puesto un pie, empezaron a retransmitir mi visita con el fin de presumir de cómo el islam era mejor religión que el cristianismo u otros credos. La cosa no giraba en torno a mi conversión en una persona mejor, sino más bien en algo así como «Tenemos al Poderoso Mike Tyson haciendo El Hajj con nosotros». No les importaba como persona, sólo pensaban en sus intereses publicitarios. Yo no era más que un negrata estúpido al que usar, lo mismo que he sido a lo largo de toda mi vida.

—Haremos que América sepa que eres un buen musulmán —llegaron a decirme.

En mi cabeza me decía: *Mierda, si no fui un buen cristiano, ¿cómo voy a ser un buen musulmán?*

La religión debe estar dentro del individuo, no el individuo dentro de la religión. Resultó casi infantil ver a todas aquellas autoridades en el islam sacando pecho en plan «Mi profeta es mejor que el tuyo».

Pese a los intereses políticos, me sentí a gusto. Cualquiera lo habría estado. Cuentos de miles de personas, todas vestidas iguales, reunidas para venerar y mostrar humildad. Me hallaba en paz, por lo que estaba en armonía.

Acudir ahí me ayudó a aclararme las ideas y a pensar en términos islámicos. Me ayudó a centrarme en lo que debía hacer al regresar a casa. En cómo conducir mi vida. No tenía que hacerlo necesariamente según los principios del islam, sino aspirar a una mayor pureza, libre de drogas y de dramas. Supuso una profunda recarga de mis pilas espirituales. Había estado necesitando aquel viaje.

En El Hajj descubrí que jamás podría ser un buen musulmán en el sentido más estrictamente piadoso de la palabra. Cargaba con una mochila demasiado pesada. Lo que sí podía hacer era escuchar las lecciones del Profeta y procurar conducir mi vida por el sendero que abrían. Juzgar a la gente de acuerdo a la bondad que anida en sus corazones. Me resulta muy complicado ser así. Si practicas el islam en su forma más pura, eres un felpudo. Yo no quiero esa vida para mí. Esto trasciende el ser piadoso, supone ser humilde. Y ninguno de nosotros puede ser realmente humilde. Basta mencionar la palabra «humilde» para demostrar que no lo eres. El ser humano no está hecho para ser humilde, está hecho para que lo hagan humilde.

No pude ser humilde cuando me empujaron hasta el principio de la fila para que besara la roca negra. La piedra en sí es el pilar oriental de la Kaaba, la ancestral construcción en piedra de la Meca en cuya dirección rezan todos los musulmanes repartidos por el mundo. En La Hajj debes dar siete vueltas en torno a la piedra e intentar besarla. Sin embargo, se concentra tal cantidad de peregrinos que muchos de ellos no han conseguido besarla, a pesar de llevar toda su vida acudiendo a la Meca. Yo le estampé cuatro besos en media hora. Una vez me encontré ahí, apartaron a la gente, como si se tratara del Mar Rojo, para conducirme hasta ella a besarla. Apartaron a muchos hombres piadosos para que yo pudiera tocarla con mi repugnante y enferma boca de cocainómano. Me hizo sentir fatal.

Pretenden que nos sintamos mejor que el resto y que amemos la religión. Pero cuando le toca el turno a tipos como yo, me pregunto: «¿Permitís que pasemos por delante de tantas personas bondadosas? Yo no quiero formar parte». Parafraseando a Groucho Marx: «Me niego a pertenecer a un club que acepte a miembros como yo».

Me supo mal que Kiki no viniera a completar su El Hajj. Después de que abandonara Europa, permanecimos varias semanas sin hablarnos. Ambos sentíamos que aquello podía tratarse del final de nuestro matrimonio. La llamé desde la Meca todo arrepentido y convenimos en afrontar el problema e intentar solucionarlo.

En el fondo de su corazón, Kiki es cristiana: la educaron así. Sus características son características cristianas. Su madre se casó con un imán y ambas tuvieron que adaptarse al cambio radical que supuso llevar velo. Kiki es partidaria del amor libre. Quiere conectar con todo el mundo, pero conserva su mentalidad islámica. De todas maneras, en tanto que afroamericana no piensa tolerar que su marido tenga cuatro mujeres, tal y como lo autoriza el Corán.

En diciembre viajé a Asia con Farid. Me habían nombrado embajador pugilístico de China. En China me comporté como un angelito. Se me acercó un tipo a decirme que era el encargado de suministrarles hierba a todas las estrellas que aterrizaban en el país.

—No debes ser mi amigo —le dije—. Seguramente intentas tenderme una trampa. Ya debes saber que, si te fumas un canuto aquí, te matarán.

Después de China puse rumbo a Bangkok para participar en *Resacón en Las Vegas 2*. Antes de que el rodaje echara a andar, ya había saltado la polémica. Mel Gibson había firmado un contrato para realizar un cameo interpretando a un artista del tatuaje de Bangkok, pero Zach y otros miembros del reparto fueron a hablar con Todd y lo convencieron para que lo apartaran de la película. Yo no habría ido tan lejos. Había coincidido con Mel Gibson y conmigo fue todo un caballero. Por descontado que su diatriba antisemita a resultas del alcohol fue deplorable, pero yo nunca me apresuraba a juzgar a nadie. Cuando me pidieron una declaración sobre su

despido, no pude decir más que: «Todos tenemos a un tipo así —a un Mel Gibson— dentro de nosotros».

Kiki estaba en un estado de gestación demasiado avanzado para acompañarme al rodaje, lo que supuso una pena, ya que le habría encantado Tailandia. Todo era precioso. Rodamos mi escena en una isla, donde disfruté de una habitación enorme y con unas vistas espectaculares al mar en el Four Seasons. De camino al hotel desde el aeropuerto, un elefante surgió de la nada para cruzar por la carretera delante nuestro. A esas alturas había perdido cuarenta y cinco kilos, de modo que aguardaba con ilusión el rodaje de la escena culminante en la que me ponía a cantar *One Night in Bangkok*. Las circunstancias no podían ser más distintas a las de mi primera experiencia con Todd y el resto de actores. Ahora estaba completamente sobrio y disfrutando de cada minuto en el plató. Antes, bajo los efectos de las drogas, me había pasado todo el rato pidiéndole a la gente que me rodeaba que me trajera cosas. Esta vez prácticamente no abandonaba la habitación a menos que me necesitaran. Todd y los demás probablemente se pensaron que era un capullo que andaba por ahí lamiéndoles el culo, pero lo cierto es que les estaba sumamente agradecido por todo lo que habían hecho por mí. Oh, Dios, a esos tíos les debo muchísimo.

De regreso en Las Vegas, me pasé la mayor parte de enero con Kiki, aguardando la llegada de nuestro hijo. Habíamos superado el bache y nos llevábamos muy bien. A las veintisiete semanas, Kiki había sufrido contracciones, por lo que los médicos la tenían en reposo absoluto y bajo medicación, al tiempo que una vez a la semana debía acudir a que le hicieran al bebé un chequeo cardíaco. La acompañé a todas las citas y no dejé de acariciarle la barriga. Disfrutaba de veras estando con Kiki. Y quería ser un buen padre. No sabía si estaba hecho para ello, pero el deseo era sincero. El parto tuvo que ser inducido, por lo que nos registramos en el hospital la noche del 24 de agosto. Nuestro hijo Morocco llegó en torno al mediodía del día siguiente. Abandoné el hospital la misma noche que llegamos, sobre las cuatro de la madrugada, para ir a casa, ejercitarme y cambiarme. Me puse de punta en blanco y regresé.

—Tienes buen aspecto —me dijo Rita.

—Es una ocasión muy especial. Hoy va a nacer mi hijo —le dije.

Me encontraba en la habitación cuando salió. Me senté a la vera de Kiki porque ninguno de los dos queríamos que estuviera frente al canal de nacimiento. Permanecí a un lado y, siempre que Kiki miraba en mi dirección, le dedicaba una gañota. No podía creerme lo nervioso que estaba. Al fin llegó con un peso de 3 kilos y 968 gramos. Fue un bebé guapo desde el minuto uno.

Ese mismo año volvió a sonreírme la fortuna. En junio entré en el International Boxing Hall of Fame. Jamás pensé que me incluirían en él. Gozaba de tan mala reputación que no le gustaba a nadie en el mundo del boxeo. Había tipos que habían empezado a combatir después que yo y que ya formaban parte de él, de modo que imaginé que a mí nunca me llegaría semejante honor. Supe lo que debieron sentir aquellos viejos luchadores. Sin techo, arruinados, aguardando día tras día una llamada que podría no llegar nunca.

En febrero mi teléfono sí que sonó y el tipo al otro lado de la línea me dijo: «Acaba de ser escogido en una votación para entrar en el Hall of Fame». Al acabar la llamada, colgué y me eché a llorar. Llevaba toda la vida obsesionado con el boxeo. Solía acostarme acunando mis guantes. Era todo cuanto deseaba ser. Ahora me resulta tan estúpido que pensara que iba a convertirme en un gran luchador, uno al que el mundo aún no había tenido la ocasión de conocer, un nuevo Aquiles. Mi arrogancia, mi ego se desmadraron tanto que tuve que acallarlos. Me empujaron hasta conseguir muchas cosas, pero tuve que silenciarlos porque deseaba conservar a mi familia.

Pero siendo honestos, y no desde una perspectiva egoísta sino partiendo de cuanto sé sobre la historia de este deporte, va a ser difícil que vuelva a surgir alguien capaz de generar tanto dinero y beneficios como hice yo en mis tiempos. Los boxeadores actuales no entienden este deporte, no saben cómo entretener al público, les falta erudición para examinar el pasado, no sólo de cara a familiarizarse con los luchadores, sino para averiguar de quiénes se rodeaban. Gene Tunney y Benny Leonard frecuentaban a George Bernard Shaw. Mickey Walker y Harry Greb a Hemingway.

Independientemente de lo que dijeran —«Mike Tyson es horrible, es un holgazán»—, yo representaba a las viejas glorias. Jamás permití que la

gente se olvidara de ellos. Cuando golpeaba a un tipo con uno de los golpes que había aprendido de Benny Leonard o Harry Greb, estaba reconociendo sus méritos. Individuos como Joe Gans, Leonard y John L. Sullivan fueron pioneros y los pioneros siempre merecen nuestro agradecimiento. Convirtieron el boxeo en un arte.

Me alegraba haber sido escogido, pero tenía mis dudas sobre si acudir o no a la ceremonia. Probablemente seguía un poco resentido porque me hubieran tenido relegado. Mi amigo David Malone vino a verme a casa y me soltó un pequeño discurso.

—Escucha, tío, esto es un jodido honor. No estás haciéndolo sólo por ti, también por Brownsville y por todo el barrio. Supone un gran logro. Viniendo del barrio, conseguiste llegar hasta el Hall of Fame. Mueve el culo y hazlo.

Llevaba razón. Cuando estaban presentádome sobre el escenario, pensé en Cus. Cuando tenía catorce años, no dejaba de preguntarle: «¿Crees que algún día entraré en el Hall of Fame?». A Cus lo maravillaba mi entrega a todo lo que tenía que ver con el boxeo. Solía decirle a todo el mundo: «Jamás he visto a nadie que muestre más entusiasmo por el boxeo que este tipo». Me conocía la historia del deporte al dedillo. Sabía que la mayoría de los boxeadores a los que había visto habían acabado arruinados o en la indigencia o ejerciendo trabajos de poca monta. Sabía que me aguardaba el mismo destino, pero seguía queriendo formar parte de su fraternidad. Por mucho que hubieran muerto o estuvieran seniles, la gente continuaba hablando de ellos en las peluquerías.

Cuando se practica correctamente, no existe otro deporte en el mundo igual de apasionado que el boxeo. Quieres pelear contra tu hermano o contra tu padre, porque la única persona a la que apoyas es a ti mismo. El boxeador es tu barómetro absoluto con respecto a todo lo que sientes y piensas. Hoy en día las artes marciales mixtas son más populares que el boxeo porque en las jaulas uno asiste a muchísima pasión. Los boxeadores ya la han perdido. Ningún boxeador cuenta con carácter suficiente para decir: «Los dioses no sólo me dan y me quitan, sino que llegará el día en que reinaré junto a ellos». Les faltan huevos para soltar algo así, pertenecen a unos tiempos demasiado insustanciales para entender cuál era mi realidad.

Temen que, si lo hacen, fracasarán y la gente se reirá de ellos. Esto explica que los boxeadores actuales no merezcan todo nuestro respeto: temen abrazar con fuerza la auténtica grandeza. Miran al boxeo y sólo ven un cheque, no algo noble. Desean el dinero y la adulación. Yo deseaba la adulación y la inmortalidad.

Lo que hace excitante a un boxeador es su habilidad y voluntad de infligir daño a su rival. Así se consiguen grandes peleas y superestrellas. Cuando estaba sobre un cuadrilátero, me visualizaba como un animal. Igual que un perro de pelea en un foso, mi cometido era entretener al público. Cuanto más rápido hería a mi contrario, más me adulaba la multitud. De esto me alimentaba. Hoy no sueñan con herir a sus rivales. Asistimos a la debilitación del boxeo. Tipos como Sugar Ray Robinson o Rocky Marciano estaban dispuestos a morir por el cinturón, si se lo querías arrebatar debías matarlos.

Son muchas las voces que se han alzado proclamando la muerte del boxeo. A mí me parece prematuro. El boxeo regresará, creedme. Lleva alrededor de doscientos años legalmente en circulación. No va resultar fácil que muera. Tenemos que esperar a que surja el próximo luchador de los pesos pesados realmente grande. Cuando lo haga, no podremos apartar lo ojos de él.

A finales de junio, Kiki y yo decidimos renovar nuestros votos. Fue idea mía. Nunca tuvimos una boda propiamente dicha. Mi cumpleaños era a finales de junio y el suyo a mediados, de modo que se me ocurrió invitar a la gente a una doble celebración. Una vez ahí, los sorprenderíamos con una boda. Al principio teníamos la intención de invitar a unas 25 personas, pero la cosa se acabó disparando hasta las más de 250. Alquilamos una sala de fiestas en el M Resort de Las Vegas, a escasos minutos de casa. Kiki contrató a un fantástico organizador de bodas. Montamos un cocktail de bienvenida del que nos escabullimos tras apenas diez minutos con el fin de ponernos la ropa nupcial. Rita aprovechó el momento para dirigirse a los presentes.

—Me consta que habéis venido aquí creyendo que era una fiesta, pero lo cierto es que Mike y Kiki van a renovar sus votos —dijo.

Acto seguido, se descorrió un telón tras el que apareció un precioso sendero que desembocaba en el lugar de la boda. La multitud se volvió loca. Y, justo antes de recorrer el pasillo, nos enzarzamos en una pelea estúpida.

Estábamos escondidos en la parte de atrás, listos para entrar en escena, y Kiki iba diciéndome: «Cierra la puta boca». A lo que yo le respondía: «Que te jodan. Cierra tú el puto pico».

—No quiero casarme contigo —me dijo.

—Yo tampoco —le respondí.

Sólo eran los nervios. Uno no se hace a la idea de los nervios que va a pasar al tener que pronunciar sus votos delante de mucha gente. Yo había estado casado en dos ocasiones, pero para ambos suponía nuestra primera boda oficial.

Pese a todo, llevamos a cabo la ceremonia y luego ofrecimos una recepción muy agradable. Más tarde Kiki y yo volvimos a pelearnos. Así que en nuestra segunda noche de bodas yo acabe durmiendo en el sofá de la suite, mientras Kiki se quedaba con la cama. No parábamos de protagonizar estos encontronazos absurdos, ambos éramos demasiado impetuosos. A la mañana siguiente, las aguas habían vuelto a su cauce y regresamos a casa.

Me alegré de que nos reconciliáramos porque Kiki y yo llevábamos un tiempo trabajando en un nuevo proyecto para mí. Tras ver cómo la HBO desestimaba nuestro capítulo piloto, decidimos intentar otra cosa. En octubre de 2009 fuimos al Hotel Venetian a ver a Chazz Palminteri protagonizar su espectáculo en solitario *A Bronx Tale*. Kiki y yo alucinamos con su talento para mantener a todo el publico cautivado durante una hora y media sin ayuda de nadie.

En el camino de vuelta a casa me sentía inspirado.

—Guau, esto es casi lo que yo hago cuando estoy por Europa o Asia —le conté a Kiki—. La gente me lanza sus preguntas y yo me tomo tanto tiempo en responderlas que el resto de los asistentes se enfada porque no tiene la oportunidad de lanzar las suyas. Resulta divertido. Odio mirarme a mí mismo, pero me encanta hablar de mí mismo. Creo que puedo hacerlo. Pero, cariño, mi espectáculo va a revolverles las tripas.

A Kiki le emocionó mucho la idea. Al llegar a casa se puso de inmediato a escribir unas pocas páginas que sirvieran de introducción al

show. Las leí al día siguiente y me parecieron fantásticas. Había escrito exactamente lo mismo que yo habría escrito.

Sin embargo, el proceso se reveló largo y arduo. Kiki quería que nos sentáramos a escribir y yo intentaba darle esquinazo, porque me resultaba doloroso hablar sobre los altibajos de mi vida personal.

Solíamos acudir a hacernos masajes en pareja al M Resort y un día la masajista nos entregó la tarjeta de un tipo de Nueva York llamado Adam Steck que tenía proyectos en Las Vegas. Le había pedido que nos dijera que estaba interesado en producir un espectáculo conmigo. Lo llamamos para invitarlo a casa a explicarnos la idea. Fue pura serendipia, puesto que ya habíamos empezado a trabajar en nuestro propio show. Adam había producido grandes espectáculos en hoteles como *Thunder from Down Under* y uno con *drag queens* titulado *Divas Las Vegas*. Adam aportó un director llamado Randy Johnson. Kiki escribió el guión completo, pero a Randy le concedieron la coautoría en consideración a su renombre. A principios de 2012 teníamos listo el espectáculo.

Lo representamos durante una semana, entre el 13 y el 18 de abril, en el MGM Grand. Me lo pasé pipa sobre el escenario. Yo no cargaba con toda la responsabilidad. Contábamos con un cantante de jazz y una banda de rock en directo. Tocaban el tema de apertura y luego me presentaban para delirio de la concurrencia. Yo arrancaba con mi monólogo, pero el pianista de jazz permanecía sobre el escenario, de modo que interactuábamos el uno con el otro. La banda interpretaba *Midnight at the Oasis*, si bien le cambiamos la letra para que fuera *Midnight at the Ho-asis* y la gente no paraba de bailar. Yo era la bomba sobre el escenario, un auténtico Wayne Newton de raza negra. Hablaba de cosas tristes de mi vida, pero con una actitud desenfadada. Estaba en Las Vegas, tenía mi propia banda y lo petaba.

El espectáculo recibió críticas entusiastas. Soñábamos con la posibilidad de salir de gira por el país y quizás hasta llevarlo a Broadway. Al día siguiente de concluir el espectáculo, Kiki y yo volamos al Reino Unido para una de mis charlas con firma de autógrafos. A continuación, fuimos a Polonia porque tenía un compromiso publicitario con una empresa de bebidas energéticas. Mientras me encontraba en Polonia, recibí una llamada de Spike Lee. A un miembro de su equipo le había encantado el

espectáculo. Por eso Sipke se había puesto en contacto con el productor Jimmy Nederlander, el cual quería llevarlo a Broadway bajo la dirección de Spike. En junio arrancamos los ensayos y en agosto ofrecimos diez actuaciones en Broadway.

La versión de Spike era mucho más oscura que la de Las Vegas. Spike quería que fuera descarnada, un auténtico espectáculo en solitario, yo con la única compañía de unas dispositivas y unos segmentos musicales pregrabados. De hecho, yo prefería la primera versión, pero el público pareció disfrutar también con la dirigida por Spike. En 2013 nos fuimos de gira con ella por todo el país.

Subirme a un escenario a desnudar mi alma no es como subirme a un cuadrilátero a boxear. No puedo esperar a hacerlo, pero me asusta de la muerte. Soy como un caballo de carreras preparado para salir disparado tan pronto abran la cancela. Cuando lo hago, controlo la situación y no la controlo. Debo tirar de las riendas para evitar hablar demasiado rápido. No nací para ello, pero he aprendido a amarlo. Igual que ocurre con el resto de aspectos de mi vida, Cus tuvo una gran influencia en el espectáculo. Heredé su habilidad para contar historias. No soy ni de lejos tan bueno como él, pero poseo la habilidad gracias a que Cus me entretenía con historias pugilísticas de alcance épico, relatos legendarios llenos de aventuras y traiciones.

Siempre he reverenciado profundamente los grandes logros. El dinero nunca significó nada para mí, pero las historias sobre grandes logros siempre me inspiraron a la hora de dar lo mejor de mí en las ocasiones importantes. Entretener al público no se me da con la misma naturalidad que el boxeo. Odio lo que la actuación me obliga a hacer, pero adoro lo que me hace sentir. Sería capaz de hacer casi cualquier cosa con tal de lograr entretener a alguien.

Enfoqué el mundo del espectáculo del mismo modo en que Cus me enseñó a enfocar el boxeo. No debes involucrarte emocionalmente con la persona que hay encima del escenario. Debes carecer de emociones y, al mismo tiempo, entregarte con la máxima pasión. Todos los problemas de mi vida han partido del hecho de creerme con derecho a cosas por ser Mike Tyson: bellas mujeres, coches chulos, mansiones. Ahí es cuando me metía

en líos. Las emociones siempre me han dominado en exceso. Y las emociones no tardaron en transformarse en delirios. Desde que conocí a Cus, me he pasado toda la existencia intentando trascenderme a mí mismo.

Pero resultaba imposible mantener esa fachada cuando llegaba el momento del espectáculo dedicado a hablar de Exodus. He pasado más tiempo a solas con Exodus que con ninguno de mis otros hijos. La conozco muy bien. Era un verdadero espíritu libre. No pasa un día sin que me deshaga en lágrimas por mi ángel. Durante el espectáculo, llevaba un pinganillo por el cual recibía indicaciones de Kiki desde el *backstage* cuando así lo precisaba. Al llegar el turno de hablar de Exodus, proyectaban una preciosa fotografía suya en una pantalla gigante. Kiki no cesaba de repetirme: «Date la vuelta y mira la foto». Pero de haberlo hecho no habría sido capaz de proseguir con el espectáculo.

A principios de 2013 aparecí en dos reputadas series de televisión. El 6 de febrero emitieron mi participación en la serie *Ley y orden*. Yo interpretaba a Reggie Rhodes, un asesino en el corredor de la muerte que obtiene un indulto tras testificar contra su voluntad que el hombre al que mató lo sometió a abusos sexuales cuando era un niño. Estaba emocionadísimo con este papel. Por una vez no me interpretaba a mí mismo. Los de maquillaje requerían de una hora para taparme el tatuaje. Trabajar al lado de actores tan magníficos suponía todo un privilegio. Sin embargo, antes de emitirse el capítulo, saltó una nueva polémica.

Una mujer empezó una campaña en internet por la que solicitaba a la cadena NBC que cancelara su emisión o cortara mi participación, alegando que era un violador convicto. Atrajo mucha atención y a su solicitud se adhirieron más de seis mil personas, incluyendo la estrella de la serie *NCIS* Pauley Perrette. Mi publicista me sugirió que ofreciera un comunicado de respuesta.

—Lamento que esa señora tenga una opinión diferente, pero está en su derecho. Lamento que no esté contenta, pero yo no violé a nadie ni hice nada parecido y esta señora no se encontraba ahí para saber si ocurrió o no. No hago bromas con ello. No intento hacerme rico ni famoso. Sólo pretendo alimentar a mi familia. ¿A quién debería importarle? Llevo cinco

años limpio y sobrio. Durante todo este tiempo no he incumplido ley alguna ni cometido delito alguno. Sólo intento tirar adelante con mi vida.

Ésta fue mi respuesta de negro amaestrado. Lo que realmente pensaba era que llevaba diez años sin un céntimo. Tenía una familia a la que alimentar y mantener. No iba a hacerme rico gracias a mis apariciones especiales en series de televisión. ¿Qué quería esa gente, que me muriera? ¿Cómo iba a ganarme la vida? Si no puedo hacer un trabajo normal, ¿pretenden que me pase al porno?

Por suerte, el creador de la serie no se dejó intimidar por las presiones. Dick Wolf emitió un comunicado.

—Los invito a que vean a Ed Asner, Andre Braugher y a nuestra estrella invitada Mike Tyson en el episodio «The Monster's Legacy» de *Ley y orden* el miércoles 6 de febrero a las 21 horas en la NBC. En mi opinión, uno de los episodios más potentes que hemos rodado en los últimos cinco años, pues se centra en lo que puede ocurrir cuando emitimos juicios rápidos impelidos por las emociones.

También agradecí que mis amigas del reparto femenino de *The View* defendieran mi derecho a trabajar.

Mi otra aparición no tuvo nada de polémica. Me interpreté a mí mismo en un episodio de *Cómo conocí a vuestra madre*. Fue una experiencia increíble. La serie estaba en manos de un grupo de damas fantásticas que generaron una experiencia absolutamente familiar. Todos los guionistas, productores, hasta los guardias de seguridad y el equipo de la limpieza, llevaban muchos años trabajando juntos. Las mujeres son capaces de darle un toque a las cosas que a los hombres se les escapa. Trabajar ahí fue como formar parte de un enorme rompecabezas del que cada uno representaba un pedazo y todo fluyó armónicamente. Me lo pasé en grande. Escuchad, no sé si soy un buen actor, pero sé que me encanta interpretar y que surgirá algo positivo de ello.

La gira nacional de *Mike Tyson - Una Verdad Indiscutible*, mi espectáculo en solitario, arrancó el 13 de febrero de 2013. Por una coincidencia bien extraña, la noche del estreno tuvo lugar en Indianápolis. Yo estaba muy asustado por regresar al lugar en el que había permanecido encarcelado tres años. Me sentía dentro de una fábrica de odio. En el

camino del aeropuerto al hotel y en el momento de registrarme en éste, noté un peso sobre mi cabeza, una marcada sensación de incomodidad. El día previo al espectáculo, acudí a la prisión. Era algo que debía hacer. Parte de mi acuerdo con Alcohólicos Anónimos consiste en buscar el perdón de gente a la que en el pasado ofendí con mi mala conducta y, durante mi estancia en aquella cárcel, no fui más que un animal y un capullo.

Me sorprendió descubrir que el alcaide Slaven seguía trabajando ahí. Durante mi estancia, había ejercido de ayudante del alcaide y ahora se había encaramado a lo más alto. Lleva cuarenta y cuatro años trabajando en esa cárcel. Slaven era un tipo maravilloso. Venía a verme al agujero y se pasaba horas hablando conmigo y haciéndome compañía. Al reunirnos de nuevo, estrechamos el vínculo. Me explicó que, al seguir empleado ahí, no podía estar en contacto conmigo, pero que en breve se jubilaría y saldría a mi encuentro. No parecía el mismo. Ahora tenía el pelo blanco. Había adelgazado un poco. Su energía, de todos modos, continuaba siendo asombrosa. Es un cristiano auténtico: cuando entra en una habitación, puedes percibir claramente su espiritualidad.

Al abandonar la prisión, me eché a llorar. No creí que reaccionaría así, pero sentí como si me hubiera quitado un gran peso de los hombros. Me di cuenta de que no tenía problemas con la ciudad, sino con la prisión. Fue como si ver a Slaven me hubiera purificado. Fue increíble, no sospechaba que a esas alturas de mi vida me aguardara una sensación semejante.

Una de las cosas que aprendí tras completar mi gira fue que lo único que sé hacer es entretener a la gente. Adoro actuar, ya sea frente a diez mil personas o cinco. No me resulta fácil porque soy de naturaleza tímida. Ya de niño sentía la necesidad de actuar. Pero cuando intentaba hablar, algún grandullón me soltaba una patada y me decía: «Cierra la puta boca, negro». Sin embargo, Cus me incrustó la idea de que mi misión consistía en entretener.

—Si me escuchas, cada vez que entres en una habitación la gente será incapaz de apartar los ojos de ti. Aspirarás todo el aire que haya —me decía. Me hacía sentir como un pavo real.

Me consta que nunca más voy a encender la televisión y encontrarme con que el programa *Action News* anuncia que: «Mike Tyson acaba de

firmar un contrato multimillonario…». Esto es cosa del pasado. Pero sí que puedo continuar entreteniendo a la gente. No ganaré mucho dinero, pero haré lo que me entusiasma. Y cuando uno hace por amor lo que le entusiasma, ocurren cosas buenas.

Cuando echo la vista atrás a mi vida, me resulta difícil creerme la dimensión de mi celebridad en el pico de mi fama. Yo era diferente al resto de las grandes estrellas, porque aportaba extravagancia. No era más que una criatura inmadura, superado por las circunstancias. Durante la mayor parte de mi carrera pugilística, me sentí parte de un circo de *freaks*. Más adelante me sentí directamente un *freak*. Me alegro honestamente de no tener que vivir más de esa manera. Estoy reinventándome a mí mismo, como ahora se dice. En vez de llenar estadios con un aforo para setenta mil personas, protagonizo veladas más íntimas. Quizás Dios esté otorgándome lo que sí puedo manejar.

Antes cuanto deseaba era el glamour y la gloria. De ahí que dilapidara el dinero. Sólo deseaba la gloria, la gloria, la gloria. Uno convierte la conquista del honor en su único objetivo, pero con el transcurso del tiempo te das cuenta de que el honor no puede conquistarse, sólo perderse. Más adelante me sobrevino esa epifanía de que todo lo que sabía era mentira y que debía volver a empezar. Debía respetar a mi mujer. No podía referirme a las mujeres como «zorras» y a los tíos como «negratas». No podía tener cuarenta y cinco novias y estar casado. ¿Cómo demonios llegué a hacerlo? Quizás sea posible si eres alguien que pasa desapercibido, pero yo en esos momentos era el campeón del mundo. ¿Tenéis la menor idea de lo que comportaba aquello? Debía enfrentarme constantemente a embarazos, abortos, enfermedades. Una me provocó gonorrea. Otra mononucleosis. Chapoteaba en un gigantesco pantano del Nilo infestado de virus.

Cuando jamás has tenido nada, tiendes a acumular cuando sí puedes. Pero a medida que te haces mayor, descubres que la vida no gira en torno a acumular, sino en torno a la pérdida. A más edad, más pérdida. Perdemos cabello, dientes, seres queridos. Con suerte estas pérdidas nos enseñan a ser

fuertes y podemos transmitirles nuestra sabiduría a las personas que nos importan.

He traído muchas cosas malas a la gente. De joven era muy egoísta. Era el primero en decir: «Dispara a ese hijo de puta, ese negrata merece morir». Veía a tipos desangrándose en el suelo y me echaba a reír. Al reencontrarme con mis viejos amigos de Brooklyn, les pregunto: «¿Os acordáis cuando jodimos a gusto a aquel tipo que intentó matarnos ese día?».

Mis amigos me responden: «A la mierda con eso, Mike, ahora estamos aquí».

Quizás se pensaban que llevaba un micro. No les gusta hablar sobre las cosas que solíamos hacer. Mi amigo Dave Malone siempre me decía: «Mike, por el amor de Dios, ahora estamos aquí».

Estoy tan contento de haber dejado a ese individuo atrás. Ahora soy 100% compasivo. Y no me refiero a un rollo religioso. No creo en eso de confesar tus pecados para ganarte un sitio en el cielo. No creo en la vida eterna. Este mundo lo es todo. Tiene sentido hacer el bien en este mundo por tu propia existencia moral. Hacer el bien sienta mejor que hacer el mal. Creedme, si alguien lo sabe, ése soy yo. He salido impune de cometer muchas maldades. No te aportan ninguna satisfacción, éstas sólo llegan haciendo el bien.

He alcanzado un punto en mi vida desde el que sé perdonar. Ya no siento rabia como antes. En el pasado nunca entendí la pérdida de tiempo que supone. Ya no odio a Bill Cayton o Jimmy Jacobs por lo que me hicieron. Juntos pasamos momentos fantásticos y me ayudaron en mis inicios, por los que debo estarles agradecido. No hay nadie que guarde más resentimiento hacia Mike Tyson que yo mismo.

He gozado de una vida extraordinaria: cosas buenas, cosas malas, cosas horribles, cosas no tan horribles, cosas muy horribles. Ni siquiera le guardo rencor a Don King. Me ha llegado que no está bien de salud. Yo estoy escribiendo un libro. Esos tipos se pensaban que a estas alturas estaría muerto o chalado. Ni en un millón de años se habrían imaginado que ahora me encontraría contando la verdad sobre ellos. Confiaban en que sus mentiras morirían con ellos.

Sigo teniendo mucho trabajo por delante. Debo intentar quererme de verdad. No a un nivel superficial del tipo «Soy muy grande», sino analizarme en profundidad. Ello va a requerir grandes dosis de lucha, grandes dosis de reflexión y grandes dosis de terapia. No puedo infravalorar el papel que ha jugado la terapia a la hora de cambiar mi vida. Cuando pienso en Marilyn y en todos los médicos y terapeutas que me han asistido en los diversos centros de rehabilitación, siento una deuda de gratitud eterna. Marilyn me llevó a un lugar que nunca podía haber alcanzado por mí mismo. Quizás aún no tenga ambos pies en él, pero me condujo a un lugar en el que poder vivir y sobrevivir a toda la confusión que me rodeaba. Todavía tengo pendientes algunos flecos mentales y emocionales, pero estoy aprendiendo a vivir y a ser feliz en este mundo, mientras que antes no había podido ser jamás feliz ni con cien millones de dólares. Era capaz de repartirlos, pero no lograba una mierda. Ahora no poseo ni el 1% de ese dinero, pero sí que logro cosas. Marilyn me visualizó convertido en un hombre respetable, rodeado de mi familia, casero. Antaño no había manera de retenerme dentro de casa.

Cuando eres un crío sobrado de dinero y de mujeres, Dios no es una prioridad en tu vida. Al hacerte mayor, te das cuenta de que, desde un punto de vista espiritual, tu vida ha sido una pérdida de tiempo. Jamás hiciste nada por ayudar a la comunidad. Necesito ser de utilidad antes que participar en actos promocionales con los que recolectar dinero. Tras mis apariciones me siento sucio. La gente se me acerca para decirme: «Eras muy grande. ¡Eras mi héroe!». No, no lo soy. Soy una porquería. Soy una ruina. Pero ahora quiero compensarlo, devolver el favor de alguna manera. No pretendo ofenderte si sientes algún tipo de veneración por mí, lo único que ocurre es que soy muy superficial y simple, de ahí que desee hacer cosas buenas y ayudar a la gente.

Kiki y yo fundamos una organización benéfica llamada Mike Tyson Cares (A Mike Tyson le Importa). Ofrecemos recursos a niños de hogares desestructurados, pero ahora quiero concentrarme en su salud mental. A los niños no les puedes dar la oportunidad de luchar, si antes no les provees de una mentalidad luchadora. Yo sé lo que significa que te diagnostiquen erróneamente a una edad muy temprana y que te den una medicación capaz

de matarte. No ocurre exclusivamente con los niños. ¿Sabéis la cantidad de personas encarceladas que deberían estar en un centro psiquiátrico y no entre rejas? Debemos cambiar esto.

Con frecuencia la gente me pregunta de qué me arrepiento. Me arrepiento de haberme acostado con todas esas mujeres. Solía pavonearme sobre ello, pero ahora mis conquistas me avergüenzan. Me siento feliz de estar con una sola mujer. Me sigue gustando mirar a las mujeres, pero ni siquiera pienso nunca en cruzar esa línea o decir algo fuera de lugar. No voy a aparecer en una revista de cotilleos rodeado de cazafortunas en un *nightclub*.

Al final me di cuenta de que debía ir en busca de una mujer diferente a mi madre. Todas sus relaciones fueron disfuncionales. Cuanto más les plantaba cara a esos hombres, más la amaban. Cuanto más los escaldaba con agua hirviendo o los apuñalaba, más regalos le compraban. Así era la estructura de poder en mi hogar. Mujeres peleándose con hombres. Kiki no es así. Me alegra mucho haber roto ese ciclo.

Kiki me sacó de la cuneta y me limpió. Ella es en buena parte responsable de que haya reflotado como un ser humano funcional. Jamás pensé que sería famoso tras dejar de boxear, que tiraría adelante con mi vida, que construiría una carrera a partir de mis experiencias. Me imaginaba muerto o, con algo de suerte, siendo propietario de un bar. Podía visualizarme sin tomar cocaína, pero no renunciando al alcohol. Pensaba que tendría sobrepeso hasta el fin de mis días. Y aquí me tenéis: comportándome de forma responsable, trabajando, llevando a mis hijos al colegio. Todo ello se lo debo a Kiki.

Mi signo astrológico es Cáncer y siempre he intentado rescatar a las mujeres. Sin embargo, Kiki no se me antoja una damisela en apuros a la que debo proteger. La veo como una par. Es capaz de hacer las mismas cosas que yo. Si alguien me ofrece un trabajo, respondo muy bien. Es sólo cuando no tengo nada que hacer que mi cabeza me tienta con ir a joderla. Desde que estoy con Kiki no han vuelto a arrestarme, porque tengo algo que hacer. Estamos consiguiendo que funcione. Aunque al resto pueda parecerles que no marcha bien, para nosotros sí lo hace.

Jamás imaginé que acabaría afirmando esto pero soy realmente feliz estando casado con mi mujer. Es lo mejor que me ha pasado. Con ella me siento seguro. Un entrevistador me preguntó una vez dónde me sentía más a gusto: si paseando por Cannes o en las calles de Brooklyn. Le respondí que en compañía de todos los miembros de mi familia, sintiéndonos seguros. Puedo despertarme por la mañana y todos están ahí. Puedo verlos.

En ocasiones pienso que sustituí mi adicción a las drogas y el alcohol por estar con mi familia. Soy consciente de los problemas y la humillación que puedo causarles con una sola raya de cocaína o una copa de Hennessy. No quiero decepcionarlos de ningún modo. Igual que hice con el boxeo, quiero consagrar todas mis energías a vivir con mi familia. Sé que hay un gran vacío dentro de mí que durante muchos años intenté llenar con drogas, alcohol y sexo. Creo que todo está conectado con nuestra mortalidad. Sabemos que todo esto es temporal. Voy a envejecer y a morir, mañana o en diez años o, si soy afortunado, en cuarenta. Pero en compañía de tu familia te sientes inmortal.

Al llegar a mi edad, te limitas a darle las gracias a Dios por dejarte vivir un día más. No nos debía ese día extra. De modo que debes vivir cada día como si fuera el último. Y debes asumir responsabilidades. No puedes ir echándole la culpa a la sociedad. Si aspiras a mejorar como persona, debes mirar dentro de ti de cara a superarlo. Uno es su peor enemigo. Sé que yo soy mi peor enemigo. La única persona que quiere matarme soy yo. Si hubiera otra persona que me tratara como yo me trato a mí mismo, le volaría la tapa de los sesos.

No pretendo sermonear. Soy la última persona que puede ir diciéndole a alguien cómo debe vivir su vida. No tengo mi vida bajo control. Sólo estoy siguiendo un mapa. ¿Me entendéis? Sigo el sonido de una jodida flauta. Vivir la vida según sus términos. Odio esta frase, pero la utilizo mucho para mantenerme a raya. A veces pienso que ya controlo, incluso después de haber pasado tanto tiempo en rehabilitación y de haberme ventilado cientos de millones de dólares. Éste es mi gran delirio. Creo que soy la hostia en vinagre cuando en verdad soy un matado.

Siempre he buscado consuelo en mis palomas. Allá donde haya vivido, las he tenido a mi lado. Colecciono una especie muy particular. Se las conoce como «palomas volteadoras». Sir Anthony Hopkins interpretó a Hannibal Lecter en aquella estupenda película y habló de ellas.

«*¿Sabes qué es una paloma volteadora, Barney? La paloma volteadora asciende mucho y muy rápido, luego da la voltereta y cae igual de rápido hacia el suelo. Hay pequeñas y grandes volteadoras. Pero dos grandes volteadoras no pueden aparearse, sus crías apurarían la voltereta, se golpearían y morirían*».

No resulta sorprendente que sienta afinidad por las palomas volteadoras. Es un espectáculo verlas ascender más que el resto de aves, volar hasta lo mas alto del cielo y de las nubes para luego descender dando volteretas y más volteretas hasta que, con suerte, consiguen enderezarse y evitar darse de cabeza contra el suelo. La descendencia de dos grandes volteadores es incapaz de hacerlo. Dan volteretas a tal velocidad que crean un efecto succión que les impide abrir las alas y explotan con el impacto. A nosotros nos puede parecer terrible pero, si nos metemos en el corazón de esas aves, no existe nada comparable a la sensación de caer en picado haciendo volteretas. Supone un bufé libre de endorfinas, dopamina y adrenalina. Algo parecido a esnifar cocaína y beber Hennessy mientras estás enchufado a un gotero con morfina.

Mis padres fueron dos grandes volteadores. Me criaron para ascender a lo más alto del cielo y precipitarme contra el suelo. Estoy profundamente agradecido de haber dado con mis alas antes del impacto.

Epílogo

A veces me despierto y simplemente sé que va a ser un mal día. Pienso que nadie me quiere y que no voy a tener la vida que había planeado desde el principio, y luego que quizás voy a hacerle daño a alguien. Acto seguido, desearía que se me hubiera tragado la tierra. No sé cómo tirar adelante un día más. Lo intento. Hago cuanto está en mi mano por reprimir cualquier forma de violencia. Dejaría que alguien me diera una patada en el culo si con ello evitara que devolviera el golpe. Me imaginaba que uno se volvía más tranquilo con los años, pero yo me muestro cada vez más irritable y amargado.

A pesar de tener una esposa y unos hijos encantadores, siento que he desperdiciado mi vida. No me malinterpretéis, adoro a mi familia. Moriría y mataría por ella. Esto es parte del problema. Quiero que mis hijos tengan una vida mejor una vez esté muerto y no sé si va ocurrir. No sé si van a tener una vida mejor que la que yo tuve en Brownsville. Puede que sean chavales de clase media. Hoy en día conduzco un Escalade. A algunos les parecerá que está muy bien, pero para mi un Escalade no es digno ni de regalarse a una prostituta. Sigo debiéndole dinero a Hacienda. Probablemente me muera antes de haber saldado mi deuda. Ahora escasean los ingresos. No tengo mal aspecto, pero no gano apenas nada. Soy un holgazán. No puedo creer que mi mujer siga casada conmigo. Me siento como un perro.

Desde un punto de vista psicológico, no me tengo en alta estima. A veces me odio a mí mismo. Siento que no me merezco nada. En ocasiones fantaseo con volarle los sesos a alguien para que me metan en prisión lo que me queda de vida. Trabajar en este libro me hace pensar que toda mi vida

ha sido una broma. Soy un gilipollas oscuro y cansado. Detesto vivir como un campesino. No sé si sobreviviré un día más. Puede que me limite a decir «A la mierda», saltar y pirármelas.

A veces no puedo dormir. Creo que el motivo por el que me pongo tan sensible radica en todas las jodidas drogas que he estado metiéndome durante tantos años. Las emociones de uno se desbordan. Siento mucho dolor y no sé cómo desembarazarme de él. Solía ser el tipo más duro sobre la Tierra y ahora lloro a la mínima ocasión. No sé qué anda mal conmigo. A veces pienso que estoy desmoronándome.

Soy un deshecho. Lo único que he hecho ha sido pelear, follar y traer hijos al mundo. Boxeo, zorras y bebés. Mi estado básico es la autodestrucción. Y cuando no estoy en ello, pienso que me merezco alguna recompensa. Soy la quintaesencia del adicto. Soy un trozo de mierda que se piensa que el mundo gira a su alrededor. Tengo la autoestima más subterránea del mundo y el mayor ego jamás concebido por Dios. Estoy hecho tal yonqui de la gloria que debería morir delante del público. No puedo morir solo. Solía decir gilipolleces del tipo: «¿Cuántos habitantes tiene el planeta? ¿Cinco billones? En una pelea limpia podría con todos ellos». ¿A quién se le ocurre soltar locuras así? Mucha gente posee dinero, mucha gente posee fama, pero nadie poseía mi descaro. La mayoría de famosos permite que su fama sea más grande que ellos y que domine sus vidas. Yo deseaba ser más grande que la fama.

He sido traicionado tantas veces a lo largo de mi vida que ya no me fío de la gente. Cuando te hacen sentir incapaz de merecer cariño, ese sentimiento se queda dentro de ti y no se marcha jamás. Y cuando te sientes incapaz de merecer cariño, deseas hacerle daño a la gente y cometer maldades. En circunstancias así, ¿qué sentido tendría hacer cosas buenas?

Pienso en el lugar de procedencia de mis padres. Somos gente de la calle. Hice cosas que jamás pensé que pudiera hacer. Sé que no significa nada para nadie pero, cuando vienes de lo más bajo, significa mucho. Ni siquiera mis hijos saben quién soy. Me consta que tienen los problemas propios de su edad, pero jamás han vivido entre ratas y perros en una cloaca. No sabrían cómo esconderse en unas aguas fétidas para evitar que alguien los matara. Me siento orgulloso de proceder de un sitio así. No es

nada de lo cual enorgullecerse, pero yo me siento muy orgulloso. Mis hijos saben leer y escribir mejor que yo, pero nunca podrán superarme en el número de duros golpes que puede darte la vida. Tampoco querría que lo hicieran.

Sigo acudiendo al gueto. Soy una criatura del gueto. A veces me quedo mirando a Farid y le pregunto: «¿Qué hacemos aquí, Farid, cuando podríamos estar a bordo de un yate en Saint-Tropez? ¿Qué hacemos con estos negratas acabados?». Pues resulta que estos negratas acabados son nuestra gente. Son luchadores de la mañana a la noche. Amo a esos sucios y podridos cabrones, por mucho que no pueda fiarme de ellos en absoluto.

Puedo soportarlo todo. Pienso mucho en Nietzsche. Sé lo que es el Súperhombre. Sé que puedo resistir sin matar a nadie porque siempre estoy cerca de hacerlo. Algunas personas no poseen ninguna decencia o respeto. Cuando salimos por ahí y nos encontramos con un individuo así, desearía que le dijera algo a mi mujer para poder arrancarle la cabeza. Ahí afuera abunda la gente de esta calaña, pero yo debo cambiar mi forma de pensar. Intento contenerla, ser un hombre nuevo. Pero ¿hasta qué extremos debo auto castrarme para conseguirlo?

¿Por qué no me preocupa ir jodiendo a la gente si no hay más vida que esta? Me he pasado toda la vida pensado únicamente en ello. Pero ya no quiero joder a nadie más. ¿Ahora soy un adulto? ¿Qué hago casado y con dos hijos? Soy un perro callejero. No soy un perro casero. Si todavía me creyera un capullo con una gran tranca que vuelve locas a las putas, no llevaría esta vida. De modo que o estoy reprimiendo mi ego o perdiendo mi alma. Me gustaría pensar que estoy con mi mujer y no liándola por ahí porque estoy preparado para la vida tranquila y porque la quiero. ¿O será que estoy en las últimas y ya no tengo cojones?

¿Dónde fue a parar toda esa rabia y energía que me propulsó a follarme a todas esas mujeres? ¿Por qué he perdido esa fiereza sexual? ¿Es sólo resultado de envejecer y de perder hormonas? A veces veo a una mujer y pienso «Guau», pero no siento el deseo de decirle «Hola, cariño». Y no me habléis de la Viagra o del Cialis. Esas mierdas no son lo mismo que el deseo natural. No hacen trabajar a la mente. Es como tener una pistola sin balas. No te provee de la fantasía que tu mente necesita.

Me he pasado toda la vida haciendo una sola cosa: ganar dinero para los demás. Asociaba el amor con la idea de que Mike Tyson fuera proveyendo. ¿Quién hubiera sido de no ser Mike Tyson? ¿Qué tipo de relaciones entablaría? Desconozco lo que es salir e iniciar una conversación con alguien. Jamás tuve que hacerlo. En ocasiones me miro al espejo y me pregunto: «Mike, eres una nenaza. ¿Qué demonios estás haciendo? No vas a tardar en morirte. ¿Vas a renunciar a todo ese sexo y pasar el resto de tu vida con una mujer con la que llevas acostándote desde que ella tenía veinticuatro años?». Estoy seguro de que mi mujer considera que a veces soy demasiado controlador, pues paso mucho tiempo con ella. Me comporto así porque quiero que sepa que el motivo por el que no salgo más es porque mi lugar está junto a ella. Hemos tenido problemas de confianza en el pasado. Luego ha resultado que he sido una losa, quedándome excesivamente en casa.

No puedo encontrar el equilibrio entre ambos mundos. No soy una persona equilibrada. No es como si pudiera decirme: «Bien, voy a buscarme otra mujer con la que comprometerme». Si renuncio a vivir esta vida monógama con Kiki, voy a meterme en problemas. Voy a drogarme, a follarme a montones de prostitutas y *strippers*, quizás pille una enfermedad y despierte los celos de un tipo que me vuele la cabeza.

No estoy hecho para las relaciones. No puedo decir nada en mi defensa en todo lo que tiene que ver con las ellas. Y esto es algo que no me gusta de mí. Si en una relación no me comporto como una nenaza, entonces paso a ser un dominador. O soy un negrata calzonazos en manos de ellas o me dedico a maltratarlas. Lo uno o lo otro, no hay término medio. Y como no quiero maltratarlas, acabo siendo un pelele.

Estar en una relación me llena de inseguridad. ¿Y por qué habría de ser diferente? Cuanto vi de niño fue a hombres pegando a mujeres, a mujeres escaldando a sus amantes, a hombres matando a otros hombres por una mujer o viceversa. Crecí en esa cultura. Ahora estoy en una relación por la que debo reprimir mi escala de normalidad para poder gozar de normalidad. El adicto egoísta dentro de mí me dice: «¿Dónde está mi recompensa? Creo que merezco más por mi comportamiento». Quiero mi recompensa por haber mejorado como persona. Ni en un millón de años sería mi mujer

capaz de entender mi escala de normalidad. La asustaría de la muerte. Mi escala de normalidad es disponer en casa de un puñado de mujeres, no importa si son madres e hijas o hermanas entre sí, y follármelas. En mi propiedad no entran representantes del género femenino que no tengan intención de fornicar. Así de crudo. Me deshice de todo esto. A mi mujer y a mis bebés les ahorré todas mis enfermedades y mi porquería. Y deseo algo a cambio.

Ni siquiera puedo creerme que esté en una relación. No creo ser un buen partido. Soy ignorante, ceceo, a veces pronuncio mal las palabras y, pese a todo esto, la gente quiere acostarse conmigo y estar en mi compañía porque soy Mike Tyson. Pero soy el peor partido imaginable. Soy un mocoso egocéntrico. Si yo mismo no me soporto, ¿por qué querría nadie vivir conmigo? En cualquier relación en la que he estado, siempre he pensado: *A la mierda, esto no es real. Esta mujer no me quiere. ¿Por qué iba a ser más especial que cualquier otro?*

En ocasiones pienso que una de las razones por las que me casé fue para dejar que las mujeres me dieran por culo. Es preferible estar casado con una mujer y ser feliz con lo que te toca que ser un emblema y un cabrón para una maldita constelación de mujeres.

Mi vida supone una constante lucha por la supervivencia. Cuando se lo digo a mi mujer, me dice: «No. El mundo es un lugar bello y positivo». Mi mujer se entrega a los demás. Cuida de las personas. Desea que todo el mundo se sienta feliz, satisfecho, sin rabia. No se puede ir así por la vida. Kiki quiere ser amiga de todo el mundo y, cuando quieres ser amigo de todo el mundo, acabas siendo tu propio enemigo.

—Ey, trata de rodear al mundo entero con tus brazos —le digo.

Ella se limita a llamarme un «miserable vegano». Pero resulta imposible hacer feliz a todo el mundo. Si no tomas conciencia de ello, van a joderte, dañarte y aprovecharse de ti. Al contrario que yo, ella no es capaz de ver el mal en la gente. Yo observo el mundo a través de los ojos del infierno.

Ahora que mi nombre sale constantemente en los periódicos y que frecuento de nuevo los platós de televisión, empiezo a tener miedo. Me preocupa no saber lidiar con la fama y volver a comportarme de forma violenta. Mi mujer no cesa de repetirme: «Ahora sabes llevarlo». Pero no

me gusta estar en el punto de mira. Ahora que mi esposa se dedica a escribir, quizás le surjan actos promocionales. De modo que se verá inmersa en el mundillo literario. Yo la sobreprotejo porque es cuanto tengo. Ya no me rodean cuarenta y cinco zorras al mismo tiempo. Concentro todas mis energías en la familia y tal cantidad de energía en ocasiones puede resultar abrumadora. Estoy asustado y cuando estoy asustado a ese cabezahueca de Iron Mike le da por asomarse.

Ahora me dedico a entretener al personal y estoy adentrándome en un mundo completamente diferente: el mundo del espectáculo. Sueño despierto y pienso que un día vamos a dar con un filón y que las cosas volverán a ser estupendas y que podré cuidar de mis hijos y que podré morir con dignidad, pero nada de esto va a ocurrir. Todo el mundo sabe cómo puede ser el mundo del espectáculo. Y si alguien me la juega, me va a traer recuerdos de todas las veces que Don me la pegó, llevándome a actuar de ese modo que deja heridos. ¿Que el mundo del espectáculo es así? Pues entonces se va a dar de bruces con mi mundo de violencia. Y si esto ocurre, regreso al trullo y mi mujer se casa con otro que probablemente se dedicará a joder a mis hijas. Así es como van las cosas.

No hay duda de que me odio a mí mismo. He hecho daño a algunas personas. Puedo leer cualquiera de los grandes libros sobre moralidad, la Torá, el Corán, el Nuevo Testamento, el Bhagavad Gita, lo que sea, y soy consciente de que voy a ir al infierno. Nací en él. Cada vez que di un paso adelante en la vida, supuso un paso para dejar atrás el infierno. Sospecho que una de las razones por las que repartí tanto dinero (y no me refiero a comprarle coches a las prostitutas) fue porque era un crío ignorante y me imaginaba que ésa era un forma de limpiar mis pecados y comprar mi billete de regreso al cielo. Era amable y generoso con la gente porque poseía un alma oscura a resultas de mis pasados actos.

¿Qué estoy haciendo con mi vida? Me encanta entretener a la gente, pero sólo soy feliz durante el corto tiempo en que estoy sobre el escenario. Cuando boxeaba también era feliz a ratos, pero mucho de ello se perdió tras la muerte de Cus. Nunca quise ser Iron Mike. Detesto a ese tipo. Pero es el hombre en el que tuve que convertirme para sobrevivir. Pero fui un estúpido por interpretarlo.

A veces ni siquiera sé si estaba hecho para vivir. Creo que soy una aberración de la jodida Naturaleza. Constantemente debo enfrentarme a gente que me dispara y me lanza flechas. Y nadie me oye si grito de dolor. Odio mi vida, me odio a mí mismo. Si tuviera agallas, me suicidaría. En efecto, así es como me siento…

Pero entonces mi princesita Milan entra en la habitación y los nubarrones se disipan.

He aquí mi recompensa por comportarme de forma responsable. Cuando está en el colegio, siempre ando gruñendo pero, en cuanto entra en escena, mi vida cambia por completo. Mi ego se detiene, justo ahí. Reflexiono sobre algunas de las locuras que he cometido, como por ejemplo ese colérico incidente de tráfico en Maryland. Me cabreo mucho conmigo mismo. Por aquel entonces carecía de esperanza. Si esa clase de sensaciones regresaran, ni se me pasa por la cabeza reaccionar igual. No querría que la situación se me fuera de las manos, tal y como ocurrió con mis otros hijos. Jamás podría llegar a perder el control hasta el extremo de poner en peligro a Milan o Rocco. Antes deberían dispararme. Por mis hijos he aprendido a morderme la lengua. Cuando con frecuencia deseo soltar cosas desagradables, me limito a mordérmela. Me ha llegado la hora de asumir responsabilidades. Este asunto no resulta tan estresante como boxear. Puedo cagarla, pero no es ni de lejos igual de estresante.

No puedo creerme cómo han salido los hijos que tuve con Monica. De joven habría despreciado a chavales así. Lo tuvieron todo, casas bonitas, coches bonitos. Viajes a Europa desde muy pequeños. Sirvientas toda la vida. Las esquinas de las paredes me recuerdan las palizas que me daba mi madre. Mi hijo no tiene este miedo. Siempre pensé que los niños debían realizar sacrificios para conseguir cosas. Así me crió Cus. Si ganas este combate, te doy esto. Lo haga bien o lo haga mal, mi hijo va a conseguir lo que quiera.

Crecí sin cariño ni seguridad. Observo a mis hijos y les provoco llamándolos «flojuchos», pero yo habría sido igual de haber recibido amor. Igual de flojucho. Ey, éste es el modo tardío en que estoy obteniendo cariño. He hecho cosas, como morderle una oreja a Evander, que han provocado que se metan con mis hijos. Sólo es algo con lo que deben lidiar.

Lo que es seguro es que no se han visto tan acosados ni recibido tantas provocaciones como su padre. No los han agarrado en plena calle para apalizarlos. Todos van a colegios privados y, sobre el papel, tienen amigos decentes. Los míos eran chulos y asesinos, atracadores y ladrones.

No tengo ninguna aptitud como padre, ni siquiera a estas alturas. Sé que mi esposa debe considerarme un neanderthal, pero hago lo que puedo. Mis hijos mayores deberían estar agradecidos de no haber tenido a mi padre como padre. No se habría quedado de brazos cruzados esperando un cheque cada final de mes. A sus chicas les decía: «No necesitáis nada de mí. Estáis sentadas sobre vuestra máquina de hacer dinero». Yo jamás le he dicho a nadie que venda su cuerpo. Si mi padre hubiera dejado embarazadas a sus madres, sabrían lo mal que pueden llegar a ir las cosas.

Hablando de niños, continúo cuidando de ese chaval de quince años que hay dentro de mí. Tengo las herramientas, ahora puedo hacerlo. No se ha marchado a ninguna parte. Sigue traumatizado, pero ahora lleva una vida de provecho. Es fantástico. Nunca podía hacer algo así cuando poseía 300 millones de dólares. Crío a mis hijos, soy un marido responsable, no debo preocuparme de transmitirle una enfermedad venérea a mi esposa. Jamás en la vida me he encontrado en una posición así y va a resultar maravilloso. Jamás pensé que fuera de los que sientan la cabeza, me creía merecedor del mundo entero, pero me siento seguro. Aquí es donde quiero estar. Educo a mis hijos y crezco en compañía de mi mujer. Le sienta bien a mi alma. Por eso estoy donde estoy.

No podría volver a salir de noche. Sencillamente no va a ocurrir. Jamás podría volver a ser yo mismo, porque haría infeliz a mucha gente. Creo que estoy en paz gracias a pasar tanto tiempo en casa, al hecho de que a la gente ni se le ocurre que pueda encontrarme en algún sitio haciendo algo que no debería. A veces pienso que mi mujer preferiría que saliera de tanto en tanto. Cuando eres excesivamente casero puedes volverte agotador. No importa quién seas. Es probable que mi auténtico yo desee rodearse de algunos amigos, jugar a los dados, divertirse. Ya no hago cosas así. Divertirse significa hoy pasar tiempo con mi pequeña y conocer mejor a ella y a Rocco. Y, con algo de suerte, estrechar lazos con el resto de mis hijos. En estos momentos mi hija mayor, Mikey, vive conmigo en Las

Vegas. Esto ha sido genial. Pero no poseo una gruta reservada para hombres en la cuL fumar puros y ver la televisión con los amigotes.

Otro motivo para quedarme en casa es evitar relacionarme con la gente del exterior. Antes de emprender la gira promocional de *Una verdad indiscutible* por Estados Unidos, me encerré para no entrar en contacto con gente extraña que me diera malas vibraciones. Salía durante un minuto o dos y regresaba directamente. Cuando salía mucho, me sentía bien pero, al final de la jornada, me encontraba aflojando dinero para cerrar acuerdos judiciales, teniendo que pedir disculpas por televisión a un montón de gente e incluso cumpliendo penas de prisión. Por lo que ya no sigo por ese camino. Me quedo en la jodida casa para evitar altercados. ¿Os podéis creer esta mierda? Pero es necesario. Cus había programado mi mente para funcionar como un interruptor. Podía estar emocionalmente deshecho y, en un abrir y cerrar de ojos, ¡bam!, pegaba un cambio. A veces me incomoda salir porque no sé cuándo esa mierda va a hacer click. De verdad que no lo sé. Cuando ando por la calle, tengo mucho miedo de mí mismo, de cómo puedo malinterpretar una situación. Ahora tengo las cosas mucho más bajo control que de joven. De joven estaba programado para pasar siempre a la ofensiva. De aquí que en mi época de campeón me viera implicado en tantas peleas callejeras. Mi ego se sentía atacado. Cus también tenía un ego disparado.

—¿Que este tipo te ha dicho qué? ¿Y tú qué has hecho al respecto?

Yo no era más que un maldito crío y él se ponía en plan: «¿Y tú qué has hecho al respecto?». Ésta es una parte de mí que siempre he querido mantener bien lejos. Nunca sabía qué podía activar esa mierda, incluso un inocuo «Hola, tío» podía hacerlo y entonces, ¡bam!, saltaba la fiera.

Ahora siguo unos horarios bastante patas-arriba. Me acuesto a las seis o las siete, a menos que mi esposa me convenza de ver algo en la tele, en cuyo caso lo hago a las nueve. Me despierto a las doce o a las dos de la madrugada. Me pongo una hora con la bicicleta estática, paso al Treadmaster y luego hago series de cuclillas. Hoy he dedicado dos horas a levantar pesas con las piernas.

Una vez he acabado, Kiki ya se ha levantado. Cuando la veo coger a mis dos bebés y salir de casa, pienso que no van a volver. Éste es hoy mi

mayor temor. Mientras está fuera, me invade el terror. Siempre me entristece que mi familia no esté conmigo, la soledad. En el pasado adoraba estar solo, pero eso era antes de tener esta vida familiar. Ahora ni se me cruza por la cabeza hacer algo malo. No querría ir a la cárcel bajo ninguna circunstancia. Mi misión en la vida consiste por completo en cuidar de mi familia y ayudar a aquellos menos afortunados que nosotros. No puedo creerme que sea así.

Dadas las cosas tan espantosas de las que he sido testigo en mi vida, soy muy precavido. No paro de decirle a mi esposa que cierre las puertas con llave, que vaya con mil ojos, que vigile a los operarios. Le hablo de aquella vez en que me encontraba en una casa hablando con unos amigos y, unas horas después de marcharme, me enteré de que los habían matado a todos. Estas historias tan terribles me han afectado la cabeza. Mi mujer cree que estoy completamente loco. Nunca ha conocido a nadie como yo. Si un desconocido entra en mi casa, pienso: *¿Quién es este tipo? ¿Quién lo ha traído?* Una vez se ha marchado, puede que le pida a mi mujer que saque la salvia de cara a purificar la energía de la casa. En la normalidad al límite en la que vivía entraba en una casa a estudiarla y después irrumpían los matones con pistolas y gritando: «Todo el mundo al suelo». Así era la normalidad al límite en la que vivía.

Cuando Kiki y los niños se han marchado, tengo mucho tiempo para pensar. Pienso en la extraña infancia que tuve, dependiendo de mi madre casi todo el tiempo. ¿Cómo pude salirme de un ambiente tan humilde y patético? ¿Cómo pudo un individuo como yo abandonar Brownsville para acabar convirtiéndose en el campeón de los pesos pesados? Cuando repasas la historia, compruebas que el único elemento que tenía en común con la mayoría de campeones era la pobreza. Jack Dempsey era un jodido indigente. Quise agarrarme a eso para que mi historia tuviera sentido pero no cuajó. ¿Cómo conocí a ese tipo llamado Bobby Stewart que me presentó a Cus? ¿Cómo pudo Cus despertarme tal entusiasmo? ¿Cómo pudo mi cabeza hacer click y decir: «Hagámoslo»? ¿Dónde se originó esa forma de pensar? ¿Se debió sencillamente al modo en que de joven solía seguir a los demás? Más adelante mi mente se transformó en puro boxeo.

Cus le contaba a todo el mundo que había sido alcanzado dos veces por un rayo y que iba a tener a otro campeón de los pesos pesados. Pero yo sólo tenía trece años. Cuando me vio por primera vez, no había participado en ningún combate amateur.

Por consiguiente, ¿cómo supo al morir que yo iba a convertirme en esa persona? Nunca me vio ser realmente malvado con nadie. Nunca vio realmente cómo crecía mi confianza y arrogancia sobre el cuadrilátero. Me pregunto qué habría pensado sobre la persona en que me convertí. Era un tipo duro. Comentaba cosas sobre otros boxeadores del tipo: «A este tío le faltan agallas. Deja que se caiga muerto». Cus creía que sobre el cuadrilátero uno debía morir con las botas puestas, uno no abandonaba. Sin embargo, ahora me doy cuenta de que no hay nada más importante que la vida. No hay trofeo, cinturón ni gloria más importantes que la vida y que la gente a la que amas. Yo solía ser el primero en desear morir con honor sobre el cuadrilátero. Ya no. A eso sólo juegan los capullos. Y probablemente yo fui el mayor capullo que vio este deporte.

Antes de conseguir el cinturón, ya sabía que era el campeón del mundo. Ése era yo. Conservaba esa otra entidad llamada Mike Tyson a la que en verdad no podía descifrar. No sabía quién coño era ese tío. Adopté el rol del súper campeón y jamás descubrí quién había detrás. Daba la impresión de ser el hombre más buscado de America. Los agentes de la libertad condicional pedían informes detallados sobre cada uno de mis movimientos. La gente me temía profundamente. Era una nenaza insignificante, pero proyectaba una imagen de malote. Esto me embriagaba. Siempre estaba intentando demostrar a la gente que no tenía miedo y luego tenía que compensarlo con creces. Pensaba que debía ser duro y malvado, porque Cus había disparado esta mentalidad. «Superior» era su palabra favorita. Yo era un boxeador superior.

Si Cus siguiera vivo, me diría: «Mike, tendrías que estar peleando. ¿Estás loco?». Pero no me arrepiento de nada. Todos los grandes boxeadores, Ray Robinson, Peter Jackson, Joe Gans, Tony Canzoneri, acabaron en una cuneta o fregando los suelos de un maldito hotel. Su pasión por luchar era tan extrema que jamás hicieron planes para el momento de la retirada. Pero fuera lo que fuera por lo que tuvieron que pasar, mereció la

pena a cambio de ganar el campeonato. Sólo por haber disfrutado de un año de la vida padre de Mike Tyson, de la vida de un campeón, habría aceptado ser un vagabundo lamiendo meados de rata en una cloaca.

No quiero que parezca que soy un completo ermitaño. Salgo de casa y hago cosas. Mientras escribíamos este libro, Ratso, mi colaborador, y yo fuimos a ver el cuarto combate entre Pacquiao y Márquez. Poder acompañarme a un combate fue una de las primeras actividades por las que se pudo pujar de cara a recaudar fondos para la fundación Mike Tyson Cares. Dos caballeros mexicanos de lo más amables ganaron la puja y se sentaron junto a Ratso y yo. Aquélla fue también la primera aparición pública de Mitt Romney desde las elecciones. Ratso y yo no podíamos creérnoslo cuando lo vimos dirigirse junto a su mujer a unos asientos a pie del cuadrilátero.

—Ey, Mitt, ¡pertenecemos al cuarenta y siete por ciento! —le grité. Supongo que compartir hogar con una mujer liberal que mira la cadena MSNBC todo el santo día me dejó alguna huella.

—Mitt, llegas un poco tarde a cortejar al votante mexicano —le grité. El público estaba mayoritariamente compuesto de mexicanos que eran fans de Márquez. La pelea fue maravillosa. Fue una de esas noches capaces de recordarle a la gente lo grande que puede llegar a ser el boxeo.

Un mes antes, Kiki, Ratso y yo fuimos a ver a Barbra Streisand en el MGM Grand. Siempre me ha encantado Barbra. De joven leí que su ego habría dejado al de Al Jolson a la altura del betún. Siempre me atrajeron las personas con un gran ego, porque Cus solía decir que los mejores llegaban a serlo gracias a los aires de grandeza con que pensaban en sí mismos. El sol siempre se ponía delante de sus ojos. Conocí a Barbra el día que vino a verme al vestuario tras combatir contra Larry Holmes. Era mi idea de una súper estrella. Es muy conmovedora y no lo digo desde una perspectiva étnica o racial. Su música sencillamente le sienta bien a tu alma. Hay gente celosa que critica a personas como ella porque son incapaces de transmitir ese tipo de energía y amor, no pueden tocar los corazones de la gente como lo hace Barbra. Me pasé todo el concierto en una nube. Al acabar, la visitamos en su camerino y nos hicimos una foto con ella y Marie Osmond. Al día siguiente continuaba emocionalmente exhausto. Estar cerca de ella y

escucharla cantar fue muy emocionante. Ha significado mucho para mi madre y otra gente importante en mi vida. Verla actuar me hace sentir feliz de estar vivo.

Sin embargo, el simple hecho de ir a aquel concierto supuso un pequeño calvario. Al dirigirnos hacia el espectáculo por el casino, me encontré con chulos y traficantes que eran viejos amigos. Al verme acompañado de mi mujer, supieron que no debían dirigirme la palabra. Les consta que peleo a diario contra mis demonios. Cuando acudo a un sitio así no me detengo hasta llegar a mi destino. Durante la escritura del libro, los tres fuimos a otro espectáculo. Mike Epps estaba haciendo *stand-ups* en el Palms. Mi mujer andaba algo retrasada y no vio que, al sentarme a la mesa, una señora se levantó e intentó darme un abrazo.

—No, no puedo abrazarla —le dije. Por suerte un tipo se había interpuesto entre ambos.

—¿Ha visto cómo acabo de salvarlo? —me dijo guiñándome un ojo.

A Kiki le hubiera dado un ataque al corazón. Es por cosas así que no me gusta salir con frecuencia. Me lo paso mejor relajándome en casa. Resulta divertido salir si me encuentro en una atmósfera controlada, pero la mayoría de las veces la gente anda borracha y puede plantarte cara. Me gustaría decir que hoy soy más protector hacia mi esposa que cuando empezamos a salir, aunque el término correcto es posesivo. Pienso que siempre debo andar protegiéndola, cuando se basta solita para lidiar con los hombres que le entran. A veces me olvido de cómo me toreó cuando le entré muchos años antes de que finalmente conectáramos. Kiki es una dama muy lista y sofisticada. Es una persona de recursos. En ocasiones pienso en ella como si se tratara de mi hija, cuando en nuestra relación yo soy el más crío de los dos.

Siempre que acudo a ver a un artista del espectáculo, me maravilla pertenecer a la misma fraternidad. Si pudiera vivir así el resto de mi vida y continuar pagando las facturas, aceptaría feliz mi destino. Pagar las facturas, no que me pillen, no que me metan en prisión, no verme envuelto en un drama. No me importa no poder dejarles nada a mis hijos, me basta el simple hecho de vivir en un mundo en el que nadie resulta herido. Jamás imaginé que un día me hallaría en una situación tan desesperada y crítica

por sobrevivir. Soy un negrata materialista. Algunos malos hábitos son duros de pelar. No quiero ser así, no quiero preocuparme más por mi ropa que por mi salud. Cuando muera quiero tener el funeral más económico jamás visto. Metedme bajo tierra, no quiero ataúd ni nada, lanzadme directamente al hoyo. No me visitéis ni chorradas de ésas. Esto no quita que esté seguro que habrá futuros boxeadores que vendrán a ver mi tumba, igual que hice yo con la de los viejos maestros. Me alegraría que la gente me tratara del mismo modo que yo traté a mis héroes. Quizás al final me haga poner una lápida. En ella podría leerse: «Ahora estoy en paz».

Cuando pienso en Kiki y en mí, continúo sin salir de mi asombro. Nuestro amor floreció en un momento muy adverso. Soy una persona terriblemente difícil con la que convivir. Los que somos del signo astrológico Cáncer nos lo guardamos todo dentro. Suena bien el vivir con alguien con la sensibilidad a flor de piel, pero la verdad es que no tiene nada de bueno. Tanta sensibilidad puede acabar provocándote delirios. Mi mujer me merece todos los elogios por haber sabido esperar a que cambiara mi forma de ser. Aguantar el proceso que me ha conducido a cambiar mi aberrante forma de pensar sobre las mujeres en general ha sido comparable a enfrentarse a la Inquisición Española.

Admiro tantísimo a mi esposa. Consigue que me quiera a mí mismo cuando deseo volarme los sesos. La respeto tanto por lo mucho que quiere que lo nuestro funcione. Si en el pasado hubiese dicho «A la mierda» y se hubiese llevado al bebé a otra parte, yo hubiera sido muy feliz. De verdad que no tengo ni idea de qué me hizo mantenerme leal a esta chica. Ni siquiera sé qué me confirió las fuerzas necesarias para intentar cambiar el barómetro que llevaba cuarenta años utilizando. Nunca tuve la menor pista sobre lo que supone comprometerse. He estado locamente enamorado de chicas con anterioridad, pero esto no fue obstáculo para que las engañara y fuera desleal tanto emocional como físicamente. Kiki me dotó de las fuerzas que requería para intentar emprender el camino hacia la lealtad. Esto encierra en sí mismo mucha grandeza, aunque el intento no prospere, aunque fracase. Así de compleja es la situación. Debes imaginar lo que obtendrías si fueras esa persona. Entonces te convertirías en un campeón de los logros morales.

A Kiki le estoy infinitamente agradecido. No me importa si mi esposa fue una prostituta con un SIDA en una fase avanzada; seguiría sin merecérmela. Hablo en serio. No me merezco a mi mujer. Posiblemente la consiguiera por ser quien soy y por mis pasados logros, y porque básicamente soy una persona decente, pero de ninguna manera merezco estar con ella. Soy un zángano comparado con ella.

¿Qué sabemos realmente sobre el amor? El amor nos pone bajo sus órdenes, no nosotros a él. Y cuando te pone bajo sus órdenes, debes responder a su llamada. Nadie rechaza la llamada del amor, pese que la naturaleza del amor es despiadada. No sé lo que es el amor, pero padezco sus síntomas: locura y un vínculo absoluto, ambos elevados hasta niveles inconmensurables. Bajo sus órdenes, uno también es capaz de alcanzar el máximo de su potencial. Para alguna gente el amor puede ser como un orgasmo. Para otros lo es la idea del amor, una fantasía que nos esforzamos por agarrar y conservar hasta el fin de nuestros días. A mi mujer le digo que la quiero a cada segundo, pero ¿cómo es mi amor? Mi amor es agotador, mi amor es en ocasiones tóxico, mi amor es lujurioso, mi amor es célibe, mi amor es muchas cosas. El amor sacrifica en su altar al control. Resulta desastroso entregar el control y seguir sin saber por qué motivo lo has hecho, pero estás dispuesto a hacerlo por lo bien que sienta el amor. De todas formas, continúas sin saber si te va a sentar mejor que entregar el control. Así que tienes un pie en el infierno y otro en el cielo. A veces confundimos la lujuria con el amor, porque te hace sentir tan bien que tomas una cosa por otra. El amor es sacrificio, el amor es algo por lo que merece la pena morir y matar. La historia lo ha demostrado. Pero debemos poseer alguna suerte de brújula moral durante nuestra travesía por la vida. Toda la diversión no es buena diversión.

Tengo un libro favorito que procuro leer a diario. Se titula *The world's Greatest Letters. From Ancient Greece to the Twentieth Century*. Me encanta conectar con el pasado de este modo. Uno aprende mucho sobre esta gente leyendo sus cartas. Algunos son tan egocéntricos que no creen que haya nadie capaz de amar como ellos. Muchos son unos obsesos del control y se frustran cuando su amor no se ve correspondido con la suficiente rapidez. Su escritura es tan poética, la forma que tienen de

expresarse a través de las palabras te deja sin aliento. Y a veces no significan nada para la persona a la que se dirigen.

Me pongo a llorar leyendo estas cartas. Uno piensa en Napoléon como ese gran líder mundial y luego se lo encuentra escribiendo una carta en la que le ruega a su amor Josefina que lo acompañe, a lo que ella se niega. Fijaos.

4 de abril de 1796

¿Bajo qué arte has sido capaz de cautivar a todas mis facultades, de concentrar en tu ser mi existencia moral? Es una magia, mi dulce amor, que sólo acabará cuando lo haga yo. Vivir para Josefina, he aquí la historia de mi vida. Intento alcanzarte, me muero por estar cerca de ti. Hubo un tiempo en que me enorgullecí de mi coraje y en ocasiones, al meditar sobre el mal que los hombres podían infligirme, del destino funesto que me aguardaba. Clavaba con firmeza la vista en las mayores desdichas y lo hacía sin pestañear, sin sorprenderme. Pero la idea de que hoy mi Josefina pueda no encontrarse bien, la idea de que pueda estar enferma y, por encima de todo, el cruel y fatídico pensamiento de que pueda amarme menos, marchita mi alma, detiene mi sangre, me lleva a bajar los ojos con tristeza y ni siquiera me deja el coraje que trae la furia y la desesperación. Me he encontrado con frecuencia diciéndome a mí mismo que morir sin arrepentimiento está fuera del alcance del hombre. Hoy, sin embargo, la idea de morir sin haber sido amado por vos, morir sin esa certeza acarrearía la tormenta del infierno, se me antoja la imagen más vívida e impactante de la absoluta aniquilación. Siento el ahogo y la soledad que me traería el que tú, aquella quien el destino ha decretado que me acompañe por el doloroso trayecto de la vida, decidiera un día que yo ya no debo poseer tu corazón. Éste sería el día en que la Naturaleza reseca quedaría despojada de su calor y vegetación. Te amo tanto como lo hacen tus ojos, pero esto no es suficiente, te amo como te amas a ti misma, más de lo que te amas a ti misma, como tus pensamientos,

como tu mente, como tu aspecto, como toda tú. Perdóname, dulce amada. Estoy agotado. Es débil la naturaleza de aquel que ama intensamente, de aquel al que amas.

Tu enfermedad es lo que ocupa mi mente día y noche. Carezco de apetito, de sueño, de interés por los amigos, por la gloria, por la patria. Sólo tú, el resto del mundo existe igual que si hubiera sido aniquilado. Valoro el honor ya que tú lo valoras, valoro la victoria ya que te provee de placer, sin ellas lo hubiera dejado todo para arrojarme a tus pies. En tu carta, cariño mío, pon cuidado en transmitirme que tienes el absoluto convencimiento de que te amo más de lo que la imaginación puede concebir. Que estás persuadida del hecho de que cada momento de mi vida lo consagro a ti; que no pasa una hora sin que piense en ti, que jamás me ha entrado en la cabeza la posibilidad de pensar en otra mujer.

¡Adoro lo que dice este tío! Napoleón está loco. ¡Está desquiciado! Napoleón no le importaba un pimiento a Josefina. La misma situación por la que yo pasé con Robin Givens. A veces me llevo el libro al dormitorio y le leo cartas en voz alta a Kiki. Mi favorita es una del gran poeta y dramaturgo alemán Heinrich von Kleist. En el otoño de 1881 se enamoró de una ama de casa llamada Henriette Vogel. Él tenía treinta y cuatro años y ella treinta y uno. Compartían la pasión por la música. Pero Henriette estaba muriéndose de un cáncer uterino. Heinrich era depresivo, pobre y aspiraba a la inmortalidad. Vogel no fue la primera mujer a la que le pidió llevar a cabo un doble pacto suicida, pero fue la primera en decirle que sí. Se pasaron la noche bebiendo vino y café con ron en una pequeña posada. De camino hacia el lago a la mañana siguiente, parecían exultantes. Primero disparó a Henriette y luego se disparó a sí mismo. Ésta es una de las últimas cartas que le escribió:

Mi Jeanette, mi corazoncito, mi querida, mi devota, mi amor, mi cariño, mi dulce, mi vida, mi luz, todo lo bueno, mi sombra, mi castillo, mi acre, mi pasto, mis viñas. Oh sol, oh mi vida, sol, luna,

estrella, cielos, mi pasado, mi futuro, mi prometida, mi chica, mi querida amiga, mi ser interior, sangre de mi corazón, estrella interna de mis ojos. ¿Cómo debo llamarte, oh querida? Mi niña dorada, mi perla, mi piedra preciosa, mi corona, mi reina, mi emperadora. Oh querida preciosidad de mi vida, lo más elevado, lo más preciado, mi bautismo, mis hijos. Tú eres mis obras trágicas, tú eres mi reputación póstuma, tú eres mi otro, una versión mejor de mí mismo, tú eres mi virtud, tú eres mi mérito, tú eres mi esperanza, mi cielo, mi criatura del Señor, tú eres mi mediadora, mi guardiana, mi ángel, mi concubina. Cuánto te amo.

Se la leo en voz alta a Kiki y lloramos juntos. No es poca cosa.

Postsriptum al epílogo

Así pretendía acabar el libro. Kiki y yo con los ojos humedecidos leyendo en la cama cartas de amor de grandes personalidades: mi oscuridad desvanecida, mi espíritu elevándose gracias a las inspiradoras palabras de gigantes de la historia. Pero como ya he señalado en el libro, uno debe vivir con los pies en la Tierra. Y no podría vivir conmigo mismo si mintiera e intentara tapar lo ocurrido en los últimos meses.

Quizás una parte se debió al hecho de mirar dentro de mi alma y escarbar en los rincones más oscuros de mi psique de cara a responder con honestidad a las preguntas sobre mi vida formuladas por Ratso. También pudo ser resultado de la presión tras regresar al mundo del boxeo y subirme de nuevo a un cuadrilátero, esta vez en calidad de promotor y con la idea de respaldar a jóvenes talentos. Por descontado, la imagen negativa de carácter crónico que tengo de mí mismo no necesita mucha munición para actuar y sabotear cualquier atisbo de alegría y felicidad que exista en mi vida.

El caso es que ocurrió y debo contároslo. Más o menos un mes después de acabar mi trabajo con este libro, en abril de 2013, sufrí una recaída, la primera desde enero de 2010. Salí una noche y me tomé una copa. Y luego otra. Y luego otra más. Ya os he contado lo mal, mal bebedor que soy, de modo que fumé un poco de hierba para ablandarme. Cuando aquella noche regresé a casa con Kiki y los niños, me sentí fatal. Aunque no tan terriblemente como para no recaer alguna vez más durante junio y julio de ese mismo año. En agosto, una semana antes del primer combate promocional Iron Mike, retransmitido por la ESPN, tropecé otra vez con la misma piedra.

Mirad, soy un adicto salvaje por lo que, si no sigo los pasos, voy a morir. Así que volví a acudir a reuniones de Alcohólicos Anónimos. Uno de los pasos más importantes consiste en hacer las paces. De manera que, justo antes del combate inaugural en mi primer evento como promotor, me acerqué a Teddy Atlas, mi antiguo entrenador, el cual ejercía de comentarista para la ESPN. Le extendí la mano y le pedí perdón por la parte de culpa que me correspondía en todo lo ocurrido en Catskill en los ochenta. Llevaba casi vente años sin hablar con Teddy. Me sintió bien hacer las paces. Me imagino que ese gesto significó mucho para la gente, puesto que fue el tema más comentado, tanto durante los combates como a lo largo de la entrevista que concedí entre ellos.

Llevaba lidiando con muchas sensaciones de culpabilidad y vergüenza por culpa de mis recaídas recientes, por lo que ver a Teddy y hacer las paces pareció empujarme hasta el límite. Me di cuenta de que no podía seguir mintiendo y pretender que seguía limpio; que no me había tomado algunas copas ni fumado unos canutos. Por tanto, al ser preguntado en la rueda de prensa posterior al combate cómo me había sentido al volver a ver a Teddy, tuve que sacarme un peso de encima.

—Sabía que existía la posibilidad de encontrarme aquí con Teddy y mi primera idea al respecto no fue agradable, porque soy negativo y oscuro. Y quiero hacer cosas malas. Quiero salir yo solo por este barrio (y me señalé la cabeza), y resulta peligroso salir uno solo por este barrio, ¿verdad? Es capaz de matarlos a todos. También a mí. Así que acudí a una reunión de Alcohólicos Anónimos y les expliqué a mis compañeros alcohólicos y yonquis que iba a enfrentarme a esta situación, explicándoles asimismo las sensaciones que me provocaba. Casi como… algo como el conflicto entre los Hatfield y los McCoy, les expliqué. Tomé la decisión correcta. Hice que Cus se sintiera orgulloso de mí. Hice que me sintiera orgulloso de mí mismo.

Me odio a mí mismo. Estoy intentando matarme. Me odio mucho, pero me he sentido orgulloso de mí mismo, y esto es algo que no consigo con frecuencia. Estoy feliz por lo que he hecho. Quizás haya resultado abrumador para Teddy y siga sin pillarlo. Pero debe saber que ha sido un acto sincero. No quiero seguir peleado contigo. Me equivoqué. Lo siento.

Me equivoqué. Sólo deseaba pedir disculpas. Las aceptara o no, por lo menos podía morir e ir a la tumba diciendo que me disculpé con todos aquellos a los que herí. Se trata de amar y de perdonar y, de cara a que estos tipos me perdonen —otros tipos—, ya sabes, quiero que la gente me perdone lo que le he hecho.

Soy un hijo de puta. Hice muchas cosas mal y quiero que me perdonen. Así que, de cara a ser perdonado, espero que puedan perdonarme. Quiero cambiar mi vida; ahora quiero vivir una vida diferente. Quiero vivir una vida sobria. No quiero morir. Estoy al borde de la muerte, porque soy un alcohólico salvaje. Guau. Éste es un material de lo más interesante. —En este punto me atraganté. Acto seguido, confesé—. Llevo seis días sin beber ni drogarme. Para mí esto supone un milagro. Les he estado mintiendo a todos aquellos que me han creído sobrio. No lo he estado. Éste es mi sexto día. No voy a tomar nunca más.

Los miembros de la prensa me dedicaron una ovación de pie, pero no significó nada para mí. Nadie te dedica una cuando compartes tu historia en las reuniones.

Esto ocurría el 23 de agosto. Mientras escribo estas líneas, he sumado unos cuantos días de sobriedad. Espero poder mantenerme limpio y sumar más y más días y más y más fichas. Supongo que pequé de arrogante al pensar que podría salir victorioso sin la ayuda de mi equipo de apoyo y de mi familia en Alcohólicos Anónimos, los cuales pertenecen al único club que acepta como miembros a tipos como yo. No quiero morir. Quiero continuar mi carrera como promotor pugilístico. Quiero volver a hacer mi espectáculo de hombre orquesta. Quiero rodar más películas.

Tras mi reciente recaída, no fui una compañía muy halagüeña. Kiki y yo tuvimos muchos momentos duros. Una parte de mí llegó a intentar culpar de mi recaída a la presión de estar casado. Entonces llegaron las galeradas del libro. Al repasarlo con Kiki tuve un renacimiento espiritual. Cuando llegamos a la parte de Exodus nos resultó difícil avanzar. Ambos lloramos hasta no poder más. Y en ese momento tomé conciencia de por qué estaba casado con Kiki. De golpe supe la respuesta a la pregunta «¿Por qué iba a estar casado alguien como yo?». Me di cuenta de que nuestro matrimonio era más que la unión de Kiki y yo. Debía estar casado con Kiki para

completar el legado de Exodus. Mi matrimonio me permitiría hacerlo, al tiempo que fortalecer mis habilidades para ser un buen padre. Ahora soy mejor persona gracias a que Exodus estuvo en mi vida y juro continuar siendo mejor persona ahora que ya no lo está. Deseo realmente profundizar en mi relación con Kiki y ver a mis hijos crecer sanos y felices. Pero no puedo hacer ninguna de estas cosas, a menos que ejerza control sobre mí mismo. Si no estoy bien, no pudo ayudar a nadie, y ansío desesperadamente ponerme bien. Siento un gran dolor y sólo quiero sanarme. Voy a esforzarme al máximo por conseguirlo. Día a día.

Agradecimientos

MIKE DESEA DARLE LAS GRACIAS A:

Cus d’Amato, mi mentor, mi amigo, mi general. Gracias a ti mi vida ha alcanzado cimas que jamás habría imaginado. Sin ti no sé dónde estaría hoy. Mi gratitud hacia ti es inconmensurable. Mientras siga respirando, tu legado perdurará. Nuestros nombres son sinónimos para siempre. Ni pueden mencionar mi nombre sin hacer referencia a tu legado ni mencionar tu nombre sin hacer referencia a mi legado.

Quisiera dar las gracias muy especialmente a Larry «Ratso» Sloman, por ser un «fenómeno» (su palabra favorita, la cual tuve que eliminar numerosas veces del manuscrito) tan guay. Todo este proceso no me resultó necesariamente fácil. Hubo ocasiones en que me fue muy difícil rememorar algunos de los episodios más oscuros de mi vida. Larry, a veces has sido una mosca en la pared que he deseado aplastar, pero siempre has sabido cómo salir zumbando y regresar en un momento más oportuno. Te agradezco la paciencia y la diligencia. Realmente sabes cómo aguantar los golpes. No creo que exista ningún escritor que hubiera sido capaz de hacerlo mejor. A la hora de escribir eres «El Hombre Más Malvado del Planeta». Para mí eres más que un escritor, eres de la familia. Espero que en un futuro cercano podamos colaborar de nuevo juntos en otros muchos proyectos.

Gracias a David Vigliano y a Vigliano Associates por coordinarlo todo. David, eres una gran persona. Eres más que un agente literario. Te considero un amigo.

Gracias a David Rosenthal, editor de Blue Rider Press, por tu paciencia y entusiasmo con este proyecto Estoy muy agradecido de que creyeras en la visión y que la respaldaras al 100%.

También quisiera dar las gracias a mis representantes legales de Grubman Indursky Shire & Meiselas, P. C., y en particular a Kenny Meiselas, por reunir a un equipo de abogados tan increíble. Gracias a Jonathan Ehrlich por repasar los contratos con el máximo detenimiento.

Gracias a Damon Bingham y a Harlan Werner por dirigirme a Vigiliano Associates.

Mi más profundo amor y gratitud a amigos, familia y admiradores por sacar tiempo de sus ajetreadas vidas de cara a compartir historias con Ratso.

Un agradecimiento muy especial a mis hijos: Mikey, Gena, Rayna, Amir, Miguel, Milan y Morocco. Cuanto hago es por vosotros. Te quiero, Exodus Sierra Tyson. Eres mi ángel eterno. No transcurre un día sin que piense en ti. Los cuatro años que compartí contigo en este planeta fueron los mejores de mi vida. Jamás serás olvidado.

Finalmente, gracias a mi querida esposa Kiki por su amor y respaldo incondicionales y por aguantarme. Sé que no siempre es fácil, pero aprecio todo lo que haces. Te amo.

LARRY DESEA DARLE LAS GRACIAS A:

Michael Gerard Tyson. Decir que este proyecto ha supuesto un acto de amor sería quedarse corto. Llevaba deseando trabajar con Mike desde 1994, justo después de que se publicara *Private Parts*, mi colaboración con Howard Stern. Para mí Mike era una de las figuras más interesantes de nuestra cultura y sentía que su historia podía iluminarnos y conmovernos. Mientras Mike cumplía condena en Indiana, le envié un ejemplar de *Ecce Homo*, la autobiografía de Nietzsche, y le propuse que trabajáramos juntos en unas memorias.

En 2008, gracias a una recomendación de su por entonces agente, Harlan Werner, y de la doctora Monica Turner, su ex mujer, Mike me escogió como su colaborador. Como ya han leído en el libro, aquel no era

un momento propicio para que Mike trabajara en él, de modo que el proyecto se aplazó. Cuatro años después, Mike se encontraba mucho mejor y arrancamos.

Trabajar con Mike supuso la experiencia más inusual y gratificante que me ha deparado mi carrera como cronista de celebridades. Como ya sabe todo el mundo, es una persona dolorosamente honesta e increíblemente sensible. Cuando surgían determinados temas durante nuestras charlas —su infancia o el papel de Cus d'Amato, su mentor, constituyen dos ejemplos palmarios— Mike se derrumbaba y, a veces, sollozaba de forma incontrolable. Por otro lado, en el transcurso de compartir sus historias favoritas, pegaba un salto, se marcaba un bailecito por la habitación y luego regresaba a mi lado para chocar esos cinco. Probablemente sea la persona sobre la Tierra con la que Mike ha chocado esos cinco más veces y que haya sobrevivido para contarlo. Este hombre no es consciente de la fuerza que atesora.

Mike no es de esas personas que se sientan para relatarte con calma episodios de su vida. Grabé conversaciones con él en su garaje con el arrullo de sus palomas en celo de fondo, en la trastienda de la peluquería a la que suele acudir en el norte de Las Vegas, en el asiento del copiloto de su Esacalde de camino a recoger a su hija al colegio y en la tienda de Salvatore Ferragamo en el Caesars de Las Vegas mientras se probaba camisas. Llevaba mi grabadora Casio conmigo a todas horas porque nunca sabía cuándo iba a tener de repente una iluminación sobre Cus o recordar una historia fascinante de su infancia.

Me pasé meses en la casa de Mike en Las Vegas, grabando nuestras charlas, repasando su montaña de documentos legales y entrevistando a algunos de sus socios más cercanos. No es sencillo ni tampoco siempre divertido permanecer tanto tiempo lejos de casa, pero fui adoptado por dos familias en Las Vegas que me hicieron la vida considerablemente más placentera.

Primero debo dar las gracias a la maravillosa familia de Mike. Su esposa, Kiki, es una compañera espectacular para Mike, y ahora mismo no estarían leyendo este libro si no fuera por ella. La suegra de Mike, Rita; el hermano de Kiki, Azheem, y su esposa, Jahira; y la hija mayor de Mike,

Mikey, siempre estuvieron ahí para ayudarme, alimentarme y consolarme cuando Mike se mostraba más interesado en ir de tiendas que en hablar. El asistente de Mike, David Barnes, también conocido como Wayno o Farid, siempre se mostró solícito y listo para hacer cuanto estuviera en su mano. Y los dos hijos pequeños de Mike, Milan y Rocco, fueron por sistema una fuente de diversión y alegría.

Conté con una segunda familia en Las Vegas. Mientras trabajaba con Mike, me alojé en Slammer, el fantástico hogar de mi querido amigo Penn Jillette. Penn; su esposa, Emily Zolten; y sus dos hijos, Moxis y Zolten, fueron los anfitriones más amables que quepa imaginar. Si por la noche estaba aburrido, acudía a ver una actuación de Penn y Teller. Cuando me apetecía ver una película de serie C, las noches de cine casero con Penn y Emily siempre fueron una distracción de lo más bienvenida y alocada.

Estoy en deuda con el conjunto de maravillosos amigos y colegas de Mike que hicieron un hueco en sus apretadas agendas para concederme entrevistas. Gracias a Brian Hamill, Craig Boogie, Calvin Hollins, Eric «EB» Brown, David Chesnoff, Steve «Crocodile» Fitch, David Malone, Frankie Mincieli, Jeff Greene, Hope Hundley, Jackie Rowe, Jay Bright, Lance Sherman, Latondia Lawson, Steve Lott, Mack Smith, Marilyn Murray, Mario Costa, Mark D'Attilio, Darryl Francis, Anthony Pitts, Michael Politz, Rick Bowers, Rodney Tyson, Sean MacFarland, Muhammad Siddeeq, Tom Patti, Tony Anderson, Damon Bingham, Jim Voyles y Jeff Wald. También estamos en deuda con un hombre al que nunca conocimos pero al que sí escuchamos. En una fase muy temprana del proyecto, Mike me puso horas y horas de cintas de Cus, y de amigos y colegas de Cus, hablando con un joven periodista de Catskill llamado Paul Zuckerman. Estas entrevistas fueron una fuente muy valiosa de cara a acceder a la cabeza de Cus en el momento en que Mike acababa de entrar en su vida. Intentamos sin éxito localizar a Zuckerman. Pero es de esperar que su perspicacia para retratar a Cus y sus hábiles entrevistas vean algún día la luz.

Tengo una enorme deuda de gratitud con David Rosenthal, un editor extraordinario, por su infinita paciencia y su sabiduría sensata. Gracias asimismo a todo el equipo de Blue Rider Press, especialmente a la

correctora Vanessa Kehren, sin olvidarme de Aileen Boyle, Sarah Hochman, Gregg Kulick, Phoebe Pickering, Brian Ulicky, Joe Benincase, Meredith Dros, Linda Rosenberg, Rob Sternitzky y Eliza Rosenberry.

Siempre debo agradecer a mi maravilloso agente, David Vigliano, su persistencia y consejos, y a su socio Matthew Carlini el encargarse de todas las ediciones extranjeras de este libro.

Éste no sería un libro sobre Mike Tyson si no tuviera que darle las gracias a algunos abogados. Mi abogado de larga trayectoria, la difunta Laurie Rockett, pulió nuestro acuerdo inicial en 2008. Eric Rayman se subió a bordo en 2012 y aportó mucho al proyecto cuando fue resucitado. Linda Cowen llevó a acabo un gran trabajo repasando el manuscrito para el editor. Y, como siempre, muchas gracias a mi abogado, Charles DeStefano, que siempre está ahí conmigo.

Gracias como de costumbre a la mejor transcriptora que existe, Jill Matheson, por entregarse en cuerpo y alma para cumplir con el plazo acordado. También estoy en deuda con Zachary Zimmerman por su concienzuda labor de investigación. No hubo problema lo suficientemente difícil que no pudiera solucionar surfeando la Red.

Y, por último, siempre estoy en deuda con mi principal familia, Christy Smith-Sloman y Lucy. Capearon el huracán Sandy y comieron crema de cacahuete y gelatina (aunque Lucy se decantó por los aperitivos para perros de crema de cacahuete de la marca Newman) a la luz de las velas, mientras yo me encontraba trabajando a miles de kilómetros. Christy siempre apoya mi trabajo y mis rarezas, y me siento eternamente agradecido por su amor. Y mientras no cese el flujo de los citados aperitivos, Lucy seguirá a mi lado.

Nota

[1] Esta noche puedo notar en el aire cómo se acerca, oh Señor / Me he pasado toda la vida esperando este momento, oh Señor. (*N. del T.*) <<

This file was downloaded from Z-Library project

Your gateway to knowledge and culture. Accessible for everyone.

z-library.sk z-lib.gs z-lib.fm go-to-library.sk

Official Telegram channel

Z-Access

https://wikipedia.org/wiki/Z-Library